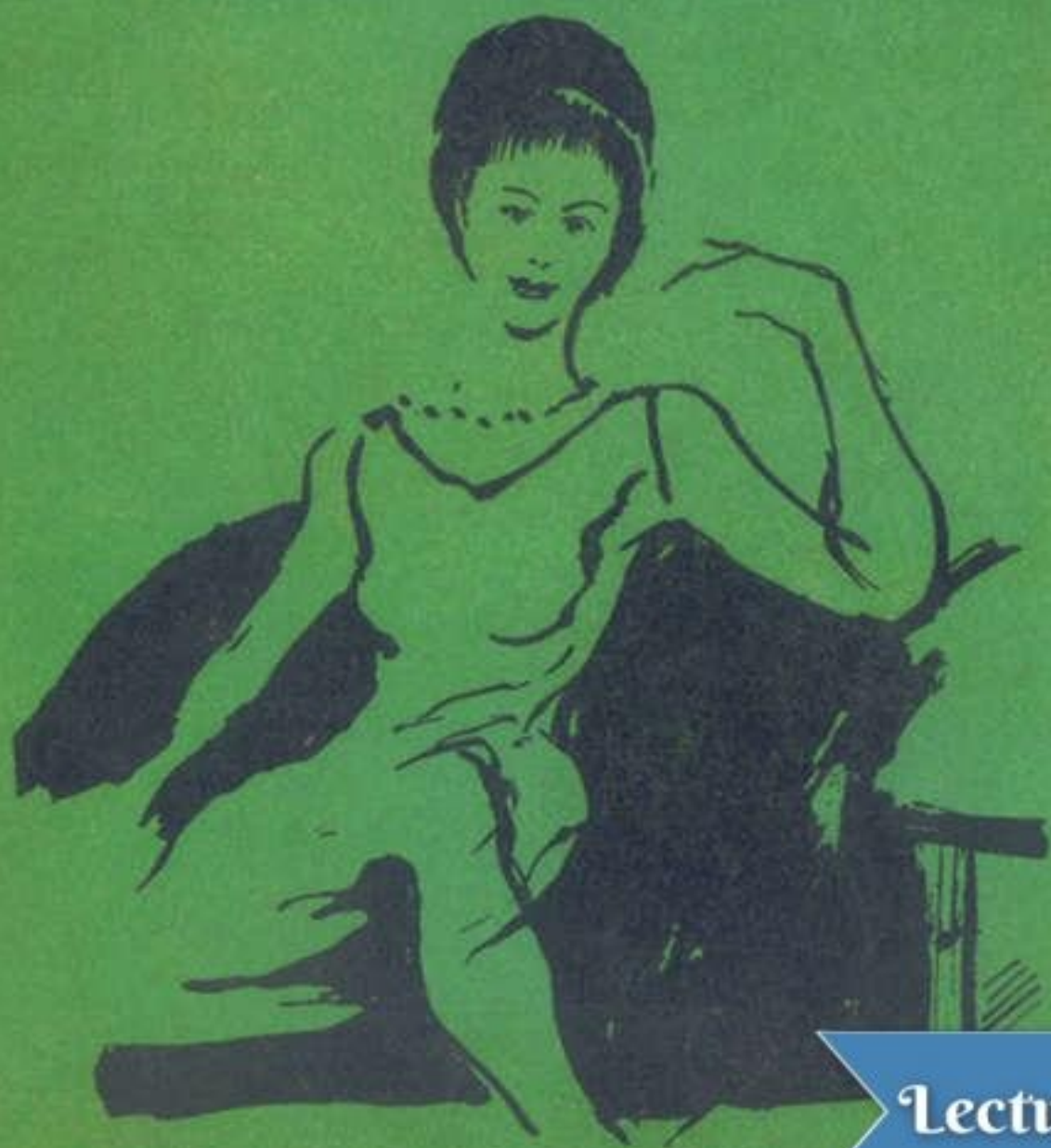


Juan Antonio de Zunzunegui

TUDO QUEDÓ EN CASA



Lectulandia

«¿Es realmente la vida una fuerza tan potente y tumultuosa que resulta estúpido intentar meterla en el cuadriculado de una exagerada e hipócrita moral cristiana?». «¿Tendrá razón el que se entrega a lo espontáneo y no el que vive según una idea moral?».

Tales son las preguntas que Celia se hace al ver, con un «profundo asco» y una «desolante y desfallecedera desilusión», cómo la vida da la razón al cínico de Raúl mientras deja que se hunda su otro hermano, «Zaca», «tan bueno, tan laborioso e inteligente».

Pero Celia no logrará engañarse ni engañarnos. Terminará por reconocer que su codicia ha motivado la ruina de «Zaca» y ha elevado a la gloria y al bienestar al desaprensivo Raúl. Celia, en medio de su amargura y de su rencor, aceptará su culpabilidad y comprenderá finalmente que la vida no se concibe sin una idea moral.

TODO QUEDÓ EN CASA es una novela realista y fuerte. En ella, el ilustre escritor vasco nos ofrece un vivísimo y brillante cuadro de un sector social cuya existencia no puede dejar de reconocerse mal que nos pese, un cuadro repleto de personajes —«Zaca», Raúl, Celia, don Sergio, «el Botines», «la Covadonga», Soledad y muchos más— de una asombrosa e irresistible humanidad. TODO QUEDÓ EN CASA, al igual que EL MUNDO SIGUE, es una novela cruda pero de la que trasciende siempre una honda preocupación social. A la riqueza de tipos y situaciones que nos ofrece esta apasionante novela, nuestro ilustre académico añade el gracejo de su estilo incisivo y jugoso, el inconfundible estilo que acredita a Zunzunegui como uno de los más altos maestros de la actual novelística española.

Lectulandia

Juan Antonio de Zunzunegui

Todo quedó en casa

ePub r1.0

Titivillus 08.10.16

Título original: *Todo quedó en casa*
Juan Antonio de Zunzunegui, 1964
Ilustración de cubierta: José María Prim

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Al escritor Joaquín de Zuazagoitia, tan inteligente e ingenioso amigo.
Con el recuerdo de los años juveniles en nuestro Bilbao*

Qué mancebo no desea gentileza y donaire

QUEVEDO. MARCO BRUTO

PRIMERA PARTE

LA señá María salió aquella mañana de su tabuco de la calle de la Morería acobardada y compungida. Había pasado la noche sin apenas pegar ojo por el altercado y escándalo armado por los dos hijos la víspera, y eso la conturbaba el ánimo a la buena madre.

«Pero estos hijos, si de tan jóvenes empiezan a odiarse así, qué dejan para cuando sean hombres», iba pensando.

La escalera cansada crujía en sus atouques gastados, y por el patio de corredores, del que colgaban lacias las ropas percutidas de los vecinos, descendía una claridad azulenca de madrugada. De las puertas desvencijadas de las viviendas escapaba un cálido olor nauseabundo a pobretería y berzas cocidas.

Era abril en sus primeros días y saltaba fresquita y delgada la luz. Por el trozo de cielo que encasquetaba el patio se presentía tierna, piadora y profunda la mañana...

Tras de algunas puertas se oía vida y movimiento preparándose para la jornada.

En el segundo piso tropezó con un empleado del servicio público que salía y la dio los buenos días.

En la calle la mujer se esponjó ante la gloria de la mañanita que se alzaba y anchuraba por momentos, luminosa y tensa.

Dobló a la izquierda por la plaza de Gabriel Miró y, metiéndose por la travesía de las Vistillas, salió a la iglesia de San Francisco el Grande.

La morrocotuda cúpula reverberaba a los primeros rayos del sol cuando penetró la mujer en el templo.

Fue derecha a la primera capilla del lado del evangelio y se postró esperando saliera el sacerdote para celebrar la misa.

Todo el templo estaba ya embebido de luz. A diferencia de las iglesias de cruz latina, cuyo primer efecto que produce al que penetra es la oscuridad de las naves, el regalo que brinda San Francisco en todo su redondo y espacioso diámetro es el de una claridad recién nacida. La luz a borbotones atraviesa su encristalada linterna y desfallece pintoreativa en sus vidrieras policromadas. Así todo el ámbito cobra, a poco de alzarse el sol, una densa y regalona luminosidad. Las seis capillas laterales que redondean el perfecto dibujo de la iglesia quedan al mismo tiempo traspasadas de esta viva y latiente claridad, por la maleable luz que reciben de sus correspondientes linternas...

La riqueza del templo se da en conjunto patente, variopinta e inmediata a la primera mirada del devoto. Todo se ofrece a la redonda —pintura, arquitectura y escultura— embriagador, súbito y maravilloso.

La señá María, oracionera, se empapó en esta dulzura.

La hermosísima y esbelta cúpula que cubre la rotonda, es mayor que la de Los Inválidos de París y que la de San Pablo de Londres y algo menor que la de la basílica de San Pedro de Roma. Es el templo más hermoso, solemne y suntuoso de Madrid. Y el primer efecto, sobre todo los días de sol como aquél, es munificente y deslumbrador...

La señá María se encontró más enternecida y devota, si cabe, penetrada por tan rica, densa y cariciosa luz. Le pidió a la Virgen del Olvido, que presidía el altar, desde una imagen pequeña y linda, por su marido y sus hijos para que ella, que había sido olvidada durante más de ciento setenta y seis años, según la leyenda, no se olvidase de su familia y les sacase a flote de las adversidades de la vida.

Oyó la misa con toda devoción la señá María, y después de reiterar sus rezos y sus súplicas por todos los suyos se volvió a casa.

Celia había salido ya a su trabajo de la tienda de la calle de Serrano donde acababa de ser ascendida a jefa de dependientas. Con Raúl, el pequeño de los hijos, acababa de tropezar en la escalera. Iba de punta en blanco, como un figurín. «El Señorito», le llamaban en la vecindad y en el barrio.

—¿Pero dónde vas a esta hora, hijo?

—No sé..., con el día que hace..., con tal de no estar en casa encerrado.

—¿Te ha dado de desayunar Araceli?

—Sabes que no me gusta la achicoria... Déjalo, ya tomaré un cafelito por ahí.

Mirándole con dulzura:

—¿Cuándo vas a sentar esa cabeza y vas a respetar a tu hermano, que es el mayor y más sensato y trabajador que tú?... Y qué esperas para dar de lado ese odio que le tienes..., bueno, que os tenéis, porque él también...

—Vaya..., menos mal.

Haciéndola una mamola:

—No te preocupes, madre, que eso de reventarse mutuamente es cosa natural entre hermanos. A mí me revienta él con su ciencia y sus libracos y su rigidez moral, y yo le doy cien patadas a él con mi despreocupación y mis ganas de vivir bien y a lo que salga... Pero todo esto veremos con el tiempo quién tiene razón.

—Él, quién va a tener razón, él que está en el buen camino.

—Eso lo veremos más tarde.

Le dio un beso.

—Vete, anda, vete y no me hagas perder la paciencia.

Raúl se sonrió. Tenía una sonrisa abierta y simpaticona y unos ojos pícaros y maliciosos, y una estampa morena, ágil y mimbreña y una estatura más bien alta, y una voz susurradora y caliente, y una expresión viril y seductora, pero al mismo tiempo tierna y desvalida, que se hacía querer...

Se volvió zaragatero.

—¿Tienes por ahí un durete?

—No, no tengo ni cinco céntimos, para ir a misa no llevo dinero, pero aunque lo tuviera; te he dicho y te lo han repetido tu padre y tus hermanos que ya tienes edad de ganarte la vida... conque... Ves cómo vivimos en casa de estrechos y de alcanzados... ¿Por qué no imitas en eso a tus hermanos?

Hizo un gesto despectivo.

—Bueno, vieja...

Era un «vieja» cariñoso.

—Si no hay de qué..., adiós.

Y se lanzó escaleras abajo.

Este hijo que por sus maneras y sus gustos parece hijo de un duque. Pero en el fondo era su debilidad, y le halagaba que fuese así. Era el último de los retoños y el más parecido a ella. Araceli, la más simplona y buenona de las dos hijas, le solía decir mirando al hermano un tantico ufana:

—Es el más parecido a usted, madre. A veces semeja su retrato... Hay momentos cuando habla que cierra una los ojos y cree estar oyéndola a usted de más joven.

—No me compares con ese vago y fresco, que yo desde niña hice siempre lo que pude... y en todos los órdenes mi conducta nada ha dejado que desear..., y este hijo, ¿a quién ha salido tan fresco... y tan... tan pendón?

—No me ofendas con tus juicios —recogía él si estaba presente.

—Ahora, yo espero que se corrija, que aún tiene años por delante.

Penetró en el aposento la mujer.

Araceli, que era de las dos hermanas quien llevaba la casa, había ya hecho las camas y aseado los tres cuartos pequeños y la cocina, que era toda la vivienda.

No tenía agua corriente la casa y tomaban el agua de una fuente cercana que había en la calle.

—En su habitación tiene el desayuno —le advirtió a la madre al verla y se le acercó con el gesto de ofrecerle la mejilla.

La mujer la besó.

—¿Tu padre?

—Se ha ido hoy más temprano —le susurra la hija.

Tenía un pañuelo a la cabeza y en las manos el palo largo de un escobón de pelo muy gastado por el uso.

La mujer fue a su cuarto y se sentó en una descalzadera o butaquita muy chica, redonda, muy raída, junto a una mesa camilla de la que tenía buen cuidado en sacar el brasero antes de cenar. A un costado se estiraba una cama de matrimonio sencilla, de pino barnizado ya muy oscuro por el trato y los años.

—¿Y Zacarías?

—Ahí está desde las seis comiéndose los libros.

Zacarías, el hijo mayor, era un hombrachón un poco cargado de espaldas, pesado y toscote, de facciones vulgares y ojos un tanto sanguinolentos y saltones. A los once años entró de botones en un almacén de maquinaria de la calle de la Princesa y a los dieciocho llevaba las cuentas por partida doble del almacén, y de noche en su casa estudiaba el bachillerato, que aprobó por libre en tres años y medio.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó su padre con un cierto orgullo.

El mocete era silencioso, torpón en sus movimientos y poco brillante, pero inteligente y tesonero.

—Primero hacerme abogado.

—Pero eso costará mucho dinero... y aquí vivimos con la noche y el día y lo que ganamos entre todos da sólo para ir tirando, que somos seis bocas.

—Como he hecho el bachiller haré la carrera..., por mi cuenta... y a ratos perdidos...

Y no dijo más.

El padre, don Romualdo, un hombre laborioso, sin letras, empleado de un almacén de muebles de la calle Toledo, se volvió hacia su mujer y la hizo observar:

—El Zacarías tiene sus cálculos y ha demostrado en lo del bachiller que sabe por donde anda, conque no le apuremos que él sabrá salir adelante.

—Comprenderás que para mí, y para todos, un hijo con carrera, y hecha a pulso, es un orgullo y una satisfacción, máxime siendo pobres...; pero tanto llevar el cántaro a la fuente..., no se le vaya a hacer migas la salud, porque a este hijo, entre lo que trabaja y lo que estudia, que todo es uno y lo mismo, un día le va a saltar la cabeza.

—Es joven y tiene buena salud..., y eso él mejor que nadie puede calcular hasta donde le llega el brío.

En los ratos perdidos, y a las noches, a la salida del almacén y, sobre todo, quitándole tiempo al sueño, y en los domingos y días de fiesta, fue «empollando» las asignaturas...; luego se examinaba por libre en junio o en septiembre. El precio de las matrículas lo iba acumulando a pocos a pocos, durante todo el año...

Aquellos años vivió un tanto sobre la hipoteca de sus glóbulos rojos...

El Derecho Romano y el Derecho Civil los estudió con enorme voluntad de comprensión. Uno de los dueños del almacén donde trabajaba era abogado, de excelente bufete y buen criterio, y solía visitarle en su casa y le planteaba sus problemas y sus dudas, y le pedía le aclarase algunas materias.

Pero la asignatura que más le satisfizo fue el Derecho Administrativo. Era lo más pegado a su sensibilidad y a sus hábitos de contable y a su afición a las leyes, reales órdenes y decretos.

La madre, sentada en su butaquita, que le había comprado Celia por unos duros en un saldo de la casa de una señorona del barrio de Salamanca, bebió su achicoria con un poco de leche y pensó un rato en la vida de Zacarías... Sin embargo, su debilidad y enternecimiento eran para el hijo pequeño, Raúl, el mejor plantado, el más risueño, decidor, aparentoso y «viva la Virgen». El que en lo físico más había salido a ella de joven... Pero su respeto y reverencia eran para el mayor... Y su verdadera y profunda admiración se le iba hacia su hija Celia.

—Cómo se mueve en la vida esta chica y qué bien lleva su aguja de marear —le solía decir al marido, ya recogidos en su cuartucho.

—¿Qué ponemos para comer, madre? —entró preguntándole Araceli.

No tenía ya el trapo cubriéndole la cabeza, y se daba los botones de la manga de la blusa.

—Lo de siempre..., échales a los garbanzos y a las patatas un poco de falda de vaca, y una punta de codillo y un peazo tocino para pringar... Y un huevo para cada

hombre, que esos trabajan y se gastan como el petróleo de las lámparas.

—¿Para Raúl también?

—Aunque ese perillán no dé una y es un frescacha, dentro de la casa no hagas distinciones... que es de muy mal efecto.

Araceli se sonrió.

—Además que vete tú a saber si viene a comer.

Se retiró Araceli y quedó sola en su alcobita la madre. Cuando después de muchas fatigas y sinsabores Zaca terminó la carrera, fue un acontecimiento en el barrio, y sobre todo en la vecindad.

Le miraban como a un bicho raro y le llamaban «Zaca el sabio», «el Sabio», a secas. Entre los dos hermanos había una diferencia de unos quince años. Cuando Zaca terminó la carrera, Raúl tendría dieciséis, y ya apuntaban un afán de buen vivir, fuese como fuese, su pajolero desenfado y su golferancia...

Zaca disfrutó una temporadita en el barrio de consideración respetuosa.

—Es hijo de un obrero, un empleado modestísimo de un almacén de muebles baratos y ahí le tienen ustedes, por su cuenta y apretando las tabas se ha hecho un señor abogado —patentizaban las gentes humildes...

Luego él era sencillo, nada decididor ni echador, un poco gruñón, dos pocos sosaina y tímido y torpón a todo ruedo.

Cuando terminó la carrera le costó sacar el título unos pocos miles de pesetas, y eso le dejó exangüe. Pensó terminaría allí su trabajo y su esfuerzo, mas no fue así. Pero lo que le tiraba y atraía a él más que su trabajo de bufete, para conseguir ser el día de mañana un buen abogado, era lo profesoral, la enseñanza... Ser catedrático, llegar a ser catedrático de la Universidad Central, le parecía a Zacarías el *summum* de lo intelectual... Tenía de la vida un sentido profundo: de moral, de trabajo y de esfuerzo, porque un hombre, y recordaba las palabras de Ortega, «es aquello que hace frente al sistema de vigencias establecido en el contorno donde se halla infuso».

Y se veía ya dando sus clases de Derecho Administrativo a los alumnos... O en una reunión de profesores con su birrete y su toga... «Que se dejen de tonterías, un catedrático de la Universidad Central de Madrid es un señor catedrático, del griego *Kathedrá*, asiento desde el que se domina toda la vida intelectual y se enseña todo el pensamiento del universo... Esto pesa», cavilaba Zacarías, como si fuese sobre los hombros que le gravease la enorme carga...

Y en cuanto se hizo doctor expuso a los dueños del almacén donde llevaba los libros cuál era su propósito de opositar a una cátedra de Derecho Administrativo, y cómo para ello necesitaría libres las mañanas para su preparación.

—Me son suficientes las tardes para llevarles el almacén al día como lo he hecho hasta ahora —les indicó.

Como Zacarías era un lujo y un orgullo para los dueños, le concedieron dispusiese de las mañanas, si eso no les entorpecía la marcha del negocio, como así fue... Y empezó a quedarse en casa para preparar sus temas de oposición.

Se levantaba a las cinco y media, y desde las seis a la una de la tarde vacaba a su preparación. Eran siete horas de profundo y penoso estudio. A las tardes, llevaba su trabajo del almacén desde las tres hasta las nueve, y muchos días le daban las diez en su tarea.

La pobre madre temía por su salud.

—¿Podrás aguantar durante mucho tiempo todo ese esfuerzo, hijo?...

Zaca gruñía un pretexto ininteligible y seguía.

Ahora Araceli vuelve con la modesta compra.

La madre sigue acucunada en su butaquita.

—No sé..., hoy no me siento bien; la disputa anoche de tus hermanos no me ha consentido dormir..., ¿y quieres creer que siento frío?

—Le haré un caldito con la carne que traigo —le brinda la hija.

—Bueno.

Araceli le trae a poco el consomé o consumado y le echa por las espaldas una toquilla.

—Está la casa fría; estos días de primeros de abril en Madrid las casas se conservan aún destempladas..., y sobre todo las casas de los pobres.

—¿Le enciendo el brasero?

Hace un gesto negativo con la cabeza mientras trasiega el líquido. Más tarde se frota las manos. En seguida le reacciona el organismo y se levanta.

—Voy a ver qué hace ese hijo.

—Te lo puedes figurar.

Le encuentra braceando entre libros y papelotes.

—¿Por qué no dejas tus estudios por un momento y te vas a despejar la cabeza un rato..., hasta la hora de comer?

—No puedo, madre —le contestó sin levantar la vista de sus textos.

—El uno porque se cansa de sólo pensar que tiene que trabajar y el otro porque lo toma con demasiado interés, el caso es que entre los dos me vais a quitar la poca salud que tengo.

—He de ganarme una situación y un puesto honroso y distinguido en la vida... y la cátedra de administrativo no me la traerán en bandeja a casa...; además somos pobres, muy pobres, y si gano la oposición no digo que en adelante nademos en la abundancia, pero podremos cambiar de casa y abandonar esta nauseabunda pocilga.

—No hables así de la casa, que en ella has nacido tú..., y en ella, mal que bien, hemos vivido siempre..., y en lo que cabe está limpia, que tu hermana Araceli para otra cosa no servirá, pero para la limpieza tiene el mismo empuje que tú para el estudio.

—Pero los demás vecinos no son así, y la casa se cae a pedazos y huele a demonios... Además que mi aspiración inmediata, te lo he dicho muchas veces, es tener un cuarto para mí sólo, sin tener que cohabitar con este golfo, cínico y achulado de Raúl.

—Que es tu hermano..., no le trates así.

—Porque es mi hermano y le conozco hablo con esa seguridad.

Alzando la cabeza y tratando de dulcificar la expresión del rostro.

—Anda, madre, guapa; déjame, que tengo mucha tarea esta mañana.

—¿Cuándo no tienes tú mucho que hacer?

Sonriéndose:

—Es verdad.

—Me voy, pero a ver si a Raúl le tratas mejor, que es tu hermano y es el más pequeño..., y sabes no me gustan y me producen una contrariedad tremenda las peloterías horribles que os traéis los dos...; conque, si es que me queréis, espero os comportéis mejor..., que si no, por este camino me vais a quitar la vida...

—Si lo hago por su bien, precisamente porque soy su hermano y tengo casi quince años más que él, por eso disputo y le reprendo, porque me da pena por él y por todos el camino que lleva.

—Ni que fuera un ladrón.

—Un ladrón..., un ladrón; si lo fuera de altura sería para pensarlo, que ahora gozan de mucho predicamento..., pero lleva camino, si no lo es ya, de ser un rufián de pequeña cilindrada..., porque hasta entre rufianes hay clases.

—No te entiendo..., ¿qué es eso de rufián?

—Chulo..., un chulillo vulgar que vive de las mujerzuelas.

—No, eso es una infamia..., él trabaja, poco, pero trabaja...; es comisionista de una fábrica de mecedoras.

—Además es cínico, pero reconozco que tiene pajolera gracia. ¿Conque trabaja de comisionista de una fábrica de mecedoras? Lo que hace es balancearse en ellas...; si ha nacido cansado y perfumado de indolencia y está amasado para farolear y pinturar y enlazar a pobres desgraciadas... Verás que reconozco sus méritos. De alguna manera los he de llamar.

—No; Raúl no es un chulo explotador de golfas... Será un vago, a quien le pirra presumir e ir bien vestido. Te concedo que sea un cabeza ligera..., un inconsciente...

—Si es lo que no es... No tiene pelo de tonto el niño, y a la hora de moverse en la vida..., se las sabe ya todas.

—No, él no vive de las mujeres..., mentira, mentira —rugía la madre—. Lo que pasa es que le tienes envidia porque es muy simpático y muy gracioso y tiene mejor tipo y mejor facha que tú, y porque tiene mucho cartel con las mujeres, que tú nunca has tenido..., y se pirran por él porque es ocurrente y guapo..., y las trae al retortero... y, en el fondo, le envidias porque todos, todos los hombres, lo que más os envidiáis unos a otros es la belleza, aunque os lo calláis como zorros y fingís despreciarla. Porque eso, eso es lo que da el buen éxito ante las mujeres, que es, en fin de cuentas, lo que en la humanidad buscan todos los hombres, aun los más santos.

—Siempre pensé que como se parece a ti en lo físico y es el último de los hijos, el más pequeño, era tu debilidad y tu ojito derecho, y lo veo ahora confirmado.

—No, hijo; para mí todos sois lo mismo. A todos os quiero por igual y os deseo triunféis en la vida, pero por ser el más joven y de menos experiencia disculpo muchos de sus fallos y salgo en su defensa cuando tú le atacas tan brutalmente como anoche, y como ahora en este momento. El tono y la bestialidad con que te arrojas sobre él no es digno de un hermano, y menos de un hermano mayor, que debe siempre ser para el pequeño un ejemplo de buenas maneras, de bondad y de comprensión.

—... Y en cuanto a la envidia que asegura que le tengo..., le diré que mis caminos son otros completamente distintos.

Se había excitado y salido de sus casillas Zacarías hablando de su hermano.

—Bien, hijo; pues si no le tienes envidia, ya que tú eres el mayor y el más talentado, el más sentado, dale tu experiencia y tus consejos, pero sin altercar y disputar, cariñosamente, como corresponde a un hermano mayor que ha de hacer con el hermano más pequeño las veces de padre.

Era mujer, la señá María, muy gastada y consumida por las necesidades y sufrimientos de la vida, y con más de setenta años; su organismo, trabajado por las penas, era proclive a las lágrimas, y se enterneció y se le humedecieron los ojos.

—Bien..., hijo. Si algo me consideras y me quieres, para los pocos años que me queden de vida..., aunque no sea más que por darme gusto y tenerme contenta, sé más considerado con tu hermano y discúlpale sus faltas, y piensa que todos tenemos de qué callar..., que, al fin y al cabo, ¿quién es el que puede tirar la primera piedra?
...

Hubo de cederle el hijo la única silla que había en el cuarto, que era la que él ocupaba, porque le flaqueaban el ánimo y las piernas. Apoyó el codo en la mesita y la frente en la palma de la mano...

—Haré lo posible por corregirme y por tratarle con más miramiento, pero que conste que yo no tengo nada de qué callar...

—Ves cómo tienes de qué callar: tienes de qué callar tu soberbia y el creer que estás en lo cierto y en el secreto de las cosas, y no olvides que todos somos pecadores y estamos hechos del mismo barro y todos hemos de hacernos perdonar nuestras faltas.

Era hombre poco comunicativo y cariñoso Zacarías, y al alzarse su madre para irse, ya un poco repuesta, se encontró junto a ella con la cabeza doblada hacia él y no supo desenvolverse con la normal fluidez amorosa de un hijo amante, después de un disgusto tan tremendo, y permaneció frío, con el corazón distante, frente a la mujer.

—Bien, anda; deja todo eso y vete a dar una vuelta hasta la hora de comer, que de menos nos hizo Dios, y hasta fin de año, que según tú será la convocatoria de las oposiciones, tienes tiempo de aprenderte todo lo que digan esos libracos, y piensa que si caes enfermo de tanto estudiar es como romper el cántaro y que se derrame toda el agua..., y entonces será ella.

—Bueno, guapa, espere..., voy a terminar el tema que tengo entre manos y ahora

mismo me voy.

Se abrazó al hijo la mujer.

—No pienses, el más mínimo instante, que quiero más a Raúl que a los demás; si tengo una cierta debilidad por él, es porque veo en él, más que en los demás, el peligro de que se pierda..., no sólo el peligro, sino la casi seguridad de que se ha de perder..., y eso es lo que me hace atenderle más y estar más encima de él y mimarle más..., ante esa posible desgracia..., ¿me comprendes ahora?

Zacarías humilló la cabeza, avergonzado.

—Pero querer, me oyes, querer..., os quiero a todos lo mismo..., y eso va a misa, como dice Raúl.

Quiso sonreír, pero no podía.

—Estos jóvenes de ahora, de la nueva ola, según comenta Celia, se han puesto el mundo por montera..., y por eso Raúl me da más cuidado y más pena que vosotros..., y por eso..., sólo por eso, puede parecer que le quiero más..., además que, como gracioso y salao, es el más salao de todos..., eso no lo puedes negar.

—En eso te doy la razón.

Y madre e hijo se miraron y se sonrieron.

C ELIA, la mayor de las dos hermanas, era el quicio sobre el que giraba la familia. Era alta y bien sacada, pero asomaba a su rostro, que era correcto y gracioso mientras fue adolescente, un indisimulable gesto desabrido, viriloide.

A los siete años ya ayudaba a una vieja que tenía un puesto de caramelos, cacahuètes y chufas a la entrada del Viaducto...

Era muy seria, y a los lados se le marcaban las mandíbulas apretadas... A los quince se colocó de empleada en una tienda de bolsos y objetos de adorno y de lujo para la mujer. Era por entonces el comercio más elegantón de la calle. Situado poco antes de llegar a Goya, en Serrano, tenía la mejor clientela del barrio de Salamanca. Había sido el primero de los hijos que se puso a trabajar para ayudar a salir adelante a la familia. Esta primería en el afán de mejora de vida la dio ante el padre y la madre una autoridad a la hora del comentario hogareño.

Hablaba con seguridad y muy buen criterio y siempre oportuna, y Romualdo, el padre, que era débil de carácter y asustadizo, y la madre blanda y temerosa, empezaron a dejar sus resoluciones para la hora de comer o de cenar, en que Celia, sentada entre los dos, les confortaba y animaba con su voz dura y su parecer acertado. En seguida los padres, hasta por egoísmo, empezaron a confiar sus decisiones en manos de Celia.

—¿A ti qué te parece, hija? —le preguntaba el padre después de haber mirado a su mujer.

Y sus palabras pesaban como una sentencia.

Celia fue quien, apenas se colocó el hermano, poco después que ella, ya con tres sueldos en la casa, le orientó para que se hiciese bachiller y luego emprendiese en sus ratos libres la carrera de Derecho.

Empezaron a respirar un poco.

—Tanto más serás en la vida cuanto más sepas. El porvenir es de los preparados..., y no es porque sea hermano e hijo vuestro, pero es inteligente como para repartir.

Los padres se contemplaban orgullosetes, y «Zaca», como le abreviaban, sentía un remusguillo en los lóbulos de las orejas, y en los rinconcillos de los ojos, y en las mejillas...

El hombre la miraba agradecido y Celia remachaba.

—Conque a sacar el mayor partido posible de tus facultades.

Aquel año, el día del santo de su madre, le regaló un bolso aparente de señorona que estaba por dentro un tanto deteriorado y que el dueño le había cedido casi de balde.

—Pero, hija; si esto no me corresponde a mí.

El esposo se sonrió.

—Lo malo es que no tienes nada que meter.

—Todo llegará.

Habían subido de la confitería una botella de sidra champanada y una docena de

pasteles para celebrarlo.

—Esta hija... Lo que no sepa esta Celia... —comentó el padre, con el burbujeo y picor de la sidra en la nariz.

—Pero vete con calma, eh...; que para todo va bien la calma —recomendó la madre.

—Lo primero que tenemos que hacer para cuando éste sea abogado es abandonar esta casa, que es una pocilga.

Raúl empezaba a hacer travesuras por el barrio y era el único que no aceptaba, en su selvaticidad, la suprema autoridad de Celia.

—Tú a obedecer a tu hermana, que es la mayor y sabe lo que se trae entre manos —le propiciaba la madre.

Pero él escapaba a la calle sin hacerle caso.

Celia, en cuanto le trasteó y le vio mirar jactancioso y desafiar y protestar de todo y salir de estampía y oponer un gesto enfurruñado y arisco a sus palabras, pensó: «La vida es para él».

Las chicas de la vecindad le buscaban para sus juegos, y cuando se lo proponía sabía hacerse querer y ser simpático... y trapalón.

Una mañana de domingo volvía sudando de sus correrías y con una herida en la rodilla de la que sangraba un poco.

Le cogió y le fregoteó y le restañó la sangre.

—Eres un demonio —le gritó para que se sosegase.

El crío se volvió y la contempló con un desprecio tremendo.

«Es, es el más guapo de casa», pensó la hermana.

—Si no estudias y vas a la escuela y te pones a trabajar en seguida de lo que sea, tú verás..., porque aquí no mantenemos vagos.

—Déjame en paz..., que eres una pesada y una mandona insufrible, que yo no he nacido para trabajar.

—Mira el señorito. Pues el ejemplo que te damos todos en casa no creo que sea para que no te decidas a pasar por el aro.

—Entre las abejas, según cuenta el maestro, hay también una clase que se llaman zánganos..., y las demás abejas trabajan para ellos...

—Y a esa clase es a la que aspiras tú...

Sacándole la lengua.

—Yo no quiero obedecer a nadie..., me oyes, a nadie, y menos a ti que eres una antipática.

El padre intentó darle un cachete, pero se zafó y se escabulló.

Tenía entonces nueve años.

Araceli hacía ya la compra y ayudaba a la madre en la cocina.

A la señá María le pesaban los huesos y el permanecer de pie la fatigaba... y pelaba las patatas y partía las vainas y espolvoreaba la sal sentada en una silla baja... y no salía de casa más que una vez al día: a primera hora a misa..., porque las

escaleras la tumultuaban el corazón.

—Usted, madre, no debe dar más que el visto bueno, que para las faenas duras está Araceli, que se mueve en la edad de hacerlo.

El señor Romualdo era un hombre silencioso y avejentado. La seguridad fulminante y fría de su hija Celia, reanimó los últimos años de su vida. La tienda de muebles donde trabajaba de dependiente, se abría en la calle Toledo, casi enfrente de la iglesia de San Isidro. Eran muebles modestos y baratitos, hechos en serie. El dueño tenía otra tienda, ésta de muebles de ocasión, en la Cabecera del Rastro.

Hasta que Celia se colocó en Serrano y poco después Zacarías en el almacén de maquinaria de la calle de la Princesa, la vida para el matrimonio y los cuatro hijos fue un jugar a las cuatro esquinas con el hambre.

Pero en cuanto Celia se puso a trabajar y tomó el timón del hogar, la cosa empezó a cambiar... Era enérgica, animosa, dura, poco femenina.

El padre era blando, divagador, sin concretar nunca nada. No era capaz ni de dar el precio exacto de un mueble.

—Y, ¿qué vale esta alcoba? —preguntaba el cliente.

Y si estaba el dueño en el almacén, se lo preguntaba. Él no quería responsabilidades ni líos.

—¿Que en cuánto les deja esta alcoba?

—¿Pero no tiene usted en ese cartón el precio?

—Sí, pero por si usted es de voluntad en ponérsela más arreglada.

Cuando no estaba el dueño, aunque fuese un par de sillas lo que intentaban comprar o un «galán de noche», consultaba con Zenón, que era el otro empleado, de grandes bigotes arrechos y ojos saltones, muy locuaz y vivo él, que a las primeras palabras le parecía siempre al cliente que era el dueño del negocio.

La hija Celia, con su sonrisa suficiente, su voz veteada de aplomo y su actitud, fresca y nueva, como de mujer dispuesta siempre a empezar lo que fuese, le daba al padre una cierta tranquilidad. En estos años de la hija trabajando y en acción, el señor Romualdo se permitió el lujo de sonreír y de quedar traspuesto mirando la calle Toledo con el pitillo sin fuego, pegado al labio inferior como si pasase una procesión o un acontecimiento inusitado.

La señá María fue, cuando empezó a ir diariamente a misa, a dar gracias a la Virgen del Olvido por haber atendido sus peticiones.

—Nunca le daremos a la Virgen del Olvido y a Cristo bastantes gracias por haber escuchado mis súplicas.

Señá María era muy querida en la vecindad. Tenía una figura fina de ojos suaves y apagados, pero que debieron de ser bullidores y queredores en su mocedad.

—Usted de joven ha debido ser muy guapa —le dijo Araceli contemplándola.

—No lo sabéis bien —le contestó el marido.

—Calla, que tú también no hablas cuando debes y hablas cuando no debes, como ahora.

Se sonrojó la mujer.

El hombre se sonrió ufano:

—Perdona.

Los hijos se miraron y contemplaron a la madre satisfechos.

Era sencilla y nada amiga de chismes y de enredos, ni era vociferante y encismadora como tantas mujeres de la vecindad... Bien es verdad que era mujer débil, de poca vida, de poca energía y que su marido era un pan en lo de simplón y bueno, enamorado de su mujer... y siempre con una inapagada hambre que le daba una tristeza amarilla a la expresión.

Pero en cuanto Celia se situó detrás de su mostrador y empezó a mirar a la redonda... ya fue otra cosa... Poco después se colocó su hermano Zacarías. Aunque modestos, ya eran tres sueldos en la casa. Tres chorritos de agua a vivificar y galvanizar el páramo de aquel hogar. En el aposento con tres cuartuchos, las voces se hicieron más briosas, sobre todo la de Celia... y hasta escapaba por bajo la puerta alguna vez una risa de Araceli... Y desde que pudo corretear, la disconformidad simpaticona de Raúl.

La madre siempre diría, hasta que murió, que el encontrar colocación Celia fue por sus oraciones.

La hija, que no se parece a su madre ni en la delicadeza femenina del rostro ni en su sencilla y honda fe, suele exclamar:

—Sí..., si no me echo pronto a recorrer el barrio de Salamanca aquella mañana, a pesar de tus súplicas a la Virgen del Olvido...; porque sabrás que sólo salir de la tienda, después de hablar con el dueño y la dueña y de apalabrarme..., ya entraba otra chica, y por cierto, muy vistosa, a solicitar el puesto que me acababan de dar.

—Pues sólo por mis súplicas llegaste tú antes a ofrecerte..., sólo por mis súplicas...

—Sí, por tus súplicas y la suerte... ¡Cuánto cuenta en la vida la suerte!... No sé... Al levantarme aquella mañana de la cama tuve la corazonada de que me colocaría y encontraría algo...

El letrero estaba escrito a mano y en letra no muy grande:

«Se necesita una aprendiz para irse imponiendo en el servicio de mostrador».

Celia penetró sujetándose el pecho por temor se le escapase aleteante el corazón.

En la tienda estaba el dueño que era aún un hombre joven... y en la caja su mujer. En seguida se dio cuenta de que eran esposos. Y dos muchachas de unos veinte años que atendían el mostrador. Un chico como de once años de recadero...

El marido andaba por la tienda entrando y saliendo husmeador cuando oía alguna transacción comercial.

Al dueño le hizo muy buen efecto Celia. Era suelta al hablar y respondía con seguridad y aplomo, y tenía buena planta.

—¿Usted sabe de cuentas?

—Por Dios..., eso se supone —le sonrió y miró a la mujer.

La esposa pensó: «Ésta sabe demasiado... Además, su expresión es un tanto descarada y fría».

El marido le puso unos problemas de ventas y los resolvió en seguida.

—Esto es coser y cantar —le dijo Celia echándole el papel con la solución sobre la mesa.

Se volvió y miró las estanterías, los escaparates y a las chicas del mostrador.

Entraban y salían bastantes compradores y eso que aún no eran ni las doce.

—¿Tienen ustedes mucha clientela?

—Sí —asintió la mujer.

—Con este sitio y en el barrio de Salamanca, vendiendo esta mercancía de gusto y de lujo, se puede doblar.

—Usted no sabe la que tenemos.

—La que sea, se puede acrecentar.

—¿Usted se compromete?...

—Yo lo intentaré, pero sin compromisos.

Las dos mujeres se miden con la mirada.

Entró al día siguiente y el dueño la impuso de su toma y daca. La señora le indicó dónde estaban las mercancías, le dio la lista de precios y le indicó las costumbres de la casa. Después le presentó a las dos compañeras, Lolita y «Celes», las dos rubias, las dos altas y espigadas. Lolita bastante decorativa y «Celes» de rostro vulgar pero correcto.

Celia se dio cuenta sólo entrar de que la dueña era lista. No era guapa, de edad de treinta y ocho a cuarenta años, conspicua de pechos, casi cilíndrica y celosa.

Cuando el marido asomaba la jeta, seguía su mirada que en cuanto podía la enviaba ladinamente a tropezar con los encantos de Lolita.

Tan pronto se estableció detrás del mostrador, se dio cuenta de que era superior en astucia y talento a sus dos compañeras.

Cualquier duda que tenía se la consultaba a la mujer...

«No te he sido simpática, pues vas a ver», pensaba.

—¿Estos bolsos de cocodrilo de cuatro mil ochocientos no tienen rebaja?

—Son precio fijo —intervino Lolita.

Celia se dirigió a la señora.

—Estas ventas, que no son muy corrientes, sobre todo en bolsos de esta calidad y precio, yo creo conveniente un tira y afloja..., sobre todo tratándose de ciertas clientas... o clientes... Mi modesta opinión sería arrancar de cuatro mil novecientos noventa y cinco, cuyo efecto económico viene a ser el mismo que cuatro mil ochocientos, y así, es más prudente para no descender luego en la rebaja de las cuatro mil setecientos cincuenta, pues aun el más fino de los clientes agradece la rebaja..., eso suponiendo que sea muy de la casa, ¿no le parece?

Le sonrió.

—Sí, muy bien..., es una idea.

Y cambió el precio de todos los bolsos de cocodrilo.

—Señora, ¿usted se había dado cuenta del precio que tienen señalado a los abanicos antiguos?... En los anticuarios del Prado y del Rastro están mucho más caros, y no hay nada que dé tanta ranciedad a un objeto de arte antiguo como el precio excesivo... Una cosa antigua, si es barata no es antigua..., no lo olvide.

—Pues tiene usted razón —asintió la señora.

Y subieron de precio en un relampagueo los abanicos de marfil antiguos.

—Doña Sofía —se acercó una tarde Lolita a la dueña.

—Por Dios, Lolita, que ese doña hace a una persona vieja y respetable... y la señora, no es porque esté delante, pero puede ser un poco nuestra hermana mayor... Llámala señora, que es lo elegante y es como la llamo yo y como se la debe llamar.

Y la señora se sonrojó agradeciéndoselo.

Celia había observado que el dueño, mofletudo, cuelllicorto, de ojos un tantico saltones y abundante de carnes, cuando le era factible tateaba con la vista los encantos espigados de Lolita... y que la señora estaba «un poco mosca»... Y pensó: «Ésta es la mía».

Entraron a las nueve como todas las mañanas. Era mayo en sus comienzos y el sol empezaba a enamorar las piezas suntuosas del escaparate. En la acera las pisadas de las mujeres eran nerviosas y apremiantes...

A las once llegó la señora cajera. En esto Lolita pasó junto a la dueña y Celia la abordó.

—Por Dios, Lolita, guapa, ¿cómo se te ha ocurrido venir a la tienda con ese escote tan... tan pronunciado? Por ti primero y luego por el buen nombre de la casa... Que esto no es un...

Movió la cabeza.

La señora habló:

—Tiene usted razón que le sobra, Celia.

Lolita quedó abochornada.

La blusita era excesivamente transparente y se adivinaba la espalda y los brazos seductores de la muchacha, y el escote llevaba su daga buida por entre el hocino de sus pechos.

Se retiró y volvió con él más acertado.

A los pocos días, nueve o diez, le llamó a ella la dueña por teléfono.

—Escuche, Celia, tenemos una boda y no iremos por la tienda ni mi marido ni yo hasta el anochecer..., hágase cargo de la caja.

—Vayan ustedes tranquilos y estén en la boda hasta que se retiren los novios sin preocuparse de nada, que mañana será otro día y hablaremos.

Sin los dueños presentes, se aplicó a que la jornada fuese lo más fructífera posible y le acompañó la suerte.

Cayó por allí un americano inexpresivo y largo como un cohete en movimiento, y pidió que le mostraran bolsos de cocodrilo. Su «amiguita», con la que acababa de

ligar, que era una *demi-vierge* de quiero y no puedo, se lo pidió en seguida. Le había pasado por delante del escaparate de la tienda, antes del aperitivo de la noche, varias veces. Y señalándole con el dedo le había exigido:

—Quiero un bolso de esos..., ¿me entiendes?

Vaya si le entendió..., pero el súbdito de Kennedy exageraba su torpor y su voz cojeante.

—Bueno, rico, tú veras, o me compras un bolso de esos o buscas otra que te aguante tus borracheras, pues para qué quieres esos dólares que tienes y que valen sesenta y no sé cuántas veces más que nuestra enflaquecida peseta... Un español, con ese dinero que tienes tú traducido al castellano, me hubiera llenado de bolsos, trajes y joyas... ¿O es que en tu tierra se dan «de capri» las mujeres a los hombres tan feos como tú?

—Eh, eh..., *speak slowly*.

—Déjame en paz, que de sobra me entiendes tú cuando quieres... Con que, o el bolso para abrir boca o que te aguante Rita.

Y al día siguiente, que era sábado, lo llevó la prójima al «Paraíso de la mujer», que éste era el nombre de la tienda.

Entró como un cordero, el pobre.

Celia se dio cuenta de todo rápidamente. Sólo cruzar la mirada, las dos mujeres se entendieron.

Le mostró todos los bolsos de cocodrilo del escaparate. Y cuando los hubo visto, abierto y palpado, le añadió:

—Pero dentro de la clase de cocodrilo tengo algo excepcional.

Y entró en la trastienda. Salió con uno que era idéntico a los del escaparate, tal vez un poquito más suave en su tono castaño.

—¡Éste me enloquece! —confesó la muchachita, que era una morenucha de naricilla arregazada y carnes duras, bellísimamente dispuestas. Y se le escapó un grito que desmesuró sus picantes ojos.

Celia le pidió por éste, al americano, seis mil.

—Es el puro recochineo en punto a bolsos —y hacía el gesto aclaratorio de abrir los cinco dedos de una mano y añadir otro dedo de la otra.

El americano lo miraba y lo comparaba con los otros bolsos.

Movía la cabeza.

—Lo mismo..., lo mismo.

—No, no, escuche que le explique. Así como en el cerdo lo mejor es el jamón, o sea la parte de atrás, del sur de... de la espalda..., en el cocodrilo... ¿Usted ha visto los cocodrilos? —le preguntó para ganar tiempo.

El larguísimo y estoposo rubio dejaba, de cuando en cuando, caer hacia delante su cabeza, como asintiendo.

—Pues en el cocodrilo parece que esa zona es también la mejor y la más fina y la que resulta más manejable y suave al tacto.

La jovencita de la nariz respingona estaba a punto de soltar la carcajada.

Cuando el desconfiado americano pareció resignarse, su «novia» levantó seis dedos enérgicos y enhiestos.

El cuitado afloró los billetes de su bolsillo, como si sacase papelillos inválidos y los estiró sobre el mostrador.

—¿Dónde se lo mando?

—No, no..., lo llevo yo —exclamó la mujer, que no las tenía aún todas consigo.

Al salir con el bolso apretado contra el pecho, le guiñó un ojo a Celia como diciéndole: volveré.

A esa hora de la siesta, hasta las seis, en que no suele entrar nadie a comprar, se coló una turista vieja y estrafalaria toda vestida de blanco, con una enorme boina azul en la que un pedúnculo culminaba el redondón de paño...

Celia la trasteó y, después de muchos tiras y aflojas y garabos, le colocó un par de abanicos de marfil antiguo con unas escenas taurinas que le aseguró haberlos visto pintar sus antepasados a un discípulo de Goya.

—Pero Goya hace unos cien años que murió.

—Señora, mis antepasados, desde entonces, nos han ido pasando, de unos en otros, esta noticia hasta llegar a mí.

La miró un tanto desconfiada la vieja.

Pero no supo disimular su entusiasmo por las piezas y las hubo de pagar a un buen precio.

La dueña cayó por la tienda a cerrar al anochecer y Celia le dio cumplida cuenta de cómo se habían desarrollado las ventas.

Más tarde, al acostarse, le brindó al marido:

—Esta chica es una alhaja.

—¿Qué chica?

—Celia, hombre..., te estoy hablando de la tienda, de cómo se ha hecho hoy el día.

—¡Ah! Sí, es una joya. Recuerda que fue cosa mía el admitirla, que a ti no te entró ni te fue simpática en el primer momento.

—Su gesto, hasta que se la trata y se la ve trabajar, reconoce que es duro y antipático y suficiente... Está en el secreto de todo, y eso en una mujer joven resulta desagradable...; claro que, bien pensado, para nosotros es el ideal.

—¿Qué caja han hecho hoy?

—Casi veinte mil pesetas.

—Hacía mucho tiempo que no teníamos un día así.

—Desde que yo me encargo de la caja no recuerdo haberlo tenido nunca..., creo que ni en Reyes.

—En Reyes últimos recuerda que anduvimos cerca de los cinco mil duros.

—Pero ese día nos autorizaron a cerrar a la una de la mañana.

—Eso sí.

—Y Celia lo ha hecho a las siete y media de la tarde, y...

—Esta chica es una joya... Ahora, a mí me da tanta seguridad y tanta frialdad un poco de miedo.

—Antes de decirla nada, por su mirada te das cuenta de que sabe lo que la vas a proponer..., te lo adivina.

—Y eso para un comerciante es muy descansado..., desde luego..., aunque algo peligroso, pues es una mujer que las ve venir y está en el secreto de nuestras ganancias, pues trata confianzada a suministradores y viajantes y ha hecho muy buenas migas con nuestro contable... Claro es que si no estás al tanto de sus movimientos, resulta una empleada desbordante.

—Todo tiene sus peligros, pero entre ella y las otras yo me quedo con ella..., y como conveniente para el negocio tú me dirás quién es más.

—A la vista lo tienes.

Pero a los pocos días murió la dueña de una apoplejía.

Celia quedó un poco en mujer de confianza frente al viudo.

Después de asistir al entierro aparentemente compungida, maduró su plan. Al día siguiente continuó la imperturbable vida de la tienda.

El dueño permaneció unos pocos días sin asomar por allí. En ese tiempo, Lolita y «Celes» siguieron sus ventas. Y ella recibió con semblante triste a los comisionistas y representantes que pasaron a darles el pésame.

—La pobre doña Sofía era una señora en su trato y en sus maneras, y en cuanto al negocio una administradora llena de tacto.

Y con el pañuelín fingía retener una lágrima.

—No saben ustedes bien la pérdida que su muerte representa para nuestro comercio.

Al aparecer en la tienda a los pocos días don Sergio, se fue a sus brazos embalsamada en un sollozo.

Y todo el local pareció traspasado de su pena.

AQUEL atardecer de mayo era sábado, y como hacían semana inglesa en su almacén, después de estudiar y machacar sus temas administrativos con vistas a la oposición, ya cansado de la enorme tarea del día, Zacarías se echó a la calle.

Días antes había aparecido la Convocatoria para las oposiciones en el Boletín Oficial del Estado, en el apartado de «Oposiciones y concursos», donde se indicaba la plaza vacante de la cátedra de Madrid...

Cuando lo leyó, trepidó de un ansia gozosa.

Tenía treinta días hábiles, a partir de la fecha de la convocatoria, para dirigir su instancia al Ministerio de Educación Nacional. En ella había de indicar los títulos que poseía y las publicaciones que tenía de esa disciplina administrativa...

En casa se lo notó la madre en seguida.

—¿Qué tienes, que hablas solo y andas tan revuelto? —le preguntó.

—Que ha aparecido la Convocatoria en el Boletín Oficial.

—Pues no te precipites... que por eso no te van a dar el puesto para ti...

Se había presentado aquella mañana en el Ministerio y había tomado nota de los documentos que necesitaba:

Partida de nacimiento legalizada.

Certificación negativa de antecedentes penales.

Certificación de no padecer defecto psíquico ni físico, incompatible con el ejercicio de la enseñanza.

Certificado de buena conducta expedido por la autoridad municipal del domicilio del interesado.

Declaración jurada por la que el interesado se compromete a respetar, en el ejercicio de sus funciones y en toda su conducta pública, los principios fundamentales de la ley.

Con todas aquellas apuntaciones se volvió a casa nervioso.

Faltaban la madre y Araceli.

—¿Qué..., cuándo es eso? —le preguntó la madre sólo entrar.

—Va para largo... Cuando el Ministerio lo juzgue oportuno publicará en el Boletín Oficial la lista de los aspirantes, que seremos unos cuantos; luego ha de dar los nombres de los miembros que componen el tribunal que nos ha de juzgar a los opositores y la fecha en que aparecerá el programa de la oposición, y esto sí que es importantísimo. Éste constará de unos ciento treinta a ciento cincuenta temas... Los cuales no los conoceremos hasta veinte días antes de comenzar el primer ejercicio.

—Bueno, pues, que todo te salga bien, hijo.

Pasó a su cuarto y preparó la instancia, que él mismo llevó al Ministerio, acompañada de los documentos.

Quedó más sosegado.

La tarde era solemne y rumorosa.

Se deslizaba un tranvía cuesta abajo por la calle de Segovia y su queja derretíase en el aire, que subía hasta lo alto. Frente a su casa, en la pequeña planicie de la ladera

que desciende a la Ronda de Segovia, las mesas de un bar estaban ocupadas por parejas que disfrutaban de la temperatura de la tarde. El cielo era alto y de un elegante azul pálido.

A la derecha desentonaba del gracioso paisaje urbano el armazón del Viaducto, un tanto redimido a la vista por la mansión del duque de Uceda y la torre pizarrosa de la iglesia del Sacramento.

Después de haber presentado su instancia, días antes había vuelto con encono a su estudio.

Zacarías pasó despacio a la calle Mayor. Iba rumiando sus temas de estudio, tal una vaca torpona y paciente... El descanso sólo le servía para estirar las piernas, pues la mente obsesa con su oposición seguía sin abandonar su tarea, y sólo cuando alzaba la vista del suelo sus ojos descansaban en el verde que los jardines y laderas le presentaban al paso. Cuando ya no podía más y la cabeza se le resistía en su temosa labor, se echaba a la calle y hacía aquel paseo. En la calle Mayor tomaba por la acera del costado de la Almudena y seguía por el Palacio Real, y al llegar a su puerta, donde estaba montada la guardia, se volvía hacia los jardines en redondo y, alzando la vista, contemplaba la plaza de Oriente y a Felipe IV en su galope de bronce.

Aquel atardecer, la mole del Palacio descollaba densa y sombría, acuchillada de chiídos de vencejos...

Por un levísimo momento, no era entonces el opositor a Derecho administrativo. Luego siguió por la acera donde el Casino de Madrid había grabado en piedra una leyenda conmemorativa del Dos de Mayo. Y se quedó embelesado ante los jardines italianos que se alzan en el solar de las viejas caballerizas. Tirándose hacia la vaguada el Campo del Moro, elegantón y arbolado, y al otro lado del río la sobria y carpetana Casa de Campo.

Sus ojos se nutrieron por un rato de tanta abierta hermosura.

Una vez en la plaza de España, ante el monumento a Cervantes, se dijo aquella tarde como siempre: «Tengo que leer el Quijote», porque Zacarías, como muchísimos españoles más o menos cultos, sólo conocía algunos trozos y capítulos sueltos del libro, y sin embargo, había leído detenida y morosamente a Ortega y a Unamuno.

Se sentó como otras veces a la mesita de un chiringuito y tomó una gaseosa.

Su paseo consistía en volver luego por la Gran Vía despacio, hasta la Red de San Luis y por Montera descender a la Puerta del Sol, y más tarde por la calle Mayor reintegrarse a su casa.

Se hallaba preocupado y cansado esta tarde, y mientras le servían el refresco contempló los altísimos edificios de la plaza.

No le respondía la cabeza con la agilidad, presteza y seguridad de los primeros meses de preparación... «Como siga así, voy a llegar embotado precisamente a los días de la oposición»... Pero esto va para largo.

Sentía una flojura inmensa y un como desamparo por tanto esfuerzo intensísimo y continuado, del que dudaba en aquellos momentos alcanzase su blanco.

Pasaban mujeres hermosas y sentía, hombre aún joven y fuerte, los botonazos de la carne con el levante primaveral.

Mayo enlabiaba el aire, y las hojas de los árboles tenían con la brisa un soniqueteo perezoso.

«¿Tendrá razón mi hermano, para quien la vida es sólo caprichosa satisfacción de sus pasiones sin barreras ni límites morales, como si no hubiese más que la materia y la nada de la muerte, o hay un alma y valores del espíritu?».

«Toda la lucha, desde que el hombre se ha erguido sobre sus dos pies, es la del alma contra el cuerpo, la materia contra el espíritu que Cervantes immortaliza en sus dos tipos Don Quijote y Sancho... Sí, hay un alma, la siento en muchos momentos del día y si no hubiese alma estaríamos en la obligación de inventarla para contrapesar esta mierda hedionda del cuerpo...».

Y se lo pellizcó para sentirlo sujeto.

Un crío de poco más de un año arañaba, frente a él, con su manita el suelo y echaba en un balde de playa el polvo que recogía...

«Mi esfuerzo será como el de este crío por llenar su balde», pensó.

Pasó una vieja gangosa con gafas de cristales gordos canturreando la prensa de la tarde. Después una pareja de jóvenes muy enamoriscados... «Quién sabe si es para esos la vida. Los días de vacaciones que me den por el verano descansaré por completo. Eso me sentará bien y podré volver con redoblado ímpetu y entusiasmo a la labor».

Se distrajo un rato con el bullicio de las mesas y de los jardines. La temperatura era agradable... Si no fuese por el ruido infernal de coches, camiones y tranvías...

La luz se iba retirando por entre las hojas de los árboles.

Consultó su reloj, eran las ocho y cuarto.

Pagó y se alzó vacilante.

Volvió a saltarle su idea fija. En el momento en que atravesaba la calzada para ganar la otra acera, por poco si le aplasta un autobús de cercanías que tenía en el costado de los jardines su parada.

¡Estos bárbaros de conductores!... Y no se le ocurrió pensar era él culpable por intentar cruzar por donde no había paso.

Subió lento por la acera de la Gran Vía.

El lucerío de los escaparates y de los anuncios, algunos movibles, entre el calor humano de la gente espesa y abigarrada, y el escape de los autobuses y de los coches, le mareó... Pero en esto, oh sorpresa, vio florecer a su hermano Raúl al costado de una rubia vistosa. Iba con ella no en actitud de enamoriscado acompañante, sino como quien la conduce o senderea. La mujer consentía, sumisa y un tantico ufana, su presencia emparejadora y él la llevaba «al punto» con suficiencia asultanada de chulillo...

Zacarías disimuló para no tropezar con su vista, pero cuando pasaron se volvió y observó cómo llegaba con ella hasta la puerta de un bar americano y, ya en el teatro

de su brillante trabajo, la despedía con una sonrisa de: «A ver si te portas»...

«Siempre pensé yo que este hermano mío tenía madera de rufián..., pero llevarla, cínico y vigilador, hasta el bar donde desarrolla la moza sus lagoterías y conquistas eróticas, eso, por pudor no me lo suponía». Era hombre recto, de vida limpia Zacarías, y el chulear a las mujeres y vivir de ellas le parecía un desdoro moral. «Cuando lo sepa la madre se va a morir de asco», pensó. Aquel encuentro le revolvió sus mejores propósitos. «De modo que estoy yo comiéndome los codos, que todas las horas del día me parecen pocas para trabajar y estudiar y ver de salir yo y sacar, en unión de mi padre y mi hermana, la casa adelante, y este cínico, explotador y amoral de Raúl se dedica al perfumado negocio de vivir de ellas».

El pensamiento de que las mujeres trabajasen para él en un menester tan bajo y sucio le llenó de vergüenza... «Yo me explico..., me explico muchas cosas, pero esto...».

Iba exacerbado, frenético Zacarías, sin fijarse en la gente que se derramaba desbordante de las aceras. Las terrazas de bares y cafés llenaban todas sus mesas. Se veían bastantes extranjeros ocupantes.

«... Pero ¿a quién ha salido este granuja de Raúl? Porque nuestra madre es una santa... El padre es corto de luces, pero limpio y honrado. Por lo visto, su dinastía empieza en él...». Se quiso sonreír, pero no pudo.

Al atravesar un cantón se sintió ojeado, con mirada buscona, por una mujer joven.

«Una de las víctimas de Raúl», pensó, y se ruborizó como una colegiala.

Dieron las nueve. Los cines deshalagaban su público, y el ámbito de la calle resultaba mezquino, sudoroso, intransitable. Se detuvo en la esquina de la Red de San Luis entre tropezones de gente que subía, bajaba y se chocaba o atendía un semáforo de luz verde para cruzar en una u otra dirección, todo entre centelleos, golpes de claxon y pisotones.

«Esta noche en la cena plantearé ante los padres y las hermanas el caso de Raúl», pensó.

Descendió por la calle la Montera, echándose frecuentemente al arroyo con el riesgo inminente de que le embistiera un coche. La Puerta del Sol era en aquella hora un hervidero azacaneante.

«Me explico ahora el tipo de vida que hace, pues no cena casi nunca en casa... y las horas en que vuelve a la madrugada..., eso cuando se recoge... y es que las noches en que la coima no encuentra trabajo..., por lo visto, se consuela con él».

Sentía un odio profundo por su hermano, odio enraizado, sobre todo en los momentos de desesperanza, en una envidia fraternal de la peor estirpe, en una envidia turbia y rastrera, por su mejor planta, por su desenfado, por su ahí me las den todas, por su gracia despreocupada, por su simpatía pimpante y arrolladora, por ese su aire entre cínico y suficiente que le hacía, allí donde llegaba, ser el centro de la reunión, por su dicacidad repajolera y su ingenio inventivo para la trampa y el enredo.

Recordaba su última ocurrencia y no podía ahora menos de reírse...

Últimamente llevaba una temporada desconcertado.

Se le veía por casa en apartes misteriosos con su madre. Sus trajes, a pesar del cuidado que ponía en su limpieza y planchado, respiraban una gran fatiga. Su misma persona denotaba ese abandono y ensimismado deshacimiento del que no pisa terreno firme... Hasta aquella tarde, serían las dos, en que llegó como un arcángel resplandeciente: con terno nuevo, con corte de pelo y afeitado reciente; las manitas hechas, los zapatos lustrosos, espejeantes, y un perfume de jacaranda y sandunguería rebozándole de las sisas.

Celia le recibió guasona:

—¿Has «engatusao» alguna vieja norteamericana?

El hombre hizo un gesto de asquito, echando rabiosamente para abajo los cuatro dedos de una mano acompañado de un muequeo despectivo de labios.

—Me gustan jóvenes y nerviosillas.

Zacarías alzó la vista y le miró despreciativo sin decirle nada. El padre le contempló y consultó con un ojeo luego a su mujer.

La madre hizo un gesto silencioso de asombro y de estupor.

*—Y este cutis amasado
con aceituna y jazmín.*

Celia, que no tenía pelos en la lengua, le soltó:

—Ay, chico, lo poco que comemos nos va a saber a gloria con tu perfume.

—¿Qué pasa? —desafió él.

—Como pasar, pasa poco... —le contuvo Celia.

La madre le deletreaba por el rabillo del ojo.

Se movía elegantón, oloroso, impecable.

Menos la desfachatez, todo en él era nuevo, reciente y caro.

Los ojos de los hermanos le empollaban cetreros.

—Bueno, comer y dejarle —les suplicó la madre previendo la tempestad.

Alzó la cabeza tal una garza sobre el cañaveral.

—Parece que no me habéis visto nunca.

—Tan bien fardao... y tan... y tan escandaloso, no —le soltó Celia.

—¡Bueeeeno!... —y tascó el freno.

En su torno se silueta un ambiente cejijunto, repelente.

Se oía el sorbeteo de la sopa del padre.

—No empecemos, eh, no empecemos —suspiró la madre.

Zacarías comió rápido y se retiró... No le pareció el momento oportuno para plantear nada... Celia fue a su trabajo. El padre y la madre se metieron a cuchichear en su alcoba. Salió el hombre. En seguida se oyeron sus pisadas en la escalera.

Quedó Raúl solo sentado a la mesa.

En esto, pasó su madre.

—¿Qué haces, hijo?

—Nada... Me voy —y se alzó.

—Ven aquí. ¿A dónde vas? —mirándole a los ojos.

—No sé..., ni sé cuándo volveré.

Abrazándole:

—Pero ¿por qué eres así?

—Qué sabe cada uno... de uno..., de su misterio...

Acariciándole las solapas.

—¿Por qué todo esto que no te corresponde?

—Todo es para todos, madre, todo es para todos...

—¡No!... Eso no. ¿De dónde lo has sacado?... ¿Quién te lo ha comprado?

—Déjalo.

—Las cosas son de quien se las gana por su nacimiento o por su trabajo... y tú has nacido pobre y vago...

—Pero con gustos de rico.

—Y ésa es tu quiebra.

—Aquí está esta ropa sobre mis carnes, yo no la he robado y puedo salir a la calle...

Iba a decir orgulloso, pero se le atascó el vocablo.

—Si has de seguir ese camino más vale que te vayas de mi vista.

—Lo tendré en cuenta.

Se zafó y se largó a la calle.

La mujer, apenada, se hizo esta pregunta que se hacen tantas madres:

—¿Pero a quién sale este hijo, Dios mío? ¿A quién sale este hijo?

Los hijos salen a quien salen, pero, mientras tanto, el mundo sigue y jamás se detiene por hijo más o menos.

Y fue a los pocos días, estando todos a la mesa sin él, cuando a Araceli le entró risa y a poco si devuelve la modesta sopa de fideos que acababa de ingurgitar.

—¿Qué andas ahí, so aparvada? —le abroncó el padre.

Se hallaba de mal talante don Romualdo, porque le había reñido el dueño por su estar estando inútil.

—Sin insultar, eh, sin insultar, que la cosa no es para menos y cuando lo sepan veremos quién es el que no se ríe —se disculpó la chica.

La madre se sonrió curiosa. Zacarías levantó los ojos del plato y Celia propuso:

—Pues cuéntalo de una vez.

—La cosa no es para menos y veréis... —trató de congraciarse Araceli—. ¿Visteis lo elegantón, y perfumado, y requetepeinado, y con terno nuevo y a la medida, y las uñas hechas, y los zapatitos como espejos, y el pelo con una loción de brillantina..., y sin faltarle el masaje facial que ahora en las peluquerías elegantes les dan a los hombres..., que vino el último día Raúl? Pues la cosa no me digáis que no tiene gracia... Él llevaba una temporada que no se le debía dar bien su trabajo... por como iba de limpio, eso sí, limpio como el primero, porque el Raúl desde chiquitín ha

sido limpio... pero lacio, con trajes muy cansados y zapatos tristes... Pero lo que no se le ocurra a Raúl...

—A ver si atacas el tema..., anda.

—¿Qué?

—Que a ver si te explicas.

—En la Cebada hay un puesto de pesca de una asturiana muy gorda, que tiene ella un aire muy presuntuoso y un niño de unos seis a siete años, que suele corretear por allí con una pelambreira que le tapa las orejas... Por lo visto, la madre tiene miedo de que se le enfríe el crío. Ramoncín se llama el pequeño... Pues Raúl pasó por allí la otra mañana y le dijo:

—Ramoncín, guapo, ¿quieres que te corten el pelo de balde?

—Sí —le contestó el niño moviendo la cabeza.

—Pues andando... —y le tomó de la mano y se lo llevó campechanote.

Ramoncín estaba ese día muy elegante, pues le iba a llevar su madre a que le examinara el párroco de la Paloma de doctrina cristiana para poder hacer la primera comunión, y el pelo le debía pesar mucho. Iba alegre el crío ante la promesa de que le despojarían de balde de aquella carga.

Pian pianito se fueron a una peluquería elegante de la Carrera de San Jerónimo.

Sentó a Ramoncín en una silla, Raúl, y le aconsejó que se estuviera quietecito.

El niño obedeció.

Mientras, a Raúl las manos duchas de un oficial le cortaron el pelo y afeitaron. Le dio masaje y lociones de quina y brillantina. Mientras, el limpia le puso los zapatos como dos conciencias tranquilas. En el entretanto la manicura le hacía las manos.

De repente, cuando le habían hecho todo lo que se le puede hacer a un hombre... en una peluquería, se entiende, se retiró el Raúl la sábana blanca y, pretextando un olvido, salió del salón dejando a Ramoncín en uno de los sillones con orden de que le cortasen el pelo, consintiéndole por delante un pequeño tupé.

—En cinco minutos estoy de vuelta —le advirtió al dueño.

—Y hasta ahora —cerró Celia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero me lo he figurado.

—Pasó una hora, pasaron dos, el dueño ya mosca, iban a cerrar y ninguno había cobrado los servicios prestados a Raúl, cuando le preguntó a Ramoncín:

—¿Sabes dónde ha ido tu papá, guapo, porque parece que tarda, eh?

—¿Qué papá?

—Pues el tuyo, hijo.

—Yo no ten... tengo papá —y se echó a llorar el angelito.

—¿Y ese señor que te ha traído?

—No... no le conozco... Es la primera... primera vez que le he visto —moqueteó.

Todos los oficiales se miraron.

—No te apures, guapo, no te apures.

—Yo estaba en el mercado con... con mamá y ha pasado... este hombre; me ha dado un caramelo, me ha cogido de la mano y va y me dice:

—Guapo, ¿quieres que te corten el pelo sin pagar?... y como tenía que cortarme el pelo un día de estos, según me había dicho mamá, pues me he venido con él.

—No quiero decirlos cómo nos han puesto a toda la familia en la peluquería —les aseguró Araceli.

—Nos lo suponemos —subrayó Zacarías.

El padre se reía:

—¡Lo que no se le ocurra a este Raúl!

—¡Es un pícaro! —gritó Zacarías ofendido.

—Pero no me negaréis que el engaño es gracioso —sostiene Araceli mirando a su madre.

—¿Pero dónde ha aprendido mi hijo tales fechorías?, porque en casa... en casa no será.

Y el padre se reía..., y Araceli se reía.

—Este Raúl se las sabe todas..., todas.

—No le encuentro ninguna gracia —rugió Celia, y se fue.

La risa tontona del padre acabó convulsionándose en congestiva carcajada.

CUANDO Celia se encontró frente a don Sergio viudo, ambicionó todo: casarse con él y alzarse con su comercio y su persona: por la vía de la carne...

Aquella mañana estaba la tienda con muy buena clientela cuando él asomó su jeta, tosca y desconfiada.

Lolita iba y venía dejando en el aire encontrados caminos de perfume. Para ella fue la inicial mirada del dueño. Al morir doña Sofía, que hacía de cajera, los primeros días todas fueron un poco cajeras. La que vendía registraba ella misma su venta... Pero aquella mañana Celia se adelantó a proponerle a don Sergio:

—Tendrá usted que ir pensando en una cajera, es fatigoso y molesto atender a las dos operaciones y queda la tienda como al garete y desvalida... Y una tienda elegante como ésta...

Don Sergio recogió la observación y no la contestó nada, pero se dirigió instintivamente a la Caja y allí permaneció registrando las ventas hasta que cerraron.

Una vez sentado en el alto taburete se volvió el dueño y pudo recoger la mirada querendona y beneplaciente de Celia.

Se hallaba pendiente de él la mujer. Empapada de movilidad y de ronroneante servilismo..., en un deseo de abierto, caliente y generosete afán de darse a él en cuerpo y alma.

—¿Decía usted algo, don Sergio?

—No... nada.

Se puso coloradote el hombre.

Le contempló por detrás la mujer y le encontró de una derramada monotonía cilíndrica.

«Es un saco de grasa petulante el muy marrajo..., pero verás», pensó la mujer, y urdió toda una serie de asaltos... «Pero no nos apesuremos, que no por mucho madrugar amanece más temprano».

Cuando don Sergio se cansó de teclear en la Caja y se retiró, un momento, al cuartito de estar adyacente a la tienda, Celia se fue tras de él.

—No olvide lo de la cajera...; si no le importa, yo tengo una amiga muy competente que podría desempeñar a las mil maravillas el puesto.

Él instrumentó un gesto indiferente...

—Bueno..., no sé a qué me meto donde nadie me llama..., pero sólo me mueve, usted lo sabe bien, el amor que tengo por la casa...

Le miró entregona y retrecheramente.

La verdad es que el hombre se ofuscó y se asustó un tantico, y es que no estaba acostumbrado a tan picantes rendimientos.

Pero se zafó un poco de ella, disculpándose.

—Tengo una sobrina..., precisamente sobrina de la pobre Sofía... que es, figúrese, de toda confianza, y he pensado en ella.

—Si es de la familia, me parece de perlas... Soy de la opinión de usted de que los de la familia debemos ayudarnos unos a otros.

Estaba muy escotada Celia y los hombros, que eran lo más acompasado de su esqueleto, corrían a los lados de su tronco, olorosos, sombreadores...

—¡Ay! —suspiró la mujer—; no nos daremos nunca cuenta de lo que hemos perdido con la muerte de la señora..., tan buena, tan guapa, tan cariñosa, tan... tan inteligente y elegante.

Él achicó el óvalo de su cara ante tal rociada.

—Sí; era una mujer perfecta. —Pero no lo sentía.

«Tú crees que ignoro que no os llevabais bien», pensó la mujer, y le miró acercándose con tierno garabato.

—Puesto difícil de llenar para usted, tan enamorado de ella —y recordó las miradas incendiarias tejidas en torno a los encantos dorados de Lolita trajinantes por la tienda.

—No lo sabe usted bien —musitó compungido.

—Porque lo sé se lo digo..., pero usted, no porque sea mi dueño, se lo confieso, es... joven y atrayente, y es peligroso permanezca solo y viudo con un negocio tan... tan sugestivo.

Se había ido aproximando al varón a medida que trataba de convencerle de que la soledad, si no es de dos, no es buena consejera. Celia se movía estallante dentro de sus posibilidades. Había escondido las tortolillas de sus pechos en unos sostenes enhiestos, en los que hasta el pezón más mustio y caído da cimas de delicia... Y se los adelantaba como diciéndole: «Tómelos, si son para usted, para que calienten su aterida viudedad».

Pero que si quieres.

Estaba claro que no era su tipo Celia... o que no encerraba suficientes y ardorosos encantos... O que su timidez no le empujaba a la tateante combustión...

—De todas formas no olvide que estoy a su disposición para... para lo que quiera... y que me considero un poco como de la familia... ¿Me entiende?

—La entiendo..., y se lo agradezco.

La mujer se iba acercando a él, pasito a pasito, metiéndose cada vez en su onda de caída... Y fue entonces cuando notó que sus brazos eran cortitos y que aún quedaban lejos de sus dativos encantos...

«Este pobre diablo desconoce, por lo visto, que el tacto es uno de los sentidos más gozosos con que Dios nos ha obsequiado...». Y le pareció que sus brazos se achicaban, se achicaban hasta dar su pingüe cuerpecito en una absoluta manquedad...

«Ahora me explico por qué no me ha metido aún mano...», y se consoló.

—Bueno, don Sergio, que se me hace tarde y me esperan en casa a comer.

Pensó un instante que se arrancararía para proponerle irse a hacerlo con él, ahora que estaba sólo como una patata ondulada y viuda..., pero ni por ésas.

Las dos tórtolas de sus pechos brincaron protestonas en el encierro de sus sostenes...

—Con este hombre no hay nada que hacer —le susurró una.

—Con este hombre no hay nada que hacer —le susurró la otra.

—Está probado que no somos dos téticas incendiarias.

—Salvo ponernos en la palma de su mano, a lo que yo no estoy dispuesta —tembloró una.

—A lo que yo no estoy dispuesta —tembloró la otra.

—Hemos hecho todo lo que hay que hacer —una.

—... Lo que hay que hacer —la otra.

—La culpa no es nuestra —una.

—No es nuestra —la otra.

—Y es que tú, Celia, en cuyo cuerpo habitamos como un adorno de él en calidad de bocinas del sexo, no... no eres seductora —una.

—No eres seductora —la otra.

—Y en la guerra del hombre y la mujer eso es importantísimo —una.

—Es importantísimo —la otra.

—Bueno, hasta luego, don Sergio, antes de que se me haga tarde...

—Hasta luego.

Y saltó a la calle.

«Es una pena que el Hacedor no me haya dado suficientes encantos femeninos, pues de otra parte el mundo sería mío... sí, mío, mío», se iba diciendo.

Marchaba excitada por su fracaso erótico.

Tomó un autobús que la situó al costado de la Almudena en cierne, y ya desde la escalera de su casa percibió llegaba en un alborotador momento.

Cuando abrió la puerta, la explosión de los dos hermanos le sobrecogió.

—¿Pero qué pasa aquí? —entró preguntando.

La madre lloraba mansamente, con la palidez de su cara escondida en la palma de una mano. El rostro del padre era de un silencioso verde ceniza.

—No me explico, por muy cínico y canallita que seas, cómo te has atrevido a venir a manchar esta casa honrada con tu hedionda presencia —le gritaba Zacarías.

—Alto, alto, que mi menda no mancha nada ni deshonra a nadie porque le tire su madre y venga a verla —mintió buscando su mirada.

—Y yo te lo agradezco..., pero prométeme que has de abandonar esos malos pasos en que andas metido y te pondrás a trabajar como Dios manda en una profesión limpia...

—Pero ¿qué es trabajar?..., es lo que yo quisiera saber..., porque si trabajar es lo que hace «Zaca» sentado a una mesa hojeando y hojeando libracos... yo no, eso no; el hijo de mi madre necesita el aire libre y ver gente y dialogar con éste y con el otro...

—Será con ésta y con la otra —terció Celia, que venía de muy mala sangre por su fracaso.

—Es lo mismo.

—Qué va a ser... y sacarle el dinero a esta pobre desgraciada y a la otra con

engaños y vivir de tu cuerpecito juncal..., que menos da una piedra... Y lo del aire libre no lo dirás por las tardes, que te pasas golpeando con un seis doble, con otros de tu calaña, las mesas de la taberna de «el Pinturas» en Mesón de Paredes.

—Como si la mayoría de los hombres no viviesen del dinero y del esfuerzo de las hembras.

—Pero no sobre un catre —le gritó Celia, que venía muy revuelta.

—Reconozco —intervino Zacarías— que muchos hombres viven del dinero de las mujeres, pero es casándose con ellas y dándoles su nombre, y suele ser éste un dinero adquirido por ellas bien por herencia bien por otro marido, si son viudas... Y las menos tienen ese dinero ganado por su inteligencia y por su esfuerzo... Pero de ahí a lo otro, que es lo tuyo, hay un abismo.

—Te diré.

—No hay te diré que valga; que vivir como vives tú de explotar a esas desgraciadas —le saltó Araceli— es lo último a lo que se puede dedicar un hombre... Y eso deshonor al más pintado... que es lo que estás tú haciendo..., y tiene razón «Zaca» que no sé cómo te atreves a venir a casa y cómo padre y madre te lo consienten.

—Se lo consiento porque al fin y al cabo es mi hijo y aún espero que se corrija y cambie de conducta... antes de verme obligada a cerrarle la puerta de casa —se quejó la madre.

—Querido «Zaca» —le aduló—, todo esto parte de que tenemos ideas distintas. Tú sostienes que existe el bien y el mal y una moral burguesa e hipócrita que suspira por disfrutar, precisamente, todo eso que con sus teorías y mandamientos se niega y que sostiene que es nefando, pero yo, que no comparto tus ideas, sostengo que es bueno todo aquello que desde la selva los instintos primitivos del hombre le piden que haga y es malo lo que no le conviene para su salud y su placer... En el fondo tú y otros como tú pensáis como yo, porque en el exterior os conducís, con ciertas reservas e hipocresías, como nosotros y envidiáis lo que hacemos nosotros y nuestra conducta y nuestro desparpajo..., y ya basta de bromas, querido hermano, que la vida es cortísima y no hay otra... según dicen... y se va como un soplo...

—No te tolero te justifiques de esa forma y me tires a la cara esa glorificación de tus instintos, ¡so mamarracho!

Se alzó de pie y se fue con el puño cerrado sobre él.

El padre intervino, pero ya tarde, porque rodaron vasos y platos y la pobre madre se erizó de sollozos, de hipos y de llanto.

—Tengamos la fiesta en paz..., y mira, hijo, Raúl, vale más que no vuelvas..., porque tú dirás lo que quieras, pero el sacar los cuartos a las mujeres que les dan otros por acostarse con ellas... aquí y en Rusia ha sido siempre «mal mirao», y lo que digo de Rusia y de Madrid lo puedes extender a París y Londres y mismamente a toda América y demás partes del globo, conque yo te pido que no vuelvas a poner los pies aquí por mor de la tranquilidad y de la paz de vuestra madre... y de la mía, y por no

dar mal ejemplo a los hermanos... Conque, hijo, yo lo siento..., porque soy hombre y no es que me vaya a asustar de tu «conduzta», que de menos nos hizo Dios, pero como dice mi amo, en los muebles y en las gentes las apariencias son las apariencias, y un mueble aparentoso pues es un mueble... y al primer golpe de vista da el pego..., y lo mismo las personas.

—Déjele, padre, que es un desgraciado.

Mirando a su hermano con un desprecio y un asco inmensos:

—El desgraciado serás tú, polilla de los libros, que tienes que comértelos para poder malvivir y yo vivo tan ricamente del cuerpo de las hembras, que el gusto me lo reservan para mí, que soy su hombre, y sólo el gasto y el fingimiento es «pa» los otros, «pa» los cabritos... Tú lo que eres es un «amargao» y un envidioso.

—¿Pero qué te puedo yo envidiar?

—Todo..., mi aquél, mi simpatía, mi partido con ellas, que es lo que más envidia un hombre a otro; mi palmito, mi desparpajo, mi soltura, ese instinto de saberse situar entre las gentes y ese valor de saberse poner el mundo por montera... Que esto es muy corto y una vez que se acaba... pues se acabó.

—... Sigue, sigue desenvainando chulerías...; tú eres un pobre detritus de gran ciudad a quien las personas que se estimen en algo tienen que retirar con la punta del zapato, y a quien las mujeres, esas mismas mujeres a las que pretendéis enamorar, en el fondo os padecen, os temen y os desprecian.

—Que te crees tú eso, ¡so tío birria!

Le arrojó un vaso y se fue sobre el «Zaca».

El vidrio pasó rozándole una oreja y la madre asustada pegó un enorme grito.

Celia se acercó a Zacarías e intentó llevárselo.

—Déjale, que es un degenerado.

—Anda de ahí, so machote —le escupió a Celia—, que pareces un guardia con pantalones... y no hay quien te lleve ni con dinero encima... —le gritó Raúl.

—A mí me sobran hombres..., pero muy hombres, no maricas perfumaditos como tú, que hacéis a pelo y a pluma.

—Uno como yo «pa» los ratos de... nerviosismo quisieras tú, ¡so ansiosa!

El padre pegaba puñetazos sobre la mesa.

—Silencio..., he dicho que silencio, que «pa» algo soy el jefe de la casa...

—Déjelos, padre, que revientan de envidia.

—¿Pero qué se puede envidiar en ti..., so desgraciado? —rugió Zacarías.

—Todo, ¿me oyes?... todo.

—¡Pero habéis visto qué cara!... —vociferó Celia.

—Vete, hijo, vete..., te lo pido..., te lo suplico... —le pordioseó la madre.

Se estiró el chaleco, un chaleco de fantasía, gris perla de gamuza, que le daba el aire de un macró entre francés y argentino de La Boca...

Desde que pasó la primera vez por delante de los escaparates de una tienda de caballeros de la Gran Vía, soñó con verse empaquetado en uno de estos chalecos.

Con botoncitos de nácar irisados y amariconados... Con un chaleco así había visto él a Rodolfo Valentino en una fotografía y le pareció el *summum* de la elegancia varonil. Y a él le pirraba la elegancia. Se lo había regalado «la Covadonga», una asturiana rubia de Infiesto, alta, decorativa, a quien llamaban por los bares con «parada» «la Marilyn Monroe del Principado».

Se había enchulado con él, y el día de su santo, al ofrecérselo, le dijo:

—Yo quiero llevar a mi hombre bien puesto.

—Ahí, ahí.

«La Covadonga» era observadora y flemática, y ya cuando atracó al litoral de Raúl bastante trajinada...

Él la puso en tratamiento en seguida.

—Tienes que preocuparte de la comida, pues propendes a engordar.

—Y ésa es mi angustia.

—Pues aplícate.

—Qué coña de vida ésta..., porque yo me eché a la vida por hambre, así, ni más ni menos..., y ahora que podía comer un poquito bien me lo he de prohibir por mi... profesión... Tiene bemoles.

Hacía siempre las palabrotas femeninas y sólo se las permitía con Raúl, porque con los clientes era hasta exagerada en su finura.

—Tampoco te conviene ser demasiado melindrosa y superrebuscada, porque acabarás fatigando a los cabritos, y piensa que te debes a ellos...

—Muy bien dicho —y le sonrió.

Era de una familia de once hermanos.

—¿Tu padre en qué se ocupaba?

—No sé... porque estaba casi siempre borracho.

—Pero con alguna profesión sacaría el dinero para embriagarse.

—¿Sabes que tienes razón?, pues nunca me había parado a pensarlo... Claro, entonces yo era una niña.

—Tienes un nombre simbólico —la sopló un día un cliente.

—¿Pues?

—Porque desde esa montaña sagrada se inició la reconquista...

—¿Y qué es eso?

—Que estaba casi toda España invadida por los moros... y desde allí empezamos a darles leña.

—Siempre hemos sido muy peleones los de aquí... ¿No hubiera sido mejor que les hubiésemos consentido y habríamos vivido en paz?... que al fin todos somos hermanos.

—Vete a saber —le dijo el «pagano», que era un muchacho de Lugo que acababa de terminar sus estudios en la escuela de veterinaria... y se daba este postre con ella para celebrar tan señalado acontecimiento...

—De todos los hombres que he tratado hasta llegar a ti, ¡mi bien!, del único que

guardo un grato recuerdo es de un sacristán de los Jerónimos que me trajinó recién llegada yo a Madrid.

Raúl abrió unos ojos del tamaño de dos circos taurinos.

—Pero no te creas, que hasta entre sacristanes hay clases —le aclaró—. Él era, ¿cómo te diría?, el jefe de los monaguillos cuando yo le conocí; él no ayudaba a misa, ni llevaba las vinajeras del vino, ni encendía ni apagaba las velas del altar... No, eso lo hacían sus ayudantes, porque él era el mandamás de todo ese tinglado que es una iglesia como la de los Jerónimos. Principalmente, él de lo que se encargaba era de las bodas, y claro es que de todo el barullo de la sacristía. Pero cuando yo me lié con él estaba para dar órdenes nada más y mucho dinero debía sacarle al cargo, porque conmigo era generoso... dentro de lo que cabe, porque yo entonces, ¡pobre párvula!, tampoco aspiraba a mucho... Era muy cariñoso, muy digno y muy señor. Su fuerte eran las bodas; sin que él me lo participase se le notaba el día que tenía o había tenido boda, y como las bodas de allí suelen ser de rumbo más... Eso de las bodas en las grandes iglesias debe ser una mina para los curas y para los sacristanes... Si lo sabré yo.

En seguida vacila si habrá ido demasiado lejos en la afirmación, por lo menos cuando ya andaba enzarzada con él...

—Alfombras y más alfombras, flores por aquí y por allí, en el altar y en la iglesia, a veces hasta en los bancos, y luces, todas las lámparas del templo encendidas, que parecen pocas, por todas partes un fueguerío que semeja que toda la iglesia va a arder y un perfume mareante de tanta y tanta flor...

Le mira a Raúl por ver qué reacción despiertan sus palabras.

—Recuerdo que la primera vez que entré con él le noté un no sé qué cándido y angelical y limpio de alma, dulce..., y se lo manifesté.

—Es que soy sacristán —me contestó.

—A mí me dio la risa.

—Pues no es para reírse —me reconvino.

—Es el sujeto más delicado, suave y atento de todos los hombres que he tratado, y no creas, que he alternado con toreros, médicos, comerciantes y banqueros, y hasta un actor de teatro, que ha sido el más vanidoso e insoportable de todos... Bueno, más tarde anduve liada con un pintor que era de su calaña y me le recordaba. Pues, como te digo, este sacristán tenía unas manos preciosas, era lo más bonito de él, las manos, de dedos largos y cuidados que daban la impresión de estar siempre recién secos... Manos que acariciaban con una olorosa suavidad de flor... Pues, como te decía, este hombre, que sabía tanto de las gentes y de la vida, había empezado a vivir de monaguillo en la Catedral de Santiago de Compostela... y ya cuando sabía todo lo de la liturgia, como él decía, un obispo gallego de quien era muy aficionado le trajo a Madrid. Vino derecho a los Jerónimos y era ya un sacristán de treinta y ocho años hecho y derecho. Hablaba muy bajo, como en misa, y las palabras las iba sacando unas tras otras sin sobresalto y sin prisas. Tenía unos ojos grandes y tristes que

miraban con una rumiante suavidad de buey. Era del campo de Palencia. Reconozco que yo era entonces un torete, él me pulió y me acicaló y me enseñó lo poco que sé. Se llamaba Alejandro, «Ale». Él me adiestró en el uso del tenedor y del cuchillo y me enseñó más tarde a usar la paleta y el tenedor del pescado, y a enjugarme los labios con la servilleta antes de beber para no dejar cenefa en los vasos, y a mondar la fruta con el cuchillo y el tenedor sin meter los dedazos... Y a estar en compañía de las gentes y a comportarme y a no hablar alto y a saber guardar silencio prudentemente... Sabiendo ya que era sacristán le dije un día: «Pero tú, que eres casi cura, al entrar conmigo cometerás un pecado más gordo que los demás...».

—No lo creas... Además, Dios fue siempre muy benevolente con este tipo de pecados... —y me sonrió.

Le ausculta, como temiendo fatigarle con su relato.

—Traía un hambre muy grande de mi casa, y lo primero que hice fue apagarla, y todo lo que tenía lo convertía en comida, y él me enseñó a dominar mi apetito, una vez que hube matado las primeras hambres, y me enseñó a comer y a distinguir los alimentos que engordan de los que no engordan.

—Piensa que tu cuerpo es tu finca y toda tu riqueza está en la buena o mala cosecha que te dé, conque has de llevar su cultivo con tiento y mano cauta, que Dios te concedió tierras tan pingües no para que las despilfarres y desgobienes sino para que las conduzcas con amorosa labranza.

—Este Alejandro era un sabio —le confesó Raúl a esta altura.

—Me enseñó a ser prudente y escatimadora en la dación amorosa... Esto de la dación es una palabra que aprendí de él, que sabía muchos latines, pues en los tontos, como me decía él, nada se pega de lo que oyen; oyen como quien oye llover. Pero en los talentosos todas las palabras son como un maná. En los necios nada pasa más allá del oído, y en los listos todo es música acordada dentro de su cabeza... Y en esto de la dación amorosa me recomendó ser tacaña y no suministrarla sino en los momentos de verdadero amor, porque nada consume el organismo como el placer, y la juventud y la madurez son cortísimas y todo son habas contadas, y sucede que cuando menos se piensa salta la liebre y te encuentras ya gastada y sin tener que dar goce a tu hombre...

—Mi gran batalla ha sido, desde que maté el hambre primera, la lucha contra la grasa... Ese miedo a perder la línea y a que los hombres me despreciasen por abundante y fofona... Y fue otra vez padecer hambre cuando mejor podía satisfacerla.

—¿Y qué fue de tu sacristán?

—Terminó poco después su comercio conmigo, pues se casó con una beata que tenía en el barrio una tienducha de botones y puntillas. Era un castellano serio, y un hombre serio como él pensaba que no debía darse más que a su mujer... Pero conservamos muy buena amistad, y cuando necesitaba un consejo iba a verle a la sacristía... Aún recuerdo una ley que para mi trasteo en la vida me recomendó

tuviese siempre en cuenta.

—¿Y es?

—Ir con la corriente siempre a favor. Hace falta ser muy fuerte para ir contra ella y no vale la pena, sobre todo en tu profesión, gastar esa fuerza. Ejerce tu oficio con humildad y con vocación y no te preocupes del que dirán, que de menos nos hizo Dios, y sólo a la hora de la verdad ante su presencia veremos lo que sale.

—Como sacristán él sería muy devoto, y antes de meterte mano se prepararía haciendo «en el nombre del Padre» con agua bendita.

—No lo creas. A mí me recomendaba que fuese a misa los domingos y fiestas de guardar. ¿Pero tú ya oyes misa? —le pregunté un día. Recuerdo que se sonrió y me dijo—: Yo estoy en el secreto. Empecé de muy niño quitando el polvo a los santos y bebiendo las escurrimbres de las vinajeras... y, qué quieres, no hay hombre grande para su ayuda de cámara..., pero tú cumple con la Iglesia y guarda sus preceptos, que la Iglesia es una gran fuerza espiritual y sin ella y sin su doctrina sería volver otra vez a los instintos y a la selva...

Se estiró el chaleco Raúl y le escupió a su hermano:

—No quiero dialogar con resentidos casposos como tú...; yo soy un señor, eso es, un señor, y tú un pobre mondonguera de la cultura. —Y retiró la silla y, volviéndola, se fue hacia la puerta de la calle.

La madre salió tras él.

—Espera, hijo; yo no te echo..., que conste que yo no te echo, pero si me quieres de verdad y te apena verme sufrir... a ver si cambias de vida, que el mundo está lleno de profesiones limpias, y más para un hombre joven y vivo como tú y con garabato y simpatía... sin tener que explotar a esas pobres desgraciadas.

—Pero si no hay tal explotación, madre... Si yo abandonase a mi «Covadonga», que es la que traigo entre labios y entre manos..., en seguida saldría a la calle a buscar otro..., otro que la gobernase y administrase y que la supiese buscar las vueltas sobre el catre..., y que la defendiese y la aconsejase, pues nadie más que estas mujeres necesitan del consejo y de la compañía... Pensar que una mujer metida en estos trotes puede vivir sola dentro del caos bestial de la humanidad es como idear un guardia civil sin tricornio, lampiño y sin bigote... Un guardia civil es inseparable de su bigote y de su tricornio, porque ese bigote y ese tricornio son la autoridad..., y estas mujeres de «la vida» necesitan del diálogo y de la compañía como del oxígeno, y toda mujer, aun la más soberbia, ha nacido para ser protegida y proteger... pro... te... ger. —Recordaba ahora Raúl la frase de una de estas mujeres, pero no se atrevió a decírsela a su madre porque no la entendería—: «Te advierto que soy una mujer muy mujer, no soy una cualquiera...; he mantenido durante diez años a un hombre».

Dio un beso a su madre y, dejándola con la palabra en la boca, escapó a la calle.

CELIA, después de su fracaso erótico con don Sergio, volvió a la tienda de Serrano con un acerado propósito de desquite.

Lolita gambeteaba ofuscadora y sonriente. Y «Celes», más modesta en sus pretensiones, atendía con diligente sencillez a la clientela.

No hacía un mes que desapareciera la dueña cuando sorprendió a don Sergio intentando con Lolita la tentaruja.

Ella fingía una resbalona esquivez.

—¡Ay!, no me deja vivir... —se le quejó a Celia.

—En ti está conducirte como debes. Recházale con energía, y en cuanto se dé cuenta de que nada tiene que hacer verás como se reporta.

—Qué quieres que haga...; me paso el día diciéndole que me deje en paz...

—Depende del tono de voz y de la manera como le mires y le rechaces al decírselo.

—A ver si vas a creer que estoy deseando que me meta mano.

—Hay negativas que por el modo de hacerlas son una invitación al magreo.

—¿Lo dices por experiencia?

—Oye; que yo jamás he andado detrás de los hombres ofreciéndoselo.

—No lo dirás por mí.

—Tú verás por quien lo puedo decir.

—Tú lo que eres es una envidiosa y una resentida.

—¿Envidiosa yo?

—Sí, tú.

—¿Se puede saber de quién?

—De mí, porque don Sergio está mochales por mí..., que eso lo ve un ciego.

—Aunque así fuera no sé por qué te voy a envidiar... El dueño como hombre me repele... y te lo dejo para ti todo enterito.

—Pues bien has andado tras de él... tan pronto murió la señora.

—Tú ves visiones.

—Veo lo que todo el mundo ha podido notar...; lo que pasa es que no eres su tipo.

—Desde luego, pero tampoco él es el mío.

—Eso lo dices ahora despechada.

—Por favor, dejadlo ya —intervino, apagadora, «Celes».

—Sí, será mejor —recogió velas Celia. Pero se encendió de odio contra la compañera.

Aquel diálogo a la salida de la tienda le dio qué pensar a Celia... Con un pretexto abandonó a las compañeras y se fue sola andando a casa.

«Esta tonta —se refería a Lolita— es capaz de dárselo en seguida, y entonces va buena».

Durante la comida hubo una gran paz. Por un instante el silencio descendió a todas las bocas.

—Cómo se conoce que no está Raúl —aventuró Araceli.

Pero la alusión para nadie fue agradable.

—¡Estos hijos!... Si una supiera la guerra que dan no los traería al mundo.

—A pesar de la guerra o por la guerra —comentó Celia mirándola.

Más tarde desvió el tema.

—Se te echa la oposición encima.

—Sí —recogió Zacarías.

La madre escondió la cara entre las manos y suspiró hondo.

—Déjate de pensar tanto en el hijo, que no te lo va a agradecer —le dice el marido.

—Cuanto menos lo merecen más pensamos en ellos...; es la ley de la vida.

«Zaca» se levantó y se retiró.

Fuera, el viento pugnaba en la ventana por penetrar atropellador. Al fondo, se veía la cimajada cana de la sierra.

La gente pasaba rauda y encogida por el Viaducto.

La madre se irguió para salir. Araceli la sigue y la acompaña. Celia quedó preocupada, sola y pensativa.

Más tarde abandonó su casa para dirigirse al trabajo.

Lolita se hallaba preocupada.

—¿Qué haces ahí como una tonta que no comes? —husmeó su madre.

Salió de su ensimismamiento.

—Tenemos estos días mucho trajín en la tienda.

«No, pues si lo quiere que se case, yo no soy de las que lo dan a cata como los melones, que es la manera de perderlo todo...», pensaba Lolita con un prudente criterio.

Más tarde se acordó que hacía meses la solicitaba un muchacho del barrio, oficial de sastre..., muy atildado él y muy formal por las apariencias...

«Lo mejor será que me deje acompañar por él».

—¿Por qué no le das cara a ese chico de la sastrería, que, según las noticias que tengo, es un muchacho muy serio y muy sano de costumbres? —le sopló su madre, adivinándole lo que se traía entre ceja y ceja.

—No tengo prisa en casarme.

—Pues es lo único para lo que debe tener prisa una mujer, que los encantos se van como vienen... y una no es mujer mujer..., mujer cabal hasta que se casa.

—Tengo veintitrés años.

—A mí es a quien menos necesitas decirle la edad que tienes.

La madre de Lolita era una mujer alta, de juicio claro y de un gran criterio. De joven debió de superar los encantos de la hija.

Ahora la observa con fijeza.

—Tú algo tienes que no me lo quieres decir, porque de unos días a esta parte te encuentro muy concentrada.

—No es nada importante..., bueno, importante...

—Lo que sea a nadie mejor que a tu madre se lo puedes confiar.

—Naa..., que el dueño, don Sergio, me busca las vueltas.

—Acabáramos... ¿Pero por las buenas?

—Por las buenas o por las malas..., pero me las busca.

—De sobra sabrás lo que has de decirle, que eso no se lo das si no es pasando por la iglesia.

—Pero sin mucha prisa, que primero he de consentirle que se empape un poco.

—Ese juego es peligroso.

—No lo creas... Además, es necesario; la mercancía se ha de mostrar antes de señalar el precio.

—Pero hay mercancías y mercancías.

—Y precios y precios... Que el casarse es el precio máximo que se puede dar a lo que yo ofrezco.

—Por si acaso, no lo muestres mucho, que en ese juego de estira y afloja más de una se ha quedado a la luna de Valencia.

—Toma, porque le gustaría la luna.

—A todas nos gusta la luna, hasta a las que creen no gustarles.

—De gustos no hay nada escrito.

—Ta... ta... ta... ¿Te parece que lo dejemos?

—Tú has empezado —y se sonríe la hija.

—¿Él te peta?

—En absoluto.

—Entonces es más fácil que te defiendas.

—Además, que el juego de ofrecer y no dar es... delicioso.

—Pero tiene sus peligros.

—Será cuando le gusta a una el hombre... y ya te he dicho que no tiene nada que hacer.

—Pero quién que es no tiene un momento de desfallecimiento..., de flojura..., y que ellos son muy lagartos.

—Don Sergio es un pobre hombre sin atractivos..., atropellado... y sin recámara.

—Pues, a pesar de los pesares... Se entera una de cada cosa por ahí.

—Descuida, que tu hija sabe bien dónde le aprieta el zapato.

—Pero no te vendrá de más andar con ojo...

Se puso de pie la hija, confiada, segura de sí.

—Te tendré al tanto de todo.

—Nada de más harás, ya que soy tu madre..., pero prudencia, hija, que una no se da cuenta muchas veces de cómo se hacen los disparates... hasta que se han hecho... y entonces suele ser ya tarde para todo...

Dio un beso a su madre y se fue a la tienda Lolita.
Nicanor, el oficial de sastrería, su pretendiente, estaba a la puerta de su taller.
Se acercó y la saludó muy respetuoso.
Lolita le miró y lo recibió con una suave dulzura.
—¡Hola, hombre!
—Hola.
—¿Qué es de tu vida?
—Eso pensaba yo en este momento.
Buscándole la expresión:
—Supongo no te molestará que te acompañe.
Riéndose:
—Tanto como eso...
—Entonces.
—Si es de tu gusto acompañarme.
—Pero aspiro a que sea del tuyo.
—Pues..., ya lo es.
—Eso me envanece.
La tomó por el brazo, apasionado y regalón.
—Poquito a poco..., eh...
Contemplando a la mujer.
—Cómo se van las cosas.
—¿Pues?
—Porque ya estamos en Serrano...
—Ten paciencia, que si la tienes..., quién sabe...
—Es darme esperanzas.
Riéndose:
—Creo que sí.
—Entonces...
—Sabes cuáles son mis horas de entrada y salida.
Nicanor era un hombre enamorado, sin trampa ni cartón, tímido.
—Desde mayo seré oficial de primera.
—Para mí siempre has sido de primera —le brinda halaguera—. Conque adiosito.
Y de un salto se metió en la tienda que acababan de abrir.
Quedó con el olor de la mujer por un brevísimo instante. Después nada.
Entró como una reina ofendida Lolita.
—He visto venías muy bien acompañada.
—¿Te gusta?
—Es un buen mozo.
—Se empeña en quererse casar... Todos los hombres son lo mismo.
—Todos qué van a ser... Son muy pocos los que se acercan con ese deseo..., a lo menos a mí.

—Ay, chica..., pues yo no sé lo que hacer.

—Escoge el mejor y llévalo de la nariz a la iglesia.

Con un dengue afectadote:

—Casarse tan joven..., sin haber disfrutado de la vida..., tiene que ser aburrido...

—Pero a qué esperar si el tiempo se le va a una de entre las manos en seguida..., ellos no esperan..., jamás esperan.

—No sé qué decirte.

—Chica, pásame alguno de los que te sobren.

—Don Sergio no hace más que aconsejarme.

—Es el que menos te conviene..., ése es un cerdo.

—Por Dios, Araceli, que es el dueño del negocio.

—Por eso es un cerdotón que intenta aprovecharse... de todas.

—¿De ti también?

—Te diré; de mí no porque sabe cómo respiro..., pero de Celia...

—Celia no es su tipo, me lo ha dicho él.

—Con tal de que tengan tres agujeros con el de la boca..., de ese guarro todas son de su tipo.

—¿Y los de las narices?

—Para el caso... éstos no cuentan.

—Hablas como si estuvieses despechada.

—¿Despechada yo?

—Sí, porque eres, por lo visto, la única de las tres con la que no ha intentado sobrepasarse.

—Porque no me he ofrecido entregonamente como vosotras.

—Celia no sé lo que habrá hecho, pero yo me he mantenido siempre en mi terreno.

—Que ha sido el suyo en todo momento.

—Qué sabes tú de terrenos.

—De estos terrenos sabe cualquiera.

Se contemplan, frente a frente, las dos mujeres: vengativas, iracundas.

—Por mucho que te empeñes verás cómo no llevas el gato al agua.

—Eso es lo que tú quisieras, pero todo me va como la seda.

—No creas... Entre que lo lleves tú o lo lleve Celia, prefiero que lo lleves tú.

—¿El qué?

—Mujer..., el gato al agua.

—Pobre don Sergio.

—Celia es más dura y mandona, más insoportable para jefa.

En esto entró Celia y hasta el timbre de la puerta sonó de otra manera. Todo el aire se tiñó de sus maneras resolutas y directas.

Las dos mujeres quedaron como anquilosadas.

—¿Qué miras, bobona? —le sopló entre autoritaria y cariñosa a Celes.

En esto llegó don Sergio.
Los ojos se le dispararon salaces al sorprender a Lolita.
Pasó a la dirección.
Entró una clienta.
Después un cliente.
Después otra clienta.
Más tarde se oyó la voz de don Sergio veteada de ternura.
—Señorita Lolita.
—Está ocupada con la clientela —le replicó Celia en voz seca y alta.
Lolita la miró despectiva, como diciéndole: «¿Quién te ha dado vela en este entierro?».

Después otro cliente.
Más tarde otra clienta... y otra clienta.
Lolita farfulló unas excusas, pasó su cliente a Celes y se coló en la dirección.
A don Sergio se le hizo un suavísimo hormigueo a lo largo de los ríos de los huesos, al verla entrar.
—Por favor, siéntese y tome nota de estas partidas.
La miró con ojos de besugo en tierra..., de besugo fuera de su elemento.
—Lolita, pichoncito mío, no sé cómo repetirle que estoy enamorado de... usted.
—Pues si no sabe cómo repetírmelo, no me lo repita.
La mesa era de poco fondo y toda la caliente dulzura del ámbito creado por la mujer le alcanzó con su perfumada ráfaga.
Esto le encandiló la carne fofona.
—Es más fuerte que yo..., no puedo.
Se alza y al notar la puerta abierta le pidió:
—Por favor, cierre ahí.
—Cierro a condición de que se esté quieto.
—¿Quieto?... ¿Pero cómo voy a estar quieto en su presencia?
—Como lo que es, un director ante su empleada.
—Usted no es una empleada, usted es un sueño.
—Pues a despertarse y siga dictándome.
—¿Dónde íbamos?
—Pedido de abanicos que hemos de hacer a la casa Roig de Valencia.
—Deje ahora a un lado esos abanicos.
Salió del túnel de la mesa y se plantó de espaldas a la puerta.
—Así no podemos seguir.
—Desde luego.
Se acercó a ella, que seguía sentada y la abrazó por la cabeza.
—Mi bien..., mi reina..., mi cucuruchito.
—Déjese de pamplinas y de palabritas melosas y cátese conmigo y se le irá en seguida ese... ese ardor.

—Este ardor que siento por us..., por ti, por ti. ¿Por qué no nos tuteamos?

—Tutéame si quieres, pero acaba de una vez.

—... no se me irá jamás.

—¿Qué es lo que no se te irá jamás?

—El ardor.

—¡Ah!

Mirándole con aparente condescendencia:

—Debiera darte vergüenza, siendo tú el jefe, acosarme y meterme mano, aquí, en la dirección, a dos pasos de las compañeras.

Gimoteando:

—Te aprovechas de que he tenido la debilidad de confesarte que me gustas y que una es... es complaciente como... como mujer...

Se echó en sus brazos llorando con un desconsuelo inmenso...

Él se aprovechó y la besó en la boca y oídos y en las mejillas con apresurado goloseo.

La mujer se abandonó dejativa.

En esto se abrió la puerta bruscamente y en su marco se recortó la figura altanera y seca de Celia con un Buda de porcelana en las manos.

—Este no es el sitio adecuado para tales guarradas... Precisamente a dos pasos, usted lo sabe, don Sergio, tienen una casa de citas —les gritó con toda crudeza.

—Váyase, váyase ahora mismo de aquí —le ordenó el dueño.

—Dios mío, qué vergüenza..., qué pensarán de mí —exclamó teatral y sollozante la mujer.

Celia se retiró con un enorme portazo.

Más tarde se la oyó hablar en voz alta con «Celes».

—La despediré y aquí no ha pasado nada.

—No harás tal disparate... Tú verás: si se va ella me voy yo... ¿Me oyes? Me voy yo —le gritó asustada y enloquecida—. ¡No acabes de pringarla, imbécil!

Se desmelenó y un tumulto de sollozos le subía y bajaba por la garganta, atropellado y quemante...

El hombre le tapó la boca temeroso dispersase a la clientela.

—Calla, mi bien, mi princesita bonita..., que todo se arreglará.

—¿Pero cómo?... Después de este deshonor no hay más que una manera de arreglarlo, que es casándonos.

—Eso sería...

—¿Qué? ¿Te atreves a negarlo y a aceptar esa solución?

—Mi vida, ahora cálmate, que todo se compondrá por las buenas.

—No y no, no hay más que una salida, que es la que te he dicho..., y si no la aceptas tú verás... Esta Celia tiene una lengua de fuego y me deshonrará y me crucificará, porque sabe que me quieres y me adoras y a ella la rechazas.

—Vamos a dar ahora tiempo al tiempo —se zafó él, temeroso y compungido.

—¡Qué tiempo ni qué niño muerto! Lo que tienes que hacer es casarte para borrar esta afrenta.

—Afrenta, afrenta..., después de todo, que nos haya sorprendido besándonos no creo que sea una desgracia tan grande como la ves tú.

—Claro, como tú eres un macho. Pero qué dirá mi novio Nicanor cuando lo sepa y qué actitud adoptará, como es natural... No le conoces, pero ese hombre es capaz de matarte... Es el miedo que tengo..., que te mate, sí, que te mate.

El pobre don Sergio tembló como junco orillero.

—Pero yo pensé que ese noviazgo tuyo era una broma.

—Sí, una broma. Verás cuando Nicanor, que es un Otelo, te ajuste las cuentas.

—Pero es que...

—Comprenderás que si he naufragado, hasta donde esto se puede llamar naufragio, es... es porque te quiero y eres mi ilusión... y es que en cuanto te veo pierdo la cabeza..., no debía decírtelo, pero es la verdad, la pura verdad.

A él la vanidad se le hizo barrumbaba en la glotis. No podía hablar de satisfacción. La jactancia le freía los huevecillos triscadores de los ojos.

—Yo ya sabes que te correspondo —le ofreció generosete.

—No se trata de que me correspondas, se trata de que nos casemos y pronto, antes que esa lengua de víbora de Celia vaya diciendo por ahí que nos ha encontrado desnudos en la cama, haciendo esas deliciosas porquerías propias de... de enamorados.

—Pero si no hay tal.

—Pero ella para deshonrarme dirá que las hay y las inventará, y es tal su maldad y su ferocidad que lo hará con pelos y señales.

—Bueno, ahora vamos con calma.

—¿Por qué no empleas esa calma cuando se trata de tus asaltos asquerosos?

—Mi bien, entonces no puedo contenerme.

Fuera, Celia y «Celes» se traían un diálogo directo y enérgico. Cercana la hora del cierre, no había clientela.

—Yo presento mi dimisión y me retiro —le planteaba Celia—. Yo no estoy aquí para llevarles el agua caliente y los trapos..., tú dirás.

—Pero tú, ¿qué es lo que has visto?

—A ella, casi como la echó su madre, en brazos de él, en el momento..., bueno en ese momento... en que...

—Bien, no sigas.

Celia no tenía ningún interés en irse y abandonar el trabajo de la tienda y menos en esta coyuntura, de la que esperaba sacar gran provecho..., pero como sabía que su compañera haría lo que ella le propusiese, se lo planteó así:

—Bueno, pues, le presentaremos las dos la dimisión y buscaremos trabajo en otro lado, porque una porquería de este tipo, así, en nuestras narices, no la podemos tolerar por muy dueño que sea del negocio este tipejo de don Sergio.

—¿Estás entonces conforme conmigo?

—Sí.

—Pues yo se lo plantearé en cuanto se arreglen y salgan.

—¿Pero dices que ella estaba casi desnuda?

—Sí.

—¿Y él?

—Supongo que lo mismo, ahora que a él yo no le he mirado.

—Es el momento de sentirnos enérgicas.

Pero cuando se abrió la puerta de la dirección para dar paso a Lolita y detrás apareció don Sergio con una cetrina y verde palidez, Celia le sopló a «Celes»:

—No es el momento, no le digas nada.

La compañera se contuvo.

Don Sergio miró a Celia como pulverizándola.

Lolita salía como de un sacrificio. Al llegar a la altura de «Celes» se dejó invadir por los sollozos...

—¡Ay! Qué desgraciada soy, qué desgraciada —y se arrojó en sus brazos—. Tú sólo me puedes comprender.

Esta distinción halagó a «Celes», que se abrió conmisericordia y tierna.

—¡Mujer!

La recogió besuqueante y ayudadora.

—Hazte fuerte, que como te vea llorar estás perdida.

—Ya lo estoy.

«Celes» pensó en algo definitivo.

—Lo estoy y no lo estoy porque sigo entera..., pero temo..., temo —y el pecho, con los sollozos, se le abrió como una chafada flor vencida.

Don Sergio se había perdido ya en la calle.

—No desesperes..., pero no consientas..., eso nunca..., porque estarás perdida.

—Estoy enamorada de él y temo naufragar.

—Bueno, basta, como broma está bien —intervino Celia—. Enamorada de ese cerdito sonrosado y repelente.

—Uno así quisieras tú para tus ratos de nerviosidad... y con dinero, sí, con muchísimo dinero.

—En lo del dinero me callo.

—Y en lo demás..., porque es un sol..., sí, un sol.

De repente se encontró mal, se desmadejó y se abandonó en una silla...

—¡Qué desgraciada soy!

«Celes» le acarició y le secó las lágrimas con su pañuelín y le tomó la cabeza y se la apoyó contra su pecho y trató de tranquilizarla.

—Mujer, que aún tienes de tu mano los mejores triunfos.

—Pero estoy cansada y me gustaría entregárselos; si supiera que con darme a él le conseguía, me entregaba.

—Toma, eso todas... —le confesó «Celes» con la mayor ingenuidad.

—¡Poco a poco, eh! —cortó Celia.

—... porque sabiendo que se va a casar, qué importa dárselo un poquito antes que un poquito después..., que cada día son más las mujeres que van a la iglesia con el crío dentro..., no me lo negarás.

—A tipejos como don Sergio yo no se lo daría ni casada..., ¿me oyes?, ni casada. Lolita saltó en la silla.

—Pues bien se lo ofrecías y se lo pasabas por las narices a poco de morir su mujer.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú..., que parece que tienes miedo de que se te apolille y ha tenido que rechazarte una, dos y tres veces..., para que te dieras cuenta de que perdías el tiempo.

—Sabrás que yo pico más alto que todo eso.

—Eres de las de los catorce resultados.

—Sí... ¿Y qué pasa?

—Como pasar, que no has nacido para quinielista.

—Eso lo veremos.

—Avisa cuando seas millonaria.

—Si habéis de seguir trabajando juntas, lo mejor es que lo dejéis —propuso «Celes».

—Veremos quién se lleva el gato al agua.

—Te he dicho y te lo repito que nunca me ha gustado la carne de gato.

—Me he dado cuenta de que lo que a ti te gusta es el faisán..., pero nanay.

Lolita sabía defenderse y era rápida en sus ataques.

—Os aviso y puedes decírselo a tu hombre —le brindó a Lolita—, que no he nacido para llevaros el agua caliente... y que pienso dejarlo.

—Mujer, espera un poco a que normalicemos nuestras relaciones..., que todo se andará.

«Celes» se sonrió.

—Anda con ojo, que ese galápago tiene muchas conchas.

—¿Hablas por experiencia?

—Hablo porque te conozco lo panoli que eres.

—Tú crees, ¡eh!... Pues vete preparando el regalo.

—Te regalaré un bolso, que espero que el amo me lo deje arregladito.

—De esos tendré los que quiera sin que tú me los regales.

—Qué poco conoces a... tu hombre.

—Bueno, dejarlo, que siempre habéis de estar como el perro y el gato —apaciguó «Celes».

—Sí, no vale la pena —aceptó Lolita.

—Tú ten en cuenta que las demás estamos allí, a dos pasos..., y que esos papelitos para nadie son agradables.

—Es que Sergio es tremendo y por más que le advierto y le riño no sabe estarse quieto... y luego pasa lo que ha pasado esta tarde, que ha llegado Celia en el preciso momento en que iba mi hombre a darme un beso..., total una tontería..., porque qué novia hoy día no le concede un beso a su novio.

—¡Ah!... ¿Pero sois novios?

—Eso creo.

—Pero no lo sabes seguro.

—¿Y qué hay de seguro entre hombre y mujer?

Celia se había retirado a arreglarse, al servicio.

—Adiós —se despidió al salir.

—Espera, que voy contigo —le advirtió «Celes».

Era no muy alta «Celes» y con unos ojos vulgares y una figura cenceña, un tanto sequita..., que creía en el talento y disposición de Celia y en los encantos de Lolita.

—¿Tú qué vas a hacer, Lolis?

—Estoy citada con él.

—Anda con cuidado, que ese juego es peligroso.

—Tú ¿por qué lo dices?

—Por lo que oigo de otras compañeras..., que han acabado de mala manera.

—No se pescan truchas a bragas enjutas..., eso dice mi abuelo.

—Como no me lo expliques.

—Pues que para pescar hay que mojarse.

—Eso para todo.

—Bueno, ¿vienes o te quedas? —le grita irritada Celia, desde la puerta.

—Voy, voy...

—Adiós, Lolis, pero sé prudente.

—En lo que cabe.

Celia y «Celes» se emparejan y salen.

—¿Has oído lo que ha dicho, que todo lo que tú sorprendiste fue un beso que se iban a dar?... Y un beso, mujer, un beso se lo da una a cualquier desgraciado.

—Eso es lo que dice ella..., no te iba a confesar que los sorprendí en el momento cumbre.

Volviéndose a la amiga:

—Claro, eso no lo iba ella a reconocer.

—Pues entonces.

—Esto de los hombres y las mujeres se pone cada vez peor.

—Sí.

Y siguieron en silencio.

FUE al día siguiente, después de sus escarceos con Lolita, cuando penetró Celia en el cuartito de la dirección, para plantearle a don Sergio:

—Tengo que hablar con usted.

Lolita se retiró temerosa y confusa:

«Esta mala pécora, qué papeleta le traerá».

—Vamos a ver, amiga Celia..., qué es ello.

—Quería hablarle de la papelería de al lado, pues tengo noticias de que la viuda, que es una mujer enferma y con hijos pequeños, va a ponerla en liquidación para traspasar el local...

—Vaya, vaya.

—Alguna vez he charlado con usted del gran negocio que se podía montar en ese hueco abriendo una tienda de perfumes y toda clase de objetos para belleza y adorno de la mujer..., entre ello una bisutería, fina y cara, con género de contrabando en general.

Don Sergio, que esperaba le plantease el asunto de Lolita con la consiguiente despedida, vio el cielo abierto.

—Sí, sí, recuerdo, recuerdo y me parece de perlas... Ahora, creo recordar que usted, por su intervención y su trabajo de asociada, exigía demasiado. Un veinte por ciento, ¿no era eso?... Un veinte por ciento y un sueldo tal vez un tanto excesivo.

—No, un veinte por ciento, no; un veinticinco, sí, un veinticinco es lo que exigí y sigo exigiendo, y del sueldo, eso será cosa a tratar y discutir.

—Reconozco su competencia y su laboriosidad, querida Celia, pero teniendo en cuenta cómo están las cosas, son excesivas sus condiciones..., excesivas.

—El otro socio que entraría como capitalista está dispuesto a concedérmelas... si consigo, como le he prometido, sacarle al capital por lo menos un cuarenta por ciento libre de gastos e impuestos...

—Y si no lo da la nueva tienda, ¿con qué responde usted?

—Eso es cosa que a usted no le debe preocupar...; de todas formas, tengo mi veinticinco por ciento.

—O sea, que usted nos propone un contrato sin verdadera garantía.

—No, desde el momento en que si el negocio da más que ese interés, que es lo más probable, la ganancia será para ustedes.

—¿Y para usted?

—En mi veinticinco por ciento, claro.

—¿El que va a ser socio nuestro sabe que usted no tiene más garantía verdad que su trabajo?

—Sí.

—Me extraña, pues, que haya aceptado, según usted dice.

—Si no me cree, hable usted con él.

—No..., le creo, le creo —reconoce don Sergio.

—En ese caso...

—Pero está conforme en lo del veinticinco... ¿No le parece excesivo?

—Desde el momento en que lo acepta, no.

—¿Qué aportación le parece a usted necesaria para abrir y echar a andar el negocio?

—Un millón de duros.

—Medio millón cada uno.

—Sí.

—Mucho dinero es.

—Mejor, así serán mayores sus ganancias.

—Eso asegura usted..., pero estas cosas hay que verlas para creerlas.

—Pero hay que jugar..., para que le toque a uno la lotería, hay que jugar..., eso lo primero.

—Pero la mayoría de los que juegan a la lotería pierden, y eso lo saben ellos... antes de jugar.

—Pero ¿y si les toca el gordo? Y todo negocio en menor medida que la lotería tiene algo de azar... Y esto son habas contadas y aquí las probabilidades de ganar son tantas como en la lotería las de perder.

—En ese caso...

Mirándola con codicia:

—¿Y si empezáramos con más suavidad..., quiero decir con menos ambiciones?

—No podemos, porque la viuda, que sabe lo que tiene entre manos, pide dos millones de pesetas solamente por el traspaso.

—¿Ni una menos?

—Ni una menos... He forcejeado con ella hasta el último céntimo. Empezó pidiéndome tres millones de pesetas.

—Pero eso es una locura.

—Siempre nos parece una locura cuando la ganancia es para otro.

—Pero, por Dios, por un local vacío, de entrada dos millones..., más luego la renta.

—Sospecho que algo le dará al casero.

—Pero ni aún así.

—Si usted quiere probar a ver si se lo saca más barato.

—No quisiera dar la cara.

—Ni nos conviene; sabiendo que uno de los socios es el vecino, probablemente nos pediría más.

—¿Usted cree?

—Seguro... Yo le he dicho que mi idea es dejar esta casa y pasar a trabajar en lo que allí pongan los nuevos dueños..., que son gente de fuera de Madrid.

—Ha hecho bien en despistarla.

Mirándole sonriente:

—Ahora la mejor garantía que yo le voy a dar es que pregunte o trate usted de

indagar lo que a otros les produce este tipo de negocios... en Madrid.

—Yo lo que quisiera saber es lo que nos vaya a producir a nosotros.

—Pues por los otros podrá usted sacar sus cálculos... y añada el local y la calle, el barrio donde vamos a instalarnos, y a ojos cerrados, sin miedo a errar, podremos tener la seguridad del negocio que vamos a hacer.

—Oyéndola a usted, desde luego.

—Querido don Sergio, no pretendo yo con mis palabras meterle a usted en un negocio que no le convenga... Sepa que socios para esta clase de empresas nos han de sobrar, de modo que si le parece excesiva la aportación, dígamelo para que le busque un sustituto... Ahora, le ruego lleve esto con todo sigilo.

—El que le señale como excesiva la aportación no quiere decir que no desee entrar.

—De otra parte, como tampoco son convenientes más de tres socios y yo no apporto económicamente nada...

—Claro, claro. ¿Usted ha insistido con la viuda?

—Por la cuenta que me tiene... Escuche: dos millones para el traspaso, uno por lo menos para arreglo y decoración del local, y quedamos cortos, y lo que falta hasta los cinco millones, para género..., que ése ha de ser selecto y la última palabra en todo...

—Desde luego.

—Antes de abrir, yo he de hacer un viaje a París.

Para su cara de asombro:

—Si usted quiere venir conmigo, puede acompañarme.

—¿Como orientación y para adquirir mercancía?

—Eso es... Lo primero que necesito es un administrador general, que le pueden nombrar ustedes, los dos socios, de común acuerdo.

—Será lo primero que hay que hacer..., sí.

—Podemos empezar por reunirnos los tres esta tarde a la salida de la tienda. A don Mamerto ya le conoce usted.

—Sí, me lo presentó el primer día que hablamos del asunto... Pero entonces todo era más modesto.

—Y si no andamos listos... ¿Pero no lo ve usted en su negocio cómo todo va para arriba?

—Desgraciadamente.

—No sé qué decirle.

Entró Lolita y le advirtió:

—Hay una clienta que pregunta por usted.

—¿Quién es?

—Una señora que tiene cuenta, Olóriz creo que se apellida.

—Ah, sí, doña Resurrección Olóriz; es una buena clienta —situó Celia.

—Ahora voy.

Salió y quedaron frente a frente las dos dependientas.

—¿Te vas?

—Por ahora, no.

—Como estabais don Sergio y tú charla que te charla, creí que discutíais lo que te correspondía por la marcha.

—No van por ahí los tiros.

—Pues tú dirás por dónde.

—Y a ti qué te importa.

—Hija, perdona..., pero yo había dado por olvidado lo de ayer.

—Pues yo, no.

—Eres vengativa.

—A Dios gracias.

—Pues con tu pan te lo comas.

En seguida volvió don Sergio y le preguntó a Celia:

—¿Cómo va la cuenta de esta señora?

—Muy bien, creo; deje usted, voy a ver.

Salió y consultó sus facturas y sus libros.

Vuelve:

—Nada debe, liquidó este mes lo que le faltaba.

—Avisé usted a don Mamerto y podemos vernos esta tarde.

—Lo haré en seguida.

Se retiró y quedó Lolita con él.

Acercándole su flanco insinuante.

—¿Quién es don Mamerto y qué te traes tú con él y con esta pájara?

La besó golosón y ella se resignó, fría.

—Prescinde ahora de caricias y dime qué es eso.

—Son cosas de negocios que no te van a ti, mi princesa.

—A mí me va todo, y tengo que enterarme de todo lo tuyo en lo que intervenga esa fresca...

—Vamos, nenita, no disparates. Sabes que mi único sueño eres tú...; ahora, los negocios son los negocios.

—¿Y qué negocio es ése? ¿Se puede saber?

—Ten paciencia..., que estamos en el caos con que se inicia la creación.

—Te lo advierto, porque esta Celia es de cuidado, y con todas esas chapuzas te puedes figurar lo que busca.

—Como no me lo digas...

—Pues desbancarte de mi corazón.

—No es mi tipo.

—El mundo está abarrotado de pobres diablos liados con mujeres que no son su tipo.

—No es ése mi caso.

—Desde luego.

—Además no está bien sigas confundiendo el corazón con la bragueta.

—Sí, sí; todo empieza muy puro, pero todo acaba en la cama.

—No es ese nuestro caso.

—No será porque tú no lo deseas.

—Lolita, ¡mi vida!, no me gusta pienses así.

—Soy mujer y os conozco a los hombres.

—Me disgusta tengas de mí tan mal concepto.

—De ti lo tengo mediano, pero de Celia lo tengo deplorable.

—Es una mujer inteligente, enérgica y laboriosa.

—No te lo niego..., pero es de cuidado... y para tenerla un poco a distancia.

—Ni que tuviese la peste.

—Pero es peligrosa y ambiciosísima.

—¿Y qué peligro encuentras en que sea ambiciosa?

—En que se es contra alguien, y en este caso es contra ti, y de rebote contra mí...

y es lo que no estoy dispuesta a tolerar.

—No te preocupes, que me sé defender.

—Pues ya ves, eso es lo que temo.

—¿El qué?

—Que no te sepas defender... Celia es una marraja.

—Conmigo siempre ha jugado limpio, y en mi negocio siempre ha rendido muchísimo más de lo que la pago.

—Con su cuenta y razón.

—Yo me atengo a los hechos.

—Lo veo, te atienes a tus hechos, pero yo me atengo a los míos..., y la temo... Y se va ella de aquí o me voy yo..., conque tú... tú verás.

Rompió a sollozar con un ímpetu rabioso.

Don Sergio la acorrió confuso.

—Pero, nenita; si tú eres mi ilusión, mi único amor y la única mujer que me trae de cabeza desde que te vi entrar en la tienda..., que algunos disgustos tuve con mi difunta mujer...

—¿Por qué?

—Compréndelo, para ella eras la tentación y el pecado, y más de una vez me propuso despedirte del negocio.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Ahora sería más feliz... y no sufriría lo que sufro...

—Vamos..., que no se diga...; arréglate esa cara... Piensa lo que supondrán tus compañeras si te ven así.

—Júrame que jamás se te ha ocurrido ligar con ese machote de Celia... Júramelo.

—Pero Lolita, guapa, por todos los santos de la corte celestial, ¿cómo se te puede ocurrir eso?

—Cosas más disparatadas y absurdas se han visto.

—Cálmate, cielo mío, cálmate y vete.

Se retiró, y ya en la tienda miró a Celia con un asco incendiario.

—¿Has visto la cara que tiene de haber llorado Lolita? —le sopla «Celes» a Celia.

Se hizo la sorda, como si nada le hubiera oído.

—No sé lo que se trae con don Sergio.

—Pues no es tan difícil suponerlo.

—¿Tú crees que se entienden?

—Después de lo que sorprendí ayer...

—Es verdad.

A la hora de cerrar, Lolita se fue la primera, sola y displicente.

En la puerta se volvió y les dejó un adiós opaco.

Salieron juntas Celia y «Celes».

Cuando volvieron después de comer la encontraron allí la primera.

Tenía el rostro alegre y rozagante.

Se produjo toda la tarde muy activa, atendiendo cariñosa y atenta a la clientela.

«Celes» se le acercó y le dijo.

—¿Se te ha pasado?

—Pasárame..., ¿el qué?

—El berrinche que tenías esta mañana.

—Pues sí; a mí todo se me pasa en seguida... es lo bueno.

—Más vale.

A la hora de cerrar, le pidió a «Celes».

—¿Quieres acompañarme?

—Bueno.

Celia había salido antes y se presentó en Velázquez, 18, casa de don Mamerto Guisasola, un vizcaíno de Carranza que emigrara de mozo a Chile, donde con su talento práctico y laboriosidad había hecho una gran fortuna en negocios de minas de cobre. Casado con una chilena y con media docena de hijos se volvió a España, y afincó en Madrid, en la calle de Velázquez, donde vivía ahora.

Poco después llegaba don Sergio.

Don Mamerto, por conducto de su mujer que era asidua clienta de la tienda de don Sergio, conoció a Celia y se prendó de su inteligencia, de sus dotes ordenadoras y de su energía.

—Si una tuviera dinero, no mucho, ahora, después de nuestra guerra, los negocios que podría hacer.

—Si sabe de alguno bueno, propóngamelo, que tengo mucha confianza en usted y me gustaría meter dinero en un comercio importante...

Doña Aurelia, su esposa, se prendó de Celia, de su diligencia y de su seguridad y de su criterio...

Recién llegados a Madrid, cayó por la tienda de Serrano, y Celia la atendió no

sólo en las compras que hacía en la casa sino en todo. Le recomendó una modista de buen gusto y no cara. Le presentó a una amiga peluquera. La llevó a un joyero que tenía el taller en su casa, en la calle Luchana, y le arregló una sortija con una esmeralda muy a gusto de ella. Celia empezó a ser un poco sus dos manos. La llamaba por teléfono, y lo mismo la consultaba sobre una pastelería que sobre un padre confesor o sobre un libro de recetas de cocina, o le pedía las señas de una tienda de ropas interiores.

Muchas tardes de invierno Celia la visitaba a la salida de la tienda, o algunos días de fiesta, y tomaba una taza de té con ella en sus habitaciones... Celia conocía a bastantes taquilleras de cines y teatros y...

—Cuando quieran ustedes ir a algún teatro usted me avisa, yo doy orden de que les reserven las localidades y envío por ellas a nuestro chico y se las mando a su casa.

En las habitaciones de su mujer la trató y conoció don Mamerto. Le habló de los negocios del comercio de Madrid, y el vascongado pudo darse cuenta de los puntos que calzaba Celia. De la seguridad y aplomo para barajar cifras y tantos por ciento. Del conocimiento que tenía de la competencia y de las maneras y modos de los que ejercían el comercio.

—Ahora hay un negocio que si yo tuviera dinero o un capitalista a quien poderme asociar... —mirando a don Mamerto—. Yo lo he estudiado y es un asunto sin riesgo y con unas posibilidades opíparas.

—¿Y es?

—Un comercio sobrio, pero bien puesto y bien tenido de perfumería y toda clase de objetos para el adorno, la suntuosidad y el embellecimiento de la mujer... Tengo pensado ya cuál habría de ser el local.

—¿En el barrio este nuestro de Salamanca? —le apuntó la señora.

Buscando la aquiescencia de don Mamerto y echándole una punta de misterio:

—Que esto quede entre nosotros. Pegando a nuestra tienda hay una papelería cuyo dueño está muy enfermo. Su mujer se ha dejado decir que si tuviese la desgracia de perder al marido liquidaría el negocio traspasando el local... Éste es nuestro momento.

A los pocos días murió el paciente, y sin encomendarse a Dios ni al diablo se presentó a verla Celia.

—Déjeme aconsejarme —le pidió la viuda—; vuelva dentro de un mes.

—Pero prométame...

—Descuide, que no haré nada sin antes proponérselo a usted y darle la preferencia.

No tuvo paciencia y volvió a los veinte días.

—Voy a liquidar el negocio; mis hijos son muy niños para ocuparse de nada. Pero que conste que el que se lo lleve me ha de dar por el traspaso tres millones de pesetas.

—Perdone..., pero me parece un disparate..., y que le aproveche, señora, si hay alguien que se lo da...

Se alzó sonriente Celia para retirarse.

—Espere, espere —la retuvo cuando ya llegaba a la puerta...— Admito contrapropuestas.

—Es tan excesiva la cantidad que pide que no me atrevo a hacérselas.

—Estoy dispuesta a rebajar algo.

—¿En cuánto estima usted ese algo?

—En cuarenta... hasta cincuenta mil duros.

Le sonrió:

—No perdamos el tiempo, señora; adiós —y se alzó decidida a marcharse.

—Le daré facilidades de pago.

—Pero habría que pagar.

—Eso desde luego.

—No puedo aceptar otra facilidad que la rebaja. Mientras no se ponga usted a tiro nada podremos hacer.

—¿Y qué cantidad considera usted como una puesta a tiro? Porque las armas del comprador no son ni pueden ni deben ser de gran alcance..., pues de otra forma no quedaría margen para el negocio.

—Hay márgenes y márgenes.

—Eso digo yo.

Se miran a los ojos, serias, pero acaban sonriéndose.

—Bien; siento haberla molestado —y se retiró.

—Déjeme su teléfono.

Le dio el de la tienda.

A los pocos días la llamó.

—Venga usted por casa, que hemos de hablar y espero que lleguemos a un acuerdo.

Pasó por allí, y sólo entrar le espetó:

—Se lo dejo en dos millones y medio, pero me han de pagar todo en el plazo de treinta días.

—Sigue sin ponerse usted a tiro.

Corrían los primeros años en seguida de la guerra, y los traspasos no tenían esa desmedida exigencia que irían a adquirir poco después.

Celia habló con don Mamerto y le mostró, partiendo de los dos millones de traspaso, un proyecto detallado.

Enterada de que don Sergio andaba por entonces abundante de numerario, le indicó lo que había.

—Pero es mucho ese veinte por ciento que usted nos exige por la aportación del negocio.

—No es el veinte, es el veinticinco lo que yo exijo y el otro socio lo acepta, y no es sólo por la aportación...; de modo que, con gran sentimiento mío, tendré que prescindir de usted y buscar otro socio, querido don Sergio.

Celia fingía haber olvidado su fracaso erótico con su jefe, y por eso le llamaba tan tiernamente.

—Si don Mamerto acepta... Bueno, ya hablaré yo con don Mamerto.

Pero estando en estos dimes y diretes, la viuda llamó de nuevo a Celia.

—Venga usted por aquí.

—Tengo mucho que hacer, señora, para perder el tiempo.

—Le aseguro que no lo perderá.

—Si es así la visitaré esta tarde a la salida de mi trabajo.

Y se presentó allí a las ocho y cuarto.

—Al contado le traspaso a usted el local en dos millones doscientas cincuenta mil pesetas. Le advierto que por ese precio me lo toman unos señores para abrir un bar americano.

—Pues déselo —jugó Celia, con temor de perderlo.

—Es que usted me ha sido simpática.

—Vaya por Dios...

—Pero ofrezca usted algo, por lo menos para que sepa a qué atenerme.

—Dos millones y al contado.

—Es muy poco...; piense que tengo seis hijos y he de defender su dinero.

—Me parece nobilísima su actitud, pero mis socios no están dispuestos a dar ni un céntimo más.

—Pues lo siento..., lo siento por usted, de verdad.

—Más lo siento yo —y se sonrió amargamente.

La viuda, verdad es que tenía ese ofrecimiento de dos millones doscientas cincuenta mil para abrir un bar americano. Pero no eran personas serias, de seriedad económica, se entiende. Le hablaron de plazos y de letras a poner en circulación y de asociarla a ella al negocio en una tercera parte del dinero.

Un cuñado que la aconsejaba le indicó:

—He preguntado en los Bancos por estos señores y nadie los conoce. En cambio tiene un crédito ilimitado ese vascongado pasado por Chile, y goza también de respetable crédito y cuenta el riojano don Sergio, dueño de la tienda donde trabaja la señorita Celia.

Y como la viuda amaba más el pájaro de la mano que los cien que vuelan, llamó una mañana a Celia y se rindió a los dos millones.

Todo arreglado y dispuesto, Celia dejó caer a la hora de la comida en su casa:

—La semana que viene me voy a París.

La hermana, que asociaba la capital de Francia a la torre Eiffel por haberla visto en el cine, abrió una boca sorpresiva y redonda.

—¿Qué se te ha perdido allí? —le preguntó el padre.

—Perdérseme, nada, pero voy a comprar género y a ver tiendas y negocios de perfumería y de objetos para acrecentamiento y adorno de la belleza de la mujer, que abro con otros dos socios un negocio en la calle Serrano, contiguo a la tienda donde

trabajo.

—¿Y tú qué pones en él? —le pregunta la madre.

—Pues me pondré toda entera, en cuerpo y alma. ¿Le parece poco?

«Zaca» levantó la cabeza y le adujo, serióte:

—Vete despacio, Celia, que no hay peor consejero que la prisa.

—Lo sé, pero si una se pasase la vida empapándose en consejos, el progreso de la humanidad sería nulo..., la humanidad se estancaría..., y hay que medrar y que mejorar... sin olvidar los consejos, claro...

—¿Y tú cómo entras, a sueldo? —quiso saber el padre.

—Llevo parte..., un veinticinco por ciento... más un sueldo.

—Pues si el negocio es bueno... eso es la riqueza —comenta la madre.

—No diré tanto..., pero, en fin..., como para que nos cambiemos de casa, eso desde luego.

Era su gran obsesión cambiar de vivienda a otra mejor. Desde que tuvo uso de razón no deseaba otra cosa.

«Se empieza a ser más por la casa donde una vive», se decía. El barrio no le desagradaba, pero la pocilga donde se había visto en la necesidad de nacer y de chapotear, le repelía. Porque estas casas antiguas, de balcón corrido a patio, son sórdidas y miserables, infectos tabucos en los que mescolanza y la insalubridad hacen de la vivienda un agujero infecto para gentes pálidas y enloquecidas...

—Lo primero que necesitamos es una casa de ascensor, para que madre pueda ir a misa y salir tranquila de casa sin que tenga que pensar en la vuelta como en un horroroso y jadeante martirio.

Y fue a poco de volver de París, de donde trajo regalos para todos, menos para Raúl, cuando tuvo el soplo de que iba a quedar un piso vacío en la que entonces empezaba a llamarse Plaza de Gabriel Miró. El sexto piso exterior. Tiene la casa ascensor y cinco viviendas en cada planta. Lo del ascensor, aunque derrengadillo, era lo más importante de la casa, y tenía portera, una buena mujer siempre despeinada, con cara de enferma del estómago.

Era el número tres, y enfrente tenía los jardincillos de las Vistillas; a la izquierda, el Seminario, y abajo, y a la derecha, la Rambla de la calle Toledo. Al fondo, el Campo del Moro, la Casa de Campo, de un lado y, del otro, los Carabancheles..., y más al fondo la llanada de Campamento y la Sierra. Se le acercaba un poquito más San Francisco el Grande a la madre para sus misas y rezos. Y, a la derecha, donde terminaba el caserío de Madrid del lado de la Moncloa, se veían unos rascacielos en construcción.

Y preguntaba la madre, sentada a su brasero:

—Y esas casotas tan altas que se ven allí lejos, ¿qué son?

—Es la terminación del paseo de Rosales —le aclaraba la hija.

En seguida empezaron las obras en la nueva tienda. Don Mamerto solía caer por allí con su esposa dando un paseo a la caída de la tarde a ver la marcha que llevaba

aquello. Celia no se apartaba un momento. Todo lo observaba, todo lo estudiaba en consulta con el arquitecto y con sus socios.

—Supongo que ahora que se va Celia a la otra tienda y quedo yo aquí de primera o de jefa no la darás ya más el sueldo —le planteó Lolita.

—Veremos, porque seguirá de supervisora.

—Pero si se va allí no va a estar aquí, ¿o es que está también en todas partes como Dios?

—Esto es cosa mía; déjalo.

—Es que quiero saber a qué atenerme... ¿Soy ahora yo, o no soy la jefa de la tienda?

—Sabes que eres la primera en mi corazón, y eso es la fetén, como dicen los madrileños.

—Pero tú eres riojano y yo soy de Guadalajara, y vamos a dejar a un lado la «jografía», que de lo que se trata es de que hagas las cosas bien.

—¿Pero por qué esa inquina y odio que tienes a Celia, si ninguna sombra te puede hacer, ya que eres mi preferida?

—Pues por eso, porque ha querido ocupar mi puesto y es una abusona y una antipática, y si no la quitas de mi vista tú serás el culpable de lo que ocurra allí.

—Sosiégate, anda..., sosiégate, que nada tienes que temer ni tienes porqué llevar las cosas por la tremenda.

—Sí..., eso dices tú, pero luego ella es la que hace y deshace y la que interviene en todo y la que mangonea todo, y yo sólo cuento para la hora del metemano y del magreo.

Y le caían, empujados por los sollozos, unos lagrimones como canicas.

RAÚL, una vez que cortó amarras con la familia, navegó sin trabas por el arriscado y ancho mar de la rufianería... «La Covadonga» estaba en sus mejores años y trabajo no le faltaba. Se había especializado en casados de provincias, que vienen a Madrid a resolver asuntos y negocios y que son viciosillos y generosetes durante los días que aquí se mueven. Campaba en dos bares de la Gran Vía, en los que su brujuleo era oferente, y a las noches caía por Tetuán y la sala Gran Vía. Tenía el pálpito para conocerlos. Los envolvía en una mirada aterciopelada, púdica, que no llegaba a ser sonrisa, pero que se abría acogedora y sumisa, y ellos sentían en su rijosidad sofrenada de provincianos una gustosa y tibia querencia...

Raro era el que no se iba tras los pliegues de su capote en este lance.

Cuando se reunían, pues, casi siempre, salvo cuando se trataba de algún cliente machacón y pegajoso, comían juntos en su casa, decidían entonces de común... acuerdo el programa del día.

Él, después de comer, tenía una partidita de chamelo. Es curiosa y sintomática esta afición del chulanganismo madrileño por el chamelo, pues todos los «rufianes de calle» de Madrid son chamelistas y le dan al marfil. Los otros, los de altísimo bordo, los aristocráticos, los que viven no de las profesionales sino de las ricas viciosas, parece que juegan al *poker*, al *bridge*..., pero todos, altos y bajos, son proclives a las partidas de naipes.

A Raúl que no le quitasen su partidita de dominó. Pasaba por todo menos por eso. A las tres y cuarto o tres y media, no más tarde, salía de casa y se iba a la taberna de «el Pinturas», en Mesón de Paredes, y allí se reunía con sus compinches. A esa hora caía por allí «el Pestañas», que tenía su apodo de que las llevaba postizas, y cuando reñía con las coimas o altercaba con los compañeros por mor de una jugada o una disputa de toros —los rufianes de Madrid no son futbolistas; ahora empiezan a serlo algunos—, se retiraba las pestañas y las dejaba en el borde de la mesa, tal un cigarrillo, como el que se quita algo que le pesa y que le obstaculiza la discusión. «El Pestañas» es un hombre de facciones muy correctas y con un perfil de medalla del Pisanello, pero de ojos un tanto tiernos, y ése es su flaco; de ahí lo de las pestañas postizas. A veces en el tocador se equivoca y se inserta las de su protegida, que es una catalana de Sabadell con unos ojazos enormes, que los hace más descomunales la pintura y unas pestañas francesas onduladas..., que son las que por equivocación se pone a veces nuestro amigo. Él fue albañil de andamio en su primera mocedad..., y a las cales vivas les echa la culpa de su enternecimiento ocular. Antes de dedicarse a su vocación rufianesca practicó el piropo de altura, y eran de altura sus piropos, porque los lanzaba desde el andamio... Tuvo tal éxito una mañana con una jaca torda, de muchas libras y gran braceo, que abandonó el andamio para seguirla, con tan buen resultado que no volvió a subir más a él...

Entre el gremio es respetado, pero no goza de muchas simpatías, como el Raúl, por ejemplo, y no disfruta de muchas simpatías porque es un Narciso presumido y porque es el as del chamelo y es muy jactancioso jugando. Pero verle jugar es un

placer de dioses...

Desde que revuelve, antes de escoger las cucarachas de las veintiocho fichas hasta que cierra prepotente, cuando cierra es un espectáculo de una avasallante ruidosidad morrocotuda. Su braceo con la ficha en el aire antes de colocarla es elegantísimo. Esa angustia que crea en los contrarios al no saber por dónde va ni por dónde cerrará..., y ese gesto, entre esquinado y devorador, de la expresión de su rostro, y ese estirar el brazo alongándose y curvándose con la ficha en alto, hasta caer rauda y aguileña sobre el blanco mármol..., porque el chamelo se ha de jugar sobre mesa de mármol blanco..., porque sin ruido, sin ruido aplastante, chirriante y demoledor, no hay chamelo... En silencio sólo se puede jugar a la brisca...

Y el teatro que le echaba «el Pestañas» era del mejor y del más eficaz. Las fichas acarradas, vueltas, negregueantes como ovejuetas que temen al sol o al rayo, movidas por sus dedos largos, vibrátiles, antes de empezar y su disposición para alzarlas y volverlas y sacudirlas en el aire y precipitarlas en picado... Pero estamos perdiendo el tiempo explicando cómo jugaba «el Pestañas», pues las palabras son insuficientes para la descripción, porque nada se adelanta con decir cómo jugaba «el Pestañas», porque «el Pestañas» dándole al marfil era un espectáculo, y los espectáculos hay que contemplarlos e irlos a ver.

¿Por qué les gustará tanto a los rufianes el juego del dominó?; será que el gesto de cerrar, por ejemplo, con una blanca doble es de una gran finura. Será que los rufianes, como todo mortal, tienen que llenar su tiempo con algo y lo llenan con el chamelo, porque el chamelo es ruidoso, verboso, y se ajusta a su idiosincrasia..., y parece que se van a comer el mundo... y luego no es nada..., sea por lo que sea, pero ellos juegan y cierran como si golpeasen la mejilla de su hembra cuando no se pliega a sus gustos y deseos. ¿O es que el chamelo les permite descargar su furor, ese furor que se creen a veces en la necesidad de sentir, furor que no han usado cuando debían y que les ha quedado así agazapado en el puño y que escapa a destiempo para golpear la mejilla rígida y tersa, dura y fría de la mesa? Pero sería peligroso y hasta perjudicial para las pobres chicas quitarles estos golpes contra el mármol insensible, este

¡¡¡CIERRO!!!

amenazante, catapultado, machote y brutal, que es el más innoble e inane desagüe de su profesión...

Allí en Mesón de Paredes, en casa de «el Pinturas», tenían su cita diaria. Allí se desfogaban, mandones, duros, implacables..., y eran otros hombres: suaves, comprensivos, dúctiles al terminar a las seis la partida. Aquí caen Raúl, siempre tan atildado y peripuesto, y «el Pestañas», dentro de su severo perfil numismático, y «el Botines», el más sutil de la cofradía, y «el Suave», un extremeño brutal y grandote, con cara de pocos amigos, boxeador fracasado que se vengaba en sus coimas de sus fuera de combate.

—Tú no las enamoras, las atemorizas, las «achantas». Y era verdad. Pero un mismo fin se puede alcanzar de varias maneras. Y por todas partes se va a Roma. Y

así iba «el Suave» a la Roma de aquellas pobres desgraciadas, que se ganaban su pan y el de él halconeando por la Gran Vía y vías adyacentes...

Pero el hombre verdaderamente fino, el rufián exquisito de la reunión, era «el Botines». Le llamaban así porque usaba esta prenda ajustada al empeine de sus zapatos negros tan pronto el otoño emitía sus primeros vientecillos pasados por nieve, y no se los quitaba hasta bien maduro abril.

«El Botines» era de la bahía de Cádiz, sin precisar el pueblo o el puerto. Fue pinche de cocina en casa de un duque andaluz, y cuando empezaba a cogerle gusto a lo coquinario el señor duque se prendó de sus recatados encantos y lo ascendió a ayuda de cámara. Una vez su ayuda de cámara allí fue Troya. Él se dejó hacer, resignado. No es que sus aficiones fuesen por ahí, pero velay... Mientras fue ayuda de cámara y queridito del señor duque pudo observar el gran favor de que gozaba su personilla con las mujeres. Las del servicio giraban en torno a él como una peonza... Pero el señor duque era muy celoso y había de andar con el ojo despierto. Más de una y de dos «doncellas» desaparecieron por arte de encanto. Más tarde se enteró él que era por reconcomios y celillos del duque. El señor duque era un hombre alto y distinguido de figura y muy friático. Siempre tenía frío en los pies. «El Botines» le recuerda golpeando habitualmente friolero el suelo, hasta en pleno agosto.

—Se empieza a morir por los pies —solía decir—. La muerte empieza por los pies —y lo decía al tiempo de patear el suelo.

Tenía una gran salamandra en su habitación y solía estar con los pies extendidos contra ella... Y en su biblioteca, duque muy erudito y leído, disfrutaba de una gran chimenea, en la que las llamas lamían los grandes troncos como obedientes lebreles... Del señor duque, de quien «el Botines» fue su amiguito, heredó por consideración o por transmisión esta manía. En cuanto se peraltaba en el cielo la primavera, el señor duque cambiaba la gamuza suave de sus botines grises o *beige* por un blanco menos cariñoso y más fresco y ligero. Cuando murió el señor duque él era muy joven, y como hubiese recibido de su protector una manda dejó casi todo el dinero a sus padres viejos y hermanos y se vino a Madrid. Había recibido entre otras cosas heredadas todas las ropas del difunto. Entre ello, una hermosa colección de botines. Tal vez el recuerdo de su cariñoso amigo, tal vez el mucho frío madrileño, le hicieron calzárselos, y la verdad es que se encontró tan ricamente. El vestuario del señor duque fue arreglado y ajustado a sus carnes juncales por un sastre marica y hábil de la calle de la Encomienda.

Tenía trajes, abrigos, capas, sombreros y calzado de campo y de ciudad y ropa de ceremonias y uniformes de gran gala y corbatas y camisas por docenas, y finísima ropa interior.

—Chico, esto es un tesoro y una riqueza —le proclamó el sastre cuando se los mostró—, aquí tienes ropa para no necesitar hacerte nada en todo lo que te quede de vida... ¿Y todo, todo te lo dejó él?

—Sí, todo, todo..., era un santo... pero cariñoso, ¿eh?... Muy cariñoso.

—Qué suerte haberle a uno «lanza» un hombre así..., y con esta ropajería.

—Te diré, yo al principio lo sentí, porque no era lo mío..., pero pronto me hice y hasta le cogí su gustillo, porque cuando uno es pobre ¡y yo lo era como las ratas!, en seguida se hace uno a todo... Además, que era muy generosete..., y muy cariñoso, ¡eh!, muy cariñoso conmigo.

—Y ahora, ¿qué?... Con este vestuario yo que tú me hacía transformista... o divo de algo, del cuplé, por ejemplo..., o imitador de estrellas...; porque donde te presentes con este vestuario y estas joyitas siempre serás algo..., eso tenlo por seguro...; además, que tú tienes pero que muy bonita voz.

—Pero no, no es por ahí.

—¿Pues por dónde es?

—Vamos a esperar, que yo no he tenido nunca prisa para situarme, y mientras puedo ir tirando estos cuartitos que me quedan —y lo decía como si el dinero le maloliese y le estorbase.

Por aquellos días cayó la dictablanda de Primo de Rivera y conoció en un colmado, por un compadre del sastre, a una hembrotta muy guapa de La Coruña, hija de aragoneses, que llegaba a él traspasada de penas y de sinsabores. A la mujer le cautivaron sus maneras dulces y suaves y su figura delicada y gentil.

—¿No serás de la acera de enfrente?

—Contigo no —le susurró sonreidor.

El local estaba aculotado de humos, voces broncas y atipladas y ojeos canallas y malsanos deseos cachondeantes.

—¿Dónde me llevas?

—Primero a la calle; luego Dios dirá.

Le hizo gracia y salieron.

Fueron dando tumbos de un colmado al otro, hasta que la mujer, que no se sentía bien, le comunicó:

—Tengo una casa.

—Vamos.

Desnuda en el lecho, ella se encontró muy mal, con un enorme cólico.

Él la acorrió y la atendió y la consoló como una madrecita. Le preparó una infusión de manzanilla e incorporándola, con su mano en la frente, le ayudó a beberla. Luego la arropó con mimo.

—Ahora estáte quietecita que estoy yo aquí para lo que necesites.

A la mujer, que acababa de desembocar de un espantoso temporal, se le abrió una vía de agua de ternura en el corazón..., y se echó a llorar.

—Pero qué es eso..., nenita...; anda, si estoy aquí para cuidarte y quererte... —y la besó en una mejilla aplastándole una lágrima.

La mujer sacó los brazos de bajo del embozo y se los echó al cuello y acercó su boca a chocar contra la de ella.

—¡Mi reina!, a ponerte ahora buenilla, que para todo habrá ocasión.

Se sintió como la que entra de repente de una tempestad alborotada en un ancón de aguas pacatas.

—¡Qué bueno eres! —le bisbiseó.

—Pena que no pueda compartir tus sufrimientos para que te toquen a menos.

—Yo que me las prometía tan felices..., pues había venido contigo con ilusión... y ya ves..., y no hemos podido hacer nada...

—Todo se andará, que la vida es muy larga para el querer..., y para amar y odiar sobra tiempo.

Le miró, intentando sonreír.

Pero se callaron los dos.

Entrada la mañana, la mujer se desasosegó, y al intentar levantarse se cayó a los pies de la cama.

La acostó el hombre.

—Todo me da vueltas; estoy mareada..., pero necesito ir al retrete.

—Descansa ahora un poco; yo te vestiré y te ayudaré.

Se le tornó el rostro cetrino. El amarillo fue dominando, dominando. Más tarde, el verde le ganó toda la faz, hasta hacerse de plata vieja... Tuvo una arcada de bilis que no consiguió sujetar y la espadañó sobre las sábanas, prolijando un olor agrio y fétido.

Le sujetó con la mano la frente y le colocó la bacinilla a la altura de su boca.

—¡Dios..., Dios!, —acezaba la mujer en su fatigoso ahogo.

Le dio otra bocanada y la expulsó.

Más tarde quedó hundida en un sopor gélido.

Se alzó un hedor nauseabundo.

Con el último vómito, sin fuerzas ya, abandonado el organismo, sin resortes, se había ido de vareta.

El hombre se dio cuenta.

A la mujer le entró una enorme vergüenza.

Se echó a llorar mientras le suplicaba:

—¡Perdóname!

Raudo, la tomó y la rescató del lecho. La limpió con la sobrecama y la envolvió en una manta. En seguida tomó las sábanas maculadas y pringadas, las retiró y las abandonó hechas un burujo en el retrete. Volvió y abrió la ventana.

—¿Dónde tienes la ropa?

No tenía fuerzas la mujer para hablar y le señaló el armario.

Lo abrió y cambió las sábanas y le preparó en seguida una cama blanquísima, impoluta. La ayudó a ir al baño y le completó la limpieza bajo la ducha. En seguida la arropó y la volvió a la cama.

Le calentó una poca de manzanilla de la que le preparó a la madrugada y se la dio a beber.

La pobre mujer le contemplaba silenciosa, estupefacta, como se contempla un

milagro.

No le quedaba más que una chispita de vida en los ojos.

Cerró la ventana.

—¿Cómo te encuentras?

Se le aplomaron los ojos, tal vez de sufrimiento, tal vez de sonrojo.

Le tomó la muñeca y le buscó el pulso... No se lo encontraba. Le aplicó la mano en la frente. Estaba helada.

—Escucha, pequeña, voy por un médico.

Abrió los ojos la enferma.

—Voy a traerte un médico —le gritó.

La mujer pensó: «No quiere líos y se escapa».

Y se abandonó a las lágrimas desconsoladas..., desoladas..., furibundas.

El hombre ganó la puerta.

Pero no había pasado media hora cuando estaba ya con un médico a los pies de la cama... Era un hombre viejo, mal fachado.

—¿Qué tiene?

—Un cólico; ha echado mucha bilis..., una bilis espesa y verde.

La observó el doctor.

—Está muy caída —le susurró al hombre.

Y le aplicó una inyección de aceite alcanforado.

—¿Bebe mucho esta mujer?

—Pues no sé..., supongo.

El médico le miró extrañado.

—¿Pero no es su esposa?

—No.

Se volvió el viejo.

—Se le pasará..., los cólicos se pasan. Lo primero que ha de hacer es quitarse en absoluto de la bebida, y ha de seguir un régimen de comidas de verduras, frutas y jamón, pescados blancos, carnes limpias a la plancha..., y nada de caza, ¡eh!...

—Se lo diré.

—Que esté hoy todo el día acostada sin tomar nada más que un poco de agua con limón.

Le hizo una receta.

—Estas grageas para antes de las comidas.

Volviéndose hacia la puerta:

—Mi estipendio son diez duros.

El hombre echó mano al bolsillo y se los dio.

Luego volvió y se sentó a los pies de la enferma.

Pasado un rato, notó que estaba dormida.

Cerró las contraventanas y salió de la alcoba. Se dedicó a husmear por la casa. Después de observarlo todo se hizo esta reflexión: «Es una mujer ordenada y limpia;

esto me agrada», pensó.

Volvió a la alcoba y se sentó en un descalzador a los pies de la cama.

Echó una cabezadita.

Se desperezó. Eran las dos de la tarde en su reloj.

Se acercó a la mujer. Tenía mejor talante.

Permaneció un rato vacilando si despertarla o no, pero vino a sacarle de esta duda abriendo ella los ojos.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mejor.

Sacó la mano del embozo y buscó las suyas y se las acercó a su boca besándolas.

Voy a salir a tomar un bocado y vuelvo en seguida.

—En la cocina tienes qué comer... No..., no...; no te vayas...

—Te juro que vuelvo..., no soy un charrán.

Miró a la mujer con una enorme dulzura.

Quedó convencida la enferma de que no la dejaría tirada y le animó, tranquila.

—Vete, vete pues.

Salió después de darla un beso en la frente.

Ella intentó sacar los brazos y echárselos al cuello, pero le entró una desoladora tristeza y una hondísima desgana..., y lloraba.

—Ven pronto, ¿eh?... —le suplicó.

El hombre la sonríe.

Estaba ya tan segura de él que le estimuló:

—Vete, anda, vete...

Segura, segurísima de que volvería.

—Coge el llavín de la puerta —le confió.

Lo tomó y salió a la calle.

Comió en una taberna un pepito y un vaso de vino y una naranja y se volvió.

Sólo verle entrar le ganó a la mujer una copiosa llorera. El organismo le parecía ir reaccionando, porque tenía otra cara más animada.

Le contempló con una agradecida delectación.

Traía en las manos un paquete con unos pocos limones. La dio un beso y desapareció en el pasillo.

Buscó en las lejas y en el armario de la cocina el exprimidor. No dio con él. Pensó ir a preguntarle dónde lo tenía. Vaciló. «No está para muchas molestias», se dijo.

Se la preparó exprimiéndolos con el puño en una jarra. Le costó dar con los vasos.

Volvió con el servicio a la alcoba; la incorporó en el lecho y la ayudó a beber.

—Las servilletas..., ¿dónde tienes las servilletas?

Le señaló el armario:

—No, no..., en el segundo..., en el tercer cajón.

Le llenaba de gozo su diligencia ratonil para dar con las cosas.

Se reía satisfecha la mujer.

—¿Qué has comido?

—No te preocupes; yo estoy bien con cualquier cosita...

La contempla retrechera:

—Ven.

Le abraza con una violencia desatada y un querer incorporárselo y un trasfondo de ternura prolijadora, como si toda ella se hubiese hecho ternura, sólo ternura..., inmensa y agradecida ternura.

—No sabes lo contenta, lo satisfecha que estoy.

—Digo, y yo.

—¿Y cómo te llamas?

—No te he dicho aún cómo me llamo: Rafaé.

—¿Y de dónde eres?

—No lo digo por molestar..., pero de la bahía de Cádiz...

Y todo el cuarto se embebió en una luz blanquísima y azul.

La mujer se rió.

—Lo dices para que te perdonen los que han nacido en las Batuecas.

—O en Andorra, que no sé dónde cae...

Se miran con embeleso.

—Me ha dicho el señor doctor que hoy tengas mucho reposo... conque ahora a echar una siestecita.

Le volvió a cerrar las contraventanas.

—¡Rafael!

—¿Qué?

—¿Tú, qué vas a hacer ahora?

—Vigilarte desde este escañil con un ojo abierto y el otro cerrado, por si me necesitas algo.

Frunciendo el morrito:

—Te voy a pedir una cosa, ¿me la concederás?

—Lo que sea...; desde ahora..., lo que sea.

—Un beso, que me des un beso.

—Uno sólo...

Lo abrazó y estrujó con una ferocidad anexionante.

—No sabes lo que me alegro haberte conocido y llegar a ti deshecha con un colicazo auestas y un disgusto enorme, porque sólo así me he dado cuenta de lo que eres..., y de lo que vales.

Mirándole posesiva:

—Y eso que no hemos empezado a devanar la madeja... —y le golpea con una hermosa risotada—. Rafael, ¿tú, a qué te dedicas?

—A vivir.

—Digo, ¿en qué trabajas?

—No lo sé... De verdad, no lo sé.

—Te habrás dado cuenta, Rafael, de que mi cama es de uno veinte de ancho, de las más grandes de matrimonio.

—No había reparado... —y se sonrió.

—Pues mírala bien... ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—¿Dónde vives?

—En cualquier sitio.

—Lo primero trae de ese cualquier sitio... todo..., todo lo tuyo, claro.

Él seguía en pie firme, pero como con las contraventanas cerradas se había hecho la oscuridad, la mujer no observaba su indecisión.

Como notase que ni se movía ni respondía, le preguntó en voz alta:

—¿Qué haces?

—Pensarlo.

—Has tenido tiempo de pensarlo desde anoche... De no salir de naja, ya sabías a qué te obligabas.

—Cierto..., eso es cierto.

—Pues andando.

Le llenó el vaso de agua de limón y se lo puso al alcance de la mano.

—Hasta ahora.

—Lleva el llavín —le advirtió la mujer.

Tomó un taxi y fue a la fonducha donde se hospedaba.

—Espere —le ordenó al conductor.

Subió y metió en una maleta lo más necesario.

—¿Has traído todo? —le preguntó la mujer, ya de vuelta.

—Para traer todito necesito una semana.

—Pero oye..., ¿quién eres tú?

—Un joven que ha heredado de su señor uno de los mejores vestuarios de España.

—Lo que no necesites para tu uso debes pulirlo, pues la ropa ocupa mucho y no sirve más que para alimentar polilla.

—Por nadita del mundo, ¿me oyes?, venderé ni un mal pañuelo ni una corbata muy usada.

—Es un engorro tenerte que mover con todo eso...

—Me estaré quieto. He caído en Madrid y como no haya un terremoto no me pienso ir de aquí.

Había abierto las contraventanas, y la luz entraba a raudales.

En su ausencia, la mujer se había cambiado de camión y sujetado el pelo y hecha un poco la cara con una *toilette* ligera.

—Me encuentro muy bien —le advirtió al hombre sin que se lo preguntara.

La miró complaciente.

—Eres muy hermosa.

—Gracias... —y al decirlo le mostraba una dentadura pareja, burbujeante y blanquísima.

—¿Y no te pone contento?

—¿El qué?

—El pensar que todo esto es para ti.

—Me pone muy satisfecho, sí —y movió sentencioso la cabeza.

—No lo dices con mucho entusiasmo.

—Me preocupa el paso que he dado.

La mujer le contempla como pidiendo guerra.

—Tengo hambre.

—Hoy dieta absoluta, oíste al médico... Si eres buenilla, para cenar te daré un caldito de vegetales, limpio, sin gota de grasa.

La mujer le hizo un gesto dengoso, de protesta.

—Los médicos ya sabes lo que son... Soy el único responsable de tu salud —le dijo muy serio, y quedó en silencio.

—Te advierto que soy una mujer muy absorbente.

—No digas.

—Rafael.

—¿Qué?

Volviéndose de su propósito.

—Nada, nada.

Está muy intranquila la mujer, y el hombre lo observa.

—Échame esa bata que hay en la silla.

—¿Para qué?

—Quiero ir al baño.

Después de un gran rato vuelve.

Está emperifollada, perfumada, más compuesta.

—Voy a ir por unas verduras para hacerte el caldito.

—¿Pero tú sabes cocinar?

—Algo; empecé a trabajar muy niño de pinche de cocina; iba para *cordón bleu* cuando me desgracié.

—¿Y qué es ese cordón?

—Un *cordón bleu* es un cocinero de postín.

—¡Ah!... ¿A ti te gusta la cocina?

—Mucho, y la costura, la alta costura, se entiende. Me gusta dibujar. He dibujado algunos modelos. Las revistas de alta costura me entusiasman..., y los desfiles de los grandes diseñadores me enloquecen.

—¿Y por qué no te has dedicado a eso?

—Si todos estuviéramos en lo que nos gusta y es nuestra vocación, el mundo sería una balsa de aceite..., y no van por ahí las cosas.

—Sí..., eso sí.

—Voy por las verduritas...; además necesito que me dé un poco el aire.

Le echó una revista gráfica encima de la cama.

—Distráete con eso mientras vuelvo.

Salió pensativo.

Se acercó al mercado más cercano y compró unas zanahorias, puerros, apio... y unos huesos de ternera.

«Bueno... —concedió—, se los daré con un poco de sustancia».

Dio un paseo lento pensando en sus cosas.

Se acordó del señor duque:

«Entre las hembras potables que circulan por la vida hay dos clases. Mujeres de belleza despoticante y mujeres de belleza silenciosa. A mí, de irme alguna, me van las segundas, las silenciosas, y esta Pilar... Pilara, me parece que me ha dicho que la llaman, es de las primeras... Es gallega, pero de padres aragoneses... Es hermosa, de una hermosura desmelenada, ancha y bronca».

Vivía en la calle del Pez, en el 17.

No conocía aún bien Madrid.

—¿Pilara, qué calle es ésta?

—La Ancha de San Bernardo.

—¿Y esto es algún hospital?

—Es la Universidad.

Cuando volvió, después de andar perdido por calles, plazas y avenidas, eran las nueve y media.

Pilara estaba desconsolada, llorando.

—Cre... creí que tomabas las de Villadiego... y no... no volvías.

—Mujer, es que me perdí.

Se encontraba débil y lloraba con facilidad.

—Pero ya estoy de vuelta, y acaba de hacer pucheros.

Traía el paquete de los huesos de ternera y el de las verduras apretado contra el pecho.

—Verás qué cosa más rica te voy a preparar.

—Ten cuidado con el gas... ¿Sabes manejar el gas?

—¡Digo!

—Yo iré y te ayudaré.

Intentó echarse de la cama, pero la retuvo.

—No te alborotes; como no estés quieta ahí sin moverte no te hago nada.

Se resignó.

Le preparó un consumado o consomé delicioso, como para colorear las mejillas de todo un cementerio. Lo tomó a pequeños sorbos, dejándose embeber y empapar de tanta delicia.

—Hay que encontrarse vacía después de un cólico horroroso, sin haber tomado nada durante veinticuatro horas, para saber lo que es un caldito.

—Que lo digas.

«El Botines» coloca su ficha con desgana, no sin antes mirar a Raúl, que es su compañero, pero observa el brazo de «el Pestañas», que se alza ruidoso y algarero antes de que Raúl se decida, y grita bronco y tronitronante:

—¡Cierro!

Cuando terminó la partida y salieron, volvió a pensar en «la Pilara»: ¿Por qué volvía al pensamiento de esta mujer, que fue la primera que trasteó al caer en Madrid?

Después del caldito él la vio venir.

—Estoy al pelo, me ha sentado al pelo el cólico.

—Yo creí que el caldo.

—Pero después del cólico...; el cólico me ha dejado un poco extenuada en el primer momento... Pero he dormido un par de horas mientras andabas tú por ahí y luego el caldo me ha entonado... y estoy como nueva —y le disparó una chorretada de risa.

—Prepárate algo; en la cocina tienes huevos y unas lonchas de jamón y fruta...; sabes, yo como mucha fruta, me gusta mucho la fruta.

—Piqué, mientras andaba perdido, un pescadillo en una freiduría.

Estaba sentada en la cama, y sobre la blancura de las sábanas se alzaba la flor de sus carnes elásticas y duras como la de un apretado magnolio. La contempló pujante y arrogantísima y se acordó de su amigo y maestro el señor duque.

—A la hora de la refriega —el señor duque llamaba al amor siempre «la refriega»—, a la hora de la refriega, las mujeres son de poco voltaje o de mucho voltaje.

—¿Y qué es eso? —le preguntó «la Pilara».

—Creo que tiene que ver con la «electrisidá».

—¡Ah!

—Por ejemplo, tú, enchufada a un hombre, produces una corriente de muchos amperios.

—¿Y qué es el amperio?

—El amperio es, pues, una unidad «eléctrica»..., que es el paso de un columbio por segundo...

—¿Y un columbio con qué se come?

—Pues un columbio es un columbio.

—¡Ah!..., por lo visto yo tengo la sangre llena de columbios...

—Eso es; tú tienes una sangre con muchos, con muchísimos columbios... y necesitas, claro, que se te opongá un hombre también de muchos, de muchísimos columbios...

—Y tú ¿qué?

—Yo soy de pequeño voltaje; hay días que tomándome el pulso ni me noto la corriente, ni me noto los columbios...

—No te apures, que yo te daré los que me sobran.

—Me fundirás los plomos y tendremos un cortacircuito.

—No te entiendo.

—Pero yo, sí..., que me interrumpirás automáticamente la corriente.

—Pero ¿por qué?

—Por excesiva... y peligrosa.

Se observan temerosos.

—Te lo digo y te lo repito antes de que te decidas. Soy hombre de pocos amperios...

Mirándole desilusionada:

—¡Qué pena!

Reaccionando:

—Pero buscaremos una tienda donde vendan amperios, y yo los compro y te los regalo...

—Pero es que mi constitución, mi «carrocería», no está calculada por lo visto para más amperios, para más combustión, para que pasen por mi pobre sangre más columbios por segundo...

Pero, a pesar de los pesares, aquella noche «el Botines» se portó como un caballero...

Se embarcó con ella para Citerea: tres veces...

Pero a la madrugada volvió a quejarse la mujer de bascas y mareos.

—¿No ves?, no estás para más embarques.

Se levantó y la trajo otra taza de caldo. Le afofó la almohada y le alisó el campo de batalla... y la sosegó y tranquilizó.

—Yo me voy ahora al cuarto de los invitados para que descanses, que bien te lo has ganado. Dime a qué hora deseas que te despierte y qué quieres de comer. Como primer día después de un cólico, te pondré una roncha de merluza cocida.

—Antes, un consomé de entrada..., un consomé de esos que preparas tú.

—Se cumplirán tus deseos.

—Ahí, encima del tocador, tienes mi bolso; coge el dinero que necesites...

—Adiós, mi reina.

—Adiós, mi sol.

Y mató la luz.

CUANDO Raúl se despertó yacía «la Covadonga» dormida a su vera.

Se apeó de la cama con cuidado, para no despertarla. Se vistió y se acicaló y se echó a la calle...; serían las doce y media...

Salió al Portillo de Embajadores y, por la Ronda de Valencia y la Ronda de Atocha, se presentó en la estación del Mediodía. Entró en la estación como Pedro por su casa. Pasó a los muelles sin que nadie le molestase ni le exigiese el billete de andén. Al cruzarse con el que vendía libros y revistas con un carrito de dos caras con aire de modesta pirámide, oyó que le soplaban al mismo tiempo que le guiñaba un ojo:

—«Está agotada la edición, señor».

No necesitó más para escapar raudo por la salida más cercana.

Después de estar al costado del hospital en la plaza del doctor Cortezo, pensó volver para aclarar algo y cerciorarse si Elíseo, «Eli», interventor de ruta de los grandes expresos andaluces, seguía en su función aquella semana o había sido detenido. Pero le entró un miedo tremebundo y aceleró la marcha...

Le pareció que todos los pasos que sonaban en la calle y todas las voces iban contra él. Se puso muy nervioso. En la cabecera del Rastro paró ante un puesto de mesas y banquetas de cocina.

El dueño del puesto se le acercó en cuanto le vio:

—¿Qué hay de «Eli»?

—No sé más que la edición está agotada.

—¡Anda la órdiga!... Espera.

Hizo ademán de abandonar el puesto, pero Raúl le dijo:

—Estate quieto; no hagas nada.

—Pero no podemos quedar así.

—Sigue con tus ventas como si naa... Yo voy a llegarme al Zaragoza... Caeré por «El Montañés» antes de la cena.

—No faltes.

Era la una en el bar Zaragoza, comenzaba a llenarse de clientes.

Se acercó a la barra.

—¿Qué hay de «Eli»? —le preguntó al encargado.

—No ha llegado; esta vez no ha llegado.

—O le han apiolao...; te lo digo porque como la edición está agotada.

—Las ediciones se agotan...

—Raras veces...

—Pero se agotan... Ha quedado sin subir al tren en Málaga, enfermo..., eso me ha comunicado su mujer.

—Sírreme un blanco —le pidió Raúl y quedó más tranquilo.

El encargado era un hombre serio, de rostro lleno y redondo, de bigotes largos, negros. Más que un encargado de barra parecía un portero de taller o un guardia civil.

Hizo un gesto elástico con los labios, muy chulángano, al cerrar el ciclo del trago Raúl... En seguida se volvió al encargado.

—Yo estoy mosca.

—No sé por qué.

—No me fío ni un pelo de la parienta de «Eli».

—Pues si no juega limpio, el primero que se perjudica es su cónyuge —acariciándose el bigote.

—¿Y los demás?... ¿dónde nos dejas a los demás? —le inquirió Raúl golpeando con el chato vacío el mármol del mostrador.

—Si se rompe la cuerda, lo mismo da que lo haga por un lao que por otro.

—Te diré.

—Esto nuestro es como en los collares de perlas; se rompa el hilo por donde se rompa, todas las perlas se van a freír espárragos...

—Por eso más vale que no se rompa.

—Eso desde luego.

Se ha sonreído el hombre de los bigotes y es la suya una sonrisa color tabaco retostado...

Sus antebrazos, remangados, son peludos.

—Pues paciencia y barajar —reconoce Raúl.

Pero se le nota nervioso.

—Bueno...

—Espera..., tómate otro blanco, ahora invita la casa —le dice sonriente el encargado...—, que lo que sea sonará.

Una mujer, de la vida, pequeña, con cara de payaso por lo pintarrajeada, se acerca a la barra y saluda.

—Salud, Raúl... hijo... dichosos los ojos...

Se vuelve el aludido desmesurando de asombro «los clisos».

—Hola, «Pisuerguilla».

«La Pisuerguilla» es su nombre de guerra, porque esta mujer tan menuda ha nacido en Valladolid.

—¿Qué es de tu vida?

—Sigo con «Cipri»..., el de los molinos.

—Te dura mucho tu hombre.

—Va ya para tres años que le mantengo... —y se sonríe.

La observa Raúl con una mezcla de superioridad y de suficiencia.

—¿Pero por qué te pintas tanto?, si tú eres muy guapa, «Pisuerguilla».

—Lo sé —recoge la mujer.

—Si el secreto está en no parecer lo que es una..., ¿por qué te empeñas tú en denunciarte?

—Pa que no haiga dudas..., ¿verdad...? —aclara consultando con el encargado.

El hombre de la barra consiente que la boca se le raje en una risotada.

—Tendrías mucho más éxito con menos coba en el mapa.

—Deja, que bastante trabajo tengo.

—¿Y qué hace «el Cipri», que casi va pa un año que no le echo la vista encima?

—Ahora, por primavera, le verás vendiendo molinos en alguna verbena... En invierno, con estos fríos..., apenas si asoma.

—¿Y qué hace?

—Pues descansar..., que lo he cogido bastante cansado.

—Vaya con «el Cipri».

—Tú, ya te veo, estás con los años más en tu papel de chulo serio; ¿sigues con «la Covadonga»?

—La duda ofende.

—Te encuentro más trajeado y más puesto en tono, con más seguridad, vaya, de mejor vitola.

—Se agradece.

—Ahora, en sus mejores años, tendrá mucho trabajo.

—No le falta.

—Pues a disfrutarlo.

—Y que tú lo veas con «el Cipri».

—Con «el Cipri» o con otro... Mientras una pueda mantener hombres..., después de todo, para eso ha nacido una.

—Y que lo digas... Hay estúpidas por ahí que creen que han nacido para que uno las mantenga.

—¡Cómo están los tiempos, Dios mío!

—«Pisuerguilla», bonita..., discúlpame, pero voy a decirle dos palabras a mi socia.

Se acercó al teléfono y se puso al habla con la taberna de la casa donde vivía y le pidió al dueño le avisase a «la Covadonga».

Esperó un rato.

—Raúl.

—Dime.

—No contesta nadie en tu casa.

—Perdona la molestia... y gracias.

«Estará en el mercado», pensó.

En el primer momento tuvo miedo de ir a casa. Si el hilo se hubiera roto, soltándose las perlas..., antes o al mismo tiempo hubieran venido por éste, pensó mirando al de la barra, por Angelón y por Heliodoro..., y por lo visto todos siguen en lo suyo... ¿Será de verdad que «Eli» no ha llegado porque está enfermo?

Pero sentía miedo, un miedo que le enfriaba los peldaños de la columna vertebral..., a pesar de la muchedumbre de descuideros, chulos y mangantes que afofaban el bar hasta no haber un hueco en la barra ni en las mesas y a pesar del ruido infernal y cacofónico que emitía, vocinglero y desafinado, un tocadiscos grandote que rebanaba las voces y cortaba la salsa mahonesa de la montaña de ensaladilla rusa de una gran fuente.

—Bueno, Raúl..., que sigas tan buen hombre y que continúes disfrutándote «la Covadonga» por muchos años y que ella te saboree por otros tantos...

—Igualito te digo —le deseó a «la Pisuerguilla» y se largó a la calle.

Al fin consiguió echar a un lado el miedo y se dirigió a su casa. Desde la esquina de la calle miró a ver si había moros en la costa. Más tarde enfiló la acera y, al llegar a la altura de su portal, se coló en él.

No había nadie en su morada. Consultó el reloj y eran las dos y media. En vez de pensar que su amiga se había despertado tarde por el mucho trabajo de la noche anterior y que se retrasase haciendo la compra, ideó lo peor y pensó que por él la habían llevado detenida, o que avisada por algún compinche escapara del hogar antes de que la echaran mano.

Remiró y buscó por todas las piezas a ver si dejara algún papelito escrito que justificase su ausencia en aquellas horas..., pero no dio con nada.

El hambre le subía de las tripas poniéndole en gresca los dientes..., y ya a las tres muy pasadas oyó hurgar la puerta con el llavín... cuando entró la mujer, en la mano la abultada red con la compra del mercado.

—¿Sabes la hora que es, cariño?

—Claro que la sé, ¡mi vida!, claro que la sé... Menos preguntas y echa una mano, que esto pesa lo suyo.

Le cogió la abombada red y se la llevó hasta la cocina después de darla un beso de refilón al tomársela.

La mujer, más que sentarse, se derramó en una silla.

—Estoy deshecha..., ese bárbaro de fabricante del Norte..., creo que me ha dicho que era de Ermúa o de Rentería, me ha dejado como unos zorros. No he conocido otro caso igual, me ha confesado que tenía setenta y tres años y me ha tenido toda la noche en jaque desde que salimos de la sala Gran Vía, serían las dos, hasta las diez de la mañana, que me ha dado prisas porque tenía que ir a un ministerio y me ha dejado en libertad... He venido en seguida y estabas tú dormido, ¡mi rey!, y he entrado de puntillas para no despertarte.

—Pues lo mismo que he hecho yo al salir para no despertarte a ti.

—¿A qué hora te has largado?

—Serían las doce y media.

—Estaba yo en lo mejor de mi sueño...

Le mira con embeleso.

—Eres un sol.

—Pero un sol que se apaga por falta de combustible.

—Espera un poco y verás qué comida te preparo.

Le alargó un pedazo de queso sobrante de la última comida y un zoquete de pan.

—Vete matando el hambre.

Mientras, bajó por una frasca de tintorro a la taberna de Acisclo.

Subió en seguida.

Le puso unas alubias rojas con un poco de chorizo y tocino y luego un filete con unas patatas fritas.

Ella comió poco; estaba estragada, fatigada y deshecha por el poco descanso y el bastante «bebercio» de la víspera.

—¿Y qué tal «se ha explicado» el señor ese de Ermúa o de Rentería?

—Bien; me ha soltado un papel de los grandes..., después del trabajo que me ha dado durante tantas horas..., sería bueno...

—Vaya, no está mal... Ahora a ver si descansas y duermes unas horas después de comer..., ¡mi reina!..., y luego al anochecer tomas un bañito reparador y te arreglas... y a trabajar otra vez... y, mientras, yo a quererte y a cuidarte y a vigilarte...

Le contempla con sabrosegadora dulzura la mujer.

—Esa corbata no le va bien al traje que llevas.

—¿Tú crees?

—El verde no casa bien con el azul marino, cae fatal.

—En esto de colores sabes que acepto tu dictadura. —Pero se lo concedió a regañadientes.

—Ponte una roja..., esa de seda natural italiana que te compré el día de tu santo..., te irá bien.

Él quedó un tantico molesto... Siempre que le corregía la mujer cualquier matiz del indumento, se molestaba, aunque lo sabía disimular y en su interior lo reconocía. No tenía el sentido del tono y del color. En eso le podía «la Covadonga», al fin mujer.

Comía con refrenada voracidad. La pautaba con dichetes y arrumacos.

—Y qué... ¿ha quedado satisfecho de tu labor?

—Creo que sí, me ha dicho que volverá el mes que viene. Le he dado mi tarjeta con las señas y el teléfono de Acisclo y ha quedado en avisarme.

—¿Es casado?

—Y con nietos... Me ha enseñado la foto, tiene la mar de ellos y son muy majos... Una nieta es muy grandullona, anda ya con novio.

—¿No te ha dicho qué fabrica?

—Me parece que escopetas de caza y pistolas.

—Fabricante de armas... Deben de estar ganando ahora lo que quieren.

—Todo el que fabrica algo se hincha... Las que andamos peor somos las que «vendemos encantos»..., que no podemos hacerlo más que la corta temporada de nuestra juventud y luego a jo... robarse... Él puede fabricar sus armas hasta que se muera y seguir sus hijos y los yernos, y más tarde los hijos de los hijos... así hasta la consumación de los siglos. Pero yo termino mi negocio en mí misma... y prontito, que vienen otras más jóvenes empujando... y hoy cada día lo dan más de balde y por capricho y por vicio, que las señoritas acomodadas se han puesto a hacer el *dumping*; ¿no dicen así los periódicos cuando alguien tira los precios?...

—Eres muy culta, «Cova», por eso me... enamoré yo de ti.

—Está bien... como guasa..., yo soy una meretriz y me permito el lujo de mantener a un hombre y de tener algunas joyitas y de hacer algunos ahorrillos, mientras en la casa de mi padre, con diez hermanos, me moría de hambre.

A «la Covadonga» no le gusta, por desgarrada, la palabra «pu...», a pesar de haberla usado Cervantes, y le parecía más fina, más suave y más engolada: meretriz. La había leído en una novela de don Pedro Mata. Decir soy una meretriz le parecía más distinguido, si puede ser distinguida la tal profesión. Pero, sobre todo, lo que le parecía es menos humillante.

—Pues cuídale y mímale a ese fabricante... que es el ideal para una mujer sentada y reflexiva como tú... Un industrial del norte, casado y con setenta y tres años, mejor que con treinta y cinco.

—Te diré.

—A la hora del cambio de sudores es más generoso un viejo que un joven y tiene por qué.

—Pero también da más trabajo... y los viejos acaban poniéndose pesados y exigentes..., ¡si lo sabré yo!

—Corramos un tupido velo.

—Te quiero, Raúl, porque aparte de que eres un delicioso hombre de cama, eres considerado y fino..., en lo que cabe..., y tienes un buen criterio...

Mirándole sabroso:

—¡Chatungo mío! —y le propinó un pasagonzalo cariñosón.

—Que no soy un gato.

Se limpió con la servilleta los labios y la dio un beso largo, hondo y retorneado.

Ojeándole ahora con mirada financiera.

—Ahí he dejado el dinero, llévatelo para cambiar y me das mi parte.

Su parte era la mitad. Iban a medias. Era una sociedad de bienes a partes iguales. Y a la hora de hacer el reparto jamás tenían el más mínimo roce. En aquel hogar no había una voz más alta que la otra, ni la más ligera discusión alteraba la apacibilidad de su unión. A la hora del reparto y de la división, «la Covadonga» era de una honestidad y de una moral absoluta... que para sí quisieran otras profesiones. Ella comerciaría con sus carnes juncales, pero lo otro era otro cantar. Jamás le había retenido y distraído al Raúl no dinero, sino el más leve regalo en especie, ni tan siquiera una caja de bombones, y eso que los regalos estaba acordado fuesen para ella. Los bombones se los comía «el Raúl», que era goloso, y ella no. Y las flores las aspiraba él más que ella, porque era un madrileño sensualón y ella una asturiana bastante reflexiva y fría... Costaba un horror hacerla entrar en fuego, pero su arte de simulación era maravilloso y desmadejante... y de eso sabía algo su hombre.

Se le abría la boca de sueño y de cansancio a «la Covadonga».

—Anda, mi vida, anda, acuéstate... que trabajas mucho y el trabajo requiere que se restauren las fuerzas..., que no soy yo de los que se propongan matar la gallina de los huevos de oro...

—Tú siempre tan fino y tan prudente.

La acompañó a la alcoba y la despojó de la ropa él. Raúl era un refinado y le placía desnudarla e ir editando sus encantos poco a poco hasta que la dejaba cenceña y pura como la echó su madre.

Se abrazaron sin lujuria, pero con mimo lagotero, como las dos partes esenciales de un todo, como dos asociados en una obra fundamental: la de vivir. El hombre ponía junto al trabajo ardidado y arriscado de la hembra, su varonía, su amparo viril..., y la necesidad del diálogo que crea la confianza y ahuyenta la soledad..., ese saberse con un dueño tan fisiológicamente necesario en la mujer y ese notarse con una propiedad tan urgente en el macho... tan de macho, sobre la que ejercer su vital soberanía.

Le cerró las contraventanas.

—Hacia las siete volveré.

Y se inclinó sobre ella para, ya a oscuras, darle el último beso. La mujer le echó los brazos al cuello... Enchufó su boca en la de él con prolijadora delectación mientras le palpaba la corbata.

—Se te ha olvidado cambiártela... Anda, ponte la roja.

Obedeció y salió a la calle.

Ella oyó el portazo y cerró los ojos...

SOBRE todo las primeras puestas las envió con una violencia desusada; chocaba la alegre cucaracha de la ficha contra el mármol con un brío alegre y reventador.

—¡¡Cierro!! —gritó Raúl.

Aquel «cierro» le libertó del peso de cien pequeñas obediencias y humillaciones.

A las siete dio una vuelta por Sol y calles adyacentes, haciendo tiempo. Voy a dejarla descansar un ratito más, se dijo.

Eran las ocho menos veinte cuando subió las escaleras, con un periódico de la tarde en la mano. Raúl era futbolista, de los primeros rufianes madrileños que caía del lado de lo deportivo frente a los viejos rufianes que pelechaban entre la mugre de los cantaores y torerillos.

La mujer yacía profundamente dormida. Respiraba con una sosegante normalidad.

Le dio angustia sacarla de tan reparador descanso y se sentó junto a la puerta, en una sillita, y se puso a ojear los titulares del periódico.

«El mundo no marcha... ¿Pero qué es lo que marcha bien en la vida... si todo va a su fin y destrucción?...».

Se puso filosófico Raúl. Como buen «macarra» tenía la obsesión del tiempo, vicio muy de rufián que sabe que todo son habas contadas y que la vejez amenaza por todos los rincones la fábrica humana..., y que hay una oleada que viene empujando a otra oleada..., ya que las generaciones, como las olas, se suceden galopadoras...

Pero a las ocho de su reloj de pulsera se alzó: El deber es el deber..., y qué dirían de «la Covadonga» si faltase a la hora a su trabajo..., y a las nueve de la noche en bares elegantes es el momento de empezar el aperitivo.

Abrió de un golpe las persianas.

—¡Dormilona! —la gritó con un beso tan cercano y tan ahogador que no tuvo la mujer tiempo ni de resollar ni de moverse, sino de aceptarlo y devolverlo goloso y multiplicador.

—Si vieras lo que he soñado.

—¿Qué?

—Que me dejabas por otra... y que yo me quedaba sola y triste sin mi Raúl.

—Pues estáte tranquila que por ahora no tarifamos.

—Con que sólo por ahora, asquerosonazo... —y le tiró un pellizco temible, que pudo esquivar dificultosamente.

—Anda, que se te va a hacer tarde.

—No; tengo pereza... Me voy a quedar en la cama; hoy hago descanso y lo contaré como uno de los tres que me corresponde mensualmente... Me levanto más tarde y nos vamos a cenar a la calle.

Contempla al hombre con el morrito fruncido:

—Ven... y échate aquí ahora conmigo un rato.

—No, no..., levántate que ya sé en qué termina luego esto... Piensa que es sábado y los sábados suelen ser para ti los días de más trabajo... No empecemos...

Cuando a trabajar, a trabajar...

«La Covadonga» era una mujer fría y difícil de trajinar y no había conseguido, después de mucho acostarse con la gente..., incendiarse e iluminarse sino con «el Raúl».

—Es curioso, te debo todo, Raúl, mi bien, porque sólo tú me has enseñado a iluminarme y a arder —el verbo *gozar* le parecía para estos menesteres un poco canalla y el *incendiarse* un tanto combustible y explosivo. Ella aclaraba en su diálogo: Cuando penetras en mí y me entregas tu torrente de vida, «sólo contigo me siento como iluminada»..., me sucede lo que en una habitación oscura a la que de repente se le hubiese dado la luz.

Desmadejadota, golosona:

—Anda échate..., ¡mi bien!, anda, hombre, un ratito, nada más que un ratito.

Pero a esto de adelantar su vacación «el Raúl» se oponía.

—Que es sábado, «Cova» querida, que es sábado..., y están los bares elegantes ofuscantes como ascuas —le brindaba engolosinador y parolero «el Raúl».

—Pero bueno, ¿por qué he de descansar cuando quieras tú? Soy yo la que está cansada o la que está en forma..., luego debo ser yo, no tú, la que ha de elegir el día y el momento... y quiero tomar mi vacación ahora, que me ha dejado ese fabricante de escopetas para el arrastre.

—Has dormido de siesta casi cuatro horas y media... y es sábado, ¡mujer, que es sábado!...

—Te oigo, mi bien, que es sábado..., sí, sábado... Pues que se vayan a la porra todos los sábados.

—Bueno..., tú verás...; pero esto no es una sociedad seria, que no nos hemos unido para andar de jaripeo a todas horas..., sino para atender cada uno a nuestro trabajo... y llevar el negocio con un cierto empaque y seriedad, y si empiezas a tomar las vacaciones los días de más demanda, tú verás la que organizas... Sí... —le gritó —:

*Sábado sabadete,
camisa limpia y polvete.*

—Esto será entre menestrales... La gente *comme il faut*, entre la que se cuentan mis clientes..., desengañaate, no tienen un día señalado para estos esparcimientos.

—Te diré...

—Sábado, sábado, sábado..., me chinchán y me irritan los sábados. El sábado es el día más hipócrita, rastrero y sucio de la semana.

Y tiró las ropas por alto fingiendo un enfado que estaba muy lejos de sentir.

—Tú verás, pero así no podemos seguir, no es lo acordado.

Raúl, que era el administrador de la sociedad, tenía razón. Lo acordado era tres días de vacaciones al mes, que se celebrarían cada diez días, salvando los sábados y domingos como sagrados..., eso desde luego...

—A mí, con tal de que trabajes bien los sábados y domingos y las fiestas gordas del santoral y sus vísperas..., el resto de la semana... tampoco te voy a aconsejar que abras tienda de ociosidad, porque entonces... apaga y vámonos...

La mujer se echó de la cama y se fue al baño.

«En esto del parar hay que ser ordenado como en todo», pensaba Raúl...

De cada diez días se tomaba uno de descanso absoluto. Era para ella el día enamorado y feliz. Preparaba una tortilla de gambas de seis huevos, para los dos, y unos filetes, y una frasca de litro. Al Raúl le pirraba la tortilla de gambas y el tinto de Valdepeñas... Y se iban a la sierra... En primavera a Raúl le gustaba ir a Aranjuez. Llevaban la comida de casa y la deglutían en un merendero. Luego retozaban en una umbría del río... Ese día ella no se daba afeites ni pinturas, ni se alhajaba, ni se alindongaba. Iba como la novia de un albañil en asueto...

La oyó chapuzarse en el baño y quedó más tranquilo.

El piso donde vivían Raúl y «la Covadonga» era de una ex vicetiple que tuvo muy buenos amigos en su época de esplendor..., y lo primero que había hecho es instalar un cuarto de baño soberbio. Era la mejor pieza de la casa después de la alcoba; suntuosa y amplia. El resto dejaba mucho que desear. El baño estaba forrado hasta el techo de un azulejo granate, y la bañera, de 1,70, grande, empotrada, y la ducha encortinada, por la que surtía el agua, densa y pulverizadísima. El lavabo, amplio, de pie robusto... Y «la jaquita»... Todo era ofuscante, deslumbrador. Allí la limpieza resultaba un gustoso placer.

Más tarde la sintió salir del baño y meterse en la alcoba.

Él consultó una y otra vez el reloj. Estaba nervioso.

Pero al fin todo llega, y se encontraron en la Puerta del Sol.

La había prohibido andar en metro.

—Tú no eres mujer de caminar bajo tierra, sino de superficie y de aire libre. Hay que dar trabajo a los taxistas, que son excelentes muchachos... De no haberme «aparcado» las señoras y ser lo que he venido a ser, me hubiera gustado ser taxista.

—En taxi propio, claro.

—Desde luego.

—Tú has nacido para rico.

—Para eso estoy muy bien calculado...

—Lo malo es...

Y los dos se miran y se sonríen.

Llegaron en un taxi, y en Sol echaron pie a tierra y subieron andando por Montera. Al llegar a la Red de San Luis se esponjó la pareja, como pidiendo más acera.

Pasó un señor muy apersonado, muy empaquetado, y miró a «la Covadonga» con fruición cinegética...

Raúl se hizo el loco.

—¿Le conoces?

—Es la primera vez que le veo.

—Pues no dejes de ficharle.

Aconsejador:

—Estos hombres así, serios, comedidos, entre Pinto y Valdemoro..., quiero decir ni viejos ni jóvenes, son los más convenientes a tu trato y conversación.

—En eso llevas razón; a mí no me des gamberros destrozados, que exigen mucho y luego te ves negra para cobrarles... Estos señores comedidos, educados, atentos... apenas molestan y son generosos y discretos, tienen una agradable conversación y con su frecuentación aprendes mucho.

—Que lo digas.

—Y aunque una esté metida en estos berenjenales, a una le gusta aprender y llegar a ser más de lo que es...

—Muy bien hablado.

La mujer le miró de reojo y pensó: ¿no se estará choteando?

—Sabes que no me agrada que me des por el palo demasiado.

—Pues no es para adularte, pero a veces razones muy bien..., y es de hombre enamorado hacértelo patente.

—No, si palabritas a ti no te faltan.

—Y hechos, «Cova»..., hechos.

Iban con paso morosón y lento, sorteando la aglomeración, recibiendo ella el dardeo goloso de los indiscretos.

—Nos damos aire a un matrimonio adinerado de Guatemala o de Honduras que ha venido a conocer la madre patria.

—¿Y por qué de esos países?

—Porque son modestitos dentro de la otra familia.

La fue deletreando un rato con embeleso, como el que observa algo de su propiedad.

—Si no ligas te recogeré en la sala Gran Vía, ¿eh?

—Si salgo antes comprometida le dejaré recado a «el Cele».

Celedonio era el portero mayor, con el que siempre estaban muy bien las mujeres que vivían un poco de la fértil teta de aquella sala de fiestas. Sus macarras oficiales entraban en la sala sin pagar, pero ya cuando los camareros pasaban las facturas antes de levantar las mesas. Entraban a recoger sus mujeres por no esperarlas en la puerta de la calle, que siempre es feo y está muy mal visto.

Penetraban y descendían a la gran sala y, de pie, con un ojeo, se hacían presentes.

Una furcia ha de ser muy tirada para salir sola de una sala de fiestas. Fuera, a esas horas, una mujer escotera siempre está indefensa ante el merodeo adyacente y canalla...

Un portero de un *cabaret* es como un santón. Las mujeres han de estar bien con él, porque si no, no tienen nada que hacer. Ese mundo extraño, torvo, sucio y descangallado de una sala de fiestas en su mecánica de entradas y salidas, de recados,

cartitas, avisos y condescendencias gira en torno al portero mayor. Un portero de sala de fiestas de postín es como los bastoneros de los viejos bailes provincianos... Los chulos de cierto rango les dan sus propinas y sus entradas para el fútbol, los toros, y les preguntan por la mujer y los niños cuando ellas están acatarradas y ellos van a sufrir el examen de Estado. Suelen ser hombres muy maduros, muy baqueteados, de apariencia mansa y educada..., pero, en el fondo, de una gran soberbia. Y las mujeres que abrevan en la ancha mar de la casa les compran zapatitos a sus niños cuando son jovencitos, y siempre, entre propina y propina, tienen algún regalillo para su parienta. Porque todo el secreto del buen rufián radica en estar sin hacerse presente, en moverse sin ser notado, en enviar su mensaje sin hablar con la mujer, sin acercársele... Y toda la tranquilidad de ella en saber que no está sola, que siempre tiene un apoyo en el aire para lo que sea... El chulo ha de tener un poco el don de la ubicuidad. Por eso ellos entran sin entrar, están sin estar, ojean, miran y vigilan sin ojear, mirar y vigilar... Y todo con la connivencia y el dejar hacer del portero, que es un asociado en su negocio y el tercer pie fundamental de este trío.

Toda golfa distinguida, suprimida la prostitución oficial, lo primero ha de elegir su sala de fiestas como escaparate de su encantadora mercancía... Y lo cauto es entenderse y llegar a un acuerdo de convivencia económica con el portero... Llegar a portero de gran sala es muy difícil, es como alcanzar la Presidencia del Supremo o encasquetarse la presidencia del Consejo de un Banco «de los cinco»... Esas porterías no están ahí tiradas... Y aquí no vale decir para atraparlas que uno es inválido de guerra... Hay que tener buena planta para que le caiga a uno bien el uniforme, que siempre da un aquel de autoridad y respeto, y una madurez entrecana de edad, porque estos puestos tienen mucha responsabilidad y no son para chiquillos... Un portero de gran sala gana más que un catedrático de Universidad, y así debe ser... O somos o no somos...

Raúl trasponía la puerta de la sala Gran Vía sin pagar. Solía tener un aparte con «el Cele», y a veces un puro y a veces sólo un ojeo largo o un comentario sobre la marcha de la Liga. Es curioso, los porteros de gran sala son futbolistas y muy poco taurinos. Lo taurino, en el gusto y sabroso, ha quedado para las salitas de flamenco, donde se exprime el limón extranjero.

En Tetuán también deambulaba como Pedro por su casa. «La Covadonga» es amiga, por paisanaje, de la mujer de Aristóbulo, el portero. Aristóbulo era de la U. G. T., y su mujer, que es muy rezandera y devota, recogió y escondió durante la guerra a unas monjitas, que más tarde declararon a su favor cuando le detuvieron por una denuncia de un carca de la Ceda. Y Aristóbulo fue puesto en libertad con todos los honores...

Llegaron a la puerta del bar California y se despidieron cariñosos.

—Date una vuelta también por Tetuán, por si acaso...

Mirándole con una suave complacencia:

—¡Adiós, mi bien!

—¡Adiós, chata!

Y el cielo de la gran avenida se hizo chiquirritín e íntimo.

LA apertura del comercio de productos de tocador y conservación y mejoramiento de la belleza y atuendo de la mujer fue un éxito tremendo.

Don Mamerto, el indiano, y don Sergio, quedaron sorprendidos y muy gozosos. Celia había hecho llegar a las familias más *chic* de Madrid un folleto con los productos y representaciones que se había traído de París. Y como entonces, primeros años después de la guerra, escaseaban estas delicadezas hermosadoras y suntuarias, la gente distinguida compró lo que ofrecía sin preocuparse mucho del precio.

—Que paguen la novedad —decía Celia a sus socios.

—¿Podremos mantener estos precios? —le preguntaba don Mamerto.

—Y con el tiempo tendremos que subirlos si pretendemos retener esta venta... Las mujeres, tratándose de productos de belleza, sólo creen que son buenos los caros; a más precio suponen más bondad y calidad.

—Claro, claro, —comentaba don Sergio con los ojillos cargados de codicia.

En su casa, la autoridad de Celia se dilató y acrecentó. Tomaron una criadita para que la señora María no tuviese que molestarse en ir al mercado, y la pusieron un delantalito y una cofia como a las doncellas de casa grande.

Araceli y la sirvienta corrían con la compra. Ahora la señá María se levantaba para la misa de doce, porque, eso sí, con el buen éxito de la hija se hizo más devota.

—Esta Virgen del Olvido conmigo no hace más que desmentir su nombre, porque me oye y atiende a todo.

—Más vale —le decía Celia.

—Le pedí que tuviesen buena fortuna tus pretensiones y que mejorase nuestra situación económica y se pusiese bueno vuestro padre de la última enfermedad que tuvo..., y todo, todo me lo ha oído, y para todo ha estado diligente y rápida... Luego me insistís que para qué rezo y molesto tanto a los santos; pues ya veis el resultado...

El marido tuvo en la punta de la lengua decirle que en el asunto Raúl no había tenido mucho éxito, pero se contuvo.

—La Virgen no se habrá olvidado de usted y de lo que le pedía..., pero también «la Celia», con su trabajo, y que sabe como nadie llevar su aguja de marear, tiene mucha parte en toda esta riqueza que nos ha entrado por las puertas..., y que bien nos la envidian más de una en el barrio —le sopló «la Araceli».

—Es que las cosas vienen cuando tienen que venir, y ni un minuto antes ni un minuto después..., cuando están maduras..., y el talento de «Zaca» y la laboriosidad y el pesquis de Celia pues han dado su fruto cuando tenían que darlo..., ni antes ni después, como os decía.

—Coma, coma, padre, y no filosofe —le sonrió Celia.

Compraron un comedorcito muy moderno y cuco.

Celia trocó su indumentaria por ropas de línea más femenina. Empezó a vestirse en una buena modista y a hacerse el calzado a la medida. Trató por el peinado y los trajes de ir suavizando su rigidez viriloide. Hablaba con más templanza y en voz más recoleta. El triunfo, en vez de dispararla, la metió dentro de sí, y se hizo más

comprensiva, más humana, menos dura. Los primeros días, con las congratulaciones, felicitaciones y sonrisas, en vez de apoderarse de la victoria se la traspasó a sus socios y a sus empleadas, y hasta a las compañeras de la otra tienda, Lolita y «Celes».

—Venid aquí, que todas, con vuestros consejos, vuestras ideas y vuestra ayuda habéis contribuido a que esto vaya como va —y les regaló sendos botellines de *Un jour viendra* y una crema limpiadora para la piel, de la casa Rigaut, que era una fresca delicia.

—Ay, chica, eres «la maga de la cosmética», como te empiezan a llamar —la aduló Lolita.

Don Sergio seguía cercando los encantos de «Lolis», pero no debían ser muchos sus avances a la hora de la penetración, según «Celes»... Eso sí, sale con ella en el coche y se van a cenar a las salas de fiesta..., pero no creo que se lo haya dado, así, tan fácil. Lolita no es tonta y de sobra sabe lo que se juega.

—Por mí que sean muy felices, —les desea Celia.

—¿Tú crees que es su tipo? —le preguntaba «Celes».

—En eso de tipos no hay nada escrito...; a veces, donde menos se piensa salta la liebre...

Algunos días, a media mañana o a media tarde, pasaba a su vieja tienda, y Lolita y «Celes» la recibían cariñosas y besuqueantes.

—¿Cómo va esto?

—Ya ves..., notando tu falta..., pero nos defendemos.

—Muy amable.

Ahora se miran.

—¿Y tus amores?

—Es muy resabiado y no entra por varas.

—En ti está que se decida.

—Viene muy toreado ya, y lo veo difícil.

—Peor ganado habrás tenido tú que lidiar.

—No lo creas.

—Bueno, dejad lo taurino —les pidió «Celes».

Se rieron las tres.

Ahora en invierno casi siempre volvía a su casa en taxi Celia.

Los vecinos husmeaban detrás de los visillos en las viviendas que los tenían.

—¡Esta potuda del sexto, que parece hija del duque de Alba! —soltaba, irritada, una carnicera con puesto en el mercado de la Cebada, que vivía en el tercero.

—Consíentela que viva, que no te ha dejado ningún pufo.

—Por mí, como si vuelve en coche propio.

El marido no tenía más obsesión que la de los clientes incobrables...

—Pues tiene fácil arreglo eso... —le decía la costilla.

—¿Cuál?

—Sube más el precio de la carne, para que con lo que subes te consueles de lo

que no te pagan.

—Es una idea.

Y casi todos los días la subía.

Hasta aquel día en que don Sergio apareció en la tienda violentamente arañado.

—¿Pero qué le ha pasado a usted? —le preguntó «Celes», indiscreta.

—¿Qué? ¿Qué tengo?

Se volvió el hombre, nerviosillo.

—La cara como un mapa lleno de ríos rojos, que son los arañazos.

—¡Arañazos!..., ¡arañazos!

Lolita faltó aquella mañana a su trabajo.

«Celes» pasó a ver a «la maga de la cosmética» y le refirió el caso.

—Pero a estas alturas; no lo entiendo.

—Ni yo.

Al salir del trabajo se fueron las dos a casa de Lolita.

Estaba en la cama con un ataque de nervios.

Su mamá le daba en aquel momento una taza de tila.

—Me ha querido seducir y ha intentado anoche tomarme por la fuerza; me metió en una habitación de una casa con pretexto de ver a un señor amigo suyo... y ¡horroroso!..., todo lo que os diga es poco...

—No nos digas nada —le pide Celia.

Ahora se yergue en la cama.

—¿Qué creéis que debo hacer?

—Ay, hija...; si has aguantado hasta ahora..., creo que lo que debes hacer ya es aguantar un poquito más... ¿No les parece? —se vuelve, consultadora, la madre.

—Sí.

—Pasado el mar Rojo —y le señaló «Celes» la cara—, la tierra de Promisión no debe estar lejos...

—No sé..., yo no conozco bien la Biblia —confesó Celia.

—He presentado la dimisión, ¿qué os parece?

—Yo le aconsejo que vuelva, pues para afrentar a ese sátiro es ahora cuando debe ir por allí —opinó la madre.

—La verdad, no sé qué aconsejarte —le confiesa Celia.

—¿Tú le quieres? —le pregunta, ingenuamente, «Celes».

—¡Sí..., sí!

«¡Qué pedazo de cínica!», piensa Celia.

—Yo me quiero morir..., me quiero morir... —alarida, Lolita.

—Con morirte no ganas nada...; al contrario, es la única manera de perderlo todo —le centra Celia.

—Eso le digo yo —ufana, su madre.

—Es un charrán, un charrán.

—En eso estamos todas conforme —recoge la madre.

—Yo, que tú, dejaba la tienda y me colocaba en otro lado; si es de ley verás cómo en seguida va a buscarte —le aconseja «Celes».

—¿Y por qué retroceder? —pregunta, altanerota, la madre.

—No me atrevo a aconsejarte nada —le participa Celia.

—¿Teme usted que lo siga y le resulte mal?

—Pues, sí.

—Es que estoy enamorada de él, y le quiero..., le quiero.

—Pues no lo parece.

—¿Por qué?

—Porque quererse es llegar a un acuerdo —le aclara Celia—, y por las muestras...

—Por mi parte ya se lo digo, que le quiero para marido.

—¿Y él se niega?

—Sí, sí.

—Déjate de paparruchas y vístete y ven ahora mismo con nosotras.

—¿Y qué he de hacer?

—Pues abrirle la cabeza en cuanto intente otra vez tocarte.

—Es que le quiero, le quiero..., y en cuanto le veo me siento perdida.

—Esto está bien que se lo digas a él, pero no a nosotras.

—Señorita Celia, mi hija Lolita no ha mentado nunca —bramó la madre.

—Ay, señora, perdone.

La madre de Lolita era una mujer grandota, pechugona, enfática.

Se retiraron Celia y «Celes» sin ella.

—Es que le quiero, le quiero —repetía Lolita.

—¿A ti qué te parece? —le pregunta «Celes», ya en la calle—. ¿Tú crees que le importa algo ese pinta?

—Ni un tanto así —señalándole el filo de una uña.

—¿No será que se lo ha dado y teme ahora que no le corresponda?

—Vete a saber...; ahora, su madre es de cuidado; despide un tufillo de mujer liosa y antipática... ¡Pobre don Sergio!

—Sí, no le arriendo la ganancia.

A los pocos días, la madre de Lolita se presentó en la tienda y «Celes» la pasó a la dirección.

Se oyeron voces altas, demasiado altas.

«Celes» pasó a la tienda de «la maga» y le indicó:

—He dejado a la mamá encerrada con don Sergio.

—Me decía yo: ¿de quién es esa voz, que la conozco?

—Pues de ella.

Al poco tiempo se oyó un portazo y tras de él se fue la madre de Lolita... Don Sergio, alterado, violento, ofrecía unos ojos encarnizados.

—Esto es un chantaje, un chantaje —rugía.

Celia pasó para calmarle.

—¿Pero sabe usted lo que me proponía?

—No, ni quiero saberlo...

Le dijo que no quería saberlo precisamente para que se lo soltase, pero el tontaina de don Sergio lo tomó al pie de la letra y nada le contó.

Aquella tarde se presentó Lolita, más guapa y atrayente y más seductora que nunca.

—¿Te has fijado?, viene desnuda; con esa blusa se le transparenta todo —le advirtió «Celes».

—¿Sabes lo que pienso? Que don Sergio es un tímido y que ni por esas entra a matar.

—¿Y lo de los arañazos?

—No ha sido en legítima defensa, sino es ella la que se ha lanzado a arañarle asqueada y molesta porque no se decidía.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—¿Y entonces a qué ha venido la madre?

—Pues a decirle que si no se decide pronto le presentará una denuncia por violación.

—Pero si no la ha violado.

—Pues por eso.

—¿Y tú crees que así...?

—Vamos a ver.

Lolita pasó poco después a la dirección.

Al principio se les oyó hablar, pero con corrección, con suavidad. Más tarde salieron y se fueron de la tienda los dos juntos.

Lolita, al marcharse, sonrió a «Celes».

—Parece que iba contenta —indicó a Celia cuando se lo contó.

—Yo creo que lo que pasa es que ella no se lo quiere dar..., porque él está colado, de eso no hay duda, y ella espera que para obtenerlo y conseguirlo él se case.

—¿Tan tonto le crees?

—A la hora de la verdad los hombres se ponen muy burros, y que conste que, desgraciadamente, no lo digo por experiencia.

Celia se sonríe y la mira.

—¿A ti nadie te lo ha pedido?

—La verdad es que no..., tampoco se lo he ofrecido a nadie...; ahora, no niego que me habría gustado que me lo hubiese pedido alguien..., sobre todo algunos que a mí me gustaban..., pero para no dárselo..., eso por supuesto. ¿Y a ti?

—Yo, lo que son las cosas..., de esto hace muchos años, llegué a ofrecérselo a un hombre y no me lo aceptó.

—¿Era marica?

—No.

—Pues no me lo explico, porque te encuentro muy atrayente.

—Tú, tal vez..., pero de lo que se trata es de que me encuentren ellos.

—¿Tú no crees que a toda mujer, aun a la más honesta, no le gustaría pasar por la vida sin que se lo pidiese alguien?... Aunque las decentes no se lo vayamos a dar..., yo creo que a todas, a todas nos halaga que, por lo menos una vez, en nuestra juventud haya habido un hombre que nos lo haya pedido.

—Sí..., pero hay maneras de pedir y de pedir, porque hay hombres que lo solicitan sin necesidad de hablar, con los ojos..., con la dulzura de su expresión..., y éstos son los mejores —confiesa Celia.

—No me digas que eso no es bonito y halagador para una..., porque éstos no piden sólo el cuerpo, sino el alma toda.

—Y eso es una delicia, porque, en fin de cuentas, una ha nacido para que la pidan, para que la soliciten, ya que la pareja se forma para la unión y es la esencia de la especie y de la humanidad... Es verdad que con la pareja nace la trifulca y la pelotera..., y hasta el crimen y el asesinato, pero también nacen los hijos y la continuidad y la ternura..., y ese vago aire impalpable, espiritual y electrizante que algunos llaman: amor.

—Pero de esos que lo piden dulcemente con los ojos cada vez hay menos.

—¿Tú crees?

—Sí...; y, en cambio, cada vez hay más de los que lo piden por las buenas, por la tremenda; de esos que llaman al pan pan y al vino vino; de esos bárbaros que han hecho del amor un puro comercio carnal y un enfogorado y cachondo chapoteo... El mundo, a pesar de las apariencias, o por las apariencias, está cada vez más materializado, y es más brutal y va tras el dinero y la hembra como los únicos móviles humanos, aunque los disimule y disfrace. Se buscan por sobre charcos de sangre los goces materiales... *Vivir cada día mejor*, no hay otra divisa; todo lo demás nos importa un comino.

—Aunque finjamos interesarnos por otras cosas y ser caritativos y desinteresados..., eso es verdad.

Quedan mirándose las dos mujeres.

¡Qué asco vivir para esto!

—Lo malo es que si no andas lista y vas tú también a lo tuyo, los de atrás, que vienen empujando, te derribarán y patearán y quedarás en seguida inservible y fuera de juego.

—Sí, no se puede perder el tiempo.

—Ves, este momento que nos hemos detenido a hacer esta sumaria consideración lo debíamos haber empleado en nuestro trabajo..., porque mi presencia ya es necesaria en mi negocio y ya me buscan y me llaman.

Se oía la voz de una de las chicas:

—Señorita Celia, señorita Celia.

Al día siguiente Lolita llegó a media mañana y entró por la otra tienda y se fue derecha a Celia con una intención miureña.

—Quiero que seas tú la primera en saberlo, ya que eres tan buena amiga mía y sé la gran alegría que te voy a dar. Nos casamos.

Celia quedó desamparada, sin jugo de devoción por nada, el rostro de ceniza, pero se rehizo.

—Me alegro.

—Lo sabía..., por eso he querido que seas tú...

Pero la otra se volvió y la dejó con la palabra en la boca.

En seguida sintió como un enorme torrente. Era la sangre retirada que volvía...

Se produjo aquella mañana más dura con las chicas que estaban a sus órdenes y menos complaciente con la clientela...

«Ese sapo de don Sergio..., porque es un sapete sin control..., que tiene menos mentalidad que un topo... Porque casarse con una mujer por conseguirla..., o por miedo a las amenazas de una madre liosa... En fin...».

Pero en casa, a la hora de comer, le notaron el disgusto, por lo metida en sí que llegó.

La madre la miró compungida.

—¿Que sucede?... ¿es que no marcha bien todo eso del tocador y la belleza? — le preguntó el padre.

—Sigue muy bien todo... Es que estoy cansada. —Y después de comer se acostó un rato para pensar.

Pero no la consintieron ordeñase sus rumias, porque entró la madre en la habitación, llorosa, solicitadora, peticionera.

—Celia, hija..., a ver si tú... —y se le ahogó en un mar de lágrimas y sollozos.

La acorrió:

—Anda, cálmate, cálmate, ¿qué nueva faenita ha hecho el guarro de tu hijo?... Porque supongo que lo que te pone así es alguna fechoría de ese chulo y explotador asqueroso de Raúl.

—Todos, y tú misma, no tenéis con él la más mínima condescendencia como hermano que es..., y yo no digo que sea un santo, pero tampoco es un canalla como me le queréis presentar a mí, que soy su madre.

—Algo peor que un canalla...: un cerdo de la peor especie..., sin limpieza ni conciencia alguna, que con su conducta deshonra y emporca a toda la familia.

—¡Basta, hija, basta!...; que lo que importa ahora es, en vez de sepultarle bajo tanto insulto, es echarle una mano.

—¡Ah, sí, eh!..., una mano... Que con su pan se lo coma, que estas manos limpias las necesito yo para mis quehaceres..., no para meterlas en el albañal de su vida...

—Acaba si puedes, hija, acaba si puedes..., pero es que está en peligro de que lo encarcelen..., y es mi hijo, y vuestro hermano..., y...

—Que viva con limpieza y que trabaje, que ya tiene edad para ello.

—Pero si precisamente es por trabajar y por ganar para él por lo que se ve ahora en este callejón sin salida.

—Pues que se lo busque él, que los demás estamos bastante ocupados en lo nuestro...

—Pero es vuestro hermano, y mi hijo..., y no puedo ni quiero que por no haberle echado una mano quien puede y es de la familia, me lo metan tras de cuatro barrotes...

—¿Lo dices por mí?

—Sí, hija; por ti lo digo..., y ya ves, es por andar con un trabajo que él no sabía que estuviese así de perseguido... por lo que se ve ahora amenazado de que lo enchiqueren.

Hubo un momento en que las convulsiones de los sollozos maternos eran tan fuertes que parecía iban a ahogarla.

—Bueno, madre..., anda, que si algo puedo, no por él sino por ti, sabes que lo haré.

Acercó su mejilla mojada por las lágrimas a la de ella y la consoló y aquietó.

—Que me da grima y dolor verte así; anda, mujer...

—Si es que al pobre Raúl nadie le queréis en casa; ni tú ni tus hermanos, ni tan siquiera tu padre..., y te repito que él será lo que sea, pero en lo tocante a la familia os quiere y os considera a todos..., y precisamente por ser el más desgraciado y el que ha tenido peor suerte...

—¿Pero se puede saber a qué llamas tú suerte? —brincó, irritada, Celia.

—Pues a lo que todos..., al dársele a uno las cosas bien de cara...

—Pero hace falta buscárselas para que las cosas se le den a uno bien..., y ese «guaja» ha encontrado más cómodo que «el conquibus» se lo busquen otras... ¡Pero qué tupé el de este tío!... Vamos, que si...

Se la veía fuera de sí a Celia, enfadada, irritada, exaltada, violenta...

—No he conocido en los días de mi vida un sinvergüenza más grande que este hermano nuestro, ni más cínico, ni más...

A la pobre madre, la cara escondida entre las manos, no la quedaban ya ni fuerzas para sollozar y quejarse.

La tuvo que acostar Celia allí en su cama, porque se derrengaba y se abatía, y ahora un hipo convulsivo patentizaba más su angustia.

—Bueno..., hi... hija, si tú no quieres echarle una mano ya sabré yo lo que tengo que hacer.

—Pero madre, guapa, si sabes que basta que sea mi hermano y que me lo pidas tú..., aunque sea un granuja que con su conducta nos emporca a todos, para que yo eche el resto por él... y revuelva Roma con Santiago, como así haré... ¿Pero qué es lo que se trae entre manos ahora y por qué tiene miedo de que lo apiolen y lo metan a la sombra?

—Él parece que interviene en traer con otros..., sin pagar en las aduanas, una hierba creo que es..., que viene de la morería.

—Será la grifa... Ahora me explico el escándalo que se ha armado en un bar de Serrano.

—Sí, algo así, y que creo es muy buena para los dolores y olvidar las penas... Pero no es él sólo el que anda en el ajo... Hay varios otros de Madrid, entre ellos algunos empleados subalternos de la Renfe.

—Y el pobre Raúl en la higuera, como de costumbre, ¿no sabía que eso es un contrabando prohibido y que al que le cogen con las manos en la masa va de patitas a la cárcel...; eso lo desconocía el cuitao de Raúl?

—Pues parece que sí.

—Está visto que no puede vivir sino en casa y muy vigilado por ti, como es tan ingenuo y bueno, se compromete y se encuentra metido en estos berenjenales sin darse cuenta.

Mirando con sorna a su madre.

—Vamos a ver, ¿han detenido a alguno de la banda?

—Sí..., parece que sí.

—¿Y él tiene mucho miedo de que vayan por él? —sonriéndose—. ¡El pobre, como es inocente...! Aclárame un poco las cosas. ¿Por quién sabes tú todo esto?

—Por él, que me ha esperado esta mañana a la puerta de la iglesia para contármelo.

—¡Acabáramos! Arréglate para avisarle que mañana, después de cerrar, a eso de las nueve, le espero en la tienda...; que entre por el portal, que estaré prevenida.

—Se lo diré.

—Porque antes de hacer nada es preciso hablar con él.

—Se lo diré, se lo diré.

—Y ahora permíteme que me arregle un poco.

Pareció quedar un tantico más sosegada la madre.

Celia se fue a su trabajo.

La contrarió llegar con unos minutos de retraso y que estuviesen las dos dependientas y el chico esperando. Pero le había sido difícil, por la lluvia, encontrar un taxi.

Que la dependencia tuviese que esperar, para abrir, a la dueña era un mal ejemplo, pero peor resultaba que la llave estuviese en manos de una subalterna, que con el género que tenía en la tienda resultaba siempre una tentación para unas muchachas. «Además, si abren las chicas, puedo yo apoltronarme y entrar con retraso en la seguridad de que están ellas..., que si no sienten mi vigilancia acabarán ellas mismas llegando después de la hora...».

Todo esto lo pensó mientras subía el párpado del cierre. Pero en cuanto supo se encontraba don Sergio, pasó a la tienda de bolsos para, con pretexto de su negocio, hablar con él.

Lo sorprendió despistado y abatido.

«No se ha enterado de lo que le he propuesto», pensó después de hablar con él un rato. Ni le felicitó por su boda ni se dio por enterada.

Al salir le dijo a «Celes»:

—Ven a recogerme al cierre.

—¿Hay novedades?

—Sí..., eso parece.

A media tarde pensaba: «Esto de la boda ¿no será un farol que se ha tirado Lolita para molestarme? De todas formas, si es verdad que se casan esto altera un poco mis planes de llegar a dominar por completo a este tontaina voluble y blando, aunque chillón, de don Sergio».

Iban ya a cerrar cuando entró un hombre joven, pálido, espigado, con los ojos pintados y las mejillas un poquito levantadas por el color, pidiendo una crema.

Tenía una voz caracoleante, deshuesada y blanda.

Se dirigió a una de las dependientas, que era una muchacha rubia, alta y de ojos cándidos y claros y expresión sencilla. El mocito movía las manos, de dedos palidísimos, con jinetes, explicaciones y añadidos innecesarios:

—¿No tiene usted una crema para el cutis que ha salido ahora en París?: *Un petit sourire...*, porque es que esta española que uso ahora me deja la piel muy seca y tirante, y es que en estas cosas, desgraciadamente, nuestra industria no tiene nada, absolutamente nada que hacer.

La muchacha se sonrió y se puso colorada, y miró a la compañera, y miró a Celia.

—No creo que la tengamos; de todas formas la dueña le dirá —y se lo envió a la dueña.

Ante ella, hizo la misma demanda, pero exagerando el gesticuleo de sus alocados ojos.

—¿No será para usted?

—Sí, es para mí..., ¡qué gracioso!

Celia estaba de mal humor.

—Esta tienda no es para maricas, ha equivocado usted el número.

—Es usted una grosera, señora...; jamás me había pasado esto.

—Alguna vez le tenía que pasar.

Y se volvió y entró dentro.

El mariquita quedó contemplando a las dos dependientas, que se mantenían muy serias.

Hizo un gesto de labios apretados, derramándolos hacia fuera, y de palmas tendidas abriéndolas hacia los lados en postura de extrañeza y de no encontrarle explicación a la actitud de la dueña..., y con un:

—Buenas tardes —que dejó en el aire, se retiró.

A la hora de cerrar pasó «Celes».

—Sé lo que me vas a decir.

—Pues si lo sabes...

—Me lo ha contado esta tarde... ¿Y a ti que te parece?

—¿Y a ti?

Se miran y se sonríen.

—Han salido los dos juntos hace un rato. Le llevaba cogido del brazo como con miedo de que se le escapase... ¿Pero tú le quieres? —le he preguntado yo...

—¿Cómo le voy a querer?... pero con tal de que se case... Ay, chica, la cosa es casarse..., mejor si es rico que pobre, si es guapo que feo..., pero la cuestión es casarse..., y no me negarás que aunque como hombre no es Marlon Brando..., rico es, que mamá se ha enterado bien y, aparte de la tienda y de la parte que lleva en la otra tienda..., tiene valores industriales y viñedos en la Rioja..., que de eso buena es mamá para no enterarse.

—Pero así no vas a ser feliz...

—¡Ay, chica!, yo no sé qué es eso de ser o no ser feliz... A mí con tal de tener para una buena casa con servicio y buenos vestidos, y buenos bolsos, y buenas alhajas, y poder salir de Madrid en verano, y levantarme tarde, y no tener que madrugar, y poder ir al teatro y al cine, y cenar fuera en un buen restaurante, de cuando en cuando, y vivir desahogada... ¿Y por qué me dices que no voy a poder ser feliz..., si eso es la felicidad..., por lo menos para mí?

—Chica, me ha dejado de una pieza.

—Qué te extraña si es una insustancial y una frívola, y de tal madre tal hija, porque su señora mamá se las trae...

—¡Qué asco! —exclamó Araceli.

—Asco, ¿por qué?

—Por todo.

—¡Si esto nos sirve de lección!

Doblaron por la plaza de la Independencia para descender a Cibeles.

—Ahora la tendré yo de dueña —planteó «Celes»—, y para dueña, «Lolis» es insoportable.

—No te preocupes, que no se la verá mucho el pelo por allí...; una vez casada no le preocupará mucho el negocio mientras pueda seguir ese programa de felicidad que te ha detallado.

—Y la vida yo creo que tiene que ser algo más..., ¿no?

—Desde luego.

Tuvieron que esperar para cruzar Recoletos.

Se separaron en Sol.

—Hasta mañana.

—Adiós.

CUANDO Celia entró en casa encontró a Araceli consolando a la madre, que era un mar de lágrimas.

—Le han echao mano al Raúl —le sopló.

La mujer se abalanzó en brazos de Celia.

—A ver, tú, hija, tú eres la más influyente; que lo que tú no consigas...

—Anda, mujer, hazte fuerte, que no vale ese granuja una lágrima tuya..., y algunas llevas derramadas por él..., anda, anda, que con deshacerse y llorar no se saca nada más que destrozarse una misma y añadir así a una desgracia otra peor.

Gemía la pobre madre estremecida.

—¿Pero qué es lo que se sabe y por quién lo sabéis?

—Pues que se lo ha llevado la bofia esta tarde y que está en la Dirección General de Seguridad, y que no consienten que nadie le vea ni le hable... —le soltó Araceli.

—Y todo eso ¿quién lo ha venido contando?

—Una flamencota rubia, muy vistosa ella...

—Ya ve usted..., ahora que vivíamos tan bien y éramos dichosos... —me ha soltado a bocajarro.

—Tiene mala suerte que se haya ido a romper la cuerda por mi Raúl. ¿Por qué no detienen a los de arriba que manejan todo el tinglado?, que siempre pasa lo mismo, que los jefazos siempre se salvan y caen en el cepo los aparentes, que llevan y traen el género y apenas si les queda algo entre manos, mientras los «gordos», desde sitio seguro..., se llevan la buena tajada... y para éstos nunca hay riesgo, que tienen mucho con qué tapar las bocas y detener las manos y las plumas...

—Nos ha dicho que es su novia y que hay que hacer lo que sea para sacar a su Raúl en seguida... Y ha preguntado por ti y quería hablar contigo de parte de Raúl.

—A ver, hija, a ver —le suplica su madre; que una familia es como el hilo de una media, y, perdido un punto, todo se viene abajo si no hay unión...

Recuerda ahora el escándalo ocurrido unas semanas antes en el bar Montana, de Serrano, donde unos señoritos borrachos de grifa rompieron todo el mueblaje e intentaron incendiar el bar... y lo relaciona.

—¿No se ha explicado más su amiga?

—Sí; al marchar me ha dicho que es por un contrabando de grifa por lo que le han «apiolao», que hay muchos de la banda detenidos..., pero que su hombre...

—Sí; su hombre es un angelito que no tiene que ver nada.

—¡Celia, hija, Celia!..., tú sólo puedes... —pedía cada vez con voz más alta la mujer.

—Escucha, madre, yo haré todo lo que pueda por ese charrán, pero a condición de que tú te calmes y te tranquilices y te acuestes ahora a descansar... y a no pensar más en ello..., que no es tan grave la cosa, pues una temporada en la cárcel puede que le convenga, para que medite en la vida que lleva y vea cuál es su fin...

—Ves...; si nadie, nadie le queréis al Raúl; ni tú, ni tú..., y es que le envidiáis su gracia y su buena fachenda y su aquel..., pero yo, yo haré lo que sea para sacarle y

para mostrarle el buen camino, que es joven y aún tiene vida por delante... Mi rey, mi hijo bonito, mi sol..., sí, mi sol...

Sollozaba la mujer, destrozada y convulsa.

En esto llegó el marido y, enterado del asunto, trató de aliviarla y de consolarla, y entre él y Araceli la arrastraron a su cuarto y la acostaron.

—Nadie, nadie le queréis..., ni tú, ni tú —le gritó al esposo— y es la alegría de la casa, y mi bien, y mi consuelo, y el más cariñoso de los hijos, y mi ilusión, toda mi ilusión...

Celia quedó vacilando qué camino tomar y a quién dirigirse. Pensó salir y encaminarse al Casino, donde solía estar a aquellas horas don Mamerto, su socio, que tanto la distinguía con su consideración y afecto. «Don Mamerto es hombre muy relacionado entre personas influyentes», pensó. «Conoce a abogados y a diplomáticos y ministros. Pero, de otra parte, si como espero toma las cosas con interés, se enterará de que mi hermano es un rufián de la peor clase». Y el hecho de que su socio y su esposa se enterasen de ello la llenaba de vergüenza y de asco. Airear aquella lacra familiar le repugnaba. Estaba convencida de que un par de años de cárcel le sentarían muy bien a su hermano para bajarle los humos y plantearle el problema de su vida. Pero le había prometido a su madre, de quien era la debilidad, hacer lo imposible por él, y aunque le asqueaba, por repelente y fatuo, saber a su madre por sus culpas en ese estado, le llegaba al alma a Celia.

Volvió Araceli y le susurró:

—La he dejado con el padre y parece que está más tranquila.

—¿Tú has hablado con esa desgraciada?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Muy vistosa y muy echada «palante».

—¿Y qué dice?

—Que hay que tirar de la cuerda y que detengan a todos o a ninguno..., que ella sabe muy bien que hay peces gordos.

—¡Qué necia!

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Veremos lo que se puede.

—Si algo puedes, hazlo..., es nuestro hermano..., y a quien más quiere la madre... y por no verla así...

—Por la madre haré lo que sea, pero todo el mundo se va a enterar somos hermanas de un tipejo de esta calaña.

—Sí...; explotar a una mujer es lo último..., pero si la hubieras visto a ella..., rugía por su hombre como una leona.

—Durante unos días..., hasta que se acople a otro.

—¿Tú crees?

—Es lo de todas.

Cuando llegó Zacarías, que andaba con sus oposiciones a vueltas, pues las acababan de suspender hasta la primavera que viene, se lo comunicaron.

—Han detenido al Raúl.

—¿Pero andaba suelto?

—Sí, y no se trata de si andaba o no suelto, se trata de que los hermanos tenemos que hacer lo que podamos por él..., por él o por la madre, que se muere a pedazos con el disgusto de saberle a la sombra —habló Araceli.

—Lo de la madre es harina de otro costal —recogió Zacarías—. ¿Qué ha hecho?, ¿ha desvalijado a alguna desgraciada robándola todo y la ha dejado luego tirada?

—No, no se trata de robos..., es un asunto de contrabando de grifa —le aclara Celia.

—Contrabandista de drogas también...; pero este hermano nuestro no hay por dónde cogerle.

—Sí; no tiene desperdicio, es perfecto —reconoce Celia con sorna.

—Tú que eres hombre y te mueves entre gente de leyes algo podrás hacer por él —le anima Araceli.

—Yo..., ni lo intento; precisamente mientras esté detenido es como la familia puede estar más tranquila.

—Eso, sí —reconoce Celia.

—Pero es por la pobre madre.

—Cuando sepa que está en la cárcel y que no se derrumban las esferas, se irá haciendo a este hecho.

—Pero reconoce que es una deshonra.

—Más deshonra y deshonor es que ande suelto haciendo fechorías.

—Eso desde luego —sonríe amarga Celia.

—Celia va a intentar hacer lo que pueda por él.

—Por él, no; por la madre.

—Harás un disparate echándote la tierra a los ojos. ¿Qué necesitan saber tus amigos y tus relaciones que eres hermana de un «macarra» vulgar y contrabandista de drogas?, porque en estos casos es cuando sale todo... Además, con el negocio que tienes, no sé que esto te pueda beneficiar —remacha «Zaca».

—Yo soy decente.

—Tú, sí...; pero la fealdad moral nos ensuciará a todos, hasta a su madre, que tanto se apena y sufre por él.

—No hay nada más torpe y bajo que en lo que ha caído nuestro hermano.

—Claro, porque es pobre; si fuera un señorito de buena familia hasta se le encontraría simpatía y gracia a su pecado —defiende Araceli.

—Sea uno de la clase que sea..., vivir así es lo más despreciable y último.

—Conforme —asiente Celia, y retira el visillo y finge contemplar la calle.

—¿Pero no crees tú que hay que hacer algo? —le azuza Araceli.

—Lo mejor es no menearlo... Una temporada de cárcel le sentará como un

tratamiento de agua medicinal.

Se vuelve Celia.

—Que conste que yo, de haber intentado algo, lo hubiera hecho por la madre..., pero las razones de «Zaca» me han convencido... La cárcel puede ser para él una cura de reposo.

—Saldrá más suave, veréis.

—O más corrompido.

—Con su pan se lo coma.

Se contemplan serios los tres hermanos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por la explotada, que se ha presentado en casa.

Sonriéndose:

—¿Y qué vitola tiene?

—Vistosona y desenfadada, como lo exige la profesión que ejerce.

—Vaya con el Raúl.

—¿Y qué le decimos a la madre?

—Que se ha hecho lo humanamente posible por él.

—Creo que va a ser lo mejor —sostiene Celia—. La cárcel, a su edad, y por el motivo que es..., y con sus eróticos antecedentes, le hará recapacitar sobre su vida.

—Eso es lo que no creo yo..., pero, en fin, por lo menos el tiempo que esté encerrado nos deja a la familia tranquilos..., que ya es bastante.

AQUELLA tarde, en casa de «el Pinturas», en Mesón de Paredes, llevó «el Suave» la noticia.

—Al Raúl le han echado el guante, y no le dará al marfil en una temporada.

«El Pinturas» abandonó la limitación del mostrador y se acercó a ver qué se cazaba en la mesa de los jugadores.

«El Pestañas» se las retiró como si le obstaculizasen la audición, y las colocó en el borde de la mesa.

—¿De faldas..., no?

—De contrabando...; se han ido del pico unos grifistas «vacilones».

—¿De los de «el Montana»?

—Eso parece.

«El Botines» barajaba en aquel momento los negros escarabajos de las fichas y cada cual retiró sus piezas y empezó la partida.

Por aquellos días «el Botines» se había separado amigablemente de «la Pilara».

—Pero ¿qué quieres? ¿No te mantengo y te visto y te calzo y te doy todo lo que necesitas para caprichos y hasta algún regalillo por Navidades y en el día de tu santo? ... Pues no sé qué quieres.

—No es por ahí..., no es por ahí —se lamentó «el Botines».

—Verdad es que te ganas lo que te doy, porque cocinas como los ángeles y tienes la casa como una patena de limpia... y eres cumplidor sobre el catre..., y cuidado que cuando te conocí pensé si serías de la acera de enfrente por lo suave y delicadito..., y es que yo llegaba a ti de un hombre borrascoso, muy machote él y muy «echao palante»..., con el que me había acostumbrado ya a «la marcha»... y cuando no me sacudía una felpa no me encontraba a gusto con él..., como si me faltase el aire, como si «la marcha» fuese un número del programa de nuestra unión, y el día que no había golpes pensaba que no me quería... y los buscaba y los exigía y me ataba a ellos con la fuerza y el ansia del toxicómano a su droga... Salir del túnel de aquel hombre y entrar en la luz y en la claridad y sosiego de tu vida... te aseguro que me resultó como una suave delicia..., porque ya no podía más de brutalidades y de golpes... y de coces..., y si no escapo sin dejar rastro de Barcelona donde vivía con él aprovechando lo detuvieran por sospechoso de un asesinato, no sé cuál hubiera sido mi final, porque últimamente le había dado por la bebida y los golpes eran más y ya no entreveraba las caricias y las posesiones, que el alcohol se lo vedaba... Este cambio de vida me ha sentado como una caricia suave y larga, una caricia que yo creí que nunca acabaría hasta que llegase mi ausencia de facultades con los años; pero veo que no estás contento y te vas...

Él la contemplaba y la dejaba hablar sin interrumpirla, sin poner ni una sílaba de disconformidad.

—¿Qué tienen los otros hombres mantenidos que no tengas tú? Dímelo y te lo doy o te lo traigo. ¿Se me escapó alguna ofensa o en mi conducta te hice alguna vez de menos?... ¿No te di de los otros su dinero hasta donde pude y te guardé sólo para

ti el gusto y el placer?... Que a los otros, por muy hombres que fueran..., y me he llevado a la cama buenos hombres y hermosos y arrogantes machos..., y nada, nada les di... que pudiera ir en tu menoscabo.

—Pero no es ésa, no es ésa mi queja —se lamentó «el Botines».

—Pues habla y explícate, que vivo en plena zozobra... ¿Es que te has equivocado y lo tuyo es *lo otro*? Pues tiempo tuviste de pensarlo antes de atarte a mi yugo.

—Es que esta tuya no es manera de conducirse..., y te lo he dicho y te lo repito..., y como no te dejas moldear y dirigir..., pues yo sobro y busca otro que se ajuste a tus disposiciones y a tus ideas.

—Pues trataré de cambiar y de dejarme orientar por ti, y no olvides que soy puta y una vez echada a la mala vida es tarde para que quieras sacar de mí una señorita..., te lo prevengo.

—Si yo no pretendo que seas una señorita; pero que lo aparentes y finjas, sí..., ya que el arte de la prostitución pide engaño y fingimiento... y, como fondo, ilusión, que el hombre, aun el más romo y torpe, busca en la mujer aventura..., y tú vas por las cuatro esquinas de tu cuerpo delatando tu putería y así no harás carrera nunca. Por eso he pretendido para ti otros trajes y otras maneras y otros escenarios y otros meneos y ofrecimientos. Hay que darle al hombre siempre la impresión de que lo que ha hecho es una conquista y no una compra, que comprar un cuerpo para un rato de esparcimiento puede hacerlo cualquiera que tenga unos dineros, pero enamorar y seducir es un arte, y un halago, y una vanidad en quien lo consigue, y eso busca todo hombre, hasta el más desgachado y ruin, para consolarse de su poquedad.

—Pues con mis modos y maneras buenas pesetas me gano, y bien lo sabes tú, que de ellas participas y disfrutas.

—¿Y no has pensado en lo que podías ganar si siguieses mis enseñanzas y en el tono y la consideración y el aquel que podía tener tu persona y en los puntos que ganarías en el afecto y bien mirar de las gentes?

—Con este tipo de zorra que tengo y me rezuma por todos los poros..., ¿qué otra actitud podía adoptar?

—Todo tiene arreglo y es apto para la corrección, que de mujeres más abruptas que tú han salido perfectas y cautas profesionales.

—A mí déjame ser como soy y como me brota, que ya es tarde para esos ringorrangos y maneras de seducción que tú me propones.

—Ves que te consiento y por eso me parto y me retiro de ti no sin pena y dolor, por los buenos dineros y ratos que me diste; pero no olvides mis lecciones, que nunca es tarde para seguir las buenas advertencias, y que el Señor te depare prudentes consejeros en tu arriscada carrera es lo que te deseo con todas las veras de mi alma.

«La Pilara» lloró la pérdida de tan buen hombre y de tan sutil director.

—Pero si eso a mí no me va ni tengo el tipo ni los modales y maneras adecuadas a esa conducta y a ese arte de buscarle al hombre las cosquillas.

—Pues por eso hemos de separarnos, querida Pilar, y comprende he de buscar yo

mujer en quien mis enseñanzas caigan como semilla en tierra prometedora y pingüe.

Ella se buscó pocos días después otro arrimo más en acordanza con su fragorosa manera de producirse.

«El Botines» tenía ya medio camino hecho cerca de una muchacha rubia de Ciudad Real, muy linda y distinguida, maestra nacional ella..., alta, de tipo fino y maneras suaves. Una tarde habló con ella en un café de la Gran Vía donde se solía sentar, a ver qué pasaba, a la caída de la tarde, y casi llegaron a un acuerdo. Tanto en su figura como en sus gustos y orientaciones se compenetraban. Las compañeras la llamaban «la Intelectuala», porque era maestra y por su vocabulario, y el mismo tono y tino de su conversación y sus aficiones no parecían irle a la carrera que había emprendido. La carrera, se entiende, llevada por aquellos cauces...

—Yo soy maestra, pero mientras dé mucho más ser meretriz que maestra..., que es a lo que no hay derecho..., de meretriz vivo..., y que conste que entre otros lujos me he permitido hasta hace poco el de mantener a un hombre..., cosa que de maestra ni soñar... La verdad es que yo cambié mi profesión docente por esta indecente reflexivamente. Yo no me enamoré ni me desgració ningún gobernador ni alcalde pedáneo. Yo escogí mi nueva profesión calculadoramente, y es que en este país la gente peor tratada por los de arriba es la intelectual. Se nos tiene un cierto miedo y se nos desprecia, pero llegado el momento se nos amordaza y que cada cual reviente como pueda... y haga su obra si tiene tranquilidad para ello... Al intelectual, bien sea maestro, médico, ingeniero o escritor, se le echa a que se las arregle como pueda para vivir... Y es que en general en España el político odia lo negro sobre blanco y es de todos los profesionales españoles el más soberbio y el más inculto... Fíjate cómo viven los intelectuales rusos, es la clase más protegida y mimada... Es verdad que no se les consiente pensar libremente..., pero tampoco aquí, y allí, por lo menos, si son formalitos, viven tan ricamente con toda clase de lujos y protecciones... No te digo nada de los intelectuales europeos y americanos...

—Te encuentro vacilante y despistada —le susurró «el Botines», que cuando quería instrumentaba una voz apremiante y suavísima.

—Sí, a estas alturas, no veo claro en mi vida.

—Te lo he notado.

—Será que no sirvo —y le sonrió con la mirada.

—Con un mínimo de encantos para esto, todas las mujeres jóvenes servís..., y tú los tienes en demasía... El tino está en dar con el cauce apropiado... La mujer galante, como los ríos, lo primero que ha de hacer es abrirse su propio camino.

—Lo que me molesta es tener que volver a empezar.

—Tienes arreglo sobre la marcha.

—¿Cómo?

—Lo primero, no volviendo jamás sola a un café.

—Lo había pensado.

La observó con dulzura.

—Tus armas no son para luchar con la competencia.

—Lo comprendo...; pero luchar, he de luchar.

—No sé por qué... Oriéntate de modo que en tu camino no haya competencia o sea insignificante... y, por consiguiente, no tendrás lucha.

—Pero si he de seguir siendo lo que soy la lucha será inevitable, porque la competencia es cada día más abundante.

—Hay sendas no trilladas.

—¿Dónde están?

—Yo te las mostraré.

Entró en el café una mujer hermosa, ticianesca, de ojos gachones, prometedores, y saludó a «la Intelectuala» con un esbozo de sonrisa. Era la amiga de un periodista, que la explotaba con el truco de la televisión. Había salido en la pantalla como señorita anunciadora de una sopa de fideos, enseñando una fresca boca y una blanquísima dentadura..., pero por ahora no había conseguido pasar a hacer otros papelitos más importantes...

—Lo primero que has de hacer es cortar toda clase de amarras con la competencia...

—¿Hasta el saludo?

—Eso lo primero.

—Vaya, desconocerlas.

—Exacto.

—Te prometo será éste el último saludo que hago a mis compañeras.

—Después desaparecerás de todos estos lugares de perdición —y miró guasón a la redonda del café.

—Concedido; pero, en adelante, ¿dónde te voy a ver cuando te necesite?

—En los paseos; por ejemplo, en el Retiro, que empieza ahora a verse muy esponjado.

Mirándola con embeleso.

—Eres muy bonita, Rosarito.

—Y tú... eres mi tipo... A mí estos hombres broncos que resudan vitalidad... no me van..., aunque tenga que apechugar con ellos... —y se sonrío.

—¿Sabías mi nombre?

—Sí.

—Pero el de guerra... Me llaman «la Intelectuala», porque soy maestra y sé escribir una carta sin faltas de ortografía.

—Olvídalo, ni te van ni te convienen los motes; eres Rosarito, la señorita Rosarito, ¿entendido?

Movió la cabeza afirmativamente.

En esto la hermosa mujer ticianesca se levantó de su mesa y se acercó a la de Rosarito.

Todo el café le hizo camino con la mirada.

—Discúlpeme —le dijo al «Botines».

—Oye, guapa..., ¿vas esta noche a la fiesta de trajes de California?

—No.

—¡Ay!..., pues perdona —se disculpó.

Se retiró bamboleante la hermosa dejando una estela de perfume.

—Observo vas asimilando mi lección.

«El Botines» consultó su reloj y, como eran las ocho, se retiró para no perjudicar el negocio de Rosarito.

—¿Cuándo nos vemos?

—¿Por qué no madrugas un poquito mañana y nos vemos antes de comer dando un paseo por el Ángel Caído?

—Bueno.

—Vete sencilla, sin pintar, sin escote, con un traje chaqueta, el pelo suelto... y un libro, un libro cualquiera en la mano.

Mirándole con retrecho:

—¡Eres un sol!

—Y tú, la luna, que dicen que es mujer.

Al soslayar la mesa de la hermosa ticianesca, «el Botines» se inclinó saludador y respetuoso.

A las doce del día siguiente «el Botines» se perdió en la fronda del Retiro. Había salido temprano a resolver unas ocupaciones y le tomó cerca de la altura de las escuelas Aguirre, en la calle Alcalá, y penetró por la puerta del paseo de coches. Marzo en sus primeros días madurecía un cielo prometedor, a plazo muy corto, de ser primaveral. No lo peraltaba ninguna nube y era alto y de un azul-plata.

Llevaba el abrigo y la chaqueta sueltos y el dedo gordo de la mano derecha en la sisa del chaleco. Pues «el Botines» era hombre de chaleco y respiraba con fruición y gustosa lentitud. Unos botines gris perla le calentaban los empeines.

Se empieza a morir por los pies. Es por los pies que se inicia el dejar de ser. Recuerda ahora al señor duque y se llena de una respetuosa consideración. Camina consintiendo que el sol tibio le lancee y lo siente deslizarse vencido por la raya del pantalón como por un tobogán. Alza su cabeza y le da cara, sabroseando a su choque con sus mejillas su picoreativa miel... ¡Oh sol, padre de toda vida!, y lo reta y lo desafía hasta dejarse ofuscar por sus regalones pálpeos.

En los árboles encumbrados, el vientecillo pone un suavísimo meneo. Recoge la vista y la descansa en el verde de la fronda. La luz va y viene dilatándose y encogiéndose sobre la temblona esmeralda... Vivir es respirar con fruición y abandonarse a la dulzura sabroseadora del ambiente. El aire pone en todo sus delicados dedos de plata...

«El Botines» avanza contento y satisfecho de tanta delicia. Pero en esto sorprende una cabellera rubia, suelta, enmarcando un cutis de porcelana que de repente se incendia todo con la luz del sol.

Instrumenta un grito:

—¡Rafael, Rafael!

Porque ella también sabe que, aunque le apodan «el Botines», se llama Rafael.

Y agita el libro en alto como una bandera.

Cuando él llega a su altura se dan la mano.

—Vamos a sentarnos aquí en un banco, junto a los rosales —le exige ella.

«El Botines» la mira con beneplácito.

Pasa una berlina con un tronco de caballos, suntuosos, bien enjaezados. Lleva dentro un matrimonio anciano.

Por los viales pasan parejas jóvenes.

—Anoche no trabajé rumiando todo lo que me habías dicho.

—No quiero que mis lecciones te sirvan de disculpa para tu labor. En cambio, ya te indiqué que habías de hacerlo sobre la marcha...

—Pero me enseñaste muchas cosas fundamentales... y quería insistir y volver sobre ellas... y no tenía ganas de irme con nadie.

—Ni tanto ni tan calvo.

—Te prometo que no se repetirá.

Un niño de unos cinco años corría empujando un aro, que vino a meterse entre las faldas de Rosarito.

El niño era muy lindo.

La mujer tomó el aro y le dijo a guisa de juego:

—Si no me das un beso no te lo doy.

El crío se dio a llorar y gritar pateante.

A Rosarito le empapó de pena tal desvío.

—Ten, hijo, ten, y vete...

Y se lo devolvió.

Permaneció triste con los ojos parpadeantes.

—Cuanta ingratitud en la vida, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Y con lo fácil que sería poner en las cosas una dedada de ternura.

En seguida se volvió al hombre, refugiándose en él.

—Parezco una mujer fría... Pues a pesar de haberme echado a la vida por cálculo, no lo soy. Estaba harta de tanto gobernador y de tanto alcalde y director de Seguridad y director de Enseñanza que intentaban acostarse conmigo..., y de tanto señorón..., y pensé: puesto que de maestra no gano casi para comer, por lo menos vendiéndome a los hombres en una gran ciudad como Madrid ganaré para vivir bien y lejos de estos pueblos de España, que son lo último... Y me miré al espejo y quedé satisfecha y esperanzada.

—Ésa fue tu equivocación.

—¿Crees entonces que debí haberme entregado a un gobernador?

—A un gobernador, no; y menos si era joven, y menos si no era rico, pero a un

señor rico..., muy maduro, por ejemplo, y mejor si era un viejo limpio, y mejor si era viudo o soltero, si... Porque no veo claro tu comienzo.

—Pues se lo di por las buenas a un señor de León, a quien le dije que era «virgo» y no me lo quiso creer y me ofreció mil pesetas... Y luego del estropicio se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Si yo llego a saber esto! —gritaba ante las sábanas y el colchón, enrojecidos y empapados.

La mira sobrecogido.

—¡Qué asco es la vida!, ¿verdad? ¡Puaf!

En seguida se apretó contra el hombre como sacudida por un enorme desamparo y le suplica:

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Lo que tú quieras.

—Yo tengo que ir al dentista, me ha brotado una pequeña carie en una muela.

—¿Al dentista? —y la mira con un enorme gozo.

—¿Por qué te extraña que tenga que ir al dentista?

—Me parece natural y necesario teniendo una carie.

—Pues entonces.

—Es que es hoy cuando verdaderamente empiezan las clases para ti.

—¡Qué bien!, ¡no sabes las ganas que tengo!

—¿No tendrás un dentista determinado?

—Con tal de que sea bueno.

—En el barrio de Salamanca hay uno muy famoso que tiene una gran consulta de 4 a 8.

Le dio sus señas.

—Ve a verle.

Mirándola calculador.

—No lles joyas; vete así, con este traje. Cae por allí a eso de las siete. La consulta estará entonces llena. Entra con timidez, sin mirar a nadie. Siéntate en un rincón desde donde tú puedas observar a los demás.

—Ya está..., sigue.

—Si hay alguna revista ponte a hojearla y empieza a estudiar a los caballeros con la revista como pantalla. Como primera regla áurea: con los jóvenes no hay nada que hacer, nunca intentes con ellos nada, ¿entendido?

—Sí, adelante.

—Ten siempre disparados tus encantos a la madurez avanzada y a la vejez decorosa, jamás entables diálogo ni verbal ni visual con la decrepitud.

—Entendido.

—Llévate de cuando en cuando la mano a la mejilla como si te doliese la muela.

—¿Qué más?

—Si observas algo que vale la pena...

—¿Y cómo me cercioro de lo que vale o no vale la pena?

—Por el olfato..., es un problema de pituitaria..., de intuición.

—Es que con los hombres te llevas cada chasco...

—La intuición cuenta mucho en la vida, lo mismo en el artista que en la p... Sin intuición todo son tropezones, lo reconozco.

—Desde luego.

—Estudia a los hombres, ya que son tu tema y tu carrera. Siempre que veas a un hombre o hables con él estúdiale. Sólo así acabarás conociéndolos. Que el hombre sea siempre tu único libro de texto. Y no te importe repasar la asignatura cuando crees que la sabes... Es un tema y una materia, el hombre, que nunca se acaba de dominar.

—Ya está; he dado con el hombre en la sala del dentista.

—No olvides esta regla áurea: el hombre es un animal vanidoso, hasta el más feo y derrengado, hasta el más viejo y decrepito cree en la posibilidad de una conquista... Y esta ilusión es la que tú has de consentir se vaya formando en su mente con suavidad y con delicadeza... Esta profesión de p..., más que ninguna para triunfar redondamente, necesita de la delicadeza... Sólo con delicadeza y con escalonado tacto se puede hacer tragar a un hombre el anzuelo de que te hayas sentido tocada por él. Todo el secreto de la p... está en la manera de instrumentar esa primera mirada al hombre..., primera mirada que es la placenta en la que se alimentarán las demás ascendentes miradas... Ha de ser una mirada cenceña, casta y pura..., en la que no has de poner aún la más leve carnalidad..., aunque el hombre te plazca y sea tu tipo. En esa primera mirada está el secreto de la conquista amorosa. De esa primera mirada irán surgiendo las demás en dulcísimo ascenso, y a cada paso irás tiñéndolas e impregnándolas de delicados y tornasolados tonos eróticos... No olvides que en esa graduación suavísima, que apenas debe ser perceptible, está el secreto del verdadero amor... Te digo esto porque el amor, el verdadero amor, es muy desconfiado.

—Sigue.

—La primera delicadísima mirada se la enviarás rozando un poco la revista..., temerosa de que se te caiga sobre la alfombra... Es preferible de que no se dé cuenta y la tengas que repetir..., a que sea desproporcionada y encalibradora..., y te la noten los demás... Pues que en la manera primera de mirar ni por lo más remoto sospechen que tú eres lo que eres... La ilusión es la madre de todas las felicidades, y el hombre busca la ilusión a cualquier precio, ya que es un ser tejido con estambres de egoísmo y de vanidad...

»Sobre todo, si estás cerca de tu víctima, no dejes de llevarte de cuando en cuando la mano a la dolorida mejilla. No hay mejor manera de empezar un trato que despertando conmiseración. Ya para entonces tus miradas tendrán otro tornasol y otro aquél.

»Es muy probable, si no es un tímido obstinado, que con la disculpa de tu mal intento el diálogo... Tú acéptalo sin complacencia excesiva.

—¿Y si no lo intenta?

—Es que las miradas no han sido bien graduadas y que la pólvora está aún húmeda... Como medida necesaria ejercita tu mirada ante un espejo todas las mañanas al levantarte. Escalonadas de cenceñas y puras a miradas con verdadera carga amorosa. De menos a más, hasta la mirada entregona y deshilachante..., hasta el no va más acompañado de suspiros dejativos y estremecedores.

—¿Y todas las mañanas he de practicar esta gimnasia?

—Sí, todas las mañanas. No olvides que el secreto de la mujer, el arma con la que mueve el mundo, es la mirada, y esta arma ha de tenerla siempre limpia, dispuesta y afiladísima.

—Sigue, por favor.

—Vete preparada para las primeras palabras..., y di siempre, con el rostro muy compungido, que eres hija de la viuda de un general muerto en África... Esto viste mucho y da a los hombres una posibilidad de aventura. Pensarán que como hija de un militar no eres una niña ñoña que no ha salido de la capital de la provincia y de las faldas de su madre. Los militares viajan, por lo menos por el país, y cambian de destino y atraviesan en general «el estrecho» y van a África con la familia. Eso de las guerras y de las campañas relaja bastante. Y lo de que papá haya muerto tranquiliza al conquistador que todo español lleva latente y latiente en su corazón. Si aseguras que al morir papá era capitán general con mando en plaza, mejor que mejor.

—¿Qué más?

—Luego le preguntas si ha leído a Paul Bourget y qué novela suya le gusta más.

—¿Y por qué a Paul Bourget, que parece francés?

—Porque ser escritor francés viste mucho, y después porque al señor duque, que se educó en París, le oí decir que es lo que leían las damas de la aristocracia de París y Madrid de su tiempo.

—Para eso me darás los títulos de unas cuantas novelas de ese señor...

—Me los procuraré y te los daré, pero va ser mejor, ya que eres maestra, que los busques tú.

—Bien.

—Nunca aceptes, por nada del mundo, la primera cita... En último caso, si insiste mucho, dile que irás con mamá.

—¿Y si es conforme?

—Le exiges su teléfono y, a última hora, le dices que no puedes ir porque se ha puesto mamá enferma... Él se encandilará e insistirá... Entonces le dirás que tienes tanto interés como él en veros pero que tenga un poco de paciencia... Esto le abrirá una dulce vía de agua en el corazón.

»Le inventarás una familia católica a carta cabal y un hermano de la Ceda. Que vea que no eres una cualquiera. Un hermano es no tener la casa de la viuda completamente desguarnecida. Más adelante, si el hermano te estorba, estáte siempre preparada para mandarle al extranjero. Enviarlo a Londres viste mucho. En lo de la

primera cita que le des has de andar con muchísimo cuidado, pues toda cautela es poca. No aceptes ir con él al cine como primera salida. Ni a un parque o jardín. Ni mucho menos a un café o sala de té céntrica. Dile, por ejemplo: “Yo voy con mamá esta tarde a una conferencia que da don Ángel Herrera...”. Si la compañía de mamá le asusta, suavízalo y dile: “Por ti daré esquinazo a mamá e iré con una amiga. Te veré a la salida un momentito, nada más que un momentito”.

—Adelante.

—Lo primero que tú has de obtener de un hombre es su teléfono. El teléfono es el gran alcahuete, padre de tanto adulterio y de tanta pérdida de virginidades.

»Ya con su número, manejado un poco imprudentemente, esto dará un aire de fresca novedad a tu relación, como si fuera el primero a quien llamas. La imprudencia estará en las llamadas, que le puedes llamar tú, dando a la llamada un aire de secreto y de misterio... Pero siempre serás prudente en lo que digas... No olvides que la mentira tiene pata de palo, y lo primero que ha de aprender una p... es a mentir.

»Tan pronto como te pongas en contacto con él por teléfono pregúntale:

»—¿Tú no podrías proporcionarme unas entradas para oír a Calvo Sotelo en las Cortes?... Allí nos podemos ver.

»Si te dice que sí, te citas con él a la puerta, que te vea descender un tanto temerosa de un taxi, como si vinieses escapada.

»—Tú, ¿serás monárquico? —le preguntarás una vez dentro del hemiciclo...

»Casi todos los conquistadores adinerados son monárquicos o se precian de ello. La monarquía, en estos momentos en que se ha perdido, se lleva mucho y tapa todo...

—Pero bueno, ¿y cuándo le doy la primera cita formal, la primera cita, mano a mano, para ir preparando la entrega?

—Eso requiere un tacto especial y un tira y afloja delicado... Sobre eso no te puedo dar reglas detalladas. Sólo ésta: piensa que cuanto más tardes en entregarte a un hombre más creará en su conquista y en tu amor y más te lo agradecerá. El lujo de entregarse en seguida sólo se lo pueden permitir las viciosas ricas no profesionales.

»Una p... sagaz tiene que ser astuta y p... hasta el final... Cuanto más p... más ilusión debe tratar de vender una mujer. El arte supremo de la verdadera prostituta es hacérselo desear.

Se dieron cuenta de que era muy tarde y descendieron a Atocha. Se metieron a comer juntos en una tabernita, donde «el Botines» prosiguió su sabia y prudente catequización.

C ELIA tuvo ocasión, mientras llegaba el día de la boda de Lolita y don Sergio, de madurar y rumiar su plan de operaciones.

Ella, y sobre todo su madre, que era bambollona y barrumbadora, exigía una boda por todo lo alto, con fotos de pago en algunas revistas y *lunch* con orquesta y fiesta en el Ritz.

—¡Pero si eso cuesta una millonada!, y yo no estoy dispuesto a semiarruinarme por un capricho vanidoso de usted.

—Una boda no se hace más que una vez en la vida.

—¿Y si me quedo viudo y tengo que hacer otra?

—Quien la haría, en todo caso, sería mi hija, que es una jovencita y tiene vida de largo por delante..., ¡so viejo!... ¡Que es usted de la quinta de Castelar!

—Pero déjale, mamá; si la cosa es casarse, con o sin fiesta..., que ya con él en el bote...

—Pero ¿y la clase social a que una pertenece?... Que dirán mis amigas que te he casado como a una cualquiera...

—Si tanto interés tiene en el baile y la fiesta páguelos usted.

—¡So grosero!... ¿Pero has visto tú que yerno más grosero me he echado a la cara?...

—Mamá, no vayas a estropear la boda por esta estupidez.

Y a las ocho en la iglesia, y salir en seguida para Logroño y San Sebastián..., y una semanita en París, sin bambollas ni ágapes, fue lo que se hizo... Y aunque refunfuñó doña Constantina, que era el nombre de la suegra..., así fue.

Celia despidió a los novios al pie del taxi que les había de llevar a la estación, con un beso aparentemente de amiga cariñosa, y se retiró a abrir su tienda.

Para su socio tuvo una mirada conmiserativa.

Pasó el tiempo, y la mañana que llegaron del viaje se lo encontró a los pocos momentos en la tienda.

—¿Qué hay, don Sergio, qué tal ese viaje de novios?

—Celia, le voy a pedir un favor: que en nuestro trato, ya que es un trato de asociados, retire usted el don.

—Por mí... —y le sonrió, complaciente.

Celia había mejorado y se había asentado con el viento próspero del negocio... Cambió la indumentaria, el peinado y la comida y, sobre todo, la firmeza en el pisar y la tranquilidad equilibrada, y una sonrisa de alegre seguridad en la vida ondulaba sus labios.

Notó que aquella mirada de don Sergio, de vuelta de su viaje de recién casados, no era la mirada comercial de otrora. La captó en seguida.

—¿Cómo van esas cremas, esas pinturas?

—Muy bien; y ya que está usted de vuelta voy a avisar a don Mamerto para que nos reunamos... ¿No sería demasiado pronto esta tarde?

—Cuanto antes mejor.

Poco después se presentó Lolita y llenó de besos y congratulaciones a las compañeras.

Les había traído a todas un regalito: unos pañuelines a Celes y unas medias de seda a Celia y una corbata para su padre, detalle este último que sobre todo le agradeció.

—¡Ay, París!...; no os hacéis ni una idea de lo que es París para una mujer.

Celia se sonreía.

—Bueno, que tú ya lo conoces.

—Sí.

A media tarde vino un viajante de una casa francesa. Era catalán, pero no se le notaba lo más mínimo en el acento.

Le recibió Celia.

—Parece usted andaluz.

—Soy catalán, de Barcelona..., bueno, de Hospitalet..., pero he vivido muchos años en Córdoba.

Era un hombre Ismael, alto, moreno, de cara redonda, de expresión dulce.

—¿Qué tal son esas cremas que me trae?

—Por buenas se las ofrezco.

—La presentación es finísima.

—Estos franceses se dan mucho arte. Piensan, con razón, que las cosas entran primero por los ojos.

Regatearon el precio, según la cantidad, en más o en menos.

El hombre la miró con dulzura:

—Algo tengo yo que ganar.

—Bueno, el último precio.

—Póngalo usted.

Era la primera vez que Celia, en una discusión comercial, se sentía cohibida.

En aquel instante entraba don Mamerto.

—En seguida soy con usted.

El consejo se desarrolló con el beneplácito de los dos socios y la complacencia del buen gobierno y dirección de Celia.

El afán de mejoramiento de su vida, de su oficio y de su negocio la distrajo aquella temporada del pequeño barullo que había levantado en su amor propio el buen éxito matrimonial de Lolita.

Se había enterado durante su estancia en París de unos cursillos de formación profesional que tenía abiertos el perfumista Guerlain y fue a visitarle y se apuntó para seguirlos desde Madrid por correspondencia. «Cursos de arte y ciencia para alcanzar la belleza», los titulaba el ladino negociante. Eran unos estudios para consejeros-vendedores orientadores del eterno afán de la mujer...

Guerlain era un hombre invisible e inalcanzable cuyos minutos, más que de oro, debían ser de pura luz de esmeralda, porque se hacía imposible verle y cambiar con él

el más elemental y brevísimo de los saludos. Al señor Guerlain no conseguían echarle el ojo encima ni las más importantes millonarias norteamericanas... Algunas hasta sospechaban fuese un puro mito, sin existencia real..., y ahí radicaba su fuerza y su misterio. Sólo a los muy escogidos y muy selectos recibía su secretaria, depositaria, sólo en parte, de su esotérica ciencia.

La señorita Ivonne era una rubia platino llamareadora, de una cabellera realmente ofuscante. Su presencia imponía y sojuzgaba por lo bien distribuida y orquestada de su hermosura. Elegantísimamente vestida, recibía a las pocas mujeres que conseguían llegar hasta ella con distante y fría displicencia. Hablaba de su maestro con la promesa de su presencia en la apertura de curso próximo. Sólo a los matriculados a su curso (la matrícula costaba 10.000 francos) les sería dable disfrutar ese momento del espectáculo de su secreta ciencia y de su luz.

Celia, cómo no, consiguió llegar hasta *mademoiselle* Ivonne, y al no poder esperar a ver al genio que había conseguido crear una ciencia y una filosofía de la mujer, se volvió a Madrid con el beneplácito y permiso de *mademoiselle* Ivonne de seguir el curso por correspondencia hasta obtener el preciado diploma.

La vistosísima y fragante secretaria les adelantó algunas ideas de lo que sería estudio tan delicado y sutil.

—No basta con pintarse los ojos en la forma impuesta por la moda —les susurró la depositaria de arte tan misterioso—, ni los labios en un rojo o morado más o menos claro...; no basta con una efímera apariencia de belleza bajo un maquillaje más o menos acertado... La belleza resplandeciente y allegadora se basa en un cutis limpio y terso, unos músculos firmes y un contorno de rostro verdaderamente atrayente y juvenil...

»Toda mujer puede conseguir, si sigue nuestros cursos y estudia nuestra ciencia, una juventud larga y una presencia agradable y seductora, no ya como una simple coquetería, tan antigua como el surgir de la mujer en el mundo, sino como una obligación social y un respeto a aquellos que nos rodean.

»El maestro Guerlain pretende *venderles belleza*, y qué negocio mejor puede hacer una mujer, si es femenina y mujer, que comprar hermosura.

»Las lecciones de este cursillo os brindarán la manera sencilla y elegante de conseguirla... Mujeres que me escucháis, tenéis la obligación moral de ser bellas, ya que sois el complemento del hombre y su mejor regalo y descanso..., y su lujo más delicado. Tenéis la necesidad de ser bellas, y pensad que este alargar y dilatar la juventud maquillándoos de acuerdo con las reglas que han de contribuir a hacer resaltar *lo mejor de cada rostro*, es también un arte primoroso y una ciencia sutil...

Pero Celia, como mujer inteligente, era escéptica y recordaba unas palabras leídas al biólogo francés Jean Rostand:

«Mucho antes de nacer el oscuro mecanismo de las reacciones celulares nos ha compuesto el juego cromosómico con el que jugaremos la partida de la existencia. Si uno supiera descifrar los cromosomas humanos, como se descifra un texto musical, se

encontraría que existen no solamente huevos morenos y huevos rubios, sino también huevos sin gracia y huevos encantadores, huevos inteligentes y huevos estúpidos, y tal vez huevos virtuosos y huevos perversos. ¡Iniquidad esencial de los destinos humanos! “La criatura no ha elegido su origen”, según la genial palabra de Shakespeare. Es terrible que la naturaleza fabrique, indiferentemente, al bueno y al malo, que no deje a éste sino el derecho de ser un tonto y a aquélla la libertad de ser una fea; que otorgue a unos con qué merecer todas las recompensas cuando impone a otros con qué justificar todos los castigos. El privilegio biológico iguala en crueldad al privilegio social. Y esto, ciertamente, no es para disculpar nuestros errores con los de la naturaleza, sino para recordar, ya que le acontece con frecuencia, que ella da aquí un ejemplo que no debe seguirse...».

El día de la inauguración del curso no se dejó ver el mago de tan renovador arte cosmético. Pero aseguró *mademoiselle* Ivonne entregaría él personalmente los diplomas. El «diploma Guerlain», tras los exámenes al final de curso, garantizaba la belleza a las cursillistas y una serie de conocimientos para la formación de técnicos, consejeros-vendedores...

¿Existirá ese señor Guerlain, del que su deslumbrante secretaria nos habla con tan embaidor entusiasmo? Su más subyugante atracción ¿no radicará en que sea una ficción...?

Y ya en el viaje de vuelta se iba repitiendo lo que más tarde pudo observar en sus lecciones: «Hay una crema y un producto adecuado a la necesidad de cada cutis; cada rostro de mujer es un caso singular... Ahí está el secreto, en dar con el tratamiento que pide cada caso individual, o sea cada tez...».

Conforme avanzó el curso, la ciencia de Celia fue haciendo estragos, aumentativos estragos en los bolsillos de los adinerados madrileños.

Lolita, mientras tanto, les pasaba por las narices su vida gastosa y vacua a las antiguas compañeras y a las nuevas.

—Ven menos por aquí.

—Ay, chica; no sé por qué...

—Porque después de lo pasado, y con lo ostentosa y... comunicativa que te manifiestas, eres una mala lección y un peor ejemplo para las que estamos aquí trabajando...; sobre todo para las más jóvenes.

Las dos tiendas tenían comunicación interior, y Lolita había tardes en que aburrída las consumía pasando de la una a la otra, mostrando sus compras y sus adquisiciones y su vida necia.

El marido, cuando oía sus vanas ostentaciones, la reprendía.

—Lolita, mujer; no entretengas a las chicas, que es el menos mal que las puedes hacer.

—Celia y «Celes» son viejas compañeras, y las nuevas saben que soy la dueña..., y no sé por qué no voy a poder tener con ellas comunicación y hasta amistad.

—Porque cuando se llega a ser la esposa del dueño hay que saber situarse y

guardar las distancias.

Celia iba enconando un odio seco y navajero contra ella. No podía echarla de su imaginación, y su presencia insustancial la obsesionaba... Sólo verla entrar por el negocio u oír su voz en disputa con el marido en el despacho de la dirección la soliviantaba.

No saben hablar ni él ni ella. Por lo oído, no son felices si no están disputando.

—¡Vete a la puñetera calle..., y no vengas aquí con tus estúpidos problemas! — oyó que le gritaba un día al abrir la puerta y despedirla...

Pero más tarde, el fatigoso enojo de su mirada se hizo aplacante dulzura al volverse, impregnando el rostro de Celia.

—¡Ah!... ¡Es agobiante esta mujer! —se dolió.

Celia no se dio por enterada.

Permaneció una temporada Lolita sin remanecer por el negocio. En ese tiempo, don Sergio empezó a empollar morosamente a Celia... Eran unas miradas dilatadas, tateantes..., y unas llamadas a la dirección en son de consulta con el pretexto más fútil...

Con la victoria económica y los años desengañosos se había hecho más cenceña, femenina y suave la expresión de Celia. Hasta su madre, que era poco observadora para estas cosas, se lo había notado.

—Estás más guapa, y tienes con los años una expresión más suave y dulce, hija... —le comunicó una mañana de domingo, yendo las dos a misa.

—Pero si no ando lista...

—Mujer, ¿qué edad tienes ahora?

Cuando hablaban de la edad, cosa frecuente entre mujeres, le preguntaba la edad, como si no supiese ella, mejor que nadie, cuál era.

—De sobra la sabes —le sonrió.

—No tengo la cabeza para acordarme de tantas cosas.

—Me parece que treinta y seis.

—Mujer..., a tus años... —y dejó la frase tronchada.

Una vez, en San Francisco, era mayo, y se transverberaba la iglesia de luz bajo la robusta cúpula y le susurró:

—Dale gracias a Dios por todos los bienes que te da.

—Déjame, que ya le he dado... —se disculpó Celia, molesta.

Pero al día siguiente, despachando con don Sergio, se le abrió al hombre el ancho rostro en una mirada queredora.

—Está bien; nada más...

Era desabrida su actitud.

—No tenga prisa, siéntese..., que tenemos que hablar.

Se acomodó.

—¿De qué?

—De nuestro trato y de nuestra relación.

—Fuera del negocio entre nosotros está todo hablado.

Empolló con su mano la suya.

La mujer la retiró bruscamente.

—Soy un desgraciado, Celia.

—Con su pan se lo coma.

—Eso hago...; pero quiero que usted me entienda, que usted me comprenda.

—Es tarde ya.

—Para nada es tarde..., y menos para lo nuestro.

La mujer se puso de pie, iracunda:

—¿Qué es eso de lo nuestro?... ¡Cerdo, más que cerdo! Ande y fórrase con la pava y estúpida de su mujer, por no decir otra cosa.

—Celia, ¡por Dios!

—¡Qué Dios ni que niño muerto!... ¡Imbécil, más que imbécil!... Me tuvo usted aquí a su mano, que no tenía más que extenderla para que fuese suya... Con una ilusión que no merecía un tipo tan repugnante como usted..., y me dejó tirada como una colilla..., y después de esa humillación, la más grande que puede recibir una mujer..., se casa usted con esa pavipolla frígida..., que ni siquiera es una mujer de cama, ya que usted es un pobre sátiro moscardoneante, y ahora, cansadito de ese vistoso pájaro, que ni sabe su oficio de tenerlo contento, viene a querer entender con la mujer que en otro tiempo rechazó... Pues mire, me había de encontrar sola, sin más hombre que usted en la vida, y me lo había de coser con un alambre grueso antes de dárselo.

Cogió el tintero de plata que yacía sobre la mesa y lo tiró contra el suelo, despedazándolo.

Se sentó de nuevo y escondió su rostro palidísimo entre las manos y se dio a rugir y a patear.

—¡So cabronazo! ¿Pero qué mal te he hecho yo para esto, di?... para esto.

Su voz era como el alarido de cien voces resquebrajadas, rugientes.

—Ahora que no te sabe a nada esa insípida carne pocha y blandengue de tu Lolita, quieres la mía, dura y sedienta, para variar y consolarte de tanta frígida gelatina... ¡Me cago en tu puta vida..., so cabrón!..., que mereces que te los ponga hasta en sueños.

Tomó un paquete de cartas que había sobre la mesa y se lo arrojó a la cara.

—¡Mariconazo de mierda!, que no mereces la suerte que has tenido en la vida...

El hombre, acoquinado en su asiento, sin atreverse a alzar la cabeza, aguantaba el chaparrón.

—Vete..., vete de aquí..., que no te vea..., ¿me oyes?, que no te vea más ¡Cabrón, más que cabrón!...

Se fue sobre él y lo zarandeó como un pelele.

—Celia, ¡por Dios..., sosiéguese..., cálmese...!

Lo puñeó y arañó con una furia desatada... El hombre se defendía con los

bracitos cortos, tratando de detener tan impetuosos y bestiales ataques.

Lo sacó del túnel de la mesa y lo pateó y lo arrojó contra un rincón.

Luego tuvo un suspiro hondísimo, como si el corazón se le despulsase del pecho.

Se arregló el pelo.

Requirió el espejito de bolsillo, pero el pulso le temblaba y no recogió bien su descompuesta imagen...

Salió, transmitiendo su encono a la puerta.

«Celes» se le acercó.

—Celia, ¡por Dios!... ¿Pero qué te pasa?

—Ese cabronazo, que va a aprender en adelante a ser más oportuno.

Y ganó la calle.

Las otras compañeras miraron a «Celes», silenciosas, nerviosas, atemorizadas... Una vieja que iba con ánimo de hacer una compra escapó, dibujando una mueca de estupor con los labios.

Un señor casado, cliente de toda la vida, le pregunto a «Celes»:

—¿Pero qué le ha pasado a esta mujer?

—¡Vaya usted a saber!

Pasó un rato largo; «Celes» se asomó a la dirección y preguntó:

—¿Cerramos?

Don Sergio estaba ya sentado a su mesa, con un aire activo y diligente como de no haber sucedido nada.

—Sí, vaya usted cerrando —replicó, sin levantar la vista de los papeles.

Por todo el local se derramó un aire nauseabundo, como si hubiese reventado el pus de una hedionda herida.

Las mujeres se miraban, asqueadas y atónitas.

El cierre metálico desinfectó cirujanamente la podredumbre.

Fuera, el cielo era alto y azul, y las gentes parecían distinguidas, sensibles, correctas, educadas...

Don Sergio se dirigió pasitamente a su casa. Le parecía todo extraño, todo nuevo, todo como empezado a funcionar y a nacer.

«Me he equivocado, sí, me he equivocado. El hombre es un animal que se equivoca una y muchas veces, que tropieza una y muchas veces en el mismo tropezadero. Esto no es una mujer, es una fiera...; sí, una fiera», iba pensando.

«Si fuera una empleada le daba una indemnización y la despedía..., pero es una socia y no es mío exclusivamente el negocio...».

Más tarde pensó en su mujer, de la que estaba ya moral y físicamente hastiado. «Es insufrible, agobiante, mareante y estúpida...». Le desataba los nervios y le encolerizaba con la más mínima cosa.

De repente se rió sordamente.

Un caballero muy engolado y serio, de perilla y lentes de palomilla, que sorprendió su risoteo, pensó si no se burlaría de él... Pero no se reía de caballero tan

circunspecto y atildado... Se reía de una copla, soez, sucia y canalla que recordó cantaban en algunos pueblos de la Rioja en las cencerradas, que por burla daban a los viudos recién casados la noche de bodas:

*Cásate y tendrás mujer
y la tocarás el cu...,
y en cuanto pasen seis meses
como si tocas el tuyo.*

En Cenicero la oyó él una madrugada, siendo pollete, y allí eran más drásticos:

*y en cuanto pasen tres meses
como si tocas el tuyo,*

aseguraban los gamberros.

Llevaba escasamente cinco meses de casado y, pasado el primer atracón violento de mujer, la odiaba y le asqueaba. «Es el castigo merecido por haberme casado con una mujer sólo por catarla sin parar la atención en otros valores», se dijo. Pensó aturdidamente en Celia, esquinada, seca y viriloide cuando entró a trabajar en la tienda...; desabrida y sin aparentes encantos femeninos y cara de pocos amigos..., y ahora, en la madurez, ya en el umbral del otoño, más llena de gracias curvas y de suave dulzura en el talante..., y de modulaciones en la voz veteada de suave ternura.

«Y es curioso, y todo esto se lo ha traído su buen éxito y su actual bienestar dinerario... Y como sus ojos son bonitos y sus facciones correctas y sus ademanes y sus modales han perdido su áspera hirsutez, todo en ella empieza a transpirar encanto de mujer...».

Recuerda ahora lo amable e insinuante que se manifestó con él apenas quedó viudo..., y él ningún caso que la hizo...

Más que gustarle, entonces le daba miedo. Su memoria para llevar en la cabeza las cuentas de todo. Su perspicacia para captar el más mínimo melindre de intención. Su violencia de machote en la manera de producirse... Y su voz, que entonces era dura y cortante, a veces densa y bronca como la de quien va seguro a todo. Extraño y curioso el caso de algunas mujeres que se hacen apetecibles y atrayentes cuando a la madurez, el cambio de posición económica las torna más sosegadas y menos esquivas... Todo, hasta el más mínimo detalle de la vida de una persona, tiene correlación en su contextura y en su alma... Todo influye en todo... Todo en ella se había hecho suavidad, parsimonia, dulzura, comprensión: hasta aquella mañana en que se descompuso y perdió en un instante la vigilancia y cuidado de muchos años... Pero comprendió que tenía razón en desmandarse...

Su mujer le pesaba como una carga y la odiaba y le desabría la vida. Era un pájaro sin seso, y hasta si le apuraban un poco, sin sexo, con una frivolidad y una capacidad trituradora de dinero hasta poner espanto. Se cansaba de los trajes, se

cansaba de las joyas, se cansaba de las comidas y de las diversiones y de todo. Su expresión más corriente era: «Me aburro», y la soltaba rizando los labios con rictus de flojura y abandono. Su mismo cuerpo, que tanto le conturbó y cachondeó en otro tiempo, le producía ahora un tedio desmadejante, insípido y sosón... Le atosigaba, le mareaba, le irritaba hasta la pura lágrima. «Déjame en paz» era su muletilla disculpadora y alejadora..., «déjame en paz».

«No hay duda que hay mujeres que producen alergia a los hombres, y Lolita me la produce a mí... Pero de esto me he dado cuenta después de casado... y ya es tarde...». Y se dio a revivir con el recuerdo tan gustosamente los encantos ahora despertados de Celia, que por poco si perece bajo las ruedas de un gigantesco camión.

En casa, la sirvienta le comunicó que la señora había llamado por teléfono para que avisasen al señor que comía con una amiga y que no la esperase.

Respiró satisfecho:

—Bien, saque usted la comida en seguida.

Comió distraído, preocupado, sin saborear los alimentos, sin darse cuenta de lo que deglutía.

«Y tener que aguantar así esta mujer toda la vida», pensó.

Celia, una vez en su casa deploró vivamente los extremos a que había llegado su violentísima reacción... «La verdad es que no me conozco», pensó sonriéndose... «Este pobre diablo de don Sergio, tontaina y mansurrón, no merecía el pateo y las morradas a que le he sometido. A mí me repugna este tipo de hombres encogidos que ni siquiera se saben defender de los ataques de una mujer. Ante mi lluvia de golpes movía sus bracitos cortos como una rígida marioneta y huía de los amagos como ratón sin agujero de escape». Pero le halagó y le llenaron de aplaciente satisfacción estas miradas impregnadas de deseo posesivo..., de anexionante voluntad, de añadirla a su ternura y cubrir y sustituir su fracaso con la mujer con esta ancha vía de su encanto femenino.

Esta clase de equivocaciones la mujer acaba perdonándolas. Sobre todo cuando se llega a tiempo... y aún hay sol en las bardas.

Iba el negocio con el favor en la popa..., y todo era congratulaciones y beneplácito de sus socios.

Se hallaba ante el espejo atusándose y componiéndose el rostro cuando entró su madre.

—Hola, hija... No le he dicho nada a tu hermana, pero mientras ha estado en el mercado ha caído por aquí esa desgraciada que vive con tu hermano... Que a ver si nos movemos, que a Raúl le han trasladado a la cárcel..., y que se queja de que el asunto se le pone cada día peor.

—Y qué quiere ése también...; yo me he movido y he visitado a las gentes que algo pueden hacer por él y...

—Dice esta tía que hay otros que estaban más comprometidos y eran más figurones en el asunto que el Raúl y que los han soltado con una fianza, y que

acabarán echando tierra a su chapuza... y a otra cosa...; que a ver qué hace la Celia que no mueve las tabas...

—Las tabas no tendría necesidad de moverlas si él hubiese tenido las suyas quietecitas..., mira éste...

—Que es mi hijo y tu hermano, mujer, y que respectivo a él cualquier cosilla te levanta los cascos... Si no por él, al que no podéis ver, hazlo por mí.

—Pues por ti lo hago..., por quién si no.

La miró y la vio tan decaída, tan sin ánimos y sin fuerza, que le dio lástima...

Acercó su mejilla a la de ella.

—Calla, mujer, que ya haremos lo que podamos por él, y si no hay de qué..., pues que se aguante, que de menos nos hizo Dios, que en la cárcel, después de todo, tan mal no se está..., y otra vez, cuando dé un mal paso, que lo piense antes..., que no es un niño para no saber la cola que traen estas cosas...

—Pero es mi Raúl y le veo sufrir, y el sufrimiento de él se hace en mí ancho y hondo sufrimiento de madre..., que es como miles de clavos ardiendo que me penetrasen la carne del alma..., y así no puedo vivir...

Celia se emocionó.

—Anda, madre guapa, calla... —y le dio un beso.

En esto se oyó el timbre de la puerta.

—Es «Zaca» —aseguró Celia.

Y la madre se secó las lágrimas y trató de recobrase.

—A éste a ver si tú..., porque éste, con el aquél de los libros y las oposiciones conoce muy buenas gentes de universidad... y de abogados, y la verdad, como sé que odia al Raúl, no me atrevo a pedirle nada respecto a él..., pero tú, que tan buenas migas haces con él, a ver si consigues que arrime el hombro.

A Celia le dio reconcomio el engaño en que tenían a su madre entreteniéndola respecto al Raúl y prometiéndole hacer lo que no pensaba ni en sueños.

Lo había rumiado bien, para su conveniencia lo primero era ella misma..., y llevaba miras altas de riqueza y dominio.

—Y su «socia» ¿ha hablado contigo?

—Sí, y hoy me ha parecido que me suplicaba y me pedía para el Raúl..., como te lo diría..., con menos estusiasmo, con menos fuerza que otras veces..., como si...

—¡A ver qué vida!

—Pero es que tú sabes algo...; pero ¿dónde, dónde podría encontrar esta pájara un hombre mejor que el Raúl...? ¿Dónde, dónde?

Y el grito defendiendo, enaltecendo y ejemplarizando al hijo..., se le hizo puro desgarró...

CUANDO terminaron de comer, «Zaca» hizo una seña a Celia y pasaron al cuarto del hermano.

—Le piden dos años y un día.

—¿Y qué crees tú?

—Que le condenarán... Por lo menos nos deja tranquilos ese tiempo.

—Desde luego.

Le contempla un poco como obra suya.

—Y de tus oposiciones ¿qué hay?

—Las han convocado ya.

—¿Para cuando?

Para octubre... Este verano tendré que esconderme por ahí a trabajar.

Se miran y se dicen todo.

«Zaca» se sonríe.

—¿Cómo van esos potingues?

—Bien.

—Se nota.

—¿En qué?

—En que cada vez hay más mujeres vistosas por la calle.

—Pero todas no creo que sean clientas mías.

—Todas, no..., pero muchas, sí.

—No sabes lo que siento que no sean todas.

—Consiente que haya unas pocas guapas..., porque sí, sin afeites..., porque les sale de dentro.

—Consiento..., pero déjame las demás..., todas las demás.

—No seas ansiosa.

—No puedo evitarlo, pero lo soy... más, cada vez más..., ¡qué hermosura!

—¿Y dónde te pararás?

—En el umbral de la muerte..., allí no tendré más remedio..., y no sabes lo que lo siento.

—Pero no vayas a tropezar.

—Antes de echar el pie me preocupo bien de mirar alrededor.

—Sin embargo..., vete despacio.

—La vida hay que llenarla con una gran ambición; si no, no es vida.

—¿Y no crees es una gran ambición el no ambicionar nada?

—Para las que tenemos sangre en las venas, no..., y yo la tengo.

—Ya se te nota.

—Vamos a ver en qué desemboca esto de mi oposición.

—A ver, a ver.

Contemplándole:

—A veces pienso que soy la opositante...; tanto es el entusiasmo que he puesto en ello...

—Te lo agradezco.

«Zaca» se quedó en su cuarto a trabajar, Celia se fue a su tienda.

Poco después llegaba don Sergio y llamó en seguida a «Celes»...

«¿Qué pasará aquí?», pensó la mujer.

Desde que se casó Lolita y Celia pasó de socia y jefa a la otra tienda. «Celes» quedó de primera encargada en el negocio de don Sergio.

—Siéntese, señorita —y le ofreció la silla frente a él.

La miró con consideración y afecto.

—¿Usted sabe si le ocurre algo..., algo grave..., de índole familiar, por ejemplo, a la señorita Celia?

—No me ha dicho nada; no creo.

—Porque esta mañana le ha dado un ataque, que si la señorita Celia no fuera, normalmente, tan comedida y prudente..., pensaría que había sido un ataque de rabia.

Ante la estupefacción de «Celes».

—Sí, sí, de rabia... Mire, mire —y le señaló con el dedo una equimosis en la frente y un bulto contundente en un pómulo.

—Me deja usted de una pieza —le confesó «Celes»—, porque con nosotras, las amigas..., es encantadora, tan lista y..., porque las ve venir..., y a las chicas de su tienda..., vamos, de la otra tienda, todo les parece poco para elogiarla, están con ella entusiasmadas... Y de usted —se aventuró a decirle—, yo no le he oído más que elogios.

—¿No cree usted que trabaja demasiado y que le convendría descansar una temporada?

—Eso..., ella es quien mejor lo puede saber.

—Insinúelo usted; haga el favor, sin advertirle que ha hablado conmigo, desde luego.

—Bueno, trataré de proponérselo a la salida.

Por lo oído, don Sergio tenía un miedo tremendo a Celia. No sabía cómo fuera a producirse después del enorme altercado de la mañana, mejor dicho, después de la paliza recibida.

—Si no tiene más que decirme, me retiro.

—Bien, bien..., pero no olvide el asunto que le he confiado.

—Descuide.

Pero a media tarde, don Sergio se sintió más en su puesto y se asomó a ver cómo iba la tienda de productos de belleza para la mujer. Celia estaba en su podio, sentada a la mesita rodeada de facturas y cartas. Aunque tenía un despacho interior, le placía trabajar desde allí, dominando toda la tienda.

Al alzar la vista tropezó con la mirada de don Sergio. Él le sonrió como si no hubiera pasado nada. La mujer recogió su ojeo severa, pero casi complaciente.

A él el corazón le golpeaba como un batán.

Se quiso vestir de valor y de seriedad, pero no supo o no pudo, y aturdido se

volvió a su despacho.

La mujer meditó: «No es mala persona el pobre», y pensó en su mujer, y una ola de caliente venganza le cerró el paso del gazonate...

«Ahora a no perder el tiento y llevar las cosas con cautela».

A la salida se le acercó «Celes».

—¿Pero qué te ha pasado con don Sergio?

—Que es un estúpido... y he perdido la cabeza... y le he abroncado.

—¿Nada más?

—Nada más.

Mirándola:

—¿Por qué?

—No; por nada.

—Él..., ¿qué te ha dicho?

—¿De verdad quieres saber lo que me ha dicho?

—Claro.

—Pues me ha señalado con el dedo el chichón de la frente y...

—Y te ha confesado que se lo hecho yo... y que le he pateado y dado de bofetones.

—Sí...; me lo ha dado a entender.

Irguiéndose segura:

—Pobre..., qué quieres, me da pena —rectificando—, bueno, pena, no, me da asco que haya hombres tan poco hombres..., tan idiotas y estúpidos, que no sepan resolver sus cosas como hay que resolverlas cuando llega el momento... Por eso me da pena..., sólo por eso.

—Esa cursi de Lolita tiene la culpa de todo esto..., como si lo viera.

—Desde luego.

Van un rato en silencio.

—Pero ¿quieres creer que me ha confesado que está aburrido de su mujer y que Lolita es una insustancial que ni siquiera le sirve para lo que parecía servir..., y que si se casó con ella fue por conseguirla?

—¿Te lo ha dicho así?

—Me lo ha dado a entender.

—Qué asco de hombres... Y que la que le gustas eres tú... y que sólo contigo sería feliz...

—Sí, algo parecido.

—Ése, como no es tonto como creemos y ha visto que aquí tú eres imprescindible... y que, no es por adularte, pero tienes un señor revolcón y estás cada día más guapa, se habrá dicho: Con ésta mato dos pájaros de un tiro...

—Qué hediondez de hombres; el mejor es para ponerlo en salmuera.

—¿Y qué haríamos sin ellos?

—A veces eso pienso yo también.

—A «Lolis» todo esto le sale por un rábano; ella ya ha conseguido lo que quería, lo demás le importa un pitoche.

—Pero se trata de él..., que no sabe el pobre lo que hacer y a mí me da pena.

—Te crees eso..., pero no es eso.

—Sí... —sonriéndose— soy más blanda y más desinteresada de lo que a veces parezco.

—No me irás a decir que lo que te ha llevado a golpearle es el desinterés.

—Pues, quién sabe.

—La verdad es que tú a Lolita no la puedes ver... ni en pintura.

—Es tan vacía, tan insufriblemente vacía.

—Déjala, cumple su papel.

—¿Pero qué papel?

—El de contrapesar a las mujeres llenas..., por ejemplo...

—Sí, eso sí.

—Ahora, vistosa es vistosa... y al primer golpe de vista da el pego...

—Pero a los cinco minutos te has dado cuenta de que es una idiota insufrible.

—Eso es lo que no me explico cómo don Sergio, que la ha tratado muchos cinco minutos...

—Tal para cual... Es que los hombres se pierden por la vanidad... y por lo otro, y el salir con Lolita e ir con ella a un restorán elegante o a una sala de fiestas..., porque, eso sí, planta y descaro para saber entrar en cualquier sitio... la tiene.

—¿No crees que hubiera hecho una buena modelo?

—Seguramente.

—Pero ¿tan aburrido está de ella?... Si hace poco más de medio año que se han casado.

—Parece que sí.

—Pero ¿tan poca..., tan poca cuerda tiene esa mujer?

—No es más que fachada.

Se hace un silencio necesario. Están de pie ante un semáforo.

Celia toma cariñosa del bracete a «Celes».

—Don Sergio es de esos hombres que se pirran porque les envidien la mujer que llevan al lado.

—¿Tú crees?

—Lo he observado.

—¡Qué suerte para esa mujer; o qué desgracia!

—Depende.

Parándose y volviéndose a la amiga.

—Ahora, a mí me gusta don Sergio porque es un hombre manejable..., y a mí dame hombres manejables.

—Eso desde luego.

—Y es un hombre con el que se puede hacer lo que una quiera.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida.

—Pues a por él, porque esta clase de hombres escasea cada vez más.

—No lo creas...; te encuentras con cada chasco de hombre duro que se deja luego ganar la partida...

—Todo esto del hombre y la mujer en su relación es muy complicado.

—Pero no olvides que donde menos se piensa salta la liebre.

—No lo dirás por don Sergio.

—El pobre es un gazapo.

Pasan delante de la terraza de un café.

—Vamos a sentarnos aquí un rato; te convido —le ofrece Celia.

Se acomodan y piden dos cañas y unas patatas.

—Bueno..., mañana, cuando me llame el jefe, ¿qué quieres que le diga?

—Pues le dices que no sea tan estúpido y que lo dé todo por olvidado.

—Este todo se refiere a los arañazos y los golpes nada más.

—Por supuesto.

Se miran y se ríen jocundas.

—Si no..., lo mejor será que no le digas nada... Basta con que le hagas saber que estoy muy ofendida..., eso es, que estoy ofendidísima.

—Y el tiempo dirá lo demás.

—Eso es.

«Celes» se mete poco después bajo tierra para trasladarse a su casa, y Celia va andando hasta Arenal, donde tiene una clase de francés en una academia de lenguas. Se ha propuesto aprender bien ese idioma. Lo considera útil para su profesión. Con sus viajes a París y su trato con los franceses le puede ser muy necesario y conveniente. A nadie ha dicho que lo está estudiando.

Cuando volvió a casa observó por la rendija de la puerta había luz en el cuarto de «Zaca».

«Sigue así desde después de comer. Si más tarde no ganase la cátedra sería para enloquecer... Y todo es posible».

Araceli salió a su encuentro.

—Ha vuelto esta tarde aquí la furcia esa con una carta de Raúl para madre.

—¿Y qué cuenta?

—Mañana hay visita y va la madre a verle.

—Me parece bien.

—Tiene miedo de que lo saquen de aquí y lo lleven a otra cárcel, y pregunta en la carta: a ver si tú te mueves.

—Pues ya lo ves, no paro.

—Tú ya le entiendes.

—Demasiado.

Estaba de malhumor Celia.

—¿Y qué dice la prójima esa?

—No ha hecho más que entregar la carta e irse.

Al día siguiente, Celia pasó por la dirección y le dio a don Sergio el balance del mes.

—Hola, Celia..., siéntese, siéntese.

Se le alegraron las pajaritas.

—¡Esto es magnífico!

—Sí, marcha cada día mejor.

A las doce pasó por allí Lolita a pedirle dinero a su marido.

—Te has ido esta mañana sin preguntarme como estaba de fondos, queridín, y tengo que hacer una serie de compras y pagar no sé cuántas facturas.

Don Sergio le echó sobre la mesa unos cuantos billetes de quinientas, sin mirarla.

—¿Tienes bastante?

—Creo que sí... De todas formas, si no me llega te lo diré por teléfono desde casa de la modista y me envías más con una de las chicas.

Celia asistía a todo esto.

Recogió el dinero y se despidió.

—Adiós, Celia, guapa.

Se acercó al hombre simulando un gran cariño y le propinó un beso de refilón.

—Adiós, maridín.

Él nada la dijo ni hizo el menor gesto de despedida.

—Y así toda la vida, no sabe más que pedir —le indicó a Celia.

—Contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar —le replicó Celia.

—Pero mientras pueda es lo más cómodo y barato; me evito disgustos y disputas.

—A precio bien caro.

—Y qué le voy a hacer.

—Bueno, olvidemos esto de su mujer; yo quería hablarle de otra cosa.

—Dígame, pues.

—Lo he pensado bien esta noche y reconozco que estuve violenta en exceso con usted..., pero no sé, ante la desgracia que me exponía de no ser feliz en su matrimonio, pensando que de ello de nadie más que de usted es la culpa..., y reflexionando que en su tiempo su vida pudo seguir otro camino...

Le ganó una aparente congoja.

—... pues no sé, me dio una rabieta que no la supe reprimir y pagó...

Hizo que se enjugaba una lágrima.

Rápido empolló con su manita gordezuela la de la mujer, y Celia la retiró prudente.

Apoyó su frente combatida en la palma de la mano izquierda.

—Pero usted siente por mí...

—La verdad es que no siento nada por usted... sino una gran tristeza, una enorme tristeza. Pensar lo que hubieran podido ser los negocios de habernos unido los dos...

Los negocios y nuestras vidas...

—Verdaderamente.

—Pero ya es una pena, porque es tarde para todo.

—No lo crea.

—Yo no he nacido para segundo plato.

—Podemos prescindir del primero.

—Déjate de bobadas —le dijo tuteándole—. Si en España hubiese divorcio..., pero no lo hay.

—En ese caso yo no quisiera herirte.

—Sí, que bastante me has herido y menospreciado.

La miró desde su tristeza de hombre pateado y cobardón.

—Uno no sabe cómo acertar —se resignó.

—Pues espabilarse, que para algo nos ha dado Dios los ojos —le devolvió la mujer ensoberbeciéndose.

Él intentó cambiar la conversación, porque se temía y la temía.

—¿No será excesivo el precio de esas lacas?

—No te apures, si no son muy caras, las clientes no las quieren; las marquesonas y estas niñas pitongas de ahora no les parece bueno lo que no es carísimo.

—Pues adelante —y soltó un chorrillo de risa.

—Nos cuesta tan poco darles por el palo —contemporiza Celia.

Ahora el hombrecito se pone de pie y le tiende la mano.

—¿Amigos?

Ella mueve la cabeza al tiempo que la recoge y hay en su mirada un condescendiente gesto de superioridad.

—¡Y qué remedio!

Las manos unidas, él insiste.

—Yo no quiero nada a la fuerza.

Él nota que su mano está oprimida con ímpetu..., cada vez con más.

—Has de ser más razonable.

—¿No será demasiado lo que me exiges?

—Sí, tal vez tengas razón, en lo de la razón —y se sonríe.

—Frente a las mujeres uno no sabe nunca cómo acertar.

Y se contemplan queredores.

—Me voy, que oigo voces conocidas y exigentonas.

Don Sergio queda un instante en la cuenca de su mano con la caliente querencia de la de ella. Después, nada.

En este momento, en su casa, «Zaca» sufría una desgana y un como bailoteo de letras mareante.

Cayó redondo, y Araceli, que oyó el batacazo, acudió rauda y llamó a gritos a su madre, y hubo un despavorido desasosiego en la casa.

Llamaron al médico, y el médico, después de atenderle, le dijo esto tan razonable:

«El cuerpo humano tiene un límite de resistencia y que no se puede ir más allá de él».

—Ha de abandonar todos estos libracos por lo menos durante una quincena; si no, serán ellos quienes le abandonen a usted definitivamente.

Le contempló con miseratadamente.

—Tiene usted la cabeza y los nervios pasados de rosca. Conque usted verá... Esta enfermedad de las oposiciones está haciendo más estragos en el país que el cáncer.

«Zaca», que ya parecía recuperado, permaneció, sin embargo, en un silabeante y arrocinado sopor.

—¿Qué andas ahí repitiendo? —le preguntó la madre.

El pobre mormojeaba sin darse cuenta, mecánicamente, el tema que atacaba cuando se desmayó.

Celia fue avisada en seguida..., y aunque le advirtió Araceli que yacía en la cama y que hablaba tranquilo y que se encontraba más descansado, entregó la llave para que cerrase la tienda a su chica de confianza y se presentó asustada en casa.

—No ha sido nada grave..., pero es un aviso..., me lo ha dicho el médico..., y ha de estar quince días, y mejor un mes, sin acordarse de que hay oposiciones, y que después lo lleve con calma y sin atracones, porque está expuesto a perder la razón por completo..., sí, sí, a enloquecer...

—Vamos, no será para tanto..., pero que te sirva de aviso, eso sí... —le reconviene Celia.

El hombre pone unos ojos compungidos y resignados a las palabras de la madre y a las de Celia.

—¿De qué sirve, hijo, que ganes ese puesto de profesor si das en loco y se te casca la cabeza y pierdes la salud?... Pues sí que haces un pan como unas tortas.

—Déjale ahora, madre..., que él es un hombre y sabrá mejor que nosotros lo que tiene que hacer.

Después de oír un rato a las dos, les preguntó:

—¿Habéis terminado?

Celia se volvió.

—Bueno, ande, déjele —insistió con la madre.

Por entre el embozo blanco asomaba su rostro bazo, descolorido, fofón, en el que los ojos apagados eran dos charquitos redondos de aguas muertas. En la frente despejada iban de un lado al otro los surcos mal arados de unas arrugas. El pelo era ralo, cenizoso, grasiento...

Cuando se hubo retirado la madre, Celia se aproximó y le contempló preocupada.

—Tú verás, pero te encuentro muy mala cara.

—Déjame tú también en paz.

—Tú perderás más..., pero como sigas así lo echas todo a rodar.

Él nada opone.

—¿Pero no me aseguraste que estabas bien preparado para la primavera, de haberse celebrado ahora las oposiciones?...; pues entonces, ¿a qué viene este forzar

las cosas?

—Es que hay una serie de temas llenos de datos, cifras, decretos, reales órdenes, documentos y bibliografía, que no acaba uno de aprendérselos nunca y hay que insistir y volver sobre ellos hasta...

—Hasta la locura.

—Pues sí..., porque no está uno nunca seguro de sabérselos.

—Pero si estás preparado...

—Es que no sé si lo estoy.

—Ahora con ésas... Convéncete de que lo estás y quita esa obsesión enfermiza de que no lo estás y lleva un ritmo de trabajo sosegado, que te sirva para mantener y retener lo que ya sabes... sin nerviosismos y temores...

Se abre un silencio angustioso.

Pasa por él el afán de una mosca.

De repente al hombre se le convulsiona el cuerpo en un sollozo que lo sujeta, que lo reprime. Pero llega un momento en que no puede más y le da paso.

El cobertor se agita como en un terremoto.

Unas lágrimas hondas que brotan de los estratos más íntimos le corren por la faz terrosa, baza, buscándole el escondite del bigote y las comisuras de la boca..., de la boca que tiritita en un sufrimiento descomunal...

La hermana se vuelve:

—Pues no nos faltaba más que esto..., que ahora tú...

Y ante el miedo de naufragar en esta pena, se va...

EN la taberna de «el Pinturas», al tiempo de golpear una ficha contra el mármol, «el Botines» les comunica:

—Le han salido dos años y un día y quince mil del ala de multa al Raúl.

—Por ansioso... —reconoce «el Pestañas» mirando a sus fichas, contemplando el juego y vacilando en cuál poner.

—Lo que le ha pasado al Raúl nos podía haber pasado a todos..., que en esto, como en otras cosas, nunca se sabe hasta dónde puede uno llegar... —confiesa «el Suave».

—Pues que lo aprenda, que no es un niño —aconseja «el Botines».

—A buena hora —reconoce «el Pestañas».

—Nunca es tarde —insiste «el Botines».

—Ve y díselo a él, que estará como para recibir consejos —sonríe «el Pestañas».

El local se llena de tremendos chasquidos. Esos golpes contra alguien, que no se han dado, y ahora los reciben el mármol resignado y las humildes y berrendas fichas... Los brazos cada vez ponían más dinamita en su impulso y las piezas cada vez más fuerza en sus golpes. Como si fuesen contra el rostro de los que habían castigado al Raúl... o contra «el Raúl»... Vaya usted a saber.

«El Botines» fumaba un rubio y de cuando en cuando miraba por entre el humo con un ojo abierto y el otro bizqueante, para ponerse al solapo del picor, y pensaba en Rosarito... «Qué chica más lista y dúctil. Para algo tiene que servir la cultura».

—Oye, tu «amor» creo que es maestra de escuela, ¿no? —inquire de súbito «el Pestañas».

—Sí, pa lo que mandes servir —recoge, malicioso.

—Pues todo lo tienes en casa —le halaga «el Suave».

—Todito... —y grita un: ¡cierro!, inesperado.

La socia, que era más lista que el hambre, había asimilado muy bien eso de que...

—Lo que busca el hombre en el choque carnal es la ilusión en la aventura... Llegado a cierta edad, al hombre le hace una burbujeante ilusión si se lo dan de balde; no por el dinero, que uno puede ser millonario, sino por el reconocimiento de méritos que ese regalo supone..., ¿entendido?

—Sí.

—Lo primero que has de hacer es llevar al convencimiento del hombre de que tú no eres una profesional, de que no te das a él meretriciamente, sino que has quedado flechada por sus encantos sugestionadores... El hombre es un animal vanidoso y ha de tener ciento un años y ha de estar cargado de mermas y alifafes y si le guiñas un ojo y le haces una cucamona en la barbilla y luego de la batalla campal de la cama..., mientras se enchufa temblón en los calzoncillos, le dices que nada..., que se lo has dado de «capri», que no te debe nada, sino que eres tú la deudora agradecida..., en adelante obtendrás de él lo que quieras... y te podrás llevar sin que lo note hasta las cintas de sus zapatos... Hay un arte de saber sacar el dinero al hombre..., arte difícil... Pero para esta gran farsa del enamorado desinterés..., te repito una y mil

veces, lo primero que necesitas es actuar en un ambiente y un lugar idóneos.

Mirándola morosón:

—Perdona que sea tan reiterativo; pero aunque eres una muchacha culta y lista, que asimila y se hace cargo de todo..., el insistir y ser temoso, más que un defecto a la hora de la docencia indecente, es una virtud.

Recuerda ahora que estaban comiendo en la tabernita de Atocha, y al final, ella le susurró:

—¿Me consientes tomar un flan?

Esta manera de solicitar su postre preferido enterneció al «Botines».

Alzó la vista y ordenó al mozo:

—Un flan para la señorita y una manzana para mí.

«El Botines» era frutal y parco, y era un espectáculo verle con el tenedor y el cuchillo despojar de sus mejillas a la manzana. Lo hacía con un tacto y un tino exquisitos...

—Verte pelar la fruta denota que eres un señor —le brindó Rosarito.

—Qué gran duque o educador fue el señor duque.

—Te advierto que ya tenía ganas de dar con un hombre que no se propusiese sólo sacarme dinero y explotarme... —le confesó.

—¿Pero tantos..., tantos se acercan con esa maligna intención?

—De una forma o de otra, casi todos...; yo lo comprendo, está tan mal la vida.

—Sí, no vivimos aquí en Madrid sobre un lecho de rosas.

Al «Botines» se le escapó con la frase una melancolía tremenda. La manda del señor duque se dibujaba lejanísima y los dineros pocos de su asociación con «la Pilara» le tiraban a todas horas del día, desde sus bolsillos, apremiantes avisos...

Con su mano pequeñita empolló la del hombre:

—¿Me dejas pedir otro flan?

—Los que quieras, chiquilla.

—Si yo pudiera —le bisbiseó—, me alimentaría de flanes, de pasteles, de tartas y chucherías..., soy tan laminera...

—Todo llegará —le animó «el Botines».

Se miran con creciente embeleso.

A la hora de la cuenta le susurró la mujer:

—Si quieres, pagamos cada uno lo nuestro.

—¿Para qué?... Después de todo, a la larga tú serás la que pagues.

—Es verdad —reconoce la mujer.

Se contemplan y se sonríen.

—Pero si me entusiasmas tú es porque apenas si lo nota una...

—Ese es mi arte.

Le estrechó e intentó darle un beso.

—Por Dios, que no estamos en París.

—¿Tú conoces París?

—No... Pero me lo figuro y ya basta.

—Ahora me acabas de dar el secreto de tu buen éxito.

—¿Y es?

—Que sabes figurártelo todo.

—¡*Voilà!*... —que dicen en la orilla del Manzanares...

—El río que pasa por París es el Sena.

—Río uno, río otro, dan lo mismo; ¿dejarán de ser ríos y de llevar agua?

—Es verdad —aquiete la mujer.

Y aquella misma tarde, bien aprendida la lección del «Botines», fue Rosarito al dentista.

—¿Verdad que tengo nombre de tiple de zarzuela?

—Sí..., de tiple de zarzuela frívola.

La sala del dentista de moda estaba a las siete y media colmada de un doloroso público selecto.

Una doncellita muy mona le abrió la puerta y, sin preguntarle nada, le dio paso a la habitación de espera.

Rosarito avanzó decidida, pero ya en el centro de la salita se volvió, buscadora, posando su ojeo circular en las butacas y sillas ocupadas.

Hizo un gesto apenado, como diciendo: «A qué me han pasado a mí aquí», e iba a retirarse cuando un caballero bien portado la cedió su asiento.

Llevaba el pelo corto y suelto y, después de dar cumplidas gracias al oferente, tiró un derrote echándolo a un lado el lóbulo de la oreja que dejó al descubierto brilló a la luz de la lámpara con dorado y frutal encanto. En seguida se sentó y trató de que el ruedo de su falda ocultase lo más posible sus piernas, que eran bellísimas.

El señor, ante desarrollo tan rápido de perfumados planos sobre los que asentaba una belleza original y atrayente, se retiró a un rincón para observarla desde allí con más disimulo y sabrosura.

En esto se abrió una puerta y un hombre alto y maduro, de bata blanca y cerrada desde el cuello a los pies, musitó con aire cansado:

—El siguiente.

Avanzó una señora que, a pesar de su gordura, se alzó de la butaca con ágil presteza sosteniendo un carrillo hinchado, fofón y redondo... y dolorido.

Y pudo ocupar su puesto el señor.

Rosarito se había apoderado de una revista cualquiera, atrasada, pero en cuanto empezó a levantar la vista con discreción se dio cuenta de que había tomado la revista al revés y que, con el título en la parte baja de la portada, los demás podían pensar que no sabía leer, y la volvió en seguida y leyó algunas líneas para comprobar que no estaba nerviosa.

Posó su vista en todos los pacientes menos en el caballero, que pasó a ocupar el butacón vacío y que se sentaba frente a ella.

«No le puedo mirar sin que lo note», pensó, y volvió sus ojos al negro sobre

blanco de la revista.

El caballero trataba de perforar las sucesivas capas de aire hasta la que envolvía y tateaba, silueteándola, a Rosarito. Esto una y otra vez. Pero la mujer, pudorosa, no daba motivos de envalentonamiento al caballero.

A su izquierda, un hombre joven la miraba también e insistía con su dardeo a pequeños empujones visuales para que levantase el claro mar de sus ojos... Pensó que el joven y no mal parecido caballerete insistía demasiado... «Este fatuo no sabe que no van mis tiros por ahí... Y no está mal, ni mucho menos», se dijo Rosarito.

El señor maduro y atento tenía su mirar parado frente a ella, de modo que apenas alzase la vista caería dentro de su zona visual. Y Rosarito, huyendo de su insistencia, se puso a contemplar los tirabuzones de una niña de unos cinco años que se movía entre las rodillas de su mamá.

Estaba fatigada de tan ojeante acoso contra ella. El joven petulante abandonó su revista y se metió descaradamente a mirarla con caliente donjuanismo.

La mujer le atacó de frente y le miró con elegante desprecio. Él contraatacó con sus mejores fuegos. Pero, en este caso, la mujer añadió a la mirada un rictus desengañador.

El hombre joven fue recogiendo velas hasta dejar sus ojos al garete. Pero, de repente, se volvió al caballero maduro y le fulminó con una mirada insultatoria.

Fue el momento que aprovechó Rosarito para meterse entre las dos miradas varoniles y animar tímidamente al hombre maduro. Recogió su mirar insinuándose, nada más que insinuándose..., y se enfrascó en la lectura.

Después de un rato fisgó de refilón y observó al joven sangrando por su mirar malherido. En cambio, le pareció que al viejo le había brotado en la ceniza del pelo un rojo espolón.

En esto se abrió la puerta y el odontólogo, con aire cada vez más mustio, susurró:
—El siguiente.

Luego otro.

Más tarde una.

Luego otra.

Pero cuando le tocó el turno a Rosarito el dentista ya no tenía voz y no hizo más que abrir su puerta.

Salió contenta porque había llegado a tiempo de salvarla. Apenas si estaba la muela un poquito picada por la carie...

Pero al asomar en el portal compuso una actitud dolorida.

De pie, en la puerta del bar de enfrente, se hallaba él. Usaba bastón y lo movía con solicitud atacante.

«No me gusta..., un hombre con bastón no me resulta», pensó, y se le derrumbó el entusiasmo que ya empezaba a sentir por él.

Avanzó por la acera y se detuvo ante la primera hermosa luna para recogerle.

A él se le presentía decidido a todo..., pero con bastón, como si fuese un poco su

claudicante disimulo...

Y se volvió y le miró a la cachava con tal desprecio que él se dio cuenta, y allí mismo la tomó por los extremos y la partió en dos contra su rodilla, arrojando lejos los restos...

A la mujer, aquel gesto le alborotó el corazón... Y continuó sin volver la cabeza... Pero se dejó naufragar en otra luna. Era de una joyería tentadora. Rosarito experimentó ese desvanecimiento que sienten las mujeres ante el enceguedor brillo de las piedras preciosas...

El caballero se acercó a su costado y la susurró por encima del hombro:

—La que más le guste es para usted.

Rosarito se volvió tocada, pero su conveniencia era sentirse ofendida..., se sintió ofendidísima.

—¿Por quién me ha tomado usted? ¡So grosero!..., haga el favor de retirarse —y fingió con tal arte el desdoro..., que el caballero palideció.

—Perdone, señorita —balbució después de reponerse.

Pero la mujer ligó, suavizando:

—No es ésa manera de tratar a una mujer fina.

—Reconozco mi equivocación. —Y se retiró el sombrero.

Se hallaba tan nerviosete que permaneció un rato quitándose y poniéndose el sombrero, un bombín con marbete de London pero fabricado en Gijón.

—¡Por Dios!, no salude usted tanto que basta y sobra con una vez —y dio un tropecito ligero para despegarse de él. Pero el caballero estaba bastante ágil, aunque al final la seguía con la lengua péndula.

—Retírese, por favor, que el abordar así en la calle a una señorita sin estar previamente presentado no es propio de un señor fino..., y usted lo parece. —Y al mirarle le impregna con tal sustancia de simpatía que el hombre se conturba.

Le dio su nombre y su título: Marqués de la Bahía...

—Me suena ese título..., de cuando preparé oposiciones a maestra... Es de un político ilustre... Sí, recuerdo, marqués de la Ensenada...

—Yo soy de la Bahía.

—Bahía o Ensenada viene a ser casi lo mismo... Todo es cosa de mar.

—Como usted quiera.

Rosarito iba ligera, a buen paso.

—¿Cuándo nos podremos ver?..., más sosegados y sentados..., tomando algo, por ejemplo.

—¿Se cansa usted?

—No, su belleza ahuyenta la fatiga.

—Gracias..., pero si usted no se cansa yo me canso en este intento de despegarme de usted.

—Señorita, soy viudo..., y qué le voy a decir... Aquí tiene mi tarjeta —y se la tendió.

—No sé si debo cogerla... Quién sabe si es usted el marqués de la tarjeta..., o un simulador.

—Si me trata tendrá ocasión de verlo.

—Está Madrid tan plagadito de frescos y falsos marqueses.

—No crea usted... Poco más o menos como en todos lados.

—Es que soy una señorita de buena familia.

—Lo creo...; en cuanto la vi lo pensé.

—Y tengo mucho que perder.

—Conmigo no perderá el tiempo, y eso es lo importante.

—Pero puedo perder otras cosas más codiciadas que el tiempo.

—A su edad, tal vez, pero a la mía es lo más apetecible y costoso.

—Pues escuche, y no se envanezca, pero en cuanto a la edad es usted mi tipo.

—Y esto me lo dice así..., y en la calle..., y de pie.

«No se lo voy a decir tendidos y repichoneando», pensó. Pero no se lo dijo porque era cauta y no convenía precipitar los acontecimientos.

—¡Por Dios y por la Virgen!, si me viera mamá con un hombre al que no conozco..., y que aunque se me presenta como marqués vaya usted a saber su «pedigrí».

—Lea usted el Gotha y lo verá.

—¿Y qué es eso?

—Un libro donde vienen todos los títulos de la nobleza.

—Déjeme, que bastante tengo con las cuentas de casa y de la modista.

Después de muchas promesas y ofrecimientos el hombre consiguió sacarla el número de su teléfono.

—Bueno, pero ahora haga el favor de esfumarse —le rogó.

El hombre se retiró, pero no había andado veinticinco pasos cuando se volvió y observó que la mujer le sonreía.

De aquel caballero, después de mucho tira y afloja y una primera cita a la que asistió Rosarito con una vecina adiestrada, viuda de un empleado de Correos, que le presentó como su madre..., después de estos estrictos comienzos..., de aquel galancete obtuvo opíparas cosechas...

Corrían tiempos tormentosos para las derechas, y un monarquismo desafiante y ruidoso inundaba Madrid ahora que la Monarquía se había perdido.

—Esta gentuza no hace más que invadirnos las fincas —se le dolió una tarde después de pagarle una cuenta, por todo lo alto, de *madame* Valentine. Alta costura.

—Me iré..., mañana me iré.

—¿A dónde, riquín mío?

—Al campo.

Y no volvió más. Y si volvió Charito, Charo, como le gustaba al marqués llamarla, no consiguió echarle la vista encima.

Llamó a su piso de la calle Velázquez repetidas veces..., al Palace, donde

frecuentemente paraba cuando venía del campo andaluz para pocos días... Y nadie le dio razón de él.

«Peor para él», pensó, y aunque quiso sentirse señora tuvo una gran rabieta...

—¡Este charrán!

—No te preocupes, nenita...; unos días de cura de reposo mientras pescas otro tontaina estirado te vendrán de perlas para acrecentar tus atractivos.

—Pero es que iba tan bien en el machito.

—No ofendas a las caballerías.

«El Botines» tenía un odio de clase brutal por los de arriba, exacerbado con la caída de la Monarquía, tan mal defendida por los que se titulaban sus seguidores y este prolijarse ruidoso y acelerado hacia la izquierda de la vida política de entonces.

—Pues no nos ha ido tan mal —le sopló Rosarito.

—Te diré, en este maremagnum en que tantas cosas se saldan podía habernos ido mejor.

—No te quejes, ¡Pocholín mío!

—Han estado todos hechos..., hechos unos cobardes.

«El Botines» no respetaba y consentía a más noble y señor que su duque... Mi duque por aquí, mi duque por allá. Y en sus labios el pronombre personal tenía un sospechoso regusto.

Pero de aquella tensión político-religiosa es de donde Rosarito sacara su gran conquista... Por aquellos días arreciaba la persecución. Las derechas, envalentonadas, rugían en su prensa y en sus reuniones. En periódicos, corrillos y tertulias se hablaba del estreno teatral de un conspicuo monárquico gaditano, el poeta José María Pemán. «El Botines», que era hombre de derechas, de orden y monárquico, tenía una gran debilidad por el vate andaluz.

—Es un pico de oro —susurraba entornando los ojos...—; ¿pero ustedes le habéis oído hablar?... lo hace como los angelitos del cielo.

—¿Y de dónde es ese hombre? —le preguntó una vez «el Suave».

—De la bahía de Cádiz naa más.

Por aquellos días, corría septiembre de 1933, se iba a estrenar el poema dramático en verso, dividido en un prólogo, tres actos y un epílogo, que se titulaba «El Divino Impaciente».

—Me han dicho que ese impaciente divino es San Francisco Javier, que se trae unos diálogos en verso de mucha altura con San Ignacio de Loyola, que es otro santo..., donde los hay... Va a ser un estreno con aire de trágala para todos esos malvados que desprecian nuestra santa religión.

—¿Pero tú eres católico, Botines?

—Y con mucha honra.

—Pero si no vas a misa nunca.

—Como la misa la celebran cuando yo estoy en la cama..., pero bien sabe Dios cuál es mi intención... Espera el día en que los señores obispos se decidan a

celebrarla cuando yo esté de pie, verás cómo el hijo de mi madre no falta a ninguna...

Y fue en vísperas del poema dramático, cuando se cocía aquel estallido de repulsa contra las conculcadas libertades religiosas, que «el Botines» tuvo una idea genial. Se fue a reventa. Él era amigo de una de las señoritas de la taquilla y se hizo reservar dos butacas de patio.

Rosarito andaba por entonces semiociosa y disfrutaba de unas bien ganadas vacaciones.

—Este estreno será algo no visto ni oído en los anales de las luchas político-religiosas... Rosarito, hija..., y mi deseo es que tú asistas al estreno con una mujer respetable que pueda pasar por tu mamá, pues en ese revuelto mar de las pasiones exaltadas y desatadas puedes pescar una gran pieza...

—Me gusta ese aire entre marinero y mariscador que das al desarrollo de mis conquistas.

—Qué quieres, no puedo olvidar que soy de la bahía de Cádiz.

Desde días antes se presentía el reventón de entusiasmo religioso que sería el tal estreno. Ojos y labios de gentes cavernícolas y monárquicos enrabiados, que se sentían vejados y humillados por la persecución política y religiosa, daban una alborotada consigna...

La víspera, en su autocrítica de «ABC», se defendía el autor:

«Otros podrán creer que es una obra de circunstancias o de batalla en la que el orador se haya aprovechado para dar poco menos que un mitin rimado... Y no hay tal cosa».

—La señora Paca, que bien puesta tiene aire de suculenta viuda de militar, te puede acompañar al estreno.

—Me entusiasma tu idea. Paca, con buena ropa y un sombrerito y su velito de viuda da el pego.

—Pero no te has de dejar absorber demasiado por lo que ocurra en el escenario olvidando tu juego, Rosarito querida...

—Descuida, que sé a lo que voy.

—A por atún y a ver al duque, que dicen en mi bahía.

Desde la entrada del público, que fue espesa y ahogadora, hasta que cayó el telón al fin del tercer acto, todo tuvo un torrencial aire de protesta, caliente, fanática y desmelenada.

Cuando en los finales del segundo acto San Francisco Javier devuelve la vida a un niño muerto..., la emoción fue turbadora, incontenible, extraordinaria:

Javier.

(Huyendo a viva fuerza, entre todos, que quieren besarle manos y sotana).

*¡No soy sino un pecador
más entre los pecadores!
Locos sois y soñadores:*

*desperté a un niño dormido...
No ha sido lo sucedido
tal prodigio ni favor...*

(Ha logrado desasirse. Está ya a punto de salir por la izquierda cuando se vuelve, y levantando los brazos al cielo, con súbita transición, dice:)

*Pero recen al Señor
como si lo hubiera sido.*

Mientras caía el telón Rosarito se emocionó y contagió con tal fuerza que entre la crepitación de las ovaciones, impregnadas todas de una violenta intención política, se encontró contestando rugidora a un «viva Cristo Rey».

En el entreacto abandonó la butaca con pretexto de ir al servicio de señoras, en parte para ver y ser vista.

Una temperatura de encendida catástrofe saltaba de los ojos a los puños. Los comentarios eran sacudidores e irascibles.

Se oyó un muera Azaña que fue corroborado por el público cercano a la boca de donde escapó el grito.

Al abandonar los servicios y cruzar entre el público comentador, apiñado y enardecido, para ganar el patio de butacas Rosarito sintió el vaho caliente y acosador de tanto macho.

Había en el aire un «a por ellos» que hacía la actitud de los hombres más propicia a todo donjuanismo. Se sintió tacteada y palpada por tanta mirada golosona. El voltaje de las gentes rozaba el estallido de cualquier sistema eléctrico.

Cuando se alzó el telón para el tercer acto, el silencio apretado en los pechos se hizo contenido y duro, como de diorita.

Un caballero que se sentaba en la primera butaca de pasillo de la fila cuarta ladeó hacia Rosarito la vista.

Rosarito y su acompañanta ocupaban las dos butacas pares de pasillo de la fila quinta. Rosarito cruzaba sus hermosas piernas sobre la alfombra del pasillo. Su muslo derecho se derramaba con gulusmeadores tornasoles...

El caballero embarrancó sabrosamente en tantos encantos..., y desde el tobillo fino y la mollez suave fue levantando la vista hasta el semblante de la mujer... A esta altura tropezaron sus dos miradas.

San Francisco Javier estaba en escena, en la India portuguesa, en Macassar.

Javier.

*Vengo de España,
que es una peña que cierra
por Occidente la tierra
que el mar tenebroso baña:*

*granero de Dios, encierra
cosecha para inundar
el mundo: y al aventar
esa cosecha que digo,
yo soy un grano de trigo
que trajo el viento al azar.*

Rosarito retiró su mirada rápidamente para que no se supusiese condescendencia y regodeo..., y se volvió y habló algo con su acompañanta.

«Pensará que es mamá», se dijo para sí.

Pero el caballero, moderado su fervor por lo que en la escena ocurría, sin pararse en barras insistía en el cachondeante ojeo.

—Qué pesado se pone ese señor —le dijo a la señora Paca lo suficientemente alto para que él lo oyese.

El señor retiró su asedio. Pero al poco tiempo volvía. La mirada, de cachondeante se tornó en deprecatoria.

Era un hilito de súplica el que manaban sus dos ojos.

Rosarito, tan buena chica, se compadeció y le miró con monárquica condescendencia. Pero todo muy suavemente, como en lejanía...

(A los indios, tomando Javier, inefable, la mano de Atayele).

*Y ahora miradme besar
la mano que me asesina.
¡Ésta es la nueva doctrina
que os he venido a enseñar!*

Le hizo un mohín que casi fue mueca para que volviese la vista a escena y escuchase con fijeza las resignadas palabras de Javier... Pero que si quieres. En esto, un movimiento nervioso del brazo le hizo extender la mano derecha y fulguró desde su sortija de platino un limpísimo y hermoso brillante.

Rosarito se sintió alcanzada.

—¡Caray! —emitió.

No hay gancho para la mujer de la vida ni más delator ni con más mordiente que las piedras preciosas, y Rosarito quedó embebida en su luz...

Pero era astuta y lo disimuló, y le tuvo a dieta de miradas un buen rato...

Pero el forcejeo de él llegó a límites casi violentos, casi desgajantes, como si las caderas se le disparasen de la butaca, como si la cabeza se le escapase del tronco y los ojos le huyesen de sus órbitas...

Pero dándose cuenta del espectáculo que aquel caballero estaba dando, Rosarito volvió a recoger sus miradas y le aquietó:

«Estése formal y no sea desmedido..., estése formal» —le decía con su

apaciguador ojeo.

Las últimas palabras de Javier, al terminar la obra, se escucharon con un silencio tremebundo.

Javier.

(Pausa, iluminado el rostro de consuelo).

*Te he confesado hasta el fin
con firmeza y sin rubor;
no puse nunca Señor,
la luz bajo el celemín.
Me cercaron con rigor
angustias y sufrimientos.
Pero de mis desalientos
vencí, Señor, con ahínco.
Me diste cinco talentos
y te devuelvo otros cinco.*

(Pausa. Desfallecida ya la voz, perdidos los ojos en el mar, extendidos los brazos).

*Bendice ahora que se gasta
mi luz, a Ignacio y Loyola...
Cuida a mi gente española...
Y si algún día mi casta
reniega de Ti y no basta
para aplacar tu poder,
en la balanza poner
sus propios merecimientos...
¡pon también los sufrimientos
que sufrió por Ti Javier!*

Poco después se desploma Javier y la obra termina. Autor y actores salieron de la mano entre un crepitar de gritos y ovaciones... Subía y bajaba el telón, amenguando, adensando los alaridos y los tumultuosos aplausos y vítores.

Hasta que don José María Pemán se adelantó a las candilejas y habló...

El caballero de pie aplaudía desaforado y se volvía brindándole a Rosarito su caliente entusiasmo. El oleaje de las ovaciones y los roncós vítores estentóreos no consentían oír lo que decía el orador.

No se quería ir la gente del teatro. No mostraba deseo de abandonarlo.

El caballero redobló sus vítores y echaban humo sus encendidas palmas.

Rosarito y Paca aplaudían también enfervorizadas y contagiadas por la emoción

honda, que era pasión caliente de todos...

Nadie quería retirarse, clavado en el suelo y aplaudiendo y buscando con la vista y el deseo el escenario para intentar seguir la peroración del autor.

Al fin, del fondo de la sala, las gentes empezaron a volver la espalda aceptando a duras penas la necesaria marcha.

En la calle, entre bocinazos de coches, apreturas y embarazos de la circulación volvieron a reproducirse los vítores, gritos y aplausos. La gente surgía al frescor de la noche enardecida e imantada. Los rostros encendidos, los ojos habladores y brillantes, las manos accionadoras y nerviosas. Los comentarios saltaban de boca en oído y de oído en boca, llenos de un enorme ímpetu de desquite.

Un «viva Cristo Rey» brincó en el mismo bordillo de la acera con voluntad de reto.

Contestaron unas pocas voces de mujer irritadas, chillonas.

—¡Viva el rey! —contrarreplicó un mocito barbiasmante.

El maremagnum y la aglomeración encontrada y confusa le hizo a Rosarito perder la pista de su ojeante adorador...

—Espera, no tengas prisa —le sopló a su amiga.

Se paró y giró en redondo, como simulando buscar un coche.

Lo sorprendió jadeante asomando por una de las puertas. La mirada se le alegró y ofuscó al tropezar con la de ella.

Salió decidido el caballero.

Rosarito fingía husmear a un lado y al otro, entre empujones y atropellos, buscando un taxi. Sabía que no lo iba a encontrar, ni lo deseaba.

El caballero tuvo tiempo de acercarse y ofrecerle su coche, que esperaba allí cerca.

Le miró lánguida, pero seria y contenida.

—No lo tome a mal, pero no sé quién es usted, señor.

Luego se volvió a su falsa madre, consultándola.

El caballero le tendió su tarjeta.

—Soy Roque Castellanos.

Lo dijo con una cierta altanería.

—No sé..., la verdad. ¿Qué te parece, mamá? —le preguntó a doña Paca.

—Si encontrásemos un taxi para no molestar a este caballero.

—Un taxi a la salida de estreno tan memorable es como pretender dar con una peseta tirada en el océano.

Rosarito se sonrió. Pero doña Paca se puso muy seria, como si la comparación del caballero hubiese ido contra ella.

En la desembocadura de la sonrisa se encontró entrando por la puerta del coche del caballero. Sentada junto a él, de agradecimiento hubo de encender otra..., otra sonrisa que se anchuró hasta él beneplácita.

—Ha sido una jornada triunfal. Un éxito que debe congratularnos a todos los

católicos.

—Sí, es una obra preciosa; son unos versos muy bonitos y muy sentidos.

Doña Paca iba en su papel, seria como una marmota.

—¿Dónde les llevo?

—Lagasca, 101 —respondió rauda.

Rosarito miró a hurtadillas la tarjeta de don Roque y observó traía sus señas y su teléfono.

Paró el coche frente al 101 de Lagasca.

Al sorprender quieta a doña Paca, Rosarito la animó:

—Vamos, mamá.

Descendieron y penetraron en el portal, serias.

—No se te ocurra volver la cabeza —le suplicó Rosarito.

Subieron hasta el primer piso. En el rellano, Rosarito se volvió risotera.

—Le tengo en el bote.

—Vete a echarle un galgo.

—Calla...; he olvidado a propósito un guante en el coche..., para poderle llamar discretamente por teléfono preguntándole si lo ha encontrado.

—Hija, podías avisar.

A los dos días le llamó Rosarito.

El chófer había entregado ya el guante a don Roque, y con ese motivo hablaron hasta el enternecimiento. Él era viudo con hijos, algunos casados, y una gran fortuna.

—No, soy soltera..., y mamá es viuda de militar. Papá murió de capitán general con mando en plaza.

Cómo fue en adelante la cosa que los hijos hubieron de intervenir para tratar de declarar a papá pródigo...

Por algo decía, y con razón, «el Botines» que «El Divino Impaciente» le había dado a él más dinero que a don José María Pemán.

Aquella tarde, en la última partida, cerró «el Suave» con tal violencia que partió la ficha.

SEGUNDA PARTE

La belleza atrae a sí y enciende en su codicia los corazones
(LEÓN. «*Perfecta casada*»)

A Zacarías no le dieron la cátedra en las oposiciones de Derecho Administrativo, y el resultado fue como si hubiese caído en su casa una bomba de hidrógeno.

Súbitamente, todos perdieron la confianza en él. Todos menos Celia, que sabía lo que era la vida y sospechaba a lo que contribuye la recomendación, la política y el favor en esta clase de contiendas en nuestro país...

Se la dieron a un señorito, brillante y superficial, casado con la hija fea de un banquero, minero y cacique gallego. Hombre de gran influencia cerca del ministro del ramo y del Gobierno todo. «Zaca» hizo un ejercicio escrito en el que tuvo una gran puntuación. En el ejercicio oral estuvo acertado en el tema, dentro de su opacidad y falta de brillantez. El joven triunfador tuvo en este ejercicio todo a su favor: Tema, público preparado, ambiente, tribunal propicio..., etc. No en vano Zacarías era un hombre casi desconocido, sin influencia y de familia humildísima. El que se alzó con la cátedra tuvo en el último ejercicio, en el oral, un éxito espectacular. Las ovaciones en el desarrollo de su tema se escalonaron ruidosas y densas. Hubo un momento en que pareció que el Derecho administrativo nacía con él.

Al salir, un periodista y abogado ilustre, comentaba el ejercicio recordando una anécdota de las oposiciones a la cátedra de Literatura de la Central de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Se presentaba frente a él don José Canalejas, político inteligente y brillante que, aunque bien preparado, no alcanzaba los conocimientos de don Marcelino, ni en profundidad ni en extensión.

... En el ejercicio oral estuvo, sin embargo, don José muy brillante, y los aplausos tenaces y reiterados de un público adicto hicieron pensar al no entendido podría ganar la plaza.

En esto, uno del público, que estaba en el secreto, se volvió con motivo de unos aplausos a destiempo y, dirigiéndose a los vitoreadores, les gritó:

—¡Basta, guardafrenos!

La risotada con que se acogió la interrupción fue tremenda. Y en adelante no hubo un aplauso más en la sala para el señor Canalejas.

La explicación es que don José era hijo de un alto jerarca de los Ferrocarriles españoles, quien había enviado, a guisa de «claque», a los guardafrenos, mozos de estación y lampisteros de la Compañía.

«Zaca» quedó hundido y avergonzado. Por unos días, confuso y abatido, no se atrevió ni a salir a la calle. En su impotencia lloraba como un niño.

—No hay justicia en este país, y donde no hay justicia no puede haber ni grandeza, ni ciencia, ni autoridad, ni libertad, ni disciplina...

—A buena hora te enteras —comenta Celia.

—Todo mi esfuerzo y mi preparación por tierra —se lamentaba.

A su madre, chafada en sus rezos, se le ocurrió decir una mañana que volvía de misa:

—Cuando la Virgen del Olvido no se la ha concedido será porque no le conviene.

—¡Por Dios, madre! —y la miró Celia con una conmiseración enorme.

El padre se desahogaba:

—Es que éste es el país de la recomendación y el compadrazgo. Aquí el que no tiene quién le eche una mano... va bueno. Si en vez de estudiar tanto se hubiera buscao buenos padrinos... otro gallo le cantarí­a ahora..., y es que parece que España se ha hecho para que la disfruten unos pocos..., y los demás, a mirar... y resignarse...

El abogado ilustre, partícipe del negocio de maquinaria donde trabaja «Zaca», opinaba:

—Yo siempre creí, y se lo indiqué, que antes de opositar a una cátedra tan importante como la de la Universidad de Madrid, debía haber publicado este texto de Derecho Administrativo que trae usted entre manos y empezar por cátedra más modesta, que las cátedras de la Central tienen golosos muy influyentes... Pero descanse usted ahora esos nervios y ese cerebro una temporada, y a seguir adelante sin volver la cabeza.

Pero el pobre «Zaca» se encontraba destrozado y alelado. Celia, que era quien más creía en él y le comprendía, porque aunque muy inteligente y tremendamente estudioso era torpón para desenvolverse en la vida y le ocupaba un fondo sin trampa de ambición desmedida..., fue quien le aquietó y consoló aquellos días.

—¿Por qué no te vas fuera de Madrid una temporada a descansar?

—Solo por ahí me obsesionaría y pensaría más en ello. Sin irme de casa me distraigo más...

Cuando parecía estar ya más resignado y tranquilo fue llamado a la Universidad por el nuevo profesor.

En el primer momento se enrabietó Zacarías.

—¿Se puede saber lo que quiere de mí ese mentecato hablador? —rugió el hombre.

—Quedándote en casa es la manera de que no te enteres de lo que desea —le planteó Celia—. Vete a verle y habla con él, que la gente se entiende hablando.

Anduvo unos días mormojeando por la casa, pero ante la insistencia suavizadora de Celia, al fin fue.

—Que tú sabes más Derecho Administrativo que ese brillante hijo de papá lo sabemos todos en casa y lo sabían los profesores que le dieron la cátedra..., pero las cosas son así, y a lo hecho pecho..., y ahora trata de sacar a tu situación el mayor provecho posible... Y si él te llama será porque supone que tú estás justificadamente disgustado y, dándose cuenta de que tienes razón, querrá congraciarse contigo... De modo que de la entrevista con él nada vas a perder..., en todo caso ganar...

Mirándole con dulzura:

—Sé dúctil, «Zaca», se dúctil, que siempre sacarás más de la ductilidad y flexibilidad que de la rigidez... te lo dice tu hermana, y bien sabe Dios que tengo motivos para decírtelo.

«Zaca» bajó la cabeza.

—Si me apuras te diré que en la vida, más que el talento vale el arte de acomodarse..., de ensamblarse.

—Lo pones como si fuera un problema de carpintería.

—Y lo es..., desgraciadamente..., pero lo es.

Acudió a la llamada del joven que le había birlado la cátedra y le recibió con cariño y admiración.

—He quedado admirado de sus ejercicios de oposición y de su ciencia... Le felicito y quisiera fuera usted mi auxiliar y diese las lecciones cuando yo falte a la cátedra... Sólo así tendré la seguridad de que mis discípulos estarán enseñados por un gran profesor.

«Zaca» gruñó un poquito, pero se sintió tocado y halagado.

—Mi vocación es la política, y no quiero quede mi cátedra en manos de un hombre sin preparación... acépteme este puesto, que yo sé es inferior a sus méritos y merecimientos, y no sabe el goce que me daría el compartir con usted la enseñanza del Derecho Administrativo y ser su admirador, compañero y amigo.

Hablaron después de otras cosas.

—Usted piénselo y venga a verme con la contestación cuando quiera.

Volvió a casa, en medio de su fracaso, orondo y satisfecho. Sólo verle entrar Celia le cató: Viene contento.

—¿Qué te ha propuesto?

—Regentar su cátedra..., porque como su vocación es la política y sospecha que ha de faltar bastante a clase.

—¿Quiere un auxiliar preparado con el que pueda estar tranquilo?

—Eso parece —reconoció él.

—¿No ves cómo conviene ser humilde...? Cuando tú des tus lecciones y él vuelva por la clase de higos a brevas..., los discípulos serán los primeros en notar la diferencia de las explicaciones, y a la larga todo el mundo acabará por distinguirte... y saber quién es quién.

—Además tendré un sueldo... y siempre seré un profesor de la Universidad..., y hasta para el bufete, si abro bufete, es una propaganda.

—No ves —le bromeó sonriente Celia—. Podrás poner en tus tarjetas: Profesor de la Universidad Central.

Al abogado partícipe del almacén de maquinaria donde trabajaba le pareció acertada la aceptación del puesto.

—Enseñar, lo que sea, desde una cátedra de la Central, siempre es un honor y un puesto socialmente preeminente —le alabó.

Zacarías comprendió que a don Alejandro, su jefe, le satisfacía mucho que uno de sus empleados fuese profesor importante, y le consideró más y le ascendió a Jefe del negocio, con el beneplácito de los demás asociados.

Por la casa misma donde vivía se difundió la noticia de que don Zacarías era profesor de la Universidad, y esto le dio una consideración y un aquél entre las gentes

humildes.

Él se fue consolando y resignando.

Su clase, pues el joven catedrático en seguida empezó a faltar a su docencia, era de once o doce, y sus jefes le dieron toda clase de facilidades para compaginar su trabajo y sus lecciones universitarias.

—No es que me remuerda la conciencia por no haber hecho nada por Raúl... —le confesó Celia a su hermano—, pero el que tratemos de evitar lo saquen de Madrid y lo trasladen a un penal..., eso podemos y debemos hacerlo. El que se lo lleven por ahí y no pueda verlo en mucho tiempo, estando de salud como está..., y lo separen de él..., eso sería la muerte de la madre...

—Sí, la pobre está deshecha.

—El ver al hijo, de cuando en cuando, y poderle hablar y catequizar la distraería y levantaría el ánimo. Y eso no creo que sería imposible... Tú podrías recomendar el asunto a tu titular, ¿no se dice así? —le sonrió Celia—. Él es político e hijo de un millonario influyente; lo que no pueda su padre en este país de pobretones... Tú estás ahora con el hijo a partir un piñón.

«Zaca» inclinó su cabeza.

—Lo haré, que nuestra madre merece eso y más.

En una de sus visitas habló con su titular.

Raúl no hacía más que enviarles cartas lloronas y deprecantes. Ya no las porteaba «la Covadonga». Se conoce que había encontrado otro acomodo.

«Que me llevan a Ceuta y allí me muero de pena».

«Dicen que nos trasladarán dentro de unos días al penal de Burgos... y allí la diño de frío» —les acuciaba en otra carta.

El joven catedrático, que había tenido verdadero interés en servir a Zacarías, hizo todo lo que estuvo en su mano.

—Si no os movéis vosotros, me moveré yo —se revolvía su madre en los últimos momentos—. Iré a ver a quien sea necesario... —espoleaba la señá María.

El padre del joven catedrático se lo pidió al ministro de Justicia, de quien era amigo, y a Raúl le retuvieron en Madrid con un fútil pretexto.

Su madre lloraba de satisfacción.

—No le he pedido otra cosa en la misa esta mañana a la Virgen del Olvido..., y tenía la seguridad de que atendería mis súplicas.

—Más vale que creas eso —le dijo Celia.

«Zaca» se sonrió.

—Sea quien sea el que lo ha conseguido, el resultado es que el hijo cumplirá su condena aquí —estableció el padre.

A los pocos días pudo ir su madre con su hija Araceli a verle.

Volvió, ufana, satisfecha y gozosa de saberle cerca y que le podía ver todas las semanas.

Empezó a encontrarse mejor y más alegre la mujer.

Algunas veces iba a visitarle con el marido.

Empezó a llenar la casa del ruido y resplandor del hijo. Sus acaeceres, aliñados por ella, iban y venían reiterativos en su conversación:

—Vosotros, lo que pasa es que no le podéis ver al Raúl, porque aunque hermano vuestro no le queréis ni un tanto así —y chascaba la uña del dedo gordo la buena mujer.

Celia y Zacarías cambiaron unas cuantas palabras con la mirada.

—Si le viérais como está ahora..., porque el Raúl..., en el fondo..., es un buen hijo... En la otra visita que le hice le llevé una novena de la Virgen del Olvido y me dijo ayer que la estaba haciendo.

A Celia se le fue la sopa por mal conducto del risotazo y se llevó la mano a la boca para contener la pequeña catástrofe que podía originar la tos.

—... Sí, un buen hijo, y ahora, con la reflexión y la pena de verse encarcelado, está volviendo al buen camino de la religión.

—Pero madre... ¡por Dios!... Si Raúl no cree en nada.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No hace falta que me lo diga nadie; ¡si lo veo y lo sabré yo! —exasperó Celia.

Sonriéndose:

—Bueno, sí... cree en su personilla..., en su garbo, en su simpatía..., en su gracia y en su jacaranda y en su peripuesta figura de chaqueta bien entallada, zapatitos lustrosos y espejeantes y en su arte para engañar a unas cuantas desgraciadas y «ponerlas al punto», como él diría..., y en sus cigarros rubios y su partidita de dominó..., y en sus chatitos de blanco y en su vermut por la mañana..., y en...

—Lo que pasa es que tú, Celia, y el Zacarías, le tenéis de punta y a distancia..., o sease, que le tenéis envidia porque es más simpático y se hace querer más que vosotros y se lleva los afectos de todas y de todos..., y si ha dado ese pequeño resbalón, que me ha prometido que no lo volverá a dar..., es... por... por eso, por bueno y por amigo de sus amigos..., por echarle una mano a más de uno y de dos... y... por no saberse negar a nadie.

«Zaca» se hacía el loco y comía sin mirar a su madre.

—Siento tener que disentir de tus opiniones, María, pero la verdad es que a mí el hijo me parece «un fresco».

—Tú también, eh... No me faltaba oír más que esto..., y a ti que eres su padre...

—Y qué culpa tengo yo de que nos haya salido así.

—Pues si no ha salido mejor que los otros... ya ves... yo le prefiero a los otros con tanta ciencia y tanto comercio de lujo... y le prefiero porque soy su madre y porque le comprendo y... porque siempre ha sido y es para mí el más cariñoso.

—Pues con tu pan te lo comas... y que te aproveche... —desabrió Celia.

—Déjala y a ver si abandonamos, de una vez, a un lado, esta conversación del Raúl..., que nos viene de la cocina en cuanto sacan la sopa —aconsejó Zacarías levantándose.

La mujer, al sentirse acorralada, se echó a llorar.

—Vosotros también..., es vuestra madre y sabéis que el Raúl es su ojito derecho y su debilidad.

—Pero es que como siga así nos lo va a poner en los altares.

—Personas peores que él lo están... y las rezamos —chilló la madre defendiéndole.

Celia dio por terminada la discusión y se retiró.

Araceli se llevó a la madre a su habitación.

—Si sabéis lo que es por el Raúl, pues no la hagáis caso, mas que diga lo que quiera —les pidió el padre.

—Reconozco que a veces no puedo contenerme —se explicotea Celia..., pero se sonríe.

Salen los dos hermanos a su trabajo.

Celia partió andando. La tarde era alta, dulce y muy serena. Tomó por la calle Mayor a Sol. Iba contenta. Había notado de un tiempo a esta parte que los hombres la miraban más y con más apetitosa delectación. Eran ojeos cetreros, anchos, profundos, calientes... A veces provocantes... Esto la llenó el pecho de satisfacción. La mujer, aun la más humilde, aun la más virtuosa y desasida de las cosas terrenas, suspira con el hombre asociado a su maternidad.

Y Celia era un tantico soberbia y un mucho ambiciosa.

Por aquellos días cumplió los treinta y cinco años, cima de su madurez y gozaba de una salud equilibrada. Vestía y se cuidaba con una sobriedad rica y reverenda. Sus pies bien calzados escapaban por sus piernas bonitas, proporcionadas: mollez, caña y tobillos, buen alimento para los ojos. El cuerpo se alongaba elástico, contenido, sin derramamientos... Y el gesto, en el gesto, en la expresión, con los años es donde más había ganado. El gesto había saltado de la desabriedez a la dulzura, a una grata y apacible y suave comprensión. Y con el buen cuidado y el buen trato le había brotado la fragancia como en una ostentosa flor.

Y esto es lo que notó y aspiró don Sergio aquella tarde cuando la vio entrar por la tienda de bolsos... casi siempre, sobre todo después de la comida, entraba por el comercio de bolsos para ver a don Sergio por si acaecía alguna novedad, y así saludaba a «Celes» y a las chicas. Con las empleadas gustaba de considerarse un poco una de ellas. En diálogo con don Mamerto y don Sergio se colocaba a su altura como asociada.

Don Sergio recibió el deslumbramiento de su gratísima presencia y se sintió alcanzado.

—Hola, Celia —le susurró entre campechano y cariñoso.

—Buenas tardes —y le miró zaragatera.

Es indomeñable el embeleco de una mujer seductora e inteligente, y Celia lo era en grado sumo. El talento lo tuvo con el uso de la razón; la seducción con los años y el trato y el cuidado y la vigilancia por su perfección y la victoria dineraria.

—Quería hablar con usted —le propuso el hombre.

—Cuanto antes mejor —y le sonrió.

Tenía buena dentadura Celia, fresca, limpiísima, y por eso esgrimía ahora la sonrisa con bastante frecuencia.

Pasó a la dirección y le esperó.

En los últimos tiempos se confiaba a ella y le abría su pecho... y le echaba sus penas y sus fracasos, allí sobre la mesa de trabajo.

—Esta Lolita va a acabar conmigo.

—Nadie acaba con nadie si uno no quiere.

—¿Pero sabes lo que he descubierto?

—¿Qué?

—Que es sucia.

—Ya era hora.

—¿De qué?

—De que te dieras cuenta.

Le siguió con toda naturalidad el tuteo halagada.

Había sido su jefe y ahora era su socio.

—¿Tú lo sabías?

—Me lo olía.

—A pesar de lo perfumada que va.

—O por lo perfumada.

Mirándola con regalo.

—No tiene una buena cualidad.

—Tarde te das cuenta..., pero en fin... Si tú lo has querido.

—Me deslumbró..., porque reconocerás que planta, eso sí, planta y saber echarse a andar..., eso sí tiene.

—Algo había de tener cuando así te entontolinó.

Contemplándole entre despreciativa y compadecida.

—Pero no volvamos a las andadas... a lo hecho pecho.

—Si tú quisieras, Celia, aún estamos a tiempo —y le tomó una mano.

—¿A tiempo para qué? —pero sin retirar su mano.

—Pa... para todo.

—Yo he perdido ya la ilusión.

Al sorprenderle en su abatimiento.

—Pero no le des demasiada importancia... Después de todo es el pan nuestro de cada día.

—¿El qué?

—El que te haya resultado la mujer rana.

Le pareció un tanto ordinaria su expresión.

Pero seguía sin retirar su mano.

La miró con ojos de besugo en tierra.

—Si tú quisieras.

—No soy plato de...

Pero cortó la frase..., apiadada y misericorde.

Le acorrió y él hundió la cabeza sobre su pecho.

—Por Dios, que todo tiene arreglo.

—Por lo visto, para mí, no.

—Para estas cosas siempre se encuentra una salida.

—Pero no la que uno quisiera.

—Quién sabe.

Alzó la cabeza y la buscó los ojos.

—¡Celia!...

La llamaba con un hilito de voz.

—Lo primero piensa que tú eres superior a tu mujer y que no vale la pena desmesurar las cosas.

—Es que soy muy desgraciado.

—Tú lo has querido.

—Sí, es verdad —y abandonó la mano de la mujer.

Celia pensó que había ido demasiado lejos.

—Ven aquí, ten un poco de paciencia... y vete con calma a visitar a un abogado... a ver qué se puede hacer.

Volvió a acercarse a ella y la tomó por los brazos.

—Celia, yo te quiero y te deseo... sí, te deseo a todas las horas del día y no hay otra solución sino que me aceptes... —y se acurrucó contra ella como un corderito tiritón.

La abrazó y buscó besucón su boca.

Ella la retiró.

Le desprendió sus brazos. Le hizo sentarse en una butaquita.

—Sosiégate, anda, sosiégate... Yo he de ir a atender lo mío y más tarde, con más calma, hablaremos.

Salió y le dejó sorbiéndose las lágrimas.

«¡Qué asco de hombres!», pensó.

Pero en seguida dejó todo a la puerta de su quehacer.

A la hora de cerrar se asomó don Sergio.

—Tengo fuera el coche, vamos a dar una vuelta.

—Hoy, no, tengo que hacer muchos números y revisar muchas cuentas... —pero se lo manifestó con dulzura, buscándole los ojos.

Cariñosa:

—Deja el coche y vete al Retiro a dar un paseo solo.

—Muy bien, a condición de que me acompañes.

Aniñó la expresión y le dijo.

—No, no puedo..., pero vete tranquilo que todo se arreglará.

—Eso es darme esperanzas.

Le miró con dulzura..., pero en seguida se reintegró a sus facturas y a sus cuentas.

Dos horas más tarde salía sigilosa por la puertecita del portal.

Fue andando hasta casa con paso gimnástico.

Iba triste, envedijada de reflexiones y de cálculos.

Sabía que Lolita se pasaba las horas del aperitivo por los bares elegantes del barrio, tonteando y dejándose enlabiar por señoritos insustanciales y golfos. Habían llegado hasta ella noticias de que bebía por beber y que andaba en malos pasos, más que por vicio por snobismo y por frivolidad.

Es una estúpida sin seso, incapaz de una gran pasión o de una gran ambición.

Desde el Viaducto se absorbió en el paisaje.

Las últimas luces se descoyuntaban en el horizonte como los huesecillos de un titiritero.

Notó que la seguía un hombre joven... «¡Vaya!», pero le halagó.

A los pocos días observó la buscaba don Sergio como un gozquecillo.

—Tenemos que hablar... Me engaña, estoy seguro de que me engaña.

—¿Se lo has dicho al abogado?

—No tengo ganas de dar tres cuartos al pregonero.

—En ese caso... no cuentes conmigo para nada.

Quedó pálido y cortado, pero reaccionó.

—Eso lo he de arreglar yo con ella... directamente.

—De mí no obtendrás ni esto —y chascó una uña— mientras no estés por lo menos separado.

Después de hacerlo le pareció que no era muy elegante el gesto de chascar una uña.

—Y qué puedo hacer... salvo despreciarla y vivir bajo el mismo techo, pero como si viviéramos separados.

—Mientras no obtengas pruebas de su infidelidad... estás perdiendo el tiempo.

—Pruebas..., pruebas... Sé con qué tipos anda y qué medios frecuenta.

—Eso no basta.

—¿Pero por qué me he de separar legalmente?

—Si eres capaz de aguantar esas cosas duras y onduladas que les salen a los toros..., allá tú, con tu pan te lo comas..., pero con un hombre así yo no quiero nada.

—¿Por qué?

—No sé... me dan asco los hombres consentidos.

—Si yo no lo consiento, pero ¿qué quieres?, ¿que la ate a la pata de una cama y la prohíba salir de casa?

—Comprendo que es casi imposible evitarlo, pero hay una postura a adoptar que es la corriente y la elegante.

—¿Y es?

—Conseguir pruebas y separarte legalmente.

—¿Y cómo consigo esas pruebas?

—Por medio de la policía privada.

—¿Y qué necesidad tengo de que se enteren esos señores de que soy un cornudo?

—Supongo que lo sabrá ya mucha gente..., de modo que lo sepan uno o dos más... no creo que vaya a ensuciar más tu hoja de servicios.

Don Sergio se dio cuenta tomaba el diálogo un derivo humorístico y se calló.

Celia pensó: «Dos mujeres a tirar de su bolsa..., no y no... Una vez legalmente separado sabré cuáles son los límites de la otra... y podré yo obrar y maniobrar en consecuencia».

Era fría y calculadora, pero empezó a darle lástima y pena el hombre.

Él se abatió en su asiento y quedó en silencio con la cara escondida entre las manos.

De repente se irguió.

—Yo te quiero a ti, Celia, y te necesito.

—Pues demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Muy fácil... haz lo que yo te diga.

—Bueno —y estiró el cuello como si lo ofreciese a una cuchilla invisible.

COMO primera medida estáte atento, fino y cortés y generoso con ella... y dale cuerda y que se confíe.

—No sé si podré.

—Pero ¿por qué?

—Porque estoy de ella hasta los...

Le tapó la boca.

—Ante todo has de moderar tus ímpetus riojanos, porque los de esa bendita provincia, que nos da el mejor vino de mesa, sois bastante crudos a la hora del diálogo y groserísimos a la del exabrupto..., pero si se saca mucho más y se es más eficaz con suavidad y... buenas maneras.

—Es que no te das idea de lo que es aguantar y vivir bajo el mismo techo de una mujer gastosa, estúpida, viciosa y frívola... semanas, meses y años.

—Claro que me la doy.

—Pues entonces.

Se miran como estando en el secreto.

Hazme caso..., que crea que todo el monte es orégano y llegue a pensar la has dejado por imposible, y cuando la sientas insustancial y confiadota, me lo comunicas, que te enviaré un policía privado para que la siga en sus andanzas..., y cuando sepamos con quién y a dónde va y a qué horas, te presentas en su escondrijo con el policía y dos hombres serios que den fe y levanten acta... Y con el adulterio *in fraganti*..., porque es tan bobona que es de las que se quitará los sostenes, con los pechos tan horribles que tiene..., y no la dará tiempo la irrupción de los señores ni a ponérselos..., separación al canto... Y una vez conseguida la separación...

—No, no estoy conforme.

—¿En qué?

—En lo de que tenga las teticas tan horribles.

—Le habrán mejorado ahora después del matrimonio..., porque de soltera, cuando se las vi una vez..., eran como las de las maorís que pintó ese franchute de Gauguin.

—A cada una lo suyo... no diré que las tenga tan armadas como tú..., pero...

—Es que hasta ahí podríamos llegar...

Pero Celia sabía contenerse y se contuvo.

—Bueno... no he dicho nada... son preciosos sus pechos... Ahora, con la vejación que supone te cuelguen... esas cosas duras..., tú le habrás de discutir hasta el último céntimo, el subsidio que le has de pasar, y que será el mínimo que te autorice la ley... Y una vez en libertad, los dos... hablaremos.

El hombre intentó un avance, succulento y formal..., pero la mujer se retiró ofendida.

—Si tanto me quieres y me deseas, arregla primero tus asuntos..., que por las obras los conoceréis.

Se hallaba rozagante, guapa y tentadora Celia, y al pobre hombre que era don

Sergio... se le humedecieron los pícaros ojillos y le hormiguearon las yemas de los dedos.

—¡Quietas las manos!

Pero era la suya una sonrisa de aquiescencia, de aceptación.

—Celia, yo te prometo...

—Estoy harta de promesas; no me prometas nada...

El gesto y la expresión le saltaron del grato recibimiento a la repulsa.

Se separó de él.

Avanzó hasta la puerta y se volvió.

—Bueno..., ya sabes lo que tienes que hacer... hasta que no esté la cosa madura... yo no pinto nada..., conqué...

Se retiró y le dejó con la palabra en la boca.

Mientras tanto, Celia se dio cuenta y se informó de la vida que hacía Lolita.

Desde que ascendió a Jefa de personal, «Celes» se había hecho más recortada y prudente en sus conversaciones, sobre todo con Celia, al notarla un tanto disparada en su ambición.

—Chica, tú ya eres una potentada..., cualquiera te tose —le soltó una tarde que abandonaron el trabajo juntas.

Salieron pareadas porque Celia le mandó recado de que la esperase.

—Contigo soy siempre la misma.

—Sí..., eso sí —y la miró de reojo.

Pisaban la plaza de la Independencia, y el arco de Sabatini recogía en la blancura de sus trofeos de guerra la suavidad luminosa del crepúsculo.

—¿No encuentras tú a don Sergio muy caído? —le echó Celia.

—Noo... ¿Le pasa algo grave... o qué?

—Ay, mujer, parece que Lolita no hace más que ponerle en ridículo.

—Habladurías... no será para tanto.

—Yo lo que he oído.

—Si te vas a fiar de lo que murmura la gente.

—Cuando el río suena...

—Lolita es estúpida y frivola..., y ahora, casada y con dinero... y sin hijos, porque parece que no puede tenerlos..., lo será más..., pero es buena... mejor dicho, no es mala, porque ni para eso tiene brío ni inteligencia.

—Ni la bondad ni la maldad tienen cercanías, o se está con ellas o contra ellas.

—Te diré, hay eso que la doctrina del padre Astete llama el Limbo..., y yo sospecho que hay en él más gente que en el Cielo y en el Infierno.

—¿Y a Lolita la metes ahí?

—En algún sitio la hemos de poner.

Se miran y se sonríen las dos.

—Él a mí me da pena..., no debe de ser feliz.

—Si te van a dar pena todos los que no son felices, aviada vas... te vas a

desangrar —le rió «Celes».

Contemplándola con sorna:

—Resérvate.

—No temas por mí.

—Me lo figuro... Te conozco demasiado bien.

—¿Tú crees?

—Por lo que he podido deducir... Tú sabes lo que quieres y lo quieres con calma y con fuerza..., sin perder el tiempo..., pero sin precipitarte.

—¿Y Lolita?

—Es una simple con suerte..., si suerte se le puede llamar a eso...

—Me han dicho que bebe mucho, que fuma como un carretero y que hace la mujer fatal rodeada de muchachitos en las salas de fiesta.

—Hará todo lo que crea que se lleva y que es distinguido, pero no por maldad ni por vicio, que al fin y al cabo tendría una justificación, la de ser mala o viciosa..., sino por tontería..., por falta de otra cosa con qué llenar su vida.

—Supuesto que la vida haya que llenarla con algo.

—¿Tú no crees que haya que llenarla con algo: vicio o virtud?

—Es muchísima la gente que no se preocupa de eso o no tiene talento para preocuparse y no la llena con nada.

—¿Y cómo vive?

—Dejándose llevar como los restos de un naufragio.

—Que es ya una manera de llenarla con algo...

—Puede ser.

—Mis noticias son que le engaña al pobre don Sergio con el que se le pone a tiro... y que muchas noches le llega a casa en un estado lamentable.

—Quién sabe si todo eso está favorecido por él.

Se volvió y observó que Celia se sentía delatada.

—Qué cosas se te ocurren.

—Los hombres me parecen tan miserables que les creo capaces de cualquier bajeza.

—Habría que suponer para eso a don Sergio con una maldad fría y diabólica que no tiene.

—Pero don Sergio es él y su..., ¿cómo se dice en francés?

—*Entourage*.

Se contemplan suspicaces y zahoriadoras.

—En serio..., no debes tener tanta pena por él..., además ahora como aquí vivimos a la penúltima moda, esos aditamentos empiezan a ser entre respetables y distinguidos... y dan a los que los llevan un cierto aire suficiente.

—No lo creas. Dejaríamos de ser españoles.

—Yo nunca he sabido qué es ser español, inglés o francés..., creo que a la hora de la verdad... todos somos lo mismo... y todos acabamos aceptando y resignándonos

con las mismas bajezas.

—Desde luego el problema es ser fuerte o no serlo.

—Exacto.

Mirándola con picardía.

—Bueno..., que se te ve muy poco, Celia, guapa... Claro, desde que eres ricona no quieres nada con las pobres...

—No lo soy...; pero, además, de qué me serviría el serlo... El dinero en sí, como fin, desemboca siempre en lo mismo: en el hastío o en la desgracia.

—Será como fin, ¿pero como medio? —y contempla a su amiga con una enorme malicia.

—Cada vez me voy convenciendo más de que el único fin de la mujer sobre la tierra es el parir —le mintió.

«Celes» le escruta la expresión, pero no le dice nada.

Van un rato en silencio.

La Cibeles asiste displicente desde su barracón carro de piedra a la algarabía de la circulación urbana.

—Me figuro adonde vas y a lo que vas..., de modo que no intentes despistarme.

—No sé por qué contigo, que eres buena amiga, voy a tener secretos.

—Pues sí..., los puedes tener..., que para eso son secretos, para tenerlos...; pero no te preocupes, que esa necia de Lolita merece todo.

—Suponiendo que fueran ciertos los designios que me supones, llego ya tarde, está casada por la Iglesia...

—Pero con dinero y malicia... todo tiene arreglo.

—Tal vez tu consejo me sea necesario..., explícate.

Le sonrío Celia, pero se trasluce como descubierta, como delatada...

—Tú mereces lo que sea...; además, te has puesto muy hermosa —se evade.

—No sabes lo que te agradezco que me encuentres así.

En Sol se separan y va cada una por su camino.

Hasta el Viaducto llegaba en el aire una delectación montaraz. En sus cortes, planos y altibajos, junto a torres, crepúsculos, palacios y casuchas miserables de aquel lado, Madrid tenía una belleza original, descoyuntada y robusta. Los ojos iban de un cambiante en otro hasta posarse en la clara y azulada gracia serrana. El horizonte emitía una elegante serenidad velazqueña.

«Celes es lista, y esa misma agonía de su no acertar sentimental la espabila y aguza más», pensó Celia... «Pero lo que sea sonará».

Al día siguiente llegó, a eso del mediodía, a la tienda una señora parlanchína y aloritada.

—Mire, me recomendó una amiga viniera a verla a usted para que me ordene un tratamiento de belleza...

La mujer llegaba escondiendo la cabeza en un pucherete de sombrero, llena de dingolondángolos y arrugas. Lo mismo podía tener treinta y ocho años que cincuenta.

—Vine de «turisteo» a la madre patria y pienso estarme aquí hasta que me arroje la calórica, que creo es muy dura en verano por estos pagos..., conqué usted dirá.

La mujer, que a la luz cruda de la calle parecía ya vieja y que a veces, sombreado el rostro, no lo parecía, tenía dos ojos bellos, hermosos y brilladores.

A veces uno pensaba: ¡Qué pena de ojos! Y a otra luz: ¡Que lindos ojos!... Todo envuelto en una verborrea monótona e infatigable.

—Si usted me trata bien y asierta y arroja lejitos de mí una riolada de años, apropincuaré a su bolso mi platita..., seguro...

Se llamaba Casiana, Casinita, «Casita», «Casi»...

—Lámeme «Casi»... —se lo suplicó con los ojos misericordes y la voz en puro y deshilachante susurro.

La contempló de arriba a abajo.

—Esas uñas de un color y esos labios de otro..., dónde se ha visto.

Tenía las uñas plateadas, casi blancas, y los labios de un rojo burdo, casi de pimentón.

—Fue Revlon quien, hace muchos años, creó por primera vez el esmalte como un complemento de moda en lugar de un cosmético. Fue Revlon quien primero hizo de la armonía entre labios y uñas una parte tan importante de la moda como un vestido elegante...

La miró entre dura y dulce:

—No olvide esto en adelante.

La mujer asintió, entregona y sumisa.

—A ver, vuélvase —le pidió Celia.

—Lo primero que necesita es una masajista..., eso para empezar... Yo le recomendaré una de mi confianza.

—Verdad..., ¿me encuentra llenita?...

—Sí, bastante —le cortó Celia sin contemplaciones.

Aquel primer día de abordaje iba a salir de la tienda con tan denso y variadísimo instrumental: quita esmalte, crema fortalecedora de uñas, quita cutícula cremoso, loción aguamarine, capa base, esmalte de uñas y capa protectora del esmalte, más algodón, limas, palitos de naranjo, tijeras de pieles, más tal peso de tarros y botellines de cremas y lociones..., más... que Celia le propuso.

Deje..., se lo llevarán todo al hotel... Deme sus señas.

Vivía en el Palace.

Antes de nada empiece por aprender a limpiarse bien el cutis, que ustedes las americanas no aprenden nunca.

Iba a soltarle: «son bastante sucias».

Pero se contuvo.

«Casi», «Casita», era boliviana..., de La Paz.

—Sí, pero sabe, está tan requetealta La Pas, tan serquita del sielo, que el corazón se fatiga y se angustia de estar a la puerta y no acabar de entrar en él..., y hay que

desender al llano y dejar de solisitarle si... si quiere una vivir sosegáa.

Celia le dio su tarjeta, en la que seguía a su nombre y apellido esta proclamación altanera:

«Vendedora de belleza».

—Usted me ha de obedecer y seguir el tratamiento que yo le señale y recibir el masaje y practicar el ejercicio que yo le indique por conducto de la señorita masajista y del profesor de gimnasia. El tratamiento es un poco duro y monótono, pero los resultados son óptimos.

Se había hecho un poquito pedante Celia cuando hablaba con sus clientas o posibles clientas, un tantico pedante y un punto desabrida y exigente..., pero le daba muy buenos resultados este trato. En general se dedicaba a mujeres ya en decadencia física que sentían la zozobra de la pérdida de su juventud, y la angustia y la agonía por perderla les resquebrajaba y ablandaba el carácter y las convertía en niñas ingenuas. El apagamiento y la huida de sus encantos las hacía infantiles y cobardonas, y todos los sacrificios por recobrar lo incobrable les parecían pocos...

—Usted se pondrá como una muchacha de veinticinco años, porque aunque tiene pocos más está usted sana y fuerte y goza de un hermoso brillo en los ojos y posee una mirada enérgica y suave a la vez y seductora. Si me hace caso y se sacrifica un poquito llegará a disfrutar de un tipo, de un cutis y de una figura encantadores.

—Cuánta, cuánta delisia me promete, que me llena de alegría y de gose... Cómo se la pagaré yo...

—Descuide, que ya me encargaré de cobrársela —le sonrió.

—¡Grasiosa que es la niña!..., conque vamos ayá; ¿yo qué me yevo?

—Nada..., que esta noche se encontrará usted con todo en la habitación del hotel. Basta que abone este pequeño talón en Caja —y le tendió sonriente la factura.

Le dio las señas de la masajista y del profesor de gimnasia física y le recomendó un médico joven de toda confianza de la casa para que le propusiese un régimen dietético después de observarla.

Toda la tienda se llenó de trinos, de susurros y de arrumacos indianos entre una parla deshuesada y bisbiseante.

—«Casi», ¿de qué ciudad de Bolivia es usted?

—De La Pas, ¿no le dije?

—¿Piensa estar mucho tiempo por la madre patria?

—Si diera con un español rudo y cariñosito a la ves, nunca abandonaría esta bendita tierra de mis mayores..., nunca..., nunca.

—No se apure, que le sobrarán solicitantes de su blanca mano..., sobre todo si, como supongo, tiene usted mucha platita.

—No me falta..., ¿sabe? La Virgen de Cochabamba vigiló mi cuna a mi nacimiento y me colmó de dones y venturas que no merezco y favoreció a los míos con una riqueza minera que yo no podía ni soñar.

—¡Ah!, ¿su familia tiene minas?

—Sí, sí.

Celia se la quedó contemplando. Parecía, por sus movimientos, esguinces y tics, un tití. Entre amarilla, bruna y requemada. Sin plano de cara para tanto volumen de ojo, que picoteaba un lenguaje aborígen entremezclado y dulce.

—Yo soy desendiente de epañole... Mi bisabuelo e d'aquí, etremeño, y mi deseo e volver a la fuente de origen..., ¿me comprende? Así e como toman fuersa las rasas.

Mirándola con una dulzura antigua y lejana.

—Y su grasia..., ¿cuál es su grasia?

—Ah, mi nombre..., Celia.

—Lindo..., mire qué lindo. Selia quiere desir: la del sielo.

Nunca como entonces le pareció tan bello su nombre a Celia, y al oír su significado se emocionó. «Soy la del cielo..., la predestinada a una gloria eterna», pensó. Y se le llenó el alma de un cosquilleo suavísimo.

—Epero hemos de haser mu buenas migas.

—No deseo otra cosa, y ya desde ahora la tengo por amiga.

—Me e gratísimo su cumplimento.

Era una cuenta de varios miles de pesetas, pues se llevó toda clase de instrumental, cremas y perfumes, y los pagó con una fluidez sencilla.

A los dos días se le presentó de nuevo y le dio cuenta de sus visitas a la masajista, al profesor de gimnasia y al médico.

—Etoy ya rodando...

Celia la miró con un gesto de asombro e incomprensión.

—En marcha... le quiero desir.

—¿Y qué tal..., qué tal?

—Muy contenta, sabe... La masajista que me señaló es muy afanosa y el profesor y el dotor muy competentes..., digo.

En adelante se la veía a menudo por allí a la caída de la tarde. Celia los primeros días le sacaba una silla para que se sentase y charlotear un rato. Pero luego ya desde el día que le enseñó toda la tienda la pasaba a su despacho, que era el de la dirección, y allí diseccionaban el mundo.

—¿Selia, uté tiene un hermano?

—Sí, y es profesor de la Universidad de Madrid.

—¡Qué lujo!

Mirándola risueña.

—Me lo ha de traer prontito, que lo deseo conoser.

—Cualquier día se lo traigo.

La invitó alguna noche a cenar. Más adelante vieron juntas El Escorial, Toledo, Segovia, Aranjuez y Ávila... en su coche.

Había tomado un mecánico para la temporada de estancia en España. El coche era un Rolls, suntuoso.

Por el gasto que hacía en su tienda y por el boato, el lujo y el tono con que vivía

dedujo era verdad cuanto le había dicho de su importantísima familia minera.

Pensó en su hermano Zacarías: Qué bien le iría esta mujer tan considerada y pagada de la cultura... Recuerda ahora el deslumbramiento que le produjo saber que tenía un hermano profesor de la Universidad.

—¿Qué explicotea su hermano?

—Derecho Administrativo.

—¡Qué lujo! —repetía—. ¡Qué lujo!

Aquel meterse en la vida de «Casi», la boliviana, la apartó por poco tiempo del asunto de don Sergio.

Lolita parece que iba barranca abajo. Vivía ya en plena disolución. Muchas noches llamaba a su casa para anunciar que cenaba con una amiga y que no la esperasen y volvía de madrugada en estado calamocano.

Una de las chicas de Celia era amiga del barman donde se reunía Lolita con otras amigas y amigos viciosetes. Y por el barman supo se «entendía» con uno de ellos...

Celia le comunicó a don Sergio el nombre del caballero que la «trasteaba».

—Tú verás, pero ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—De ponerla un policía privado que los siga y vea dónde van a acostarse.

—¿Pero cuál es tu idea?

—Cuando sepamos por el policía dónde y a qué horas se ven, sorprenderla con dos testigos para que den fe.

—¿Y qué más?

—¿Cómo y qué más?...; pero tú eres tonto —le gritó, irritada.

—¿Y el escándalo, y el descrédito de mi negocio..., y la deshonra?

—Déjate de palabras altisonantes... ¿Pero no comprendes que es la única manera de que te puedes zafar de ella?

—Pero ¿qué necesidad tengo de que intervenga la policía y de que dos señores respetables la sorprendan como la echó su madre, para dar por terminada mi relación con ella? Yo la dejo que haga su vida y yo haré la mía contigo y acabado.

—No y no... Yo quiero las situaciones claras... y ella en su puesto y separada de ti y teniendo que atenerse a la pensión que la ley le señale, una vez sorprendida in fraganti, y separada legalmente de ti... Y para eso es necesaria la policía que la siga prudentemente y que los dos testigos la sorprendan y den fe de ello.

—Y que yo me tenga que llenar de vergüenza y ser la comidilla del barrio cuando se enteren.

—Tú verás; si tanto te importo, tú verás... Las cosas o se hacen bien o no se hacen.

—Eso mismo digo yo; si algo me consideras debes tratar, tú la primera, en evitarme esos contratiempos y sofiones.

—No y no; mientras esté dentro de tu casa viviendo contigo y pudiendo disponer de todo y despilfarrar por todo lo alto a qué quieres boca, te repito que no, que si para

ti y para mí hay bastante..., a tu «Lolis» que le paguen sus vicios los que se acuestan con ella..., y nada de comer a dos carrillos; conque tú verás.

—Pero es que yo...

—Tú eres católico..., ¿verdad? Me vas a decir eso.

—Sí, ¿y qué pasa?

—Como pasar, nada..., que ya es hora dejéis a la religión en su puesto, sin usarla en todo momento como una socorrida alcahueta.

—Estás ya desbarrando.

—Tú verás, pero no se pescan truchas a bragas enjutas... Y ésta es la última palabra que te digo.

Hizo ademán de largarse.

—Celia..., Celia; ven aquí.

—Tengo algo más importante que hacer que asistir a la cobarde disolución de un pobre diablo.

—Celia..., Celia.

La mujer escapó dándole con la puerta en las nances.

Don Sergio quedó tembloreando, comido de miedos y zozobras.

«Pero ¿cómo voy a consentir que un policía se entere con sus propios ojos de mi desgracia y que unos respetables señores sorprendan a mi mujer acostada con otro...?, no y no..., por eso no paso, he dicho que no paso...», se lamentaba el pobre y acuitado don Sergio, «pero esta mujer puede más que..., más que yo, y deseo como un loco, con atormentadas ansias, su carne fragante... Y sé que tendré que pasar por el aro y condescender con lo que me exija para que sea mía... Y lo horrible es que lo conseguirá y me dominará y haré lo que quiera con tal de poseerla y de naufragar en su bravío ímpetu, y sólo así en ella y por ella me puede llegar una poca de la paz que necesitan mi cuerpo y mi alma...».

Se sentó en su mesa de trabajo y escondió la cara entre las manos... «¡Es más fuerte que yo..., más fuerte que yo!», rugía.

Al día siguiente era sábado. Pero no podía más y pasó a la otra tienda.

Celia atendía a su negocio.

Le vio surgir y se hizo la absorta.

Se acercó a ella y la susurró:

—Tengo el coche fuera... Ven a comer conmigo para poder seguir hablando.

—Si desde ahora no aceptas lo que diga, no voy... Siento en el alma el menoscabo de tu honra y de tu honor y demás zarandajas...; pero al pan, pan, y al vino, vino, y a las cosas, de cara..., ¿me oyes?, de cara.

—Sí, mujer..., pero es que...

—Déjame ahora, que estoy muy ocupada...; durante la comida hablaremos.

Se retiró más tranquilo sabiendo que aceptaba su invitación.

A la hora de cerrar Celia dio la llave a su chica de confianza.

—Probablemente vendré luego un poco tarde.

Y pasó a la otra tienda.

«Celes» se le acercó:

—Lo de Lolita parece que va de mal en peor... Me han asegurado que muchas noches vuelve a casa en un estado lamentable.

—Vaya por Dios... Pobre don Sergio, no le arriendo la ganancia.

—Bueno..., él es hombre y los hombres en ese terreno se sacuden muy bien las pulgas.

—En ese terreno y en todos..., desde luego...; pero es desagradable.

—Creo que piensa pedir el divorcio y separarse de ella.

—No sabía nada.

«A otro gato con esa corada...», pensó «Celes».

—Qué pena de chica, ¿verdad?

—Ella lo ha querido..., pues que con su pan se lo coma.

—Con lo tranquila y bien que hubiera podido vivir... La última vez que hablé con ella la encontré amargada por no tener hijos... y andaba a pelotera diaria con el marido.

—Pues ¿qué quería?

—Sí; podía y debía haberse contentado..., que otras hemos tenido menos suerte que ella..., y vivimos no diré que dichosas, pero sí resignadas.

—Que lo digas.

En esto se les acercó don Sergio y se oyó el trueno de un cierre.

—¿Cómo va ese balance? —le preguntó a Celia.

—Ahora hablaremos.

Salieron y Celia subió al asiento delantero del coche, junto al conductor.

Don Sergio se ladeó.

—¿Dónde quieres que comamos?

—Con tal de que sea al aire libre...

La concavidad del cielo era alta, desleída y suavísima.

La mujer alzó los ojos y suspiró con fuerza.

—Este Madrid en mayo es un regalo —dijo.

—Anoche llegó, después de las tres de la madrugada, borracha. Luego me echó en cara no haberle dado hijos. Yo le dije que si no servía qué culpa tenía yo..., que la culpa era de ella...

—¿Pero tú..., tú sirves para tener hijos..., tú..., tú...? ¡Si eres un medio hombre!

Y nos enzarzamos en una discusión que terminó a bofetadas. Más tarde vomitó sobre la cama.

—Muy edificante.

—Ahora vive amargada por no haber tenido hijos.

—Pero no tendrá razón y serás tú el culpable.

—¡No, yo sirvo; te aseguro que sirvo!

—Por mí puedes ahorrarte esa energía...

Y le miró con desprecio.

—¿Y después de eso piensas seguir, manso, manso, aguantándola?

—No, anoche lo decidí...; mándame el policía ése para que hable antes conmigo.

—Te daré sus señas, yo no quiero mezclarme en nada.

—Por lo que más me cuesta pasar es por lo de los testigos.

—Pues tú verás..., ¿no comprendes que hay que cogerla?...

—Con las manos en la masa..., sí..., pero es que no paso porque los dos testigos la vean encamada con otro... los hombres buenos son una gente tan..., tan respetable...

—Todos estamos ya hechos a esto... y a otras cosas.

—Sí, desde luego..., pero se me hace...

—Ya te irás acostumbrando.

—Qué remedio.

—Pues entonces.

—¿Cuándo me vas a mandar el policía?

—Mañana, si quieres..., para que vaya poco a poco empapándose.

—Eso es..., hay que ir con toda clase de seguridades.

—Estate tranquilo..., si es su oficio.

—¿Los dos hombres buenos podrán ser unos cualquiera..., no tendrán que ser conocidos?

—Sí..., cualquiera.

—Porque yo no quiero que sean dos testigos jovencitos, petulantes de esos que abundan tanto ahora... a ser posible dos testigos viejos.

—Sí, cuanto más viejos mejor, así no se encandilarán sorprendiendo a tu atrayente Lolita desnuda.

—Dirás lo que quieras, pero cuerpo, como cuerpo, tiene un cuerpo estupendo... Tú no puedes opinar porque eres de la competencia.

—Me callo entonces.

Pararon en la carretera de Fuencarral frente al Mesón, y penetraron.

Enfrente, en la sierra, había aún algunas tocas de nieve. En el aire andaba una dulzura maleable.

Se sentaron a una mesa toda regada de sol.

—¿Qué van a tomar los señores? —les preguntó el camarero pasándoles la carta. Celia ni la miró.

—¿Qué pescado tienen?

—Unos salmonetes muy frescos.

—Muy bien, unos salmonetes... y después ¿tienen cerdo?

—Sí, señora.

—Pues unas chuletas de cerdo y una jarra de vino tinto corriente. Y ahora unas aceitunas y unos rizados de mantequilla de entremés.

Don Sergio no podía con el cerdo y tomó una ternera de Ávila.

A los pocos días, el policía privado les fue con sus pesquisas. Tenía un queridín con el que se veía en una pensión de la calle Castelló, en sus finales. Iban en el coche de él y lo dejaban en Diego de León, y desde allí marchaban andando, separados.

Él se llamaba Ricardo. Ricardo Valverde. Era hijo de un rico terrateniente andaluz con almazara y negocio de aceites, y de madre madrileña. Había empezado Derecho en la Universidad, pero abandonó la carrera en el primer curso para dedicarse a compraventa de automóviles.

Era alto, rubianco, de gesto duro y muy bebedor. Aparte del negocio de automóviles se industriaba para sacar una peseta de donde pudiese, pues no le alcanzaba con el viático paterno. Era descontentadizo y de pocos escrúpulos y se le veía frecuentemente en los bares elegantes del barrio en actitud de volcar el vaso de cuero de los dados. Le placía jugarse las consumiciones, y en las barras o sentado a una mesa, cuando la transacción era importante, resolvía sus negocios. Tendría entre treinta y treinta y cinco años. Él y otros amigotes habían contribuido con sus frecuentaciones y su trato a llevar a la débil Lolita por el camino de las combinaciones y los *gin-fizz*.

Solían verse por lo menos tres veces a la semana en su escondrijo, de cinco a siete.

Los sábados solía ser día de encuentro. Uno de ellos, avisado por el policía, fue don Sergio con los dos testigos.

—Que penetre el policía primero que es autoridad. Tú quédate fuera esperando... —le había aconsejado Celia.

—Bueno, bueno.

Llamó el policía en la pensión, y don Sergio, al abrir, se coló el primero.

—Usted espere aquí —le dijo al policía.

Cruzaron la habitación y los sorprendieron en la cama desnudos con las manos en la masa.

Lolita pegó un grito y se tapó los pechos instintivamente.

El hombre se tiró de la cama con todo impudor, sin intentar cubrirse, y apuntando al marido les dijo con todo cinismo a los testigos:

—Si quieren saber lo que es un cornudo, ahí lo tienen ustedes.

Luego, dirigiéndose a don Sergio, que apostrofaba chillador a su mujer, le gritó:

—Y usted, so manso, o se va de la habitación en seguida o le parto la cara a «ostias».

Don Sergio, temeroso, escapó hacia la puerta mientras los dos testigos levantaban acta del adulterio.

—Vamos, vamos —le chilló al policía al salir.

Luego descendió la escalera raudo.

Cuando los testigos abandonaron la pecadora habitación encontraron al policía risueño y sonriente, pero ni rastro de don Sergio.

Llegó corriendo a su tienda. Se sentó y trató de serenarse. Más tarde requirió la presencia de «Celes».

—Avisé a la señorita Celia que le quiero hablar.

Mientras se acercaba Celia, humedecido de canguelo, compuso un gesto compungido.

En aquel momento, don Sergio se desahogaba llorando a caño libre.

—Los he visto, Celia, juntos, empegotados, con estos ojos..., con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Pero cómo eres tan..., tan imbécil, ¿no te dije que no entraras tú...?

—Pero es que no creí, nunca creí que a, a mí, mi mujer me pudiera engañar... y entré a comprobarlo..., sí, a comprobarlo...

—Pero ¿cómo sois tan idiotamente vanidosos los hombres? ¿O es que creéis que el engaño es monopolio vuestro...? ¡También engañamos las mujeres, también, también, y puede que más que vosotros, más, más...!

Parecían salirle las lágrimas al hombre hasta por los agujeros de los oídos.

—Me ha deshonrado para toda la vida, Celia..., me ha deshonrado...

—No pienses ahora en eso, que la que se deshonra es ella.

Tenía curiosidad, pero en su actitud de aparente indiferencia no se atrevía a hurgar.

—Estaban los dos desnudos en la cama, y cuando hemos penetrado en el cuarto los testigos y yo, «Lolis» se ha cubierto con la mano los pechos.

—Prueba de que los tiene feos... Lo que yo te decía.

—Prueba de que aún siente pudor.

—Déjate de tonterías, si los hubiera tenido bonitos no se los tapa, se los hubiera mostrado a los testigos... Ninguna mujer, y la sorprendida en in fraganti delito de adulterio menos, se tapa los pechos delante de los testigos si son bonitos. Llegada ya a ese extremo, lo que le interesa es que se los vean..., al fin y al cabo es una justificación...

—¿Justificación de qué?

—De que siendo tan bonitos, su marido se los tenga abandonados y tenga que buscar otro hombre que se los traste...

—Calla, ¡loca, más que loca!

Se sintió pedantona Celia:

—Friné se ofreció desnuda a sus jueces como la parió su madre, así, para que se empapasen.

—No he conocido a esa señora.

—Me parece que era una griega que tenía un desnudo imponente.

—Mi mujer es de Guadalajara y tiene otro concepto del pudor.

—Sí..., a las muestras me remito.

Se le quedó mirando con miserativa.

—Sécate esas lágrimas..., que no se diga que un hombre... —y se sonreía.

—Como a ti no te va de cerca lo tomas a broma.

—¿Cómo quieres que lo tome?

Se enjugó las lágrimas y quedó más tranquilo.

—Estoy seguro de que está arrepentida.

—Arrepentida ¿de qué?

—De lo que ha hecho.

—Qué poco conoces a las mujeres.

—Pero conozco a «Lolis».

—Crees conocerla.

—Te advierto que la he reprendido al sorprenderla así..., y ha aceptado la reprimenda con toda humildad y arrepentimiento.

—Pues vas a tener que reprenderla muchas veces.

—Estoy seguro de que ésta es la primera y la última.

—Que Dios te conserve ese optimismo.

Más tarde le dio lástima aquella cantidad infinitesimal de varón... y estuvo cariñosa y lagotera con él.

Le fue consintiendo llegar a la expresiva y sabrosa dulzura de su boca. Más tarde le dejó posesionarse y tomar a peso uno de sus pechos para que comprobara cómo era mejor y más duro que los de su mujer.

—Lo que tienes que hacer ahora es prescindir de ella sin debilidades ni comentarios..., y no pasarle más dinero que el que establezca la sentencia... ¿me oyes?

Estaba tan ocupado en su penetración muslo arriba, que en su cachonda febrilidad no se percataba de lo que le decía.

—¿Por qué no te vas una temporada fuera..., hasta que pase todo este pequeño tumulto?... Yo...

—¿Tú qué?

—Yo iría a visitarte... de cuando en cuando...

Tenía entre dientes la fresa de uno de sus pezones y se la mordió.

—Animal —rugió herida la mujer—. O haces las caricias con más suavidad o terminamos.

—Perdón, Celia, mi vida.

—Mi vida, mi vida; yo soy tu vida, «Lolis» es tu vida..., todas somos tu vida. Es necesario se aclare en seguida quién lo es de verdad.

—Tú, tú.

—Y cuando estás con ella le dirás lo mismo.

—Tú, tú.

Don Sergio continuó su digital calicata fogosa.

Le daba pena y asco la pizquita de hombre que tenía delante, y para ausentarse de él fingió desvanecerse de placer.

—Basta, por favor, basta... ¡ay... ay...!

Luego con una voz delgadina que era un puro susurro:

—¿Cuándo..., cuándo te vas y adonde?... ¿No comprendes que..., que no puedo más?

—Estos días no dispongo de mí..., estoy..., estoy muy ocupado.

—Vete a la porra, imbécil.

Se alzó iracunda.

Arreglóse el pelo y la ropa y escapó dando un enorme portazo.

Su madre aquella noche llegó a casa satisfecha, venía de visitar a Raúl y traía el rostro asistido, bullicioso y sereno.

—Me ha dicho que con motivo de ser el cumpleaños del Generalísimo va a haber un indulto que le coge a él, y espera dentro de muy pocos meses encontrarse en la calle.

—Si es para volver a las andadas, mejor es que siga allí —desabrió Celia.

—Parece mentira que tú, su hermana, digas eso.

—Porque lo soy y le conozco lo digo.

—Haz, pues, el favor de callarte si piensas así.

—Con lo tranquilos que hemos vivido el tiempo que lleva detenido —sugirió «Zaca».

—¿Tú también? —le dice la madre.

—Me alegro de que salga a la calle y que a ti, como madre, te produzca una gran alegría..., pero ¿por qué ahora que está aún detenido no le vas preparando y animando para que se vaya fuera..., lejos de aquí, donde nadie le conozca ni sepa quién es?... porque sus fechorías y su conducta tanto o más daño que a él nos hacen a nosotros que somos gente de buen vivir...

—Es mi hijo y precisamente quiero tenerle cerca, a ser posible bajo mi techo, para aconsejarle y corregirle en lo que pueda y esté de mi mano...

—Si al encontrarse libre viniera a vivir a casa, yo me voy —planteó Zacarías.

—Tan hijo mío como vosotros es él... aún más hijo porque es el más desgraciado y, a más desgracia, una es más madre de sus hijos..., que los otros, los bien situados y felices, éstos poca necesidad tienen de mi ayuda y de mi ejemplo... los otros, los perseguidos y los vejados..., éstos, éstos son los hijos más verdaderos, porque más me necesitan y tienen falta de todo lo que de ternura, asistencia y consejo es una madre... que hijos, hijos más que ninguno son los que verdaderamente están a punto de caer...

—Por lo visto para ser de verdad hijos tuyos hemos de ponernos en ese trance de caída.

—De sobra me entiendes, Celia, para que quieras venir ahora a confundirme.

—No se trata de confundir, se trata de poner las cosas en claro.

—Yo, si a la salida de la cárcel se mete en casa, me voy.

—Ni que tuviera la lepra tu hermano..., ¿también tú? —terció el viejo.

—Tú lo has dicho, porque es una lepra moral con la que yo, por muy hermano mío que sea, no tengo por qué correr el riesgo.

—Suscribo sus palabras —asintió Zacarías.

—Y lo planteo ahora que es tiempo, porque me huelo lo que estáis preparando.

—Preparando, nada, te lo aseguro. Pero si él, a la salida de la cárcel, se encontrase desorientado y sin medios, y sin un techo bajo el que cobijarse... Yo, que soy su madre, no le voy a echar a puntapiés a la calle si viniese a refugiarse a esta casa, que es la de sus padres...

—Muy bien dicho —apoyó el marido.

—Pero ¿por qué este afán de emporcarnos a todos?... Es lo que no comprendo... Él, si fuese menos egoísta, debía pensar que precisamente el único sitio donde no debe venir es aquí, que es el hogar limpio y sin tacha de sus padres y hermanos... Esto debe ocurrírsele al más simple, y Raúl será lo que sea, pero no tiene pelo de tonto.

—Es por maldad, por maldad... Raúl es un chulo de mala sangre, y ahora, con el fracaso de las drogas y su cárcel, más, y al verse perdido seguro que piensa: «Yo, que ya estoy deshonorado y lleno de mierda hasta los ojos, pues tengo una manera sencilla, sentimental y sensiblera de acabar de hundir al resto de la familia y es cuando salga de la trena irme a convivir con ellos, a quienes odio..., que todo se pega y contagia menos la hermosura...».

—Como él se las ha dado siempre de estar en el secreto de las cosas —se dolió Zacarías.

—Veo cómo pensáis de él los hermanos..., que le odiáis y le envidiáis, porque tiene mejor planta y simpatía que vosotros y no le podéis ver ni en pintura... Pero él de vosotros, que lo sepáis, os respeta y os quiere y os admira, y de ser vosotros los vejados y perseguidos, jamás hubiera salido de su boca, estoy seguro, una condena y menosprecio así...

—Eso indica que sabe dónde le aprieta el zapato —aclaró Celia.

—Si no os vais a entender, como se ve, mejor será que lo dejéis —resumió el viejo.

—Por mí, dejado está —dijo Celia poniéndose de pie.

—Espera a tomar el postre —la apaciguó la madre.

—No tengo ganas... y he de irme pronto.

—Lo malo es que hemos de tener que hablar de esto mucho para nuestra desgracia —sintetizó Zacarías.

—Debíais comprender mi situación de madre..., y sobre todo de madre de un hijo desgraciado, y cómo mi papel y mi obligación es el de echarle una mano, si lo necesita el día que se vea libre en la calle..., lo que haría con vosotros si os vieseis en su caso...

—Comprendemos tu actitud, madre, y la respetamos y hasta la consideramos maternal y explicable..., pero comprende tú también la nuestra de hermanos... limpios de polvo y paja —sonrió Zacarías.

—De hermanos, vosotros, perdona que te diga que no tenéis más que el nombre.

—En ese caso suspendo mi diálogo y me voy —le ofreció Zacarías.

La mujer bebió un sorbo de agua, clavó los dos codos en la mesa y escondió la hermosa ruina de su cabeza en las palmas de la mano. Más tarde se la oyó sollozar con una pavorida quejumbre...

—Déjalos, mujer..., que ahora piensan así..., pero si llegase el caso serían los primeros en admitirlo antes de ver a un hermano aperreado sin una cama donde dormir y muerto de hambre.

—Ay, Romualdo, que no los conoces, que es verdad lo que dicen y lo que piensan, y Dios quiera que no se vea en necesidad tan angustiada el Raúl, porque harían contra él más aún de lo que amenazan.

—Pues que piensen que si lo hacen así, conmigo han terminado para *in saecula saeculorum*..., que el Raúl tendrá sus defectos, quién no los tiene..., pero que cuando le llegan mal dadas es manso y bueno y comprensivo en vez de crecerse, eso va a misa..., y lo que va a misa, pues va a misa...

—Bueno, calla, «Romu», que no sé lo que te pasa que esta temporada estás muy hablador y la mareas a una...

El hombre se calló.

Araceli tomó de un brazo a su madre y la ayudó a levantarse.

—Anda, madre, vamos a tu cuarto y échate un ratito a descansar...

—Pero este hijo —suspiró—, este hijo... me está costando más sufrimientos y lágrimas que todos los demás juntos...

Sintió un pie dormido, y subirle como un hormigueo calambreante por la pierna y el muslo.

—Esta pierna... debe de ser que con los disgustos no me anda la sangre y se me para...

—Ande, que no es nada, bien abrigadita en la cama se le quitará en seguida —le brindó la hija.

—Tú, Araceli, ¿qué harás si el Raúl al salir de la cárcel se viene a casa a vivir con nosotros hasta que encuentre algún trabajo en qué ocuparse?

—Pues recibirle, que es mi hermano, y aunque sea un fresco, pues disimularlo.

—Pero tú también, tú también eres de las que creen que el Raúl es un fresco.

—Yo y todos..., eso que se te quite de la chola por muy madre de él que seas.

—Si le vieras..., pero si le viste el jueves pasado en la visita conmigo y está hecho un santito.

—Mientras esté allí, sí, hecho un santito..., pero en cuanto salga hará de las suyas... Si es que lo lleva en la masa de la sangre, madre..., en la masa de la sangre.

—¿Pero qué es lo que lleva en la masa de la sangre?

—Pues la marchosería y la chulería y la frescura y la vagancia y el ahí me las den todas... y qué sé yo cuántas cosas más.

—Pero esta vez me ha prometido corregirse, y cuando salga será otro, verás como es otro.

—Ay, madre, pero por qué eres tan ingenua..., nadie se corrige de lo que lleva en la masa de la sangre, porque la sangre es más fuerte que todo..., y aunque el propósito de él sea corregirse, que no lo creo..., no lo conseguirá.

—Pues si después de las promesas que me ha hecho no se corrige, allá él, porque yo le echaré de casa y no volveré a admitirle.

—Él no se corregirá nunca, pero tampoco te corregirás tú, porque el ser madre también se lleva en la masa de la sangre... y le seguirás recibiendo en casa haga lo que haga.

—Te juro que no.

—No jures en vano... Nadie se corrige de nada cuando se lleva en la sangre, porque la sangre, que es la verdadera vida, es más fuerte que todo.

La acostó y se fue sosegando.

CELIA fue a su trabajo irritada.

Al poco rato apareció «Celes».

—Don Sergio que vayas.

—Dile que estoy muy ocupada y no puedo.

A media tarde recibía a un comisionista y más tarde a un representante de una fábrica de cosméticos de Barcelona. Le hizo unos pedidos. La buena marcha del negocio la empapaba de satisfacciones aquietadoras.

En aquel momento pensó: «¿Qué hará Ismael?». Ismael se llamaba un viajante de productos de tocador de Hospitalet por quien sentía una pasión ascendente..., pero que la disimulaba y trataba de sofocar... «¿Qué hará ahora? ¿Dónde andará?». Le placía pensar en él, sobre todo en los instantes de rabietas y disgustos. Eso la templaba. Pero más tarde acababa abandonando su pensamiento convenciéndose de que no le convenía... «No tiene más que sus comisiones... Y qué hago con un hombre así, porque sus comisiones no son ninguna cosa del otro jueves...», se decía. «Pero bastante tienes tú con lo que ganas para preocuparte del dinero», le soplabla una vocecilla.

«Pero no suelen dar buen resultado este tipo de matrimonios en que la mujer es la rica..., sobre todo si la mujer es absorbente como soy yo. Para eso prefiero no casarme y vivir soltera. De otra parte, a mí me gusta y yo le gusto. De esto, de que yo le agrado me di cuenta en seguida. Pero es un tanto tímido, y aunque se me ha insinuado más de una vez no se decide a plantearme el caso. A mí me gustaría que lo hiciera para no decirle ni que sí ni que no... Para darle unos ánimos a medias y tenerle en rehenes. Pero no viene hace tiempo por aquí y me agradecería verle con más frecuencia, sobre todo ahora».

En esto surgió don Sergio.

Estaba en la tienda, en su podio desde donde apacentaba a ratos su toma y daca... Se hizo la muy ocupada y no levantó la vista.

Él siguió contemplándola esperando alzase los ojos.

Una de las jovencitas más oficiosas se acercó y la susurró:

—Don Sergio parece que quiere algo de usted.

Alzó la vista.

De los clientes a las vendedoras se tejía una red de afanes y apetencias. Sonaba con frecuencia el timbre de la caja.

Celia le saludó con la mirada muy prudentemente, pero sin moverse.

Él se acercó.

—Vete, vete de aquí —le musitó—, pero después de lo ocurrido, ¿cómo te atreves a aparecer por la tienda?

Él se sonrió como diciendo: ¿pero qué ha pasado?

—Los hombres sois de una torpeza y de una falta de sensibilidad...

—Eso sigue su curso —le dijo.

—¿Pero no se te cae la cara de vergüenza?... si lo sabe todo Madrid.

Él se tocó una mejilla y percibió que seguía en su sitio. Él pensó: «¿Pero qué dice esta mujer?... si a mí no me conoce casi nadie..., soy un hombre de escasísimas relaciones... Además, ¿por qué este afán de las mujeres de creer que el accidente más pequeño se ensancha y llena la curiosidad de todos?... Si Madrid tiene ya más de dos millones de habitantes, y los madrileños se ocupan en algo más importante que en preocuparse de los cuernos de un pobre diablo desconocido...».

—Vete, vete de mi presencia y no aparezcas más por aquí —le susurró, refrenando su ira.

—Bueno, escucha, hemos de hablar.

—Pero no ahora y aquí delante de todos..., vete..., te digo que te vayas.

Él se palpó el cuerpo..., después contempló el azacaneo del negocio. «¿Será verdad que todo Madrid no habla y se preocupa más que de mis cuernos?... ¿Tan importante seré y no me habré dado cuenta?».

—Vete, por favor, por caridad, ¿no ves que todos te miran?

«Cuando tanto insiste ella, será verdad»; y se retiró avergonzado. Se llevó una mano a la frente..., después la otra...

«¡Dios mío!..., ¿pero qué es esto? Por lo que yo noto, lo de los cuernos es verdad. Le salen a uno, grandes, ondulados, robustos, como los de los toros».

Se derrumbó en un sillón. Estaba en el despacho de la dirección esperándola...

No se atrevió ya a salir por miedo a que se los viesan.

Escudriñó las paredes buscando un espejo, pero no lo había. Le entró una tristeza y un desasimiento angustiosísimos, acezados, hasta que desaguó en un mar de lágrimas.

Escondió la cara entre las manos y lloró con asco, con despecho, con fuerza.

Cuando la mujer entró, una salada suavidad ganaba todas sus orillas.

—Te vas a ir de Madrid en seguida.

—Me iré.

—Pero sin esperar a mañana, hoy mismo, ¿me oyes?

—Sí.

—Todas las chicas de las dos tiendas lo saben.

—¿Quién se lo ha dicho?

—No sé.

—Pero hasta más de dos millones de habitantes..., fíjate, fíjate la gente que queda.

—Pero si los que nos rodean lo saben y lo comentan con rechifla es como si lo supiesen y lo guaseasen todos los madrileños..., ¿me oyes?, todo Madrid.

—Sí, mujer, sí, me iré.

—Pero ahora mismo; coge el coche, vete a casa, haz la maleta y largo.

—¿Pero dónde?

—Por lo menos a quinientos kilómetros de distancia, a quinientos kilómetros.

—Es demasiado lejos para saber con frecuencia de ti.

—Así estarás más tranquilo, sin que te moleste nadie, y tendrás tiempo largo para pensar en tus cosas, que ya lo necesitas.

—Pero ¿me llamarás por teléfono hasta que vengas a reunirme conmigo?

—Tú escapa a Sevilla esta noche, que es jueves, y el sábado a la noche o en la madrugada del domingo me reuniré contigo. —La promesa de madrugada le trajo una grata frescura.

La miró con embaidora delicuescencia.

—¿Pero tú crees que lo sabe mucha gente?

—Todo Madrid sabe que eres un cornudo, un cornudo cornudo, un cornudo in fraganti, y lo comenta con cuchufleta.

—¡Dios mío!

Se llevó las manos a los cuernos y se agarró de ellos.

—Baja esas manos... y vete, vete..., que no te vea más por aquí.

Salió. Al escapar intentó darla un beso, pero le rechazó.

Se reunió con él en el hotel en Sevilla la mañana del domingo.

Pensó que se daba a Ismael, el viajante catalán de cabeza de romano y sonrisa blanca y fresca. Siempre pensará que perdió el virgo con él.

En la tienda y en su casa le manifestó a la muchacha de su confianza que iba a París por compras y que estaría unos diez días fuera. Estos días de devaneo erótico: Sevilla, Granada, Córdoba, Cádiz y Lisboa le consintió se desfogase física y moralmente; pero en cuanto se reintegraron a Madrid se instaló en su vida, en su conciencia y en su cuenta corriente con una violencia fulminadora.

—Mira, Sergio, tú eres muy bueno..., pero eres débil de carácter y nunca has sabido con precisión lo que quieres...; de modo que te toca obedecer, y a mí, actuar.

Él se enrabietó y dijo que era el amo. Pero la mujer no le hizo caso.

—No sabes la suerte que has tenido con conocerme a mí y asociarnos como nos hemos asociado en el negocio y en el amor.

Pero a él le conturbaba y excitaba sobremanera aquella mujer y sabía siempre encontrar una salida para todos los acaeceres..., y se resignó.

Tomaron una planta baja modesta, en el mismo barrio de Salamanca, para depósito de géneros de la perfumería y de la tienda de bolsos..., y al fondo aderezaron una habitación con una mesa escritorio y una cama plegable y un cuarto de aseo con una ducha...

—Por si yo necesito quedarme alguna noche a trabajar y no tengo ganas de ir luego al otro extremo de Madrid, donde está mi casa —le insinuó la mujer...

Y allí se veían con disculpa del negocio, y sobre esa empecatada cama iba perdiendo él todos sus atributos de mando y de carácter.

Él se enrabietaba con frecuencia; ella le consentía estos desagües necesarios a su ciclotimia.

Cuando se ventiló el asunto de su adulterio y consiguió de la Iglesia su separación corporal, le pasó a su mujer la exigua cantidad que le designó la ley.

Lolita se le presentó en la tienda con ánimos hostiles, dispuesta a armarle la tremenda a ver si conseguía sacarle más dinero. Pero Celia, que se lo suponía y estaba alertada, se presentó en seguida al quite.

—Escucha, «Lolis», o te vas en seguida de aquí, que bastante dinero te da tu marido después de haber vejado y pateado su nombre con tus putañerías..., o te saco yo a rastras del pelo; conque elige.

—Tú qué tienes que meterte..., esto es cosa de mi marido y mía... y de nadie más.

—Tú marido está asociado conmigo en un negocio.

—Que es el de acostaros juntos..., ¿crees que no lo sé?

Se fue Celia sobre ella y si no se interponen el marido y las dependientas que acudieron al alboroto, lo hubiera pasado muy mal «Lolis».

Se arrojaron su inquina, su envidia y su odio envuelto en mierda.

La mujer sangraba de las narices y de la boca y Celia, pálida y fría, apañuscaba entre sus dedos un mechón, de pelo de la adúltera.

—Vete, ¡eh!..., y que no te vea más.

Lolita, empavorecida y dolorida, escapó sin rechistar.

Era a la hora del cierre y el espectáculo no trascendió a la clientela.

Celia se derrumbó en una butaca y, con la cara escondida entre las manos, sofocó unos hondos sollozos.

«Celes» la ayudó y la consoló en el mal paso en que se encontraba.

—Pero después de lo que ha pasado, no sé cómo se atreve esa mujer —se lamentó «Celes».

—Es que es una tía tirada.

—No pensé que hubiera descendido a tanto.

Don Sergio rugía y era su voz deshilachada como el rasgar de muchos cuchillos.

—Pero ¿dónde, dónde tendrá esta mujer la vergüenza?

—¿La ha tenido alguna vez? —le preguntó Celia.

El hombre quedó cortado.

—Déjenlo ya y sosiéguese —les suplicó «Celes».

Las chicas se habían ya retirado y estaban echados los cierres.

—Menos mal que ha sido a esta hora..., porque si viene un rato antes, hubiera sido el descrédito más espantoso —se dolió «Celes».

—Pero ésa volverá, yo la conozco y es capaz de volver —temió don Sergio.

—Habrá que presentar una denuncia por escándalo y allanamiento de negocio, será lo mejor —dijo Celia, poniéndose en pie.

Se contempló en su espejito de mano y se encontró palidísima Celia.

Estaba despeinada.

—Siéntate y descansa un rato sosiégate. No se te va a ocurrir salir así.

Don Sergio se encasquetó su sombrero y dijo:

—Yo me voy. Hasta mañana.

—Adiós —le despidió Celia, y le miró con una gran dulzura.

—Pero qué cosas os habéis soltado —le confesó «Celes» cuando se quedaron las dos mujeres solas.

—No habrás creído nada de lo que ha dicho de don Sergio y de mí.

—¡Mujer!... ¿Por quién me has tomado?

Pero estaba segura de que ya lo sospechaba y se lo había creído.

—Claro, la pobre, por lo visto, con lo que le pasa no puede vivir —la disculpó.

—Pues que lo hubiese pensado antes de ponerle los cuernos, o es que tú también estás de su parte.

—Estoy de parte de don Sergio... A mí me parece horrible que una mujer engañe a su marido... Como me parece muy mal que un marido engañe a su mujer...; pero aunque le ha faltado y la falta es grave..., es su mujer, y con lo que le pasa, por lo visto, no tiene para vivir..., y que quiere que vuelva a las andadas y tenga que seguir afrentándole.

—No es cuestión de dinero...; le pase lo que le pase volverá; es una furcia, que lo lleva en los ovarios.

—En ese caso él puede estar tranquilo y convencerse de que lo hace por vicio. Pero si no le da lo necesario para vivir, tendrá que pensar que es por su culpa.

—Conque tú también, tú también te pones de su parte.

—Te digo que no..., pero colócate en su caso...

—¿Cómo quieres que me coloque en su caso si yo soy una persona decente?, sí, decente, y ella es una borracha y una puta tirada que se va con cualquiera..., con cualquiera.

—Pues razón de más..., así a nadie se le ocurrirá pensar que es por culpa de su marido.

—Tú eres como ella, sí, como ella, cuando piensas así es que eres como ella...; vete, vete de aquí, que no te quiero ni ver..., vete, vete.

Se fue sobre ella con las manos crispadas, engarfiadas.

—¡Pero Celia! —exclamó la mujer con los ojos desorbitados, atónitos.

—¡Vete, vete!..., que eres tú también otra puta como ella, otra puta..., sí, otra puta.

«Celes» escapó horrorizada.

ESTABAN los habituales para la partidita aquella tarde en la tasca de «el Pinturas»: «el Suave», «el Pestañas» y «el Botines» cuando el dueño, con su mejor semblante de marica, les sopló:

—Está al salir «el Raúl».

Los tres a una levantaron la vista de lo que traían entre manos.

—¿Tan pronto? —preguntó «el Suave».

—La vida es un soplo —sentenció «el Pestañas».

«El Botines» no dijo nada, le tocaba salir y lo pensaba mucho. Era raro encontrar al «Botines» por casa de «el Pinturas». Ya en la época de esplendor empezaba a desertar de sus partidas.

—Que se te ve el pelo cada vez menos, «Botines» —le canturreó «el Pestañas».

—Es que se me cae con los años.

—Tú ya me entiendes...

Se miran y se sonríen los cuatro.

A él le respetaban y nada le decían, pero cuando faltaba a la partida, que solía ser cada vez con más frecuencia..., le tiraban sus puntadas...

Que si era un ansioso y no le bastaba con una, con «la Rosarito», y que tenía ahora «aparcada» a otra mujer, a «la Ingeniero», que era una moracha de ojos verdes muy lánguidos que se las daba de distinguida y era más cursi que una mata de habas. Esto decía «el Pestañas». Pero parece que «el Pestañas» fue de los primeros que intentó ponerla al punto sin éxito en cuanto surgió halconeando por la Gran Vía... y vías adyacentes.

—¿Yo con un albañil?... ¡pero vamos! —parece que le despreció ella—. Yo soy de Ciudad Real..., y hasta ahora he mantenido a un marqués..., bueno, a un hijo de marqueses que heradará en seguida el título..., y de ahí pa arriba...

—En la partida de «el Pinturas»..., hubo sus más y sus menos...

—Que unos tengan dos y otros no tengamos naa con que apretarnos en las madrugadas de frío..., eso no está bien, ni mucho menos —se quejaba «el Fosforita», a quien llamaban los del gremio así porque siempre estaba chisporroteando.

«El Fosforita» se hallaba vacante desde hacía una larga temporada.

—Bueno, «Fósforo», es que tú eres un exigente... Se toma lo que hay en curso..., y luego, si se puede, sobre la marcha se mejora... —le decía «el Pinturas».

«El Fosforita» caía por casa de «el Pinturas», y cuando no estaba «el Botines» para hacer el cuarto, se solía sentar a echar su partidita. No era muy chamelista. Era de la última ola, y los de la última ola no son aficionados a darle al marfil. Pero era por echar una mano a los compañeros. Él era así..., atento..., y servicial. Además quería ganarse la simpatía de ellos..., porque «el Fosforita», eso decía él, había llegado casi a un acuerdo con «la Ingeniero» para trabajar juntos..., pero había surgido «el Botines», rodeado entre el gremio y, sobre todo, entre ellas, entre las hembras perdidas, de una fama sin orillas..., que porque él no admitía más trabajo, lo demás abre colegio y se encuentra a la hora de la docencia con las que hubiera

querido. Tiene una, «la Dengues»..., Rosarito; él, que ha sido todo un duque, la llama por su nombre, y ya está bien.

—«El Botines» es el único de nuestra profesión que ha conseguido enriquecerse. Todos sabemos lo que a ella y a él les dio «El Divino».

Esto de «El Divino» se refiere a «El Divino Impaciente».

—Y debía haberle bastado con una mujer..., cuando estamos tantos, en estos momentos, con tan buen *pedigree* de chulos, como el que más..., a la luna de Valencia... Y dos, por si le resulta poco una; dos..., siendo un hombre rico como lo es..., con cuenta en los mejores Bancos... Eso clama al cielo.

—«El Botines», aparte de ser de la profesión, es amigo nuestro y compañero de partida..., y lo «correzto» es lo «correzto» —sentenció «el Pestañas».

—Pues se podía, por todos, haber quedao en su casa unos días más, cuando yo casi tenía en el bote a «la Ingeniero».

—Eso es cosa vuestra —le soltó «el Suave», maltratando una ficha...

«El Fosforito» respiraba por la herida de su fracaso, cuando se le adelantó «el Botines» y consiguió «aparcar» para sí a «la Ingeniero»... «La Ingeniero», la llamaban así porque era hija de un ayudante de minas de Almadén... Y era una mosquita muerta..., altanera. Con la más fútil disculpa echaba por delante: «Yo soy de Ciudad Real».

—Ni que fuese de Madrid, de Sevilla o de Coruña, que son las poblaciones que dan las mejores mujeres de cama... —aseguraba «el Pinturas»... —; pero de Ciudad Real... ¿Dónde está eso en el mapa? —preguntaba «el Pinturas».

No era la geografía el fuerte de estos caballeros y siguieron calladitos.

Pero «el Botines», que desde que se sintió bien forrado de billetes caía poco por allí y espaciaba sus partidas, vio en seguida en «la Ingeniero», por su figura, su trato y su educación..., había estado de niña en un colegio de monjas de pago, en Albacete..., una minita... Lo difícil fue convencerlas a las dos, a Rosarito y a ella, de que lo cortés no quita a lo valiente... Vamos, que podían convivir las dos a su sombra..., y que una cosa es el amor y otra el negocio. Pero Rosarito se negaba a la convivencia, porque «el Botines» se empeñó, para tenerla más a mano a «la Ingeniero», llevarla a su casa y que los tres viviesen bajo el mismo techo...

—Para educarla y enseñarle y sacar de esta chica una perfecta pupila en su oficio he de tenerla bajo mi vista, en todo el tiempo que no esté dedicada a su tarea, como en un internado; eso, como en un colegio, que viviendo ella sola como medio pensionista corro el riesgo de que se me malogre.

—Que me propongas esto me llevan los demonios, ¿y ésa es la gran pasión que sientes por mí, según tú?

—El que yo esté enamorado de ti, querida Rosarito, nada tiene que ver para lo que te propongo... Se trata de un negocio como otro cualquiera... Esta «Ingeniero» puede y debe ser una minita para los dos, porque te digo y te repito que cuando el tiempo pase y se vayan ajando tus encantos y yo empiece a cansarme de esta clase de

enseñanzas, tú y yo nos casaremos como manda la Iglesia de Roma..., ¡y a otra cosa, mariposa!...; pero mientras tanto..., por qué por unos celillos estúpidos, que no tienen razón de ser, voy yo..., mejor dicho, vamos los dos, que somos dos asociados, a despreciar esta ganancia que se nos viene a las manos, precisamente por el prestigio que en el gremio he adquirido, por tu asociación conmigo y por esta riqueza que tus fértiles encantos nos han proporcionado. Esta fama de nuestra riqueza, con tan sutiles artes adquirida, es la que hace que las mujeres de la vida un tanto ambiciosas deseen ponerse bajo mi docente patrocinio... Pero no más de dos, estáte tranquila, que es éste de guiar y educar mujeres descarriadas arduo menester.

—Si se te deja hablar queda una indefensa y sin argumentos que oponerte, porque todos acabas coloreándolos a tu medida y a tu gusto.

—Pero si todo lo que esta mujer me va a producir será para ti desde el momento en que me casaré contigo.

—Pero eso es una promesa.

—Una promesa que tú sabes se realizará.

—Pero mientras tanto he de pasar por la vergüenza de que, de cuando en cuando, te acuestes con ella..., en mis narices.

—Sabes lo cansado que me coge «la Ingeniero» y la fama bien ganada que tiene de mujer fría y ambiciosa..., y cómo va a ser esto una coyunda de conveniencia... De otra parte, conoces mi deseo de que, poco a poco, tú vayas dejando de... de trabajar...

—Eso es cosa mía —replicó Rosarito, irritada.

—Tú ya estás para una vida descansada y tranquila.

—Te repito que eso es cosa mía.

—Creía que mi situación de aspirante enamorado frente a ti me daba derecho a esto..., y a más que esto...

—Sabes cuánto me enoja me hables de derechos.

—¿Por qué, si son derechos que se han hecho en ti ya deberes?

—Déjate de monsergas.

—Depón tu enfado y sosiégate..., ¡mi vida!

Observándole con penetrante fijeza.

—Pues si te piensas casar..., ¿por qué no hacemos una cosa?

—¿Y es?

—Casarnos primero..., y ya casados me importa menos trastees a esa jovencita.

—Que no es serio lo que me propones.

—¿Y que la trajines sin haberte casado, sí?

—Es menos indecoroso.

—Quisiera yo saber qué entiendes tú por decoro.

—Pues lo que se ajusta al honor, al respeto que uno se debe, al recato y a la honestidad..., eso es el decoro.

—¿Y no te parece que ni tú ni yo estamos autorizados para hablar de eso?

—¿Por qué no?... En una sociedad tan deliciosamente hipócrita y tartufa como la que vivimos...

—No te escapes por la tangente... ¿Nos casamos, sí o no?

—Consíenteme que lo piense.

—Si yo me caso es para abandonar, definitivamente, los líos que tengo por ahí.

—Eso no me preocupa.

—¿Ves?, esta actitud tuya de consentido es lo que me hace dudar de tu amor.

—Te repito que el negocio es el negocio.

—Y el amor verdadero es el amor verdadero, que es celoso de la persona amada y no es jamás consentidor.

—El fin justifica los medios, y el fin nuestro bien sabes tú cuál es.

—¿Pero no dices que estamos ricos?

—El dinero, se tenga el que se tenga, siempre es insuficiente..., ¿cuándo vas a aprender esto...?, y más a la vejez..., y caminamos a ella con paso rápido, no lo olvides...

—Yo me encuentro muy fuerte, muy sana y muy bien.

—Pero el día menos pensado te despiertas alicaída y enferma..., y entonces será ella. La vejez sólo es soportable rodeada de toda clase de comodidades...

—No seas de mal agüero.

Se hace un silencio pensante.

Contempla al hombre un rato, con indisimulable embeleso.

—Contesta: nos casamos ¿sí o no?

—Sí..., pero para echarle unas gotas de misterio me vas a permitir que sea un matrimonio secreto.

—Con tal de que sea un matrimonio hecho en la iglesia y por un cura, échale lo que quieras.

Se casaron a las pocas semanas... Pero días antes «la Ingeniero» estaba ya instalada en la casa de ellos recibiendo los consejos y enseñanzas de «el Botines».

Lo primero que hizo fue esconderle todos sus afeites y pinturas y toda la bisutería, que era abigarrada y abundante. De todo su vestuario, pues «la Ingeniero» tenía mucha ropa, aunque de mal gusto, destacó un traje sastre sencillo y un jersey color *beige*...

—Escucha, Carmencita... —«la Ingeniero» se llamaba María del Carmen—. Hoy se celebra una boda muy sonada en los Jerónimos y a continuación se dará una comida fría en el Ritz... Ponte esta ropa sencilla y este sombrerito de Rosarito.

Habían quedado en no confesar su matrimonio a nadie.

—Asistiremos los dos a la ceremonia..., luego te haré un rato compañía en los salones del Ritz... Y te dejaré allí..., abandonada a tus reflexiones y a tus encantos.

—¿Pero está usted invitado?

«La Ingeniero» era tan prudente y discreta que le trataba de usted.

—Para asistir a una boda en Madrid no es necesario estar invitado; uno se invita o

no se invita.

—Pero en cuanto noten que no estoy invitada me echarán del local.

—En ti está que no te lo noten... Ésta será tu primera lección.

Y así lo hicieron. El templo estaba precioso, todo adornado de flores y de luces. Los novios eran una parejita encantadora, los dos aristócratas.

Durante la misa «el Botines» le dio algunas reglas de conducta. Y en el ágape la orientó con suavidad y perspicacia.

Para entrar, «el Botines» sacó un tarjetón que era una invitación a una conferencia de un profesor de Guatemala bajo los auspicios de la Junta de Cultura Hispánica.

El portero, al ver asomar la tarjeta ni la miró.

En aquel momento revoloteaban, a su alcance, ocho o diez tarjetones de otras tantas parejas.

—Observarás, querida Carmenchu, que en este Madrid las puertas se abren para que entren todos, invitados y no invitados.

—Pero hace falta una cara dura.

—No..., basta con un poquito de serenidad.

Orientó un instante a su catecúmena..., la dio un beso en la mejilla y se retiró «el Botines».

No tuvo «la Ingeniero» tiempo de volverse cuando un joven bastante maduro la requirió para bailar.

La mujer aceptó encantada.

Todos los resquemores y suspicacias de Rosarito se fueron atenuando y debilitando a la vista del fructuoso resultado de la erótico-comercial campaña de «la Ingeniero». La muchacha era de buen carácter. Salvo la petulancia de enarbolar que era de Ciudad Real, por lo demás era sencilla y servicial y modesta, y se colocó en una actitud de cariñosa y humilde situación respecto a Rosarito. Era bastante más joven que ella y aceptó en seguida sus consejos y advertencias como de mujer más experimentada y vivida... Luego, al rendir cuentas, era delicada y nada trapalona.

Tenía buenos asuntos, sacados de bodas y funerales distinguidos y de conferencias e inauguraciones de exposiciones de pintores ilustres.

Por entonces, «el Botines» tuvo una idea feliz. Se anunciaban en el «ABC» unas conferencias o charlas de un padre jesuita que venía precedido de convincente fama suasoria. El tema de sus charlas era: «El verdadero hogar católico. Relaciones de los casados y obligaciones mutuas».

—Carmencita, guapa..., no sé por qué tengo la corazonada de que de las charlas de este elocuente jesuita vas a sacar gran provecho...

—Pero si son para atraer al verdadero hogar a los maridos descarriados y a las señoras que andan un tanto sueltas.

—Pues por eso, hija, por eso... Es el gran escenario, el gran momento para que tus encantos encuentren a un marido bueno, católico y hogareño..., con deseos de descarriarse...

Y allí fue Troya.

Las conferencias se daban en la iglesia de la Concepción..., y se colmaba el templo hasta el derrame por las puertas abiertas.

«La Ingeniero» iba muy temprano para coger banco..., y de los primeros, para no perder sílaba del jesuita.

Se veían rostros contritos y alargados de caballeros más o menos condescendientes con sus esposas. Algunos iban con ellas, y cuando el padre lanzaba un treno contra ellos les daban con el codo, como brindándoles:

«Va para ti».

Nadie diría al ver aquella muchacha que era una meretriz.

«El Botines» tenía dada orden a su Rosarito...

—Que no salga sin que tú la veas cómo va.

—Por la cuenta que nos tiene.

Iba siempre sencilla, sin afeites ni adornos, pues como era joven y bonita no los necesitaba. Llevaba un jersey deportivo, azul pálido, que no le consentía el más ligero escote, y la cabeza alta y bien matizada se asomaba como por sobre una gorguera. El pelo corto y suelto, propicio al nervioso derrote. Tenía un cutis terso, como de porcelana, y la expresión de los ojos claros juvenil y alacre. Las maneras, elegantes y desenvueltas.

Cuando el padre jesuita denostaba la superficialidad y el afán de lujo y de goce de algunas hembras, que más que mujeres de su casa y casadas cristianas parecían venales cortesanías..., «la Ingeniero» echaba el curvo y elástico cierre de sus párpados con una pía beatitud. Su pecho quedaba tocado de una dulce gracia religiosa..., y un hormigueo suavísimo le bañaba el cuerpo...

Y fue al salir de la iglesia en la tercera conferencia: «Límites en la intimidad de la pareja», atrevido tema el que desarrolló, cuando las aglomeraciones en los postigos laterales de la gran puerta que daba a Goya fueron tan enormes que «la Ingeniero» fue derribada y sufrió una torcedura o esguince del tobillo izquierdo. Un caballero muy bien portado la alzó y con su cuerpo la defendió de la embestida y, ayudada de su chófer y de otra señorita, la trasladaron en el coche del caballero a la casa de socorro más cercana.

No pasó de un susto, pero «la Ingeniero» le echó sus mejores gesticulantes quejas. El señor se compungió y se dolió de que no hubiesen abierto la puerta grande.

—Pues si ya el segundo día el gentío no cabía en la iglesia... —se lamentó—, y el tema de hoy se las traía —tratando de estar ingenioso.

El médico joven que la atendía se hallaba muy nervioso con tan sabrosa pierna entre manos.

—¡Ay, ay, ay! —se quejó, lastimera, la paciente.

Terminaron de vendarle el tobillo...

Unas lágrimas gordas, solazadoras, le corrían por las mejillas palidísimas.

—Y cuidado que ha desarrollado el tema con pulcritud y delicadeza... —aventuró

el señor grave, que tenía cogida a la sufriente Carmencita de una mano.

«La Ingeniero» detuvo sus quejas y miró al caballero agradecidamente.

La señorita que le acompañó y que le retenía por la espalda durante la cura tenía aire de fea catequista solterona.

—No se apure, tomaremos un taxi y yo le acompañaré a casa —le ofreció.

—No lo consentiré; ¡pero si en mi coche, que está a la puerta y en el que hemos venido, la podemos llevar!... —terció el caballero.

«La Ingeniero» le envolvió en una prometedora mirada picaresca.

—Si son tan buenos y amables de avisar a este teléfono de mis padres, que estarán impacientes al ver que no llego.

—¿Qué le parece les digamos? —preguntó la señorita.

—Nada..., que me retrasé con una amiga... Por todos los santos, ni una palabra del percance.

—Verdaderamente no vale la pena... El más leve accidente, por teléfono, si sus padres son impresionables, puede adquirir una dimensión despavorida.

Era suficiente y pedantón el caballero por el tono y la seguridad con que pretendía emitir las palabras.

Cuando estuvo ya bien empaquetado el tobillo se puso de pie y tartamudeó con él convenientemente. Se volvió y apoyóse en el brazo que le tendía el caballero.

Las escaleras empezó a tomarlas como una purga drástica.

—Usted no piense que hay escalones y abandónese a mí...

«La Ingeniero», prudente, no lo tomó al pie de la letra..., pero le miró con una deletérea suavidad.

El hombre quedó por brazos y pies, por todo por donde estableció contacto..., enfogado y endichecido.

En la mitad de la escalera simuló una desgana...

El caballero sintió sobre el flanco su poderoso, femenino y duro cuerpo.

La señorita catequista, al notar que prescindían de sus servicios, se despidió.

—Muy bien, que no sea nada —y se evaporó.

La señorita «Ingeniero» no se dio por enterada...

La sacaron entre el señor y su mecánico.

Pero ella se vencía del lado del señor..., por algo era el señor. Cuando el chófer se adelantó a abrir la portezuela..., al encontrarse sola con el caballero, la mujer se volvió:

—¿Cómo le pagaré a usted lo que está haciendo? —le dijo y se lo envió en una mirada entregona.

—Me doy por bien pagado..., bueno..., depende de la moneda en que quiera seguir pagándome. —Y le sonrió gachonamente.

La mujer se sonrojó:

—Qué cosas tiene usted.

Pero se abandonó más a él, como insinuándole la moneda con que le placería

ajustar sus cuentas.

—¿Usted es casada, señorita?

—Viuda —y se abandonó a un sollozo inconsolable.

—Que..., ¿se pone peor? —preguntó el mecánico, aturdido.

—No se preocupe —le tranquilizó la mujer.

En el coche dio unas señas que no eran las suyas y penetró en un edificio elegante de Jorge Juan donde había una modista... Y no consintió la acompañase el caballero en el ascensor.

—Me encuentro muy bien —le sonrió.

Le dio su teléfono. Le desgranó los números. Él los apuntó raudo en el margen de un periódico.

Al día siguiente la llamó a ver cómo seguía.

—No podré ir más a las charlas. No sabe cuánto lo siento.

—¿Por las charlas?

—Y por usted.

Al caballero cincuentón y ardoroso se le cayó de la mano el auricular...

Tuvo que jugarse otra vez a la ruleta el número para seguir el diálogo.

Todas las mañanas y todas las tardes la llamaba a la misma hora. Supo que era casado..., y sin hijos, pero con una caterva de sobrinos asediantes y un Consejo de Sociedad Anónima de una sociedad de productos químicos en París. El muy picarón no perdía comba.

—Todos, todos los meses me escapo a París —le susurró maliciosillo.

—¿Tanto..., tanto trabajo te dan los productos químicos?

—No te das idea.

—De volverme a casar no me gustaría hacerlo con un hombre que tuviese Consejos en París..., ya ves lo que son las cosas.

—Lo comprendo, mi vida..., lo comprendo.

El caballero auxiliador era bastante atrevido, porque en seguida, al tercero o cuarto día, empezó a llamarla por teléfono «mi vida».

Tenía una gran disculpa para no aceptar en un principio sus citas: la hinchazón del tobillo...

—¿Es eso lo que te recomienda el padre jesuíta en sus charlas? —le contestó una tarde en que le pedía con mucha insistencia verla—. Eres un hombre casado y debes dar todo esto nuestro por olvidado..., yo te quedo enormemente agradecida, ya que, si no por ti, una vez derribada me hubieran pateado el cuerpo.

Y le ganó un gran desplacer.

—No puedo..., no puedo aún salir, no me consiente el médico aún más que unas pocas vueltas por el pasillo..., y sin apoyar mucho el pie.

—Podemos ir en mi coche.

—Pero, Gerardo..., ¿por quién me has tomado?

Era la primera vez que le llamaba por su nombre, el caballero se estremeció.

—Mi marido, que era aviador, pertenecía a la aristocracia catalana y murió bombardeando Dar-drius..., yo, que... quedé desolada.

Gerardo percibió su estremecido sollozo por el hilo.

Ya cuando «el Botines» creyó la cosa madura le consintió aceptase una cita acompañada de la señora Paca.

Primero la adiestró y preparó bien, porque a la señora Paca se le calentaba a veces la boca si había bebestible por medio..., y se embalaba.

—Usted no ha de tomar parte en el diálogo de los enamorados..., ¿entendido?

—¿Entonces «pa» qué voy? —argüía la mujer.

—Usted va como mujer representativa de Carmencita.

—Y que no se le escape a usted llamarla «la Ingeniero»..., porque la pringamos.

Era una chata repolluda la señora Paca, y le iba muy bien el papel de representación.

Llegó tartamudeando un poco del pie izquierdo y el hombre se enterneció. Era en el Retiro, junto a la Rosaleda. Mediodía de una mañana de finales de abril.

Doña Paca se retiró a ver y aspirar las rosas..., y ellos hablaron.

El hombre le tomó la mano emocionado.

—Cuánto he pensado en ti..., estos días.

La miró enamorado al tobillo.

—¿Y eso cómo va?

—Casi bien —y le sonrió.

Se hizo un silencio aliviador y dulce.

—He venido por primera y última vez, eh... No lo olvides ahora. Es gracioso que te haya conocido donde te he conocido. Si fueras viudo, como yo..., pero eres casado..., ¡qué horror!, después de haber oído las charlas del padre González de la Higuera...

Los jesuítas ya podían dejar un rato en paz al sexto mandamiento.

—Pues no; tienen razón en insistir sobre él..., porque es la madre de todas las calamidades familiares.

Lo mismo podía haber dicho el padre, pero dijo la madre.

—Son diez los mandamientos, y el Señor no sotolineó ninguno al dictarlos..., sino que los dejó ahí a todos iguales.

—Pero esto de la carne, cuando no es con patatas, es el origen de todos los males...; hombres y mujeres nos perdemos por ahí..., y ya ves que digo nos perdemos..., y bien sabe Dios que mientras vivió mi marido le fui fiel..., y llevo una viudedad honestísima, aunque me esté mal vanagloriarme.

Le había tomado una mano y se la besaba regalón.

—No puedo vivir sin ti.

—Lo mismo le soltarás a tu mujer.

—No; a mi esposa hace tiempo ya que no se lo digo.

—Pues haces muy mal en no decírselo.

—No me gusta mentir.

—Pero si me acabas de conocer y ésta es la primera entrevista que tenemos.

—Pero lo mío ha sido *un coup de foudre*.

—¿Y qué es eso?

—Un enamoramiento súbito, repentino, ingobernable...

—Para, para el carro.

La mira con una delectación sabrosegadora.

—Cuántos..., dime, ¿cuántos amantes has tenido desde que estás viuda?

Se puso de pie, ofendidísima, y le cruzó la cara: ¡Zis-zas!

—Mi conducta no creo te haya dado motivo a tamaña grosería... —y volviéndose

—: Señora Paca..., ¡vamos!

El caballero osado quedó con las palmas de las manos en sus mejillas tratando de enfriar la percusión, mientras «la Ingeniero», seguida acezante por la señora Paca, se perdió por el Ángel Caído hacia Atocha.

Cuando le empezó a andar un poco normal la cabeza, el caballero se dijo: «Por lo visto he metido la pata».

Se alzó para avanzar por el paseo de coches hacia la calle de Alcalá.

«¿Pero será una viuda decente, con lo locas que andan ahora las viudas..., y las otras...? En fin, el mundo está lleno de sorpresas... Esto lo he de arreglar o no soy yo hombre digno de este apelativo supremo».

Trató de convencerse de que estaba tranquilo, pero no lo conseguía.

La tarde incipiente era diáfana y reposadora. Árboles y edificios se recortaban sosegadamente en su luz. Abandonó su contratiempo en el aire y le pareció menos...

«La Ingeniero» iba pensando: «¿No me habré excedido y lo habré echado todo a rodar...?». Pero en cuanto llegó a casa y les refirió el acaecimiento ruidoso al «Botines» y Rosarito, la mujer le tranquilizó en seguida.

—No te preocupes, este tipo de hombres se crecen con el castigo.

—Pero es que le he sacudido con toda mi fuerza y... en los dos carrillos.

—Mejor.

«El Botines» se reía:

—Si una mujer no defiende su honor, ¿qué es lo que puede y debe defender?

—Suponer que por ser viuda haya yo tenido amantes...

—Sí..., son unos cerdos los hombres.

—Algunos —limitó «el Botines».

—Todos, todos —rugió Rosarito—..., y unos mal pensados.

—Yo los conozco bien; verás que antes de media hora te está llamando por teléfono..., me pondré yo, que hago el papel de madre, y me va a oír.

—Tampoco lo compliquéis demasiado —temió «el Botines».

—Tú déjanos.

Contemplándola con seguridad.

—¿Te ha dicho que tiene un Consejo en París?

—Sí.

—Pues antes de un mes estás tú allí con él.

—Rosarito, ¡por Dios! Llevar a esta hija nuestra a París es como enviar turrón a Jijona.

—Yo no sé..., la verdad...; temo haberme ido demasiado lejos.

—No lo creas.

A esta altura se oyó sonar el teléfono.

El hombre soltó un regocijado risoteo.

—Ahí le tienes..., pero tú, quieta... —le dijo Rosarito alzándose y yendo al aparato.

—.....

—Escuche, señor, no puede; ha llegado enferma a casa y se ha acostado desconsolada.

—.....

—¿De parte de quién?

—.....

—Descuide, que se lo diré.

Don César Rodríguez Altúnez, capitalista casado con mujer riquísima y pesadísima por su gordura contra la que venía luchando desde soltera, sintió una pena y una desolación tremendas. Pero esta muchacha ¿de verdad se habrá enamorado de mí?... Y se bañó en el espejo más cercano y se encontró apuesto. Le graveaban sobre cada hombro doce años de matrimonio, y su mujer, millonarísima y celosísima, le pesaba con plúmbeo agobio... Y esta aventura, que él sentía se le escapaba de entre las manos, le espoleó avivando todas sus ansias. Pero se encontraba acobardado e inerme, sin saber qué partido tomar.

—Señora, ¿es usted su madre?

—Sí...

—A los pies de usted, señora. —Pero no se le ocurría otra cosa que ponerse a sus pies.

—Perdone, que me llama en este momento mi hija...

Y colgó el auricular.

—Este pobre se ha tragado el anzuelo —le acuitó Rosarito a su presunta hija.

—Lo que se ha tragado son las bofetadas.

—Es lo primero que debe tragarse un hombre si es bien nacido.

—Vamos a dejar eso de qué es lo que debe y lo que no debe...

—Antes dejaremos lo de bien o mal nacido, porque es lo que está cada día más oscuro.

—Hay que vivir, ya que lo primero es vivir, y para ello se necesitan el bien y el mal..., y como la luz y las sombras para contraste..., porque sin contrastes...

—No filosofes, «Rafa»..., ¡mi vida!..., que te temo cuando te pones tan profundo.

—Sin filosofía no hay ideas, ni vida, ni raciocinio..., ni naa.

—Bueno, que sí..., pero esto ya es cosa de mujeres y déjanoslo a nosotras...

Antes de cenar ya llamaba otra vez don César, y el quejido del teléfono era lastimero...

—¡Pobre!..., me ha dado pena —le confesó Rosarito.

—Que sufra, así le cogeré más blando y más propicio.

—De todas formas, mañana, cuando llame por segunda vez, te pondrás tú..., no sea que se te vaya a pasar.

—Qué estúpidos son los hombres, pero qué estúpidos.

—Les pierde la vanidad..., porque esto tuyo es el timo de la estampita...

A las nueve y media ya repiqueteaba el teléfono.

—No haga ruido, por favor, que está durmiendo; llame más tarde.

Y el hombre, acercándose en puntillas al aparato, llamó una hora después.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no importa...

—¿Cuándo te podré ver?

—Si no cambias de conducta y de concepto de mí..., nunca, ¿me oyes?, nunca...

—Te tengo por la mujer más delicada y honesta de la tierra.

—Baja, baja un poco.

—¿Qué?

—Que bajes un poco.

—No rebajo nada.

—Entonces me ofenderé.

—Sólo en ese caso estoy dispuesto a considerarte..., lo que sea.

Empezaron a verse en su coche y por los alrededores...

El primer beso que se dejó robar le costó a ella una llantina.

—Eres como todos..., todos queréis lo mismo..., y cuando lo conseguís..., si lo conseguís, luego..., ahí queda eso.

—¡Que no, mujer!..., que yo soy yo..., y no soy como los otros.

—Dejarías de ser hombre.

Don César, a pesar de sus cincuenta y cuatro años, tenía una deliciosa y enorme candidez frente a las mujeres, no así frente a los negocios, y unas vehementísimas ganas de apurar con aquella mujer su última brasa.

—Yo te juro...

—No me jures en vano.

A ella se le escapó decir un día que toda su ilusión era tener unos buenos pendientes.

Y a los dos días se le presentó con unos de perlas y brillantes soberbios, y se los regaló con el pretexto de hacer un mes que se conocían.

Los brillantes eran claros y límpidos y las perlas de un finísimo oriente...

—No sé si debo aceptarlos.

—No llegues a ofenderme hasta ese extremo.

—Si es por eso..., estáte tranquilo, que no te ofenderé —y recogió el estuche.

Cuando se trató de ir a París al Consejo de la Sociedad de Industrias Químicas..., el pobre buscó la manera más elegante y suave de indicárselo...

—Tendré que permanecer sin verte unos días.

—¿Crees que podré?

—Hay una solución.

—La veo; no separarme de ti.

—Pero ahí está..., te perdono todo, todo..., que hayas sido de otras, hasta eso..., todo menos que seas casado...

—Pues como no envenenemos a mi mujer..., y yo, la verdad, a eso no me atrevo.

—Ni a mí se me ocurriría proponértelo.

—Lo comprendo..., te tiene que resultar muy duro entregarte a un casado.

—No lo sabes bien.

Se abrazaron y besaron con fruición golosa y desmadejante, pero sin llegar a más porque no le había consentido aún pasar de las caricias..., y él, temeroso, no se llevaba más que lo que buenamente le daba.

—Pero a dónde, a dónde tienes que ir que yo no te pueda acompañar, porque el estar sin ti, aunque sea unas horas, me enloquece..., y no lo puedo remediar.

—La obligación de mi trabajo me llama y debo irme a París por una semana.

—¿A París?... y sintió dentro de su pecho como una alegre y variopinta palmera de luz abriéndose, desmacelante e indolente.

Toda erizada de temores:

—A París..., ¡y solo!

—Si tú no lo remedias.

—¿Pero cómo te voy a consentir yo ir solo a París?

—Eso me digo yo.

Y como no había otra solución, y ella no quería perder su viva presencia..., se fueron juntos.

CUANDO «el Raúl» pisó la calle, la calle abierta de la ciudad, la calle bullanguera y libre..., se encontró desguarnecido... Era el invierno maduro y agrietado y el viento venía lamiendo la nieve de la cimajada serrana...

Se levantó las solapas de la chaquetilla y echó a andar. Tenía la cabeza torpona y los pies tartamudos.

Pensó en su casa como el único agujero donde meterse... y se acordó de sus hermanos.

«Sé que mi madre me aceptará, se me ofreció..., y más llegando como llego..., pero “el Zaca” y la Celia se echarán sobre mí como una jauría. Yo contagio, por lo visto. No lo ignoro..., pero el de mi casa será el último cartucho que queme... Esa guarra de “Covadonga” dejarme así tirado cuando más necesidad tenía de ella. Me dieron el soplo de que se había cobijado bajo el alero de “el Simpático”..., ese descuidero al tirón, que ni pa robar tiene redaños. Como no escurra el bulto, ahora que estoy libre, y me deje “la Covadonga” por cosa mía, nos veremos las caras...».

Iba andando arrimado a los hastiales de las casas; le parecía que así tenía menos frío. Caminaba cohibido, mirando sin mirar..., adonde le llevaban los pies..., los pies casi dos años sin caracolear por las aceras, y los pies se olvidan de las cosas, los primeros, por eso son pies... Pero el alma le bullía también acobardada entre las costillas..., y no sabía qué hacer ni a qué decidirse.

Tenía hambre. La sentía en el fondo del estómago descaradamente habladora.

«Espera, porque como no esperes... tú verás..., y no creas que ahora te voy a tener a qué quieres boca como antes de caer en el garlito».

Pero el hambre es exigidora y va a más, y para ella no hay paradas ni disculpas.

«Que acabas de salir de la trena, como si sales del Banco de España».

«Que no puedes más... y ¿qué quieres?... ¿Y si mi nueva profesión fuese ayunador... qué pasa?».

El hombre se acoquinó un momentito.

«Por todas las veces que te he tenido bien abastada, lo menos que podrías hacer ahora es estarte quietecita sin ponerme pegas».

Ronroneó una queja, pero se calló en seguida..., y hasta parece que se dio cuenta de que no era aquel momento propicio para protestar y exigir.

Pero llevaba la sesera fría «el Raúl», porque no se decidía por una cosa o por la otra.

«¿A dónde vamos y qué hacemos?», le preguntó con una cierta suavidad el hambre... «No están las cosas tan desesperadas; después de todo hay una docena de taberneros y de dueños de bares canallas que son capaces de recogernos en un primer momento y de darnos buenos consejos..., y hasta un pedazo de pan y un cocido y media frasca de vino. Eso lo sabes tú», le planteó el hambre.

«Lo sé, lo sé..., pero déjame ahora y no me molestes..., que yo puedo estar todo el día sin comer y no me pasa nada...».

«Bueno, pasemos a otra cosa..., no tengo ganas ni humor para discutir».

«¿Pues entonces?».

Pero «la pelota», entelerida y vacilante, no le servía nada ni se decidía por nada.

Se encontraba sin temperatura la fábrica de su alma y de su cuerpo sin ligar con la ciudad, con su ambiente, con su cielo, con su marchosería, con su estar estando madrileño, golfante, puertasolero y barriobajero... y... y...

Subiendo por Carretas empezó a encontrarse más desentumecido, más en forma, más en su guirigay callejero y cafetero. Aquel esquinazo de la plaza de Benavente con Atocha era otra cosa, empezaba a conocer caras de camareros, de limpiabotas, de ciegos del veinte iguales o del cuarenta iguales, como aquel Raimundo que merodeaba por el bar Zaragoza y que sólo asomar por Atocha le olió... y le gritó:

—¡Raúl!, ¿pero dónde te has metido todo este tiempo?... —y le acarició con los papelines y le puso un collar de cupones al cuello, mientras saltaba carantoñero moviendo los bracitos y la cachaba.

—¡Raúl!, ¿pero dónde coño te has metido todo este tiempo?

—Pues a la sombra, Raimundo, a la sombra.

—Y a qué a la sombra en esta leche de invierno, en que le tiritan a uno hasta los pelines de las ingles...

Y ya, cuando penetró en el bar Zaragoza, sintió la cabeza sobre los hombros y que la cabeza le servía para algo.

Y la cabeza le dijo:

«Ahí tienes a ese cabrito de Alejo, ayudante del jefe, y que sabía lo tuyo y lo de su mandamás y que no ha sido capaz de preguntar por ninguno de los dos, como si fueseis a seguir en la trena toda la vida... y él ganase para en adelante el puesto de jefe de barra o encargado del Zaragoza... Pero aquí está “la Pisuerguilla”, que ésa sí ha preguntado por ti y que llega y te tapa los ojos, a guisa de venda, como en el divertido juego de la gallina ciega».

—Raúl..., dichosos los ojos..., no los que te tapo sino los míos que te ven.

Y «el Raúl» se vuelve y se abrazan.

Al Raúl en aquel ambiente y frente al halago de la mujer y el festejo sonriente entre alabancioso y respetuoso de ellas y de ellos... se siente más caliente, más ufano y empieza a pisar firme con los dos pies..., y manos y brazos se le mueven graciosos y repajoleros y atrevidos..., y la sonrisa se le hace puro hervidero de ida y vuelta, llena de apoyaturas y malicias..., y se atreve a preguntar, la sonrisa, claro.

—¿No anda por ahí «la Covadonga»?

—Se dejó «aparcar» por «el Simpático».

—Yo ya le aconsejé: espera y ten un poco de paciencia, que dos años a la sombra se hacen año y medio... y a veces uno..., y un año es un suspiro y una se debe a su hombre, y más en los momentos de desgracia, que hoy por ti y mañana por mí, nadie adivina lo que en el futuro le puede a una suceder..., pero no me quiso oír —le grita «la Pisuerguilla» entre un disco y otro disco puestos a todo volumen.

—¡Valiente guarra! —desprecia «el Raúl»—... ¿Y dónde han fijado sus reales?

—En cuanto olieron que estaba al caer lo de ponerlos de patitas en la acera... se largaron con buen viento.

—¿A dónde?

—A Barcelona..., pero desprécialos y no olvides que son más de seis veces cien... los kilómetros de carretera.

—Lo sé «Pisuerguilla», lo sé.

—Tú, a olvidar, que es lo tuyo..., y eres tú mucho hombre para una ave de corral fondona y miedona como ésa... Y de él no hablemos, con decir que hasta ahora todo lo que ha hecho es vivir «del tirón».

—Que es lo último.

—Y que lo digas.

«Menos cháchara y a ver si comemos», le sopló el hambre.

«Espera».

Mirándole con embeleso:

—Bueno, Raúl, ¿qué vas a hacer ahora?, porque supongo te encontrarás desorientadillo... y un poco, en estos momentos, como torito garrochao...

—¡Por mí!..., pero el hambre me está dando la lata..., que quiere comer.

—Pues vente a casa y le darás gusto a esa ansiosa, y de paso ves a mi hombre, que se alegrará mucho de echarte la vista encima..., después de tanto tiempo.

«El Raúl» aceptó, que de menos nos hizo Dios. Pero el guirigay espantoso del bar le mareó y cerró los ojos.

Se agarró a la barra porque se caía. Estaba palidísimo, como sin sangre. Los que le rodeaban lo notaron y le dejaron de hablar y de preguntar.

—¿Te encuentras mal? —le acorrió «la Pisuerguilla».

—La falta de costumbre, pero ya me iré haciendo.

—Esa chorra de máquina de hacer ruido —gritó «el Enriquito» por el tocadiscos.

Lo pararon y cesó de amonedar alboroto.

Ahora sólo se oían las voces, las pullas y los comentarios y el ruido de vasos, copas y cucharillas... y de los platos que venían de la cocina cercana.

—Te será bueno que te dé un poco el aire —y salieron.

Le forraron en unos cuantos saludos, dichetes y adioses.

Vivía «la Pisuerguilla» en una casa de corredores, junto al puente Toledo.

—Mira lo que te traigo —le sopló a su hombre al entrar. Él estaba confeccionando molinos de papel y abandonó a un lado su trabajo y se levantó para abrazarle.

—Sabía que estabas al caer respectivo a la libertad.

—Sí..., aquí estoy.

«El Raúl» miró a los molinos en gestación.

—Tú, a lo tuyo.

—A ver qué vida... Son para las verbenas del verano..., y mientras los corto y los coloreo y los ondulo y los echo a andar, me parece que el tiempo va mejorando y que

viene la calor... Y siento menos frío —y se frotó las manos.

Comieron del pucherete, y «la Pisuerguilla», mientras parolaban, se acercó al fogón y añadió un huevo para cada hombre.

La frasca de tintorro empezó a ir de mano en mano ensangrentando la amistosa efusión.

—¿Y qué me dices de esa ingrata de «Covadonga»? —le aventuró el de los molinos.

—Ya tú ves...

Remansan sus dos miradas.

—Se lo gana busconeando por las Ramblas..., pero no es la misma. ¡Si la ves no la conoces! Últimamente bebía mucho, y el alcohol merma facultades.

—Y encantos.

—Tú lo has dicho..., y que ella los tenía..., si lo sabré yo.

Y los tres se echaron a reír.

—Pues no es ni sombra.

Se hace un silencio temeroso.

—Es nuestro signo depauperarnos —sentenció «el Raúl».

—Supongo querrás decir que es hacernos la cusca.

—Y bien que nos la hacemos —centró «la Pisuerguilla».

—Esto se va como mis molinos, que no lucen más de una verbena.

—Por eso el tiempo que he perdido en la trena se me hace ahora al salir como un nudo en la garganta y un no saber a qué carta quedarme.

—Yo cada invierno urdo menos molinos..., y es que el tiempo se me achica.

—Se nos achica a todos..., y esto se va, Raúl, como la yesca... Qué broma la del Señor echarnos aquí para una temporadilla y cuando empezamos a cogerle gusto a esto..., hala, nos traslada Él sólo sabe adonde...

—A mí, cuando pienso en ello, se me pone la carne de gallina —confiesa «el Raúl».

—Todo, hasta lo más lejano, parece que fue ayer —reconoce «la Pisuerguilla».

—Qué broma la de Dios..., pero qué broma. Yo espero que cuando nos veamos cara a cara con Él será benévolo con todos después del cachondeo que nos ha jugado aquí abajo.

—Es de esperar —aquiesce «el Raúl».

—Si no, era para desesperar, porque a mí la muerte me da un frío sólo pensar en ella.

—Y a todos —aclarar «el Raúl».

—Y que lo digas —y los tres a una levantan los faldones de la camilla y se frotan sobre el brasero las manos.

—Somos unos pobres diablos los hombres, todos los hombres —confiesa el de los molinos.

—Y «cuidao» que somos petulantes.

—¿Y de qué?

—Eso digo yo.

—Guardarme el secreto —les comunica «el Raúl»; y los tres se acarran ovejilmente—. Yo salgo de la cárcel como un guante.

El de los molinos se inclina, separa la falda y echa una firma en el brasero.

—Se agradece ahora la calor.

«La Pisuerguilla» ojea al Raúl.

—Pues ya has tenido tu cresta.

—Tuve..., que es tiempo muerto... Ahora no aspiro más que a vivir tranquilo.

—Tú... y todos.

—Los años y los contratiempos machacan.

—Y uno queda desencuadrado con todas las páginas del alma sueltas.

—¡Que lo digas! —reconoce «la Pisuerguilla».

El vino levanta de las manos a las bocas arbotantes morados. Y los dientes trituran las viandas.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunta el hombre de los molinos.

—No sé; me encuentro como una fragata sin arboladura.

Y es como si en la estancia se levantase un temporal.

—¿Los tuyos, de qué lado caen? —le inquiere «la Pisuerguilla».

—La vieja, deseando acogerme en sus brazos abiertos.

—¿Y tus hermanos?

—Esos no quieren saber nada de mí.

—Mala papeleta —reconoce el de los molinos.

—Y ahora la cosa no está tan mollar como cuando te separaste tú del mundo...

—Lo he olfateado sólo salir.

—Yo que tú me acogía a los brazos de tu madre... hasta ver lo que pasaba —le recomienda «la Pisuerguilla».

De repente se levanta y vuelve con unos merengues.

—Sé lo que te gustan y los he traído para festejarte.

Al Raúl se le entenece el ánimo.

—No sabes lo que te lo agradezco —y le busca la mano y se la toma y se la agita.

—Gracias, «Pisuerguilla», gracias.

El de los molinos los contempla serio y complaciente.

—Tú de seguida encontrarás un apaño —le vaticina el hombre.

—Eso espero.

—De todas formas yo, que me muevo en el barullo, te diré que las cosas no están como antes.

—¿Pues?

—Hay cada vez más hombres y más mujeres a lo mismo, y las de la nueva ola traen ideas nuevas, y más que por mantener están porque las mantengan.

—¡Qué ansiosas!

—Salvo cuando son viejas, en cuyo caso...

—No sigas —le pide «el Raúl» haciendo asquitos.

La mujer se sonrío maliciosilla.

El de los molinos musita:

—El mundo cambia, no sé si a mejor o a peor..., yo creo que a peor..., pero cambia.

—Y uno ha de adaptarse o perecer..., desde luego.

—A ver qué vida...

—Si vieras los dientes al lobo antes de que te coma..., sabes que ahí tienes un catre —le brinda «la Pisuerguilla»—. Supongo que a mi «Godo» no le importará.

—O somos o no somos —aquiesce el hombre.

—Y aquí somos... y de toda la vida.

—No sigas, «Pisuerguilla», que me enterneces.

—Lo veo, has salido de la trena un poco blando y te has de endurecer.

—Por la cuenta que me tiene.

—Tú has sido siempre un machote.

—Gracias.

Se sonrían los tres.

«El Raúl» se yergue.

—¿Pero te vas?

Sí; he de meditar los pasos que dé..., y la meditación requiere soledad.

—Pues que te vaya bien con esa señora —le desea «la Pisuerguilla».

—Bueno, «Godo» —y se abrazan los dos hombres.

Nos veremos..., y eso que yo salgo poquísimos hasta que estallen las verbenas...

Lo dice gracejoso como si las verbenas fuesen tracas.

—Necesito un Madrid de cielo anchuroso y alto..., lo demás no me encuentro bajo él.

—Pues a la puerta lo tienes.

—Sí, ya en mayo empiezo a encontrarme tan ricamente..., y en agosto..., las noches de agosto me siento vivir y otro hombre... Son noches para disfrutarlas por las verbenas bajo el cielo enjoyado... y dormir de día... —y se le abre la sima de la boca en un gozoso bostezo...

En la calle «el Raúl» busca la querencia de su barrio. Desde el Viaducto ve deslizarse un tranvía por el hondón de la cañada. A los lados, los planos de los altos taludes, pajizos, sarnosillos. Delante, a la derecha, la Casa de Campo, que ya muestra en esperanza el verde cierto, y en lo alto, al extremo, el paseo del Pintor Rosales..., más allá de la mole proporcionada y soberbia del palacio Real, nuestra gran piedra de escándalo político... El paseo, que es como un muelle en el que suben y juegan a humos de barco los tirabuzones de las locomotoras..., y muy al fondo, después de los grumos de barriadas gigantescas, la oscura noche serrana.

«El Raúl» mira sin mirar aquel paisaje que ha alimentado con su hermosura los

ojos de su infancia y de su mocedad y que se lo sabe de memoria.

Pero aún hay mucha luz en el cielo y siente una meticulosidad cobarde.

«Ahora madre estará en el cuarto con los pies en el brasero cosiendo los calcetines de “Zaca” —piensa—. Mi hermano llegará hacia las nueve y media o diez de su trabajo. Celia un poco antes. Araceli estará en un cine o en el piso de unas vecinas... Mi padre estará al caer hacia las ocho. Vuelve a pie de la calle de Toledo a casa... Es el momento de sorprender a mi madre sola. A veces la acompaña Araceli si hay mucho que coser y la ayuda... Ella sabe que un día de estos quedaré libre y... estará impaciente».

—¿Qué piensas hacer cuando salgas? —me preguntó en la última visita—. Sabes que mi casa está abierta para ti, hijo.

—No he decidido nada.

—Todo menos volver a la vida de antes... prométeme que no volverás a la vida de antes... antes que esa vergüenza, la muerte. Se lo he pedido a la Virgen del Olvido... Prefiero verte muerto.

—Déjate de morir, madre déjate de morir... a la edad que tengo..., pues sí que hacía un pan como unas «ostias».

—No hables así, hijo, y menos delante de tu madre, que me has de tener más respeto y consideración en lo que dices... y en lo que haces.

—Perdona, pero es que..., que no veo nada claro hasta que me encuentre en la calle... y sepa a qué atenerme y cuáles son mis medios.

Y ahora está en la calle delante de su casa y sigue sin ver claro y sin saber cobardemente a qué atenerse.

Pasa un caballero y le pregunta la hora.

—Las seis menos cuarto —le canta desabrochándose y requiriendo su reloj de bolsillo.

—Gracias.

Esperaré a que haga más oscuro para subir.

Teme encontrarse con algún vecino en el portal o en la jaula del ascensor.

«Sé que mi madre me recibirá con los brazos abiertos».

—Sabes que mientras viva en mi casa tienes una cama y un plato.

—Lo sé, madre, lo sé.

—Aunque tus hermanos..., pero ¿por qué os odiáis así?

—Qué sé yo, madre..., qué sé yo...

—No he visto hermanos que menos se quieran.

Mira a lo alto.

«Aún hay mucha luz y todo me delata», piensa «el Raúl» cobardón. Y se asoma al balcón de las Vistillas mientras se adensan más las sombras.

Siente frío y se vuelve.

Observa su piso y ve luz.

«Ahí estará madre repasando sobre un huevo de madera. ¿Y por qué he de pasar

frío..., por qué he de pasar frío, teniendo mi madre una casa caliente?».

Pero no se atreve a dejarse engullir por el portal. «Aún hay tiempo antes de que vuelvan éstos...», se dice..., pero no se decide.

Pasa un vecino del primero y esconde la cara.

Se pega a la pared y se aleja. Está frente a San Francisco. Luego se encuentra caminando hacia el Rastro. Pero se vuelve de la Plaza de la Cebada. Se asoma de nuevo al portal y divisa a la portera en su chiribitil. «La verdad es que, excepto mi madre, me joroba la familia», piensa. Pero tiene frío, hambre y miedo. La cárcel le ha dejado sin ímpetu y le ha erizado de temores y le ha quitado las pocas ganas que tenía de lucha.

No se ve ya a la portera en su zaquizamí. Se siente con ánimos y penetra. Abre el ascensor y sube. Llega tan aturdido, que no recuerda dónde está el timbre de la puerta y la golpea con los nudillos.

Suena desde dentro un: ¡vaa!... deshilachado.

«Es la voz de mi madre», piensa.

Se le enfría aún más la carne y el corazón se le mete en un galope taquicárdico.

Oye las pisadas... después el ruido de herrumbre del cerrojo... «Está sola», piensa... Después...

CUANDO vio surgir a Ismael por la puerta de la tienda, Celia creyó desfallecer. El viajante de Hospitalet llegaba sonriente y con un halo de alegría negociénil.

—Me ha dado Guerlain su representación para Madrid —le comunicó a Celia sólo saludarla—... Soy su único concesionario autorizado en Madrid.

—¡Qué me dice!... Vaya... no sabe cuánto me alegro.

—Sé bien que usted se alegra de mis victorias —le recogió mirándola con dulzura.

Se sintió acorralada.

—Bueno..., ¿qué novedad me trae?

—Una crema hidratante para el cuerpo... Guerlain, siempre a la última moda de París, acaba de lanzarla.

Le mostró el tarro de cristal. Era una crema sonrosada, del color de la carne joven.

—En los principales perfumes de Guerlain: Shalimar Mitsouko, Ode, Jicky, L'Heure Bleue..., deja la piel tersa, suave y delicadamente perfumada.

—Pero este Guerlain, ¿cuándo va a parar de lanzar productos?

—Nunca.

Sitiándola con la mirada:

—Usted lo sabe, querida amiga, que la belleza exige un acto de voluntad cotidiano. Cada parte del rostro necesita cuidados especiales... Un examen detenido de los ojos, mejillas, cuello, frente, etc., permitirá luego escoger a cada mujer, entre los productos de la Línea Completa de Belleza Guerlain, aquellos que se adapten a su caso particular.

Tenía el tarro entre sus manos.

—Ahora con esta representación no va a querer usted nada con nosotros.

—Por Dios, Celia.

—Con la fama de Guerlain... esto le puede dar a usted en Madrid mucho dinero.

—Todo es poco para como se está poniendo la vida —le sonrió con su buen sentido catalán.

—Pero Guerlain tenía su crema *fiment* número 1, que es una crema oleosa y ligera que nutre y suaviza la piel.

—No basta..., en esta dirección todo me parece poco como Guerlain. Es más, ya anuncia en el último catálogo una crema *super-nourrissante* núm. 2, como poderoso regenerador de las células..., muy indicada para el tratamiento de los cutis deshidratados o amenazados de arrugas...

—¿Y no encuentra que es demasiado lanzar tanta crema casi al mismo tiempo y para la misma cosa?

—No lo crea, se completarán unas a otras formando la gran escala del tratamiento de la belleza de la mujer.

—Le encuentro muy contento hoy.

—Sí; me encanta hablar con usted de este tema de la belleza femenina, que es mi

profesión corredora; de otra parte, esta representación de Guerlain colma mis deseos.

—Lo que yo digo, que con este motivo cada vez le veremos menos por aquí.

—Eso ya depende de usted.

Celia se sintió gustosamente asediada y se sonrojó.

—Si sólo de mí dependiera...

Se miran y contemplan con un profundo embeleso.

No se atreve la mujer a sostener el ojeo y lo desvía.

—De modo que es hidratante y rejuvenecedora... y da nueva vitalidad a los tejidos.

—Sí —sonriéndose—, y previene las arrugas y las atenúa... Pero no es ése su caso.

Se siente de repente desnuda mientras los dedos de Ismael le prolijan, tecleantes, por todo su hermoso cuerpo la crema alimentadora.

—Pobres de nosotras... Ustedes los hombres...

Cierra los ojos y piensa que sigue gustosa la caricia por su jocunda geografía.

—Entre nosotros, ¿no cree usted que todo esto es excesivo?

—No hay mejor alimento para los ojos que la hermosura, y todo lo que se haga por mantenerla y conservarla me parece poco, ya que la hermosura es la flor fugitiva del instante...

Le devuelve la mujer el tarro y se rozan sus manos.

—Si... en ese caso.

Y siente un delicioso temblor.

—Tráigame de la deshidratante y la *fiment* número 1, una docena de tarros de cada.

Alza los ojos y le contempla con golosía.

—Bueno, ahora a ver si le vemos más a menudo por aquí..., que con esa concesión no me dirá que no tiene pretexto.

—Aparte del negocio, usted sabe que yo me encuentro satisfechísimo con usted.

—A ver si es verdad.

Se dan la mano y se despiden.

Celia percibe cómo por el istmo de la muñeca le trepa un endichecedor hormigueo...

Y no se decide a soltar tan deliciosa amarra.

—Bueno..., cuando le llegue la *super-nourrissante* número 2... no se olvide de mí.

Pero oye la voz de don Sergio que llega, y hay que volver a la realidad.

—Adiós, Ismael.

—Adiós, hasta pronto.

«Hasta pronto, hasta pronto», se repite ella.

—El catálogo de la fábrica Rovirosa que llegó ayer... ¿dónde anda? —exige don Sergio.

—Quedó encima de la mesa del despacho.

Volviéndose:

—¿Quién es ese tipo?

—No es un tipo... Es el concesionario en Madrid de la Casa Guerlain.

—¡Ah!, un viajante.

—Algo más, representa y es concesionario exclusivo nada menos que de Guerlain, en Madrid.

—Verlain.

—Guerlain..., que es el Verlaine del perfume y las cremas.

—¡Estos franceses!... Bueno, a ver si reaparece ese catálogo que quiero anotar a cuánto alcanza esa subida de precios.

—Allí tiene que estar..., o en la mesa de las revistas.

Se va don Sergio.

Celia permanece sola.

Se asoma un instante a observar la marcha de las ventas. Las chicas atienden corteses y diligentes a la elegante clientela.

Se sienta en su podio y mira, observa y sigue el suave murmullo comercial..., pero no puede evitar que en la cabeza se le instalen Ismael y Sergio, y que los compare en lo moral y en lo físico y que de la comparación salga el catalán triunfante.

«Una vez vi en un museo de Tarragona una cabeza de romano, y emitía el mismo encanto redondo y silencioso y la misma disposición del pelo que la cabeza de Ismael. Es de una belleza serena y quieta y de una equilibrada dulzura en la expresión... Supongo que no serán así todos los hombres de Hospitalet. Se lo tengo que preguntar».

Se encontraba satisfecha y gozosa. Días antes había conseguido de don Sergio que le asociase en un veinticinco por ciento en su negocio de bolsos.

—Nada de sueldos, sólo teniendo parte en un negocio se le trabaja con ilusión y se mete toda la carne en el asador...

El forcejeo por alcanzar esta participación había sido tremendo. Como todas las cosas a obtener de él se la propuso en la cama en plena campaña. Allí es donde obtenía de él todas sus ventajas.

Era un hombre ordinario, egoísta y zafio don Sergio, que había naufragado en sus anchos y peligrosos encantos... y se agitaba versátil, con altibajos, atenazado por el carácter duro e insistente de Celia.

Consultó el reloj; eran las doce y media.

Pasó a la tienda de bolsos.

«Celes» se le acercó a darle la novedad.

—Ha estado aquí esa señora, amiga tuya, boliviana, con una paisana suya, a ver abanicos antiguos... para su amiga... y le han gustado mucho los que había... Ha quedado en hablar contigo otro día, porque llevaban prisa.

Pasó por caja a ver las ventas que se habían hecho.

—Si viniera el viajante italiano, «el señor comendatore», como él se llama, me lo mandas a la otra tienda.

Se sonrió «Celes».

Salió de su despacho don Sergio y la invitó:

—Te llevo a tu casa si quieres.

—Tengo mucho quehacer, puedes ir solo.

Al anochecer se vio con él en su escondrijo.

Estuvo con él displicente y con prisas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Tengo mucho quehacer.

Se hallaba hasta la coronilla de sus groserías y zafiedades... La presencia suave y atenta de Ismael le hacía rehuir los contactos con don Sergio.

—Estás, de una temporada a esta parte, distinta.

—Soy siempre la misma.

—No es cierto..., y la verdad es que no sé qué quieres... A las mujeres, cuanto más se os da más exigís..., y ya está bien después de sacudirte el veinticinco por ciento... y de satisfacer todos tus caprichos, que son innumerables..., que vengas con ese morro haciéndote la interesante y ofendida.

—Si pretendes con ese dinero y esos caprichos comprarme, te diré que es muy poco, porque ya puesta en venta la hija de mi madre es muy cara y exige muchísimo más..., ¡so tío ordinario!

—No se trata de comprarte, querida Celia, que puesta a precio comprendo que todo mi dinero es poco para pagarte..., pero si mi trato y mi generosidad no te dicen nada ni te predisponen a estar conmigo cariñosa y simpática... y generosa de tus... encantos..., tú me dirás qué es lo que tengo que hacer para que te muestres más propicia.

—Primero ser más educado y más fino, que eres un tío sin clase.

—Antes de empezar esta *liaison*..., supongo que decírtelo en francés te parecerá más delicado, conocías mi clase y mi ordinariez, de modo que no sé por qué te llamas a engaño, a estas alturas, después de haberme hecho poner en ridículo sorprendiendo a mi mujer con otro como la echó su madre..., eso después de haberme sacado el dinero a espuestas..., y después de haberte interesado en mi tienda de bolsos en un 25%... Y ahora vienen las quejas y las lamentaciones... Como ves, todo esto..., y a estas alturas, tiene el aire de un chantaje..., y no te lo tolero.

—Pues muy bien, si no lo toleras hemos terminado.

Echó la ropa a un lado y saltó de la cama.

—Anda, ya te estás largando de aquí ahora mismo, ¡so estúpido!, que tengo ahí un montón de consultas de ingenuas que intentan conservar su belleza o aumentarla y solicitan mi línea de cuidados y mis consejos y mi tratamiento adecuado.

Se metió en una bata y se fue hacia su mesa de trabajo, que estaba allí cerca,

separada por un prudente biombo.

El hombre siguió en posición horizontal pensando pasada la rabieta volvería a su vera. Pero una vez que se hubo vestido y arreglado Celia se metió a contestar sus consultas.

Eran, en general, de mujeres maduras que, a los primeros síntomas de desmoronamiento de su hermosura o de sus más o menos problemáticos encantos, le escribían pidiéndole su línea de cuidados y su tratamiento. Mujer diplomada en estos estudios, se había traído de París, en sus viajes anuales, varias representaciones y concesiones. Así del doctor N. G. Payot, propugnador de un método de la cultura física de la cara cuyos principios se resumen así: activar la circulación, fortificar los músculos, eliminar los residuos epidérmicos, nutrir los tejidos... Es con la cultura física de la cara y del cuello que se obtienen estos resultados esenciales...

—Vuelve aquí ahora mismo y déjate de esas monsergas —le gritó el hombre en retirada.

—Serán monsergas..., pero buenos miles de duros te sacas tú de ellas, ¡so pícaro! —le rechazó Celia.

Continuó su contestación: Era para una mujer de treinta y ocho años, de un pueblo de la provincia de Cáceres, que le escribía angustiada.

«El método, señorita, consiste en un determinado número de movimientos de masaje hechos con ayuda de una crema apropiada que yo le indicaré según las necesidades de su cutis... Es de primordial importancia elija usted bien la crema con la cual ha de ejecutar la cultura física de su cara, porque estos ejercicios, que modelan y tonifican, facilitan al mismo tiempo la penetración profunda y la asimilación interna de los elementos regeneradores que contiene la crema».

—No engañes más a esas pobres desgraciadas y vuelve ahora mismo aquí.

—Si crees que las engaño, tú, tan señor y tan caballero, ¿por qué no nos vendes tu parte a mí y a don Mamerto al precio de constitución de la sociedad... y te largas y me dejas en paz con tus hipócritas remordimientos de conciencia... y tu aparente elegancia de alma?

—Seré un tanto hipócrita; si ha de vivir uno en sociedad con los demás, no tiene más remedio que serlo...; pero imbécil, no..., y si he metido mi dinero en un negocio, natural es le saque un interés.

—Pues cállate entonces, ¡so bicho!, y déjame trabajar y alimentar la ilusión de estas mujeres, que yo a nadie engaño, pues de seguir la línea de cuidados que le marco a cada una, conservará por más tiempo su belleza y retendrá sus encantos, cosa que no le hubiera ocurrido de no practicarlos.

En vista de su desamparo grotesco se levantó irritado, y en indumento muy poco presentable se fue donde ella y le tiró de un manotazo la runfla de cartas que tenía sobre la mesa. Con la otra mano le derramó el mazo de fotografías en que se patentizaba cómo se había de hacer el ejercicio de la cultura física de la cara.

La mujer se volvió y le sacudió, rapidísima, un soplamocos que se sorprendió en

el primer momento, pero reaccionando, se arrojó sobre ella y, cayendo por el suelo, se arañaron, patearon y mordieron.

—Te voy a ajustar las cuentas, ¡so cabronazo!..., ¿me oyes?..., te voy a ajustar las cuentas.

Pero empezaba Celia a llevar la peor parte, pues había conseguido cogerla por el cuello y la oprimía y apretaba...

—¡Que me ahogas! —le gritó—... ¡no seas salvaje!

El hombre la soltó asustado, momento que aprovechó Celia para lanzarle un zarpazo que le alcanzó la parte baja de la nariz, rasgándosela, haciéndole brotar un aparatoso golpe de sangre. Como fuera en aumento la sangre, Celia, sucia la mesa y el suelo y sus papeles, se alarmó al ver que no se detenía la fluencia, por estar rasgada y partida la nariz.

—Qué me has hecho, puta, más que puta —se alarmó el hombre, llevándose las manos a la herida.

—Calla, ¡cabrón!, que no sabes más que insultar.

Se dio rápida cuenta.

—Vístete y, con el coche, vete a la Casa de Socorro más cercana a que te den un par de puntos.

Le ayudó a calzarse y vestirse, pues no dispoma más que de una mano, ya que con la otra sujetaba el pañuelo que taponaba la rasgadura.

El hombre estaba palidísimo y preocupado.

Celia lo observó.

—No te apures tanto, que no morirás de ésta..., pero que te sirva de aviso —le recalcó.

—Qué vergüenza, ¿y qué he de decir en la Casa de Socorro?

—Diles la verdad, que te ha sacudido una mujer. De sobra se dará cuenta el médico de que es un arañazo que ha penetrado un poco.

—¡Canalla, más que canalla!, si hubiera apretado hasta ahogarte.

—No tienes valor para eso —le achuchó con desprecio—. Para matar hace falta ser más hombre.

Se sentó, porque se desvanecía.

—Largo..., anda..., que cuanto más tardes es peor.

Le puso en la puerta de la calle.

Celia volvió a su trabajo tan dueña de sí, tan tranquila y serena. Recogió las cartas y fotos dispersas y reanudó su contestación a la señorita de la provincia de Cáceres...

«Ahí le envió las siete fotografías para que aprenda cómo se ha de dar el masaje en el rostro. Van contra reembolso de doscientas cincuenta pesetas, que es el precio de mis cuidados y tratamientos. Los productos que le aconseje y envíe son, como es natural, aparte...

»Viva con serenidad y sin llevarse disgustos y tenga confianza en mí, no olvide que su mejoría radica en la tranquilidad de su espíritu y en la seguridad de que con mi

tratamiento y mis consejos conservará usted su lindeza y sus encantos hasta donde humanamente es posible.

»La belleza es muy a menudo una cuestión de serena paciencia y la agradable recompensa de constantes y regulares cuidados; así, para permanecer joven y bonita, es preciso, todos los días, tratar su piel con productos bien seleccionados. Cinco minutos por la mañana y cinco minutos por la noche son suficientes para proporcionarle una tez clara, una piel lisa y limpia y evitar que las arrugas envejecan antes de tiempo. Los consejos y directrices que yo le dé le ayudarán a establecer su programa de belleza y con ellos descubrirá que, a pesar de todo, no es difícil ser bonita.

»Y vamos a empezar con la primera lección. Ante todo, aprenda a reconocer la naturaleza de su piel.

»*Una piel normal*: es flexible, fresca, clara. Los poros son en ella invisibles.

»*Una piel seca*: da la impresión de estar apretada, tensa, y se marcan arrugas.

»*Una piel grasa*: es espesa, brillante, particularmente en la nariz, frente y mentón.

»*Una piel mixta*: es grasa en la parte central del rostro y seca en los lados.

»Una vez que con mis indicaciones averigüe usted cuál sea su naturaleza, su piel puede, además, ser:

»*Sensible*: si tiene una textura muy fina, si por nada se irrita y es alérgica o muy seca.

»*Deshidratada*: si carece de flexibilidad y en algunas partes aparece arrugada.

»*Desvitalizada*: si tiene el aspecto fatigado, apagado, sin frescor.

»Ahora la mixta puede ser joven, o dominando grasa y mixta mayor, o dominando seca.

»Hay dos tratamientos: francés e inglés. Hasta hace poco yo seguí el de Jean d'Entrées, quien en su famosa guía de tratamientos se titula: *le visagiste de tout Paris*, que tiene su famosa *Ecole du esthetique et visagisme* en París (8me.) 14, Rue du Faubourg Saint-Honoré...; pero en vista de que he conocido aquí en Madrid algunas señoras inglesas, ya de edad, pero de tez maravillosa, y que según me indicaron usaban el tratamiento y los productos de Harriet Hubbard Ayer, de Londres, últimamente hice un viaje a Londres y estudié los productos de Ayer y los adquirí y veo que en este momento la mayoría de mis clientas los prefieren, porque les dan mejor resultado. No olvide usted que los mejores cutis del mundo son británicos. Yo misma, que aspiro a ser su directora, sigo las normas y uso los productos ingleses..., y creo que esta medida le bastará para convencerle de su bondad».

A esta altura interrumpió la carta y llamó a su casa diciendo que no la esperasen a cenar, que iría más tarde.

Salió y tomó en un bar cercano una ración doble de jamón serrano y una copa de vino tinto..., y de postre, fruta y un café puro con una copa de coñac francés.

Y se volvió a su trabajo.

«Adjunto le envío un cuestionario para que me conteste a él».

El impreso decía así:

«Señorita, señora...

»Si quiere realizar una consulta de belleza para ponerse en tratamiento tenga a bien rellenar el cuestionario que va a continuación, dirigido a Celia Martínez-Alpuente, diplomada en estética de la cara, perfumería y productos de tratamiento estético y maquillaje. Serrano, 21, Madrid.

»Le contestaré personalmente indicándole un tratamiento de belleza y un maquillaje estudiado para usted según sus condiciones. Contésteme lo más ajustadamente posible y recibirá su línea de cuidados y tratamiento que, de acuerdo con su semblante y su figura, resolverá a su gusto y posibilidad sus problemas de belleza.

»Si tiene ocasión de ello, visítenos aquí en Madrid. Será un placer para mí poder aconsejarla y orientarla. De otra parte, en mi casa podrá informarse y estudiar los tratamientos de belleza que más se llevan».

El cuestionario, después del nombre, apellidos y la dirección, preguntaba:

«—¿Qué edad aparenta usted?

—¿Su piel es normal, (muy) seca, (muy) grasa, sensible, deshidratada, desvitalizada?

—¿Tiene usted ojeras o los ojos hinchados?

—¿Tiene usted arrugas, ligeras, acentuadas, numerosas, alrededor de los ojos?

—¿Tiene los poros dilatados, puntos negros, pequeños granos?

—¿Su rostro es oval, redondo, cuadrado, delgado, lleno?

—¿De qué color son sus cabellos?

—¿Su tez es clara, pálida, mate, muy mate, apagada?

—¿Qué color tienen sus ojos?

—¿Los tiene particularmente hundidos o particularmente salientes?

—¿Es usted una mujer sana o enferma?

—¿Le agrada a usted un maquillaje muy ligero, medio, bastante acentuado?».

Con letra cursiva decía en una nota: *Subraye los datos que le interesen.*

«Una vez que usted conteste a mis preguntas, yo le indicaré los productos de base que convengan a su tipo de epidermis».

Si la cliente era señora solía preguntar:

«Blancura de manos, grietas, rugosidad en brazos, codos y piernas».

Cerró y puso el sello a la carta de la muchacha extremeña. Más tarde fue despachando el resto de su correspondencia. A una gallega de Coruña, que aceptaba el tratamiento inglés de Ayer y que tenía la piel grasa, le anunciaba el envío de los productos para su tratamiento:

Limpiar: con Cleaning Cream.

Tonificar: con Astringent Lotion (con un algodón húmedo).

Nutrir: con Nourishing Cream.

Maquillaje: con Liquid Film o Total Film (tratamiento).

La coruñesa le había enviado un retrato suyo y tenía unos ojos aterciopelados suavísimos y un rostro tal vez demasiado lleno, pero con su sonrisa de dientes blancos y parejos resultaba guapísima. A Celia le había caído muy simpática.

«Al levantarse empiece usted con una limpieza a fondo de su epidermis con una crema o una leche desmaquillante. Luego tonifique su rostro refrescándolo con la loción que le envió para su tipo de piel. Así empezará usted el día sintiéndose limpia, fresca y feliz...

»Salga siempre lo más tarde posible de casa. No madrugue nunca. El maquillaje hecho después de la *toilette* es siempre más perfecto y se conserva mejor si se realiza algún tiempo después de levantarse... La piel no lo recibe bien en las madrugadas.

»Aplíquese su borla de polvos sobre todo el rostro y en la base del cuello, suavemente en dirección ascendente desde la punta del mentón hacia las sienes y de la nariz hacia la raíz de los cabellos. En seguida el colorete, después los polvos... Los ojos maquílleselos ligeramente y deje para lo último los labios...

»Durante el día añada a su maquillaje suaves retoques hábiles que la mantengan en su forma impecable.

»Empólvese de nuevo. Vuelva a dibujar completamente sus labios (para ello elimine el *rouge*), si sigue mi tratamiento, que es el inglés, con el pincel especial Lipstick Brush. Durante el día, y especialmente por la noche, si la fatiga la empalidece un poco, levante y avive su tez con un poquito de "Cream Rouge", antes de empolvarse, claro.

»Por la noche desmaquíllese cuidadosamente con el mismo desmaquillante de la mañana. Luego refresque su rostro con una loción tonificante.

»Antes de acostarse cuide con esmero su piel, ya que la tez en forma y tersa es el secreto de la juventud y de la hermosura. El producto básico debe ser una crema nutritiva clásica, que se aplicará al acostarse en capa fina y conservará toda la noche. Si tiene una tez normal será con mi tratamiento Nourishing Cream. Si tiene la piel mixta, con Crème Jaspée. En caso de tratamientos especiales: Si tiene usted la piel deshidratada, Formulayer. Si la tiene desvitalizada, Total Cream, Total Mask. Si tiene la tez muy apagada, Strawberry, Cream Mask y Strawberry Lotion. Tratamiento a base de fresas frescas que lo hará dos veces por semana. Puede tener otros pequeños defectos en su piel: poros dilatados, puntos negros, barrillos, etc., en cuyo caso veríamos el tratamiento a seguir».

Consultó su reloj de pulsera y eran las dos de la mañana.

«Cómo se va el tiempo», pensó. Aún tenía sin responder un matalotaje de cartas. Contestó a las que habían aceptado su línea de cuidados y tratamiento y dejó las demás para el día siguiente.

Casi a las tres se alzó y cerró el local con ayuda del sereno. Él mismo se encargó de traerle un taxi.

—Adiós, Andrés.

—Adiós, señorita.

Partió el coche.

Llovía un poco y la madrugada se abría fría y desapacible.

Entró con todo sigilo en casa para no despertar a nadie. Pasó a su cuarto, que era también el de su hermana.

Estaba ya en combinación cuando se volvió, somnolienta, Araceli:

—Ha venido Raúl.

—¡Raúl!

—Sí..., y está en casa.

Le entró una como náusea y deseo de vómito... y ganas de escapar; pero estaba casi desnuda, fatigada, y los brazos no se pusieron al servicio de su impulso...

—¿Lo sabe «Zaca»?

—No creo.

—No es ni sombra de lo que era..., está hecho una ruina..., con una cara de papel blanco «mascao».

—¿Por qué le han dejado salir tan pronto?

—No sé..., habrá cumplido.

Se acostó la mujer.

—¡Qué asco!... Sabe ya toda la casa a su hedionda rufianería.

—A mí me ha dado pena..., viene como una malva..., ha «estao» una hora abrazado y besando a la madre y preguntando por todos. Tiene una mirada asustadiza y cobarde, como de no estar tranquilo en ningún sitio. Cuando lo veas... estoy segura de que a ti también te va a dar lástima..., porque todo lo que mira lo ensucia con su angustia..., y te corre por la espalda como un escalofrío y te entra como miedo y asco de poner los ojos donde los ha puesto él..., y como todo, todo lo unta con su mirada despavorida.

—Pues no, a mí no me da lástima, ¿me oyes?, no me da lástima, me da náusea y asco..., un asco horrible, un asco nauseabundo, mareante..., un asco hediondo de que sea mi hermano y lleve en sus venas mi misma sangre..., sí, mi misma sangre.

—No levantes la voz, que vas a despertar toda la casa.

—Me importa un comino que se despierten todos..., todos...

Se oyó un rebullicio en la habitación paredaña, que era la de «Zaca».

—¿Qué os pasa? —preguntó del otro lado del tabique.

—Que está Raúl durmiendo bajo el mismo techo que nosotros..., ¿me oyes?, bajo el mismo techo.

Se le oyó saltar de la cama como una tromba. Luego salir y entrar... y arrastrar, arrastrar un catre como para arrojarlo por el balcón... Más tarde, como un trueno:

—A la calle, chulo de mierda..., a la calle..., que no te toleramos vivas aquí con nosotros.

—«Dice toleramos, toleramos» —repitió Celia solidarizada.

Se oyó un forcejeo brutal claveteado de interjecciones; después, como un cuerpo vencido que cae... y que se arrastra. Más tarde, como un: «¡Ahí va eso!». Luego, un portazo, un portazo brutal y enorme... y, señoreándolo todo sobre el grito angustiado de una madre..., la voz tronitronante de Zacarías.

—Aquí no queremos canallas enchulados que enmierden toda la familia..., ¡queremos limpieza!..., ¡limpieza!..., ¡limpieza!...

A Celia le dio vergüenza el saberse hipócritamente sucia, sucia de punta a punta de su alma, sucia hasta la boca, hasta los ojos..., alcantarilla arriba por las partes pudendas..., sucia, sucia por todo su cuerpo hasta el más hediondo escondrijo...

—¡«Zaca», canalla..., qué has hecho de mi hijo, de mi hijo!

Lo levantaba del primer descansillo de la escalera, hasta el que había rodado empujado y pateado por la ira y la violencia de su hermano.

—¡Hijo, Raúl..., mi vida!... —le besuqueaba y acariciaba la empantanada madre. Pero todos se habían echado ya al pasillo.

—O él o nosotros —rugía Celia, ensoberbecida—. O él o nosotros, tú verás... Como siga aquí, yo en cuanto amanezca me largo, ¿me oyes?, en cuanto amanezca...

—Tú sola, no; nos iremos todos, todos —vociferaba «Zaca», y miraba a Araceli como empujándola a que se decidiese, a que hablase...

—Calma, hombre, calma, que no hay motivo para ponerse así y menos para dar a la vecindad este escándalo —intentando instaurar su autoridad el padre.

Algunos vecinos se asomaban al descansillo de sus pisos y miraban para arriba..., otros para abajo, los del quinto y el sexto.

—Aquí no puede haber calma mientras este chulo putañero y piojoso siga bajo nuestro techo —gritó «Zaca».

—Que se vaya ahora mismo o nos iremos los demás..., sí, nos iremos todos, tú también ¡so aparvada! —alaridó Celia desafiando a su hermana.

—¿Pero con todo esto no veis que matáis a la madre, a quien decís querer? —trató de aplacarles Araceli.

—Pero qué pasa..., a ver si podemos los vecinos dormir, que el silencio se ha hecho para todos..., y no hay derecho a estos escándalos...

—Pues si «el niño» les ensucia échenlo al cubo de la basura —les propuso una mujer del quinto izquierda.

«El Raúl» estaba en el cuarto de los trastos, donde su madre le había improvisado una cama.

El padre se había colocado en la puerta como guardián.

Y la madre se abrazaba al hijo que, en un gesto de tardío pundonor, trataba de vestirse para largarse. Pero era más bien miedo a los puños de «Zaca» y a los ataques feroces de Celia, cortantes como navaja cabriteras, lo que despavoría al Raúl. Luego, al verse vestido por la vecindad con esa clámide de desprecio con que envuelve la clase humilde, trabajadora y honesta, a los que ejercen una profesión olorosa y nefanda..., a él, petulante y hombre orgulloso, le podía.

Pero la madre, los brazos en cruz contra la puerta, les gritó a los hijos:

—Si se va él, me iré yo con él..., y si me voy es para no saber de todos vosotros más..., conque escoged.

Parecieron amansarse un poco ante tal amenaza. Pero era el cansancio físico de tanto rugido y denuesto y la fatiga ojerosa de la falta de sueño la que pareció desmacelarles y ablandarles..., y hacerles volver a sus lechos, pues eran las cuatro y media de la mañana y la madre se agarraba, desfallecida y rugiente, al cuerpo acobardado del hijo.

Celia no pudo pegar ojo.

A las siete y media le oyó rebullir a «Zaca», se vistió y se puso al habla con él.

Estaba haciendo la maleta cuando entró en su cuarto.

—Yo me voy a un hotel mientras este guarro pernocte en esta casa —le planteó «Zaca».

—También yo he decidido irme, pero será al anochecer, porque tengo mucho que hacer por la mañana, y como no he conseguido dormir descansaré un par de horas después de comer, so pena de volverme loca...

Se hallaba nerviosa, frenética, sobresaltada.

—Yo no quiero saber nada, me voy y no vuelvo.

Pero en esto surgió la madre con «el Raúl» en el cuarto donde hablaban los dos hermanos.

—Déjate ahora esa maleta a un lado, mal hijo..., que si lo que pretendéis es matarme lo vais a conseguir.

Celia bajó la vista ante la mirada de su madre.

—Y tú también, que con el dinero que ganas se te va secando el corazón..., si es que alguna vez lo has tenido..., y escucha también tú. Éste se va a ir de casa en cuanto encuentre algo en que ocuparse y trabajar..., y no le acoséis, que no es una fiera después de todo..., y es mi hijo, ¿lo entendéis bien?... y vuestro hermano..., conque ya lo sabéis..., si no por él, a quien odiáis y envidiáis, hacedlo por mí..., si os queda una chispa de agradecimiento..., pues soy vuestra madre.

Se derrumbó en el suelo la desconsolada mujer.

—Araceli, Araceli —le gritó la hermana.

Le dieron unas gotas de café con coñac a beber..., y la acostaron.

No se le encontraba el pulso y parecía como muerta.

Celia, conturbada al ver así a su madre, miró a «Zaca», que humilló la cabeza y quedó mormojeando como un oso.

—¡Anda, hombre!

Fue deshaciendo su maleta, a golpes, a tirones.

La madre fue volviendo en sí, desflecada, convulsa.

—En una de..., éstas, me quedaré..., y luego todo serán lágrimas y remordimientos.

—Ese Raúl será hijo tuyo y hermano nuestro, pero es un hombre moralmente

abyecto, que emporca todo lo que toca..., y lo que mira, y con el que de ninguna manera podemos convivir.

—La vais a matar, y vosotros dos, sólo vosotros dos, tendréis la culpa si en una de éstas la madre se muere... —les apostrofó Araceli.

«Zaca» y Celia quedaron cabizbajos, en silencio.

—Lo sabéis..., en cuanto encuentre algo se irá, me lo ha prometido —les ofreció la mujer.

—Os lo juro —añadió «el Raúl»—, comprendo que después de lo pasado no es éste mi sitio —reconoció humillándose.

Hablaba con voz fría, desmadejada y queda..., de dar lástima.

Se hizo un silencio apodíctico, aceptador.

Araceli buscó la expresión de «Zaca».

—Te he preparado el desayuno —le brindó.

—Tómalo tú, que te sentará bien —y se fue dando un portazo.

Las dos hijas devolvieron a la madre a su cama.

—Voy a salir a ver si encuentro algo —anunció, ofreciéndoselo a Celia.

El traje le envolvía maltratada y raídamente.

—Hazlo con calma, hijo, y sin agobios, que de aquí ya no te echan; me lo han prometido y no tienen los dos más que una palabra —le tranquilizó al hijo, adulona.

Tomó un café con leche con un panecillo y se echó a la calle.

—Mi vestuario y mi «zapatoteca» estaban en casa de «la Covadonga»; supongo no se lo habrán llevado al escapar a Barcelona ella y «el Simpático».

«Pues supones mal», le sopló una vocecita.

«Lo malo es que “el Simpático” es un truhán de mi misma talla y que mi ropa sobre sus carnes juncales parecerá hecha a la medida..., ahora, no tiene mis piececitos..., es de patas grandes», pensó.

Pero cuando llegó al piso de «la Covadonga», que ahora lo ocupaba un albañil y su esposa y dos críos..., piso por el que el del fratás había apoquinado de traspaso once mil pesetas, no le pudieron dar razones de nada.

—Aquí no dejaron más que mierda sobre el suelo y las paredes, porque la pinta de mujer que lo ocupaba era una guarra y una sucia..., y se llevaron todo, todo hasta el último clavo. Ella y su amigo pulieron muchas cosas de las que tenían..., entre ellas una colección de zapatos, algunos color sangre de toro..., llamativos si los hay, como de marica y con un tacón que podían pasar como de señora. Su dueño debía tener pie muy pequeño.

—Éste —dijo «el Raúl», adelantándolo.

—¡Ah!, perdone, que la verdad, yo no sabía..., que usted...

Se llevó una mano a la boca por si intentaban escabullirse más palabras imprudentes.

—Le he dicho lo de los zapatos porque ese día que se «les» vendió a un saldista del Rastro, yo...

—Calla ya —le exigió el marido.

—Si no me ha ofendido lo que ha dicho..., déjela —y se sonrió muy tenuemente «el Raúl».

—Vaya, adiós —y se volvió y ganó la escalera.

En la calle el día era luminoso y abierto y alto de cielo, y se dio lástima metido en tan empobrecidas ropas.

«Esto mermará mis facultades, porque no hay más que una manera de acercarse eficazmente a una mujer, y es “bien fardao”», se dijo. Todo se le ponía mal para arrancar. «Este zorrón de “la Covadonga”, que yo la tenía por mujer limpia y hasta guarra parece que se ha hecho, si he de creer a esta mujer... El día que la eche la vista encima la voy a patear, por ladrona. Porque dejar a un hombre como yo sin recursos es una canallada... Paso porque se haya largao con quien quiera..., pero no respetar el instrumental de trabajo..., eso..., eso no lo hace nadie más que una tía tirada, pero que muy tirada, y la verdad es que no creí que “la Covadonga” lo fuese tanto... Ahora, de él, qué podía yo esperar, si es un tío chalao, sin clase, que ha vivido siempre “del tirón”..., sí, sí, “del tirón”, “del tirón”...».

SE volvió a casa. Le daba sonrojo moverse dentro de tan harapientas y manidas ropas. «¿Si me encontrase con algún conocido, qué pensaría de mí?». Iba pegado a las paredes, ligero, huidizo, mirando sin mirar, con las solapas subidas y el cuello vuelto... Y en el portalón de mayo, el mes más ancho y hondo de Madrid. Cuando florecen a la vera del río los tarantines de las primeras verbenas..., y el cielo se puebla de nuevos vecinos estrellados..., y la luz se derrite de puro regalona.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y se encontró con un billete de cinco duros.

Se enterneció. «Es cosa de mi madre», se dijo. «Como me ha puesto estos duritos podía adelantarme dos mil pesetas para hacerme un traje. Porque la madre ahora manejará dinero de largo con lo bien que marchan “la Celia” y “el Zaca”, que para ella no serán roñosos. Pero no me faltaba más que esto, que yo intentase sacarle estas pesetas a la vieja y que ellos se enteraran. Para qué quería más»... Todo esto le creaba un complejo de inferioridad y un embarazo en sus movimientos... Cambió su ruta hacia casa por miedo a tropezar con amigos y gentes que le pudiesen conocer y le sorprendiesen en aquel lamentable estado...

«A mí limosnas, no..., con las ganas que me tienen más de uno y de dos».

Dando muchos rodeos cayó en la calle de La Morería. Empezó a subir las escaleras de su casa. «Aquí es donde estoy más tranquilo y seguro hasta que se me aclare un poco el horizonte», se dijo.

—Pero ¿dónde lleva los ojos? —le abroncó una mocita que con unos guantes de goma y un cajoncito a la medida de sus rodillas, mullido con paja para que no le hiciese daño, aljofifaba las escaleras entre el tercero y el cuarto.

—No los llevo, guapa..., me llevan..., y muy mal, como se ve.

—Y tan mal.

Se alzó de tronco y se le quedó contemplando.

Al verle tocar el timbre de su casa le dijo:

—¿Usted es el hijo de la señá María, que acaba de salir de la trena?

—El mismo que viste y calza.

—Por lo que se ve..., muy mal.

Le mira misericordiosa.

—¿No tienen entre todos para comprarle un traje y unos «calcos» al hermanito?

—¿Y quién eres tú..., se puede saber?

—Soy Marina, la que viene todas las mañanas a echar una mano a la Araceli hasta que levanto el fregao y me las piro.

—Ah..., estás en mi casa.

—Bueno..., más propio en la de sus padres y sus hermanos.

—Pues tanto gusto.

Hizo ademán de darle la mano.

Pero a la mujer le entró la risa.

—No pretenderás que me quite el guante.

—No pretendo nada —mientras la medía sus partes y proporciones con voluptuosa lentitud—. Si te pusieras de pie.

—¿«Pa» qué?

—«Pa» seguir calculando.

—Ahora no puedo..., me debo al trabajo.

—Pues avisa cuando termines.

En esto abrió la puerta Araceli y dio paso a su hermano.

—Que va muy lenta, Marina, y hemos de ir al «mercao».

—Va en seguida.

Pasó a la cocina, donde estaba la madre.

—¿Has hecho algo?

—Nada, no he encontrado nada de lo que creía.

—Vaya por Dios.

Se le quedó contemplando.

—¡Cómo está ese traje, y esos zapatos...!

—Pues todo lo que tenía me lo han «churimangueao».

—Si te sirviera de lección.

—Lo que necesito no son consejos, madre, sino dinero.

—¿Para qué?

—Para hacerme un traje y comprar unas camisas y unos zapatos..., y poderme presentar a la gente..., pero comprendo que tú...

Marina entró con el balde de agua sucia y los guantes de goma con su manopla aisladora.

—Esa viene por horas, a echarle una mano a tu hermana a lavar la ropa y planchar y fregotear lo que nos toca de escalera.

Volvió de la cocina, sin guantes, peripuesta. Traía la bolsa de la compra.

—Cuando quiera, señorita —le advirtió a «la Araceli».

—No traigas uno y tres cuartos, trae dos kilos de carne, no olvides que ahora está tu hermano —y le contempló.

Salieron.

Cuando se encontraron solos la madre le advirtió:

—Dinero yo no te puedo dar nada, menudo se pondrían tus hermanos..., y con razón.

—Si yo no le he pedido nada.

—Bastante te doy con tenerte junto a mí y que tengas cama y comida hasta que encuentres algo.

—Y yo se lo agradezco de verdad..., de la buena.

Se hizo un silencio necesario.

La madre se volvió.

—¿En qué piensas?

—En lo mal que está todo.

—Pues a ver si te espabilas.

—Para eso necesito echarme a la calle..., y para echarme a la calle me es necesario... ir decorosamente envuelto.

—Pues tú verás cómo te las arreglas.

—Eso es lo que estoy pensando.

—Tú, a «la Celia» o al «Zaca» ¿no les podías pedir unos miles de pesetas..., pocos..., como si fueran para ti, como si los necesitases tú, para traspasármelos a mí, claro, «prestaos»..., eh..., «prestaos»? Estoy dispuesto a firmarte un documento reconociendo la deuda, ¿me oyes?

—De sobra te oigo.

—¿Y no...?

—No insistas.

Se instala entre los dos un silencio tirante.

—En ese caso me veré obligado a hacer un disparate.

—No, eso no.

—Pues tú verás cómo salgo yo adelante.

—Trabajando, que es lo que hacen todos cuando se ven en tu caso. Faltan brazos en las obras que están levantando en Madrid; vete y ofrécete y trabaja de peón..., o de lo que sea.

—¿Y a ti te parece bien que tu hijo se estropee las manitas en esa clase de «currelo»?

—Lo que quiero es que seas un hombre digno y no un granuja.

—Ahora me sales con esas.

—Frente a esos lobos de tus hermanos te defiendo y te doy la razón, pero cara a cara..., hijo..., te digo lo que eres..., conque ya lo sabes.

—Bueno, mujer, no empujes..., no empujes.

Se alzó y le cogió una mano.

—No me gusta cuando te pones seria..., te encuentro fea..., pero que muy fea...

Con la mano que le retenía le da un pasagonzalo cariñoso, mientras fruncía adulón los labios.

—Estate quieto.

Le abandona la mano.

—Bueno..., me voy.

—¿Adonde vas?

—A buscar trabajo.

—Mira, ahí enfrente, junto al Viaducto, tienes una casa en construcción, y hace unos días había un cartel en el que se pedían peones.

—¿Y no temes que tu hijazo se pueda caer de un andamio y se rompa la cabeza?

—Morirías en acto de servicio, ¿no se dice ahora así?

—No quiero morir tan halagüeñamente.

—Me lo figuraba.

Cercándole:

—No olvides lo que me has prometido mientras has estado en la cárcel.

—¡Ay, madre!..., el secreto de la vida..., tú lo sabes, es el olvido.

—En ese caso no cuentes conmigo para nada.

—No te creo capaz de dejarme tirado.

—Para mí, no ha sido la vida un lecho de rosas..., conque aprende, que por trabajar no se le caen a uno las sortijas.

—Pero hay trabajos y trabajos, y nunca me ha gustado el trabajo al aire libre..., nunca, nunca.

—Sé franco..., ni bajo techado.

—Según qué trabajo.

—Habrá que aclarar primero a qué llamas tú trabajo.

—Pues..., a eso, a eso...

Y movía los deditos de la mano, perfumados de molicie.

—Bueno, adiós.

Pero a medio camino de la puerta se volvió y se acercó a besarla. Le tomó por los hombros la mujer, con indisimulado embeleso.

—Pero si sabes que eres mi vida y mi luz..., y mi rey..., y...

Se le agitó la voz.

—¿Por... qué, por qué eres así?

—Qué quieres..., soy como tú me has hecho.

—No, eso no; el ejemplo, el ejemplo que tú ves en la casa es de todo lo contrario.

—Madre..., la vida es un soplo, un soplo..., y ay del que no la haya disfrutado.

—Pero Dios lo repite una y mil veces: ganarás el pan con el sudor de tu frente.

—Pues si vieras lo que sudo..., para vivir como vivo..., y el teatro que le tengo que echar.

—¿Cómo eres tan cínico?

Sonriéndose:

—¡Qué se yo!

—¿Pero no ves que con tu conducta me vas a matar?...; luego dices que me quieres.

—Te quiero, no lo dudes, pero a mi manera.

—Que no es la honesta.

—¿Qué se yo de bien o mal, de justo o injusto, de lícito o ilícito, de lo moral o lo inmoral?... Yo me dejo llevar por mis instintos, como casi todos... Para una persona limpia que sale somos miles los granujas.

—¿Luego lo reconoces?

—Con tus normas, sí..., pero esas normas ya casi nadie las tiene en cuenta. La vida es una farsa, madre, una enorme farsa, y la salud moral del mundo es cada día peor..., y lo importante es ser fuerte... Escucha, no son más que tres mil pesetas lo que necesito..., y te aseguro que con ese modesto préstamo acabaré siendo un

caballero. Desde esas tres mil pesetas partiré a la caballerosidad, a la honradez, a la limpieza moral... Pero esas tres mil pesetas me son absolutamente necesarias para empezar a ser una persona decente.

—Te conozco demasiado, hijo, para saber cómo vas a terminar.

—Qué equivocada estás..., sois los padres quienes menos sabéis de los hijos.

Contemplándola risueño y llenándole luego de besos juguetones el rostro...

—Ya que no me las das..., ayúdame por lo menos a encontrarlas.

—Espera que me ponga una falda y me eche una blusa y me iré contigo a la obra de enfrente a pedir trabajo para ti.

—Estas manitas no se han hecho para deteriorarse con el roce de los ladrillos y el comido de las argamasas... Mi felicidad, mi victoria, por tres mil pesetas..., ya ves qué arranque más modesto.

—Dirás tu desgracia y tu ruina..., y vuelta a la cárcel, de la que correrás el riesgo de no salir..., si no terminas peor..., que Dios no lo quiera.

—¡Qué poco conocéis a Dios!... Dios está casi siempre con los granujas, con los pillos, con los grandes estafadores, con los grandes tramposos..., si no, al tiempo.

—No..., eso sí que no.

—¿No ves que le somos más simpáticos?

—No, no.

—Que sí, mujer, y tú misma estás convencida de eso.

—No digas herejías.

—Vamos a ver, ¿en casa, quién se lleva tus simpatías, tus desvelos, tus caricias, tus ayudas y, en fin de cuentas, tu amor, tu debilidad y tu amor?... Pues yo..., sí, yo...; y esto lo sabe en el barrio hasta el sereno.

—Porque lo necesitas más que los otros, que son trabajadores y justos.

—Sea por lo que quiera..., pero la verdad es ésa...; pues a Dios le sucede lo mismo, se pasa el día pensando en nosotros, en los pillos y pequeños canallitas, en los desvergonzados, en los estafadores sin pudor, en los cínicos y tramposos y en los «aquí me las den todas» que infestamos el mundo...

Mirándola rumbosón.

—Bueno, no das nada, ¿verdad?... A ver quién da más, son tres mil pesetas..., sólo tres mil pesetas, una miseria, dada la depauperación en que vive la peseta..., ¿quién me las da..., quién?

—Yo no, desde luego; aunque las tuviera..., que no las tengo.

—Sé que no las tienes, porque de tenerlas me las habrías dado ya.

—No, eso sí que no.

—Sí, mujer, sí..., me las habrías dado... ¿Cómo ibas a consentir que tu hijazo no triunfe en la vida por tres mil cochinas «leandras»...?

—Pero ¿por qué no das cara a las cosas, hijo, honradamente, en vez de buscar la línea de menos resistencia?

—Pues porque esto es lo estratégico, lo que yo hago... Y basta de perder el

tiempo con palabras.

Le dio un beso y se echó a la calle.

«Depondré mi orgullo y me iré a ver al “Botines”. “El Botines” apalea los pápiros verdes en este momento, acaudalado por dos mujeres distinguidísimas: Rosarito y “la Ingeniero”, hechas por él y educadas por él a su imagen y semejanza. Es, hoy por hoy, el macarra más conspicuo de Madrid. Dentro de los profesionales, se entiende. Cuando me vea en este lamentable estado se va a alegrar mucho, desde luego, pero esto no quita para que tenga verdadero interés, con sus documentos y firmas, en prestarme esas tres mil pesetas. Le conozco, y encontrará un buen negocio, por tres mil averiadas leandras, tenerme sujeto y a su servicio. Claro es que, a la hora, lo sabrá toda la chulangería madrileña y el emputecido Madrid cuál es mi situación..., y si se lo cuento, que no me quedará otra salida que contárselo, el robo de mi vestuario tan envidiado por los cofrades... Será un verdadero choteo el que se organizará contra mí..., entre ellos y ellas...

»Detente, Raúl..., que el prestigio es el prestigio, y tú no puedes tirar tu aquél por tres mil miserables pesetas, ni meterte a estas alturas en la boca del lobo como un chulanganillo incauto, que la seriedad y el prestigio y la fama bien ganada es lo que más vale entre los hombres..., y que todo esto lo tienes en el aire..., y el aire es traidor y voltizo y versátil..., y...».

La verdad es que cuando estaba para sumirse en el portal, un portal de ascensor y portero de librea, nada menos que en la Avenida del Generalísimo, lo pensó mucho y se volvió atrás.

«No la vayamos a pringar...».

Atravesó la avenida hasta Tetuán.

Se metió en una tasca, cambió el billete de cinco duros y se atizó un par de blancos.

«Torearé el tiempo hasta que cambie». Por el momento no se le ocurría nada. Más tarde volvió a su casa.

Hacia las dos llegaron Celia y «el Zaca». Él estaba en la cocina, sentado en una banqueta, pensativo, con la cabeza hundida.

—Para evitar disgustos, lo mejor es que tú comas aquí —le sopló la madre.

No replicó nada.

—Ponle ahí el servicio y atiéndele, Marina.

La mujer le miró compasivamente.

Le colocó un vaso y dos platos, y un cuchillo y tenedor..., y una servilleta y el pan.

—¿Le acerco el vino? —preguntó Marina.

—¿Pero qué te traes ahí?... Yo soy el señorito de la casa..., y como y bebo de todo, ¡so aparvada! —la vituperó molesto—. Y ahora trae la frasca.

La mujer se aturulló.

—Yo a lo que la señora mande.

—Pues «pa» que te enteres.

Cuando le sirvió el primer plato, unas patatas guisadas, le hizo una mueca despectiva.

El hombre se sonrió, y si no porque estaban la madre y la hermana delante le hubiera acariciado una grupa.

«La Araceli», asustada, le dijo:

—No se te ocurra ir por el comedor.

Se oía la voz de «Zaca» y la voz de Celia.

—Pero ¿qué es esto?... , iré por donde quiera de la casa y haré lo que me salga de las narices.

—Si vienes con ganas de escándalo lo mejor es que te largues y no vuelvas —le amonestó la hermana.

—¿Pero quién eres tú para...?

—¡Raúl! —le gritó la madre—, ¡cállate!

—¿Ha terminado? —le preguntó Marina, displicente.

Le quedaban aún unas patatas.

—Deja eso aquí..., y largo.

Era un filete con ensalada.

—Dos no riñen si uno no quiere..., pero tú parece que...

—Cállate tú también, hija —le ordenó la madre.

El hervir de la carne frita envolvió sus palabras.

—Vete poniendo la mesa —le mandó.

Sonó el timbre.

—Abre a tu padre —le indicó.

«El Raúl» comía despacioso y en silencio...

El humo llenaba la cocina.

—Esa ventana —advirtió la madre.

Marina la abrió.

—¿No va a comer más? —le preguntó «al Raúl».

—No.

Pero al decírselo la miró con dulzura.

Marina se acercó al fogón y empezó a dar vuelta en la sartén a los filetes. Con el tenedor en la diestra se echó a un lado con la mano los pelos, y al volverse miró a Raúl, que estaba triste y pensativo.

Fue un ojeo suave y protector.

Entró Araceli y le advirtió a la madre:

—Están todos a la mesa.

Al salir le aconsejó al Raúl:

—En tu cuarto te encontrarás mejor.

—Deja..., estoy bien aquí.

Quedó sólo con Marina.

La mujer le contempló sin decirle nada.

—No me gusta que me trates tú así —le participó «el Raúl».

Y la ojeó con lenteza.

La mujer le sostuvo la mirada.

En aquel momento entró «la Araceli» y le ordenó:

—Saque el primer plato.

Al pasar junto «al Raúl», le sonrió.

Al volver le propuso el hombre:

—Tenemos que ser buenos amigos... Habrás visto que todos están contra mí.

—La vieja, no...; bueno, su madre —rectificó.

—Ésas nunca están contra los hijos..., pero los demás...

—Vaya a saber, porque..., que ustedes, los hombres...

Y la sonrisa se le hizo franca simpatía.

—Yo..., a mi manera, soy bueno.

—¿Y qué manera es esa?

—Pues la mía..., la de mis instintos —y alzó hasta ella la vista y la encontró hermosa, sofocada con los avives del fuego.

Se había soltado el botón alto de la blusa y el hocino del pecho le evidenciaba los senos mellizos. Era alta Marina, insertada sobre dos espléndidas piernas..., y al mirar sabía hacerlo con una mezcla de suavidad y desgarró.

—Tienes que ser tú buena conmigo.

—¿Cómo? —y le sonrió.

—De eso nada hay que enseñaros a las mujeres.

—Menudo randa estás tú hecho..., bueno, usted, que ya «me ha frotao» que es el señorito.

—Tú, tú..., que es ya la manera de empezar a ser buena conmigo..., que nadie me quiere.

—¡Pobre! —y le rió cariñosona.

Abandonó la cabeza contra el pecho Raúl.

Oyó que la llamaban y salió la mujer portando la carne y la ensalada.

Él quedó pensativo.

Al volver la asistenta con los platos le cucó un ojo.

Él siguió ausente, sin oponer nada. Ofrecía un rostro palidísimo y cansado.

Llegaban las voces del comedorcito.

De repente le pareció oír su nombre.

Se alzó felino y se fue al comedor.

—¿Había algo para mí? —preguntó.

Todos le contemplaron asustados.

—¿Pero cómo te atreves a presentarte aquí? —le reprendió «Zaca».

—Lárgate, que maldita la gracia que nos hace verte —le exigió Celia.

—Estoy en mi casa, mejor dicho, en casa de mis padres y no tengo por qué

ocultarme...

—Encima desafiador.

—Quítate de nuestra vista, granuja.

—Estoy aquí con el mismo derecho que vosotros..., ¿qué pasa?

—Dígale usted que se vaya —le pidió «Zaca» a su madre.

—Sí, será mejor si te vas a tu cuarto —le ordenó la mujer.

—Si lo hago es por usted, que por ese par de miserables... —y les hizo un gesto despectivo.

—¿Pero cómo te atreves a abrir esa boca? —y se abalanzó «Zaca» sobre él.

Rodaron por tierra.

Intervino el padre para separarlos, y Araceli.

—Si la culpa no es de él, sino de quien le tolera que venga aquí a desafiarnos —grita Celia.

—Viste cómo le mandé que se fuera.

—Se trata de que no debíais haberle tolerado que pisara la casa.

—Ni que fuera unapestado.

—Pues lo es.

—Yo no permaneceré un momento más aquí si no es con la condición de que no ha de aparecer ante nuestra vista.

—Retírate, Raúl —le mandó la madre.

—Pues tan hijo como vosotros es..., eso que se os quite de la cabeza —aseguró el padre.

—Eso no lo dudamos —reconoció Celia—, pero su conducta y su vida son tan puercas que no podemos ni debemos tolerarlas.

—Eso es —remachó «Zaca».

La madre clavó los codos en la mesa y escondió la cara entre las manos...

Más tarde alzó la cabeza y le ordenó:

—Vete, hijo.

—Que conste que si me retiro es por usted.

Llevaba el pelo revuelto, saltado el botón alto de la camisa chafada, sangrando de los labios, el gesto desgarrado.

—Si cree que se va a preocupar de encontrar trabajo va usted es buena... Como no encuentre una que le retire, aquí le tiene *per saecula saeculorum* —latigó Celia.

«El Raúl» volvió desde el pasillo.

—A mí lo que me sobran son mujeres, tía tortillera...; las tengo así —y llamó a concilio a todas las yemas de la diestra.

Celia quedó como sin sangre.

—Chulo de mierda..., a mí lo que me sobran son hombres.

—No lo dices en serio —le rió cínico.

«Zaca» se puso de pie; tenía el rostro encendido, la corbata hecha un burujo, rasgada la camisa.

El padre se levantó y se colocó entre los dos hijos.

—Hala, tú..., largo de aquí —le ordenó al Raúl—. Y tú siéntate a la mesa.

«El Raúl» se fue a la cocina.

Marina fregoteaba los platos y al entrar se volvió y le miró en silencio.

Se oía el murmullo del agua al escurrirse por la loza y el ruido al caer en el barreño y el moscardoneo de la fuente.

—Nadie me quiere en esta casa..., nadie, nadie —rugió «el Raúl».

La mujer se le acercó suplicante.

—Anda, hombre, no te pongas así.

Se le daba particionera de su desgracia.

—En esta situación, yo que tú me iba.

—¿Pero adonde y con quién?... Porque yo así solo...

Se hizo un calderón de silencio.

La mujer siguió fregoteando. A continuación ponía los platos de canto para que escurriesen.

En el comedor hablaban, otra vez, animadamente.

—Marina, guapa..., yo quisiera hablar luego contigo.

—Habla.

—Aquí no.

—Salgo a las seis.

—¿Y qué haces a esa hora?

—Ir a otra casa hasta las nueve.

—¿Y después?

—Ir a cenar y a la cama, que «queo» baldada.

—Te esperaré y te invito a cenar.

—Pero yo no quiero líos, que si luego se enteran tus hermanos que ando yo por medio...

—¿Tú también me abandonas? —y acuitó la expresión y a la mujer le dio pena y lástima.

—Bien, pues, te acompañaré a cenar..., pero me has de llevar tú a casa en seguida, que mañana tengo que madrugar y tirarme de la cama a las seis y media, que antes de venir aquí tengo que limpiar unas oficinas en la Gran Vía.

—La duda ofende.

—En ese caso..., bueno.

Le envolvió en su ternura.

—Anima esa cara, hombre —y le sonrió.

—No me quiere nadie aquí; ni mi madre, ni mi madre... Ya lo has oído cómo me ha echado.

—La señora lo que trata la pobre es de evitar que os enzarcéis..., pero se ve que tú eres su debilidad.

—¿En qué?

—Cómo te gusta que te lo repitan..., en todo.

Se pone de pie «el Raúl».

—Estaré en la calle para acompañarte cuando salgas.

—Pero por el Viaducto, que yo voy hacia Sol.

—Bien.

Se retiró «el Raúl» a su cuarto y estuvo un rato frotándose con bencina la chaqueta, tratando de quitarse las manchas.

Luego se tumbó en su catre.

Oyó despedirse a Celia. Más tarde abandonó la casa «Zaca».

Antes se había marchado su padre.

Cuando se fueron todos, la madre le buscó en su cuartucho.

—Viviendo como vives a costa de ellos, pues entre los dos sostienen la casa, que con lo que gana tu padre no tendríamos ni para empezar..., no sé cómo te atreves a presentarte delante de tus hermanos y levantar la voz... Conque a ver si espabilas, que como no adoptes otra actitud así no podemos seguir.

Se asomó Araceli.

Le pidió un trapo para limpiarse los zapatos desvencijados.

Se lo trajo.

Encaróse con la madre.

—Cómo has cambiado.

—Y qué quieres, si vivimos de ellos.

—Cuando estaba en la cárcel eras otra.

—Y tú también otro... Pero ahora estás libre y tienes buena salud y dos manos..., conque a emplearlas.

Se frotó los zapatos con rabia.

La miró altanero y tierno, orgulloso y angustioso a la vez.

La mujer se apiadó y retribuía su mirada con una chispita de sobreentendidos en la suya.

—¡Ay, hijo..., hijo!... ¿Por qué eres así?... —y se abrazó a él y le besó con derramado embeleso.

—Adiós.

—¿Dónde vas?

Pero ya se perdía en la escalera, sin contestar.

Anduvo celemineando por el barrio y un poco antes de las seis, después de preguntar la hora a un caballero, se apostó en el Viaducto a la sombra del palacio de Uceda.

Poco después reaparecía la mujer. Resultaba desconocida. Metía sus carnes juncales en una blusa blanca de seda natural y alzaba sus piernas nerviosas sobre unos zapatos negros de tacón altísimo y fino que evidenciaban más su recortado encanto surero. Todo escapando de una falda ceñida.

La cabeza mejor peinada y atusada.

—¡¡¡Marinita!!! —desmesuró el hombre.

La mujer recogió sabrososa el buen efecto causado en él.

Raúl la goloseó olfativamente.

—¿Te gusta?... Es francés —le rió.

—Estás mareante.

—No va a estar una trabajando todo el día como una burra pa no lucirlo luego.

—Quién te ha visto y quién te ve... Sin quitarle nada a la Marina laboriosa..., porque estabas con tus guantes de goma dándole marcha a la escalera como «pa» comerte.

—Guasón que es el niño.

—De verdad y de la buena.

—Anda... y no sigas, que me lo creo.

Tenía una voz pastosa, llena, de buena hembra, y «el Raúl» se metió al socaire de la mujer y de su voz y echaron hacia Sol.

—Tú serás como todos; mira que estoy muy escarmentada.

—Hasta ahora estoy seguro de que no te has encontrado con un hombre como yo —y la miró al sesgo.

Consintió le empapase la mirada.

—Mira que si fueses como el anterior que me acompañó..., y el otro..., y el otro.

—Hija de Dios, ¿cuántos has tenido?

—Me han tenido, que no es lo mismo.

Ojeándole con desconfianza.

—¿Pero qué os traéis en tu casa que menos tu madre todos te hacen ascos como si fueses un sarnoso?

—Que no estoy por el trabajo a la intemperie.

—Pues, búscalo bajo techo.

Le miró a las manos, finas, de dedos blancos y suaves y uñas modeladas con lima, bien cortaditas, sin cutículas.

—Me parece que tú no le has dado mucho con ésas —al mismo tiempo que se las miraba.

—No me ha gustado cansarlas.

—¡Ah! —y le empolló guasona.

A las nueve la recogió de Antonio Maura, donde la había dejado. Comieron en un tascucho, cerca del teatro Real.

A la hora de pagar él sacó unas pesetas y le preguntó a la mujer:

—¿Tienes ahí treinta «leandras»? Que no me alcanza. Luego te las daré.

Acudió rauda y servicial con un billete de diez duros.

—¿A qué cine me vas a llevar?

—¿Te hace al Carretas?

—Andandito.

Se les ofreció, grande, destartalado, muy oscuro, como una pradera en la que

pacer a gusto.

Él avanzó sorteando los escollos y las sirtes, tal un marino avezado.

—Aquí cada cual atiende a su juego, ¿te has fijado? —le hizo observar ella.

—A ver qué vida.

Se sentaron estratégicamente sin pensar en la pantalla para arrullarse bien.

—¿Cómo se titula la «peli»? —quiso saber la mujer, después de los primeros escarceos.

—Marina.

—¿Que cómo se titula?

—Pues, no te lo estoy diciendo: Marina.

—Tienes buen jarabe de pico.

—¡Cómo me llena tu nombre!

—Lo que te llena a ti es otra cosa.

—¡Qué no!... ¡Que es tu nombre!... ¡Que eres tú la que...!

—¡Ay! —y pegó un gritito la mujer—. Por todos los santos, Raúl, que seas más suave.

—Se tendrá en cuenta.

A la redonda se hacía un susurro de faldas, un susurro de voces... y una desembocadura de solazosos suspiros.

Una lucecita que apolillaba lo negro junto a la puerta empezó a debilitarse... y a fortalecerse.

—Se mueve el gusano —bisbiseó una voz.

—Ojo, Raúl, y no te precipites.

Se oyó como un resorte escapar de la pantalla el galope de un caballo.

El equino pareció ir sobre las cabezas del público.

Más de uno se lo creyó venía por ellos... y moderó sus ímpetus.

—¿Por qué será que todos los hombres venís a lo mismo?

—Será por lo que tenéis de imán las mujeres.

—¿Tú crees que todas?...

—Hombre, todas..., unas más que otras.

—¿Y por qué os cansáis tan pronto?

—Será por aquello de que en la variedad está el gusto.

—Y a veces el gasto.

Se hizo sordo el hombre.

—Raúl.

—¿Qué?

—¿Tú me quieres?

—La duda ofende.

—¿Y en dónde piensas trabajar?

—En la cama.

—¿Y pa qué te ha dado Dios esas manitas?

—Pa cuidarlas... y... pa acariciarte.

—Pues, no me convienes.

—¿Y me lo dices ahora que estoy ya embalao?

—Embalao... ¿en qué?

—En lo de acariciarte... y quererte.

—¡Qué mala suerte tengo!

—Pero mala, ¿por qué?

—Porque con todos los hombres que me gustan me sucede lo mismo.

—¿Y qué es lo mismo?

—De sobra lo sabes tú, ¡so charrán!

—Soy muy bruto... y como no te explicotees.

—«Tíes» que trabajar, Raúl..., convéncete.

—¿Y «pa» qué?

—«Pa» mantenerme, que no está bien..., ni mucho menos, que «currele» yo «pa» ti.

—¡Ah!... ¿Pero estás decidida a ello?

—No..., te digo que no.

—¿Pero por qué no está bien que trabajes tú «pa» mí?

—Pues porque no... Porque siempre ha sido el hombre el que ha trabajado «pa» la mujer.

—Eso sería antes.

—Antes y ahora.

—No lo creas... Lo «fetén» es ahora que trabaje la mujer «pa» el hombre, y Madrid está plagado de casos de estos.

—Que no..., te digo que no.

—Que sí..., te digo que sí.

—¿Y tú esperas que yo...?

—Todo es hasta que te acostumbres y le cojas gusto.

—Es que no se lo cogeré nunca.

—Vamos, tonta..., prueba y verás.

—Como no pienso probar, lo mejor es que lo dejemos.

—Ahora que estoy con las manos en la masa.

—Pues apresura.

El caballo intentaba otra vez escaparse de la pantalla.

Se hizo un silencio peligroso.

—Espabila... —le sopló la mujer.

—Espera que termine la «peli» y se haga la luz.

—Estoy ya de galopes hasta la cocorota.

—Anda, amánsate..., y no empujes.

—Tú verás, yo me largo.

Y escapó de la fila y se aventuró en la negrura.

—Espera, loca —y la siguió.

En la calle le miró de arriba a abajo como midiéndole, como sopesándole, como calculándole.

—Te lo juro que no te hacía tan... tan granuja.

—A todo hay quien gane.

—En lo de cínico, a ti no...

—Todo es que te echas a buscar.

Despectiva:

—¡Me das lástima!

—Poquito a poco..., eh.

Se volvió y le dio un respingo:

—¡Anda y que te zurzan! —y escapó calle adelante con un garboso repiqueteo de tacones.

El Raúl se dijo sentencioso: «Así me gustan a mí las hembras, bravas, para irlas domando».

AL día siguiente «el Raúl» se levantó tarde; serían las once.

La madre había entrado en el cuarto a las ocho, y media para suplicarle:

—Por lo que más quieras, no te muevas de la cama hasta que se vayan tus hermanos.

Le había llevado el desayuno y luego siguió acostado.

Hacia las once salió de su habitación.

Dejó un buenos días en la cocina.

Y Marina contestó con un:

—Buenos.

—Pasa al comedorcito mientras te hacen el cuarto —le ordenó la madre.

Permaneció un rato en el comedor mirando el techo y pensando en sus cosas.

—Supongo que saldrás a ver si encuentras algo —le previno la madre.

—¿A dónde voy a ir sin un gordo?

—¿Has gastado ya los cinco duros que te di ayer?

En aquel momento pasaba Marina, que devolvía al aparador una fuente limpia y le miró:

«Conque sacándole los cuartos a la vieja», piensa.

—Me quedan unas pesetejas..., muy pocas.

—Tiene su cuarto arreglado el... señorito —le anuncia con retintín Marina a la señora.

Se volvió a él.

Más tarde se le acercó la madre.

—Tú verás, pero en bandeja no te la van a traer a casa.

—¿El qué?

—Pues la colocación.

—Te lo he dicho y te lo repito, necesito un traje y una camisa y unos zapatos..., y unas pesetas «pa» moverme..., y sólo así... podré intentar algo.

—¿Es que aspiras a Presidente del Consejo de Ministros?

—Aspiro a algo que vaya con mi clase y mi condición... y mis deseos..., porque el hijo de mi madre no sube a un andamio, que se te quite de la cabeza.

—Si nada tengo con los andamios.

—Pues entonces.

—Y en cuanto a lo del traje y la camisa... y los zapatos... y..., pues apáñate tú que ya «tiés» edad, Raúl, hijo..., que ya «tiés» edad.

Salió de su cuarto y se dio con Marina, que, sin duda, estaba escuchando.

Le frunció el morrete la mujer.

«Ésta también», pensó.

Se echó a la calle. Mayor adelante, se dio un garbeo por Sol y la Gran Vía.

Las mujeres elásticas y esponjosas, de cutis fresco y el cielo tierno, alto y terso hasta la pura rasgadura..., que daba un epitelio en azul plateado, profundo, denso..., era una invitación al desmadejante y ocioso no hacer nada...

«Con mañanitas como ésta, quién da una», pensó «el Raúl».

Pasaban hembras jóvenes, bonitas, de ojos brillantes, esperanzadores, y «el Raúl» les cosquilleaba los oídos con la exagerada gracia de un piropo...

Pero se miró la ropa y se dio asco. «¿Quién me puede dar oídos y hacer caso con esta traza?...».

Y se volvió a casa de mal humor.

Cuando su madre salía de la cocina para una diligencia, «el Raúl» se metía en ella e intentaba ligar con Marina..., pero que si quieres.

—Sí.

—No.

—No.

—Sí.

Eso era todo.

—Anda y que te aspen. Sabrás que lo que a mí me sobran son mujeres.

—Pues aprovecha, aprovecha —le soltó por toda larga contestación.

Sentóse en una banqueta con la cabeza hundida, jugando a triste e incomprendido.

A las dos y cuarto fue llegando la gente de la casa.

—No se te ocurra intentar comer con todos en la mesa —le advirtió la madre.

Marina se volvió coñona, como diciéndole:

—¡Toma tripita!

Cuando se retiró su madre la desafió:

—¿Qué pasa?

—El agua por el caño —le replicó muy chula.

—¿Tú también?... ¡No me faltaba más que esto!

—«Tiés» lo que te mereces, ¡so guarro!

—¿Guarro yo?

—Sí, tú.

—¿Me dirás por qué?

—Anda de ahí, so... cerdo.

Se alzó y fue hacia ella.

—O te callas o te parto la...

Oyó los pasos de su madre y se contuvo.

Entró Araceli y tomó del vasar platos y copas, y de un armarito sacó un mantel.

—O te sientas o te largas —le brindó al hermano.

Se fue la mujer, pero en seguida volvió a recoger la sopera humeante.

«El Raúl» se había sentado a la mesita de la cocina. Estaba palidísimo, como sin sangre, cabizcaído y muy triste.

Marina le puso los platos... y la copa para el vino y los cubiertos y el pan.

—Si todo es que te decidas.

—¿A qué?

—A trabajar..., y verás cómo se te van todas las penas y todas las angustias.

Él alzó los ojos y se embarcó en su mirada..., en la de ella..., que era dulce y oceánica y suave y sin orillas...

—Tengo miedo de herniarme —le contestó cínico.

—¡No te morirás! —le deseó la mujer.

—Lo haría por darte ese gusto, pero tengo tan mala suerte que ni la muerte quiere nada conmigo.

—Palabras no te han de faltar.

Envolviéndola en su retrecho le cantó por bajines:

*A la muerte llamo;
no quiere venir;
que hasta la muerte tiene, compañera,
lástima de mí.*

Conforme entona la «seguiriya», le va metiendo su cara morena en el campo de la de ella.

Retirándole:

—Vete..., que me das asco... ¿Pero no ves que me das asco? —le susurra la mujer echándose atrás.

Con guaseo:

—¿Por qué mientes, reina?... ¿Por qué mientes?

—¿Yo..., mentir yo...? Si es la verdad, la pura verdad.

—Si te empeñas me iré..., pero no vengas luego llamando a mi puerta.

—¡Yo!... Lo que me sobran a mí son hombres muy hombres, hechos y derechos..., no alfeñiques vistosos.

—Aprovecha cuando pasen.

Le dejó sobre la mesa la sopera que había devuelto Araceli.

—Sírvete si quieres.

Le mira amenazante, zahareña, dura.

—¿Pero tú también, Marinita?

—Yo la primera, me oyes, la primera..., y les doy la razón a todos... hasta a tu madre, que se te va volviendo...

—¡Si nadie me quiere; qué será de mí!

Fingió una enorme contrariedad y pena y un deshacimiento que se hallaba muy lejos de sentir. Retiró el plato de sopa y escondió la cara entre las manos...

—Menudo cómico hubieras tú hecho, ¡so farsantón!

—¡Qué poco me conocéis..., qué poco!

—¡Vete y no me irrites más!

Daban sus ojos enfogados brillos.

Cobardón, temió se le complicase el diálogo y engulló rápido la carne y bebió un vaso de vino y escapó.

—¿A dónde vas con estas prisas? —le preguntó la madre al verle salir.

—Estoy citado con un amigo.

—¿No necesitas nada?

Se volvió raudo.

Notó que algo pasaba de la mano materna a la de él mientras le besaba.

Era un billete de cinco duros.

—¡Adiós, guapa!

—A ver... a ver si sientas esa cabeza, hijo —le lagrimeó la mujer.

Al verle descender raudo por la escalera, gimió:

—Despacio, hijo; vete despacio..., que te vas a romper la crisma.

Volvió hacia las tres de la mañana en un estado lamentable.

La madre le esperaba en pie, presintiendo no sé qué caídas y peligros.

Volvió con un terno flamante y unos zapatitos lucientes.

—Nadie, nadie me quiere..., ni tú, ni tú me quieres, madre... —se le lamentó, mientras le desnudaba.

—¡Calla!... ¡Y este traje y estos zapatos... y esta camisa... y...!

—«Prestao»..., es «prestao».

—Pero si te cae como hecho a la medida.

—Todo to... do me ca... me cae como hecho a la medida —risoteó.

Se durmió en seguida profundamente.

—¡Pero este hijo, Dios, este hijo!... ¡Qué será de él..., qué será!...

No durmió la madre en toda la noche con su zozobra.

A las siete y cuarto se desperezó Raúl. Tenía un mal sabor de boca. Le ardían las vísceras y la piel le hormigueaba una honda desazón.

Se tiró de la cama y se metió bajo la ducha. Enjabonóse todo el cuerpo y dio al agua fría...

Golpeóse la fábrica en sus hombros, en su pecho, en sus costillas, en su espalda, en sus caderas, en su vientre, en sus piernas.

Hasta reaccionar, hasta hacerse daño. El frío brutal le erizó de gritos..., gritos que despedazaron el silencio de la casa..., gritos ofuscantes, gritos descomunales, pavoridos, entreverados con el chapoteo..., con el jaleo.

—¿Pero qué te sucede, hijo?... Vas a dar en loco y nos vas a volver locos a todos.

Y pasaba el tiempo y no salía...

Entonces fue cuando «Zaca», hombre puntual en sus trabajos, en sus horas, se acercó y le sacudió la puerta:

—¡A ver si acabas de una vez, que hemos de asearnos los demás!

Pero seguía golpeando su cuerpo con ufanía pagana y entre su tableteo se oía el hervir de la ducha pulverizada.

El agua era cada vez más fría, más buida, más penetrante.

—Saldré cuando me dé la gana, ¿o es que la casa no es de todos y para todos?

—¡Abre de una vez, granuja, o derribo la puerta!

Y Raúl sentía el sopapo del agua vehemente en sus hombros y en su nuca y en su

espalda... en su pecho... en sus caderas... prolijarse por sus carnes con una escurridiza impresión de placer, de placer ancho y hondo, de sabrosura andante y fresca, de helor casi mordido por un fuego que le hacía la voz tartamuda y cojeadores los impulsos, las violencias, las ansias...

—¡Abre!... ¡Te digo que abras!... Encima que te admitimos en casa por lástima...

—Aquí el único que da lástima eres tú, ¡so fracasado!

Y fue cuando le empezó a reaccionar el cuerpo, su cuerpo de que estaba Raúl orgulloso, que el Zaca haciendo ariete de un hombro derribaba la puerta.

Se enzarzaron como dos furias.

—¡Si por mucho que te enjabones y te duches jamás conseguirás limpiarte de tanta mierda!... ¡So chulo!

Cayeron por el suelo mordisqueros, arañadores, con un deseo de exterminio en los ojos y una furia mortal en brazos, dedos y piernas.

—¡Vete de aquí, rufián, más que rufián, que emporcas hasta el aire que te envuelve!

—¡Fracasado, que eres un fracasado, que ni para dar lecciones sirves..., ni para dar lecciones a los chaveas!

El de arriba quedaba abajo y el de abajo arriba, barrica rodante que exhalaba improperios, amenazas, insultos e injurias.

Pero más fuerte y más colérico «Zaca» y encima de él con las rodillas sobre su pecho, le golpeó en la cabeza con los puños dejándole fuera de combate.

Corrió la sangre.

Entre Celia, la madre y Araceli, se llevaron a «Zaca» arañado, mordido y enfurecido... Más tarde trataron de calmarle.

El escándalo fue espantoso. Salían a sus puertas los vecinos y más de uno en guasa deseaba:

—¡Déjenlos que se maten!

—¡Pues sí que el sabio ése y el chulángano son dos hermanitos que se quieren! — bromeaban otros.

—Menos mal que lo tomamos a coña —soltó un viajante de ropa interior.

A la madre le dio un achuchón que derivó en colapso y hubo que acostarla.

«El Raúl» quedó pateado y maltrecho, hecho una pura lástima. Entre Celia y Araceli lo arrastraron hasta su cuarto.

A la madre no conseguían remontarla de la postración y hubo que llamar en seguida al médico.

Subió una vecina que era enfermera y le aplicó una inyección de aceite alcanforado.

Poco a poco fue saliendo del colapso.

«El Raúl» quedó desfondado, sin resuello. Con el mapa de la cara sembrado de archipiélagos de islas, que eran las equimosis y un ojo hinchado y funeral; y la boca

sangrando con un labio partido y el cuerpo magullado y pateado...

—¡Dejarme solo con él que lo mato, que lo mato! —exigía, cuando se hubo dado cuenta de que «Zaca» estaba ya lejos de casa.

—¡Antes..., eso antes, y hubieras resuelto el problema! —le chungueó Celia—. Pero es mucho más hombre que tú «Zaca» y son muchas más las razones que le abonan... Lo mejor que puedes hacer en cuanto consigas moverte es largarte de una vez y no aparecer más por aquí..., porque a la siguiente no lo cuentas..., te lo advierto.

—Sí, Raúl, vete, vete y no vuelvas... —le reforzó Araceli—. Será lo mejor.

—¿Por qué me he de ir, si estoy en casa de mis padres que es la mía?

—Si algún derecho tenías a estar aquí lo has perdido con tu conducta..., conque ¡hospa!... y no perdamos más el tiempo.

Lo dejaron tirado en su catre y se retiraron las dos hermanas.

La madre, atendida en aquel momento por la enfermera y Marina, se iba recobrando. Cuando se encontró más entonada quiso alzarse e ir al cuarto de Raúl, pero se lo prohibieron las hijas.

«El Raúl» yacía abatido. No podía abrir un ojo y los labios se le iban hinchando por momentos.

Empezó a llamar a su madre. Era una queja lastimera, agoniosa, querulante... La madre al oírle intentó acercarse, pero no se lo consintieron.

—¡Que reviente y se muera..., así nos dejará de una vez anchas!

—¡Pero es mi hijo!

—Como si es su padre —le gritó irrespetuosa y desaforada Celia.

—Estamos ya hartas de él —se atrevió Araceli.

En frío «el Raúl» se sentía por instantes peor, por instantes más molido, más desvalido, más muerto.

Su queja era ya un imperceptible hilito.

—¡Madre, madre..., que me muero, tengo sed...! Una poca de agua, por favor, por caridad, una poquita de agua...

Por dentro le ardía todo el cuerpo y sentía en las extremidades y sobre la piel un frío helador.

—¡Celia, Araceli..., una poca de agua, que me muero de sed!

Pero nadie era a socorrerle.

Dejó su orgullo a un lado.

—Marina... Marinita, agua. Por caridad, Marinita..., unas gotas de agua.

Era tan humilde, tan lamentosa su súplica, que la mujer se apiadó.

Llenó un vaso y se lo llevó conturbada.

Estaba erguido en la cama, y una derramada pena agonizaba aún más su fachosa angustia.

—¡Hijo de mi vida..., pero cómo te han puesto! —ensanchó aún más la mujer.

Le dio el agua mirando para otro lado por miedo a sentirse blandengue y mínima.

Pero después de beber él, sintió que le besaba la mano agradecido. Eran unos besos torpones, intermitentes, temblorosos...

Pero no podía más la mujer... y se volvió.

—¡Dios mío, pero cómo te ha dejado ese canalla de hermano, ese canalla!

«El Raúl» la miró desde el fondo del pozo de sus ojos maltratados.

—Ves..., tú ves, nadie me quiere, Marinita..., nadie, nadie me quiere.

—¡Quién te ha dicho eso!... ¡Yo te quiero! ¡Mi rey!... ¡Yo, yo!...

Lo tomó en sus brazos sentándose en la cama y lo quedó sobre sus muslos como sobre amoroso carril.

—Yo, yo te quiero, yo, mi bien, ¡mi rey!

Y lo mecía y lo besuqueaba como a un crío...

Hasta que su queja le hizo detener su adormilador vaivén.

—Me duele todo el cuerpo, todo, todo, hasta la raíz del pelo, hasta las pestañas...

Y fue cuando la hembra, compadecida y penetrada de su desvalimiento, le empezó a besar en la frente y en los aplomados ojos y en la naricilla y en la boca... y en el mentón.

—Basta..., basta..., que me haces daño —la suplica.

—Mi bien, mi rey, mi sol, mi luz... Sí, sí, mi luz, mi luz...

Y lo apretaba crujiente contra su pecho con voluntad de enamorada anexión.

—Te ha puesto como a un Cristo, como a un Cristo... Le voy a sacudir yo bien al que ha puesto así a mi Raúl, a mi Raúl.

Alzó el hombre la cabeza e intentó mirarla agradecido desde su noche oscura...

Y fue cuando se abrió la puerta del cuarto y surgió su madre.

Quedó blanca, como sin vida, como muerta, al sorprender la escena.

—¡Putas, so puta!... ¿Tú también? —rugió la mujer—. ¡Cerde, más que cerda!... ¡Largo de aquí los dos!... ¡Y tú, so chulo de mierda..., so chulo, sí, so chulo..., vete con esa zorróna lejos donde no os vea yo más en mi vida!... ¿Me oyes? ¡En mi vida!

La mujer se alzó sin atreverse a dejar carga tan preciada. Pero no podía con el cuerpo, con todo su cuerpo...

Al fin reaccionó el hombre y se metió de pie y miró a la mujer... y, más vivos que muertos, salieron.

La madre seguía vomitando.

—Lejos, lejos de aquí..., y que no sepa más de ti, que eres una mierdilla de hombre..., ni de ti, so puta, reputa..., venir a robarme el hijo aquí a mi casa y en mis narices..., bajo mi techo..., mi techo.

Y se llevó las manos engarfiadoras al pecho y se rasgó la blusa. Una llama de fuego la abrasó garganta arriba.

Y se derrumbó.

Marina se espeluznó y fue hacia ella, pero «el Raúl» despedazó el silencio con un:

—¡Déjala que reviente!

Y se perdieron en la escalera.

A los pocos pasos, él no podía con su alma y se sintió muy mal. Pasó un taxi y lo tomaron.

La mujer dio la dirección de su casa.

Lo subió al tercer piso casi en sus brazos.

—Me encuentro muy mal, muy mal; no sé lo que tengo, me falta la vida... — confesó el hombre mientras la mujer lo desnudaba.

Lo metió en su cama grande de soltera pobre y esperanzada.

Vivía con una hermana vieja, que gobernaba el pisín.

—¿Pero de dónde traes eso y quién es, y qué le han hecho en la cara? —quiso saber.

—Es mi Raúl, ¿me oyes?, mi Raúl..., y lo han pegado y pateado y «tirao» de su casa... y yo me he hecho cargo..., «pa» que lo sepas, me he hecho cargo.

—Tú siempre tan generosa —se le quejó la hermana.

—No preguntes nada, que está mal —le suplica.

Se retiró la hermana y Marina se sentó a la cabecera en silencio, temerosa de que las palabras le agravasen.

Lo contemplaba sin apartar la vista. Observó cómo se le fue perlando la frente de gotas de sudor y cómo la faz se le iba tornando cada vez más blanca y terrosa... cada vez más cárdena.

—Raúl.

No le contestó.

—Raúl.

Siguió sin contestarle.

Se puso en pie la mujer y le tomó por los hombros y le sacudió la cabeza.

—Raúl, mi sol, mi vida.

—Éjame.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, muy mal, tengo frío..., me muero de frío.

Fue súbita su resolución.

En un dos por tres se desnudó, retiró las mantas y, como la echó su madre, se apretó abrazadora y dadora contra el hombre.

C ELIA tuvo una temporada larga en ayunas de sus encantos a don Sergio. Fue la temporada en que se sintió más dulcemente habitada por el viajante y concesionario de Hospitalet. Con motivo de la representación de Guerlain la visitaba con más frecuencia.

Se le veía satisfecho al hombre.

—Parece que le van bien las cosas...

—¿En qué lo nota usted?

—En el rostro gozoso que trae.

—Pero no es por la ganancia, es por la alegría que me produce el verla a usted.

—Y yo sin enterarme.

—Eso no es cierto.

La sostuvo la mirada dulcemente.

—¿Usted cree?

—Y usted también.

Se hizo un silencio suave.

—Celia, tenemos que hablar.

—Estamos hablando —le recogió coloradamente.

—Pero no aquí.

—Le advierto que estoy comprometida.

—No es verdad.

—Desgraciadamente, sí.

—Pero será un compromiso que se puede soltar.

Se contemplaron un gran espacio.

—Piense que no soy una niña.

—Está pensado —le sonrió.

—Y piense... que...

—Todo está pensado y pesado. Le repito que todo está pensado y pesado.

—En ese caso.

—Qué.

Le miró a los ojos con un enorme placer.

—Me encuentro violenta..., ¿por qué no se va ahora y viene a buscarme mañana a las ocho, a la hora de cerrar?... Daremos un paseo y hablaremos.

—Son muchas horas hasta mañana a las ocho sin una seguridad, sin un consuelo...

La voz del hombre era densísima como las aguas juntas de muchos ríos.

—Me pide una seguridad..., ¿pero no ve cómo le miro? —desfalleció la mujer.

—Sí, lo veo, pero hable; además, hábleme.

—Váyase, por favor, que se están dando cuenta las chicas.

La expresión se le tornó tristísima al hombre.

Y la mujer, asomada a su alegría, añadió.

—Pero vaya tranquilo.

La faz se le hizo pura luz; los blancos dientes, más blancos; el negro pelo, más negro, más voltizo... Y los ojos, más dulces y suaves, más acogedores, más pacatos, más humildes y mínimos...

—Hasta mañana.

Fue un «hasta mañana» aplaciente como un «hasta toda la vida».

Se retiró, porque la emoción la sofocaba.

Sergio surgió poco después.

—Te espero esta tarde en el depósito, que tenemos que hablar.

—Lo nuestro está todo hablado.

Intentó besarla y le rechazó violenta.

—No me toques, ¿me oyes?, en adelante no me toques —y trajo a su recuerdo la presencia viva de Ismael, y cuanto más, más le veía y analizaba, más le asqueaba el otro.

Se volvió y tropezó con su elemental lujuria babeante, dispersa por ojos y manos, por sus narices vibrátiles, por el rictus de su boca y por toda su culebreante expresión.

—Vete, anda, vete, que me das asco.

La voz le surtió más llena, más despedazadora, más amenazante.

Al hombre le dio miedo y se agazapó en un rincón.

—Entre nosotros está todo terminado..., ¿me oyes?..., todo, todo terminado.

—A estas alturas.

—Pues sí..., a estas alturas..., ¿qué pasa?

Le mira desafiadora, castañeteante. Más tarde le añade, cínica:

—¿Por qué no vuelves con tu mujer?, debías volver con ella...; los matrimonios separados no dan nunca buen resultado.

—Tiene bemoles que eso nos lo aconsejes tú.

—Por ser quien soy, te lo debo y puedo aconsejar mejor que nadie.

—Sí, claro.

—Salvo que es un poco borracha y un poco puta, no es mala Lolita.

—No, las hay peores.

—En ti está, en apartarla de esos vicios...; en lo de puta se irá corrigiendo con los años..., qué remedio...; ahora, en lo de alcohólica..., eso lo veo más difícil... Después de todo, tú tampoco eres un santo —y soltó una cínica risotada.

Mirándola con un despreciativo encono.

—Siempre me pareciste un mal bicho.

—¿Qué?

—De sobra me has oído, que no eres sorda.

Se hace un silencio hostil.

—... Y una mujer fría e interesada para la que no hay más Dios ni más rey que el dinero.

Contemplándole zumbona:

—No te creí tan sagaz.

—Lo tremendo es la serie de tonterías y estupideces que reconozco he cometido... para esto.

—No lo creas, no tantas.

—Eres una cínica.

Riéndose:

—De todas formas, yo te las agradezco.

—Lo veo.

—¿Pero qué quieres..., que me ponga ahora seria?

—Es lo menos.

—Perdona.

Le mira con miserativa, altanera, superior..., y no consigue disimular la zumba que le cosquillea.

—En serio, debes volver con tu mujer..., es lo natural y honesto...; después de todo, las hay peores.

—¡Y que eso me lo propongas tú...!

—Soy quien tiene más autoridad para ello.

—Haré lo que crea más conveniente para mí; no te preocupes.

—Pues aunque me ría, o porque me ría, me preocupa...

Mirándole muy seria:

—Lo nuestro debe acabar, ha sido una locura.

—Tarde te das cuenta.

—Más vale tarde que nunca... De otra parte, deseo quedar buena compañera tuya, ya que somos asociados y viejos amigos.

Le tiende la mano y don Sergio no se la toma.

—Me la has ofrecido tantas veces.

—Pero una más...

Le queda lacia y péndula.

—Lo siento, pero tú serás el culpable... Yo tengo una gran capacidad de olvido.

—Yo, no.

—No te conocía como rencoroso.

—Te has reído de mí.

—Quién sabe si la procesión va por dentro... De todas formas, el momento no es para llorar.

—¿Por qué?

—Porque los dos negocios van viento en popa.

—Siempre lo material.

—Claro, a ti el dinero no te ha interesado nunca...; no lo parece, por lo que te cuesta soltarlo.

—Calla y no me hagas hablar.

—Habla, hombre, habla..., que si tienes dos pesetas es por mí.

—No me faltaba oírte más que eso.

—Pues ya lo has oído..., y ahora, adiós.

Y dio media vuelta y se largó a la calle.

A la hora de comer, Ismael, el concesionario de Guerlain, recibía una carta anónima escrita a máquina. En ella se le advertía que anduviese con cuidado en sus relaciones con Celia...

«Es la querida de don Sergio, su jefe y socio, y es mujer indigna de un hombre como usted... y muy peligrosa».

Quedó turulato el pobre Ismael. Le temblaba en las manos el nefando y canallesco papelillo, escrito por «Celes», vieja compañera de Celia en la tienda de bolsos.

Pensó en don Sergio y no lo quiso creer.

«Querida de ese tipejo repelente..., no es posible estando yo aquí», se decía vanidoso.

Pero las mujeres son como Dios las ha hecho..., y esto es, por lo visto, lo que no quería reconocer Ismael... Pero liada con ese ejemplar enano, gordito y feo... Pues sí, Ismael, y la muy pájara le había hecho creer, con su cuenta y razón, que estaba loquita por él. Y don Sergio se lo había llegado a creer.

Hay gentes para todo y es natural que las haya, pues si no el mundo no marcharía... Y la vanidad, cinegética y conquistadora, en muchos hombres no tiene límites.

Pero conforme fueron pasando las horas, a Ismael se le fue haciendo posible y probable lo que le denunciaba el anónimo. A la noche, antes de acostarse, estaba ya convencido de que Celia era una lagartona miserable, que si se había dejado montar por aquel enanín regordete era por mor de la fiducia y de lo dinerario, no por su planta, que era de retaco, ni por sus encantos físicos, que eran nulos... Y esto al hombre bien plantado y con una hermosa testa de romano, que era él, le tranquilizaba.

Pero al día siguiente, después de estar dando vueltas al asunto durante la noche, se despertó con una gran desazón. Anduvo toda la mañana rumiándolo. «Es una pena, porque me sentía enamorado y dispuesto a unirme a ella con indisoluble lazo..., Y después de esto, ¿cómo voy a recoger las escurrajas de este riojano zafio?...». Se refería a don Sergio.

A las cuatro de la tarde, después de haber comido con apetito, mientras reposaba un rato, se encontró de todo punto convencido Ismael de que era verdad lo que decía el anónimo. «No tengo otra salida decorosa que cortar esas relaciones tajantemente». Pero a los pocos minutos de tomar esta decisión, la suavizó un tanto. «Bien está que rectifique mi inclinación amorosa, pero mi relación comercial no tengo por qué suspenderla. El negocio es el negocio, y el que sea o no la amante de ese tipejo de don Sergio no es óbice a que yo le siga “colocando” los productos de Guerlain».

A las siete de la tarde pensaba ya que para amante no estaba mal, y que prescindiendo de las relaciones que pudiera haber tenido hasta este instante con aquel hombrecillo sin clase, en adelante podía quitársela para disfrutarla. Porque de que se

iría con él, de esto Ismael estaba seguro.

Para ello faltó aquella tarde a la cita.

Celia, ajena a todo, le esperaba ilusionada y ansiosa. Cuando vio que no acudía, ya a las nueve y media, le ganó una gran tristeza y desamparo. «¿Qué le habrá pasado a este hombre?», pensó. Sospechó todo menos lo sucedido.

Permaneció un gran rato sin acostarse, después de cenar, esperando una llamada que le explicase por qué no había podido ir. Pero ya de madrugada se encamó, nerviosa y rendida.

«En cualquier momento se presentará en la tienda y todo se aclarará», se dijo para tranquilizarse. Pero tampoco se dejaba ver por allí.

Una gran zozobra y malestar ganó a la enamorada mujer aquellos días. En su trato con don Sergio se producía desabrida e intemperante, como si él fuese el culpable de su aparente descalabro con Ismael. «Pero ¿qué le pasará a este hombre, qué le pasará...?», se decía. En vista de que no se ponía al teléfono cuando le llamaba, le envió a su casa una de las chicas.

—Que está fuera de Madrid... y que no saben cuándo volverá —me han dicho.

Pensó en todo menos en que podía haberse enterado de su relación intimísima con don Sergio.

Los pedidos de Guerlain se los enviaban de su casa puntualmente.

Vivía Ismael con una hermana viuda.

—Está en Barcelona y de allí, probablemente, se irá a París —le contestó una mañana su hermana—; no puedo decirle más sino que para la vuelta del verano le tendremos entre nosotros.

Se abandonó la mujer y se dejó invadir de una descomunal tristeza. Conociendo el estado en que se encontraba, se asomaba poco por la dirección. «Celes» la visitaba, cariñosa y husmeadora.

—¿Pero qué te pasa, mujer? No sé de qué tienes quejas... Saliéndote todo tan bien como te ha salido..., una mujer afortunada como eres tú...; vamos, que no se diga...

—No sé..., es una crisis que se me pasará..., eso espero...

A veces la venía a recoger a la noche a la hora del cierre y salían juntas.

Eran los días en que más le consultaba «Celes» las pegas de la tienda de bolsos. Con la más leve disculpa pasaba «Celes» a la otra tienda.

—Chica, cualquier cosa que le planteo a don Sergio me responde lo mismo... «Celia, Celia le dirá a usted cómo lo han de resolver...». Chica, qué confianza ha depositado este hombre en ti, puedes estar contenta —le adulaba.

Pero ella seguía pensando en su Ismael.

En el verano el calor la echó de Madrid y, con su madre, se fue el mes de agosto a San Sebastián. Tomaron una habitación modesta para las dos en una pensión de la calle Hernani.

La brisa del mar la tonificó los nervios.

Una tarde de la semana grande llevó a su madre a los toros.

—No quiero que se muera usted sin saber lo que es una corrida —le dijo.

Porque su madre, a pesar de ser española y madrileña, no había asistido nunca a ninguna.

Fue una corrida lucida y brillante, y la tarde, espléndida, y la mujer se animó y disfrutó, a pesar del peligro de muerte que se cernía en las diversas suertes. Pero le agradó y distrajo y le alegró más el alma el espectáculo de las regatas de traineras. Llegaron casi enfiladas y parejas Fuenterrabía, Orio y Santurce, y el forcejeo de las tres embarcaciones en las últimas «estrincadas» por entrar las primeras, en un escenario tan suntuoso como el de la bahía de La Concha en una tarde serena y alta, entre las ringlas de las lanchas y barquitos de pesca que daban al aire los pitidos de sus sirenas acezando y angustiando la llegada de la vencedora, envuelto todo en los gritos de sus partidarios, resultó de una belleza impresionante.

Pero, a pesar del encanto fresco y veraniego de San Sebastián, Madrid le llamaba a la mujer. El pensamiento le quedaba parado y clavado en Ismael muchas de las horas del día..., y pensaba: «¿Qué será de él?». El hecho de figurárselo y bordar en torno a él acaecimientos felices le subyugaba. Pero no le bastaba y exigía su viva presencia, su conversación grata y su estar estando itinerante moviéndose en la tienda, desalojando aire, mirándola con dulzura, arropándola con palabras amables y cariñosas.

Cayó por Madrid a primeros de septiembre, en que solía estar ya otros años, y sólo llegar llamó a su casa con pretexto de un pedido... y nadie le contestó. En cambio estaba don Sergio, bien tostado por el sol riojano..., como una bolita negra, activa, nerviosa, exigente... y hasta suave y cariñosa y atenta y servicial...

Aprovechó ser el día de su cumpleaños, la Virgen de Septiembre, y le regaló un presente morrocotudo. Una sortija de platino con un brillante muy limpio entre dos sangrantes rubíes.

—Es para endulzar tu fiesta, pues cumplir años siempre es triste..., y como agradecimiento al buen semestre que hemos tenido en las dos tiendas.

—Es de verdadero gusto..., pues es preciosa la sortija..., preciosa.

—Me alegro te haya gustado.

Estaban en el despacho de la dirección y le tomó una mano y se la besó y por el istmo del brazo subió hasta la hoyada firme de su boca..., y la mujer fue consentidora. Pero fue por Ismael, por la imagen de Ismael, por quien se dejó tomar y estrujar la pulpa de sus labios.

—Me he pasado el verano suspirando por ti —le manifestó el hombre...— y deseándote, Celia, deseándote.

—Por Dios, que puede entrar una de las chicas.

Pero lo decía sabiendo que no iba a entrar nadie, pues les tenía advertido que llamasen siempre antes a la puerta.

—Celia, no puedo vivir sin ti, olvida las palabras hirientes que nos hemos tirado y

volvamos a nuestra sabrosa intimidad.

—Estoy llena de remordimientos, Sergio, y a pesar de que te quiero y siento por ti una gran ternura..., no sé si debo...

—Olvidemos lo pasado.

—Si no fueras un hombre casado...; pero esa mujer por medio, que tú elegiste como esposa..., me trae a mal traer..., créeme.

—Los hombres nos equivocamos.

—Y las mujeres también, y pienso que, a pesar de los pesares, no debemos volver...

Envolviéndole en una aparente dulzura.

—No encuentro cómo pagarte todas las atenciones que has tenido conmigo y tu último regalo, que demuestra la bondad y generosidad de tu alma, no sabes bien cuánto te lo agradezco...; pero si volviéramos sería espantoso... Y esa mujer, repugnante y cruel para ti, metida entre los dos..., me obsesiona y no me deja vivir tranquila.

Mirándole con fingida caridad:

—Créeme, de volver nuestras relaciones, siempre con esa mujer entre los dos, serían brutales y horribles.

—¿Y qué podemos hacer?, porque yo no la voy a matar.

—Pues resignamos.

—Resignarme, jamás..., jamás.

—No tenemos otra salida.

—Sí, la que hasta ahora hemos venido practicando: prescindir de ella y seguir.

—Tiene cada día más asperezas ese camino.

—Cerrando los ojos, no.

—Eso es lo difícil, cerrarlos.

—Intentémoslo.

Le echó los brazos al cuello y le paseó por la cara su febril y húmedo agasajo. Le rechazaba y se negaba la mujer, pero sin gran decisión.

—Por Dios, Sergio, no te excites.

—Pero es que te quiero..., ¿no ves que te quiero?

—Haz por olvidarme.

—Pero ¿cómo te voy a olvidar teniéndote aquí todos los días?

—Lo comprendo, porque igual me pasa a mí —le mintió.

Una de las dependientas golpeó la puerta para anunciar que cerraban.

—Bien, os podéis marchar —las despidió Celia.

Después de echar el cierre..., pasado un rato no se oyó nada.

—Vamos a nuestro depósito, que quiero aclarar algunas partidas.

—Aquí te las puedo aclarar.

Se hizo un silencio arisco.

La mujer abatió la cabeza.

—Olvídate de mí, Sergio, te lo suplico.

—No ves... que no puedo.

Se fue sobre ella exacerbado, encendido, los ojos disparados..., engañadoras las manos, violentas.

—No, no, ahora no, y aquí menos...

Pero el hombre no oía nada e iba, brutal, derecho, a satisfacer sus lujuriosos deseos.

La sofaldó raudo.

—Pero estás loco.

—Sí, estoy loco, loco..., y por eso hago lo que hago... Pero tú, sólo tú eres la culpable..., ¿me oyes?..., sólo tú..., sólo tú.

La mujer trató de evitar todo acceso.

—¿Pero por qué eres así de bestial..., por qué eres así?

—Qué sé yo.

Sobre ella, como campo conquistado, era como un huracán.

A la mujer le dio asco y cerró los ojos.

Más tarde, deshecha, se abandonó hasta que se sintió hollada, hasta que se sintió penetrada.

Más tarde retiró al hombre con asco, llorando.

—Vete, que no quiero saber de ti..., vete, vete. ¡Qué vergüenza, y qué repugnancia esto nuestro!... ¡Dios mío, qué vergüenza!...

Se calló, ofendido, el hombre. Luego se escabulló.

La mujer lloraba con un desconsuelo inmenso. «Volver otra vez con este sapo gusarapiento y atropellar de esta forma el recuerdo limpio de Ismael, porque yo a quien quiero noblemente es a Ismael, de quien estoy enamorada en cuerpo y alma. La codicia y el deseo de mando y de dominación..., y este placer que es disponer de un hombre rico para lo que sea..., cuántas, cuántas porquerías me han hecho hacer... Pero aún estoy a tiempo». Quedó contemplando la sortija que acababa de regalarle y pensó: «Se la devolveré y esperaré al otro. Hablaré con Ismael, que no se lo habrá tragado la tierra, y le daré las explicaciones que sean precisas y me casaré con él y seré una mujer enamorada y feliz...».

Este deseo de limpieza y de mundificadora ascensión en su vida le aliviaba y le sentaba bien... Pero se daba asco a sí misma, porque sabe que volverá a encenagarse y que todos sus propósitos de vida pura se disiparán en la bajeza de sus pasiones, espoleadas y disparadas por las generosidades y regalos del hombre. Sergio se había dado cuenta de que era éste el único camino para seguir reteniendo sus encantos...

Le producía asco y repugnancia aquel hombre, y su enfermiza lujuria le daba náuseas. «Pero volveré a caer..., sé que volveré a caer. Reconozco que esta relación y frecuentación del negocio es una invitación a vivir siempre chapoteando y emporcados...».

Odiaba aquel hombre, sin verdadera hombría y generosidad, limitadito y corto de

cabeza, todo él habitado por una carnalidad trepidante, rozándose con él durante las horas de trabajo..., sin poder escapar de su asquerosa presencia. Dardeada por sus miradas sucias, sus reiterantes acosos y sus cachonderías acezantes... Había llegado a odiarle y le asqueaba su frecuentación insistente y sus caprichos, sus obsesivos deseos de caricias, su pegajosa y erótica policía... su cinegética continuidad sabuesa.

A veces no podía más la mujer y le gritaba:

—¿Pero cuándo me vas a dejar en paz un momento..., aunque no sea más que un momento?

—No sé..., es que me siento subyugado..., enloquecido por ti.

—¿Pero no comprendes que así no podemos vivir?... Y, desde luego, no es la manera de poder trabajar.

Y sólo la consolaba un poco en estos instantes el recuerdo de Ismael.

La vanidad, en Ismael, le había llevado al convencimiento de que nada existía entre Celia y su jefe..., a pesar del anónimo o por el anónimo. «Trataré de hacerla mía, y si nada consigo yo, que soy, según me ha confesado, su hombre ideal, ¿qué habrá podido haber entre ella y ese pobre diablo de don Sergio?...».

Se lo figuraba y lo encontraba tan mezquino, tan poquita cosa al lado de su fragante hermosura, que la vanidad no le permitía a Ismael razonar de otra forma.

Y en cuanto volvió de París con los nuevos productos lanzados por Guerlain, se presentó en la tienda, sonriente.

Sólo verle entrar, a Celia le borbolló el corazón como el agua de un manantío.

—¡Dichosos los ojos! —y se pasmó contemplándole.

—Eso digo yo —exclamó el hombre, arrogándose todas las ventajas.

—Encima seré yo la culpable.

—Que no haya vencedores ni vencidos.

—Sí, será lo mejor...; borrón y cuenta nueva.

Y se lo manifestó abierta y encendida.

Siempre vanidoso él, pensó:

«Está en el bote».

Sin embargo, la mujer intentó preguntar algo, saber algo.

—No vuelvas la vista.

—¿Ni un instante para saber dónde piso?

—Ni un instante.

—Pues como tú quieras —accedió.

Tenía la mano de él entre las suyas y se la apretó con un ansia transmigratoria...

—¡Cuánto te he echado de menos!... ¡Dios mío!... ¡Cuánto, cuánto te he echado de menos!...

—Y yo.

—Bueno, pues ahora a ver si reganamos el tiempo perdido —y al proponérselo, todo en ella era puro y alborozado embeleso.

Él entendió lo de reganar el tiempo perdido según sus módulos vanidosos y

tradujo por un ofrecimiento lo que no era.

«Ahora veremos si tiene o no razón el anónimo», se dijo el hombre, y esperó.

—Cuánto, cuánto me has hecho sufrir —le halagó la mujer contemplándole con dulzura—...; ¡si lo supieras...!

—Me lo figuro por la medida de lo que yo he sufrido.

—¿Y por qué hemos sido los dos así?... —y le buscó la expresión de los ojos con ensimismador deleite.

—Centra las cosas en cómo vamos a ser.

—Sí, eso es lo importante... No necesitaré repetirte que te quiero y que sólo a ti he querido como hombre..., y que te esperaba para ser dichosos...

—Qué pena de tiempo perdido para el amor.

—¿Cuál?

—Este nuestro pasado sin ligar.

—Pero como en los frutos que se maduran bajo tierra, no es perdido.

Se deletrean con requintada sabrosura.

—¡Ay, «Isma», «Isma»!... ¿Cómo has tardado tanto?

—¿Y me lo reprochas tú?

—Es que me siento tan dichosa que no sé lo que me digo.

—El amor, más que nada, necesita su tiempo de cochura..., pero a veces se pierde por un poco de más.

—O por un poco de menos —sonríe la mujer.

—La verdad es que desde que te conocí y te amé te he tenido miedo —confiesa el hombre.

—¿Por qué?

—Hay un destino fatal para todo aquello que tiende, en algún sentido, a la perfección..., y el amor es la obra perfecta... Fíjate, el rayo elige en el bosque el árbol más hermoso, recto, alto y valiente... La desgracia vive siempre al socaire de la felicidad.

—Mientras no viva a sus expensas, qué importa.

—Lo tremendo es que, con mucha frecuencia, se nutre de ella.

—Lo mejor es no pensar en estas filosofías... —sonríe, optimista, la mujer—..., y amarse sin discernir esto o lo otro..., fíjate que al verdadero amor lo pintan ciego.

—Bueno, pues empecemos por salir juntos esta tarde para hablar, que el amor está hecho de palabras.

—Y de obras..., el verdadero amor, más de obras que de palabras...; obras son amores.

—Pero las razones también cuentan, no olvides las razones, que el mundo se mueve por ellas..., y para ellas.

Se agarran de las manos trasvasándose, dándose con los ojos en una penetrante continuidad..., pero la mujer se asusta.

—¡Por Dios!, ¡qué pensarán las chicas!... Vete, vete, por favor, vete...

—Pero hasta las ocho..., ¡eh!, bueno, hasta las ocho.

—Sin falta, ¿eh?... —le cerca la mujer.

—Muerto..., mas que estuviera muerto dejaré dicho traigan a esa hora a tu presencia mi cadáver.

—Mejor tú vivo, tú vivo, que el amor no es cosa de muertos.

—Sí, que la muerte allana y acaba con todo. Con la muerte no hay que contar más que como terminación de esta comedia.

—Y nosotros aún estamos en el planteamiento.

—Sí, ante nosotros la vida se abre con frescura de primer acto.

Se ojean embebedores.

—No faltes, ¿eh?, no faltes... —le suplica la mujer.

—No temas..., esta vez no temas.

—Adiós, hasta luego.

—Hasta luego.

Pero aquella tarde, cuando menos lo esperaba, estando en el depósito preparando un envío, surgió don Sergio.

—¿No ibas al Ritz a las siete a mostrar a ese matrimonio inglés la colección de abanicos antiguos?

—A última hora me he puesto con la señora de acuerdo para enseñárselos mañana a las doce.

—¡Vaya por Dios!

Le envolvió en una mirada asqueativa.

—Parece que te molesta venga a ayudarte.

—No, de ninguna manera.

Ojeándole:

—Te advierto que me queda muy poco por hacer y lo dejo en seguida.

—¿Por qué no damos luego una vuelta en el coche...? Podíamos cenar juntos.

—Le he prometido a mi madre estar en casa a las siete..., está delicada y no se encuentra nada bien.

—En ese caso...

Le calculó.

Venía revuelto, nervioso.

Al acercársele no hizo nada por él.

Intentó besarla y la mujer se retiró instintivamente.

Estaba sentada a la mesa escritorio Celia y se volvió.

—Déjame trabajar y no me revuelvas.

—Me lo dices como si te repeliera.

—Pues sí...

En seguida rectificó:

—... sólo en ciertos momentos.

—¿Y éste es uno?

—Tú lo has dicho.

—¡Vaya por Dios!

—Lo sabes, cuando estoy al trabajo me gusta estar al trabajo.

—Esperaré a que acabes.

Le fosforescían al hombre los ojos de deseo.

—Pero bueno, ¿qué quieres?

—A ti...

Le miró con una frialdad antigua y extraña.

Sabía por experiencia que para detener su enfermiza lujuria no había nada mejor que pedirle dinero en cantidad.

—¿Pero no comprendes que este querer estar encima de mí a todas horas, como un mono, este no dejarme en paz ni un instante acabará enloqueciéndome y asqueándome?... ¿No lo comprendes?...

—¿Y qué quieres que le haga?... si no puedo vivir sin ti..., más que metido en este frenesí de tu carne y de tus caricias.

—Pues acostúmbrate a tenerme en tu presencia sin estar metiéndome mano a todas horas, como si yo no fuese más que un instrumento de placer.

—Sí, lo comprendo, y a veces me hago cargo..., pero es que... tu sola vista, tu olor y hasta tu voz, sí, tu voz, me encandilan a extremos que no lo puedo reme...

Le temblaban las manos y los labios..., y los ojos le ardían sanguinolentos en sus cuencas.

—¿Y no te das asco a ti mismo en ese estado?

Me doy lástima..., pero es una lástima que se me hace delicia, ancha delicia, cuando te tengo en mis brazos y te poseo...

Y al decírselo le echó los brazos sobre su cuello y disparó su boca refrotante contra la suya.

Se volvió la mujer, enfurecida, y le rechazó golpeándole la cara.

—Vete, cerdo, vete...; vete de mí y no me toques..., ¿me oyes?, no me toques...

Seguía golpeándole, y le alcanzó la nariz, la boca y los ojos, y sangraba, sangraba...

—¡Pega lo que quieras, pero sé mía!... —le aulló el hombre, enardecido.

—Pero ahora no..., por favor..., no estoy en condiciones..., créeme...; estoy enferma y muy preocupada...

—Pero preocupada, ¿por qué?, si todo te va bien...

—Me he metido en un negocio y necesito en seguida cien mil pesetas para salir adelante.

«Esto le parará», pensó la mujer, que le conocía bien.

—Lo arreglaremos..., pero ahora sé mía —ruge el hombre.

—¿Entonces puedo contar con ellas?

—¿No te digo que sí?... pero has de ser mía en seguida, ahora mismo.

Saltó astuta la mujer:

—Fírmame un talón en este instante por esa cantidad.

—Te he dicho que sí..., que te las daré...

De repente, en brazos y manos le nació al macho una fuerza sobrehumana y poderosísima.

—¡Veenn!

La derribó sobre la butaca.

—El dinero..., pri... primero el dine... dinero.

Hasta que los dos quedaron inermes, chapoteantes..., sin voz y sin ímpetu..., desarbolados, abatidos..., pertérritos..., como muertos.

TERCERA PARTE

¿Quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante?

(CERVANTES. «*Quijote*»)

CELIA recibió aquella mañana una carta de «Casita», la boliviana, firmada en Nueva York, en la que le anunciaba su vuelta a España para residenciarse definitivamente en la «madre patria».

«Es donde me encuentro mejor y más sosegada, pues mi América ahorita arde por los cuatro costados, y este turistar nesio por el mundo, sin Norte y sin descanso, me aplana y me entristese, no lo sabes bien, amiguita, a qué extremos.

»Voy teniendo, pues, edad de sentar mis deseos dándoles un director y compañero... ¿No crees tú, amiga Selia?

»Para la venidera primavera seré contigo y los amigos españoles, pues sabes mi devoción por las fiestas de toros tan arriscadas y valerosas..., y la cancha de Madrid es la primerita en estos torneos».

Seguía una larga, deshuesada y añorante carta.

«Qué peligros no pasará esta simpática, superficial y alocada “Casita”, mezcla de papagayo y de cuervo...».

Cerró los ojos y la vio con sus trepidantes y atropellados deseos, llevándose todas las cremas, lociones y perfumes para su rejuvenecimiento y belleza, sin orden ni concierto.

Todo lo que había oído o leído que era bueno daba en seguida orden de que se lo empaquetasen, sin preguntar el precio ni el momento ni la manera de aplicárselo.

—Pero ¿dónde vas con todo eso? —acababa preguntándole Celia sonriente—. ... Primero siéntate, que me pones frenética yendo a saltitos como los pájaros de un lado al otro..., y después escucha y aprende a oír..., que es muy importante saber oír..., que las cosas tienen su hora y su momento, y su preparación y su aplicación..., que no se ganó Zamora en una hora, que mal aplicadas y a destiempo las cosas pueden ser contraproducentes y perjudiciales.

La mujer se sentaba después de un deshilachante y cariñosón chilindrino con las empleadas y con Celia. Tomaba en sus manos tarros y botellines con un deslumbramiento y una infantil seguridad de que todas aquellas esencias, cremas y pócimas le devolverían la juventud que tuvo, pero que ya se había extinguido, y la belleza que jamás poseyera...

—Escucha —le dijo Celia una tarde, entre halagada y molesta—, lo primero que necesitas antes de arramblar con toda esa batería de productos es, querida «Casita», conocer la naturaleza de tu piel; mientras no sepas cuál es el *ph* de tu piel estás perdida.

—¿Y qué es eso del *ph*, que parece una fórmula algebraica?

—Atiende... La acidez de la piel constituye el factor primordial de su integridad y de su vitalidad. Esta acidez es quien la protege de los agentes microbianos. Ahora la noción de acidez se expresa por el símbolo *ph*; todo *ph* inferior a siete es ácido. Cuando la acidez de la piel se altera por un cierto número de factores de orígenes diversos, como el viento, el sol, el salitre del mar..., etc., aparecen entonces comezones, acnés, rojeces... Tú sabes cómo a la hora del tratamiento de la piel yo

estoy por los productos ingleses. Hay ahora un nuevo tratamiento del cactus... ¿Me prestas atención?

—Sí...; anda, dime cositas risueñas.

—La acidez del *Tonic Freshener* (ph 6, 3), y la del *Spedal Astringer* (ph 4, 8), complementos indispensables de los otros productos de tratamiento, ha sido especialmente estudiada para conservar a la piel su acidez y establecer con los principios hidratantes del cactus un equilibrio hidrofisiológico que será el mejor guardián de tu tersura y belleza.

—Es demasiadísima ciencia..., ¿no crees?...; con tantita sabiduría me quedará el cutis abarquiyao como una hoja sequita... —y se reía, enseñando unos dientes grandes, amarillos y acaballados.

—No es demasiada ciencia, no, porque mientras no te enteres de estos conocimientos elementales andarás a lo que salga, que será estropearte más el cutis y arrugarte y avejentarte rápidamente.

—¡Josús y la Virgen!, ¡qué desgracia va a ser la mía!

Se producía con zaragatera y humildosa actitud indiana la mujer, y se hacía chiquirritita, mansueta y anhelante..., y se acurrucaba como un pajarín desvalido ofreciéndose al querer y la caricia.

Este tono y actitud ofertante, sumisa y mínima, desarmaba a Celia.

—Pero «Casita», guapa, si no te enteras no hay nada que hacer.

—Pero enterarme, ¿de qué?... —susurraba la boliviana, con los huevudos ojos espantados y abiertos.

—Yo te pondré por escrito el orden y las horas en que te has de hacer el tratamiento. Te lo pondré todo claro y bien explicado..., luego tú harás lo que quieras, pero en ese caso de ti sola será la responsabilidad.

—Bueno, «Selita» querida..., pero no me hable una palabra ma alta que otra que eso me lastima y me encocora.

—Te las diré lo más bajo y suave posible para que no te hieras, pero a ver si aprendes, de una vez para siempre, que el agua es la fuente y la madre de toda la belleza.

—¡El agua, eh!... ¡Fíjate qué picarona!

—El agua representa entre un 60 al 70 por 100 de nuestro peso... No olvides que es el agua la que da a nuestra piel su elasticidad, su lozanía, su vitalidad..., y su gracia y frescura, aportando a nuestras células los elementos vitales indispensables, asegurando la eliminación de los desperdicios...

—Qué buenísima y generosa de sí es..., ya lo ves —bisbiseó la boliviana—..., y no lo parece cuando se encrespa y enfurruña en la alta mar oséana.

—Los cambios de tiempo, nuestra forma de vida, los años que pasan...

—¡Y cómo se suseden, madresita mía!

—Y otros numerosos factores concurren a deshidratar nuestra piel, hasta el punto que, privada de este elemento de vida, se encuentra trastornada en su funcionamiento

y, desgraciadamente, deja su huella visible. Para conservar nuestra piel joven, fresca y lozana, es necesario mantener en los tejidos conjuntivos un justo porcentaje de agua...

Pero, volandera, se había distraído con una mujer joven, preciosa y elegantemente vestida, que acababa de trasponer la puerta...

—Mírele qué linda..., guache, qué lindísima.

Recuerda ahora Celia esta escena con su amiga la boliviana y la actitud sumisa y acobardada y mansísima en que se colocaba cuando cariñosamente la reprendía.

—Hay en mi tierra altísima de la Pas un pajarito vistoso que no tiene patitas y se pasa la vida volando, y que no toma tierra más que una solita ves..., y es para morir.

A esta altura rodaba los silenciosos ojos, estuporosos y saltones, y añadía:

—No será ése mi destino.

Y Celia quedaba desarmada.

Una vez, hablándole de la masajista que le había recomendado Celia, le comentó:

—Esa «trasteadora» tiene manitas de asero de tersiopelo.

Se embebe de ella ahora, al leer su carta, y piensa en su hermano Zacarías. «Esta “Casita” necesita de un hombre que la pare, la sujete y la frene..., y la administre, porque por mucha que sea su fortuna una mujer cándida y tan buenona como ella rodando por el mundo está expuesta a Dios sabe qué peligros... Y a este hermanito mío, tan mal pagado por la vida, a pesar de su talento..., o por su talento, no le vendría nada mal tener un hogar y una compañera, aunque fuese tan liviana como “Casita”..., y así adquirir un asentamiento y seguridad económica. Me llena de alegría que vuelva con la pretensión y el deseo de asentarse definitivamente aquí... A ver si los hermanos y la familia encontramos un surgidero donde anclar el casco de nuestro cuerpo mortal hasta que el Destino se digne señalarnos la hora de nuestro desguace... Y “Zaca” me preocupa más que nadie. Es torpón en su trato y en sus movimientos, y la vida se le va pasando y llenándole de reconcomios y de amarguras. De mi vida, resuelta económicamente, espero en lo moral y en los propósitos llevarla y encarrilarla al sabor de mis deseos. En cuanto a Raúl, que con su pan se lo coma, ya que nunca me ha preocupado, pues como granuja y pícaro es hombre de muchos recursos y de suerte..., que el mundo de ahora se ajusta como un guante a la mano a los hombres sin conciencia. Araceli corre de mi cuenta, y tiene la virtud, poco recomendable en estos tiempos, de la docilidad».

Eran las seis y recordó que a las siete estaba citada con Sergio en la oficina-depósito.

Preguntó por él y no estaba en la tienda de bolsos.

—Dígale que no ha aparecido por aquí esta tarde —le contestó «Celes» al chico de los recados.

«¿Por dónde andará este marrajo?», pensó.

Había vuelto a engorriarse con él, después de la brutal y cruenta pelea, ya más blando y accesible a dejarse despojar de sus dineros y de su carácter en un forcejeo en

el que la mujer salía siempre con la suya.

—¡Me das asco y quiero a otro hombre, y si estoy contigo es porque me convienes... y porque, ya empezadas estas cosas, la costumbre y el interés ponen el resto!

Él sentía la querencia de sus carnes y de su maltrato. La hubiera trasteado con suavidad y cariño y hubiese finiquitado ya con ella. Pero le pateaba moralmente a todas horas y le gritaba insultante y le exigía mandona y él, disminuido ya de forma sexual, barranca abajo, sentía una enorme apetencia del chapoteo en estos lodazales... y pasaba por todo.

—Quiero a otro hombre con el que espero casarme y al que no se lo he dado ni se lo daré...; por eso..., me oyes, por eso..., y estaré contigo hasta que me convenga, ni un día ni una hora ni un minuto más... Y si vieras con qué ansias me lo suplica y me lo pide... Y cómo sufro y gozo yo al no dárselo y al hacérselo desear. Y te lo he dado a ti y te lo doy, pero sin goce, eh..., sin goce, porque dar el cuerpo así, meretriciamente, es lo último y se da a cualquiera..., me oyes, a cualquiera..., a cualquiera que lo pague como tú, se entiende...; pero el alma y el espíritu y el amor y la entrega..., eso es, la entrega..., eso no se da más que a uno, al que se escoge para eso, para vaciar en él todas las ansias... No lo olvides, para saber hasta dónde puedes llegar..., que yo estoy contigo por el dinero, nada más que por el dinero...; porque mientras el dinero sea lo que es, yo quiero tener cada día más... y más, y como van las cosas, todo, todo el dinero tuyo y de los otros me parece poco, ¿me oyes?, poco.

Y se vigilaba y se aseaba y se cuidaba por no tener hijos y salir indemne de sus contactos.

—Porque ya tendría gracia que tú, el hombre que más odio y me repugna, me embarazase.

Y todo eran temores acezantes.

—Porque tú eres capaz de extender tu ponzoña... como si no te bastase con terminar en ti mismo.

—¡Calla, mala hembra, calla, que con tu lengua eres tú sola capaz de emponzoñar el mundo..., mujer, al fin!

Y él sentía, en esta posesión y brutal lucha y en este choque horrendo del que salía siempre malparado, una malsana y gozosa plenitud.

Más tarde, aseada y alindongada, se iba con el otro a los cines y a los reservados. Con Ismael, que besaba los besos de Sergio con un amor vanidoso y pensaba:

—¿Cómo va a tener nada con él, cómo, cómo, si a mí, que me adora, me lo retiene y me lo guarda y no me lo concede?... ¿Cómo, cómo va a tener que ver nada con el otro?... ¿Y a cuenta de qué se lo ha de dar?

Y ella le suplicaba y le pedía:

—Ten un poco de paciencia, que lo guardo para ti y a nadie se lo he dado... Mírame a los ojos... ¿A quién, a quién crees posible que se lo dé, si a ti que te adoro y te quiero con locura no se lo concedo? ¿A quién, dime, a quién crees posible que se

lo entregue?

—Estoy seguro de que a nadie, seguro, seguro de que a nadie... Si a mí, que soy para ti todo en la vida, no me lo das..., ¿a quién, a quién podrías dárselo?...

—A nadie, mi rey; lo guardo para ti, para dártelo a ti..., pero pronto, ¿me oyes?, pronto. A ver si nos casamos pronto..., que estoy que peno y muero por dártelo, mi bien, por dártelo...

Y era entonces cuando él, en su paroxismo, la sofaldaba aventurando su brazo viril en busca del oscuro y difícil paraíso de su entrepiera.

Pero todo era en vano, en vano, en vano.

Y en este no darse al hombre que adoraba con locura, encontraba Celia, deshecha, un desapoderado placer.

—¡Verás, verás cómo te haré gozar cuando lo consigas..., verás, verás!

Y su viajante de Hospitalet, pues para ella siempre sería su viajante de Hospitalet, naufragaba en sus atormentadas ansias.

Y la vanidad, siempre la vanidad, le hizo convencerse plenamente de la pureza y virginidad enteriza de Celia...

«Si a mí, por quien suspira y está loca y que no desea otra cosa que unirse en matrimonio conmigo, me lo retiene y me lo niega..., ¿a quién, a quién se lo podría dar, de no ser una loca viciosa?... Y es Celia mujer que tiene su cabeza sobre sus hombros».

Así razonaba el tontón de Ismael.

¿Pero de qué no es capaz una mujer inteligente, fría y calculadora, de qué no es capaz?

Y cayó por la tienda, cuando menos la esperaba, «Casita», la boliviana. Traía aquella mañana una vaporosa blusa roja y llegaba cincelada su figura por extraños y alborotadores perfumes.

—¿Te gusta cómo siento? —le preguntó en seguida de abrazarse y mirarse sonrientes.

—No sé..., más que una mujer eres una llama.

—Vengo de París..., lindo está..., pero que muy lindo... Paro en el Ritz..., el Palace... —hizo con la diestra un gesto derribador, rodeándolo con una postura de ojos arrugadores—. No me gusta en el Palace los hombres, te enselan, te achuchan, te acosan..., te..., y no estoy por el entierrito...

Le hizo gracia lo de no estar por el entierrito y se lo acogió comprensiva y sonriente.

—¿Cómo te encuentras?

—Rotita, mi niña..., rotita... Suspirando por el aire de España. Al fin, al fin... — y abrió la boca como un pequeño caimán.

—Te tengo preparadas muchas sorpresas.

—Dígale, pues, dígale.

—Lo primero que necesitas es asentarte y sosegarte y estar tranquila.

—Sí; que lo requiero con hartura.

Su voz se le hacía puro silbido más allá del susurro.

—Y dime, amiguita, dime, ¿se matrimonió con ese hermoso Ismael de que me hablara?

—Hay que ir con calma, me desagrada tropezar.

—Lo sé..., lo sé.

Y se miraron bulliciosillas.

A los pocos días le comunicó a su hermano «Zaca»:

—El domingo vendrá invitada a comer a casa una amiga boliviana riquísima... A ver si estás gentil, ocurrente y amable con ella.

—Sabes que soy muy poco sociable, y si temes no quede a tu altura, me iré a comer fuera..., será lo mejor.

—No, porque precisamente la traigo para que la conozcas... Que es una mujer encantadora y distinguida y con muchos viajes..., muy «turisteadada», como dice ella... Y quiero que la trates..., que ya es hora de que te des cuenta de que el tiempo pasa... y que nada se saca de ser un ogro..., porque los que intentáis ser así... luego a la vejez termináis de mala manera.

—Va, va, va.

—Bueno, ya lo sabes... Conque no dejes de faltar a la comida del domingo, que le he prometido a «Casita» presentaros a todos.

—Sí, «Zaca», hijo, dame ese gusto y ven —le suplicó su madre.

—Bien, bien... —y se sonrió.

—Te advierto que es una mujer educadísima y muy agradable en su trato... y

muy culta... Cuando le dije que tengo un hermano profesor de la Universidad... «Cosa santa, mi amiga, y qué honor para la tuya familia», me contestó emocionada.

«Zaca» se esponjó como un pavo y espadañó su vanidad.

—Vaya, menos mal que me consideran.

—Y es una mujer que sería el mejor complemento para un profesor y un intelectual como tú.

—Oye lo que te dice tu hermana —recalcó el padre.

—Sí..., eres el que más me preocupas, «Zaca», hijo, con tus estudios y tus librotos, como si la vida no fuese más que eso... Y tú más que ninguno necesitas de una mujer que te vigile y te cuide... y que te lleve un poco de la mano..., porque eres quien tiene menos trampas para andar entre los demás... Y me darías una gran tranquilidad y alegría, hijo, si te dejase casado con una buena mujer.

«Zaca» alzó sus ojos enternecidos hasta los de su madre.

—Mientras tú vivas..., y Dios quiera que nos sobrepases a todos, ¿a qué voy a pensar en nada? De otra parte, se necesita hoy día muchísimo dinero para constituir una familia... No olvido lo que hemos luchado en esta casa para llegar a lo que somos.

—Pero si ella con su posición te da resuelta la papeleta.

—Yo no debo contar con lo de los demás, sino con lo mío... y lo que he conseguido ahorrar es aún bien poco.

—Dejadle, que él lo pensará bien —intervino la madre.

—Te advierto que aun sin conocerte está por ti —le halagó al hermano.

«Zaca» se engolondrinó y se sonrosó.

—Tú siempre la misma —le susurró a Celia.

—No sé yo qué quieres —le animó el padre.

—¿Has pensado que en casa no disponemos de medios ni de servicio para dar una comida como se merece a una señora distinguida como esa, que estará acostumbrada a grandes lujos y banquetes?

—«Casita» es muy sencilla, por eso no os preocupéis... Además, lo tengo todo pensado. Esta misma tarde pasaré por «el Segoviano» y le encargaré la comida y un chico de su casa la servirá.

—¿Y qué menú le vamos a dar?

—Le chifla la pierna de cordero... Cuando he comido con ella siempre la pide... y el tintorro de la Mancha que se bebe en las tascas, le priva...

Y se miran la madre y la hija.

—De entrada tomaremos un consomé; que a ella y a todos nos entusiasma.

—Pero está todo carísimo —se duele la madre.

—Un día es un día, mujer... Y después de la pierna de cordero, una tarta y fruta... Las naranjas la enloquecen.

Dirigiéndose al hermano:

—Y tú, a ver si te espabilas, que la dicha no pasa por la puerta de uno más que

una vez.

«Zaca» se sintió tocado y envanecido, ésta es la verdad. Haber pasado por la vida un poco a trompicones, a pesar de su talento o por su talento, sin ninguna fortuna con las hembras y encontrarse ya a la madurez con una mujer culta y fina respetuosa y admiradora de la inteligencia, amiga de su hermana, que se la ofrecía en bandeja casi segura de su aceptación.

«¿Pero cuándo te vas a ver en otra como esta, “Zaca”?», le sopló su conciencia. «¡Y rica..., muy rica!».

—Según me contó una paisana suya que pasó por aquí, «Casita» es millonada..., millonarísima —les brindó Celia a sus padres.

Al viejo se le secó el gaznate.

La madre le hizo observar al hijo:

—El dinero nunca estorba.

—Y es muy niña..., muy zaragatera..., muy infantil —apuntó Celia.

—Me lo estáis poniendo demasiado mollar para cosa buena —recogió el hombre.

—Yo no digo una palabra más —dejó en el aire Celia.

Y se levantó de la mesa y salió y fue a su cuarto.

La madre y Araceli la siguieron en seguida.

Quedaron solos los dos hombres.

—Es para que lo vayas rumiando bien..., vamos, me parece —le soltó el padre.

—Así se las ponían a Felipe II... o a Fernando VII, no sé a quién.

—¿A quién, qué?

—Lo de las carambolas.

—Aquí se trata de tu bodorrio que es cosa seria.

—Me hago cargo.

«Zaca» se rascó el colodrillo.

En seguida se fue preocupado a su trabajo.

Celia, ya en su tienda, pensó que como su hermano se moviese con una cierta normalidad, lo de su matrimonio con «Casita» era, como dicen los madrileños, «pan comido».

Estaba contenta esta tarde. Tuvo buenas ventas y contestó con alegría la correspondencia de sus demandantes y compradoras.

Pasó un rato Sergio a hablar con ella. Celia acababa de proponerle la ampliación de su negocio de productos de perfumería y de tocador.

Se trataba de abrir una tienda sucursal en pequeño, pero con nombre distinto, en la plaza de Rubén Darío, en un nuevo y suntuoso edificio que acababan de levantar.

—Siempre sería una propaganda que llevase el nombre de éste y que se supiese es una hijuela o sucursal.

—Sí; pero en ese caso nos veríamos en la necesidad de asociar a don Mamerto..., y dándole otro nombre, como si fuese empresa distinta, lo podemos hacer tú y yo solos, sin dar de ganar a los demás... Yo pongo el trabajo y la mitad del capital, y tú

puedes poner la otra mitad.

—Y las ganancias a medias.

—Si yo pongo el trabajo y la mitad del capital, lo natural es que me lleve el setenta y cinco por ciento... Cincuenta por mi capital y veinticinco por mi trabajo.

—Lo encuentro abusivo.

—Pues si lo encuentras así me asociaré con quien está deseando hacerlo de esta forma. Si la dirección y el trabajo son a correr de mi cuenta, natural es que me pague algo por ello y qué menos que un veinticinco... Bueno, decídate pronto, eh..., que tengo prisa por abrir la tienda, que es ése un barrio de lo más distinguido y *chic* de Madrid... y mis clientas, que son por allí numerosísimas, me acosan.

—Esta noche seguiremos hablando de esto en el depósito.

—No sé si podré ir.

—Vete y lo dejaremos decidido.

—Haré un esfuerzo.

El hombre la mojó de una voluptuosidad canalla y pringosa.

Celia no se dio por enterada.

—Si voy, iré tarde.

—¿Cuándo?

—Después de cenar.

Poco después llamó por teléfono a Ismael, su «Isma», como ella le nombraba posesivamente. Se citó para las siete con él.

—Iremos a hacer una merienda cena por ahí. Te acompañaré hasta las diez solamente porque tengo muchísimo trabajo antes de acostarme.

Eran las seis; llamó a su cajera de confianza y le dio las llaves para que cerrase a su hora.

—Tengo algo urgente que hacer ahora a las siete —le advirtió.

Se había citado con Ismael en un café bar frente al nuevo Ministerio del Aire.

Él llegó con un Fiat pequeño recién adquirido. Estaba viviendo sus días de noviazgo enternecido con el motor.

—Sube en directa la Cuesta de las Perdices..., verás. Y apenas consume cinco litros de gasolina cada cien kilómetros; luego, la carrocería es una monada...

—Estás con el coche que ni que fuese tu novia —le sonrió—. Te veo en plena luna de miel con él.

—¡Qué cosas se te ocurren! No me gusta seas así..., tan exagerado por las cosas mecánicas...

—¿Pues?

—Empiezo a estar celosa...

—Estate tranquila que no tienes motivo —le sosegó él.

—Yo soy así... Me gusta que todo tu entusiasmo e ilusión se vuelquen sobre mí... Soy muy exigente y absorbente...

—Lo veo, lo veo.

Ojeándola con dulzura:

—Observa qué suave arranca.

La pasó el brazo por el cuello y la atrajo hacia sí.

Se echó a un lado asustada.

—No, no, por Dios... Cuando a conducir, a conducir.

El hombre retiró el brazo.

Más tarde le inspeccionó por el rabillo del ojo y lo encontró hermoso y atrayente.

—«Isma».

—¿Qué?

—¿A qué esperamos para casamos?

Por poco se estrellan contra un árbol.

Dio un frenazo brutal. Celia se fue contra el cristal del parabrisas.

—¡No me gustan estas bromas! —le dijo irritada.

—No ha sido broma..., ¡pero tú también planteas unas cosas en plena marcha...!

Ten la prudencia de esperar a estar sentados frente a frente y quietos.

—Perdona, creí que para hablar de esto no importaba la velocidad; es más, creí que lo favorecía.

—Te diré.

Le miró a los ojos y le preguntó:

—¿Dónde me llevas?

—En la *Chambre d'amour* cenaremos bien.

Era un restaurante de una francesa viuda, que acababa de abrirse a unos veinticinco kilómetros de la capital.

La viuda, que salió a recibirles, tenía unos pechos elásticos y cimbreadores, instrumentados con espuma de goma. Nada, nada era en ella auténtico, ni la sonrisa de dientes postizos, parejos y blanquísimos.

«Esta mujer ha debido de tener unos veinticinco años ofuscantes», pensó él.

—¿Te has fijado en la dueña?

—No... ¿Por qué?

—Todo en ella es falso, hasta el pelo, que es una peluca soberbia que le habrá costado varios miles de pesetas..., eso sí.

Y quedó más tranquila Celia. De haber sido la dueña de una hermosura vigente se hubiera molestado llegando con Ismael...

La *Chambre d'amour* tenía reservados, y pasaron a uno de ellos.

Los camareros eran discretísimos, y después de servir los platos no reaparecieron por allí. La cuenta se recogía en el vestuario... con los abrigos.

Celia estuvo durante la cena triste y parca. Él, jovial y bullanguero.

—¿Qué te pasa? —intentó saber el hombre.

—Me pasa que así no podemos seguir.

—Tú dirás —se expresó Ismael mirándola con sequedad.

—¿A qué me has traído aquí?... —contemplando el comedorcito equívoco,

forradas las paredes de telas vistosas y un tresillo convertible en cama al costado de un espejo apaisado.

—He escogido este lugar como más discreto.

—No tengo nada que ocultar —opuso la mujer—. Además, para mí es un orgullo que me vean contigo.

—Gracias.

Quedaron en el aire las espadas.

Celia irguió la cabeza.

—De un tiempo a esta parte te noto..., no sé..., como con segundas intenciones... Como si entre nosotros hubiese gato encerrado.

—Sosiégate, no hay nada..., sino que tengo unos enormes deseos de ti.

—Pues ya sabes lo que hay que hacer para apagarlos.

—El fuego se puede sofocar de muchas maneras.

—Este nuestro, sólo consiento que se apague con el agua del matrimonio... Eso es lo decente... y pretender aprovecharte de la enamorada debilidad de una mujer... me parece poco elegante... y sobre todo, poco limpio.

—Puede que tengas razón.

Humilló la cabeza palidísimo el hombre.

Se dio cuenta había ido demasiado lejos y le atrajo hacia sí y acarizó su mejilla a la de él.

—Bobón..., ¿por qué te pones así?... Si lo hago por... por tu bien..., para que no pierdas la ilusión por mí..., que de otra forma...

Se entrechocaron sus bocas con furia y en silencio.

—Pero ¿no te das cuenta de que yo ya no puedo más? —le quejumbró la mujer—. Que me estoy destrozando... Sí, destrozando.

—Calla y no me atormentes más, o es que crees que yo soy de palo.

La derribó sobre el tresillo.

Se entrelazaron sus jadeos ardientes.

Pero en el último momento, siempre en el último momento, conseguía ella sobreponerse.

—¡No! ¡No! —aulló y se tiró rodando por el suelo.

Enfurecido, el hombre intentó tomarla por la fuerza.

—No lo pretendas, porque grito y armo un escándalo...

Luego ovilló su cuerpo y se dio a llorar con un frenesí lastimero. A Ismael le dio pena y se sobrepuso.

—No sé lo que me pasa —exclamó.

—Sí lo sabes, y yo también..., yo también —le gritó Celia, poniéndose en pie.

Al encontrarse denunciados bajaron los dos la vista.

—Échate algo encima.

Fue todo lo que se le ocurrió al hombre.

—O alante o atrás —dio a elegir la mujer.

—Déjame de planteamientos.

—Tú verás, pero yo así no sigo un minuto más.

—Ahora no me achuches..., ya lo arreglaremos.

—Ha de ser ahora, ahora, ahora.

Le tomó por los hombros y le sacudía, enloquecida, violenta.

Ismael se acochinó.

Lo arrojó contra el tresillo como un despojo.

—¡Arréglate y vamos!

—Así, no... Cálmate..., que todo tiene solución... Te lo suplico.

—No puedo más..., ¿me oyes?... No puedo más.

—Yo te prometo que...

—Palabras de hombre... ¡Puaf!... ¿Y tú eres un hombre? ¡Un asco de hombre!

Revuelta, despeinada, sin componerse, la mujer se fue hacia la puerta.

—Pero ¿a dónde vas así? ¡Loca!

—¡Voy lejos de aquí, donde me dé la gana..., porque no te quiero ni ver!

La viuda y el servicio quedaron despavoridos al verla escapar.

Se metió en el coche y esperó.

En vista de que «Isma» no salía, se entretuvo en llamarle con el claxon.

El hombre asomó avergonzado. Empuñó el volante y partió. Fueron todo el trayecto en silencio. Al llegar a la calle de la Princesa, le pidió:

—¡Para, para aquí!

El hombre obedeció.

Echó pie a tierra y canalizó su furia contra la portezuela.

—¡No intentes saber más de mí! —le tiró.

«Se le pasará», pensó el hombre.

Iba tranquilo. «Lo malo es que no me atreveré a volver con ella al mismo sitio».

Fue todo lo que se le ocurrió.

Celia anduvo a paso gimnástico toda la calle hasta la plaza de España. Allí tomó un taxi que la condujo al depósito.

Se encontraba agotada y deshecha de los nervios.

Le esperaba sobre la mesa un montón de cartas con peticiones, con demandas, con anhelos. En su mayoría eran de otoñales naufragantes.

Todas solicitaban lo mismo, suplicaban lo mismo, mendigaban lo mismo. Era la vida que se va y quema todo, arrasa todo, y malogra todo con su galopar desenfrenado. Y a todas les contestaba pedantemente lo mismo. Tenía sus frases, sus párrafos y sus tranquilas que para todas eran iguales. Había días en que estaba descansada, alegre y jovial, y aunque las ideas eran las mismas, la redacción solía ser diferente... Pero esta noche llegaba extenuada, con los nervios rotos.

«Para conservar, señorita, su piel joven, lozana, fresca y flexible, para cuidarla con provecho, es necesario antes que nada que usted la conozca. Se distinguen en general cuatro naturalezas de piel: *Seca*. Piel fina, da la impresión de estar tirante

sujeta a arrugas prematuras, a veces se escama formándose finas laminillas de piel muerta. La razón es que es una piel deshidratada. Suele ser particularmente sensible a los más mínimos cambios de temperatura o atmósfera. Se irrita fácilmente esta piel y está más expuesta que cualquier otra a rojeces. *Normal*. Es piel de aspecto flexible, con grano unido, fino y poros invisibles. Esta piel realiza un perfecto equilibrio fisiológico. *Grasa*. Es piel brillante, gruesa, con poros dilatados con puntos negros, más sujeta que las otras a las afecciones cutáneas. Es sin duda alguna una piel en la cual las glándulas sebáceas funcionan mal. *Mixta*. Es piel grasa en ciertas regiones muy localizadas: parte media de la frente, en la nariz y en la parte superior del mentón, y seca en las demás partes del rostro, particularmente en las mejillas y alrededor de los ojos...

»Aprenda, pues, primero a conocer la naturaleza de su piel, pues seca, sensible, grasa o mixta, su piel sufre un desequilibrio y tiene necesidad de atentos cuidados.

»Me preguntará usted que ¿cómo cuidarla?... Vigile usted, pues, sus dos puntos débiles: su *ph* y su deshidratación».

Se encontraba moralmente desarbolada, derrengada, deshecha... y copió de la primera carta todas las demás.

El tecleo y el carro de la máquina sonaban machacones.

Más tarde se puso a pensar en todas las suplicantes y le dieron pena...

«Las estás engañando», le sopló la conciencia.

«Tanto como eso no; después de todo, con mis consejos, mis lociones y mis cremas les suavizo el derrumbamiento, porque contra el tiempo implacable ni se ha inventado ni se inventará nada... Él lleva siempre las de ganar».

Miró el montón donde aún faltaban por despachar numerosas cartas...

«¡Qué engaño y asco es la vida!», pensó.

Sentía un deseo de aniquilamiento, de náusea y de vómito. Nunca le había quemado un tan grande descontento de sí misma.

En esto oyó hurgar en la cerradura.

«¡Ahí está ese monstruo!», se dijo, y todo se le derrumbó. Pero en cuanto le vio entrar y avanzar hacia ella se acordó del negocio que traía entre manos y se irguió, y sacando fuerzas de donde no las había, le recibió cariñosa...

—Hola, Sergio, ¡mi vida!... ¡Cuánto, cuánto has tardado!

«**L**A Ingeniero» volvió de París con dos maletas más llenas de trajes y chucherías, y enojada y rozagante como una rosa.

A don Gerardo, a su Gerardo le tartajeaban los pies por el exceso de... trabajo. Estos Consejos en el extranjero son fatigantes, no hay duda. El dinero se le había escapado del fondo de su cuenta corriente como las escurrajas de una bañera...

Todo el embeleco de Carmencita lo percibía don Gerardo en los corvejones al subir escaleras, y el corazón le cojeaba como fuelle mal alimentado.

Carmencita «la Ingeniero» tuvo un recibimiento apoteósico y enternecedor en casa de sus putativos padres, putativos para ella en el doble sentido. «El Botines» se emocionó de verdad, de la buena, cuando la chica entró por la puerta. No era una mujer cualquiera, sino una ráfaga de perfume francés cincelando una geografía retrechera.

«El Botines» se empezaba a emocionar de verdad y esto era lo malo. Y de esto sabía algo Rosarito, que es la que protestaba de que algunos tomasen a «la Ingeniero» por hija suya.

—De todo esto, tú tienes la culpa —le achacaba Rosarito a su hombre—. Porque cuando alguna vez lo has oído decir has podido y has debido poner en seguida las cosas en su punto...

—¿Y cuál es su punto?

—Pues decir que es sobrina.

—Es lo mismo, mujer.

—Será para ti, que de un par de años a esta parte estás que te...

—Que te ¿qué?

—Que te derrumbas.

—Es que dos que sois ahora dais mucho trabajo y muchos disgustos y sinsabores.

—Será por eso... y porque además eres un abandonado y no te preocupas de tu apariencia y de tu fachenda como te preocupabas antes... Claro, de un tiempo a esta parte más que un... «sotener», que dicen los franceses, pareces un hombre de negocios y un financiero.

—¿Y eso te parece mal?

—Mal, no..., deplorable.

—Bueno, dejaos de chinchorrerías —les cortó «la Ingeniero»—. Yo diré que sois mis hermanos y a otra cosa...

—Tampoco eso... Sobrina, sobrina, es lo indicado.

—¿Qué os parece este modelito que he comprado en un desfile de modas de una gran costurera de la plaza Vendôme?

Y dio dentro de él tres vueltecitas empapadoras y retrecheras.

—Es precioso —reconoció Rosarito.

«El Botines» torció el morrete.

—¿No te gusta a ti?

—Es bonito, sí... Pero le encuentro un tanto desvergonzado.

—Pero si es lo que se lleva ahora, es la ultimísima moda de París.

—Es el apropiado de una señorita honesta e hija de familia honorable: los brazos al aire y cortísimo de falda, enseñando todas las pantorras y muchísimo escote... Pero para ti, que aquí entre nosotros eres... eso, una profesional, no te va... Es un traje disparatado y exagerado... La primera regla de conducta que ha de seguir una mujer que vende sus encantos, te lo repito, es no mostrarlos nunca..., porque si los enseña está perdida.

—Te entiendo, querido Rafa..., pero te vas al otro extremo. Yo no digo que los muestre descaradamente y que vaya anqueando las caderas como una tía tirada, pero de ahí a salir como una colegiala modosita...

—Pero si yo no te prohíbo que lleves el desenfado y la picardía en los ojos y hasta en los movimientos cuando están instrumentados con elegancia y *savoir faire*. Ahora, los brazos al aire y el escote pronunciadísimo y las faldas que van mostrando la conexión de las rodillas... Eso está bien, si te empeñas, en el escenario de una opereta galante..., pero no en una mujer que precisamente vive y comercia con esos encantos, que lo primero..., que lo primero que debe hacer es ocultarlos, precisamente para cotizarlos mejor y más altos.

—Pero yo soy joven y sé que los tengo... y, como a cada hija de vecina, me gusta que los hombres me los vean.

—Pues tú verás, pero por ese camino de la ostentación no harás carrera.

—Te advierto que en París las cocotas más ilustres enseñan lo suyo e insinúan lo que no enseñan.

—Pues así les va, que las va comiendo la competencia de las no profesionales porque enseñan más, como es natural..., y si eso es así, que se han relajado hasta ese extremo y han entendido tan mal su profesión, con su pan se lo coman... No es ésa la enseñanza que han de sacar del gran cuento de uno de sus mejores narradores, donde se encierra toda la filosofía de su oficio.

—Refiérenosle, que me gusta mucho cómo cuentas los cuentos —le pidió «la Ingeniero».

—Sencillamente, es la historia de una mujer que habiendo de ejercer su venal profesión se disfraza de viuda con su toca, su velito, su sombrerito negro y su pena, y va el día de los difuntos al más empingorotado cementerio de París. Cuando mayor es la concurrencia, se postra ante una tumba que se supone es la de su pobre marido. Pasa a su vera un caballero bien portado y la mujer, mojada por el llanto, se desvanece... El caballero la atiende solícito...

—Y más tarde la consuela... —acierta Carmencita.

—Pues, sí... Eres muy lista y lo has adivinado... Y así, en sucesivas tardes otros llantos y otros caballeros... Hasta que, como buena francesa, ahorra lo bastante para pasar una necrológica vejez tranquila.

—Eres el demonio.

—Vuelvo a insistir... El secreto del éxito erótico está en la sorpresa, en hallar la

aventura donde no se piensa encontrar, donde parece casi imposible dar con ella...

—Por ejemplo, en un cementerio el día de todos los difuntos, como en el cuento.

—Exacto, y esto es lo que más halaga al macho, porque el varón es vanidoso por esencia y, claro es, si entra en un bar de la Gran Vía o de Serrano o de Goya y choca con una mirada lampreante que le envuelve pegajosa, no tiene duda sobre que aquella mujer es una profesional, o una casquivana cachonda que practica un *dumping* que estropea el porvenir de las del oficio... Y, claro es, no hay margen a la seducción o a la conquista... Pero ante una viuda llorosa, ante la tumba de su marido, a quién se le ocurre pensar en un engaño... La cosa cambia y abre el corazón a todas las posibilidades de una gran y deliciosa aventura...

—Sí, me hago cargo... Tan me hago cargo que había pensado consultarte a ver qué te parece asistir a unas conferencias que van a dar en el centro andaluz el deán de la Catedral de Sevilla sobre «Manera cómo se han de conducir en la intimidad los recién casados».

—¡Qué sagaz eres, Carmencita, y cómo te haces cargo de todo en seguida!... ¿Es que acaso tu don Gerardo flaquea ya?

—Eso desde los primeros embates, y es que me he podido dar cuenta de que una vez pasado este atracón del viaje a París, me huelo que no es hombre para insistir y para continuar. Es un financiero muy atareado con sus negocios. Y los financieros raramente resbalan hasta el extremo de arruinarse por una mujer. Están demasiado emperrados en su vicio del dinero para adquirir otro.

—Le creí un hombre dispuesto a ir hasta el final... Eso creí yo también en los primeros escarceos parisinos... Pero... las finanzas absorben mucho. Luego, la verdad es que el pobre ha vuelto del viaje muy maltrecho.

—¿Pero no es un hombre joven?

—Joven, joven..., anda rondando los sesenta.

—La señora Paca me indicó que unos cincuenta y pico.

—Sí, pero pico de sorda.

—Pues, rápida, empieza a asistir a esas conferencias de ese deán de la Catedral sevillana, que has de sacar mucho provecho moral de ellas.

—Así lo espero.

Se equivocaron los dos, porque Rosarito no era muy partidaria de los recién casados.

—¿Qué tienes que objetar a esta campaña?

—Pues que los recién casados tienen a la mujer recién estrenada y están en su mejor momento con sus esposas, no les ha llegado aún el hartazgo... Y que son jóvenes en su mayoría y los jóvenes raramente tienen dinero, así, como para regalarlo... Y si son bien plantados exigen que se le den de balde...

—Buenos se están poniendo los hombres, si lo sabré yo.

—Tus observaciones son muy para tenerlas en cuenta —recogió «el Botines».

—Nada perdemos con intentarlo y probar.

Probó... Pero la verdad es que fue un fracaso su asistencia a las conferencias.

Salió de ellas con la cabeza caliente y los pies fríos.

—Nada, ¿verdad?, nada —le preguntó Rosarito.

—¿Pero qué se puede hacer en un centro andaluz donde ellos están cogiditos de la mano de ellas?

—¿Qué me dices?... ¡Valiente gentuza!

—Tú ahora descansa y no pierdas los estribos —le recomendó «el Botines»—. Una temporadita de reposo no te vendrá mal.

«La Ingeniero» aceptó, pero para no perder la costumbre y que no se le enmoheciese el instrumental, tuvo sus aventurillas y sus «beguines» con un delantero impetuoso del Real Madrid y con un campeón «de braza», de cuyo hermoso desnudo se prendó una mañana en la piscina del Club Puerta Cerrada.

Pero esto fueron caprichos, nada más que caprichos para hacer boca.

En seguida «el Botines», que era un lince, la llamó al orden y se fueron una mañanita al Museo del Prado.

Al entrar compraron la guía del señor Sánchez-Olmedo. En la sala de «Las Meninas» le dio su primera lección.

—Este cuadro de Velázquez es una de las dos o tres maravillas de la pintura universal... Tú te retirarás a un lado del cuadro y simularás hojear la guía sin perder la vista de los caballeros bien portados que entren en la sala... Ahora pondrás en juego tu olfato, que es muy sutil, Carmencita querida, e irás a situarte emocionadamente, siempre con la guía abierta, junto al caballero que tú consideres más vulnerable. Contemplantas un instante el lienzo y, embebida por su belleza artística, te volverás arrobada hacia él. Si sospechas que es inglés le dirás: *Very beautiful!* Si sospechas que es francés: *C'est merveilleux!* Que no se te olviden estas, dos exclamaciones. Retenlas en tu memoria y no las confundas y digas al inglés la del francés y viceversa, que son muy pagados de sus patrias.

»Te convendrá siempre saber algo de la pintura de Velázquez y de su vida. Para los primeros compases usa la guía del señor Sánchez-Olmedo...

»Después darás cuerda a tus encantos, que son tan fértiles... y...

Huroneó ante «Las Meninas» y ante «Las lanzas». Pasó más tarde a echar sus redes ante Goya. Junto a la familia de Fernando VII, primero; luego ante «Las majas». Contemplando la vestida, tuvo sus primeros contactos con un industrial belga..., fugaz, pero fructuoso. «Pero estos turistas, ¿por qué lo harán todo a mataballo y no serán más reposados y lentos?». Ante «La maja desnuda» fue el suyo un fracaso. ¡Quién lo diría!

Se lo había olisqueado «el Botines».

—Ante «La maja desnuda» verás cómo no tienes nada que hacer.

—¿Por qué?

—Pues porque está desnuda... y por lo visto les basta con la contemplación de la del cuadro.

Es curioso, sus mejores pescas las obtuvo ante los paisajes de Patinir y ante los cuadros del Bosco. Ante la mesa del Bosco se le enterneció hasta el paroxismo un alemanote de cabeza cuadrada y colodrillo taurino... Si sigue unos días más en Madrid... Tan encoñadito estaba el teutón, que pretendió llevársela a Frankfurt.

Pero ella se negó.

—Mi servicio a la Patria está aquí, en la capital de España... Soy uno de los mejores adornos del turismo nacional.

El alemanote insistió una y otra vez, una y otra vez, y «la Ingeniero» se mantuvo imperturbable.

Pero su maravilloso éxito lo tuvo cuando ya menos lo esperaba, ante el Cristo de Velázquez.

La verdad es que, aunque ofrece el rostro velado, la faz que se adivina del Señor la conturbó..., y se desvaneció ante un norteamericano sonrosado de cerca de dos metros.

El hombre se creyó en la obligación de protegerla hasta su total restablecimiento, y cuando dio señales de vida y empezó a sonreír y probó a echarle los brazos al cuello... para ver si se lo abarcaba..., se dejó llevar a Sevilla y a Córdoba y a Granada y a Cádiz y a Lisboa..., y pretendió meterla en un avión hasta Norteamérica.

Pero «la Ingeniero» se compungió y lloriqueó y quejumbreó..., y el americano, que era un caballero..., la devolvió a Madrid y permaneció con ella hasta su total restablecimiento, pues aún sufría mareos la mujer, todo el mes de mayo..., saltando de una corrida de toros a una juerga de flamenco.

Pero todo tiene su fin y acabamiento...

Y es lo que luego le decía Carmencita al «Botines» y Rosarito.

—Qué simpaticones son los norteamericanos y qué soportables..., pero sólo cuando tienen dólares de largo..., se entiende...

Quedó entristecida y palidísima.

«El Botines» la dio un mes de permiso para olvidar; pero no conseguía borrar la imagen del norteamericano. Era tan simpático, tan generoso, tan agradable y, al mismo tiempo, tan plateadamente pesado en su sentido estricto..., que Carmencita creyó morir.

Volvió por el Prado, pero sin ánimo y sin fuerzas... No le decía nada ya la pintura española, ni la italiana, ni la flamenca. Aquellas bombachadas de Rubens le asqueaban.

—Es pintar como querer —decía Carmencita...—, pintar como querer.

—Me van a decir a mí que en Flandes se jueguean así..., a otro perro con ese hueso...

Pero volvamos ahora un poco la vista al «Botines» y su esposa Rosarito.

En cuanto la gente del barrio se enteró, por el sacristán que ayudó a su boda, que eran marido y mujer de los buenos..., a ella empezó a llamarla señora Rosario, y a él, don Rafael. Él, cuando hablaba de ella, decía mi mujer o Rosarito, para rejuvenecerla

un tantico con el diminutivo. Pero a ella no le agradaba que dijese mi mujer.

—¿Pues cómo quieres que te llame?

—Di mi señora, que viste más y es más considerado y respetuoso.

—Mi señora por aquí, mi señora por allá, las llaman así a sus mujeres todos los tenderos de ultramarinos y porteros de Madrid.

—Qué quieres, a mí me suena pero que muy requetebién mi señora.

—Yo he aprendido en la escuela de un hombre que era todo un señor, y jamás al duque se le escapó de su boca un mi señora; cuando hablaba de la duquesa decía llanamente: mi mujer o María Victoria, llamándola afectuosamente por su nombre, y de ahí no hay quien me apee a mí..., que por algo el duque era el duque.

—Pues tu duque sería muy duque..., pero a mí me gusta esto de señora, porque no lo he sido hasta ahora nunca, y si has de convivir conmigo me has de dar gusto lo primero..., y lo primero, ya lo sabes, es que me llames señora, y sobre todo, ante el servicio..., que aún hay clases... —recalcaba Rosarito orgullosa.

La criadita, que era muy lista, la daba por el palo y el señor por aquí y señora por allá empapaban los ámbitos de la casa.

Fue por entonces «la más alta ocasión» que vio la vida del «Botines». En el barrio lo consideraban. En cuanto se casaron en San Andrés, cambiaron de barrio y se fueron a ocupar un pisito en Chamberí y supusieron que era un industrial retirado, a pesar de su madurez incipiente... Otros, como era bien hablado y conseguía dar un cierto ritmo a su peroración, que era un abogado o un alto empleado de la Audiencia, que algo se pega. A ella, tal vez reminiscencias de su vida profesional, le gustaba sentarse en los cafés, dentro en invierno y en las terrazas en primavera y otoño, y sin poderlo evitar mandaba la vista curiosa amaitinando a todo el que entraba. Pero no pasaba de ahí.

Estaba fatigada de tanto trasiego... y, después de todo, le bastaba con su hombre, al que adoraba sin dárselo a entender mucho, que tampoco es conveniente.

Es su época de gran esplendor.

Ella le susurra por bajines en las noches cálidas de ventana abierta...

—Si me engañas..., por lo menos que no me entere..., ¿me oyes?

—Sí, te oigo, te oigo.

—Y a esta chica, que es buena y bonita —se refería a «la Ingeniero»—, ahora que estamos casados y vamos para arriba, porque Dios y los santos no nos han dejado de su mano..., le convendría encontrar un acomodo serio...

Pero los caminos del Señor son innumerables y todo, todo, lo tiene previsto en su infinita generosidad, y...

Sucedió que cuando pensaron, y habían puesto manos a ello, construirse un chaletito en Torrelodones para los fines de semana y los veranos..., a la hora de amueblar la casita dieron el encargo a un ebanista del barrio, no muy carero, pero concienzudo.

Era un hombre moreno, serio, tímido y bronco. No parecía de Madrid...

Sólo echarle la vista a «la Ingeniero», que fue una tarde con sus presuntos tíos a ver cómo iban las obras, quedó prendido en sus redes... Como era algo apocado y sin muchos recursos verbales, le pareció que era tal vez demasiado para él. Fue ella la que le animó con sus dulces ojeos.

Carmencita estaba en ese punto de ignición del que los ojos son deladoras ventanas. A pesar de su profesión, o por su profesión, creía en el amor y lo experimentó sólo ver a Joaquín, que así se llamaba el ebanista. El mozo tenía esa cortedad seca, pero apremiante y jugosa al mismo tiempo..., y casta y severa, de la que las buenas mujeres son tan gustosas.

—¿Qué haces ahí como una boba? —le sopló Rosarito cuando la sorprendió embelesada viendo cómo Joaquín montaba una cama, cuyas partes acababan de salir de entre unas mantas atadas con cuerdas para que no se maltratasen.

La mujer se puso colorada.

Cuando salieron le preguntó al «Botines»:

—¿Quién es ese hombre?

—El ebanista con quien he contratado los muebles.

—¡Ah!

Quedó pensativa la mujer.

Joaquín se había subido ya a una camioneta vacía que esperaba a la puerta del chalet y partía hacia Madrid.

Al arrancar volvió la vista y sus ojos, los de él y los de ella, encerezaron sus miradas.

La de él era ensimismadora, suplicatoria, querulante.

La de ella, suave, aquiescente y enamorada.

—¿Dónde tiene el taller?

—En Covarrubias.

—Mucho quieres saber tú —le sopló Rosarito.

En el tren hasta Madrid, Carmencita fue urdiendo sueños de hogar con unos hijos revoltosos y un ebanista cejijunto, pero cariñoso.

«El Botines» miraba el paisaje, pensando en lo suyo.

—Parece que te han comido la lengua —le suelta Rosarito a «la Ingeniero».

—Es que estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

—De todo... —con una mueca de hastío...

Un agua de tristeza le blandeó los lagrimales.

—¡Vaya por Dios!

Y no volvieron a hablar más hasta casa.

—Cuando vuelvas por el chalet no te olvides de llevarme —le pidió a su protector.

—Te gusta, ¿eh!..., va a ser algo serio..., no hay otro tan vistoso en todos los alrededores de Madrid...

Ella le dio por el gusto al «Botines», y a los tres días, cuando volvió por allí, la llevó.

Pero no estaba «el Joaquín».

Se embebió de pena la mujer, pero lo disimuló..., y lo miró todo y lo olfateó todo..., y levantó una torre de preguntas acezantes, curiosas.

«El Botines» se garapiñó de placentera vanidad.

La llevó otro día y estaba él allí, «el Joaquín», dando órdenes.

Chocaron sus miradas como dos olas, claras, altaneras. La mujer le hizo unas preguntas con la disculpa de los muebles. Él contestó ronco...

La emoción le enronqueció la voz.

Lo encontró sano de alma y sencillo.

Al día siguiente le vio en la calle. Era la hora de cerrar e ir a comer.

Se hizo la encontradiza.

—Hola, señorita —saludó él.

—Qué es eso..., ¿dónde va usted?

—A comer..., si gusta —y se sonrió complaciente.

—Hoy no puedo..., pero acepto para otro día..., que conste que acepto.

—Es para mí un honor.

—¿Por qué un honor?

—Porque me gusta usted un rato largo.

—Eso les dirá a todas.

Movió la cabeza negativamente.

Se percibía que no podía hablar por la emoción..., pero la contemplaba con una ternura meliflua, derramada.

—¿Cuándo vuelve por el chalet?

—El día que sepa que usted va...

—Pruebe el sábado a la tarde a ver si voy...

Era jueves y a él le parecieron muchas horas vacías sin ella hasta ese momento... Y a «la Ingeniero» también... Y al día siguiente se echó a la calle y los zapatitos la llevaron sin vacilar por delante de la ebanistería... Él la vio pasar y se le alegró el corazón.

Salió al umbral y la saludó con la mano.

Entre los dos oficiales y los tres aprendices hubo sus más y sus menos de comentario visual.

—¡Vaya gachí! —susurró el de la cola.

Entró nervioso, impaciente, el maestro.

Cada cual atendía ya a su juego con seriedad.

Estaba machihembrando dos piezas de madera, a caja y espiga, cuando repasó Carmencita, y el hombre siguió hasta que terminó.

La mujer fue hasta su casa y se cambió de traje y se atusó el cabello, bañándose en el espejo satisfecha y gozosa...

«El Botines» trajinaba por la casa y Rosarito se preparaba para salir con él.

—¿Dónde vais? —le preguntó «la Ingeniero».

—Al Luchana a ver una película de Cary Grant —le respondió Rosarito... ¿Y tú qué, algún trabajillo?

—Descanso..., esta tarde descanso... —y se sonrosó.

Hizo tiempo para que saliera primero de casa el matrimonio.

—Bueno..., adiós..., que te diviertas —le brindó Rosarito.

«El Botines» la besó en una mejilla y le dijo:

—Recógete pronto...

Desde que se casó había adoptado con «la Ingeniero» esta actitud paternal.

—Comprenderás que después de casados soy yo una mujer muy señora para consentirte liviandades, y menos bajo mi techo..., conque... que no te lo tenga que recordar —le había advertido Rosarito.

—Huelga el aviso.

—Pues andandito.

Esta advertencia se la había hecho el día de la boda, a la salida de la iglesia.

La tarde se desangraba suntuosamente sobre el bullicio urbano.

«La Ingeniero» se da el último toque y sale.

En la plaza de Chamberí ve a Joaquín avanzar hacia ella.

—Hola Mari-Carmen.

—Hola, Joaquín.

Se dan la mano.

Luego entran en un café.

—¿Cómo va tu taller?

—Bien; estoy contento.

Mirándole a los ojos.

—¿Te ilusiona tu oficio?

—Mucho; ser un buen ebanista es cosa bonita y seria... Tener un taller importante y trabajar la ebanistería fina es mi sueño. Ahora las máquinas cuestan mucho dinero..., y yo ahora, como me acabo de establecer, ando un poco alcanzado...; pero no importa, todo se andará...

—¿Es mucho lo que necesitas?

—¿Te vas a constituir en mi capitalista?

—Si... no tengo un gordo —opone, colorada, la mujer.

—Pero antes que la ampliación, me gustaría casarme...

Y le busca los ojos.

—Un hombre suelto, a mi edad, y con la ambición de perfeccionarse en lo suyo y mejorar..., está mejor casado.

Ella insiste:

—¿Necesitarías mucho para la ampliación?

—Unos cuarenta mil duros..., mejor cincuenta... Las máquinas están por las

nubes... Trabajo no me falta..., y eso es lo importante.

—¿Y los Bancos?

—Los Bancos dan dinero a quien ya lo tiene.

—Pues no debía ser así.

—Hay tantas cosas que no debían ser...

Se le queda triste y pálido el rostro.

La mujer baja la vista.

El hombre le toma una mano y aventura:

—Si tú me quisieras...

—¿Para qué?

—Anda ésta..., y me pregunta para qué... Pues pa ser mi señora...

Carmencita alza los ojos cercados de lágrimas.

—Si fueses mi mujer, estoy seguro que se me arreglaría todo..., aunque no tengas un gordo.

—Pero yo sería para ti una carga...

—Eso nunca —dice él, y mete su cabeza en el ámbito de la de ella.

—Pero ¿no te cansarías?... piénsalo bien antes.

—En cuanto te vi en Torrelodones lo pensé... Ésta, ésta es la mujer que me conviene.

—Pero si no habías hablado aún conmigo ni una palabra.

—Como si la hubiese hablado... Ahora tus tíos tienen mucha pasta..., eso está corrido por el barrio.

—La que tengan es de ellos, no mía, y no debes contar para nada con ella...; y yo te repito que no tengo dónde caerme muerta.

—Mejor si no tienes dónde, así no te caes..., pero tienes unos ojos preciosos y muy tristes..., y una boca que es un estuche..., y un cuerpo... que...

—No sigas, que se está fijando la gente.

—Peor para ellos..., que se aguanten.

La mujer ojea las otras mesas, preocupada.

Suelta la mano del hombre y le dice:

—Paga y vamos a dar un paseo.

Llama al camarero.

Más tarde salen y descienden hacia la Castellana.

—A ti te conviene una mujer con algunos posibles..., que pueda echarte una mano en el negocio.

—A mí me convienes tú..., ¿me oyes?... tú.

Y la mira querendón.

—Pero te cansarás en seguida..., si no puedo ser una ayuda te cansarás en seguida.

—No, no me cansaré porque te quiero..., y así todo, todo lo que sea, me lo deberé a mí mismo..., lo prefiero.

—No acciones ni hables alto.

—Compréndeme.

—Pues claro que te comprendo —sonriéndole.

Es alto Joaquín, y nervioso, y cenceño y moreno, y cuando habla se acompaña de las manos, alacres, largas y finas. Va vestido sobriamente con un traje negro y unos zapatos oscuros.

—Hace un mes que se ha muerto mi padre —le había dicho—. Madre no tengo desde muy crío.

«La Ingeniero» tiene unos ojos hermosos, dulces y entreverados y un cutis color tabaco tirando a dorado, y es alta y bien orquestada sobre sus dos bonitas piernas, y esconde esta tarde su cuerpo en un traje sastre color *beige*, sin afeites y alhajas...

Se vuelve y le mira del lado derecho la camisa, junto al cuello.

—Llevas un zurcido horrible. Habrá quedado descansada la que te ha cosido eso...

—Qué quieres..., en la pensión... —y se sonríe.

Le coge de un brazo y le suplica:

—Llévame ahora mismo a tu casa, que quiero ver toda tu ropa.

—Después de ponérmela esta mañana me he dado cuenta de cómo estaba..., pero no creí que iba a salir contigo, lo demás me hubiera cambiado.

—Si no es tuya la culpa.

Van hacia los nuevos Ministerios.

—Discúlpame que sea un hombre humilde que se gana la vida con sus manos..., pero me la gano bien, ¡eh!..., que conste...; me la gano muy bien..., y mi oficio es un arte.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho...; tú y él completaríais mi vida.

—¿Me lo dices de verdad?

—Sí, de verdad de la buena.

Se ríe y enseña unos dientes graciosos, blancos y menudos.

—Bueno..., pues prométeme que en cuanto llegues a casa te vas a quitar esa camisa y te pondrás otra.

—Te lo prometo.

Mirándola:

—No soy un elegante, ni puedo, ni debo serlo.

—No se trata de ser elegante, se trata de ir limpio y correcto.

—Bueno, mujer...

—Y mañana yo pasaré por tu taller antes de cerrar a la una y me tendrás en un paquete esa camisa y otras que uses mal zurcidas para que yo te las arregle.

—Se te dará ese gusto.

Lo inspeccionó de nuevo y le pareció que, por lo demás, se hallaba todo muy bien, y lo consideró ya un poco de su propiedad.

Le toma por el brazo y le abandona la cabeza sobre el hombro.

—Perdóname, pero no paso por las cosas mal hechas.

—Así me gustas, mujercita de tu casa.

—Aún no lo soy.

—Has tomado posesión de ella..., aunque no sea más que de costurera por ahora.

Alza la cabeza y le contempla con derramada dulzura:

—No sé..., pero esta última temporada sospechaba que te iba a encontrar y que serías como eres... Presentía que estabas ya cerca..., y que una vez hablado acabarían allí todas mis penas y tristezas.

—Algo parecido me ha ocurrido a mí.

Se miran los ojos en los ojos.

—¿En qué piensas? —pregunta el hombre.

—En un hermoso taller de ebanistería lleno de máquinas ruidosas..., y a la hora de cerrar en unos críos arrastrándose entre las virutas y chirindolas.

—¿Que serán nuestros?

—La duda ofende.

La noche era serena y el cielo empezaba a apolillarse de luceros. Volvieron despacio hacia el barrio cogidos de la mano.

—Verás, no te será difícil encontrar dinero para la ampliación del taller —le anima la mujer.

—Iremos con calma, todo será que tardemos un poco más.

En el barrio se despidieron.

—No olvides el paquete con las camisas.

Aquella noche lo planteó en la mesa.

—Me voy a casar con el ebanista que está haciendo los muebles para el chalet —le dijo al «Botines».

No había llegado aún al comedor Rosarito.

—¿Oyes lo que dice ésta?, que se casa con Joaquín, el ebanista —le advirtió sólo entrar.

A Rosarito le cogió de sopetón.

—Si le quiere y va ser feliz con él...

—Eso pretendo.

—De modo que nos abandonas.

—¡Hombre!, no es ésa la palabra propia...

En seguida escondió la cara entre las manos. Luego se la oyó sollozar.

«El Botines» y su mujer guardaron silencio, un silencio profundo y respetuoso.

—Tengo ganas de darme a un hombre con amor y limpieza.

—Haces bien —le dijo Rosarito.

Las dos mujeres lloraban.

Se oía el ruido de los cubiertos.

—Come, anda, come —la animó el hombre.

Arreglaron sus papeles y se casaron de allá a un mes. Era verano y se fueron a San Sebastián a pasar unos días.

Al volver, ella le dijo a él una tarde de domingo:

—En cuanto a lo de la ampliación del taller debes ir pensando en ella.

—Déjame ahora, que con esto del bodorrio nos hemos metido en muchos gastos...

—Te ayudaré yo..., no te preocupes.

—¿Pero es que tienes dinero?

—Sí, algo que me dejaron mis padres.

—Qué calladito te lo tenías, chata.

—Aspiraba a que me quisieses por mí misma..., desnuda como me echó mi madre..., y me alegra que así me hayas escogido.

—Oye..., ¿pero es mucho lo que tienes?

—¿Tú cuánto calculas necesitar?

—Te lo dije, de cuarenta a cincuenta mil morlacos.

—Pues sí, por ahí es lo que yo tengo..., por ahí.

Se abrazaron.

—¡Carmen..., mi vida!

Y la cama gimió cimbreadora ante peso tan dulce.

A don Romualdo, el padre de Celia, lo encontraron, por entonces, una mañana muerto en su cama...

Qué hermosura morir durante el sueño, sin molestar a nadie...

Llevaba unos años retirado de todo trabajo.

Los días buenos descendía al jardín de las Vistillas y se aquedaba, apoyadas las dos palmas de las manos en la cachaba, mirando sin mirar el paisaje.

Fue toda la vida un hombre limitado, sencillo y bueno, enamorado de su mujer y cariñoso para los hijos.

Su debilidad fue Celia.

—Esta hija nuestra tiene más talento que muchos hombres juntos —solía confiarle a su mujer—. Lo que ésta no olfatee no lo olfatea nadie.

El señor Romualdo tenía un sentido canino y rastreador de la vida.

Los hijos no le prestaban ni gran consideración ni mucho afecto... Lo toleraban respetuosos. La mujer, que era honesta y creyente, le quería. Y a su muerte, ya muy vieja, quedó desarbolada sin su compañero.

Era aquel día de domingo cuando se iba a celebrar la invitación de «Casita» a comer en su casa y hubo que suspender precipitadamente el banquete.

«Casita» se personó allí a las pocas horas..., y con ese motivo Celia se la presentó a Zacarías.

—¿Es el señor profesor?

—Sí.

—¡Oh, qué alegría!, y cuánto bueno.

Más tarde llegaron a darles el pésame don Mamerto, el socio de Celia, y su mujer, doña Aurelia.

A la madre se la llevaron a casa de una amiga en los primeros momentos. La acompañó Araceli.

—Cuanta menos gente estemos aquí en estos instantes, mejor —le dijo Celia a su madre.

Pero les costó separarla del muerto.

Don Sergio, que se enteró por don Mamerto, se presentó al día siguiente a primeras horas de la mañana, poco antes del entierro.

Ismael, el viajante de Hospitalet, llevaba unos días fuera de Madrid.

La muerte de su padre le sirvió a Celia de acicate y aviso.

«Esto se va..., en seguida me tocará a mí, y no tengo un hogar ni unos hijos», ideó la mujer... Este «Isma», ¿en qué estará pensando...?

Cuando volvió del viaje la llamó con el pretexto de la muerte de su padre y trató de citarse con ella.

—Tengo mucho que hacer. Inauguramos mañana la tienda de la plaza de Rubén Darío —le contestó.

—Quisiera verte.

—Lo veo difícil; no salgo estos días de casa.

—Es muy serio lo que te quiero decir.

—Dímelo, no creo que se ruborizarán los hilos.

—Te repito que es muy serio y no creo sea el teléfono camino apropiado para conducir este deseo.

—Pues en mucho tiempo... Mejor dicho, no quiero verte más.

—¡Por última vez!..., es importantísimo y muy serio lo que te quiero proponer.

—Pues para eso está el teléfono, para transmitir las cosas por serias e importantes que sean.

—Muy bien: Celia..., ¿te quieres casar conmigo?

—¡¡No!!... —y le colgó el aparato.

Pero sintió en todo su cuerpo un endichecedor prurito.

Suspiró desahogadora... ¡¡Al fin!!... ¡Ah, qué estúpidos se ponen a veces los hombres!...

Terminar con Sergio le era muy fácil. Sabía que la engañaba con su mujer. Lo encontraba natural. El obstáculo es siempre una invitación a la transgresión. Al perro se le pone enfrente el bastón para que salte. A la mujer se la separa del marido y se mete entre los dos un pleito de divorcio y, una vez separados, en cuanto al tálamo, el marido acaba volviendo a ella por encontrarlo más picante y atractivo. De otra parte, el hombre es un animal poligámico y en su época de decadencia sexual necesita la variedad y el cambio frecuente para ilusionarse y creer que sigue fuerte y vigente... Y va de una en otra, vicioso y excitado..., hasta el descalabro final...

A los pocos días, pasados los inevitables sinsabores y las misas por el difunto, volvió Celia al trabajo de su tienda.

Sólo llegar exigió, por conducto de Celes, la presencia de don Sergio.

—No ha venido aún —le contestó.

—Cuando llegue, que le espero aquí.

Se preparó para denotarse ofendida y liquidar aquella época de asco y bajeza desde que entró a servir en la tienda de bolsos hasta ahora..., pero la verdad es que no se sentía menospreciada en su amor propio ni en su orgullo lo más mínimo. Sergio era uno de tantos hombres estúpidos, y vicioso sin ningún atractivo, y había consentido que pasase sobre ella por puro cálculo e interés. Ahora se consideraba rica y fuerte, con buena salud y los mejores años de su vida aún por delante...

Estaba enamorada de Ismael y...

Se abrió la puerta del despacho.

—Me han dicho que preguntas por mí.

—Sí, siéntate.

Se acomodó frente a ella.

—Tengo noticias de que me engañas y has vuelto con tu mujer —le espetó.

Sergio quedó embarullado.

—Volver con ella precisamente... Te diré..., es que se me presentó en casa..., y hablamos...

—Acostados..., que es como tú resuelves tus problemas.

—No tienes derecho...

—Tengo derecho, después de lo que he hecho por ti, a decirte todo. Que eres un pingajo moral y una mierda de hombre y que te puedes quedar con esa zorra borracha y estúpida de tu mujer, ya que sois tal para cual.

—No te consiento que desbarres de...

Se había puesto de pie Sergio.

Celia le tomó por los hombros y le clavó en la silla.

—Estate ahí quieto y aprende a escuchar, ¡so cacanarro! Tu mujer es una desgraciada, con furor uterino, y tú un pobre diablo enfermo y entontecido..., y ahora largo de aquí, que no quiero verte más.

Quedó palidísimo y temblón Sergio, asustado, sin fuerzas para moverse.

—Vete ahora mismo o te saco a rastras —le ofreció.

—Es que Lolita quiere evitar, antes de que el defensor del vínculo... exija...

—¡Largo, anda..., largo!... Ella, tú y el defensor del vínculo...

Le tomó de un brazo y lo sacó a la puerta.

Se sacudió las manos la mujer como para limpiarse de una invisible suciedad.

Y se metió a su labor.

Pensó un instante en Ismael y se embebió de una suavísima ternura.

El domingo siguiente fue con «Casita» y su hermano «Zaca» a pasar el día a El Escorial. Hicieron el viaje en un *Packard* que acababa de comprar «Casita». El chófer Apolodoro era un mozo negro, de Santiago de Cuba. Jamás conoció Celia un hombre más concentrado y silencioso. A todas las preguntas oponía un sí o un no..., o un «tal ves».

—«Apolo» es tremendamente silencioso —dijo su dueña.

Llevaba el coche a unas velocidades endemoniadas, pero no daba impresión de peligro. El paisaje se deslizaba a los ojos de sus ocupantes con una fluidez severa.

—«Apolo» jamás tuvo con la máquina la más leve colisión, ¿verdad, «Apolo»?

—Sí.

Visitaban lo que Ortega llamó «nuestra gran piedra lírica», y más tarde comieron en el Felipe II.

—Me congratula tu hermano, es tan sabihondo y culto —le confesó «Casita» a Celia un momento en que las dejó solas a las dos.

Estaban en la terraza del hotel, engastados en pinos resinosos y rumorosos de los que emergían las cuatro torres escurialenses, y Celia completó:

—Parecéis hechos la una para el otro..., seríais una pareja feliz.

—No me lo digas, que me corre como un temblor —susurró «Casita».

Estaba gozosa la mujer.

—¿Le provoca una copa de champán? —preguntó ella a «Zaca» cuando volvió.

—¡Cómo no! —contestó él, imitando su palabreo.

Y se la sirvió «Casita», y los dos brindaron por su felicidad.

Con el pretexto de pequeñas fiestas, comidas y fines de semana, Celia fue propiciando el ensamblaje de «Casita» y «Zaca».

El profesor se dejaba llevar mansurrón.

—Pero es que no tengo ahorros suficientes para quedar como un caballero español a la hora de los presentes de boda, porque a esta mujer, que es millonaria, según parece, no la voy a ofrecer como regalo de pedida una sortija de bisutería o una pulsera ful.

—No te apures...; tú queda bien, y lo que necesites yo te lo daré.

La miró asombrado.

—En ese caso...

—No escatimes el dinero.

Celia se vio con «Isma», los dos más sosegados, más abiertos..., y se casaron poco después.

Fue invitada «Casita» y la boda se celebró en el Ritz.

La pobre madre, la señá María, fue dichosa.

—Ahora tú, «Zaca»..., a ver qué haces... —le sopló al hijo—, que bien sabes lo tranquila que moriría si os dejaba a los dos casados.

Dirigiéndose a la boliviana le añadió:

—Le toca a usted, «Casita»..., le toca a usted decidirse, porque si espera a que lo resuelva mi hijo «tié pa» rato.

«Casita» se ruborizó..., pero se repuso en seguida.

—Por mí, si Zacarías lo ansia yo le asepto, señora.

—Pues hecho..., ¿oyes, «Zaca», hijo?

Y tomó las manos de los dos y las ató en señal de coyunda. Araceli se levantó y fue rápida a la mesa de los recién casados y les refirió el diálogo de madre con «Casita».

Celia, pronto y bien mandada, se levantó y dio un beso a «Casita» y otro a su hermano.

—¡Qué felices me hacéis!... «Isma» y yo seremos los padrinos —se ofreció.

—¡Cuánta dicha!, ¿viste, Sacarías? ¡Cuánta, cuánta dicha!

Zacarías hacía, nervioso, una bola de miga de pan.

Don Mamerto, el socio de Celia, comentaba con su señora:

—El amor es como el fuego que prende y se derrama, y gracias a este voraz incendio de los cuerpos y las almas subsiste el mundo.

Don Mamerto era bastante pedante, como indiano leído..., y todo lo alzaba en imágenes.

—La Virgen del Olvido me ha tenido presente... En todo anda la mano de ella —recalcaba la señora María.

En la boda se notó la falta de Raúl. Desde que su madre lo echó con Marina al

sorprenderlos, a él sobre los hinojos de ella y abrazados y la mujer consoladora, cortó definitivamente las amarras que la ataban al hijo preferido. Y no quiso saber nada de él. Así es que cuando se trató de los invitados a la boda ni siquiera se mencionó su nombre.

Fue un densísimo silencio y un no va más el que se cernió sobre su pimpante figurilla.

Celia e «Isma» fueron a París de viaje de novios. Como decía ella: a por atún y a ver al duque. Recorrió todos los institutos de belleza, tan numerosos y tan *à la page*, y él hizo sus visitas a Guerlain y otros perfumistas... Celia hablaba ya con mucha soltura el francés.

De vuelta pararon unos días en la pulcra San Sebastián.

Pasada una temporada volvió a tratar a Sergio como asociado en sus negocios, sucintamente, como si entre ellos no hubiese habido nada.

En la tasca de «el Pinturas», en Mesón de Paredes, seguían reuniéndose ante las fichas de dominó, después de comer, «el Pestañas» y «el Suave». Raúl no caía por allí desde que le metieron en la trena, y «el Botines», que en su ascensión profesional había dejado de frecuentarla porque hacía reposo después de la comida y, aunque él no lo confesaba, porque picaba alto dentro de lo social y del trato de gentes. Otros del oficio habían venido a sustituirles a la hora de darle al marfil.

—A ése —por «el Botines»— no hay quien le ahorque por menos de tres o cuatro milloncejos de pesetas —calibraba «el Pestañas».

—Anda de ahí, que tú echas millones como quien lava —le soltaba, groserote, «el Suave».

Esta actitud del «Suave» irritaba al «Pestañas», quien se volvía al dueño en demanda de auxilio.

—«Pinturas», dile, dile tú a éste la pasta que «tié» «el Botines».

—De tres millones de beatas «pa» arriba.

—Que ni tú ni éste sabéis lo que es el dinero.

—Yo sé lo que es el dinero mejor que Romanones..., y basta —cerraba «el Pinturas».

«El Pinturas» era muy bruto y muy fatuo, y de lo que decía que sabía lo aseguraba con tal solidez que anonadaba.

—Pues si «el Pinturas», que ha sido portero de un Banco, no sabe lo que es el dinero no sé quién va a saber —aullaba «el Pestañas».

Y el razonamiento era convincentísimo.

Ni «el Raúl» ni «el Botines» caían por allí. Para sustituirlos, y que el fuego sagrado del chamelo se mantuviese llameante, iban «el Simpático», nuevo «defensor» de «la Covadonga», que había vuelto de Barcelona a los madriles al refugiarse «la Covadonga» en el hospital, crapulosamente maltratada..., y «el Fosforito», tan chisporroteante y seductor. «El Fosforito» había ligado con una saldista del Rastro que de joven dio pábulo a su remoquete de «la Canefora»..., y vivía ahora como un

rey, cambiándose de calcetines toditos los días, por mor del funguelo de sus calcos, y al que le saltaban los duros en el forro del pantalón como tórtolas traviesas.

Y es lo que decía «el Suave»...

—«El Botines» tendrá todo el dinero que quiera, pero sernos o no sernos, y la amistad es la amistad..., y el remar en el mismo banco obliga a mucho.

—Y que lo digas, que si le vinieran mal dadas y le cogiesen los cuernos de una ola... pue que entonces se acordara de los compañeros y amigos —remachaba «el Pestañas», y para subrayar se retiraba las pestañas como quien abre una persiana.

Pero «el Fosforito», que con una jaca de unos cincuenta y ocho a su vera (es la edad que se le calculaba a la saldista) se había hecho más parsimonioso y comprensivo, susurraba:

—Y no os olvidéis del Raúl, y no lo echéis a saco roto que está viviendo sus mejores momentos, y que si no cae por aquí es porque dice que mientras ha «estao» a la sombra ninguno del gremio ha hecho por él ni esto —y chascaba su uña meñique —, y que por nosotros se ha podido morir sin que le llegase ni el alivio de un chato de blanco..., como si le hubiese «tragao» la madre tierra...

—Pues no tiene razón, porque yo, «el Pinturas», le mandé más de uno y dos «recaos» de que si algo necesitaba y estaba en mi mano..., allí estaban mi mano y mis recursos...

—Yo me atengo a lo que él bisbisea, que el hombre es prudente porque lo que dice lo podía ahora decir en otro tono..., que ha salido a la plaza con una jaca que para el viento y que nadie sabe de dónde la ha sacao..., porque nadie la había «guipao» hasta ahora. Con decir que es «un pura sangre»..., y que está ya suave, suave a la brida..., y que donde entra se ponen de pie las copas derribadas y de canto los platos. Es una señora hembra que va donde vayan las demás señoras... Y que no se os olvide que hay que echarla a comer aparte.

—Pero bueno, «Fosforito», detén tu chisporroteo..., ¿tú la conoces?

—Sí, y me la ha «presentao».

—¿Cómo se llama?

—Acude a algo que hace alusión al mar.

—Mariana.

—Calor, calor..., pero no es eso..., no es eso.

—Marina.

—Eso; Marina, Marina.

Y en esto se hizo a un lado la cortina de la tasca para dar paso a una figura airosa, y era «el Raúl».

Las fichas se pusieron de pie, presentándole guardia, y los voceos se hicieron más espesos, más apremiantes, más íntimos y carantoñeros.

Avanzó garboso.

—Pero bueno, Raúl, sabíamos que andabas por ahí, pero como no querías nada con nosotros y con éstas —y apuntó «el Pinturas» a las fichas—... pensamos, bueno,

pues peor «pa» él, porque aquí se te quiere y se te estima y se siguen tus éxitos..., y se te admira... Y todos sospechábamos que saldrías adelante, a pesar de los pesares, o por los pesares, que los pesares ayudan a cavilar y meditar aunque a veces no lo parezca.

«El Raúl» se ofrecía emocionado. Traía un junco en la mano y lo movía saleroso, apoyándolo en su sonrisa.

—De sobra me conocéis todos, y si no he venido es porque de venir tenía que venir como vengo —y empezó a sacudir el junco con encono—..., que a más de una y de dos espaldas debía yo dirigir este ímpetu...; pero también no he venido porque a esta casa, querido «Pinturas», como en los banquetes de los reyes, hay que venir de tiros largos...; es decir, bien presentado..., y pelillos a la mar, que aquí estoy para lo que queráis mandar... —y dio media vuelta, garboso.

«Este maravilloso aire azul de Madrid —escribió Unamuno—, le llena a su pueblo el ánimo de airoidad y de azulez. Pueblo airoso y azul color de cielo».

Llegaba bien metidito entre las sisas de un traje azul, con la raya del pantalón directa e impecable, y una corbata de seda roja, de un rojo caliente derivando a carmesí, y unos zapatitos oscuros y unos calcetines grises..., y por sobre todo el rostro tostado de cobre antiguo entre el zaragateo de los ojos.

Se sentó después de los saludos y parabienes.

«El Simpático» le cedió su silla, y él la ocupó sin mirarle.

Acomodado, requirió sus fichas. Las puso en fila y entreveró de aquí y de allá, ordenándolas.

Él era un señor.

—¿Cómo va «la Covadonga»? —quiso saber de su hombre.

—En Barcelona..., el hospital...; allí ha quedado «pa» el desguace.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó.

Y volviéndose, como en un «decíamos ayer», preguntó:

—¿Quién sale?

Así unió elegantemente las dos orillas del tiempo.

Jugaron dos partidas. Y más tarde cada cual atendió a sus quehaceres profesionales.

«El Raúl» se dirigió a su casa, mejor dicho a casa de su coima, que era la suya, en Encomienda.

En aquel momento, en el 13 de Esgrima, un sacerdote daba la Extremaunción al «Godo». «El Godo» era «el macarrón» de «la Pisuerguilla»... Aquella primavera no había salido ya a las verbenas a pregonar con su voz fúnebre:

—¡Molinos de viento..., molinos!

Un tumor dolorosísimo lo tenía postrado en cama y ya en las últimas.

«La Pisuerguilla», en cuanto lo vio descaecer y derrumbarse, llamó a un coadjutor de San Lorenzo.

—¿Qué te traes ahí? —preguntó «el Godo» al verla entrar y salir.

—He ido por un cura.

—¿Y «pa» qué?

—«Pa» que hagas el viaje más tranquilo.

—¿Pero no te lo he dicho?... que no me voy, que no me quiero ir..., aunque me echas..., ¿me oyes?, aunque me echas.

—Qué más quisiera yo, «Godo» mío, que poderte retener y que no te me vayas..., que no te me vayas..., que ahora más que nunca necesito de ti y de tus caricias y de tus mimos —y le besaba y goloseaba como a fruto joven.

Había salido del hospital después de una operación horrible, y el cirujano le advirtió a la mujer:

—Si aguanta un mes puede darse por satisfecha... —y hacía ya de eso dos y medio.

Daba lástima y pavor verle. Las últimas semanas había ido poniéndose amarillo dorado, como un sol redondo y ponentino. Decolorado y caquético en las últimas horas, con una piel terrosa, abarquillada, arada de arrugas, una piel de canceroso.

Devolvía todo lo que le daba a comer «la Pisuerguilla».

Sus ojos grandes, claros, como dos globos desinflados; su bigote caído, que fue negrísimo, ahora blanco. Sus manos poderosas y claveteadas de pecas en los dorsos al extremo de dos larguísimos brazos.

«El Godo» forcejeaba por no morir.

—¿Hiciste todo lo posible para que no me lleve este mal? —le preguntaba a la mujer.

—Sí, todo, todo, y el «dotor» espera mucho de tu naturaleza —le mentía.

Ella le llamaba «Godo», «el Godo», como todo el barrio, como todos los verbeneros que le conocían. Era de la provincia de Almería, de Garrucha, y al nacer, su madre, que era una gitana, lo alzó en alto para que viera el mar y como en ofrenda. Salió grande, de ojos tristes y claros, y a los ocho años ayudaba a sus padres en su oficio de cesteros. Pero era lento y cavilosón, y en cuanto empezaba a entrelazar las piezas secas de un capacho se le paraban los dedos contemplando el mar.

En una trashumancia de los suyos se escondió en Barcelona. Su madre, roñosa y sarmentosa, exclamó:

—Nos seguirá si quiere..., que sabe dónde campamos cuando los cielos se agrietan.

Se refería al invierno, que volvían siempre a las tierras áridas y lunares de Almería.

—Hijos no han de faltar, que cada nueve meses me haces uno pa que tiren de mis pechos hasta que se sequen.

Vivió en el barrio chino, hoy de una mujer caída, mañana de otra. A pesar de ser suave el clima de Barcelona empezó a echar de menos sus tierras enjutas, polvorosas, siempre soleadas..., donde la luz es puro cristal...

Era grande, de casi dos metros, con un pelo negro, abundantísimo y voltizo que le

cubría las orejas y sus silenciosas tristezas. En seguida empezó a cubrirse con un sombrero negro de fieltro y se envolvía en un chaleco oscuro, desparejado, a guisa de chaqueta, invierno y verano, y un camisón blanco con las mangas recogidas hasta el codo..., y despechugado.

—¿Por qué no haces algo? —le propuso una mujer a la que suavemente explotaba.

—¿Pa qué?

—Pa distraerte.

—Yo me distraigo con muy poco.

Y era verdad, y le bastaba para distraerse con un vaso de vino frente al mar.

Era muy grande y proporcionado y fuerte y las mujeres se acurrucaban contra él como a buen socaire. Hablaba muy poco y exigía muy poco.

Le placía moverse contemplón y husmeador por los muelles a la caída de la tarde. Eran paseos lentos y nostálgicos por saber y vivir lo que hay más allá de los horizontes.

Una vez que intentó embarcar a los dieciocho años, su padre le llevó en el puerto de Almería a hablar con el capitán de un barco. El capitán les miró a los dos, padre e hijo, un tanto reservón y desconfiado.

—¿Es usted gitano?

—Sí. ¿Hay algo mal en ello?

El capitán, que era un vasco hirsuto, dio media vuelta:

—No... ¿Por qué va a haber mal? Pero llevo cubierto el rol de la tripulación.

Y no le dijo más.

El padre miró al hijo con una mueca de asco, como diciéndole:

«Ves, nadie nos quiere».

Pero Barcelona, en una de sus trashumantes estadías, le sedujo con su tráfigo portuario, con su variedad, suntuosidad y riqueza urbana.

Tenía diecinueve años y se escondió.

—Gorberá —le dijo la mujer.

Y el padre sentenció:

—A esta edad, cuando se van de los suyos los gitanos, hacen camada aparte y nunca güerven.

Era grande, de ojos tristes, suaves y hermosos y hasta en invierno llevaba las mangas de la camisa junto a los codos.

A las noches empezó a sacar a su compañera a los bares de las Ramblas. Era la primera mujer caída que se había arrimado a él.

Luego, ella, mientras él tomaba un bocado y un trago y se acostaba, halconeaba por el bullicioso paseo. Merodeaba por las puertas de los cines y los teatros y entraba y salía por bares y tabernas.

Bajo el sombrero negro haldudo se le derramaba el pelo negro, retinto. Se llamaba Cipriano y Samuel. Ella era una aragonesa pechierguida, rubia, que miraba con

descaro por mor del oficio a quien conoció un anochecer al pasar delante de un salón de variedades del barrio chino.

Ella salía y le siseó.

Él se volvió.

—¿A dónde vas?

—Por ahí, a buscar qué comer.

—Ven —le susurró.

La siguió como una oveja.

De refilón la mujer le iba mirando, mirando.

—¿Habrás terminado de crecer?

—Tal vez.

Le llenó un plato sopero de alubias, luego le dio garbanzos con carne de cocido y verdura. De postre, dos manzanas macadas.

Todo lo comía sin rechistar.

—«Sa».

Le llamaba «Sa» y se acostumbró a que le llamase sucintamente con la primera sílaba de su nombre.

Le puso una frasca de vino tinto delante y de cuando en cuando se atizaba un trago. Sorbía y alzaba los ojos para mirarle agradecido.

—¿Dónde vives?

—Bajo el cielo.

—¿Y dónde duermes?

—Ahora en el puerto..., entre fardos.

—¿Quieres quedarte aquí?

Él miró el techo y a los tabiques y a los muebles.

—¿Pa defenderte si te pasa algo?

—Eso, pa defenderme —recogió la mujer gozosa.

—¿Nadie ta defendió hasta ahora?

—Murió hace un mes el que me defendía.

—¡Ah!... ¿Y quieres otro?

—Eso..., y un cuerpo joven y grande como el tuyo pa calentarme.

Contempló a la mujer y se echó a reír.

—¿Eres gitano?

—Sí.

—No lo parece ni por la cara grande y redonda..., ni por el cuerpo tan ancho y tan alto.

—Mi pare es así, grandón... Mi mare es menuda.

Le gustaba el vino tinto y el coñac. Y nunca se saciaba de la comida.

—Anda, que para mantenerte a ti se necesita hacer muchos cabritos al día... —le sopló una tarde.

Él no opuso nada ni quiso comentar nada. Al anochecer la acompañó, como todas

las noches, hasta un bar del Conde del Asalto, junto a las Ramblas.

Le había obligado a ponerse chaqueta e ir metido en un traje, sin los faldones de la camisa fuera y a ir destocado sin el sombrero negro con las alas caídas a la birlonga y a llevar zapatos, no botas de becerro que era lo que a él le gustaba.

—Pero si tienes un pelo que no te lo mereces —le gritaba la aragonesa—. A qué vas a llevar ese sombrero, lardoso, de almocrebe...

Y una noche llegó con un frasco de brillantina y mientras dormía como un ceporro se lo aceitó todo.

«Conque no da abasto de cabritos... ¿Y quién es ella para tirármelo a la cara? Pues que la cachondee y la defienda otro...».

Hizo el hatillo de su ropa y con lo suyo, que era lo que le había mercado ella, mientras la mujer revoloteaba por las Ramblas, una noche se fue al barrio de Somorrostro, donde tenía relaciones entre los de su raza calé y se quedó en casa de unos viejos llenos de críos.

Era primavera y en el Paralelo había comprado unos molinos de viento, de papel, para no llegar con las manos vacías.

«Esto pa los críos», pensó.

La chabola de tablas y de tanques de gasolina y aceite, de hojalata aplastada, brillaba con las últimas entregas solares.

Era en lo alto de la ladera del Montjuich y se dominaba la ancha, bronca y patética mar.

Se sentó sobre su hatillo y se extasió con emoción contempladora. Nunca hasta ese anochecer había abarcado tanta mar.

Los críos al verle tan grandón le rodearon estupefactos. Les tendió los molinos sin decirles nada, como quien da lo que puede.

El viejo salió a saludarle.

Le metió dentro y le señaló un jergón en un rincón de la chabola.

—En es cajón pues meter tus avíos —le indicó.

Comió de un pan largo que aprisionaba una longaniza y mordió luego una naranja.

Pero en seguida sacó el jergón fuera y se tumbó en él bajo las primeras estrellas.

—Si no le importa pasaré la noche aquí.

La vieja y una gitanilla pequeña, madre de los arrapiezos, le contemplaron boquiabiertas.

Apenas si durmió un par de horas. Pero el nacimiento del sol, como parido por el mar, le deslumbró al amanecer.

Por la mañana la gitanilla salió sonriente y le tendió un tazón con las escurrimbres de arroz de una paella que le dieron de limosna en un restaurante de la ciudad.

Lo comió con fruición.

El viejo salió y le preguntó:

—¿En qué piensas ocuparte?

No supo qué contestar... Pero allí cerca a sus pies quedaban los restos chafados de uno de los molinos que trajo para los críos, y como el viejo insistiera:

—¿En qué piensas ocuparte?

Le contestó:

—Haré molinos pa venderlos.

—Es una ocupación... —recogió el gitano viejo.

Compraba papel de colores y lo recortaba y ondulaba y luego lo prendía con un clavito en una caña.

La gitanilla le ayudaba.

Más tarde, insertados en una gran argolla de paja al extremo de un palo largo, los vendía calmosamente por los parques de la ciudad.

A la gitanilla la había plantado su calé con tres críos y se había ido por el mundo tras otra...

Era una negrucha, bronce y resabios, la gitana.

—Aquí cuidando a mi hija vives bien —le había dicho el viejo.

Pero aquel fin de verano tuvo un vómito de sangre y lo llevaron al hospital.

El médico le confió al viejo:

—Hay que retirarle de la mujer y de los críos antes de que los contagie.

—Esta humedad junto a la mar no es para tu enfermedad, Samuel.

«Me echan», pensó el hombre.

—Un clima alto como el de Madrid te será halagüeño, según el doctor.

Le daba pena tener que separarse del mar, su fiel y silencioso compañero, pero él no se quería morir y el viejo le exageró cuántos eran junto al mar sus tremendos peligros.

—¿No tienes dinero?

—Unas perronas.

—Yo te encontraré quien te lleve.

Buscó entre los camioneros y uno, generoso, le dejó un hueco en su berlina.

La verdad es que en Madrid empezó a encontrarse mejor. Pero pasó hambres y las alturas de los andamios le mareaban... Y lo poco que hacía le gustaba trajinarlo pie a tierra. Él era un plantígrado hecho para las marchas y los caminos. Y más que nada un contemplativo; contemplando y contemplando se le pasaban las horas...

Consiguió un puesto de guarda en el Retiro y su mejor regalo era estar pasándose por los ojos el estanque. Pero, aunque era agua, se ofrecía poca y no tenía el movimiento y ritmo de la alta mar... y no le consolaba.

La dueña de la pensión donde vivía le propuso:

—Si tanto le gustan los caminos, lo mejor será si sienta plaza de guardia civil.

Lo recibió como un insulto.

No quiso saber más de aquella mujer, y aquella noche dejó lo que le debía sobre la cama y escapó.

No se encontraba fuerte y abandonó la guardería del Retiro, y volvió a la dulce

fabricación de los colorinescos molinos de papel.

El encartado Trueba había cantado:

*La primera verbena
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.*

Y se aventuró con sus molinos en ella.

—¡Molinos de papel!... ¡Molinos!

Iba salmodiando:

—¡Molinos de papel!... ¡Molinos!

Su pregón no era alegre, sino quejumbroso, monótono, querulante.

—¡Molinos de papel!... ¡Molinos!

Se topó con unos juerguistas que pasaban chilladores con sus ocasionales amigas. Uno se le acercó y le compró un molino y un gorro..., porque ahora hacía también gorros de color y así completaba con otras chucherías la mercancía. En seguida los otros intentaron también llevarse los gorros y molinos, pero como estaban beodos le embarullaron maliciosamente para no pagárselos. Él defendió sus derechos intentando cobrarles el precio primeramente estipulado. Pero los gamberros le derribaron la rueda de paja en la que insertaba los molinos y le tiraron la caja que portaba las baratijas sujeta con una cuerda al cuello.

Era fuerte, y a pesar de la enfermedad, su estatura y sus brazos largos le hacían dominar la situación. Se enzarzó con ellos iracundo y los derribó por tierra. Eran tres con sus correspondientes mujerzuelas.

Se armó una gresca espantosa. Una fuerza extraña y poderosa le nació en los puños. Samuel movía sus golpeadores brazos como aspas de molino.

La mercancía quedó por tierra chafada y pisoteada.

Se arremolinó la gente. Vinieron los guardias y se los llevaron detenidos.

A la hora de declarar ante el juez, una de las ramerillas se puso de parte del «Godo». Era una chatilla respingona, morenucha, de dientes menudos y ojos vivacísimos, que acudía al nombre de «la Pisuerguilla».

—Porque éstos, empezando por el mío —dijo refiriéndose a su acompañante—, son una punta de camorristas y este buen hombre vendía su género sin molestar a nadie... y estos cobardes le han llevado varios gorros y molinos y no se los querían luego pagar... y le han tirao too el género y se lo han pateao y chafao... y si no se defiende él, mal lo hubiera pasao..., que los guardias llegan siempre tarde.

Las otras mujeres se callaron, poniéndose de parte de los patosos. «La Pisuerguilla» insistió ante el juez con tal brío y denuedo que el señor juez quedó convencido.

Los camorristas se producían en un estado de beodez lamentable y tuvo varias veces el señor juez que hacerlos callar.

Los guardias dieron unos informes excelentes del vendedor.

—¿Tiene usted algo que alegar? —le preguntó el juez.

—¿No cree que dijo bastante la señorita? —le brindó a la autoridad.

Enchiqueraron a los juguistas borrachos después de ponerles una multa fuerte y pusieron en libertad a las busconas y al «Godo».

«La Pisuerguilla» se arrimó a su socaire por miedo le arañasen las compañeras.

La miraron furiosas y, después de insultarla y llamarla vendida, se fueron.

Quedaron solos la mujer y el hombre en la madrugada.

—Ven, yo tengo una casa —le animó y le tomó de la mano, hinchada por los puñetazos.

—¿Cómo te llamas?

—Samuel..., pero me dicen «el Godo».

El hombre se volvió y la miró con dulzura.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por tus palabras..., por tus buenas palabras.

Llegaron a casa de la mujer.

—Me han desbaratao toda la mercancía —se lamentó él.

—No pienses en eso... Ahora vamos a dormir.

Quedó sentado en una silla, caviloso, frente a la cama grande.

«La Pisuerguilla» trepó por sus hinojos y se abrazó a él.

—Eres muy grande y muy fuerte... y yo muy pequeña... —y se echó para atrás y le miró a los ojos.

Se encontró gustosa embarrancada entre sus muslos y rodillas.

—Tienes unos ojos muy hermosos y muy tristes y no quiero que te vayas jamás de aquí.

Le besaba apretándose contra él, ansiosa.

Él, enternecido, empezó a devolverle los besos.

—¿Y qué puedo hacer yo aquí?

—Defenderme de tanto charrán como hay suelto.

El hombre se rió.

—Siempre es lo mismo, unos atacan y otros se defienden o los defienden.

—Es que la vida es cada día más una pelea.

—Eso, eso —reconoció el hombre.

Y la faz que era, en ese momento, alegre, se le tornó rasa y triste.

—Y que siempre sea así.

—Ésa es la pena.

Le vuelve a mirar y a repasar y a golosear.

—Y tú me defenderás si me atacan... Tú me defenderás..., ¿verdad?

—Sí... Como tú me has defendido... No hago más que pagarte con defenderte; no hago más que pagarte.

Las manos largas y grandes del hombre se emperifollaron de caricias y la boca de ella de dulces besos.

—Bésame tú, anda, bésame, que necesito que me beses mucho mucho —le pidió la mujer.

Y el hombre, estremecido, se hizo beso, puro beso.

—No quiero que te vayas... Quiero que me defiendas siempre, siempre... Yo trabajaré para ti... Yo, yo... Pa que no te vuelva a ocurrir lo de hoy...

Él se sonrió.

—Vistes que los vencí... y eran tres, tres...

—Eres grande y muy fuerte... por eso me gustas y te escojo para que seas mi hombre y si llega el caso me defiendas con esos brazos largos y esos puños fuertes... Por eso, por eso te quiero ya, porque eres grande y fuerte... y yo soy pequeña... ¿No ves qué chiquirritina soy?... —y se acurrucaba y engurruñía contra su tronco poderoso.

—Pero no te confíes mucho, porque estoy tocao.

—Si estás tocao yo te curaré... Y así, yo también te protegeré a mi manera...

Comiéndoselo con los ojos:

—... Pero ellos no saben que estás tocao y de sólo verte... se asustarán y se atemorizarán... Al verte conmigo sabrán que tengo un hombre grande y fuerte... y me consentirán vivir... y me dejarán en paz...

Y le fue despojando de su ropa como a un guerrero a quien se le va desnudando de sus arneses.

—¡Qué asco!... Todo, todo es pelea y lucha... ¿Cuándo, cuándo viviremos tranquilos?

—Nunca —respondió el hombre—, nunca.

Y miró las sábanas de la cama como otro campo de batalla.

—Anda, vamos a descansar.

El hombre se sonrió.

—Todo, todo es pelea, hasta el descanso que me ofreces es pelea, la más horrenda, hermosa y dulce de las peleas —le brindó el hombre.

Se abrió la blusa y le mostró los pechos tibios, agresivos y titilantes, venados por los azules ríos de sus venas.

—Toda, toda yo quiero ser para ti... ¿Me oyes?... Toda, toda yo...

—Yo también, pequeña... Yo también... Pero esto será pelear y empezar una nueva guerra.

—Dichosa guerra esta que nos lanza el uno contra el otro..., el uno contra el otro.

Y el hombre la tomó en alto y le cerró la boca con un beso y ceremonioso la depositó sobre la cama.

Vivieron unidos y felices.

Él cortaba sus papeles de colores y los ondulaba y brotaban luego los volteantes molinillos y los gorros grotescos... para venderlos en las verbenas.

Pero su salud no mejoraba del todo.

Ella le exageraba los peligros del frío en los inviernos acuchillantes de Madrid... y se pasaba las semanas y los meses sin salir..., acobardado.

Cuando se aburría cortaba sus molinillos y gorros.

Algunas tardes descendía un rato a la taberna que había en la planta baja y lo hacía por la puerta que daba al portal sin necesidad de asomar a la calle.

Mientras, ella buscaba el pan para los dos.

—Aquí «encerrao too» el «ivierno» hasta que asoma la primavera, se hace largo.

—¿Qué quieres? ¿Salir y volver con una pulmonía?

—Mujer —le soplaban las compañeras—, si lo «ties» tanto tiempo «encerrao» se te va a apolillar.

Pero a la pobre «Pisuerguilla» le parecía que de salir al frío traicionero de Madrid se le desmoronaría al «Godo» su hermosa fábrica.

Sólo en mayo con las verbenas le consentía asomar la jeta.

—¡Molinos de viento!... ¡Molinos!

Él sentía crujir la caja de su pecho y le daba miedo la calle.

—¡Molinos de viento!... ¡Molinos! —quejumbreaba lúgubre.

—Además, que no te conviene fatigarte... y aquí junto al brasero, con tu papel y tus tijeras, estás como un rey... y que a la tarde hasta la cena puedes bajar con los amigos a beber un vaso y charlar y comentar la vida... y un rato...

La primavera y el verano y parte del otoño, tan dorado en Madrid, eran sus épocas.

—¡Molinos de viento!... ¡Molinos! —ofrecía en las verbenas y en las noches de verano del Retiro.

Hasta abril, que se aventuraba un trozo por la acera de la calle de la Esgrima y miraba al cielo... Pero se metía en seguida en la tasca.

No fumaba. El médico le había prohibido el tabaco... Y dormía con la ventana abierta de par en par.

«La Pisuerguilla» le hacía una apetitosa ilusión tener un hombre grande y bien sacado..., pero con una enfermedad que le aconsejaba tenerlo como entre silenciosos algodones, no fuese que la cuchilla del viento serrano se lo maltratase... y así, no tener que mostrarlo a todas horas.

—Pero tener un hombre «pa» no poderlo enseñar e irse del brazo de él los días de descanso..., «pa» eso más vale no tenerlo, querida «Pisuerguilla» —le humillaban las compañeras.

—Pero yo llego a casa y allí le tengo para mí sola y no como otras que tienen que andar por ahí preguntando si le han visto... y cuando le han visto es con ésta o con la otra...

Hasta aquella noche en que se despertó en la cama lleno de temores y sobresaltos.

—Me encuentro mal, «Pisuerguilla», muy mal, me «ajogo»..., me «ajogo».

Se tiró la mujer de la cama, a pesar de lo derrengada que se hallaba de toda la

brega del día..., y le preparó un té y le dio un calmante.

Pareció aquietarse un poco. Más tarde le oyó roncar suavemente. Pero a primeras horas de la mañana se volvió a encontrar empapado otra vez de ansias y de temores.

—Pero si la última vez que el médico te vio a los rayos me dijo que la lesión del pecho la tenías ya cerrada.

Y fue cuando le encontraron aquel bulto a la altura del hígado.

—Esto no tiene buena cara —le advirtió el doctor a la mujer.

Le hicieron los análisis pertinentes y era un tumor maligno.

Le operaron en el hospital, pero a las pocas semanas volvió a encontrarse descaecido, empapadito de temores y sudores.

—Eres miedoso, «Godo», miedoso, y es para el mal tiempo para quien hay que tener la mejor cara.

—«Pisuerguilla», mi bien... No se muere uno más que una vez... y yo no quiero probarla..., que soy muy feliz aquí a tu vera, no asomándome al mundo más que con el buen sol y las noches cálidas..., que para lo que se oye y se ve por ahí, ya basta... Y no me quiero morir, «Pisuerguilla»... ¿Me oyes?... No me quiero morir... que esta vida..., ésta, es la mejor, aunque los curas digan otra cosa... Y amañando molinos junto a ti soy dichoso con mis pequeñas salidas...

Pero se fue poniendo peor, cada vez peor... Hasta que no le quedó ni fuerza para cortar el papel ni deseo de vivir... Él, que antes tenía tanto...

El médico del hospital le sopló a ella:

—Es un cáncer de hígado.

Su rostro y toda su piel se hizo terrosa y albariza.

—Ves, yo que tanto ansiaba la vida..., para vivir así, sin fuerza y sin resuello, prefiero acabar, «Pisuerguilla»; prefiero acabar.

—No, mi rey, y sin ti que me defiendas, ¿qué haré yo?... Mi rey, ¿qué haré yo?

Y se le quedó sin vida en sus brazos.

—¡Mi «Godo», mi rey! ¡«Godo» mío!... ¡Mi bien hermoso y grande!

Lo besó y lo estrujó y se abrazó a él con impetuosas fuerzas.

A las pocas horas los vecinos protestaban porque el olor era nauseabundo y resultaba peligroso para la salud pública.

Y se lo llevaron, a pesar de los gritos y aullidos de «la Pisuerguilla».

DE vuelta del viaje de novios, Celia le planteó a su marido:

—Mientras viva mi madre estaremos con ella y mi hermana, en Gabriel Miró..., porque la pobre está muy alicaída y necesita de mi compañía, distracción y asistencia. Tendremos allí un par de habitaciones ahora que se va a casar «Zaca» con esa millonaria boliviana.

—Con tal de que podamos movernos, sabes que contigo voy donde me lleves —le aceptó.

Y la verdad es que la señá María, después de muerto el marido, había quedado achicada y deshecha. No tenía fuerzas ya para ir a San Francisco el Grande a oír misa.

Sólo algunos domingos de buen tiempo la metían en un taxi y las dos hijas la acompañaban a la misa de una.

Tenían que subirla, casi en vilo, las pocas escaleras del templo. Pero a la mujer le hacía ilusión visitar a la Virgen del Olvido en su capilla y rezarle y darle gracias por los muchos bienes que a ella y los suyos les había concedido en vida.

La boda de «Zaca» con esta americana tan cariñosa y atenta, colmó ya sus deseos. «Casita» era para ella el *summum* de la posesión de goces y bienes de la tierra. Era la americana. Ella no distinguía dentro de América naciones y regiones.

—¿Es de la América que descubrió Colón?

—Sí, de allí es, madre, de allí... De una nación que se llama Bolivia.

—Bueno, sí, de América, adonde va mucha gente emigrada a hacer dinero.

—Eso es.

—Y por lo visto las mujeres son allí todas ricas como «Casita».

—Todas precisamente no.

—Bueno, pero muchas sí... Porque «Casita», que es muy rica, es de allí.

—Sí, bastantes —le aceptaba Celia.

«Zaca» y «Casita» se casaron poco después en el mes de agosto, el quince, día de la Virgen, en la iglesia del Buen Pastor, en San Sebastián.

La señá María no estaba para moverla ni para largos viajes y pasó con Araceli el verano sin salir de las Vistillas, a cuyos jardines la bajaba algunos días a la caída de la tarde.

Celia y su marido fueron de padrinos. De allí partieron los recién casados para París. Y en Brest, pocos días después, embarcaron para América.

—Quiero que conozcas mi país y lo poco que me queda de familia —le había dicho «Casita».

El marido de Celia, Ismael, se puso en seguida al frente de la tienda de la plaza de Rubén Darío, que gozaba ya de una selectísima clientela.

Las manías sobre si Celia había sido o no la amante de don Sergio le desaparecieron tan pronto entró en posesión de la mujer y de sus bienes.

Tenía el veinticinco por ciento de la tienda de bolsos. El cincuenta por ciento de la tienda de productos de belleza de Serrano, más un sueldo como directora; y el

setenta y cinco por ciento de la del poeta Rubén Darío... El otro veinticinco lo llevaba don Sergio.

—Pero, bueno..., tú tienes, en estos momentos, unas entradas fabulosas... —le planteó su marido, gozoso y deslumbrado.

—No tanto, no tanto —y para halagarle—: Además, que lo que es de la mujer es del marido, y repartido entre dos ya toca a menos... Aparte de lo que pueda venir... y que es toda mi ilusión y supongo que la tuya...

—¡Hombre, claro!

Era feliz «Isma» con aquella mujer hermosa y reflexiva, que, ya en su madurez potente, se abría bien regada como una mareante flor de magnolia.

La mujer seca, desabrida, mal intencionada, hispida y áspera, de la juventud, se había tornado en una mujer abierta y satisfecha, sonriente, humana, comprensiva.

El hombre se miraba en ella como en seguro espejo.

—¡Qué dichoso soy contigo! —le susurró él una noche en sus brazos.

—Pues ya te ha costado decidirte —le sonrió.

—Sí... Los hombres nos pasamos a veces de listos.

—Os pierde la vanidad.

—¿Tú crees?

—Desde luego; a la hora de la sexualidad sois más vanidosos que nosotras.

—Exageras un poco.

—No lo creas, y vuestra vanidad no tiene explicación y la nuestra sí.

—¿Por qué?

—Nuestra vanidad es necesaria porque es un estimulante para atraer y seducir al macho. El fin de la hembra es atraer para ser fecundada, porque su esencia es la procreación... De ahí su vanidad, su coloreo y retrecho, su vistoso y necesario ofrecerse para gustar y cachondear al varón... Llegado el último momento, ella habrá de ponerlo casi todo... y sin vanidad no puede dar ni poner nada. La vanidad es su ámbito y su esencia es su celofán brillantador... En cambio, lo que hay en el macho de vanidoso es por lo que tiene de hembra... que hasta en los muy viriles hay mucho.

—Sí, tal vez.

Miró al hombre con una ofertante ternura.

—Y ahora apaga la luz..., si quieres.

Y naufragaron en tan placentero mar.

Salían juntos de casa y se trasladaban a la plaza de Rubén Darío. Si el día era bueno iban andando mientras hablaban y preparaban la jornada.

—Las mañanitas de otoño en Madrid son deliciosas, sobre todo las de octubre. El aire se te da dorado y desfalleciente, sin esas prisas tropezantes de todo nacimiento..., porque todos los otoños saben que lo que tienen a la puerta es el invierno con sus fríos y sus nieves y su confusión y esa muerte cercana y disolvedora les hace ser resignados, suaves y acariciantes a los otoños. No hay mejor actitud ante la vida que la del que sabe que cercanamente va a perderse y morir. El otoño, en su delicia de

víspera fúnebre, es sabrosamente angustioso... y toda agonía tiene su belleza resplandeciente.

—A mí, qué quieres, el invierno no me desagrada; es más, me gusta por lo que tiene de antesala de la primavera... Por eso cuanto más crudo es, yo le encuentro más encanto, más ensimismadora fuerza..., más sugestión... Yo soy así, parece decirnos, impertinente, desabrido, helador, ventoso, molesto y desagradable... Pero sin mí cómo comprenderíais la delicia suavísima que os aguarda.

—Es verdad —reconoce la mujer, embarcándose en su mirada... Porque la primavera está ahí y nadie sabe cómo ha venido... Su más fulgurante sabrosura es que llega sin avisar, sin ostentación, sin vanagloria. Es la estación más sencilla y humilde. El invierno es ruidoso y mal educado; el verano es quemador, enervador y fatigante... Sólo en contados rincones en la alta montaña o junto al mar se tolera su convivencia... Pero la primavera es embelesadora con el acicate de su todavía... de su: «¡Que os espera el verano..., que os espera el verano!».

—Sí..., pero todos sabemos ya lo que es el verano... A mí la fuerza exagerada, la violencia..., los extremos, nunca me han gustado.

—Pues a mí sí. Yo soy mujer de extremos. A mí la fuerza cuando es auténtica y fluente... me entusiasma.

—Yo estoy más por las medias estaciones, por las medias tintas; por eso me seduce la primavera... Y si no fuese tan desfalleciente y mortuorio, por el otoño..., porque lo que no me agrada... y a lo que no me resigno es a morir... y todos los otoños traen en su punta la muerte.

Era voltario Ismael y muy impresionable y la mujer lo percibió. Ahora le mira golosamente como si lo bebiese a pequeños sorbos.

Pero en cuanto llegaban a su tienda retiraban los párpados de los cierres y allí acababan las divagaciones tentadoras y surgían escuetas y mondas las cifras.

Tenía una chica de diecisiete años, espigada y sonriente, Cristina, hija de unos vecinos de Gabriel Miró, y un chico de once, más listo que un lince, Rufinín, para llevar los encargos.

A veces, antes de pasar por Rubén Darío, Celia se dirigía a su negocio de Serrano. Cuando hacía mal tiempo iban en el coche de su marido, quien conducía, pues Celia jamás intentó por entonces sacar el carnet de conductora.

Don Sergio caía de cuando en cuando por la tienda de la plaza de Rubén Darío, como copartícipe del negocio, y charlaba un rato con Ismael, y algunos anocheceres, que de retirada Celia pasaba a recoger a su marido, con los dos.

El nuevo negocio iba en ascensión fructífera y de ahí sus relaciones y trato muy cordiales. Don Sergio últimamente había adquirido en su tierra, cerca de Cenicero, una casa de campo con viñedos y comentaba luego con sus amigos y socios el mal o buen cariz que trajera la cosecha de uvas. De joven había sido aficionado a la caza, pero ya con los años se le fue debilitando el ímpetu cinegético y salía poquísimos al campo.

Físicamente había *dado un bajón*, como él decía.

Estando una mañana Celia en la tienda de bolsos resolviendo una papeleta con «Celes», llegó Lolita a buscar a su marido.

Al ver a Celia se fue a ella con un ¡dichosos los ojos! y la estampó un par de sonoros besos.

—Lo mismo digo yo —le replicó sonriente Celia.

—Estás guapísima.

La verdad es que se hallaba hecha una ruina..., pero una ruina con algún que otro resplandor.

—¿Y qué es de tu vida?

—Puedes ver..., trabajando para vivir.

—¿Para vivir... o para ser más rica?

—Para las dos cosas, desde luego.

La miró dulce pero astuciosa.

—Sé que esto y lo otro van viento en popa.

—Pero son las velas pequeñas.

—No os quejéis...

—Todo es poco para nuestras ambiciones..., por lo menos para las mías... Hay que pensar en lo que venga.

—Bueno, que te casaste..., aunque tarde, te felicito.

—Gracias.

La miró de soslayo, una y otra vez, y la calculó... en plena descomposición.

—Te encuentro muy bien —le brinda satisfecha.

Tenía el rostro abotagado de la alcohólica... y las carnes..., ¡ay!..., demasiado derramadas.

—No creas..., he sufrido mucho... —y se le aguaron los ojos.

—¡Mujer!

La verdad es que le dio pena.

—A Sergio le veo estos días poco; dile que vaya por la tienda de Rubén..., que tenemos que hablar.

—Trabaja demasiado... —suspiró—. ¿Sabrás que se ha metido cosechero?

—Algo he oído.

Se abre entre las dos un silencio pegajoso, molesto...

—Bueno, Lolita, que sigas tan guapa y elegante..., —le deseó.

—Gracias.

Se enjugó los ojos con el pañuelín y se volvió.

—¿Y Sergio?

—No ha venido aún esta mañana —le advirtió «Celes».

En seguida se fue.

—Me ha dado lástima —le confía Celia.

—Sabrás que se han arreglado y viven juntos otra vez...

—Me alegro.

—A mí me dijo que lo habían hecho por los hijos.

—¿Cuántos tiene?

—Dos chicos y una chica... Si vieras la niña, es, preciosa, más guapa que la madre... Antes de que llegara el asunto a La Rota...

—Han hecho bien.

Se miran las dos mujeres.

—Bueno, ¿y tú, qué haces?

—Nada... Yo ya no tengo nada que hacer.

—¿Y lo de aquel oficinista que te...?

—«Naa»... Resultó un fresco.

Volviéndose:

—¡Qué asco es la humanidad!

—No lo sabes bien.

Poco después pasó «Isma» con el coche a recogerla.

—Ha estado Lolita aquí a buscar a su marido y está la pobre deshecha... Me ha dado pena.

—¿Se ha vuelto a arreglar con él?

—Sí... Eso parece...

Pasaron los meses y Celia empezó a preocuparse cuando su madre, que, por lo visto, tenía ganas de tener nietos, o alguna vecina, le preguntaba:

—¿Qué?... ¿No hay novedad?

Y tenía que contestarlas que no.

«Yo creo que sirvo», pensaba, y se acordaba de las trampas y garabos que había tenido que realizar para evitarlos mientras fue amante de Sergio. Pero para cerciorarse más, a los siete meses se fue a ver a un especialista notable.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y ocho.

—¿Qué tiempo hace que se ha casado? —le preguntó, después de observarla detenidamente.

—Siete meses.

—Usted vale para tener hijos...; es más, está calculada para tenerlos..., pero aún es pronto... Viva usted tranquila que probablemente los tendrá.

Se volvió a casa y no le dijo nada a «Isma» de su visita al médico.

Pero al año, como su madre insistiese..., y al verla tan fragante las vecinas y amigas también, volvió otra vez a visitar al especialista.

—Puede ser que la razón por la que no tenga hijos no dependa de usted sino de su marido...

La miró sonriente:

—¿Su marido es joven?

—Sí..., tiene cuarenta y cinco años.

—No se preocupe, pues, señora, que cuanto más tarde los tengan mejor...; por aquí pasan tantas..., las pobres... que deploran haberlos tenido...

—Pero no es ése mi caso, porque yo quiero tenerlos.

—Me hago cargo.

Salió descontenta y nerviosa de la consulta.

Ella quería tener hijos, los ansiaba. Pensaba que serían hermosos y guapos como su marido y sanos e inteligentes como ella. Celia pensaba, aunque, claro, no se lo decía a él, que de los dos la verdaderamente inteligente era ella... Sin que su «Isma» fuese un bodoque, ni mucho menos. Pero lo encontraba voltizo y de poco carácter.

Como las consultas y los pedidos aumentaban, tomó una secretaria mecanógrafa taquígrafa y empezó a dictar la correspondencia.

Después del verano hizo un viaje a París con Ismael. Él se trajo la representación de los perfumes de un modisto famoso.

Notarás que ahora todo modisto que se tenga en algo tiene sus perfumes.

—Es natural..., es el complemento.

En París, cómo no, una tarde que le dejó suelto al marido se fue a consultar con un tocólogo famoso.

—Señora, no hay duda de que la culpa de que no tenga usted hijos es de su marido.

Le molestó horribilmente. Casi hubiera preferido que le hubiese dicho que la culpa era de ella.

Era un hombre desengañado y viejo el doctor, y al verla tan acuitada la consoló.

—Pero bueno, señora..., esto tiene arreglo..., y fácil..., que no necesito yo decirla a usted cuál es... —y la sonrió.

«Este viejo verde..., francés tenía que ser...», pensó.

«Bueno..., vamos a dar tiempo al tiempo», se dijo.

Al comienzo de invierno surgieron «Zaca» y «Casita». Llegaban rozagantes, gozosos. Sobre todo «Zaca» había mejorado mucho de ánimo, de brillo, de continente.

—Chico, pareces otro hombre —le soltó la hermana.

—Estás muy mejorado y más alegre..., así me gusta verte —le dijo su madre.

«Casita» traía una gran variedad de pulseras y collares indígenas, decorativos y variopintos, de regalo para sus cuñadas, y una medalla de oro circuida de brillantes, de la Virgen de Cochabamba para su suegra. Más una serie de telas y pañuelos de seda y mantas graciosas y colorinescas... En fin, que llenaba un baúl sólo con los presentes.

Mientras tomaban un piso y lo amueblaron y alhajaron se fueron al Palace.

La sola presencia de «Casita» con su marido empapó la vivienda modesta de la plaza de Gabriel Miró de su abundancia y esplendor.

«Zaca» contaba y no acababa de tierras y de riquezas, y los muros humildes, los tabiques sencillos y los muebles modestos de la casa afloraban como barnizados y

tocados de un brillo succulento. La vieja misma se sintió remozada y jocunda, con más ganas de vivir entre tantos colmados dones.

«Zaca» había perdido su tono tosco, desconfiadote y zopenco. Se movía dentro de trajes bien cortados, encollarado con corbatas brillantes y juveniles y bien calzado; más dicaz, más alegre, menos desabrido, más gracioso. «Casita» derramaba esa mirada agradecida y fresca de la mujer que, aunque un poquito tarde, navega ya en aguas de delicia... Una avidez sexual le picaronea en sus aletas nasales, y la voz, más densa y espesa y mejor embridada, sale comentadora al camino de la del marido con un:

—Suenan sabroso eso que me dices, «Saca».

Sin ser una mujer guapa, ni siquiera joven, tiene esas últimas naufragadoras tintas de crepúsculo tan apetentes para el macho maduro, torpón en estas lides.

Cuando ella le coge la mano y con la voz recargada y gachona le pide la cosa más sencilla, todo el hombre vibra como un arpa.

En casa de la madre de él..., o comiendo en un restaurante, le mimaba y atiende como a un chico zangolotón.

—¿Le provoca un vino? —le pregunta. Y el verbo provocar, por gustar, envuelve el paladeo en una goloseadora y mareante sabrosura...

La voz de la mujer se alza apretadota y sangrada como río de corrientes alborotadas con troncos de árboles, peces y pedruscos... Sus ojos se apagan ya sin alinde, como espejos antiguos..., y salta susurradora como un chorrito:

—Estaba cansosa de vivir..., hasta que llegaste tú...; míreme no más...

Y todo se embebe de su arrastrador sortilegio genésico. Parece intuir que va a morir muy pronto, y las cosas más humildes tienen para ella una calenturienta y desazonadora picazón...

Se fueron a vivir a un piso elegante de la calle de Velázquez, entre Alcalá y Goya, y el amueblarlo y alhajarlo fue no saber a qué quedarse y para ella y las cuñadas un gozoso risoteo.

Disfrutaron mucho. Algunas tardes llevaban a la señá María a que opinase. La vieja contemplaba todo con deslumbramiento estuporoso.

—¿Pero aquí va a vivir mi hijo «Zaca»?

—Aquí, madre, aquí —le risoteaba Celia.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!

—... Y del Espíritu Santo —le bromeaban los hijos.

—... ¿Y qué menos se merese «Saca», que es un señorón profesor de muchas campanillas? —subrayaba la mujer.

—Ya puedes tener cuidado, hijo, cuando llegues de la calle, antes de entrar en casa, de limpiarte bien los pies en el felpudo..., porque tú eres un distraído y el día que llueva emporcarás todas las alfombras.

—Ándele, se mercan otras... —dijo «Casita».

—Pues a buen precio estarán estas alfombras de lujo para que andéis cada dos por

tres comprándolas nuevas...

—Madre..., ahora se mandan al tinte a limpiar y las dejan impecables —le saca de apuros Celia.

El día de la inauguración de la casa tuvieron una fiesta servida por un barman famoso.

Asistieron el abogado ilustre, ex jefe de «Zaca», y señora. Don Mamerto y doña Aurelia, su esposa. Sergio y Lolita. Ismael y Celia y su hermana Araceli. El jefe de protocolo de la Embajada de Bolivia y su señora, que eran amigos de «Casita»..., más la señá María, que lloraba de satisfacción al ver al hijo tan ventajosamente situado en la vida, ella, que no salía de su asombro, pues no esperaba para «Zaca» tanto.

A la hora del champán la vieja lloriqueó y abrazó y besuqueó a «Casita» y al hijo, emocionada.

—¡Si lo hubiera visto Romualdo, el pobre; si lo hubiera visto Romualdo! —moqueteaba.

—La vida es así de cruel, señora, que casi nunca da tiempo para que los padres vean las victorias de los hijos —le hizo patente don Mamerto.

«Zaca» se produjo el día de la inauguración de su casa chancero y ocurrente. Se movía ya con soltura y buen tono dentro de un medio hasta hace poco para él nuevo. El Palace, con su *hall* internacional, y su cátedra de la Universidad por la que nunca aparecía su titular, que había llegado ya a subsecretario del Ministerio de Trabajo, desde su matrimonio, y socairado por él, le habían dado una seguridad aleccionadora... A la Universidad llegaba siempre «Zaca» en su Packard conducido por su chófer negro, Apolodoro. Esto le daba una gran vistosidad y acrecía su ciencia y su fama de profesor. Llegar en automóvil a dar sus clases llegaban contadísimos profesores. Ahora, en un Packard conducido por un robusto y charolado chófer negro, sólo él.

La fiesta fue esplendorosa y el ágape estuvo exquisita y abundantemente servido.

No hubo más que algún pequeño e ingenuo desliz de señá María, quien estuvo un tantico impertinente y temosa al comentar la nueva situación del hijo.

«Casita» se hallaba embelesada. De cuando en cuando enamoriscaba al marido con sus ojos grandes y pasmados..., acuciándole.

—Beba, beba, que está dulce y rica el agüita de champán...; beba no más.

—No pretenderás que me emborrache.

—Le quiero alegrito para trajinarlo mejor.

Y le miraba con una delectación voluptuosa.

El champán le puso al hombre en estado de gracia alcohólica y enamorada, y «petilleaba» lindezas y piropos a su mujer.

Ella se dejaba embaír y embelear y replicaba aceptadora y cachondona:

—No me vengas con ciquiricatas y lisonjas.

Don Mamerto, curiosón, inquiría del Jefe de Protocolo boliviano detalles de la

familia y la fortuna de «Casita».

—Es una de las más robustas haciendas del país, dígale.

Estaban los demás en silencio y tuvieron ocasión de oírlo todos...

Celia se llenó de fuerza ante tan hermosa opinión.

—Y muy saneada, señor, muy saneada —recalcaba el diplomático.

Se alegraba la mujer de haber preparado y propiciado tal matrimonio. Añadir a la riqueza de «Casita» la ciencia administrativa de su hermano le pareció una de sus mejores obras.

Se le veía satisfecho y ufano a «Zaca» y gozosilla y nerviosa a la esposa.

—Pareja feliz —les brindó Celia, y tomó las manos de los dos y las unió y se las besó.

—Me encuentro tan contenta y satisfecha de que os hayáis casado.

—Pues calcula nosotros.

—Ándele...

Y las copas de champán de las dos cuñadas se entrechocaron con tal violencia que por poco se rompen.

Se respiraba un bienestar plácido, como al postre de una victoriosa batalla.

—Es que el dinero da una tranquilidad y sosiego —exclamó Araceli, que había estado durante la fiesta casi sin hablar.

—El dinero —opinó el indiano— por el que casi todos suspiramos y vivimos comidos por su ansia..., y luego ¿para qué? Cuando uno lo consigue, en el mejor de los casos, le amenaza a uno ya la vejez y la muerte... Y si lo pudiéramos llevar con nosotros..., pero aquí lo hemos de dejar... Resulta un juego engañoso... Pero generación tras generación apenas sale uno de la mocedad, y aun en ella, el alma se le enciende a uno de este deseo...: poseer dinero para vivir, para ser más, para gozar de los placeres. Desgraciadamente, caminamos, quemando las etapas, hacia una civilización del placer, no del espíritu.

—Y es que el dinero es la medida de todo —se lamentó Celia.

—Pero tenemos nuestros hijos que, en fin de cuentas, son quienes disfrutarán de nuestros bienes y que tantas veces se amasan y se consiguen pensando en ellos... —opina Sergio.

—El dinero no se hace pensando en los hijos, se hace pensando en uno..., y a pesar de ellos...; pero, claro es, alguien tiene que quedar con él, ya que no se lo puede uno llevar —reconoce el indiano—. Generalmente llega, y este es mi caso, cuando se le ha acabado a uno la salud... y ya para qué sirve... Sí, para disfrutar de la vanidad óptica de decir que se tiene... Pero por eso la gente cada día va más tras el dinero, porque representa todos los goces de la tierra y la gente no tiene hoy día otro móvil que el del goce... Por eso la gente de ahora quiere el dinero rápido para disfrutar en seguida de él porque el tiempo galopa.

»Se trata de hacer una fortuna en pocos años, y sea como sea, porque si no, no sirve para uno, que es de lo que se trata..., para uno, para uno... El que venga detrás

que arree, piensa la generalidad... Y la gente ha perdido el pudor, ese pudor que tenían nuestros padres ante las riquezas...

—Es verdad... Se trata de disfrutar y gozar de la vida, si es posible, con dinero, si no sin él..., como sea... Recuerdo haber leído en una revista... Se trata de un psiquiatra de moda. En la consulta el paciente quiere ver si el doctor acierta a curarle de una gran inquietud nerviosa que le quita el sueño y le enloquece a causa de su situación.

»—¿Qué le ocurre? ¿Vive usted en malas condiciones?

»—Nada de eso, doctor. Vivo en un piso lujosísimo en lo más céntrico de la ciudad; tengo dos coches soberbios con chófer y una espléndida casa de campo con piscina... y perdices a mantadas... y disfruto de una mujer elegantísima, bella y encantadora.

»—Pues no parece tiene usted motivos para esa... inquietud.

»—Pues los tengo, doctor, los tengo..., porque no gano ni la mitad de lo que me hace falta para sostener... todo eso...

—Y esta es —continuó Celia— la más tremenda tragedia de la sociedad presente..., que casi nadie gana para lo que gasta..., casi nadie..., casi nadie...

—El afán de vivir rodeado de comodidades y goces espolea a las gentes, y los goces y comodidades están por las nubes... Pero la gente no repara en medios para conseguirlos..., no repara en medios... y ésa es la espantosa tragedia que corroe y enloquece a todos..., a todos.

Se hace un silencio, seco, delatador.

—Se ha perdido la fe... y sin fe todo se viene abajo y no le quedan al hombre por toda aspiración más que los goces materiales —comenta doña Aurelia, la mujer del indiano.

—Ahí, ahí —señala la señá María— es donde nos aprieta el zapato.

—Son otros módulos y otras normas y otras creencias. Se cree más en la ciencia y se espera más de ella que de la religión —recoge el indiano.

—Ahora, como va el mundo, yo le veo difícil arreglo —apunta Celia.

—Moralmente la salud de Europa no parece que anda bien —opina Ismael—. Se nota en todo el mundo como un regreso a los instintos de la selva...

—Con una diferencia —señala «Zaca»—, que los habitantes de la selva, antes de que les llegara nuestra civilización, no se hallaban en condiciones de distinguir entre lo moral o inmoral, lo lícito o ilícito, lo pudoroso y lo desvergonzado. En ellos el instinto era la norma. Pero lo feroz es que esa regresión a la descarnada animalidad se está convirtiendo en norma y nota distinguida de grandes sectores sociales civilizados. O sea, la desvergüenza y el impudor como bandera y ley de vida privada y social.

—Habrán visto ustedes la cantidad de gente que pretende vivir «su vida».

—Pero esto pasará —dice el indiano.

—No lo crea usted, algo está podrido en esta vieja Europa cristiana... Ya no son

las tabernas y los clubs nocturnos..., son las calles y muchos hogares y las altas clases rectoras las que se ven salpicadas... La cosa no es para tomarla a broma y para pensar, como el que aguanta un chaparrón, «ya escampará»... «Estamos en presencia de una crisis moral, ha escrito un pensador, que puede tener profundas y dolorosas consecuencias». Hablamos mucho del cáncer y los científicos se afanan meritoriamente en encontrar el arma que pueda combatirlo. Este cáncer es peor e invade y corroe las fuerzas del espíritu... y finalmente las del cuerpo. Pero a diferencia del cáncer, los virus y bacilos que causan la enfermedad son suficientemente conocidos, lo que haría más fácil destruirlos... ¿Pero hay verdadero interés en hacerlo? La invasión de la inmoralidad que está poniendo en peligro la salud moral de Europa no es un hecho espontáneo, sin causa provocadora... «Se trata de una enfermedad, dice este escritor, intencionadamente suscitada, de un fenómeno que responde a unos planes lenta y aviesamente preparados». Para destruir al adversario nada más eficaz que debilitarlo y minar y mermar sus fuerzas de resistencia. O sea, acabar con su moral, con su fe religiosa, con la honestidad de sus costumbres, con los valores que definieron y vitalizaron su personalidad... La prensa de escándalo, el teatro, la novela, el cine, la pornografía... Hay enormes fortunas gastadas sabiamente en esta propaganda desmoralizadora. «Para dominar Francia no es necesario atacarla en su ejército y en su imperio. Basta con inundarla de pornografía». Esta cita de Lenin indica por dónde van los tiros. Esto que dijo de Francia podemos extenderlo al mundo.

—Pero en España no hay peligro... Aún hay hogares cristianos y aquí somos todos católicos —le corta Sergio.

—Gran insensatez pensar así, querido amigo... Aquí el contagio será más difícil, pero empieza también a darse la mujercita y el mujercito que intentan vivir su vida, y crímenes como el último de Barcelona que denotan que algo huele a podrido, y para no quedar a la zaga de Europa y mimar el turismo internacional, hemos saltado, sobre todo en los espectáculos, de una censura estúpida y cándida a una libertad de «ahí va eso»..., sin verdadera discriminación y matiz...

—Pero esto no es Europa..., en ese terreno, se entiende —tercia el indiano.

—No hay que fiarse mucho... El país se está llenando gozosamente, sobre todo en las grandes ciudades, de maridos consentidos y de pederastas y no hay que olvidar que si Mac Arthur, maniatado, no pudo atacar al otro lado del Yalú y así evitar que el Imperio chino cayera en poder del comunismo, se debió, según el propio Mac Arthur, a Mac Lean y Burgess, que, traicionando a su patria inglesa, huyeron más tarde a Moscú, después de haber estado trabajando como espías al servicio soviético... Y da la casualidad de que los dos eran dos «angelitos» homosexuales, borrachos y alcoholizados...

—Eso es sacar las cosas de quicio.

—No..., no..., le repito que no.

Celia seguía la argumentación despiadada de su hermano con verdadera fruición.

Después de casado le sentía más en su hondón cristiano y exigente..., y ella, a pesar de su vida por llegar, se encontraba tan en su centro pisando el acelerador de sus ideas: Dios, patria, moral cristiana... y matrimonio sin divorcio. En esto era intransigente. Muy bien que se separen los cuerpos en determinados casos, pero nada de rotura del vínculo, porque roto el vínculo viene la disolución y el puro caos carnal... y adiós hogar... y adiós familia... y adiós patria... y adiós todo lo que debe ser una unidad inconsútil.

—Bueno, hemos venido a inaugurar una casa y hemos terminado con un sermón —sonrió Ismael.

—Yo, la verdad, mientras no se invente algo superior a la moral y a la piedad de Cristo, que lo juzgo imposible, estoy con ellas... —cerró «Zaca».

—Yo estoy con mi maridín.

—Muy bien, muy bien —le dijo Celia a su hermano, orgullosa, y miró a Sergio, que, vuelto a Lolita, su mujer, repetía:

—Aquí no tenemos ningún, ningún peligro.

—No seas tan confiado, que donde menos se piensa salta la liebre.

Y un tantico dubitativo ante las palabras de su costilla..., se acarició la frente... por si acaso.

A los dos años de casada Celia empezó a desasosegarse. La no llegada del hijo la empapó de nerviosidades y sinsabores. Por la más mínima futesa, saltaba.

El marido percibió este cambio y se le dolió alguna vez.

Ella le pedía perdón y seguían más tranquilos intentando los dos no romper la frágil armonía del matrimonio..., hasta que cualquier minucia volvía a desequilibrar a la mujer y erizarla de llantinas y gritos. Convencida de que con tales desabrimientos no conseguía más que herir a su esposo, optó por enmudecer, metiendo corazón adentro sus berrinches, quejas y angustias.

Esto la hacía naufragar en largos y hondos y melancólicos silencios..., encollarados de patéticos suspiros.

«Isma», cuando llegaban estos momentos agobiantes, se retiraba prudentemente de su presencia. Al encontrarse de nuevo se miraban sin decirse nada.

Llegó a atarles, solamente fuera de su débito matrimonial, la marcha de sus mutuos negocios y alrededor de una ganancia o una venta afortunada sonreían y hasta se permitían pequeñas bromas y caricias amables. Tenían los dos en qué ocuparse y esto los apartaba de tediosas y mustias indolencias. Pero Celia no se encontraba en su centro y en su gustosa maternidad lograda y esto la conturbaba... «Pero ganar tanto dinero como gano, ¿para qué y para quién?... Mientras no tenga una descendencia que lo justifique, todo lo demás es perder las horas... y el esfuerzo». Al celebrar el tercer aniversario de su matrimonio, nada le recordó a él. Pensó al despertarse insinuarle: «¿No sabes qué día es hoy?», pero se calló.

«Vamos a ver lo que se le ocurre... ¿Se acordará del día que es?». Pero los hombres echan en seguida en olvido este tipo de acaecimientos. Entró y salió de sus ocupaciones como de costumbre, sin hacerle ninguna observación sobre fecha que la mujer consideraba tan memorable...

Y fue por entonces que empezó a acordarse del viejo especialista francés.

—Esto tiene fácil arreglo, señora... Una mujer joven aún y hermosa como usted...

Pero la verdad es que ella no deseaba llegar a estos extremos. Estaba enamorada de Ismael y le placía y colmaba físicamente. Pero con el paso del tiempo veía que era la suya una belleza intransitiva que, por lo visto, iba a morir en él, sin transplantarse, que es el verdadero designio por el cual la hembra instintivamente la busca en las épocas de celo. Todo el fin y menester del matrimonio iba a quedar abolido en el suyo por la inerte y quieta hermosura intrascendente de Ismael...

«Si yo lo llego a saber», pensó.

El hombre es hombre en cuanto pone en continuidad sus virtudes y méritos. ¿Para qué sirve un varón que a la hora de la continuidad de la especie no se derrame y trascienda? El hecho material del coito acaba fatigando y empapando de un tedio agonioso al más pintado.

La chair est triste ;hélas!...

Et j'ai lu tous les livres;

que confesó el poeta,

*Tristeza atroce
de la carne inmonda,*

de la que se dolió el italiano.

Este hecho inmundo sólo tiene justificación en cuanto transita a creación de un alma gloriosa inserta en un cuerpo fementido. Todo lo demás es fatiga y disolución viciosa. Resulta irónico que su «Isma» sea un hombre hermoso. Hubiera sido preferible que fuese un ejemplar humano vulgar, quieto y sin movimiento en su pobre reiteración. Pero es una broma pesada que venga adornado de las más excelsas cualidades para quedar en sus aterrados límites sin continuidad remozada y trascendencia germinativa... Y pensó en Sergio, tan tosco y hecho a patadas, pero con semilla voleadora en sus designios... Y empezó a tenerle más respeto y consideración, pues era de los hombres egregios, al contrario del suyo, que, al no tener capacidad seminativa, resultaba ser de los hombres intrascendentes y gregarios...

Y aquella noche, teniendo a Ismael en sus brazos, mientras observaba su hermosura y atléticas perfecciones, reconoció: «Todo en la vida se da con cortapisas y limitaciones, y más que nada la hermosura selecta...». Y al pensar en engañarle, se dijo que sea «el afortunado un hombre corriente, sin acicalados encantos, no sea que su escogida belleza sea óbice a la procreativa gracia de ir más allá en el milagro de los hijos».

Y cuando salía a la calle e iba amaitinadora buscándole, se llenaba de vacilaciones y zozobras... «Acertaré, no acertaré. Porque si a quien me entregase con amor me resultase inválido. ¡Dios mío, sería el cuento de nunca acabar!... Porque una vez empezada la torta... hay que terminarla... Y puede resultar éste el cuento de la buena pipa...».

Y se embebió de nerviosos temores. Y con el pretexto de que el médico la encontraba desasosegada y la recomendará pasear al aire libre, relajó un tanto sus ocupaciones y se dio a buscar y amaitinar con los ojos muy abiertos.

Era la primavera de Madrid y el cielo se desleía en una elegantísima gama de azules. ¡Qué azules tan bonitos y proficuos para los ojos da el cielo de Madrid!... ¡Qué reposadores los hacen la plata de su urdimbre... y la blanquísima tersura de sus batidas nubes!...

Y fue entre tantos cómo tomó y dejó con su suave mirar secuaz que dio con uno que, por la facha, la fecha y la ficha, le pareció excelente. Era hijo de familia distinguida y aventajado estudiante de arquitecto.

«Así, me tomará con precisión las medidas y no se equivocará en los cálculos..., y hasta las caricias me las instrumentará con un canon».

Y toda ella tembló como si se encontrase ya en sus elásticos brazos.

El muchacho tenía una mirada cándida, de frescura sencilla, aún no manchada por lo que de embrutecedor tiene la vida. Se llamaba Leonardo y tenía veintidós años sanos y apremiantes.

—Me gustaría tener un hijo de ti —le soltó la mujer la primera vez que se encontraron solos.

—No, mira, no... Yo no quiero líos —le confesó el estudiante asustado.

Pero en cuanto sintió contra la suya la boca de ella, se enfogó y perdió su temores.

«¿Qué voy a hacer..., Señor; qué voy a hacer?», se dijo Celia, pensando en Ismael, y de repente le ganó una enorme congoja.

Se le desfondó el ímpetu genesíaco que la lanzaba en brazos del hombre y se incendió de llamareos de llanto. Lloraba con arrastrada reciedumbre.

—¿Pero qué te pasa, mujer?

—Que no me encuentro bien.

—¿Es que no te gusto?

—Sí, sí..., mucho... Te aseguro que mucho... Si pude escoger a otros y te elegí a ti... ¿No comprendes?... A ti...

Pero cuando el varón, enardecido, intentó penetrarla, la mujer se retiró como asqueada.

—¡No..., no, déjame!... Te lo suplico... No me encuentro bien.

Oponía la repulsión de sus manos verticales, abiertas, como queriendo alejarse de los besos atropellados, exigentes, penetrativos.

—¡Te digo que no..., que me dejes! Otro día, Leonardo..., otro día..., te lo suplico.

El hombre en su brutalidad sexual intentaba llevarse todo por delante.

La mujer se cerró en banda y le gritó enloquecida:

—¡No, no, te digo que no!... ¡Granuja, más que granuja!... ¡Me repeles y me das asco! ¿Me oyes? ¡Me das asco!...

Y se tiró de la cama arrastrándole.

Lloraba con un desconsuelo inmenso.

—¡Qué va a ser de mí, si ya casada caigo!... ¡Qué va a ser de mí!

El mozo la miró compadecido y asustado.

—Si has sido tú..., tú, la que me has traído a este extremo.

—Sí, pero me arrepiento... ¿Me oyes? Me arrepiento y te pido perdón.

Mirándole desde una lejanía:

—No sé lo que iba a hacer... Estoy loca... Discúlpame.

—¿Es que no te hago ilusión?

—Sí..., mucha... Si eres muy joven y muy arrogante y hermoso... Como para hacer dichosa a cualquier mujer normal... Pero lo que yo iba a hacer es una locura, una espantosa locura... ¡Ismael!... ¡¡Ismael!! ¡¡¡Ismael!!! —se puso a rugir y a gritar

la mujer como una endemoniada—. ¡Ven, «Isma», ven... y sácame de aquí..., de aquí!

Se oyó golpear la puerta:

—¿Qué pasa?

—Naada, señora, naada.

El hombre sentía miedo y vergüenza de la situación en que se veía encallado.

—¡¡«Isma»!! ¡¡¡«Isma»!!!

—¡Calla de una vez, tía loca!

Le tapó la boca y la sujetó mientras pateaba.

—¡Qué iba yo a hacer, Dios mío!... ¡Pero qué iba yo a hacer!

El mozo, insatisfecho, intentó una última brutal posesión.

La hembra se revolvió, arañó, mordió, golpeó.

—¡No, no..., te digo que no! ¡Cochino, más que cochino, que esto no se hace a la fuerza!... ¡No, no! —y en un ímpetu tremendo le arrojó de sobre su cuerpo.

—¡Pero, loca..., tú estás loca! ¿No eras tú quien lo quería?... ¡Sí, tú! ¡¡Tú!!

—Te repito que me arrepiento... ¡Antes de ser tuya prefiero morir!... ¿Me oyes? ¡Prefiero morir! ¡«Isma»! ¡¡«Isma»!! ¡¡¡«Isma» mío!!! —llamaba en su paroxismo.

—¿Quién es ese tipo?

—Es mi marido, a quien quiero con frenesí... ¿Me oyes? Mi marido..., mi marido.

—¿Pero a qué has venido aquí?

—¿Quién no tiene un momento de ofuscación?... ¿Quién, quién?

—Pero ya es tarde... ¿Por qué no lo pensaste antes? Dime... ¿Por qué?... ¿No comprendes que esto es reírse de mí?... Que soy un hombre hecho y derecho...

—Perdóname, perdóname —y se abrazó a él y se dejó besar... Pero cuando los besos llegaron a su boca, la cerró con un ímpetu casteñeante, salvaje.

—No, ahí no..., ahí no..., no.

Se puso de pie la mujer.

Las lágrimas y el sudor rielaban en su piel lechosa, en su piel mojada.

—Vete y déjame aquí..., yo saldré más tarde.

—¡Pero cómo me voy a ir así!... ¿No comprendes que no me puedo ir así, con las manos vacías?... ¡Que no..., que no me puedo ir así!

Se puso de rodillas ante el hombre y se echó a llorar la mujer... Era la suya una desolación desgarradora.

Los sollozos rebotaban en la cama revuelta, en los tabiques, en los muebles, en la cortina, en la loza de la jarra y de la palangana...

La dueña del piso volvió a golpear en la puerta:

—¿Pero qué le está haciendo usted?... ¡Mire que no quiero líos!...

—Vístase y váyase, váyase..., por caridad, por favor...

—¿Pero cómo me voy a ir así, sin... sin hacer nada?

—No me encuentro bien, ¿no le digo que no me encuentro bien?

De repente se le enrabetó aún más el rostro y todas sus facciones cobraron una descomunal actitud iracunda.

—¡«Isma», «Isma»..., ven, ven!... ¡Sácame de aquí!

Los gritos eran cada vez más fuertes, más rugientes, más estentóreos.

El joven se alarmó y le entró un espantoso pánico y un miedo enorme.

Se vistió rápidamente y escapó a la calle.

Al verle huir la dueña entró y la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Que le hizo? ¿La maltrató? ¿La pegó?... Es lo que pasa cuando una mujer de su edad se encierra con un jovencito... Le quiso sacar el dinero, ¿no?... Como si lo viera.

La mujer sollozaba convulsionadamente.

—Ande, ande... ¿Y será casada?... ¡Y el pobre marido!... La pegó, ¿no?... Al ver que no quería darle «la tela», la pegó.

—No... Es un buen muchacho...

—Y encima le compadece... Un buen muchacho... No lo entiendo. Está encaprichada..., eso es lo malo. A su edad y casada... Menudo lío... Pero a qué se meten en estos líos... Vuelva con su marido y olvídense de todo esto. ¡Ah!, bueno..., ¿y la cama? ¿Quién me paga a mí la cama?

—No se preocupe..., yo.

Pagó y salió avergonzada.

Iba jadeante, sollozante, sin fuerzas.

Se metió en el primer bar y se sentó a una mesita, en un rincón, a desahogarse.

Pidió un té.

Se hallaba revuelta, desolada.

Tomó la infusión y daba diente con diente.

Se retiró a su casa y se acostó.

A la noche, cuando llegó el marido se abrazó a él con un ímpetu salvaje.

—Mi bien, mi rey..., mi sol... Sí, mi sol, mi sol.

—Pero ¿qué te sucede?

—No me dejes nunca... ¿Me oyes? Nunca... Y perdóname, perdóname.

—¿Pero qué te he de perdonar?

—El haber dudado de ti... El haber pretendido otra cosa que tú. El...

Le abrazó, le besó, le estrujó con un afán resignativo, temerosa de perderle, de que se fuera, de que le abandonase.

—¿Qué tienes?... ¿Qué te aqueja?... Si sabes que eres para mí todo... Que no pienso más que en ti y sólo en ti... Que fuera de ti todo me parece engaño.

—Sí, sí... Eso, eso... Repítemelo... Que fuera de mí, todo, todo te parece engaño.

—Si te lo estoy diciendo, todo, todo... Tú eres para mí lo mejor y lo único.

—Eso, eso... Lo único, lo único..., porque todo lo demás...

Le besaba y le apretaba contra su pecho, luego le separaba para contemplarle,

como si no se lo supiese, como si nunca le hubiera visto y admirado; como si fuera un extraño que llegaba ahora para su viva posesión e incorporación.

—¿No me dejarás?... ¿Verdad que no me abandonarás por ninguna, nunca, nunca?...

—¿Pero lo dudas, mujer?... No tengo ni otra ilusión ni otro deseo que mi Celia, mi Celia.

—Y yo ni otro pensamiento ni otra voluntad que mi «Isma»..., mi «Isma»... Y todo lo que sea fuera de ti de mí lo desconozco.

—Si lo sé, mujer..., lo sé...

—En adelante seremos como un orbe cerrado y fuera de nosotros, unidos, lo demás será el caos, el caos..., ¿verdad?

—Sí, será el caos, el caos —le repitió el hombre—. Porque fuera de nosotros todo lo demás es accidental; porque lo esencial para una mujer debe ser su marido.

—Y para un marido enamorado, su mujer, en pensamientos y en deseos..., en pensamientos y en deseos.

—Eso, eso... Tú y yo unidos, unidos... —y se quedó como deshecha, como aletargada, como sin aliento en sus brazos.

Abandonó la cabeza de ella sobre la almohada y salió en puntillas.

Pero sólo trasponer la puerta oyó sus gritos:

—¡«Isma», «Isma»!..., mi rey..., mi bien..., ven, ven..., ¡ven!...

Y le llamaba con una furia desapoderada..., inagotable... oceánica..., inmensa.

RAÚL vivió con Marina sus mejores momentos de esplendor.

Vencidos sus primeros escrúpulos con las lecciones de Raúl, la mujer fue abriéndose como una petulante y fragante flor.

—Ante todo, sé natural... Prodúctete con naturalidad, como si fueses la mujer más importante y distinguida de Madrid, y todo lo demás se moviese y actuase en tu torno y para tu provecho y lucimiento.

Le costó saber entrar sola con sencillez en un gran hotel o en un bar de moda.

—Se me sube el pavo cuanto hay dos mesitas y tres señores que miran.

—Prescinde de que habrá gente que te echará los ojos encima sólo presentarte. Has de entrar en los sitios como si estuvieran vacíos.

Le enseñó a sentarse y a mirar a los demás y a tomar los vasos y las copas y los cubiertos.

Pero la mujer tenía sus complejos.

—¿No se me nota que he andado fregando?

—Si te olvidas tú de ello, no... ¿Pero por qué se te va a notar si tienes una figura preciosa y un palmito que es una monada?...

Le enseñó a vestirse y a distinguir los trajes y los colores elegantes y su matrimonio, porque todo el secreto de los colores está en cómo vayan casados... Y es que, en sus comienzos, Marinita se dejaba arrastrar por los grandes escotes y los colores llamativos.

—La elegancia está en que no se te note qué traje llevas ni el color, ni el corte... Porque ahora son las decentes y las medio decentes las que van más exageradas.

Se le sentía en sus ideas influenciado por «el Botines», al Raúl... Marina bebía sus palabras y trataba de seguirlas.

—Echa los pies con paso corto y con suavidad... Y nunca tengas prisa. Para nada en absoluto. Una gran cortesana no debe tener prisa más que en un momento... Y más que prisa en ese momento ha de tener astucia.

—¿En cuál?

—A la hora de cobrar... Que se está llenando Madrid de caballeros capaces de darle un pufo a su madre.

—Pues la hacemos buena.

—Cuando llegue ese momento, disimúlalo..., pero estáte rápida y despierta... Y no te distraigas cuando el caballero te indique... «Espera aquí un minuto»... Trata de que no llegue ese instante en sitio de muchas puertas.

A sus manos, que no eran en su comienzo un dechado, las fue suavizando y puliendo en el trato de una buena manicura.

Marina, como madrileña avispada, tenía un gran talento mimético, y el cine, al que le llevaba «el Raúl» con frecuencia, le fue enseñando actitudes, posturas y displicencias..., y maneras de producirse y de sonreír y de sentarse y de fumar y de beber.

Aprendió mucho de las grandes actrices.

—Fíjate cómo se mueve y llena la escena esa mujer —le señalaba Raúl con frecuencia, y Marinita no perdía un ápice.

—¿Tú crees que yo llegaré?

—Pero si ya has llegado... Si representas tu papel de cortesana elegante a maravilla...

—No sé..., es que saltar de fregar escaleras a lo que pretendes que sea hay un abismo.

—Abismo que tú has salvado como si fuera un modesto charquito.

Mirándola con retrecho.

—No te acomplejes..., piensa que las grandes cortesanas y las grandes duquesas han empezado así, como tú, fregando el suelo, y gracias a esa lección de humildad que es andar por tierra arrastrándose han llegado luego donde han llegado. La gente más fina del país, dentro de la familia femenina, ha empezado así..., arrastrándose..., que no se te olvide.

—Si tú..., que sabes todo, lo dices...

Los primeros grandes éxitos fueron señaladísimos.

Un banquero suizo que conoció en el *hall* del Hilton y que se prendó de sus hechuras. Como su moneda era tan favorable fue con ella, no con la moneda, sino con Marina, generosísimo. Más tarde cayó en sus redes un norteamericano, secretario de una sociedad anónima importantísima en el ramo avícola, que venía por la sociedad a situar dinero en España y a quien Marinita guió en sus primeros pasos madrileños.

—Vete con pies de plomo, mi vida, y finge con esta gente no tener ningún interés por el dinero. Cuando pases con ellos delante de las grandes joyerías no te detengas jamás y mira a otro lado. Y si te preguntan por tu vida, hazles ver que has escogido esa profesión para sacar adelante una madre enferma y una familia de nueve hermanillos, que esto es muy español, ¿entendido? No hay nada que más les pueda a estos cerdos fajados de riqueza que creer que hacen, al pagarte, una obra benéfica.

—Me he dado cuenta.

—Ahora, todo lo que te recomiendo y aconsejo de seriedad y circunspección en público te lo cambio, en la intimidad, por cachondería y depravación.

—En ese particular ya me conoces —y se sonrió la mujer, gachona:

*Tanto tren con tu cuerpo,
tanto tren;
tanto tren con tu boca,
tanto tren;
tanto tren con tu sojo,
tanto tren;*

como en los versos de la mulata del cubano Guillén.

Por entonces, la condujo «el Raúl», muy sabiamente, por los bares elegantes de los grandes hoteles..., del Hilton al Palace, pasando algunas pocas veces por el Ritz.

En vez de aconsejarla frecuentase las grandes *boites* iba muchas noches acompañada por él a las salas de flamenco, verdaderas capillas sixtinas del cante hondo..., y en las que caían, bien trabajados por el alcohol, los grandes peces gordos internacionales.

—Tú déjate enamorar por gentes de países de moneda robusta, ¡mi vida!

Y Marinita no podía evitarlo, pero veía un dólar, de cara gordota y satisfecha, o un bolívar..., o un franco suizo..., que parecía que habían comido papillas...

Daba por entonces Marinita sus mejores cosechas.

Bien bañada y perfumada, porque lo primero que le enseñó «el Raúl» es a oler bien y a llevar limpio y aseado el instrumental que era todo su cuerpo... Se ofrecía como una gloria, de bonita y graciosa y salerosa Marinita.

Los del gremio se la envidiaban.

—Vaya gachí la del «Raúl»..., ¿pero de dónde ha «sacado» esa perla?

—De donde salen esos pirulís..., del servicio de suelos.

—Pues da el pego...

—Es que «el Raúl» sabe su oficio.

—Hay que reconocerlo..., qué vida.

—Claro es que sin primera materia quisiera yo haber visto lo que hace «el Raúl».

—Sin primera materia ni «el Raúl», ni «el Botines», ni «naide» —grita «el Suave».

Están en la tasca de «el Pinturas», entre un ronroneo de fichas de dominó...

—Y «el Raúl» está por ella esta vez...

—«El Raúl» se sabe administrar.

—Y la mujer... ¿No la habéis visto cuando él la lleva «a la parada»? parece que van a la iglesia a casarse, así caminan de juntitos y repichoneadores...

—Es mucho hombre «el Raúl».

—Y la Marina ésa habéis de reconocer que es..., oceánica —susurra «el Pinturas».

Saltan las fichas contra el mármol, broncas, golpeadoras, y las faces de los contendientes cobran una severa seriedad.

«El Pinturas» se vuelve a su mostrador.

—La verdad es que ver salir como salió «el Raúl» de la trena..., tan caído y tan desmadejadete, yo no creí se iba a situar entre las palomitas..., tan rápido y con tanto aquel.

—Él «tié» clase —reconoce «el Suave».

—Nadie se la hemos discutido —asiente «el Pestañas».

—Sólo «el Botines», le mejora.

—«El Botines» es más intelectual, trabaja más con la cabeza.

—«El Raúl» es más..., más de rompe y rasga, más impulsivo, más de corazonada..., más para enamorar a la misma mujer que explota.

—Pero científico, chulo científico, es el otro... Tiene bemoles llevarlas de parada ante los cuadros del Museo del Prado, y creo que salían con cada... ¡cada cabrito!

—Hombre..., verdaderos momios.

—El Cristo de Velázquez y las Vírgenes de Murillo..., dicho sea con todos los respetos..., que los chulos en España seremos chulos, pero somos católicos, le han dado al «Botines» más pasta que...

—Ése fue el talento de él, empujarlas por el turismo.

—Hay que reconocer que fue el primero que vio la mina..., y éstos son cabritos que pagan bien, pues tienen monedas bien nutridas, no famélicas pesetas, y molestan poco y se van en seguida...

—Pero vienen rara vez los dos por aquí ahora... Como nadan en la abundancia no quieren nada con los pobres...

—Él y «el Botines» se consideran «fuera de serie».

—Déjalos, peor para ellos..., porque esto es como un bolsín, y muchos soplos, avisos y situaciones, ¿dónde mejor para enterarse que aquí?

—Que lo digas —asiente el dueño de la tasca.

—¿Os habéis «fijao» que en cuanto la gente mejora de dinero su aspiración es subir de clase y de trato de gentes?...

—Es que «el Raúl» está muy ocupado con la enseñanza y puesta en punto de su daifa...

—Y los ratos libres, mientras ella trabaja..., qué... ¿en dónde se mete y a dónde va?

—Creo que se reúne en una tertulia de periodistas y políticos en la Gran Vía.

—¿Pero qué tienen los periodistas y políticos que no tengamos nosotros..., como no sea menos vergüenza?

Eso, eso..., que ya es hora de que se sepa de qué vive cada uno.

Pues de una forma o de otra, la mayoría de los españoles vivimos de las señoras, que son las que currelan.

—A ver qué vida.

*Tengo el alma de nardo
del árabe español*

confesó «el Pinturas», y estiró los brazos flexionándolos con galbana.

—Y que se está poniendo muy achuchaílla la vida.

—Que lo digas.

En esto llegaron «el Simpático» y «el Fosforito». «El Simpático» había encontrado su media después de su vuelta de Barcelona, de donde contaba cosas tremendas.

—Aquello, ¿cómo va? —le preguntó «el Pinturas» sólo llegar.

—Mal..., han dejado que se les meta mucho «macarra» francés..., y la chulería francesa no tiene nada que ver con la española, que a lo sumo llega hasta la primera sangre... Pero los franceses, que despedazan si hay que despedazar, han hecho de eso un negocio en grande..., y no se especializan en una o dos, cuando más..., y no las

educan y las aconsejan y guían sus pasos..., y mucho menos las enamoran... ¿Eso para qué? Las llevan y traen con engaños y violencias de unos países a otros, en manadas, como borregos... Son chulos explotadores de una gran sociedad anónima de explotadores sin sentimiento, que es lo que tenemos nosotros, y donde no hay sentimiento no hay verdadero chulo, que los chulos de aquí, de Madrid, no explotamos, protegemos, que no es lo mismo. Porque ¿qué sería de las mujeres sin un hombre a su vera que las proteja y las defienda de las asechanzas cuando vienen mal dadas..., y a la hora de la verdad, cuando están tristes y asqueadas de tanta farsa, las goce, las disfrute y las quiera..., y, si a mano viene, saque por ellas la cara?

—Muy bien dicho.

—En París, en Londres, Nueva York, etc., etc., no hay auténtica chulería ni se las lleva, ni se las ofrece, ni se vela por ellas, ni se las educa, ni se las quiere y enamora... Existe esa cosa bestial y horrenda que se llama la «trata de blancas». Que es un negocio hecho por unos señores que ni siquiera las conocen y en grandes rebaños que las señalan en una oreja como a las ovejas y las llevan de aquí para allá..., y a trabajar y destrozarse hasta que caen enfermas..., y a la que intente desmandarse pues la hacen desaparecer y a otra cosa, mariposa... Lo nuestro, vosotros lo sabéis todos..., pero es que todos, cuando nos llega la edad, acabamos casándonos por la Iglesia con la última..., que es la fetén.

«El Simpático» terminó la caña que tenía en la mano y se enjugó la boca con el dorso de la diestra.

—Aún hay clases —exclamó.

—Y que lo digas.

—Los madrileños..., y todos los españoles en general..., hasta a la hora de ser chulos somos más humanos... Explotamos... porque ¿qué es la humanidad sino una explotación del fuerte al débil?..., y en este caso ¿quién es el fuerte?

—El macho.

—Pues adelante.

—Y por muchos años..., porque ¿qué sería de estos angelitos si no tuviesen «un lipendi» a quien mantener y vestir y una serie de preocupaciones derivadas de su convivencia hogareña?... Sería para ellas una soledad y un desvalimiento espantosos. El hombre se ha hecho para vivir con la mujer y la mujer para aguantar al hombre... Dios los creó juntos..., y en el Paraíso. Claro es que las cosas buenas duran poco, y aquello de vivir del cuento se esfumó en seguida.

—Y vino lo del sudor de tu frente.

—Pero el Señor no aclaró bien de qué frente se trataba.

—La cosa está clara..., de la de ellas...

—Eso nos ha parecido siempre a los hombres.

En esta interpretación bíblica estaban cuando surgió «el Raúl».

—¿No decíais que cae muy raro por aquí?, pues ahí tenéis al manús —les brindó «el Pinturas».

—¡Dichosos los ojos!

—Dichosos —recogió el aludido—. ¿Y «el Botines» por dónde anda?

—Y a los demás que nos parta un rayo.

—Mejorando lo presente..., pero es que le necesito.

—Desde que se ha «levantao» un palacio en Torreldones ése no «quíe naa» con los pobres.

—Y que lo digas...

—¿Pero es cierto lo del palacio?

—Anda éste..., y lo del matrimonio eclesiástico con Rosarito.

—Eso me parece muy bien —refuerza «el Raúl».

—¿El qué te parece muy bien?

—Lo del matrimonio eclesiástico..., y lo del palacio..., ¿por qué no? Que con su ingenio se lo ha ganado... ¿Y es que alguno de vosotros se va a atrever a discutir la maestría del «Botines»?

—Nadie..., eso desde luego.

—Pues entonces... Es el Belmonte de la explotación muliebre. Él solo ha revolucionado el arte de hacer cabritos.

—Bueno, Raúl, que vienes «mu desigente» y muy mandón —le para «el Pinturas».

—Es que de un tiempo a esta parte noto en vosotros una cierta «pelusilla» por los que hemos «llegao».

—Eso sí que no...; sabéis que se os quiere y que se os admira..., ¿verdad?, a todos.

—Verdad, verdad.

—Pues a veces lo disimuláis.

—¿El qué?

—El cariño..., y eso nos ha llegado al alma al «Botines» y a mí.

—¿Lo dices por él?

—Lo digo por él y por menda.

—Pues pelillos a la mar..., porque aquí se vos quiere..., y se vos aprecia —le brindó «el Pinturas».

—¿Y por qué es ello buscar al «Botines»..., si se «pue» saber?

—Para un asuntejo de muebles...; es que yo vendo muebles..., otro y yo hemos tomado en traspaso una mueblería en el Rastro..., y como yo había oído algo de lo del «chaquete» del «Botines»..., pues velay...

—¡Ah!...

Todos suspendieron el trajín de las fichas y le miraron.

—Oye, ¿y a qué se debe el que hayas sentado la cabeza tan... tan joven?, porque tú aún eres, no diré que un chaval..., pero, vamos.

—Es que me queda tiempo «pa too»..., «pa» esto... y «pa» lo otro.

—Pero lo otro da mucha guerra.

—No lo creáis..., a mí no.

—Dichoso tú.

—¿Y qué tal?

—¿Lo otro?

—No, esto.

—Pues esto..., va risueño.

—Vaya, vaya con «el Raúl», trabajador.

—Que es en lo que debíais ir pensando vosotros..., y no en darle tanto al marfil.

—Anda y deja de «pedricar», que no te va —le sopla «el Suave».

—Y por eso no vienes ya aquí a la partida..., porque estás ocupado.

—Por eso.

—Pues no olvides que el trabajo, tomado en serio, desmejora.

—Todo depende.

—¿De qué?

—De lo que produzca.

—¿Y te produce?

—Cada día más... Vendemos camas como si a todo Madrid le hubiese dado por arrejuntarse.

—Eso está bien.

—Sobre todo para mí, que las vendo.

—¿Y qué dice de eso tu... favorita?

—Tan encantada, que fue de ella de quien salió la idea.

—La admiraba por salero y por tipo..., pero ahora la admiro más —le soltó «el Pinturas».

—A ella se le ocurrió..., una tarde que estábamos los dos echando la siesta va y me dice: Raúl, ¿por qué no haces algo?...

—¿Algo de qué?

—Pues de trabajar..., de arrimar el hombro.

—Y tú, que ves por sus ojos, te decidiste.

—Clarito..., y ahí me tenéis en los ratos libres buscando compradores.

—¿De camas?

—Y de lo otro...

—Pero bueno, a ver si sales un ratito alguna tarde y te dejas ver.

—La verdad es que estoy muy atareado.

—¿Pero para qué tienes un socio?

—¿Y el socio para qué me tiene a mí?

—No lo tomes muy a pecho..., que el currelo «toma» muy en serio no sienta bien.

—Pues yo, desde que lo practico..., ¡estoy bárbaro!...; me encuentro mejor que nunca, sobre todo cuando veo a fin de mes los resultados.

—¿Pero para qué ese trajín, si no tienes hijos?

—«Pa» cuando los tenga... El trabajo hace al hombre más sentado, más... más en lo suyo...

—¿Pero no hemos «quedao» que quienes han nacido para trabajar son ellas?...

—Desde luego..., pero un ratillo, así como quien no quiere la cosa, distrae... Probad y lo veréis.

—Eso nunca, Raúl, nunca...; además, que a la bofia les ha dado ahora por preguntarle a la gente joven del barrio: ¿de qué vive usted? ¿Cómo que de qué vivo?, pues de las labores propias de mi sexo..., que es lo que es... el sexo masculino.

—Como ellos viven del suyo, que es el de ser soplones y alcahuetes..., y...

—¿Pero de cuándo acá tiene uno que explicar de qué vive?

—De un tiempo a esta parte..., y lo llevan muy en serio, porque al «Niño de los tirantes» y al «Cinturas» los han tenido una quincena en la trena, y los han sacudío a cada somanta que ardía Troya.

—¿Pero se han permitido acariciarles?

—Lo que oís.

—La cosa tiene perendengues... ¿Pero es que la profesión de rufián (vulgo chulo), llevada con una cierta elegancia, no es tan digna, respetable y honesta como otra profesión cualquiera?

—A ver qué vida. Porque, desmenuemos: ¿qué hace un chulo en Madrid?, explotar a una mujer, y alguna vez, muy rara, a dos..., pero de ahí no pasa... Y ¿qué hacen otras profesiones?, pues explotar a toda la sociedad... Y nadie les pide que justifiquen de qué viven.

—Además, que lo de explotar, el chulo, chulo madrileño, no explota; protege, que no es lo mismo, y educa y mejora el valor de la mercancía erótica..., porque esto lo sabéis todos, una mujer con chulo se cotiza mejor y es más respetada que una mujer sin él..., que es una pobre hembra a... a la deriva; luego es natural que esa mejora y el sobreprecio que la da la sombra protectora del varón se la lleve él... Ahora, otras profesiones no se llevan una parte módica... a la hora del aprovechen, se llevan todo.

—Y que lo digas.

—Mientras no haya una mejor justicia social y los chulos no estemos en España tan considerados como las demás profesiones..., no hay nada que hacer, convencersos.

—En las próximas tenemos que hacerte concejal, Raúl.

—¿En las próximas qué...?

—En las próximas elecciones, hombre.

—«Pa» largo me lo fiáis...; además, que concejal es poco... si tan siquiera fuera diputado a Cortes...; esos cobran algo..., y tienen libre el billete del tren...

—Pero en esto, y perdona, vives en la higuera...; hoy un concejal de Madrid no se deja ahorcar por menos de medio millonaje de pesetas al año..., y tienen coche y otras gabelitas.

—Pues concejal, acepto el cargo..., pero tendré que abandonar mi negocio de muebles..., y eso, no.

—Le haces un huequecito.

—Los puestos de concejal son ahora representativos; un concejal representa a una profesión u oficio..., tú puedes representar a los chulos madrileños.

—Pero para eso debemos antes sindicarnos.

—Y qué menos..., porque hoy día están sindicados todos..., menos nosotros. Están hasta los poceros..., y yo creo que ya es hora de que se nos tome en consideración... Y ese día no le preguntará la bofia a uno: ¿de qué vive usted? Tiene gracia, que de qué vive uno... De lo que puede. Pues está buena la vida para pararse en estas flauterías y delicadezas... ¡Amos anda!...

Habían suspendido la partida y todos seguían con gran interés la sólida argumentación del «Raúl».

—Pobre de este país nuestro el día que deje de haber chulos, porque, como van las cosas, se intenta ir a su supresión.

—¿Tú crees?... Pero si hay cada día más.

—Pues por eso...; aquí ya casi todos chuleamos algo: o a una mujer, o un cargo, o una colocación, o un municipio, o una provincia o un sindicato, y el día, que lleva camino, en que todos chuleemos, ese día estamos perdidos..., porque una nación convertida en una gigantesca casa de chulos no tiene nada que hacer...; es como una pescadilla que se muerde la cola.

Todos se rieron. Sólo «el Raúl» seguía serio.

—Vosotros lo tomáis a broma..., pero no..., no lo es..., eso es lo triste. No olvidéis que el país da cada día más sinvergüenzas y desaprensivos...

Y giró en redondo y se largó a la calle.

EN las salas de fiestas principales: «La Gran Vía». «Tetuán» y otras, y en los bares distinguidos del centro, aparecieron por entonces unos clientes jóvenes, vigilantes, correctísimos y misteriosos.

Invitaban a las más suntuosas mujeres profesionales..., y antes de cerrar el local levantaban el campo y se retiraban después de dar buenas propinas. Pero este alternar duró muy poco. Hasta que estas mujeres empezaron a encontrarse cerradas en un círculo de fuego, pavor y pánico pistoleros.

La banda de *Bébé, l'homme de fer*, que había ganado una sólida fama gangsteriana en Tánger y Marsella, y más tarde en París..., acorralada por la policía francesa había escapado, cayendo sobre el Madrid juerguista, sentimentalote y campechano. Sus daifas más elegantes, encañonadas por sus armas, para salvar el pellejo se vieron en la necesidad de «escupir» sus ganancias.

Bébé, l'homme de fer y sus cuatro bergantes las esperaban a la salida de las salas o en los bares cercanos, y allí, amedrentadas, soltaban todo el fruto de su trabajo.

La amenaza de que al menor soplo a la policía les llenarían de ojales sus apetecibles cuerpos les cortó el habla y el resuello..., y durante unos días pagaron, acoquinadas y pavoridas, tan brutal almojarifazgo.

Bébé, l'homme de fer, el jefe de la banda, era hijo de una mora del oranesado y de un padre francés recién salido del penal de Tolon. Tenía buena planta y ningún prejuicio moral. Empezó con la «trata de blancas» y el asalto a joyerías y robos en los hoteles de lujo. Había matado a golpes con la culata de su pistola y a patadas a una amiga suya, después de meterle el cargador en la tripa al hombre con quien la encontró en cachondeante refocilo. Escapó al Canadá..., pero volvió al poco tiempo. Esto le dio un gran prestigio entre los de su grey, que por su fama de «duro» le adoptaron por jefe.

En Madrid, los chulos, chulos sentimentalones y pastueños, vivaqueaban sin más arma que la cortante lengua..., y a lo sumo una navajita con la que partían el pan y pelaban la fruta en la comida que hacían con su mujercita los días de asueto en la Sierra... Pero al notar se rompía su tranquilo vivir se erizaron de palabras, reniegos y denuestos.

—Tenéis que hacer algo..., vosotros veréis..., o solos... o reunidos —le dijo al suyo aquella noche una de las despojadas... Pero sin dar parte a la policía porque está en juego nuestro lindo pellejo.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—¿Y me lo preguntas a mí...? Pues lo que «tie» que hacer un hombre, si es hombre, y ve «el coci» en el alero...; dar la cara e ir por ellos.

—Es que los españoles vivimos atrasaos..., en esto como en otras cosas...

—¿Se puede saber por qué?

—Porque ellos usan pistola, que es su instrumento de trabajo, y nosotros no.

—Eso sí, son unas pistolas preciosas y te enseñan la boca rotunda de su cañón con la menor disculpa... Yo, la verdad, estoy deseando que llegue la hora de darles

«la tela»... para quedar tranquila por lo menos hasta el día siguiente.

Todos los chulos golpearon aquellas noches a sus coimas por su falta de valor al entregar a esos macarras metalados de ladrones y asesinos lo que a ellos y a nadie más que a ellos les correspondía.

—Sí, a mí..., a mí me pegarás tú, cobarde, pero al baranda que me espera a la salida de «Tetuán» y se lleva el sudor de mi frente..., a ése..., que es a quien tenías que cascarle, a ése... no te atreves..., ¡so prudente!...

Ojeándole con desprecio:

—¿Pero no sois nuestros protectores?... , pues a ver..., a ver.

De toda la chulanguería que se reunía en la tasca de «el Pinturas» y en otros bares y tabernucios sólo «el Suave», que era un hombre positivamente «bragao», dio la cara y saltó como un valiente.

Su amiga, «Pepa la de Córdoba», una morena alta de remos y muy sentenciosa, le dijo:

—Yo se lo doy, pero se lo doy por la fuerza, porque tú no ignoras, «Suave mío», que si hay algo que me asusta son las armas..., sean del calibre que sean...

—Lo tengo bien pensado —le comunicó «el Suave» a su Pepa—. Tú irás a entregar como todas las noches al bar donde te cita y yo, que estaré allí esperando tu llegada, sabré lo que he de hacer.

—Bueno, mi hombre, pero no te equivoques y en lugar de sacudirle a él me sacudas a mí.

—Descuida, Pepa, descuida.

Pero aquella tarde el miedo que les comía el cuerpo como una lepra a los chulos de Madrid, hasta hace pocos días tan tranquilos y felices, los hizo agruparse y buscarse y reunirse en la tasca de «el Pinturas».

Llegaron enardecidos y envalentonados. Sobre todo, el ver que eran muchos les levantó el ánimo.

—Hay que ir por ellos, por ellos..., que somos más...; no son sino cinco franceses piojosos..., y ansiosos, que quieren acapararlo todo... Que se vayan a París de la Francia y que chuleen a sus putas, que son casi todo el censo femenino...; que se vayan, que se vayan.

—Somos muchos más, pero ellos tienen pistolas..., y una sola pistola, una sola, es capaz de acabar con todos nosotros. Reconócelo, «Pestañas».

Aquella mañana una comisión de chulos fue a la nueva morada del «Botines» a exponerle el caso..., y «el Botines», ya casado y millonario, con ideas conservadoras, aunque cesante en la profesión, sin embargo, le llegó muy al alma la congoja de sus viejos compañeros y les prometió pasar a la tarde por la tasca de «el Pinturas» para aconsejarles.

A las cuatro no cabía un suspiro más en la tasca de «el Pinturas»...

Las fichas de dominó, acurrucaditas en su caja, se agolpaban temerosas.

«Quien pagará luego seremos nosotras», les pronosticaba la blanca doble a las

demás.

El miedo a que este tipo de explotación gangsteriana se anchurase por toda la geografía de Iberia traía a los pobres hombres a mal traer.

Cuando entró «el Botines» todos le rodearon como a amparo, jefe y maestro.

—¿Qué va a ser de nosotros si trabajan para ellos?... Además, que eso de usar pistolas y amedrentarlas con armas... no es juego limpio..., y no vale... Nosotros las enamoramos..., las enamoramos... —gritaba un morenucho con aire de bailarín amariconado.

—Lo que pasa es que nosotros no estamos a la moda del mundo, y esto de las pistolas es lo que se lleva ahora.

—Es que los españoles siempre hemos vivido a la penúltima moda.

—A por ellos..., hay que ir a por ellos —gritaba un rubiales que hacía a pelo y a pluma.

—¿Y por qué no has ido ya tú? —le preguntó «el Simpático».

—Estos días he «andao» muy «ocupao» en otras cosas.

—¡Ah!

—Bueno, silencio, silencio, que va a hablar para orientarnos nuestro amigo «el Botines».

El aludido, sonriente, consintió que todos se desahogasen, y cuando se hizo el silencio les habló así:

—Queridos y viejos amigos: este peliagudo asunto tiene, entre otras, la solución de que una comisión de siniestradas se presente a la policía y se queje de la explotación inhumana a que la tiene sometida esta banda de forajidos extranjeros... Como toda mujer, por el hecho de ser mujer, necesita protección, ya que es el suyo el sexo débil..., esta comisión expresará a la autoridad lo alegre y ricamente que vivían con vosotros..., y cómo el deseo de ellas es volver a las andadas. Entendámonos, a las andadas españolas, por ser la nuestra, como católicos, una explotación más humana y cristiana que la de estos cochinos y aberrantes tratantes de blancas.

—Eso..., eso —aullaban los chulos al verse comprendidos.

—Pero esta solución —continuó «el Botines»— tiene un pequeño inconveniente.

—¿Cuál?... ¿Cuál? —preguntaron más de uno y de dos.

—Tiene el pequeño inconveniente de que las expoliadas y despojadas mujeres no lo acepten por su peligro... Además, puesto que os llamáis sus protectores, ellas dirán, y con razón, que es llegado el momento de que se vea si eso es verdad.

—¡Nos ha jorobado el manús! —gritó un indocumentado.

—¿Qué podemos hacer frente a las pistolas?

—Pues sacar vosotros otras, sería una solución..., y madrugarles el tiro.

—Nos has «chinchao», «Botines»..., con lo bien que empezaste...

—Yo no he venido aquí a halagaros sino a daros una solución...

Se hizo un silencio expectante.

—Esto debe saberlo la policía la primera; y cuanto antes mejor..., no se vayan a

acostumbrar las mujeres a apoquinar a los otros de esa forma tan... tan violenta y poco cristiana..., y luego tenga esto difícil arreglo.

—Conforme en que lo sepa la bofia... ¿Pero quién..., quién le pone el cascabel al gato?

—No va a ser el ratón... —les hace comprender «el Botines».

Todos bajaron la cabeza, acobardados y temerosos.

—Si alguien tiene otra solución que me la diga —les propone «el Botines».

—La policía debía saberlo ya sin que se lo tengamos que soplar y decir nosotros..., pues «pa» eso es policía..., y «pa» eso pagamos, «pa» que nos defienda y vele nuestro trabajo y nuestros intereses..., que somos tan españoles como los demás. Ahora, cuando se han sacudido la tela por nosotros nuestras amigas..., jamás de los jamases lo han hecho por la fuerza..., que lo han hecho por su gusto... La fuerza está excluida de nuestra manera de «aztuar».

—Eso, eso... Nosotros las enamoramos..., las enamoramos...

—Y las damos gusto...; eso, eso, las damos gusto.

—Eso vamos a dejarlo —ironizó «el Botines».

El tumulto era espantoso.

Todos querían hablar a la vez y proponer ideas salvadoras. Cuando se hizo el silencio «el Botines» volvió a hablar:

—Yo estudiaré la cuestión y no la dejaré de mi mano, pero reconozco que el asunto es difícilillo... De todas formas no perdáis la esperanza, que Dios, que se preocupa, según los curas, de los pajarillos del campo, no creo que se olvide de vosotros, que sois hombres hechos y derechos..., y más hijos de Él... que los pájaros, que al fin y al cabo son animales.

—Eso esperamos..., eso esperamos —rugieron en tropel.

Y cuando estaba más cerrado el horizonte y no se le veía solución al asunto..., aquella noche un hombre dio la española impresión de que lo era...

«El Suave» le aconsejó a su coima «Pepa la de Córdoba»:

—Tú vete al bar donde te ha citado ese gángster..., como si yo no supiera nada, dispuesta a entregarle la tela. Yo estaré en el fondo del bar esperando el momento..., y deja, que lo demás corre de mi cuenta.

—Escándalos, no, ¡mi rey!..., que bien sabes tú tengo mucho que tapar..., y de un lío que se engarza, sale otro más grande... y otro... y otro..., y es el cuento de nunca acabar.

—Vete tranquila, que estas cuentas las arreglo yo muy bien.

Llegó «el Suave» al «Copacabana» y se sentó en una mesita del fondo del bar. Era la una y media de la mañana. En esto entró un hombre joven, alto, mimbrenño, con el ala del sombrero, blando y oscuro, sombreándole la cara... y se sentó en la primera mesita, junto a la puerta y de cara a la calle. De cuando en cuando se volvía y miraba con recelo el local y las gentes que lo ocupaban. Los dedos de su mano derecha, de cuando en cuando, comprobaban si en la parte alta del pecho izquierdo colgaba su

pistola amartillada...

En esto surgió «Pepa la de Córdoba»; miró al fondo, le hizo una seña «al Suave» y se sentó a la mesita del joven del ala caída. «El Suave» se acercó al hombre, que le daba la espalda, y sin decirle nada le golpeó en la nuca y lo cogió en alto de la chaqueta, intentando sacarlo a rastras.

El hombre tuvo tiempo de empuñar la pistola y disparar.

Saltaron banquetas y botellas contra los dos contendientes que luchaban ferozmente...

Pero el gángster logró escurrirse y escapar a la calle.

Quedó la pistola de él en el suelo del bar.

«El Suave» escapó tras él.

«Pepa la de Córdoba» fue detenida y cantó.

Aquella madrugada encontraron el cadáver del «Suave» flotando en las aguas del Manzanares, cerca del Puente de Toledo. Estaba horriblemente mutilado y desfigurado. En las uñas de los dedos, engarfiados aún, conservaba cabellos negros como de haber sostenido una lucha de a vida o muerte.

Con las declaraciones de «Pepa» y los camareros del bar y los indicios y el cadáver del «Suave», a media mañana habían detenido a *Bébé, l'homme de jer*. Después de «pasarle a tabaco» concienzudamente, en seguida cayó el resto de la banda de criminales.

Aquella tarde se verificó el entierro de «el Suave».

Asistió toda la rufianería de la capital alta y baja. El cortejo fue emocionante. Todo Madrid lo presencié estupefacto. Los chulos iban valientes y más tranquilos.

Ante la puerta del camposanto los brazos en alto, las manos abiertas y gesticuladoras pedían a gritos:

—¡Justicia!... ¡Justicia!

—Nosotros ¡las enamoramos!..., ¡¡las enamoramos!!..., ¡¡¡las enamoramos!!! — alaridaban tozudos.

Y un oído perspicaz hubiera adivinado y distinguido en aquel mar de crespas voces ofendidas... la de Raúl.

MARINITA andaba aquella temporada despistadilla y nerviosa. Había sido una de las víctimas de la banda de foragidos de *Bébé, l'homme de fer* y le habían quedado una desazón y un mal sabor de boca.

La verdad es que no acababa de adaptarse a la nueva vida de prostituta elegante. A pesar de sus fructíferas conquistas o por sus conquistas se le escapaban a veces los detalles y esa naturalidad y elegante fluir en la que reside la normalidad peripatética y ojeante de la verdadera flor de lujo cortesana.

Sus ingresos eran opíparos..., pero algo fallaba en aquella vida lanzada y adiestrada para la alta y perfumada galantería.

—No acabo...

—¿Qué?

—Que no acabo de cuajar —le expresó, mirándole desengañada.

—Sí..., te faltan matices, pero con el tiempo y la dedicación fervorosa los irás adquiriendo instintivamente.

—Vamos a ver... —y sonrió al hombre.

Cada día se le hacía más cuesta arriba dejarse hollar por los machos por el hecho de su dinero... Fallaba bastantes veces, con los más generosos, con los más ricos, a la hora del fingimiento. Pero no es que lo echase todo a rodar, pues era mujer seductora, florecida de encantos. Pero no acababa de sugestionar y arrebatarse al varón... hasta ese paroxismo próximo el entontecimiento senil que es el verdadero logro de la mujer a hombres... Y los que probaban una vez, raramente volvían... Pero la ciudad era inmensa y el público provinciano y extranjero cada vez más vario y numeroso... y ella estaba en sus primeros escauceos, casi recién estrenada.

El primer golpe reconocamos que lo daba casi siempre en la diana. Iba sencilla y bien puesta, sin nada excesivo. Su expresión era infantil, dulce. Su mirar suave y aterciopelado. Su tipo ajustado de líneas y perfecto. Sus pechos recatados, dos mandarinas nerviosas... y sus muslos se alongaban hasta la gracia del empuje con vibrante y amoroso compás.

Había aprendido a andar, ejercicio que las madrileñas hacen a la perfección. Y en movimiento, Marinita era una perfumada delicia. Su boca era menuda de labio bembón, pero sabroso, y el beso lo recibían siempre unos dientes menudos y blancos juguetonamente salivados. El beso era lo mejor que daba, y lo daba húmedamente, amplificador.

—Yo, en el fondo fondo, lo que soy es una sencilla mujer de su casa que hubiera sido feliz con un chava de barrio que bailase bien «a izquierdas» en las verbenas y que me hubiese dado dos o tres hijos.

—Todo es que te acostumbres y hagas con amor tu oficio.

—Ahora lo has dicho.

Su cotización era alta, cada día más alta, porque además de ser una buena mujer..., era... una mujer buena... y la bondad sobre los encantos físicos es como el cogüelmo en los mantecados..., su mejor propina.

Pero llegaba a casa asqueada y cansada. Cansada del esfuerzo moral que requería su actitud de puesta en marcha... y su estar estando para halagar y ser atrayente y complaciente con la clientela.

No es lo mismo retirarse con un hombre joven y apuesto exhalando nobleza y pujanza varonil, que hacerlo con un viejo cascajoso y halitoso... Y lo triste es que éstos suelen ser los más convenientes para la marcha del erótico negocio.

De otra parte, le asqueaban los hombres que llegaban a ella bebidos en un estado lamentable.

«El Raúl» le había dado pertinentes consejos para tratarlos..., pero ni por esas...

Sin darse ella cuenta o dándosela, a Marinita se le iba entristeciendo el alma en el oficio. Y es que le fallaba ese último punto que hay que tener en las profesiones y es esa decisión del espíritu, de ser... lo que se es o se representa ser...

Esta tristeza, como apagada y distante, la envolvía en un encanto misterioso y espiritual que atraía más a los hombres..., cegándolos... Y fue cuando recogió sus mejores cosechas.

Había adquirido distinción, esa distinción que da el sufrimiento moral. Ese sufrimiento de estar donde no debía, ejerciendo un menester que no es del propio gusto. Si una pudiera elegir y encerrarse de cuando en cuando con el que le agrada y es de su deseo... Tampoco como profesión, porque la profesión todo lo mecaniza y escarnece.

*Para enterrar a los muertos
como debemos,
cualquiera sirve, cualquiera,
menos un sepulturero.*

«Ahora esto hecho con amor..., —pensaba la mujer— tiene que ser como un río afluente que se entrega a otro más caudaloso..., de más aguas..., para desaparecer sin desaparecer en él...

»Pero esto que yo hago con “el Raúl”..., ¿hasta dónde, hasta dónde es amor? Porque este granujilla, gustosamente, no lo niego, me ha prostituido y en sus brazos soy una mujer envilecida que ha consentido en corromperse... torpemente».

En el tráfigo del venal amor, cada vez más festejada, halagada y regalada, le iba en aumento su cansancio moral y su desgana. Esa desgana del que está donde no debía..., ejerciendo lo que no es la llamada de su vocación y sufre la agonía y amargura de su lucha contra el tiempo fugitivo... que se duda no dé espacio ya... para otra cosa.

El hombre astutamente la animaba y espoleaba, tan opíparos eran los frutos. Mientras se iba quedando en su puro padecer circuido de relumbres espirituales, que le daban una elegancia insólita y atrayentísima... Y los millonarios pasaban sobre ella inmersos en su fresco embeleco...

Y ahora sí que había en casi todos un deseo de reincidir.

—No sé qué tiene esa mujer de subyugante —se decían—, no sé qué tiene esa mujer.

A un marqués andaluz se le ocurrió decir aquello de que tenía duende... «Es una mujer con duende».

Mientras, la pobre Marinita se iba quedando en los puros huesos del alma.

Hasta aquel anochecer.

En el cielo la oscuridad y la claridad cambiaban sus primeros guantes. Tanteos acelerados por las luces del servicio público.

Iba sola Marinita por la Puerta del Sol hacia el bar del Palace, que era por aquellos días su parada. No la acompañaba «el Raúl». Para ir al bar del Palace tomaba casi siempre un taxi. Y le parecía lo natural descender de él sola.

«El Raúl» la convoyaba ahora cuando iba, muy de cuando en cuando, a algún bar de la Gran Vía.

El atardecer era suntuoso como de primavera y prefirió ir andando despacio, viendo y dejándose ver.

Al soslayar Lhardy, observó flotando en la luna de su escaparate a un jovencito.

«Parece que me sigue..., pero es un crío..., aunque un crío muy espigado», pensó.

No lo podía remediar, pero le hacía ilusión que los hombres si eran jóvenes y más si eran bien portados, la siguiesen.

Pero al llegar a la plaza de Canalejas, frente a la luna de una bombonería, se convenció de que iba tras de ella. Volvióse la mujer y el mocito se le entregó en una cándida mirada.

Marinita se sonrió y él se sonrojó como un colegial.

Entró la mujer en la cafetería que hacía esquina a la calle de la Cruz y se acomodó en la barra. Y el jovencito la siguió.

Quedó clavado el crío de pie a su espalda y el corazón le saltaba tumultuoso.

Marina se volvió aquiescente, invitadora...

—¿Pero qué haces ahí como un tonto, que no te sientas?

La miraba y la hurgaba con un ojeo descomunal, tremante.

Le incitó con la cabeza la mujer al mismo tiempo que le señalaba a su vera el alto taburete.

El chico se la comía con los ojos, sin hablar, sin oponer nada.

—Bueno..., si no te quieres sentar conmigo vete; no estés ahí llamando la atención de todo el bar.

—¿Pero me deja sentarme de verdad... y que la invite?... ¿No espera a nadie?

—No, hombre, no... y aunque esperara.

El chico se acomodó sin dejarla de contemplar.

—Usted qué va a tomar, porque yo a estas horas tomo siempre una coca-cola.

—Pues no debías de tomar eso.

—¿Por qué?

—Porque la coca-cola quita el sueño... y a tu edad debes preocuparte de dormir bien.

—Si usted me aconseja que no la tome no la tomaré... ¿Le parece que pida una copa de coñac con seltz?

—Eso te sentará mejor.

Es ahora que la mujer le empolla con los ojos.

«Tendrá quince, dieciséis, a lo sumo diecisiete años», piensa. «Es como esos críos de un cuadro de Murillo, pero con una gracia viril que no tienen las figuras del pintor».

Al sentarse en el alto sillín se había recogido los pantalones con la torpeza de un novato.

—Es el primer traje de hombre que estreno y mamá me ha dicho que tenga cuidado con la raya.

Se lo comunica ingenuamente.

—¿Es la primera vez que te pones de pantalón largo?

—Sí... y se me hace más raro... Me parece que todo el mundo me mira y me lo nota..., pero guárdeme el secreto —le suplicó.

—Por mí, puedes estar tranquilo.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunta.

—Si te llega para convidarme a un vermut, tomaría un vermut.

—De sobra me llega... Mamá me ha dado doscientas pesetas... y papá cien.

—¿Cómo te llamas?

—Alfonso... Papá es muy monárquico y en recuerdo del rey que echaron, quiso que me llamase como él.

Entre amorosa y maternal.

—Tienes unos ojos muy lindos y una boca muy bonita.

—Pues están a tu disposición —le soltó el crío con desparpajo.

A la mujer le entró la risa, una risa gozosa.

—Qué pena..., eres un crío.

—Anda..., si tengo ya dieciséis años... —se lo comunicó como con una fatiga de siglos.

—No está mal... Eres ya casi un hombrecito.

Mirándola con pegajosa fruición:

—Tú sí que eres preciosa... Me gustas un rato largo...

—Se te acabaría en seguida ese rato.

—No; estoy seguro de que no... Te advierto que eres la primera mujer en mi vida a quien he seguido... También es verdad que con pantalón corto no me atrevía a seguir a nadie..., por eso tenía tantas ganas de que mamá se decidiese a ponerme de pantalón largo. El año pasado yo quise ponérmelo..., pero no me lo consintió.

—¿Pero para qué tenías esa prisa?

—Tenía ya una hambre tremenda de mujeres... y con pantalón corto, pues, nada

podía hacer... Mis amigos de Instituto todos tenían ya pantalón largo, bien es verdad que casi todos son un poco mayores que yo y muchos tienen diecisiete y algunos dieciocho años... y los amigos de mi edad todos tenían ya pantalón largo... Yo le decía a mamá: Me da vergüenza salir enseñando los pelos de las piernas... Papá se reía, pero es lo que a última hora le ha convencido a mamá.

—¿Lo de los pelos?

—Sí...

Mirando a la mujer con un enorme embeleso.

—Mis amigos presumen todos de *haber estado* con mujeres y yo estoy casi seguro de que no *han estado*, pero ellos lo dicen para farolear... Yo te digo la verdad, no sé si es que mamá me ha enseñado siempre a no mentir..., pero yo no *he estado* nunca con una mujer... y ellos me lo echan en cara y me dicen que soy «virguito»... Y a mí, la verdad, me molesta que se rían de mí al decírmelo.

—No les hagas caso a esos tontos.

—Sí, pero si vieras las ganas que tengo de perder el virgo y de sacudirme esa preocupación..., porque a esta edad nuestra no piensa uno más que en eso... y una vez que lo pierda sé que quedaré más tranquilo.

—No hables tan alto —le susurra la mujer, mientras le envuelve en una suavísima ternura.

—Tú eres preciosa... ¿Cómo te llamas?

—Marina.

—Pues si vieras, Marinita, cómo me gustaría irme por primera vez en la vida contigo.

—¿Por qué conmigo? —le pregunta la mujer ilusionada, encendida.

—No sé cómo decírtelo..., pero me encuentro subyugado..., enamorado de ti.

—Eres un crío que casi puedes ser mi hijo.

—Pero eso qué importa... A la edad que tengo he de hacerlo con una mujer que sea mayor que yo..., con una mujer, ya que soy tan chaval, que sea un poco amante y un poco madre...

—¡¡Cállate!! —y escondió su cara entre las manos.

—Si te he dicho algún disparate, perdóname —le suplica.

—¿Por qué me has seguido?

—Porque ya no puedo más y... y esta primavera me ha encendido como una antorcha.

—¿Pero por quién me has tomado a mí?... porque yo soy una mujer decente...

—Mejor que mejor... Pero si tanto te molesta que te haya seguido, discúlpame... La verdad es que soy un crío que no tiene ninguna experiencia..., lo reconozco.

La mira con delectante y amorosísimo frenesí el pecho, los ojos, la boca..., las manos nerviosas.

—¿Pero por qué me has seguido?... A tu edad no debías haberme seguido... Si eres un crío que casi puedes ser mi hijo..., un crío..., un crío.

—Por favor, no te enfades..., que no quiero que te enfades..., ya me iré.

Pagó y saltó raudo del taburete. En seguida escapó. La mujer, ansiosa, salió disparada tras él.

Le llevaba unos metros.

—¡Alfonsito! ¡Alfonsito! —le gritó.

Era su grito una queja lastimera del alma.

—¡Alfonsito! ¡¡Alfonsito!!

Él volvió la cabeza y lloraba.

Se abalanzó sobre el muchacho.

Pasó un taxi y lo metió en él.

Dio las señas de una amiga.

—Eres muy poco obediente y no me gusta que seas así.

—Bueno, mujer...

Al crío en el pecho le crujían los sollozos.

Le buscó una mano y por el istmo de su brazo trepó al enloquecedor continente de su boca...

—Marinita... ¡Mi vida!... ¡Mi vida!

Su voz era ronca como la de la sirena de un barco que llega al puerto después de una peligrosa travesía.

—Mi Alfonsito bonito... ¡Mi rey!... ¡¡Mi rey!!

Subieron las escaleras de la casa con una prisa bamboleante, inusitada...

Cuando lo tuvo ante sí desnudo, proclamó con enorme embeleso:

—Hueles a primer día de Paraíso terrenal.

—¿Qué me quieres decir?

—A ciencia cierta no lo sé, pero hay alguien que me dicta esas palabras.

Pensó en todos los hombres asqueativos que habían pasado sobre ella. En los borrachos eruptantes que hollaron sus carnes..., en los viejos frenéticos y halitosos..., en toda la hediondez y podredumbre sobre dos patas... Y le ganó una enorme repugnancia y desprecio de su nefasta profesión.

El crío contempló, sobrecogido, atónito, la tierra desnuda y encantadora de aquel cuerpo, y ante su fertilidad empezó a moverse con la cándida torpeza del que no sabe por dónde empezar.

La mujer se sonreía tristemente.

—Ven.

Hubiera querido darse a él limpia y virginal con el pensamiento puro y el cuerpo sencido... Pero no podía ser.

Alguien ha dicho que el amor es lo más parecido a una guerra civil...

Fue un asalto feroz y mutuo... Hasta sentir pareados nunca abajo, en genesíaca delicia..., toda la savia del universo...

La mujer se encontró limpia y purificada por virginidad tan inédita...

Su cuerpo se le erguía ahora sobre los dos pies como una alborotada llama.

Se halló limpia de tanto beso inmundo y hediondo como había tenido que dar..., refrescada y mundificada por la clara y fríasima dulzura de manantío que le llegaba del varón.

Se hizo un sudoroso y jadeante silencio.

—Ahora vete... y no se te ocurra seguirme más porque llamaré a un guardia — sollozó la mujer con un enorme remordimiento.

El crío nada opuso.

Quedó desengañado, abatido, desilusionado..., silencioso...

—¿No me oyes?

—Sí.

Se volvió y le sorprendió palidísimo...

—No ves..., no debía, no debía haberte hecho caso.

Al rozarle sintió su cuerpo frío.

—Estás helado —le dijo la mujer.

—Es que no me encuentro bien.

—¿Estas decepcionado?

—No sé... Me gustas con locura..., pero esperaba que sería otra cosa.

—Pues ya lo ves... Que te sirva de lección.

Pero al fin mujer, se sintió ofendida.

—Pues qué creías que era... Encima que te lo regalo.

—Perdóname.

La mujer se arrepintió de su desgarró.

Pero se sentía tan ufana, tan gozosa y boyante de haberse dado en un puro deseo de amor, que no paró en que el crío, mientras se enchufaba en el pantalón, lo iba mojando con sus lágrimas.

—Bueno, anda, despacha —le dio prisa la mujer.

Cuando Alfonsito se encontró en la calle pensó que llevaba las manos sucias, la boca sucia, el cuerpo sucio... y que los transeúntes le miraban como diciéndole: «¿Pero cómo se atreve a salir así?...».

«¿Pero cómo no habré esperado unos años más..., unos años más...?», se iba diciendo. «A ser un hombre hecho y derecho..., un hombre..., un hombre... Porque no soy más que un crío..., un pobre crío sin defensas».

Pero a la mujer se le notaba y le redundaba la ufanía.

Raúl sólo entrar venteó algo maravilloso y extraño.

—¿Qué tal se te ha dado la tarde?

—Espléndida.

Le reían los ojos, le reía la frente, le reía la boca.

—Vengo de dárselo a un chaval que por primera vez ha sabido lo que es una mujer... Y lo que siento es que se ha desilusionado...

Se le ha tornado la faz cárdena.

—Eso es cosa que no te debe preocupar... Lo que importa es cómo se ha

explicado.

—Pero no te digo que era virgo, un virguito.

—Con eso no querrás decirme que se los has «dao» de «capri».

—Pero cómo a un crío a quien vengo de abrirle las puertas de la vida, encima le voy a sacar los cuartos... Bastante desgraciado le he hecho ya.

—Anda, saca la tela y déjate de filosofías —le dice extendiéndole la mano.

—Pero cómo le voy a cobrar nada a un hombre que se me entrega por primera vez.

—Pues más... A esos tontainas que lo prueban por primera vez..., más... Se les cobra más.

La miró con sorna.

—Anda, anda...

Se le iba acabando la paciencia y seguía con la mano tendida.

—Anda, espabila...; que después de lo de «el Bébé», no están los tiempos «pa» cofias.

—¿Pero por quién me has tomado, Raúl..., mi vida?... A ese crío que me ha dado su ilusión, su dulzura y su candidez..., si encima le hubiese sacado al pobre hijo los cuartos, no me lo perdonaría jamás de los jamases.

—Apoquina, apoquina y déjate de monsergas.

—Muy rara vez le llega a una mujer de la vida un hombre así entero e ilusionado, y criminal sería si no hubiera sabido corresponderle.

—¡Andaa..., que no estoy «pa» bromas!

—Soy libre de hacer de mi alma y de mi cuerpo lo que quiero cuando me cae la dicha de tropezar con un crío así... Y se lo he «dao»..., ¿me oyes?... Y no le he «cobrao»... No, no le he «cobrao».

La cruzó la cara de un revés, mientras seguía con la mano extendida abierta.

—Eso harás tú, golpearme, chulo de mierda.

—Hoy has venido muy juguetona, conque suelta, suelta «la tela» o te abro en canal.

—¡¡Canalla!!, que nunca, nunca comprenderás tú lo que es, después de tanta hediondez y tanta farsa, darse en cuerpo y alma a un crío puro que no sabe aún lo que es el asco de la vida...

Ahora la abofetea con la mano que tenía extendida.

—Dame en seguida lo que tengas..., ¿me oyes?... ¡Dámelo en seguida, en seguida!

—No tengo nada que darte... Fui del crío con una ilusión que no he sentido por ti nunca... Sólo con él me he explicado lo que tiene que ser el milagro de la entrega mutua de dos almas y cuerpos enteros...

Ahora la golpea con los dos puños.

Sangra la mujer por oídos, narices y boca, doblada sobre sus dos piernas...

—Pega..., pega, pero déjame ser pura y limpia con los puros y limpios que no

saben aún nada de la vida.

—¿Y tú aspiras a ser una cortesana elegante y una meretriz distinguida? ¡No, no, con estas sensiblerías y esta conducta tú nunca podrás ser una gran puta!... ¡No, no, que se te quite de la cabeza! ¡Por este camino nunca, nunca podrás ser una gran puta, que se te quite de la cabeza! ¡Para ser puta, puta de las buenas, hay que tener más clase de la que tienes tu..., más, más!...

Y la golpea y patea hasta que la baña en sangre...

—¡Desgraciada, más que desgraciada!... ¡Putas, lo que se dice redomada putas..., con clase..., con clase de puta, requiere otras artes y otras maneras que tú no tienes! ... ¿Me oyes?... ¡Que tú no tienes!... ¡Y eso te lo dice «el Raúl», que ha conocido algunas, muy pocas..., porque las excelencias siempre han escaseado..., siempre, siempre!... ¡Muchas, sí, muchas os lo llamáis con orgullo y creéis serlo..., pero las putas putas que saben su noble oficio son pocas, muy pocas; porque tú y otras como tú no sois ni carcaveras tiradas que «lo entregan» en los desmontes por unas monedas!

»¡Que no se te ocurra otra vez presumir de puta, porque qué más quisieras tú que ser puta, una puta de los pies a la cabeza!... ¡Toda una puta, una señora puta!...

Siguió pateándola y golpeándola con una saña furiosa.

La mujer, abatida, aterrada, se dejó hacer como si toda aquella sangre que la mojaba el rostro y la envolvía y la bañaba, la limpiase y purificase de toda su putrefacta hediondez profesional.

Cuando ya se sació «el Raúl» y había dado salida a toda su cobarde bajeza, no por piedad, que no la sentía, sino por egoísmo, tomó a la mujer y la alzó y la ayudó a que se llegase al baño. Allí la lavó y la restañó las heridas.

Más tarde le dio un café con una copa de coñac y la ayudó a acostarse, ya que de ninguna de las maneras pretendía matar gallina tan ponedora y de huevos tan... pingües.

«ZACA» no conseguía salir de su apoteosis. Desde que se casó con la boliviana, disfrutaba una vida tan repentinamente maravillosa, sumergido en una serie de lujos, comodidades, consideraciones y mimos, que se le hacía imposible echar pie a tierra y contemplar con frío criterio el mundo que le rodeaba.

De los trajes raidillos y modestos había pasado a los trajes elegantones y bien cortados de paño inglés. De los viajes a pie a la Universidad o en el modesto metro, saltó a la circulación rodada de un Packard suntuoso conducido por un negro atlético y brillante. De las parcas comidas caseras a la mesa abundante, selecta y bien servida. De la vivienda estrecha a los grandes salones. De las pesetas de papel silenciosas rozando el forro del pantalón a los billetes crujidores de mil en la cartera de piel suave. De la vida mirada con ojeo rastrero y triste a la vida contemplada con altura, seguridad y alegría.

«Qué pena que todo esto un día se acabara», pensaba al tirarse de la cama por las mañanas.

Y esa euforia y placer que le producía al ver que su talento, el mismo de otrora, era, sin embargo, más considerado, más cotizado, más enaltecido, más tenido en cuenta.

El mismo rector de la Universidad, saliendo una tarde de una reunión de profesores, le abordó en las escaleras.

—¿Qué es eso, amigo Martínez? ¿Cuándo, cuándo sale ese texto con sus lecciones de administrativo del que me han hablado con tanto elogio?

—Pues está en prensa, está en prensa ya.

Unos años atrás, mejor dicho, antes de su boda con «Casita», ni le hubiera mirado al salir y mucho menos se hubiera emparejado con él, a halagarle de aquella forma.

Pero por toda la Universidad se había prolijado la noticia con una enorme fuerza.

—Este Martínez ha casado con una de las mujeres más ricas de Bolivia. La familia de su esposa es una de las familias reinas de la casiterita —les dejó caer el jefe de protocolo de su país.

—¿Y qué es eso?

—El bióxido de estaño.

—¡Ah! —exclamaban los profesores compañeros.

La boda de este hombre, inteligente y opaco, auxiliar de la Facultad le empujó a una fama y a una situación descollante entre los demás profesores y entre los tratadistas de Derecho. Y si se mira bien, su riqueza, que era sazónada y pingüe, tampoco tenía esa torrentosa desmesura diluvial que parecía quererle dar el diplomático... Pero hay interés en exagerar todo. La gente vive feliz y satisfecha en la exageración. Parece que uno se siente dichoso en la riqueza de los demás, acreciéndola, como si de la desmesura le tocara a uno un poquito. Por eso cuando poco después salió su tratado de Derecho Administrativo, las revistas de Derecho y hasta los periódicos tejieron una serie de loas y ditirambos abundantes y desmedidos... Su retrato con toga o sin ella vino en numerosas publicaciones... En el

Ateneo se celebró una conferencia de asedio, en la que otros profesores y tratadistas fingieron atacar los cimientos de su gran texto para terminar en una exaltación... El público llenó el salón...

Gozó de una boga y una fama pasajera, pero suficiente y sabrosa para un hombre como él hasta entonces gris y desconocido fuera de sus alumnos... Y fue en el ápice de esa fama, precisamente en el ápice, cuando se murió «Casita». Los médicos que acudieron en los últimos momentos hablaron de *insuficiencia mitral...*, que es una válvula que existe entre la aurícula y el ventrículo izquierdo del corazón... y que no suele marchar bien entre muchos bolivianos del altiplano...

«Zaca» la lloró compungidísimo. «Casita» le adoraba y le admiraba fuera de toda medida y él lo sintió casi en esa proporción... Pero se consoló pronto. «Zaca» tenía un tanto acorchado el corazón de tanto como había bregado y sufrido en su vida y en vísperas de su boda era ya un hombre baqueteado y escéptico.

Celia estuvo desde los primeros síntomas a la cabecera de la enferma junto a «Zaca»... y cerró los ojos de la muerta.

—Era un pájaro vistoso y bueno —fue su comentario.

El marido deploró y sintió en verdad su desaparición, pues era una mujer que deseaba para su «Zaca» todo lo que le pudiese halagar. Pero las lágrimas con opípara riqueza son menos... Y el tiempo está tejido para adormecer el dolor y cumple a maravilla su cometido.

Salió de aquellos primeros días que rodearon a la difunta como de la mar en mayo, con las carnes más elásticas. Encaramado en la abrupta altura de los cincuenta y pico de años, el cuerpo se le mareó de solicitudes peligrosas. La luz le pareció más luz y el cielo más azul y más cielo y en su volumen y en su gracia todo más apetitoso, más inmediato y hacedero.

«Te queda muy poquito tiempo de validez, aprovéchalo», le susurró su conciencia... «¿Qué sabes de los goces de la vida?...». Y pasó aquella mujer y la siguió con su coche embelesado. Iba clavando sus piernas maravillosas y firmes ante todas las joyerías, las perfumerías y las tiendas de bolsos. Cuando se volvía sus pestañas redoblaban en el tambor de su tersura. Parecía haber sido amonedada aquella mañana y echada así fresca y reciente: a vivir.

A «Zaca» se le secó la glotis...

«¿Qué es una mujer?», se iba diciendo. «¿Qué es una mujer? ¿Dónde empieza y dónde acaba su sortilegio..., y a qué sabe su piel, Señor?... ¿A los veinticinco años, a qué sabe su piel?».

Tanto atiborrarse de Derecho Administrativo, él sabía poquísimo de todo esto.

La mujer seguía cimbreando las aceras con su garbo... y a los ojos del pobre «Zaca» los planos y volúmenes de los edificios se tornaban caedizos y dislocantes.

Al volverse la mujer paraba toda la circulación y la ciudad guiñaba la malicia de sus señales luminosas. «Zaca», que marchaba enardecido, llevado por el ébano silencioso de Apolodoro, se decidió al fin y echó pie a tierra.

A sus palabras la mujer se volvió y contempló desfachatadamente el Packard. Pensó que todo aquello que le embebiera en la calle lujosa podría ser de ella con sólo sonreír a aquel hombre y le sonrió.

Fue el suyo un amor atragantado y tumultuoso.

«Anda listo que se acaba tu validez... Que se acaba, que se acaba», le bisbiseaba su conciencia.

Y todo era quemar etapas.

Soledad era una madrileña ofuscante y desconcertadora, toda erizada de garabatosos caprichos... Y así, el dinero de sus cuentas bancarias fue pasando del hombre a la mujer con enamorada fluidez...

«Zaca» era incapaz ante tanto deslumbramiento de redondear en su boca una negación..., tan juvenil y pimpante desatracaaba todas las mañanas de sus brazos.

Fueron años de suavísima y delicuescente locura.

Los sobrinos de «Casita» le habían puesto pleito a su testamento y él huía de la codicia familiar y de la vida galopadora, aventurándose atrevido en la ancha mar de Soledad.

Cuando Celia intentaba entrometerse en su veloz y gastadora vida disparatada, alzaba los hombros disculpadores.

Su vida se desquitaba de sus años de miseria y de esfuerzo, de tesón, de vigilancia y apretada conducta moral..., exigiendo ahora su parte.

—No quiero saber nada, ni de abogados, ni de pleitos, ni de familia, ni de chinchorrerías, que me envenenan el tiempo que me queda por consumir... —y contemplaba a Soledad en su fuerza resplandecedora como un puro y desnudo milagro.

«Y después de todo esto..., ¿qué, qué..., qué es lo que nos sobrevendrá después de la vida?... ¿Qué, qué?... ¿Habré perdido el tiempo y tendrá razón Raúl?», se preguntaba una noche en la desembocadura de un fatigoso coito.

El alma se le empapelaba de remordimientos en las empecatadas madrugadas.

Por entonces se agravó la señá María y pareció iba a morir, dada su avanzada edad, y paró el hijo en su desenfreno.

Raúl fue avisado de que su madre se moría y surgió en la casa. En el cuarto de la moribunda se vieron frente a frente los dos hermanos. Se midieron sus fuerzas.

Raúl le tendió la mano que el otro le rechazó.

Celia lo sorprendió, pero se hizo la distraída.

Quedó péndulo el brazo de Raúl como un guiñapo.

—Me las pagarás todas juntas —le susurró.

Pero Celia soliviaba en aquel momento la cabeza de la madre anciana... y no quiso saber nada.

«Zaca» se volvió. Tenía la cara abotargada y exangüe.

Se oía la respiración de la moribunda como un hilito.

En el aire del cuarto cerrado se hacía una pesadez angustiosa.

«Zaca» salió, se fue al comedor y abrió la ventana. Respiró con ansia.

Celia le había invitado a Raúl:

—Quédate a comer con nosotros, el médico vuelve luego.

—Bueno...

«Isma» le había ofrecido un pitillo y salieron a fumarlo fuera.

Se sentaron a la mesa en silencio.

«Zaca» se había retirado a su casa.

El doctor volvió al atardecer y encontró mejor a la enferma.

—Tenedme al tanto de cómo sigue la madre —le pidió Raúl a Celia al irse.

—Vete tranquilo.

Estaba hecho un figurín Raúl y Araceli le contemplaba por el rabillo del ojo.

—¿Has visto que elegantón está? Le deben ir muy bien sus cosas —le sopló Araceli a su hermana.

«Zaca» preguntó por teléfono, poco después, cómo seguía su madre.

—La encuentra mejor el médico y más tranquila... Cree que ha salido de este achuchón.

—Vaya.

Raúl llegó a su casa y se encontró con la inesperada visita de una amiga de Marina.

—¿Qué haces tú aquí?... ¿Esperas a Marina?

La mujer le miró con tiento..., tanteándole.

—Lo primero siéntate, que va a ir «pa» largo.

—¿A cuenta de qué me ofreces que me siente... en mi casa?

—Anda, tómallo con calma y no te alborotes, que Marina no volverá.

A Raúl se le erizó de insultos la boca, pero se contuvo.

—¿Qué? ¿Ha ido muy lejos? —mientras encendía un pitillo.

—Donde ha ido no sé... Pero la cosa va en serio, Raúl..., que Marinita es una mujer como hay pocas... y sería si las hay..., y mientras ha estado contigo, cariñosa y cumplidora como la primera.

—Bueno..., abrevia... ¿Qué ha hecho esa...?

Iba a soltar un disparate, pero se reprimió.

—Tú sabes la trasteaba con frecuencia un señor de León cuando caía por el Palace para sus asuntos... Viudo él, industrial él, y con mucha pasta... El de León, eso no te lo ha dicho ella, se enamoró de Marina como un choto..., si es que los chotos se enamoran..., y le propuso casarse. Primero la advirtió que la llevaría a vivir una temporada con una familia francesa a Bayona, donde él la visitará con frecuencia. Allí aprenderá francés y tendrá una profesora para pulirla y desbastaarla... Y al año o poco más de estar allí con esa familia se casarán.

Tiró el pitillo nervioso.

—Sigue.

—No tengas prisa, hombre... Si esto... Verdad es que ella está por ti hasta el tuétano de sus huesos..., pero tú, Raúl, piénsalo y comprenderás que a nadie le amarga un dulce.

—Ésa es... una viciosa cursi... que no «tie» dos dedos de aquí... —palpándose la frente—, y de aquí —golpeándose el lado izquierdo del pecho.

—Vamos a *ejarlo*, Raúl..., que precisamente porque tiene todo eso y algo más es por lo que ha hecho lo que ha hecho... y es irse sin decirte ni adiós..., después de estrujarse el corazón... Pero, eso sí, después de cavilarlo muchísimo... Que a Marina se le había subido bastante su éxito a la cabeza... Pero sabe por dónde anda y qué terreno pisa.

—¿Y todo eso que te ha encargao a ti no sabe la muy zorra venir a decírmelo a mí..., que es lo natural?... A mí, que soy su hombre..., creo que pa algo más que pa acostarse conmigo fuera de su trabajo.

—Que no es eso, Raúl..., que vas «equivocao», que si ella no ha venido a decírtelo es porque precisamente está colada por ti y no se encontraba con fuerzas para darte cara..., que ocasiones como ésta pasan poquísimas..., viudo, riquísimo, joven porque es un hombrachón... y fino dentro de la clase de industriales..., y bueno, y deseoso al sabor de lo que ella quiera... y pa casarse después de haberla puesto a ella a modo de ser una señora educada.

—Pero cuando una mujer es de un hombre hasta el hondón de su casta..., hasta su sangre gozadora..., todo eso de viudo, joven y rico y «pa» casarse con una, se va a la puñetera porra... ¿Me oyes?... A la puñetera porra.

Metiéndose los puños de la camisa que se le desbocan.

—Además, que ¿por qué no me ha explicado todo eso en una carta..., que es lo que se debe hacer en estos casos, y no que ha tenido que ir a ti..., que por tu profesión y por «too», sí, por «too», por «too», te irás de la «muy» en cuanto salgas de aquí?... ¿Y «pa» qué, «pa» qué tenía que sufrir mi orgullo de macho de que «too» el mundo lo sepa?

—¡Qué poco me conoces, Raúl! Con mi profesión y por mi profesión de..., sí, por qué no lo voy a decir, de alcahueta, lo que se me confía como un secreto delicado va a misa... y si no al tiempo... Y que si ella no te ha escrito no lo olvides que es porque ella con la pluma escribe todo de seguido y no hay Dios que la entienda... Que no es su fuerte la gramática... y eso lo sabes tú.

—Yo no sé nada ni quiero saber nada... Pero soy su hombre y si soy su hombre, soy su hombre, y si lo soy será para algo más que para que me ponga a la puerta y me despida por una amiga... Que a los machos muy machos como a mí lo primero se nos da la cara... y luego, pues luego... viene lo que «tié» que venir..., que es explicotearse y entenderse... y lo que sea.

—Pero hazte cargo, Raúl, hazte cargo... Que la Marinita, pues, pues que no tenía otra salida que obrar como ha obrado.

—Pero si de lo que me quejo es de la salida que ha «toma», por considerarla cobarde, canalla e impropia.

—Pero es que una mujer enamorada, más te digo enchulada como estaba Marinita, puestas las cosas de mogollón, como se las ponía el industrial ese... no..., pues, que no tenía otra escapatoria.

—Ésa no es una mujer, es una cualquiera.

—No sigas, que si te ha hecho lo que te ha hecho es por ser muy mujer..., que, déjate de tonterías, Raúl, que toda puta, por muy puta que sea, lleva en el corazón una cría dormida... y la que menos, por muy tirada que sea, su aspiración es poder ser una honrada madre de sus hijos... y si no, pregunta, pregunta por ahí.

—No tengo que preguntar nada, lo que sé es que si la cojo... me pierdo y la marco pa toda su vida.

—¿No ves?... Me das la razón, pues eso es lo que ella tenía que evitar.

—¿El qué?

—Pues que hicieses un estropicio y la señalaras... y como la vanidad y el orgullo son muy malos consejeros..., pues...

La mujer se vuelve y le mira compasiva y al ver el rostro pálido y alborotado del hombre le consuela...

—Y no te pongas así, que no vale la pena... Que tú eres joven y bien «sac» y no te han de faltar hembras que trastear..., que con el cartel que tú tienes... Pero, hombre, si lo que sobra ahora es mujerío que anda buscando un arrimo.

Le delectó con los ojos...

—Amos, anda..., que en cuanto lo sepan más de una y de dos... vendrán a hacerte proposiciones para que las aparques... Si lo sabré yo...

Él se esponjó orgullosete como un pavón.

—Que después de «too» te deja con la casa y con «too» lo que hay dentro, que a la pobre al irse «too» le parecía poco «pa» su Raúl, y aquí entre los dos me reconocerás que industriales de León ofreciendo ser esposos pasan pocos y cuando pasan hay que aprovecharse y cogerlos..., pues no es «naa» lo del ojo...

—Si es que la Marinita es... es un bombón..., si lo sabré yo.

—Y no olvides eso, que la carrera de una mujer, por muy puta y enchulá que esté, el ideal es ese: un industrial de León que la lleve a una a la iglesia..., que hay que ver lo hermoso que es poder ser una mujer decente.

—Sí..., sí, lo comprendo —reconoce «el Raúl», que está más amansado desde que sabe que es para él todo lo que hay en la casa.

—Te digo, no se ha llevado más que lo puesto... y sus ropas.

—Sí, como buena y generosa lo es la Marinita... Si sobre ese particular no tengo ninguna queja... Pero es que la quiero y me la pide el cuerpo... Es que me la pide..., me la pide...

Y le dio un ataque de nervios y se puso a golpear la mesa y las sillas y si no le hubiera acorrido «la Salomón», lo hubiese pasado bastante mal el mueblerío.

—Dejar a un hombre como a mí, desamparado y pastoso de todas las pullas y chilindrinas del barrio...

—Amos, que no quedas tan mal, que buenos cuartos ha ganado para ti y bien ha sufragado tus cachondeos y tus caprichos..., que fama tienes de caprichoso... si los hay.

—Amos, anda, que esto no «tie» nombre, «Salomón» que esto no «tie» nombre.

Pero cuando recorrió la casa y vio todo ordenadito y en su sitio y recordó que el contrato de la casa estaba puesto a su nombre y que unos miles de pesetas, diecisiete o dieciocho, que tenía en una caja de hierro pequeña seguían allí...

—Si te repito que no se ha «largao» sino con lo puesto... y tres duros en el bolso... y más que hubiera tenido más te hubiese «dejao»..., que «too» le parecía poco «pa» ti, «que “el Raúl” es muy gastoso y muy brincador y farolón su duro..., si lo sabré yo...», me decía la pobre llorando como una «madalena».

—No sigas, que me enternezco.

Se puso pálido, casi verde, casi azul, casi acéreo.

Contempló las cosas con más segura tranquilidad.

—No sé si podré aguantar este golpe —mintió cómico.

—Éste y otros que te den, si te los dan como éste..., se entiende.

—Que tú, a pesar de lo lista que eres, «Salomón», no me tomas muy en serio a la hora de sentir la partida de Marinita y eso no está bien, ni mucho menos...

—La verdad es que yo tengo muy poca creencia en las penas de los hombres... y más si son chulos.

—Pero hay clases.

—Como en todo.

—¿Pero es que el de León, de verdad, se va a casar con ella?

—Toma, por las buenas.

—Pues ha hecho las diez últimas.

—Y que lo digas... Ya ves que el salto es morrocotudo.

—¿Y dónde van a vivir en adelante?

—Supongo que en León.

—Aquello es muy frío.

—Le pondrá el «manús» buena calefacción... Además, que siendo como va ser señora de su casa..., ya el calor o el frío importan poco...

Observa que ha dejado los cubiertos y comprueba con calma y cuenta los dieciocho billetes verdes, y cómo sus trajes siguen en su sitio y su zapatoteca... y descansa... En lo del calzado «el Raúl» era abundantísimo y exigente, pues tenía unos piecitos muy delicados... y para su profesión el vestuario y la zapatoteca cuentan mucho.

Se encontraba ya más reposado y menos nervioso y llegó el momento de la exaltación de la fugitiva.

—Marinita merece eso y mucho más.

«Eso» era el industrial de León, y mucho más..., no sé a lo que «el Raúl» llamaría mucho más... Pero, desde luego, debía de ser una proporción de no va más.

Pero a esta altura «el Raúl» se creyó en la necesidad de ofenderse con un poquito de más violencia, como si lo sintiese y le hubiese calado el dolor hasta el fondo muy fondo de sus entretelas.

—Merecerá esto y más, pero no quita para que lo que a mí, «el Raúl», me ha hecho sea una canallada... Sí, una canallada —y después de observar que la silla que tenía en sus manos era la más vieja de la casa se metió a golpearla con toda inquina contra el suelo.

—Más vale que lo haya hecho así, porque si me lo plantea cara a cara, la mato; por éstas que la mato —y besó ruidosamente una fugaz cruz hecha con el pulgar y el índice—. Porque si se atreve a decírmelo a mí la hubiera escachifollado... ¿Me oyes, «Salomón»? La hubiera escachifollado.

—Bueno, no te excedas, que no es «pa» tanto —le sonrió la mujer.

—Vete y no me pierdas, no me pierdas.

—Bueno..., que te consueles, querido Raúl..., que ya te ha dejado con qué consolarte —le brindó la mujer y miró alrededor.

Más tarde bajó a cenar a una tabernita que se abría enfrente de su casa y en seguida se volvió al nido solitario, pero aún caliente, con la tibieza de la mujer que lo había poblado con su voz y su risa y su presencia itinerante, amable y cachondona... y...

Pero volvió a su casa no por pena ni dolor, sino por vanidad y orgullo de machito vejado, no fuera que le viesan la primera noche de viudez solo y desanillado por donde otras noches iba de compañía y de latiente condominio.

CAMBIÓ de rutas dentro de su acontecer diario mientras vivió con Marinita, y se convirtió en un hijo cariñoso, preocupado de la salud de su pobre madre que ponía ya un pie en la otra orilla. Y todas las mañanas hacia las doce se presentaba por las Vistillas a verla e inquirir cómo seguía.

Celia fue la primera sorprendida por aquel amor desatado y tardío que parecía haberle entrado por su madre.

Raúl era aparentemente cariñoso y zaragatero y muy palabrero cuando le convenía, pero en el fondo, egoísta, cínico y frío. En su entretela no sentía ni amor ni afecto por nadie. Todo en él era cálculo y seco egoísmo.

A la misma Celia la engañó con las frecuentes y preocupadas visitas.

Se sentaba en una silla baja a los pies de la cama de la madre y les refería a Araceli y Celia las más divertidas chirigotas y chafalditas.

Entre la vida y la muerte la consumida mujer apenas si seguía sus gracias y bambochadas...

«Zaca», que solía ir al anochecer, topaba con él algunas veces y no sabía disimular el asco que le producía su presencia.

—Es tan hijo como tú y comprende que le preocupe y quiera saber cómo sigue la madre —le soplabla Celia.

—Sabe que yo vengo a estas horas y que me da cien patadas encontrarme con él, luego debía acortar sus visitas que para ver a la madre y saber cómo sigue no necesita estar aquí toda la tarde y parte de la mañana contándoos toda esa serie de bolas y tonterías con las que parece mentira os entretengáis y os embobéis personas de vuestra edad.

—Eso nos halaga en vez de molestamos, pues indica lo jovencitas que nos conservamos, por lo menos a la hora de la destrucción —recogió Celia—. Y no te molestes, que tan hijo como tú es él y tanto derecho como tú tiene de ver a su madre.

—Pues con esto conseguirá que no vuelva yo por aquí, por lo menos en las horas en que sospeche que está él.

—No tienes razón en querer excluir de casa su presencia, perdona que te lo diga.

Aquel día se fue Raúl después de comer y no recaló por casa de su madre a la noche. Esto dio lugar a que «Zaca» recabase su deseo de no querer encontrarse con él más. «Zaca» se produjo mandón y exigente, desagradando a sus hermanas y a su madre.

—Pero si sabes que le adoro... ¿Por qué me vas a impedir que le vea? —le lloró la madre.

«Zaca» se dio cuenta había ido demasiado lejos y besó a su madre arrepentido, le dio mil explicaciones y le pidió perdón al darse cuenta del dolor que le causara...

—La vas a matar a la madre con tus odios..., y tú verás —le planteó Celia.

A la madrugada la madre se había agravado con el disgusto y hubo que llamar precipitadamente al médico.

Celia llamó por teléfono a «Zaca» y se desahogó con él.

—Eres un criminal..., ¿me oyes?... un criminal y no vengas más por aquí porque ni la madre ni nosotras queremos verte más.

Pero la madre salió adelante y se fueron sosegando los ánimos.

Como «Zaca» ayudaba a su madre y al gasto de la casa y de la enfermedad, no escatimando nunca nada de lo que necesitasen, hubieron de perdonarle y hacer la vista gorda sobre sus fraternales odios, envidias y manías.

Por entonces Raúl se fue haciendo más simpático y disculpable a las hermanas con su gracejo cariñoso y sus atenciones a la madre...

—Él nada dice contra «Zaca» cuando se encuentra en casa con él... y tampoco cuando está ausente se mete con él —les hizo observar Araceli.

—Pero no es eso, son cantidades heterogéneas los dos... y sería bueno que Raúl se metiese con «Zaca». Escucha: Raúl tiene mejores sentimientos de lo que yo creía..., pero tiene de qué callar.

Al ver al hermano allí asistir en los últimos momentos a su madre, apenado y con aparente amor por ella, Celia le creyó otro tipo de hombre, pero se equivocaba.

El golpe de Marinita cuando se encontraba con ella en la cumbre de su satisfecha y dominadora vanidad de chulo-tenorio, le sacó de sus casillas y le blandeó su ímpetu. En los primeros momentos tuvo miedo a las sonrisas y a las pullas de los compañeros de gremio... y creyó más conveniente agazaparse en su casa con el pretexto de la gravedad de su madre. Pero no es que sintiese por ella ningún afecto. Mirándose dentro el Raúl se encontraba de una frigidez de hielo ante toda su familia. La verdad es que ahora, más que nunca, no sentía la más leve consideración tierna y amorosa por nadie. Sólo por él sentía una agrandada consideración y estima. En el fondo experimentaba por cosas y personas un absoluto desprecio. Nada de nada le interesaba si se exceptuaba su repajolera personilla. Ir bien puesto y atendido y alimentarse y descansar lo suficiente para el adorno y hermoso de su retrechero cuerpo era lo único que le preocupaba. Poder ocupar sus horas a su placer sin vivir atosigado por nada era su satisfacción y el fin a que tendía. Era un tanto Narciso y le placía arregostarse en el espejo de sus propios encantos.

Ahora, esta temporada en que se preocupaba por la madre, pues los anocheceres que no podía ir preguntaba por teléfono cómo seguía, le ha hecho a Celia pensar que es otro hombre movido por un corazón de finos y filiales sentimientos...

Hasta aquella noche en que, visitando una cueva de cante y baile flamenco, antes de traspasar el umbral, dieron sus ojos con «Zaca» a la vera de una mujercita preciosa, sentado a una mesa ante una botella de champán.

Se plegó a la pared para que no le sorprendiera su hermano y miró a la mujer para retener su imagen...

«Está con ella de una forma usadera y como si la tratase de antiguo... Si ya me extrañaba que viudo y con tanto parné fuese este “Zaca” tan santo varón como para dejar que se le consumiese la velita sin probar lo que es bueno... Y en cuanto a ella..., esa cara la conozco... Buen palmito», pensó, «y buen tronco», añadió cuando

la vio erguirse y enarcarlo.

La contempló un gran rato hasta embeberse y empaparse de sus ojos y de su boca y de su frente y de sus pechos... y de su traza toda. «No se me despinta ya», se dijo. «Conque “Zaca” dedicado a la crápula y con una muchachita al fondo, vaya el muy picarón», y le ganó una densa carcajada que la contuvo y la sofocó hasta escabullirse y salir a la calle.

Se fue a su casa y se acostó, porque el acontecimiento era como para saborearlo y sabrolearlo solo...

«El trifaldín de mi hermano metido en estos trotes, menudo pedazo de farsante... Qué ganas de ensuciar su incipiente vejez con el ridículo...». Pensó en sus años, en los de «Zaca», pero los abandonó en seguida porque era tener que meditar en los suyos y no tenía ganas de hacerlo...

«Y claro es que con su facha y su fecha sólo a fuerza de cartera podrá conseguir los favores de una nena tan... tan favorecida...

»Raúl, no eres Raúl si no se “la pisas” en seguida.

»Es estúpida la actitud de ciertas gentes de creer que se puede uno ir de esta vida sin darle su parte al cuerpo... Y es que el que no la corre de joven, la corre de maduro... Y el que insiste tenaz en su postura de virtuoso acaba corriéndola de viejo..., y es que ¿hay algo más triste y menos elegante que una senectud encharcada?... Y pásese usted la vida trabajando obseso y sin mirar alrededor para llegar a las puertas de la vejez sin saber lo que son dos muslos de mujer en su función de amorosos carriles..., ni..., ni..., ni tantas cosas que pueblan la tierra que pateamos. Esperar a la cincuentena muy corrida para disfrutarlas es ponerse en ridículo. ¿Pero este pedazo de “Zaca” dónde ha tenido los ojos?... Porque claro, los que hemos creído que esta vida es para algo más que para trabajar y sufrir... Los que creemos que “el goce”, como sostiene un amigo mío periodista..., es “la primera fuente de conocimiento”..., pues que nos quiten lo bailao, que eso llevamos por delante».

En su intimidad pensante era cínico, frío y canalla, «el Raúl», y lleno de malas pasiones que al exterior disimulaba y vestía de fraseo simpático y aparentes buenos sentimientos. Pero era un granuja redomado, sin el más ligero atisbo moral. Ahora, no era vicioso. Fumaba muy pocos pitillos, tres o cuatro al día, como postre de las comidas. Bebía muy poco, algún chato de blanco y un par de vasos de tinto ayudando los alimentos. En verano alguna caña. Ni con las mujeres se entregaba hasta extremos peligrosos. Administraba su salud y sus encantos como experto financiero. Y hasta tenía el salutífero capricho de irse a la Sierra a pasar el día de asueto con la jaca de turno muchos fines de semana...

La vida hay que gozarla «en pequeñas diócesis», como decía un amigo de él, requeté. Sentencia que siempre siguió «el Raúl».

Aquella noche, serían las doce y media cuando su madre se puso tan mal que entró en franco coma.

Celia llamó a «Zaca» y a Raúl. A Raúl no le había sentado bien un bonito que cenó en una tasca y se había acostado pronto, y lo halló en la cama.

Se vistió y partió en seguida a casa de su madre. De la morada de «Zaca» le contestó la sirvienta:

—El señor no ha cenado en casa.

—¿Y no sabe usted dónde estará?

—No ha dicho dónde iba el señor.

—Pues déjele una nota indicándole que su madre está gravísima.

Raúl, el golfante, asistió compungido a la muerte de su madre.

«Zaca», mientras tanto, bien acompañado, se embecía de música frívola en un restaurante-jardín de los alrededores.

Cuando llegó de madrugada a su casa y leyó la nota que le dejara la sirvienta se echó presentidor a la calle...

«¿Y si mi madre se hubiera muerto mientras yo cenaba con mi amiguita?...».

«Llegas tarde..., tarde», le iba susurrando la conciencia. «Tarde..., tarde».

No funcionaba el ascensor a aquellas horas y hubo de echarse al colete más de cien escalones.

Llegó acezante.

«Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...».

Oyó al abrirse la puerta.

Un sollozo enorme le convulsionó pecho arriba.

Se abalanzó sobre el cadáver y permaneció besándolo y desahogándose un rato.

—¡Madre!, ¡madre!

Los hermanos le miraron cogitabundos, silenciosos...

—Déjala ya..., anda —le conminó Celia, seca.

Al volverse tropezó con la mirada despreciativa de Raúl. Araceli mojiqueaba en un rincón.

Sorprendió a la vecina de la otra mano, de rodillas ante la muerta con un rosario entre los dedos, rezando en voz alta.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros...

Y a los hermanos contestando:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Y las voces unidas ahogaron sus apretados lamentos.

«Zaca» hundió su barbilla en el pecho, hecho pura congoja y remordimiento.

—Dios te salve, María...

Era la voz de Araceli, desgarrada y lamentosísima la que más resalía. La de Raúl era sorda e imprecisa, como un runrún. Ése no sabe las oraciones, pensó «Zaca».

Celia, al musitar las preces del rosario, cerraba los párpados.

La muerta, en su inerte decúbito supino, asomaba la cortante proa de su nariz... Una mosca le rondaba la frente.

Celia se acercó y se la oxeó con la mano.

Hacía calor, un calor profundo, y empezaba a mal oler. Al fin terminaron el rosario y salieron del cuarto dejando a la muerta envuelta en la quejumbre de Araceli.

—¿Pero dónde te has metido? —le preguntó Celia a su hermano—. Madre te buscaba con los ojos antes de morir.

—He cenado con unos profesores, luego hemos hecho sobremesa..., y lo que menos me figuraba.

Le miró, incrédula.

—¡Ay! «Zaca», «Zaca».

Se fue hacia la ventana y la abrió.

Se le acercó Raúl a Celia.

—Yo me voy..., ¿cuándo será el entierro?

—Creo que a la tarde... Ve tranquilo que ya te avisaremos.

—De todas formas yo vendré más tarde.

Ofrecía el rostro seco y compungido.

Dejó un adiós para todos.

Ismael sacó una pitillera y le ofreció a «Zaca» un cigarro.

«Zaca» le dio fuego y fumaron los dos.

A las diez de la mañana estaba Raúl de vuelta. «Zaca» se había acostado un rato en casa de la muerta y se acababa de levantar. No durmiera nada con el remordimiento y la angustia de no haberse podido despedir de su madre.

Sólo tirarse de la cama se acercó y la dio un beso.

Hedía horriblemente y sintió una onda de asco, pero era su madre y se sobrepuso... A los pocos instantes volvió al cuarto y la besó otra vez, domeñando su repulsión e imponiéndoselo como un castigo.

Raúl le observó y se sonrió socarrón.

A «Zaca» le trepó la sangre a los ojos.

—¿De qué tienes tú que sonreír?, ¡so bellaco!

—De ti, que eres un farsante.

Se fue sobre él y le agarró con las zarpas de sus dos manos el cuello.

Raúl flexionó los pies y se los clavó distendidos en el bajo vientre.

Cayó «Zaca» de espaldas sobre la cama de la muerta y el cadáver dio un respingo funambulesco.

Araceli pegó un grito espantoso y recogió a la muerta antes de que se viniese al suelo.

Celia surgió en el momento en que «Zaca» se abalanzaba de nuevo sobre Raúl.

Se fue sobre «Zaca» y le arañó y le tiró de la chaqueta.

—Miserable, que no tienes respeto ni a tu madre muerta..., ni a tu madre muerta.

Le agarró del cuello de la camisa y le tiraba hacia fuera intentando despegarle de Raúl. Pero su fuerza era enorme y echó a un lado a la hermana de un manotazo. Luego cayó sobre Raúl, feroz, aplastándole y pateándole. Raúl le mordió en los dedos

de la mano, que le sangraban.

—¡Canalla!, ¡mala víbora!... Eso es lo que harás tú, morder..., morder.

—Matarte es lo que voy a hacerte, por sapo.

Pudo zafar un brazo, y cogiendo una botella de agua oxigenada que había en una mesita le golpeó la frente a «Zaca». Le abrió una brecha enorme, por la que sangraba ofuscándole la vista.

Soltó las manos que ya acogotaban a Raúl y se desvaneció.

—Ni ante la madre muerta tenéis respeto, ni ante la madre muerta —rugía Celia.

—Sois un par de granujas los dos..., los dos un par de granujas —les aulló Araceli.

—¡Hala, fuera, fuera de aquí! —y los echó del cuarto.

Centraron el cadáver de la madre y atusaron la cama.

Sacaron casi a rastras a «Zaca» y los llevaron al cuarto de aseo.

Era superficial la herida.

A Raúl le conminó:

—Vete y no vuelvas más por aquí. —Pero luego recordó que a las cuatro era el entierro de la madre y como hijos habían de presidirlo, y se echó a sollozar.

Más tarde les gritó:

—¡Haced lo que queráis!

Se tiró en el suelo y le dio un furioso ataque de nervios... Su marido había salido..., y estaban las dos hermanas con los dos hermanos en la casa.

En esto sonó el timbre y fue Araceli a abrir.

Eran los de la funeraria con la caja para la muerta.

Los pasaron a la habitación y colocaron a la difunta en el féretro.

—Está muy consumida, no pesa nada... Ha debido de sufrir mucho esta mujer —dijo uno de los empleados.

El otro le miró, como diciéndole: «A qué hablas y opinas; ya sabes las órdenes que tenemos del jefe de cumplir nuestro trabajo sin rechistar».

«Zaca» se fue recobrando.

En esto llegó «Isma», y su mujer se lo llevó a su cuarto y le contó lo ocurrido.

—Pero estos hermanos tuyos se odian a muerte.

—Sí.

—Pero ni ante el cadáver de su madre...

—Ni ante los restos de la madre; ya ves.

—¿Pero están locos?

—No lo creas.

—Verás, te lo he contado..., aunque me da vergüenza, para pedirte que cuando se forme la presidencia del duelo te coloques tú entre los dos y vayáis así hasta despedir el duelo en el camposanto.

Le miró suplicante.

—Prométemelo.

—Estate tranquila, que lo haré.

—Me quitas un peso de encima —le confía la mujer.

«Zaca» se fue poco después.

—¿A dónde vas? —le preguntó Celia.

—A tomar algo por ahí.

—No olvides que el entierro es a las cuatro y que lo habéis de presidir los dos.

Le buscó la expresión a ver cómo reaccionaba.

—Bueno..., antes habré vuelto.

Araceli preparó un comistrajo para los que quedaron en casa.

Al «Raúl» la lucha le abrió el apetito, porque comió mucho y con ansias..., y bebió de firme.

Celia le miraba asustada.

Luego levantaron la mesa y las mujeres se fueron a la cocina a tomar sendas tazas de café.

Ismael se acostó un rato.

Celia pasó en seguida por la alcoba a ver si necesitaba algo.

—Luego, cuando te vistas, no olvides que en la mesilla te he dejado los gemelos.

—Bien.

Se fue, y con Araceli se despidieron por última vez de la muerta.

La ventana estaba abierta de par en par, porque el hedor era pútrido.

Araceli lloraba mansamente.

Sonó el timbre; eran don Sergio y su mujer, Lolita... Más tarde sonó de nuevo: eran don Mamerto y su esposa.

Lolita se acercó a la muerta y separó el pañuelo que la velaba. Tenía tumefacto y palidísimo el rostro.

Lolita se creyó en la obligación de decir:

—Parece dormida.

Celia la miró con un desprecio y un asco profundos. Pero se volvió y se dejó invadir por la pena, una pena desesperada.

Acercó su pañuelo a las narices y se retiró del cuarto.

Luego llegaron las chicas de las tiendas.

Raúl tuvo para ellas unas miradas calculadoras..., cinegéticas.

Sonó el timbre y era «Zaca»...

Araceli surgió y avisó.

—Está el coche abajo.

—Hay que esperar a los curas —le advirtió Celia.

Subía de la calle un pequeño murmullo.

Alguien abrió la puerta y acusó su presencia el silencio hondo y afilado de la escalera.

Ahora parecía más redondo el murmullo de la calle.

Araceli se asomó un poquito. Luego susurró:

—Están ya los curas..., están los curas.

En seguida sonó el timbre. Eran los empleados de la funeraria que venían a hacerse cargo del féretro.

Sollozó Araceli; sollozó Celia.

Los vecinos las retiraron y se las llevaron a la salita mientras sacaban la caja.

En la calle se oyó el arranque de un coche de caballos.

En seguida los curas, de blanco y negro, empezaron a andar a los lados del cortejo dando al aire las alas de las sobrepellices, y entre el sonoro braceo de los caballos echaban al aire las fúnebres serpentinas de sus latines.

C ELIA se fue serenando y sofocó, poco a poco, el anhelante deseo de un hijo. Plegóse a su marido con una voluntad de amorosa continuidad. Pensó que para la mujer lo esencial del matrimonio debe ser el marido y se embarcó en su cariñoso amor con un deseo de intuitiva compenetración. Los unía una latiente y enamorada presencia. Le quiso más que nunca y le deseó con un orgasmo inapagable. Se miraba en él como en tranquilo y aplacador espejo. Resignóse a la voluntad de Dios y se fue haciendo a la idea de que el matrimonio puede ser perfecto sin el regalo y premio de la continuidad de los hijos. Y que hay que ser humildes y aceptar lo que la vida de cada uno le quiera buenamente dar...

Le entró un como deseo de que ya que no los tenía ella, los hubiesen las demás. Aceleró el noviazgo de su hermana Araceli, que llevaba ya tres años de relaciones con un empleado de una abacería del barrio.

Una mañana, antes de que fuese al mercado a hacer la compra, la conminó:

—Eso vuestro, dile a tu novio que a ver si os casáis en seguida o lo dejáis..., que ya está bien tres años de perder el tiempo..., y de sofocones en los quicios de las puertas..., y por los cines..., conque ya lo sabes.

—Estamos esperando a que le suban a él el sueldo.

—Dalo por subido.

—Pero no tenemos piso.

—Hasta que lo encontréis os metéis aquí..., y ya nos arreglaremos.

—Tú lo pones todo tan fácil.

—No estoy dispuesta a que una hermana mía consuma y esterilice sus mejores años estúpidamente; conque a casaros en seguida y a tener hijos.

—Bueno, mujer..., no empujes —le dice la otra, guasona.

—Esta noche tráelo por aquí y hablaremos.

Poco antes de cenar se presentó Araceli con su novio. Raimundo se llamaba. Tenía un aire mansurrón y pastueño...

—Yo por mí..., deseandito..., doña Celia..., pero... —y frotaba las yemas del pulgar y del índice con pretensión dineraria.

—¿Qué necesitáis?

—Como necesitar..., como necesitar... A mí, la verdad..., creo que lo mejor es que se entienda con su hermana..., ella se lo dirá.

Al mes de este tanteo los había casado ya Celia. Y los metió en casa.

Raimundo era apocado y silencioso y en las comidas tomaba el agua con unos polvos de litines, y él mismo hacía las mezclas.

—Te voy a pedir un favor: que las mezclas las traigas hechas de la cocina —le dijo Celia el primer día que comieron juntos los dos matrimonios.

—¡Ah! Bueno..., bueno.

Estaba enfermo del estómago Raimundo y la cara se lo evidenciaba.

Deglutía los alimentos con una rumia inacabable y desesperante.

A Celia le llevaban los demonios.

Araceli se dio cuenta y le dijo un día:

—Es que le ha recomendado el especialista que coma despacio y que masque bien.

—Por Dios..., pero no acaba nunca.

—Qué quieres.

Terminaron dándole de comer aparte.

Pero él no se quejó de esta medida. Era mansueto, bueno y servicial. Le pedía pocas cosas a la vida y se encontraba con su mujer tan ricamente en aquel hogar.

A los pocos meses Araceli apareció embarazada... Es curioso, pero esto le irritó a Celia.

—¡Hija de Dios, qué prisa tienes! —se quejó.

—Si vienen..., yo qué le voy a hacer.

Pero al poco tiempo el bombo fue descomunal.

Raimundo iba y venía a y de su trabajo, rutinario y silencioso.

Celia le observaba... «Pero este hombre que tiene cara de acelga recocida y parece que se le van a desmontar las piezas del cuerpo, vale para tener hijos, y mi “Isma”, que es un sol de hermoso y deslumbrador, no... tiene bemoles...».

Y cuando llegó el momento fueron gemelos, dos chicos pateantes y llorones.

La tía Celia estuvo a punto de arrojar uno por el patio.

—Vamos, ya está bien.

Su madre se dio a sollozar.

—¿Y qué quieres que le haga yo?

—No, si tú no tienes la culpa.

Raimundo seguía rumiando con una apacible lentitud bovina.

—Unos no tenemos ninguno y otros los soltáis por pares como conejos —se lamentaba Celia, mientras los bañaba y fregoteaba.

—Te puedes quedar con uno, si quieres —le dijo su padre—; te lo regalamos...

—¿Con quién has «contao»?... ¡Semejante fresco!

—Digo; no hace un año que nos hemos casado y los empiezas a soltar por parejas... Tú me dirás dónde vamos a este paso.

¿Pero para qué necesitaban regalárselo? Si los tenía allí y ella ordenaba y disponía todo y pagaba todo, y se hacía lo que la tía quería.

Raimundo se alzaba de hombros y seguía rumiando. Hasta cuando no comía le habían quedado a sus mandíbulas un traqueteo traslaticio, de rumia.

A veces no podía más Celia y le gritaba:

—¡Ya está bien..., eh!

—¿El qué está bien? —preguntaba el hombre despavorido.

—¡Que te estés quieto con esas mandíbulas y no las muevas más, que me pones frenética!

—Es un hábito, ¿sabes? Un hábito.

—¡Pues a ver cuándo acabas con él..., por lo menos en mi presencia!

—Lo veo difícil, ¿sabes?...; Después de tantos años, lo veo difícil.

—¿A ti no te saca de tus casillas? —le preguntaba a su mujer.

—A mí, no...; me he acostumbrado ya.

A los diez meses de los mellizos, tuvo Araceli una niña.

La tía se enterneció y acongojó más que la madre de la cría.

Era rubia y de ojos claros.

—¿A quién se parece?... —preguntó Araceli sólo soltarla.

—Felizmente a ti —le aseguró Celia.

—Te advierto que a mi Raimundo no le encuentro tan mal como tú le encuentras.

—Será que te has hecho a él de tanto verle.

—Ves, por lo menos sirve para tener hijos..., que no ha servido el tuyo, que es... tan orondo y tan guapo.

—Tú qué sabes... si no soy yo la que tiene la culpa.

Araceli se calló.

Celia en vez de reaccionar violentamente quedó tocada y entristecida.

En su trabajo en la tienda no dio pie con bolo y se lo notaron sus dependientas.

—Tiene usted mala cara, ¿qué le pasa? —le preguntó Cristina.

—Será que no he descansado lo bastante.

Pero al cuarto sobrino, que fue varón, se irritó.

—Hija, lo tuyo no tiene límite... Debías de poner un poco cuidado, porque al paso que vas...

—¿Y qué quieres que le haga?... —y se le echó a llorar.

—Anda..., no seas chiquilla —y la besó mimosona.

—Unas no tenemos ninguno y otras con ver un calzoncillo de vuestros maridos aparecéis ya embarazadas...

—Qué cosas tienes.

—Es la verdad.

Se producía desasosegada y nerviosa Celia. Amaba a los sobrinos, sobre todo a los gemelos, fuera de toda medida. A pesar de haberse repartido para los dos una placenta, venían sanos, grandes, fuertes y hermosos. La tía Celia se anegaba en ellos. Todo le parecía poco para su limpieza, alimentación y cuidado.

—Éstos déjamelos a mí; yo me haré cargo de ellos... Corren de mi cuenta para todo.

A Ismael le avergonzaba y le molestaba un poco aquel desbordamiento de su mujer hacia los sobrinos.

—No te preocupes tanto por ellos, que ya tienen su madre.

—Pero es de muy poca disposición para los hijos.

—Pues que se arregle como pueda, que tú tienes tus asuntos que atender.

—Pero es que me da... no sé qué... ver cómo se embarulla en seguida... Luego ¡tiene una pachorra! Nunca ha sido muy activa, pero desde que se ha casado y ha empezado a tener hijos le ha entrado una cachaza...

—Pero por atender y preocuparte de sus hijos no vas a tener tú la tienda semiabandonada, que Cristina es una muchacha muy dispuesta y de la casa...; pero no se puede un día sí y otro también faltar del negocio a las horas de más venta, por muy adictos que sean los empleados.

—No..., si tienes razón.

Más tarde le contemplaba con gustosa demora y se reiteraba: «Este hombre tan esplendente y hermoso no me sirve para lo que es válido cualquier hombre vulgar».

Y en adelante cuando volvía Raimundo de su tienda de ultramarinos, empezó a mirarle casi con veneración y hasta terminó pareciéndole simpático su traqueteo rumiador.

—Espera un poco si no tienes prisa y comemos todos juntos —le dijo un día Celia... Y tenida en cuenta su prolífica capacidad volvieron a una vida de normal consideración.

La muerte de su madre y el comportamiento feroz de «Zaca» había hecho ganar a Raúl en el aprecio de sus hermanos.

—Tiene mejor corazón del que yo creía —le planteo una tarde Araceli a Celia.

—A ése también le van pasando los años —fue todo el comentario de Celia.

—Pero a otros, el tiempo, en vez de hacerles mejores, acaba llenándolos de maldad.

—No es lo normal.

—Pero reconocerás que «el Raúl», mientras estuvo la madre muriéndose, venía aquí todos los días a acompañarla y no se acostaba sin llamar para saber cómo seguía... Y demostró quererla... Mientras que «Zaca», con todos su millones, no fue capaz de dominar el odio que le tiene, y recuerda la trifulca que se armó el día del entierro.

—A «Zaca» le trastornó la muerte de «Casita»... y anda desde entonces desmandado.

—Ahora lo has dicho... Pues que se sujete; él que tiene tanta ciencia y tanta sabiduría..., que si no le sirve para eso...

Quedó por entonces una vivienda libre en la misma planta donde vivían en las Vistillas y la tomaron, pues Araceli soltaba los hijos ahora un poco más espaciados, pero rítmicamente.

«El Raúl» venía a verlas alguna vez y comía con las dos familias.

Llegaba atildado y pulido, bien calzado, y con la raya del pantalón impecable.

—Te vas quedando sin pelo —le aventuró un día Celia, casi con satisfacción.

—Y no sabes lo que lo siento... —pero se sonrió.

—¿En qué trabajas ahora? —le preguntó Araceli.

—En lo de siempre —le contestó cínico.

—Pues ya es hora de que cambies de profesión —le suelta Celia.

—¿Tú crees?

—¡A ver qué vida!... Que los más jóvenes vienen pegando...

—Yo no lo noto.

—¡Qué fresco! —le dice Araceli y se echa a reír.

—En fin... Vamos a dejarlo —le sonrío Celia.

—Como quieras. —Ahora se ladea y le dice a Celia:

—¿Sabes que el matrimonio te ha sentado muy bien?

—¿Pues?

—Porque te ha «hermoseao» y «aguapao» más..., si cabe.

—Gracias.

—Es el gran problema de España el riego; mientras no reguemos más gachís y más tierras... estaremos perdidos... El riego es la madre de toda felicidad..., convenceos...

—Hablas a unas convencidas —le sopla Celia con sorna.

Está en Barcelona Ismael y comen las dos hermanas y Raimundo con «el Raúl».

—¿Le ves a «Zaca»? —le pregunta Araceli.

—Desde que tuve lo que tuve ante nuestra madre de cuerpo presente, no he querido saber nada de él.

Celia le mira sin decir nada.

—¿Hay alguna mala noticia de él? —pregunta Raúl.

—¿Por qué van a ser malas las noticias que haya de él?

—No, por nada —disculpa Raúl.

—Lo que debía es casarse, para no estar solo... Sobre todo, teniendo el dinero que tiene —opina Araceli.

—¿Pero sigue viudo? —pregunta Raimundo.

—Sí, sigue viudo —le dice la mujer.

—«Isma» y yo comimos con él, en su casa, hace unos días —les cuenta Celia—, y le encontré muy desmejorado..., muy nervioso...

—Es que ya no es un chaval —señala el cuñado.

—¿Qué años tiene? —pregunta Araceli.

—Quince más que yo —afirma Raúl.

—¿Y si cambiáramos de conversación? —les suplica Celia.

La chica les sirve el café.

Raimundo toma una copita de coñac. Pero cuando le van a servir a Raúl, extiende una mano horizontal, prohibitiva, sobre su copa vacía.

—¿Qué?... ¿Eres abstemio? —le pregunta el cuñado.

—Soy de Madrid —le ríe Raúl.

—Pero no tienes vicios... Casi no fumas ni bebes... Un hombre como tú lo que debía hacer es casarse.

—¿Por qué?

—Pues por eso, porque no tiene vicios.

—¿Y si los tuviera?

—Si los tuvieras es otra cosa..., pero como no los tienes.

Raúl, mirando zumbón a su hermana Celia:

—¿Tú crees que soy un hombre ejemplar?

—Hombre ejemplar, precisamente, no diré yo que seas.

—¿Entonces qué soy?

—Un vivalavirgen, Raúl, un vivalavirgen —le define Araceli.

—Pero ya es tarde para dejar de ser el que soy..., ¿no creéis?

—Siempre es tiempo para enmendarse —le propone Araceli.

—¿Y tú qué opinas? —le hurga Raimundo a su cuñada.

—Yo no sé... Yo me lavo las manos.

Más tarde mira a su hermano con complacencia.

—Tengo el coche abajo... Te llevo donde vayas.

—Me llevas donde quieras, estoy libre.

—¿Tú no trabajas por las tardes? —le pregunta ingenuo el cuñado.

—Ni por las mañanas —le añade su mujer.

—Qué más quisiera que vivir sin trabajar... Pero son muchos los quebraderos de cabeza que me angustian en estos momentos.

Celia le mira seria..., luego se sonrío:

—¡No tienes arreglo!

—La vida está para todos muy achuchaílla..., creedme.

—Por la vitola que traes, a ti te debe ir todo bien.

—Esta temporada he sufrido mucho...

Lo dice echándole travesura a la voz, convencido.

—No tienes perdón de Dios... —le dice Celia.

—También yo tengo mis contrariedades y mis penas y mis agonías..., que no soy de palo.

—Pues guárdalas para ti, que también los demás las tenemos —le corta Celia.

—No, no he dicho nada.

—Cuéntanos qué angustias y qué penas tienes tú.

—Anda, vamos..., que yo tengo prisa —al mismo tiempo que se pone en pie Celia.

Hace un gesto guasón, dejativo, como diciéndole a Araceli: «Ves..., es tu hermana la que no me consiente explayarme».

Se yergue fachendosillo.

—Bueno, hermana bonita..., que sigas aumentando la prole.

—No la desees eso ni en broma —recoge Celia.

—Adiós, Raimundo.

—Con Dios.

Araceli le hace un arrumaco.

Salen y descienden la escalera.

Suben al coche.

Celia empuña el volante y arrancan.

—¿Dónde te llevo?

—Donde quieras; en cualquier sitio que me dejes quedo bien.

—¿Pero qué tienes que hacer ahora... y dónde?

—Si lo supiera... —y le mira melancólico.

—Comprende que así a tu edad no se puede vivir.

—A mi edad, a mi edad... Ni que tuviese sesenta años.

—Pero ya los tendrás..., y como no te preocupes ahora, entonces será el deplorarlo todo.

—No me gusta que me mienten los años, que bastante tramposos son.

—¿O es que pretendes que a la vejez te mantengamos las hermanas?

—Soy lo bastante orgulloso para, si llegara el caso, morirme de hambre en una esquina.

Mirándole socarrona.

—Vamos a dejarlo.

Contempla a su hermana zaragatero pero dolorido.

—Créeme que esta vez estoy «toca»... y sufro lo mío.

—¿Pero me vas a hacer creer que estás enamorado?

—Lo estoy... y lo agrava y me mortifica el que me haya dejao tirao como una colilla.

Celia suelta la carcajada y a poco si se van contra un camión detenido.

—Bueno, para... Todo menos que no me tomes en serio.

—¿Pero te ha dejado por otro?

—Sí..., pero para casarse —aclara.

—Ha hecho bien.

—Te diré... Después de haber sacao casi una señorita de la que no era... «naa»..., «naa»..., «naa»..., podía haber...

—... Seguido dejándose explotar.

—¡Alto, eh!... Que yo no las exploto... Yo las enamoro... y las doy gusto... y las defiendo... Eso es, las cobijo, las administro y las defiendo.

—¿Y el gasto, por cuenta de quién corre?

—Eso..., lo material, no tiene ninguna importancia.

—¿Cómo eres tan cínico?

—Pero es que si no lo hago yo... lo va a hacer otro..., que hay fila para estos puestos.

—Si la policía os detuviese a todos y os cortase el pelo al cero y os pusiese a arreglar carreteras..., que están llenas de baches y de curvas..., por lo menos tendríamos mejores comunicaciones.

—Para, para el carro... Yo soy un hombre necesario y útil a la sociedad.

—Y a ellas también les cortasen el pelo y las obligasen a llevar un cinturón de castidad... y las metiesen a trabajar, pero de firme, hasta derrengarse los riñones..., otro gallo nos cantaría.

—No me comprendes o no quieres comprenderme.

—Te comprendo demasiado... y me das asco.

Se ojean violentos.

—Parece mentira que seamos hermanos —le dice él.

—Sí, parece mentira.

Celia da un frenazo profundo para evitar atropellar a un anciano.

En seguida acerca el coche a la acera.

—Anda, lárgate.

—¿Pero aquí?... Si...

—He dicho que te largues.

Se lo exige tan tajante que él abre la portezuela y desciende.

—Adiós —le dice.

Pero la mujer arranca sin despedirle.

A las tardes solía ir por la perfumería de Serrano. Aprovechó que en aquel momento había un hueco para estacionar su coche cerca de la tienda y lo dejó allí.

Sólo entrar oyó la voz de Lolita que discutía con Sergio, su marido.

Se volvió y le sonrió.

—Celia, guapa, llegas a tiempo.

—¿De qué se trata?

—Tú, que eres mujer de gusto, le convencerás a mi marido.

—Pero ¿de qué se trata?

—Le prometí regalarle a Lolita un abrigo de piel para esta primavera... y creo que un abrigo de astracán es lo más señor y elegante dentro de nuestras posibilidades.

—Y yo pretendo un visón, como es natural... Porque, díselo tú, cómo un astracán para una mujer de mi edad y de mi tipo no le va... Convéncele tú, Celia, guapa... ¿Cómo voy a salir yo a la calle con un abrigo de astracán?... En cambio, dentro de un visón gris, por ejemplo..., que por cierto me ofrecen uno monísimo y baratísimo...

—Baratísimo, y son cuatrocientas mil pesetas.

—Era de medio millón y la que lo vende, que es la mujer de un industrial catalán, pagó por él en París medio millón de pesetas... y apenas si lo ha usado media docena de veces... Es un sol de abrigo... y está nuevo, nuevísimo... y es una ocasión y una ganga, como ves, Celia querida..., y...

Le entró una rabieta tremenda y desgarró el pañuelín con las uñas y se dio a llorar.

—Comprende, Celia, que yo no me puedo gastar más de cincuenta mil pesetas, que es lo que me cuesta el abrigo de astracán nuevo que le ofrezco.

—Yo me hago cargo..., pero de verdad lo que le va a Lolita con su tipo y su edad... es el visón ese de la catalana. El gris del visón le hará la silueta aún más grácil y elegante. Será un sueño de mujer dentro de ese abrigo... y junto a ti, querido Sergio, haréis una pareja encantadora. Creo que vale la pena de que hagas un pequeño sacrificio y se lo compres.

—Pero sería mi ruina, porque yo no puedo hacer ese dispendio... que me

obligaría a...

—Por Dios, Sergio, con el crédito que tú tienes... Lo que necesites sabes que te lo ofrezco yo... Por ver a esta mujer tan linda y elegante, contenta, qué no haría una buena amiga... —le tiró a Sergio.

Sergio hubiera pulverizado a Celia, pero se contuvo.

Se volvió a su mujer y enérgico la propuso:

—Haz lo que quieras, pero más de cincuenta mil pesetas para comprar el astracán no te doy... Y que se te quite de la cabeza esa locura del visón, que tu marido no tiene ni posición ni entradas para esos lujos... ¡Y basta ya de ataques nerviosos y de lágrimas!

A Lolita, al oír las palabras terminantes de su marido, le dio el ataque más fuerte. Se desprendió de los zapatos y los arrojó lejos y le dio una pataleta frenética. Se rasgó la blusa y empezó a insultar y a llamar cabrón a su marido.

Entre Celia y las chicas la retiraron y la metieron en la dirección.

—Escucha, Lolita, habrás observado cómo he hecho todo lo que he podido por ti..., pero no creo que es éste el camino a seguir con tu marido... y menos en estos momentos en que sin duda está un poco apurado. Sé más suave con él y espera un momento más propicio, que siempre con halagos sacarás más que con violencias, sobre todo con un hombre como Sergio... Y ahora no insistas, trágate esas lágrimas y déjalo para mejor coyuntura..., que ocasiones no te han de faltar.

—Pero es que yo quiero el visón..., yo quiero el visón... Si no me lo compra peor para él... Ya buscaré yo quien me lo compre.

—En ese caso yo me retiro y retiro todo lo que te he dicho.

En esto entró una de las dependientas con los zapatos que había tirado por alto.

Lolita seguía enrabiada, chillona, amenazante e insultadora y Celia se despidió.

—Bueno, guapa..., ya se te pasará.

La besó en una mejilla y la dejó con una de las chicas.

—Adiós, Lolita, preciosa... Y cógele las pesetas para el astracán..., no te vayas a quedar sin los dos..., que del astracán siempre te sería más fácil saltar al visón.

La mujer cesó de llorar y, mirando a Celia con un ojo cerrado y el otro abierto y todo el rímel corrido, le preguntó:

—¿Tú crees?

SOLEDAD consultó el reloj una y otra vez nerviosa. Eran las seis y cuarto y aún no había llegado «Zaca». «Otras tardes está aquí a las cinco o cinco y cuarto», pensó.

Pero no habían pasado cinco minutos cuando oyó su llavín hurgador en la cerradura.

Salió y se echó en sus brazos apenas traspuso la puerta.

—¡Mi rey!... ¿Pero cómo has tardado tanto?

«Zaca» sintió contra su pecho la elástica y relampagueante dureza del de ella, y al desgajarse de él, el brillo cegador de sus ojos y su perfume. Su perfume que todo lo envolvía y mareaba.

—¿Pero no sabes que me tienes impaciente y loquita?... Creí que te había sucedido algo, mi rey.

Le había echado de nuevo al cuello las lianas vibrátiles y pegajosas de sus brazos y contra el suyo sus pechos duros, cosquilleantes... y la lamprea absorbente de su boca era horadando la suya un beso largo y retorneado.

Se zafó como pudo el hombre.

—Que me vas a ahogar —exclamó él satisfecho.

—Es lo que quiero, para que no seas sino mío, muy mío.

Tenía la voz caliente, un poquito metálica, que emitía las palabras como discos brillantes, redondos.

—No me gusta que vengas tan tarde, ¿me oyes? No me gusta.

—Tuve que ver a un compañero.

—Pues a los compañeros déjalos cuando estoy por medio yo..., déjalos.

Le llevaba a tirones, casi a rastras, hacia la alcoba.

—Hasta que no te vengas a vivir conmigo no estaré satisfecha... ni contenta.

—Te he dicho que no puedo.

—¿Pero por qué?... ¿No eres un hombre libre?

—Pero hay una serie de ataduras sociales que me lo impiden.

—A la porra con las ataduras sociales... ¿No me dices que me adoras y que soy lo que más quieres..., que me quieres con frenesí, con locura?... Pues no debes pensar sino en darme a mí gusto y prescindir de los demás.

Le ojea retrechera.

—¿Verdad que lo harás, chatín?

Le marea y aturde y le subyuga gustosamente con sus caricias, con sus besos.

Le retira la chaqueta; le suelta las cintas de los zapatos.

—Hace calor —se queja él.

Le deja acostado y va a la ventana. La abre y levanta un poco la persiana después de retirar el visillo.

En seguida vuelve junto a él. Le pasa un brazo regalón bajo la nuca y con el otro le cierra en amoroso cepo.

«Zaca» se siente gustosamente desfallecer.

—Estoy tranquila y contenta, porque a la hora que es creí que no venías ya...

Él la mira sonriente y complacido a los ojos, a la boca, a las cupulillas enanas y elásticas de los pechos..., al vientre suavísimo y terso... y a la vaguada sombría de los muslos.

—Me vas a prometer que vendrás más temprano, porque ya lo sabes que sin ti me impaciento y la zozobra me come y deshace...

Siente a su flanco, caliente e inmediata, su ancha y derramada y potente juventud.

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—A perderte —y al decírselo la aprieta contra su pecho.

—Pero si ya te he dicho que te quiero... y que no aspiro a ser de nadie más que de ti... Que no me gustan los jovencitos, que son unos petulantes y unos insípidos..., sí, unos insípidos.

—Todo es hasta que encuentres uno bien condimentado.

Hace un gesto de rechazo con la palma de la mano.

—Estoy ya harta de jovencitos.

—Lo dices como si se tratara de langostinos.

—Te he dicho y te repito que he pasado por ellos y que me han hastiado. Quiero ahora, para lo que me quede de vida, de un hombre macho como tú.

«Zaca» la contempla endichecido.

—No tengo ningún encanto con el que te pueda seducir..., como no sea el dinero.

—Que es muy importante... Pero no es por eso..., créeme. Estoy empachada de tanto atleta cerril y de tanto niño bonito displicente... y quiero un hombre así como tú: grande, noble, bueno..., ingenuo y limpio y sin complicaciones a la hora del amor y que no me niegue ningún capricho... ¿Verdad que no, mi chatín?... ¿Verdad que tú no me los niegas?

—Mientras pueda satisfacértelos..., ¿para qué?

—Así me gusta que sea mi hombre.

Le estrujó contra su pecho y oprimió, y fue de rechazo de sus adiposidades de macho maduro..., una caliente y milagrosa tentación.

—Me gustaría estar toda la vida apretado contra ti, recibiendo todo lo que me da tu cuerpo de eléctrico y desvanecedor regalo —le dijo el hombre.

—Pues si no estás es porque no quieres —recogió picarona la mujer.

—Si te hubiera conocido hace unos años..., pero ahora ya...

—Aún estás joven y fuerte.

El hombre bajó la cabeza lleno de tristeza.

—No nos engañemos, me encuentro en un callejón sin salida —y miró a la mujer con una enorme dulzura.

—Quién habla de miedo...

Volviéndole la cara y ojeándole con complacencia.

—No me agrada verte así..., ¿me oyes?

—Bueno —y se sonríe. Pero es la suya una sonrisa desfallecedera y triste.

—Pero estáte tranquila, que una vez que me he embarcado en tus encantos no pienso echar pie a tierra.

—Así es cómo me gustas, decidido.

Pero se contempló el cuerpo desnudo, grueso, grasiento, tripón, junto al de la mujer, elástico, terso, vibrante, duro y suavísimo, y le entró un enorme desamparo.

Toda su fábrica se le imantó de frío, un frío helador, un frío de muerte... Y sobre la cama su derramado organismo era como un témpano mucilaginoso a la deriva.

A la mujer le dio miedo y asco, pero se sobrepuso y acudió en su ayuda y le calentó con su fuego vital y le animó y consoló y le enardeció hasta ponerle en forma hasta traerle a la alegría y a la cachondez, al desvarío y a la pura delicuescencia frenética.

—Estoy perdido, perdido —confesó el hombre.

—¿Pero por qué?... Si yo te quiero y adoro... y te deseo —le mintió.

—Si no puede ser, si no puede ser... Pero me convenceré de que es así..., de que es verdad lo que me dices... Y en último caso yo disfruto y gozo contigo lo indecible... y lo demás ¿qué me importa?... ¿Qué me importa?

Se volvió y se abrazó a la mujer con destrozadora violencia.

La mujer pegó un enorme grito.

—¡Animal!... ¡Que me ahogas!

Se apartó de él y le contempló con un miedo inmenso.

—Tienes que ser más suave conmigo..., como soy yo... ¿Me oyes?... Como soy yo.

—Perdóname, es que estoy por ti loco y no tengo... no tengo salida.

—Sí tienes salida, todo tiene salida.

Contemplándole con una piedad infinita.

—Todo, todo tiene su fin y su salida... y luego que le quiten a uno lo bailado.

—Pero será una catástrofe... Lo mío será una catástrofe.

—Y qué importa... De una forma o de otra hay que terminar..., porque el fin es lo que no se puede quitar a las cosas..., es lo que no se puede evitar.

—Pero hay fines y fines... y lo que yo pretendo humildemente es evitar la catástrofe.

—¿Pero para qué?

—Para acabar con dignidad.

—No quiero saber qué es la dignidad... ¿Me oyes?... No quiero.

—Pero destrozarás mi vida y yo te suplico que no la destroces.

—Quiero que goces de mí como no gozaste de ninguna mujer.

—En lo que cabe, ¿por qué no?

—Cabe hasta morir de placer, hasta morir de gusto..., hasta...

—¡Qué horror!

Le tapa la boca con su mano grande, temblona, y le exige:

—¡Por favor, no sigas!

Siente atracada a su cuerpo su juventud, fogosa, ardiente y desmedida.

—Toda la vida trabajando y estudiando y siendo un hombre contenido y digno... para acabar así... ¡Qué pena!

—¿Pero por qué esa pena que te das?... Debe darte alegría el pensar que ya no pasarás por la vida sin saber lo que son mis caricias..., a qué saben mis besos... y cuál es el sabor de mi cuerpo encendido... Y todo esto te debe dar alegría, mucha alegría.

—Pero no dejará de ser una alegría triste..., tremendamente triste.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre viejo que ha caído en la indignidad.

—Déjate de monsergas y... goza, goza de mí... Que después de esta vida no hay otra...; no, no..., no hay otra...

—Pero acabaré dándome asco de mí mismo.

—No te lo tolero que digas eso... Que yo nunca..., ¿me oyes?... nunca di asco a los hombres.

—Pero yo me lo daré y todas todas tus caricias y tus besos y tus goces y tu lava ardiente... me remorderán... y acabaré siendo un pobre despojo..., un guiñapo..., un...

Le tapó con su mano fría y olorosa la boca.

—Calla o enloquecerás y me enloquecerás.

—Voy barranca abajo... y es lo que tengo que evitar..., lo que tengo que evitar.

—Goza sin prejuicios, que para algo te ha de servir tu dinero..., tu dinero... ¿No ves que tienes las horas de placer contadas..., contadas?

—Pero soy un hombre moral y me remuerde espantosamente la conciencia..., me remuerde.

—¡A paseo la conciencia!... Estoy yo aquí y están mis brazos y está mi boca... y corren sobre la cama los ríos trepidantes y caudalosos de mis muslos y todo mi cuerpo tiembla en la fragua del goce... ¿No lo ves?... ¿No lo sientes?... ¿No percibes como un fuego traspasante de mi sangre a la tuya, que todo lo abrasa, que todo lo quema..., que todo lo aniquila?

Cayeron sus cabezas tronchadas como en un sacrificio... y todo quedó en latiente jadeo. Más tarde, en un silencio sucio, apestoso, desmoralizador.

Un tedio atroz andaba en todo, en las ropas, en sus carnes lúbricas, en las almas...

—... Ahora que estamos en la primavera —insinuó la mujer.

Pero él nada dijo, nada opuso.

Se mascaba el asco, espeso, delatador, como un chicle.

—Estoy sin ropa... No tengo un abrigo que ponerme... Entiéndeme..., un abrigo que...

Una congoja inmensa anegaba al hombre.

Se volvió a él.

Le descendía por las mejillas una quemadora cortina de lágrimas.

Se acurrucó contra él..., pero sin hablarle, sin decirle nada.
Por la conciencia del hombre pasaba su gusarapienta tragedia.
«Estoy perdido», piensa, «perdido, perdido».
Y todo se le hacía tristeza, una desfallecedera tristeza.
Se dio asco de sí mismo, un asco repelente, ahogador.
—Hay un visón que me lo dan «tiraio»... —continuó insinuando.
Se volvió. Pero el hombre era todo lágrima, pura lágrima.
—Es de la señora de un industrial de Barcelona.
Alzó sus ojos hasta los de él.
Pero sólo devolvió una mansísima inercia mineral.
—De nuevo valía setecientas mil pesetas... y sólo se lo ha puesto cuatro o cinco veces.
Sobre la faz del hombre se hizo un amarillo y turbio silencio angustioso.
—Es el abrigo más deslumbrador que he visto..., y...
El cuerpo y el alma del hombre se fueron enfriando de deshacimiento cada vez más, cada vez más.
—Creo que me lo dejaría en seiscientas mil.
Le miró.
En vista de que nada decía... rebajó un poco.
—Y tal vez en quinientas cincuenta o quién sabe si en quinientas, si le achucho mucho... Ahora, si no estás para estos gastos..., no he dicho nada.
—Cómpralo —le dijo, y abandonó su cabeza sobre el pecho como muerta.
—Bueno —recogió avergonzadilla.
Temió que el silencio se volviese a romper para decirle el hombre: «No, no lo adquieras...», y se minimizó y se contagió del color de las sábanas y se laminizó... y se hizo... puro y desnudo miedo y temblor.
Así un gran rato zozobranter.
—¿Decías algo?
No la contestó..., no la contestó.
—¿Decías algo?
—No.
Respiró la mujer y un enorme suspiro encollaró su sofrenada alegría.
—Me voy a vestir —y él nada opuso.
—No llores más, que me da no sé qué verte así.
Intentó esbozar un conato de sonrisa, pero no llegó.
Más tarde escapó de la cama Soledad.
Se oyó el timbre del teléfono... y su voz extraña... aún deshuesada, sin firmeza.
Él se echó de la cama y pasó al cuarto de baño.
Se metió bajo la ducha... Pero el agua no limpia las suciedades morales.
Al observar su rostro en el espejo le dio asco su descomposición. «Soy un hombre en derribo..., un hombre en escombros», pensó.

Sintió un empujón y un codazo..., primero suave... luego más fuerte.

—Déjame arreglar, que tengo prisa —le pedía la mujer.

El hombre se retiró cediéndole toda la zona del espejo.

La mujer se hacía los ojos estirándoselos, almendrándoselos con el lápiz.

Él ni la miraba.

Más tarde le dio un beso de refilón y escapó.

—No olvides que mañana te espero antes... Sé puntual.

Quedó como un odre desinflado, sin resuello, sin vida. Al enchufarse en los pantalones se iba para los lados... y hubo de apoyarse en la pared porque se caía.

Soledad no sorprendió a Raúl que la espiaba y amaitinaba desde el portal frontero al suyo.

El hombre la siguió discretamente.

En el barullo de la Glorieta de Quevedo se emparejó con ella.

—No vaya usted tan seria, que está mucho más guapa cuando se sonríe.

Se volvió.

Le engatusó su garabato, su aquel.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la he visto sonreír.

—Déjeme ahora, que llevo mucha prisa —se lo pidió sonriéndole con los ojos.

—Mañana a estas horas estará usted más tranquila.

—No lo sé.

Mirándole y empapándola donairoso:

—¡Mo-ru-cha!

Arrastraba las sílabas con un dejo gachón.

Aquiescente:

—Bueno..., déjeme ahora.

En esto:

—Taxi, taxi... —paró con su manita fina a uno que pasaba.

—Estaré en el portal frente a su casa.

Le abrió la portezuela con el sombrero en la mano, echándole repajolera gracia.

—¡Adiós, reina!

Su piropeante embeleco era amorosamente monárquico.

Al día siguiente «Zaca» fue más puntual a la cita con su querida.

Por la mañana, a las nueve, antes de que saliese a la calle, le había pedido por teléfono:

—Mi bien..., mándame en un sobre el talón... Es más discreto que no que yo pase a recogerlo..., ¿no crees?... Tengo prisa en dejar esta mañana arreglado el asunto..., no vaya a llegar tarde.

—Te lo enviaré con Apolodoro.

—Muy bien.

«Zaca» había pasado la noche insomne dándole vueltas al pensamiento atenazante

de su tragedia amorosa. «De seguir con ella, esta mujer me desangrará física y económicamente... y acabaré en doble ruina y catástrofe», se repitió.

Empezaban a fallarle sus facultades anímicas y se sentía inmerso en un blandizal de aguas pútridas.

«No tengo otra solución que cortar y alejarme. Tal vez un gran viaje me distraiga y me haga olvidar..., y me siente bien al alma y al cuerpo... Ahora que estoy a tiempo, antes de que definitivamente me derrumbe».

Pensó no verla más y enviarle una carta para despedirse. Pero a las cinco menos cinco apretaba el botón del ascensor para su piso cuarto..., con la tristeza horrenda de sentirse definitivamente perdido.

Le recibió envuelta en su visión.

Dio una vueltecita, retrechera.

—¿Qué te parece?

Luego lo abrió y se le ofreció palpitantemente desnuda.

—Vístete..., o por lo menos ciérrate el abrigo —le suplicó.

Naufragaba en una pavorosa tristeza.

—¿Por qué vienes así?..., ¿pero no ves cómo te recibo yo, loca de alegría?

—Escúchame, chiquilla..., con un enorme sentimiento por mi parte..., esto..., esto nuestro tiene que terminar.

Soledad soltó una risotada erizada de miedos..., de miedos angustiosos, de miedos agoniosos, de miedos fríos hasta la honda raíz del miedo.

—Pero terminar cuando más te quiero, cuando más te deseo, cuando más te necesito, sí..., cuando más, más te necesito...; pero tú estás loco... —y se despojó del abrigo y cayó sobre su boca y sobre su cuerpo con carnífera ferocidad.

—Te mato, ¿me oyes?, como me dejes, te mato..., te mato. Si te van mal tus asuntos podemos reducirnos... Me das menos..., lo que buenamente puedas..., y si... si llegara el caso de que no pudieras darme nada..., pues nada..., pero abandonarme, nunca, ¿me oyes?..., nunca.

Despedazándole con la mirada:

—No seas cobarde, «Zaca»..., no seas cobarde..., que no me gustan los hombres cobardes..., cobardes hasta ese extremo de dejar tirada a una mujer que ha dado su sangre y su vida como yo por ti...; sí, como yo por ti.

—Siéntate y escucha —la suplicó.

La mujer se movía por el cuarto como una pantera.

De repente se paró y se arrojó sobre él, y zamarreándole la cabeza le gritó:

—Aún no ha nacido de madre el hombre que me deje a mí tirada..., empápate bien..., que me deje a mí tirada, tirada..., porque lo mato..., por éstas que lo mato —y besaba ruidosa una cruz montada con el pulgar y el índice.

—Cálmate, «Sole», por favor, cálmate.

—Yo soy muy mujer para consentir que un hombre, por muy hombre que sea, me retire con su zapato después de dar lo que yo he dado... Todo, todo lo que yo te he

regalado: la sangre de mis venitas y el aliento de mi boca hecho besos y más besos..., y más que hubieras necesitado y me hubieras pedido..., y mi cuerpo vibrante, hecho vaso de goce y de placer..., para ti sólo, para ti, mi bien..., mi sol y mi aire y mi lujo... —Y le trajinaba y le besuqueaba froteante y dura, insistente y ardiente como una llama, una zigzagueante llama.

El hombre se dejó hacer..., vencido...

No podía huirla ni apartarse de ella...

Lejos de su carne y de su embeleso se sentía hundido en un marasmo de muerte. La necesitaba como un tónico que levantase sus pulsos, como un reanimador de su ímpetu y de su fuerza..., ya en tremendo declive y en caedizo menguante...

Se le había tatuado con tal torturadora angustia en el alma y en el cuerpo..., que la necesitaba y le era esencial como el aire que se respira.

Y hasta para sus ojos, como alimento de sus ojos, exigía su presencia viva y fresca. Había leído en Shakespeare que no hay mejor alimento para los ojos que la hermosura, y sus pobres pupilas, envejecidas por el estudio y el trabajo, pedían a gritos el alimento de su animada belleza y el encanto itinerante de su apretada y fresca gracia milagrosa.

—Conmigo no se juega, ¿me oyes?... no se juega..., y si me das de lado te mataré, sí, te mataré... Soy una mujer hastiada de los hombres, y en ti mi alma y mi cuerpo se satisfacen y se aquietan y se remansan..., y no quiero saber más de los otros..., no quiero saber más que de ti..., de ti..., de ti.

Aullaba arañante, violenta, enardecida y poderosa, y el pobre «Zaca» se anegó en la ancha mar de sus encantos fieros..., temeroso, sin atreverse a nada, sin oponer nada..., vencido, irremediable y gustosamente vencido...

«Sin ella no podría vivir», se repetía, «no podría vivir, ni siquiera vivir, ni siquiera vivir... Y si acabo de mala manera será por mi gusto, por mi gusto, que la vida no se vive más que una vez, y con ella me encuentro otro hombre y sin ella como apagado, como sin vida, como muerto..., sí, sí..., como muerto».

Pero ya en la calle le dio vergüenza y asco de su naturaleza viciosa, de su falta de fuerza y energía para tomar una decisión cirujana..., de su empecinada lujuria de viejo chocho.

Recordó los versos del poeta:

*Que las olas me traigan y las olas me lleven
y que jamás me obliguen el camino a elegir.*

Empezaba a entrar en un cuadro de parálisis pseudobulbar, arrastrando los pies y temblándole el habla y las manos. Sentía un pavoroso desgaste del corazón y del cerebro. Le huye la memoria y se le empobrece el vocabulario. Se eriza de repeticiones frecuentes y machaconas... Se irrita con frecuencia..., y la contrariedad más liviana le alumbra un don de lágrimas.

«Soy el pobre despojo de un naufragio..., de un naufragio..., y estoy perdido,

irremediablemente perdido... Pero sin ella ni quiero ni puedo vivir... ¿Para qué, ya para qué?... No me queda otra solución que cerrar los ojos y que sea lo que Dios quiera..., lo que Dios quiera».

Caminaba perdido, ofuscado por las luces de la ciudad, cuando por poco acaba limpiamente bajo un mastodóntico y relinchante camión.

Se salvó por un milagro.

Raúl le vio salir y echar a andar y le dio lástima..., a pesar de los pesares le dio pena y lástima...

«Después de todo, es mi hermano» —se dijo.

«Lo está dejando en el chasis..., y para el arrastre, esta prójima», pensó.

Esperó un rato más, hasta que salió Soledad. La mujer, sólo asomarse al portal, le divisó, pero siguió sin quererse enterar, pisando con picante compás hasta Quevedo. Allí alzó los ojos y paró la atención en la sucursal de un Banco. Por las luces que atravesaban los cristales esmerilados observó había empleados dentro.

«El Raúl» se aproximó y le sopló en un oído:

—¿Es mucho el dinero?

Se volvió la mujer, fingiendo un sobresalto.

—¡Qué susto me ha dado!

—Digo..., si es mucho el dinero.

—¿Cómo sabe que llevo dinero?

—Pues por la manera de mirar... Usted vacila si se lo recibirán o no..., ¿verdad?

—Es usted muy listo...

Ojeándole astuta:

—Algo de eso hay.

—Pues no dude, aunque no son horas de servicio..., se lo recibirán. Coger dinero los Bancos lo cogen en cualquier momento..., menudos lince...; darlo o prestarlo para eso ya tienen horas..., de las que no se salen..., pero para coger dinero cualquier hora es buena.

Consultó su reloj de muñeca.

—Después de todo, no son más que las siete menos cuarto.

—Y es mi Banco.

Estaba la puerta cerrada y a medio entornar y probó.

—Voy a ver.

Penetró y entregó el talón que le diera la dueña del visón con las vueltas.

El empleado, que la conocía, se hizo cargo de todo.

—¿A su cuenta?

—Sí.

Luego salió.

—Ahora estoy más tranquila —le dijo a Raúl.

En seguida se volvió.

—Le advierto que soy una mujer comprometida.

—¡Qué pena! ¿Por qué será que siempre llego tarde?

—Eso es cosa de usted —y se rió.

—Siempre he sido hombre de mala suerte con «las señoras».

Mirándole zumbona:

—Nadie lo diría.

—En cuanto doy con un «bombón» lo encuentro comprometido.

—Pues..., apresurarse.

—Pero siempre se me adelantan.

—Si usted quiere esperar a que acabe con el que... traigo entre manos, yo le avisaré —le brinda, guasona.

Apaletándose:

—Muy bien..., yo le daré mis señas.

—No vivirá usted lejos.

—No.

Se contemplan recochineantes, coñeadores.

—¿Y si siguiéramos el diálogo sentados? —le propone él.

Husmea a los lados, temerosa.

—Ha de ser lejos de aquí.

Se cuelan en un taxi que pasa.

—¿A dónde vamos? —le pregunta el hombre.

—Eso digo yo.

—Vaya despacio mientras lo decidimos —le recomienda al conductor.

La mujer reacciona y ordena:

—A «La Tropical» de Cuatro Caminos.

En el café, ya acomodados, le pregunta «Sole»:

—Hablando claro..., ¿usted qué pretende de mí?

—Lo que todos..., soy bien modesto.

—¿Y qué es lo que pretenden todos?

—Pues cuando se trata de una mujer joven y requetepreciosa como usted..., llevarla al catre, eso lo primero... Más tarde ya veremos.

—Me gusta su franqueza.

—Empezamos bien.

—¿Pues?

—Porque ya empieza a gustarle algo mío.

Se contemplan, buscándose las vueltas.

—Tengo una curiosidad.

—Satisfágala.

—Saber lo que mete usted en ese «más tarde ya veremos».

—Pues meto muchas, muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Con retintín:

—¿Por qué no paras el carro, guapa?

—Es que me gusta saber a qué atenerme.

—Pues atente a lo que ves..., y a lo inmediato...

—Pero es que ver, ver..., me huelo que no veo más que un frescacha...; vamos, un ¡vivalavirgen!

—¡Qué lista eres, moracha!

—Y frescos, frescos que quieran vivir al costeo de una..., pues, pa el gato..., que pa vivir a mi costa me basto yo sola...

—¡Ele!

Ojeándola con recochineo:

—Tú eres muy joven y hermosa y muy bravía y no «tiés» tiempo de darte cuenta de que la humanidad se divide en hombres y mujeres y «naa» más, y unos viven de otras y otras de unos..., y «naa» más; te repito que «naa» más, y esa es la lucha por vivir, quién de quién.

—Pues la mía la he decidido ya, el que me quiera que me mantenga.

—Es un criterio respetable, como tuyo.

—Tú estás por el de que te mantengan.

—Que me ayuden..., a no caer..., que yo también pongo mi granito de arena en la sociedad..., que yo también ayudo.

—Al gasto.

—Hay que dar circulación a la moneda, que pa eso es redonda.

—Entendido..., pues no, ¿me oyes?, no..., y cuidao que me petas.

—Sí, ¿eh?

—Mucho.

—¡Vaya por Dios!

—Estoy de muy buen ver y de mejor palpar para no tener que mantener a nadie, porque lo que me sobran a mí ahora son hombres muy hombres..., pero que con muchísima pasta.

—Te lo creo.

—¿Pues entonces?

—Pero es que yo soy un maestro.

—¿De qué?

—De ceremonias.

Comiéndoselo con los clisos.

—¡Ah!

—¡Ah!

Ella ha pedido una ración de gambas a la plancha con una caña y las deshoja pulcrísimamente de su sobrepelliz escarlata. Toma una monda y se la acerca a Raúl a la boca, generosona.

—No te sacrifiques a estos extremos —y se retira.

—Pero ¿por qué eres así?... ¿por qué no pruebas a..., trabajar?

—Me sienta mal al hígado.

—¿Al hígado precisamente?

—En general a todo el organismo.

Enlabiándola con sorna.

—Escucha..., hasta ahora, los machos, desde que andamos sobre dos pies, hemos mantenido a las hembras, y ya es hora, después de miles y miles de años, de que os pasemos este cáliz.

—De modo que tú crees que ha llegado la hora de que os mantengamos las mujeres.

—Creo que es llegada..., y a eso se va a pasos agigantados. Y en la Europa civilizada el movimiento va adquiriendo una fluvialidad..., densísima... El hombre es un lujo para la mujer..., y los lujos hay que pagarlos caros.

—¿Y la mujer qué es para el hombre?

—En la mayoría de los casos un estorbo pesado.

—Entonces, ¿a qué me pretendes?

—Eres una sabrosa excepción a la regla.

Ha terminado la mujer y se acicala las yemas de los dedos con la servilleta de papel..., y se enjuga los morretes. Más tarde requiere el bolso y se pinta los labios al espejo y se atusa.

Se embebe de él, regalona.

Adelantó una mano suya a encovar otra de él.

—No quiero que te enfades..., no estás molesto conmigo, ¿verdad?

Se lo pregunta con ensimismada ternura, con suave garabato.

—No, no estoy enfadado.

—Tenemos que ser muy buenos amigos..., pero prueba a trabajar... Tienes cara de listo..., bueno, de pillo..., y en cuanto lo pruebes verás que satisfacción y que alegría te da...

—No es por ahí.

—Has probado, ¿o qué?

—No..., tal vez lo intente a la vejez, cuando no me quede más remedio.

—Tiene que ser ahora..., que «pa» la vejez están los asilos.

—No había caído.

—¿En qué?

—En lo de los asilos..., así no tengo que preocuparme de nada.

—Pero quiero verte y hablar contigo..., y si eres bueno..., veremos si pasamos a más..., pero nada te prometo... ¿eh?... yo nada te prometo.

Embelesándose:

—Me gustan los hombres que saben tomar la vida a broma.

—Pero si yo la tomo en serio... Lo que pasa es que para mí la felicidad es el placer, el lujo, la comodidad, en una palabra: el que me lo den todo hecho.

—Y que te lo den hecho las demás.

—También yo pongo mi parte.

—¿Y cuánta es y cómo pones tu parte?

—Pues agradándolas, aconsejándolas..., y queriéndolas hasta hacerles daño..., y...

—Y ¿qué más?

—Y acompañándolas en su soledad.

—Me gustaría una compañía como la tuya —le brinda, mirándole con dulzura.

—Pero es bastante cara.

—Las hay más baratas.

—Pero no... tan gratas.

—Depende..., todo es que hagas un precio especial —mirándole con malicia—: empiezas a estar en edad de hacer rebajas.

Sintiéndose ofendido.

—¡No lo creas!

Tomándole de la mano.

—Ven aquí, torito... ¿Cómo te llamas?

—Raúl.

—¿Y tú?

—Soledad..., y necesito que me la pueblen..., y me la llenen aunque sea de fantasmas.

—Te prometo poblártela de dulzuras y caricias y de voces altas y amigas.

—Calla, halagador..., que no me gustan los hombres que prometen.

—¿Pues quiénes te gustan?

—Los hombres sencillos que no saben lo que podrán dar.

—Preveo que nos vamos a entender.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre complicado que siempre sabe lo que puede dar... —Echándole melancolía—... que es siempre muy poco.

Deletreándole los ojos.

—¿Se puede saber en qué te ocupas, aparte de andar buscando quien pueble tu soledad?

—Soy actriz, pero ahora descanso.

—¿En brazos de quién?

—De un hombre maduro y millonario..., que se ha empeñado en dejármelo todo en vida.

«¡Pobre hermano!», pensó Raúl.

Tomándole de una mano.

—Ahora sé bueno y haz lo que yo te diga... Yo me voy sola, mientras tú sigues aquí un rato.

—¿Y mañana?

—No seas impaciente, mañana es viernes..., el sábado te veré aquí a la misma

hora.

Sacó un billete de mil para que se lo viese la mujer y lo erizó de quejas.

La mujer se retiró y Raúl llamó al camarero.

El enorme salón del bar olía a café tostado y a mariscos.

DESPUÉS del desvío de Marinita, cuando Raúl se encontraba en la cumbre de su comodidad y regalo, tras largas y profundas meditaciones decidió moverse en otro medio distinto del de las profesionales. Siguiendo el consejo del «Botines» empezó a zurear entre el mundo de las aficionadas... El mundo de las viudas..., de las que ya lo han probado y han quedado con la miel en los labios, era inagotable y larguísimo. «El Raúl», sin prisas pero sin pausa, empezó a frecuentar este género de la viuda que busca consuelo a sus penas..., hasta que dio en un salón de té de la Gran Vía con una de cuarenta corridos que pedía, alborotada, guerra por todas sus suturas.

La enamoró por lo fino «el Raúl». La mujer, Luisa Ceballos, de Ciudad Real, viuda de un tendero de ultramarinos que tenía dos tiendas de coloniales en Palacio y en Chamberí, había quedado libre de las tacañerías del marido y de su trato zafio y egoísta. Se encontró con buena cuenta en el Banco y las tiendas dando ganancias a todo trapo.

«El Raúl» la llevó al cine algunas tardes y la parcheó, como era de rigor, dentro de su técnica.

Ella se dejaba hacer, sensualona.

—Mi marido, si vieras lo poco que he disfrutado con él. Era un ogro que si el día hubiera tenido treinta horas, veinticuatro se hubiera pasado en las dos tiendas.

—¡Pobre de mi Luisita!

—Tuvimos un hijo y se nos murió de escarlatina cuando tenía tres años. Luego, ya sin preocupaciones, pues no tuve más descendencia, podíamos haber disfrutado un poco de la vida..., pues ni por esas. Después de mucho bregar y exigirle conseguía me enviase todos los agostos a Alicante, ya que el médico me había recomendado los baños de mar... Él ni eso... Era de un pueblín de la montaña de Soria y cada cinco o seis años se iba a pasar una semana en septiembre... Eran todas las juergas que se corría. Total ¿para qué?..., ya ves, se ha muerto y no se ha podido llevar nada de lo que amontonó.

Era mujer grandota, de carnes manidas y pechos blandos y pleonásmicos... Y guapetona de cara, eso sí, con unos labios gordos y unos dientes sanos y mordisqueadores, que a la hora de la entrega siempre le dejaban al «Raúl» señalado.

—Mujer..., ten cuidado; que la gente es muy sospechosa y si me ven con estas marcas... pensarán que eres una ansiosa...

—Es que..., me enloqueces, mi vida, y en el momento supremo me haces perder la cabeza. Que ya ves, lo que menos pensaba yo cuando me trajinaba mi Jerónimo, que esto era tan requetebueno como es contigo..., que me aciertas siempre en el gusto, gusto..., de todas todas.

Empezó a darle género de las tiendas.

Le enviaba botes de leche condensada... Latas de sardinas y algunas lonchas de jamón. Debía tener un saldo viejo de mejillones y sardinas arenques..., porque una mañana se encontró con un saco de chirlas, espárragos, mejillones y arenques.

—Que es preciso que te alimentes, mi nene..., que tienes mucho desgaste

conmigo —le alentaba la mujer.

—Pero tú, ¿qué quieres?, ¿que me vaya de vareta?... Mándame algún jamón, con su hueso y todo, y suspende el laterío antes de que el estómago se me deteriore.

Pero se conoce que la sordidez del marido, con los años de matrimonio, se la había contagiado a ella, porque dinero..., dinero, dinero no conseguía alumbrar «el Raúl».

—Si me pudieses prestar tres mil «lupercias», entre otras cosas para hacerme un traje, que estoy sin ropa —le lloriqueó a la salida de un espasmo gozoso.

—Comprátelo hecho..., en El Corte Inglés los venden preciosos.

—Yo me hago mis ropas y mis zapatos a la medida... Además, que no está bien que vaya yo a la vera de una mujer elegante como tú si no es bien puesto..., y a tono.

—Pero ¿por qué no trabajas? Raúl, ¡mi vida!, si tú, con lo listísimo que eres, podrías ganar «los pavos» a mantadas.

—Pero si los tienes tú..., que eres otro yo..., ¿pa qué me voy a esforzar?..., digo.

—Eso, no me parece bien que tengas el criterio de creer que lo mío es tuyo, no..., no es por ahí, que a mi Jerónimo le costó muchísimo ganarlo..., y tirarlo no cuesta «naa».

—No digo que lo tiremos, pero que si yo me veo en un apuro tú no me echas una manita..., yo que soy el amor de tu vida..., es «pa» no entenderlo.

—Precisa en lo de la manita.

—Te he dicho que tres mil pesetejas «pa» hacerme un traje que..., estoy desnudo..., y «pa» otras cosillas.

—Te repito que con el buen tipín que tú tienes podías comprártelo hecho..., y los tienes por mil trescientas a «too» tirar, preciosos en El Corte Inglés.

—Yo no voy a tu orilla con un traje hecho..., que no, mujer, que no...; o somos o no somos.

—Pero Raúl, ¡mi vida!, ¿por qué no pruebas a trabajar?

—Conforme... Si te empeñas trabajaré... Nómbrame tu administrador.

—No lo dirás en serio.

—Anda..., ésta.

—Mira, Raúl, mi solete... Una cosa es el amor y otra distinta los negocios... Tú para el amor eres..., único..., pero para administrar, ¿qué has administrado tú?

—Mi persona.

—Pues no la has «administrao» muy bien que digamos, que sólo conocerme tienes que pedirme tres mil del ala.

—Te he dicho que es un préstamo y que te las devolveré.

—¿Cuándo?

—Cuando pueda.

—¿Y cuándo calculas tú que podrás?

—Esto, el tiempo y nuestras relaciones lo dirán..., porque si nos vamos metiendo y metiendo en harina y llegamos a ser como yo espero dos en uno..., pues lo del uno

es del otro y lo del otro del uno..., ¿me vas entendiendo?

—Demasiado.

—Demasiado..., ¿qué?

—Digo que demasiado te entiendo.

—«Reasumiendo»..., me las prestas, ¿sí o no?... porque si no me las prestas...

—Si no te las presto, ¿qué?...

—Pues que tendré que buscarlas en otro «lao».

—O séase que me dejas.

—Compréndelo, Luisita..., mi chatunga..., yo tengo que vivir.

—Y yo..., y todo el mundo.

—Y como tú lo tienes hasta sobrarte, no vas a consentir que a tu hombre le falte..., para lo más perentorio.

—Como no me digas qué es perentorio no te suelto ni cinco.

—Pues eso..., perentorio es eso..., la manduca, y la ropa, y los gastos de bolsillo, y el alternar contigo y con los amigos..., y la renta de la casa.

—Yo no puedo sufragarte tantos perentorios, porque entonces me tengo yo que estrechar..., y no estoy por el arreglito.

—Y, ¿qué quieres?, un hombre «pa» que te riegue..., y luego no pagar el agua... ¡Anda de ahí, so tía secano!

—En cuanto a lo del riego me parece de muy mal gusto la alusión..., porque tú sabes que «pa» regar esta huerta lo que me sobran son... mangas.

—La tía presumida ésta.

Ofendida la mujer.

—Bueno, vamos a dejarlo.

—¿En cuánto?

—No te entiendo.

—Digo que cuánto es lo que me vas a dar.

—Iremos al Corte Inglés y yo te escogeré el terno como se los escogía a mi Jerónimo..., que de eso sé algo.

—Escucha, Luisita, rica..., búscate otra manga de... riego y no me mandes más sardinas de Santoña.

—Desagradecido, encima de que te estoy alimentando.

—A este menda, todas, toditas las que le han «gozao»..., le han nutrido primero... la cartera y el estómago..., ¿me entiendes?... Y que Dios te ampare, so tía tetuda...

—A insultar a tu padre, chulo de m...

Pero cuando vio que se iba de verdad «el Raúl», le entró una desgana y un desfallecer a la buena de Luisita... y un hipo y una flojera.

—¡So charrán! A ver si te arreglas con estas mil, que no llevo más.

Atrapó el billete raudo.

—Mi reina hermosa..., no sabes la pena que me daba tener que abandonarte...,

porque es que no puedo vivir sin ti... y sin tus besos y sin tus mordisquitos y sin...

—Y sin mis pesetas.

—No lo pienses así... Te digo que es un préstamo, y ¿quién no presta cuando está loca por uno?... Yo soy de los que pagan siempre, no lo olvides.

—¿Y en qué moneda?

—En la de mis besos.

Señalándose sus labios:

—Yo llevo aquí un Banco de España.

—Basta de cuentos... Pero que conste que son las últimas que te presto.

—En adelante me las regalarás..., ¿verdad, mi reina?

Le había pasado la mano por la nuca y su boca le corría revoltosa sobre un hombro...

—¿De quién es este cuerpo gitano?

—No sé.

Se sintió gustosamente descaecer.

La boca del macho golosineaba ya el lóbulo de una oreja... Más tarde avanzaba hasta tomarle al asalto sus labios, sus labios gordezuelos, calientes, cachondones...

—¡Ay, Raúl..., mi Raúl!... —se quejó naufragando en aquel mar.

—Que yo he de ir a tu vera guapito y alhajado... y bien puesto..., como un paje, como un paje que soy de tal reina.

—Sí..., mi chiquillo..., sí...

—Y todo eso y más... y más ¿quién sino tú lo ha de pagar?

—Sí, yo... yo...

Todo se le abría al Raúl como un ancho y soleado estuario.

ERAN las siete y media cuando llegó Raúl a Cuatro Caminos.

—Creí que no venías.

—Se me paró el reloj..., chiquilla, perdóname...

Pero con su presencia le cicatrizó en seguida la pequeña herida de amor propio.

—He estado estudiando toda la tarde el papel de una comedia que vamos a estrenar en provincias.

—Eso está bien.

—Formo compañía con Valeriano Ruiz... ¿No le conoces?

—Ah, sí, sí, el actor dramático —aventuró Raúl.

—Formamos una compañía para provincias... Ahora en Madrid están todos los teatros ocupados.

Mujer lista e imaginativa, era una mitómana Soledad, y había llegado a convencerse que era una actriz que actuaba y que tenía gran éxito... Antes de conocer a «Zaca» había estado liada con un actor, con un buen actor de comedias y le había quedado la manía del teatro y luego el convencimiento de que ella era una buena actriz y de que actuaba con excelente fortuna en Madrid y provincias.

—En Barcelona estuvimos el año pasado, un mes, representando una comedia de Anouilh.

—Gran autor —le dijo «el Raúl» muy serio.

Le había oído a su amante que Anouilh era un excelente comediógrafo francés y se encontró mintiendo la representación de sus comedias.

—A mí los papeles de sus heroínas me entusiasman.

—¿Y a quién no?... Anouilh, Anouilh... ¿Es norteamericano?

—No, por Dios... Francés y muy francés.

—¿Y cuándo salís a provincias?

—«Vale» desea que salgamos en seguida..., pero yo... ¿qué quieres? Tengo ahora un amigo que es una mina... Con decirte que le saco lo que quiero... El pobre es buenísimo y ve por mis ojos. A Valeriano le decía la otra tarde: ¿Cómo voy a salir por ahí dejando este choyo?... Valeriano, que es gallego, cuando quiere significar una cosa muy buena la llama así, «un choyo».

—Claro, claro.

—Él es un profesor... que ha estado casado con una americana riquísima que le ha dejado a él todo. No tiene hijos. Se ha debido pasar la vida estudiando y trabajando... y ahora se ha encontrado conmigo... Y el pobre está quemando los últimos cartuchos... El otro día me compró un visón que es un sueño, con decirte que a la que me lo vendió, que es la mujer de un industrial catalán, le costó medio millón de pesetas.

«Este es el visón que ambicionaba Lolita», pensó Raúl.

—Y te ha sacudido por las buenas el medio millón.

—Me ha dado setecientos mil, que es lo que yo le he dicho que exigía la dueña.

Miró a Soledad y la encontró preciosa y apetecible..., pero no pudo menos de

pensar: «Este hermano mío es... idiota...».

—A veces me da pena; da la impresión de tener prisa de gozar y de tirar su dinero, como si le quemase.

—Si necesitas quien te ayude a llevar las cuentas...

—¿Qué cuentas?

—Pues las de lo que le saques.

—Gracias, me las sé yo sola llevar muy bien.

—Un contable siempre le es útil a una mujer rica como tú.

—Pues no lo digas en broma, que para eso me doy muy buena maña... y si este tontaina no se espabila... le dejo en cueros si se descuida. Sólo en joyas y ropas tengo ya más de un par de millones de pesetas.

Raúl palideció.

—¿Y todo eso te lo ha pagado él?

—Casi todo; yo cuando le conocí apenas si tenía dos vestidos y unas joyitas y ocho o diez mil pesetas en el Banco.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo muchos muchísimos miles de duros.

—¿Como cuántos?

—No seas curioso... —y le sonríe con malicia.

—Sé prudente y no hables de esto con nadie más que conmigo —le aconseja.

—Ahora, eso sí, me da mucho que hacer.

—¿No estarás tirando demasiado de la cuerda?

—No... Está mochales por mí... El pobre es un ansioso y un vicioso... Su deseo sería estar a todas horas encima de una... Me da la impresión de que ha perdido su juventud y su madurez y ahora que está en las últimas se quiere aprovechar dándose un atracón... No se sacia ni se satisface con nada. Lo mismo a la hora de dar, me lo da a manos llenas. Con decirte que me va a comprar una torre en la Costa Brava y el piso donde vivo en Madrid es mío.

«El Raúl», con el sentido anexionante que daba a todo, pensó que aquella mujer podía coronar ambiciosamente su vida...

«¡Qué mejor venganza que yo le saque lo que desvalija a mi hermano!».

—Pero en la vida las cosas ocurren así. Este... cabrito, que es capaz de darme lo que le pida, como hombre no me gusta nada... Es más, me repele... Tengo que pasarlas moradas para disimular y fingir y que no me lo note... A mí me gustaría...

Mirando al hombre con recochineo.

—Que el del dinero fuese yo y que te lo diese a manos llenas como te lo sacude ese pobre diablo.

—Eres muy listo.

—Es que te veía venir..., pero tiene una solución esto tuyo.

—Tú dirás.

—Que te puedo ayudar.

—¿A qué?

—A gastar lo que él te apoquine.

—¡Qué rico! Para eso me basto y sobro yo sola.

—Que no; que tú sola corres muchos peligros... y el día menos pensado apareces, por ejemplo, degollada.

—¿Pero por qué?

—Pues por eso..., por eso de que eres joven y hermosa y millonada... y sola... Todo eso junto hace una mezcla peligrosísima.

—¿Y aspiras a ser tú el asesino?

—No, lo que pretendo es ahuyentarlo... En cuanto sepan que tienes un hombre responsable..., pues se largan.

—Y tú quieres ser ese hombre responsable.

—Cabalito... Ayer en Barcelona apareció en su cama una mujer de tus condiciones separada del tronco...

—¡Qué horror!

Soledad queda empavorecida.

—Sí; vivir como vives tú es... es una temeridad y un desafío.

—Un desafío... ¿a quién?

—A los que no tenemos un gordo.

—Pues buscároslo de otra forma.

—La vida está muy achuchadla... y éste es un medio fácil y... selecto.

—Pero muy peligroso.

—No lo creas... Además, tiznado de encanto..., asesinato por amor... Toda la vida queda uno luego embalsamado en su perfume.

—Pero tú no serás de esos...

—Si mi papel es evitarte ese tremendo descalabro que te acecha.

—Pero es muy caro.

—Cualquier sociedad de seguros te llevará lo que yo... y a palo seco.

—Yo tengo un editor responsable...

—Que te deja en las pruebas de la tarde... Y tú lo que necesitas es uno para la tirada de la noche..., que son las horas peligrosas.

—Eso es verdad, porque de noche me quedo sola y reconozco que tengo cada día más miedo, por eso voy a tomar ahora una chica...

—Con eso no harás más que darle un poco más de trabajo al asesino, porque os degollará a las dos.

—¡Calla, animal!

—Yo no hago más que mostrarte, como en un muestrario, los peligros que corres. Sole quedó tocada.

—Esta noche voy a cenar con mi amigo y luego iremos a una sala de fiestas... Claro es que de vuelta me dejará sola en mi casa.

—Te sigo diciendo que lo que necesitas es uno para la edición de la madrugada,

que es la peligrosa... Y ese podría ser yo..., con todas las responsabilidades.

—¿Y si nos cortasen el cuello a los dos?

—Eso nunca... Los asesinos nos respetamos unos a otros y respetamos nuestras mujeres y nuestras haciendas... Ahora, eso hay que pagarlo.

—¿Y si le convenciese a mi amigo de que se ponga a vivir conmigo?

—Por mucho que esté por ti... no lo conseguirás... Es un profesor y los prejuicios sociales... y el qué dirán...

—Eso sí.

—Tú prueba, y entre estar sola y en... ayunas, o estar conmigo rodeada de mimos..., verás qué diferencia notas.

—Si lo comprendo que contigo estaré mejor y más acompañada... y más arropada.

—La elección no tiene duda.

Se acurrucó contra él cobardona como una gataza, y le suplicó:

—¿Por qué no probamos esta madrugada?

—Esta madrugada no sé si podré.

—Anda, hombre..., haz por poder... Escucha, frente a mi casa hay un bar que se cierra muy tarde... Tú esperas allí a que mi amigo me deje en casa... y luego subes.

—Te repito que no sé si podré.

—Yo trataré de volver pronto... Estoy segura de que no se te pesará...

—Bueno, mujer..., lo intentaré.

Le metió su bellísima cara morena, froteante, bajo su barbilla.

—Podrás, ¿verdad que podrás?... Si no me esperas, tú verás lo que te pierdes —le sonríe.

«El Raúl» lo tomó por una tentadora promesa. Se vio instalado en su cuerpo y en su cuenta corriente..., disfrutando del dinero de «Zaca», y esto le llenó de una enorme satisfacción y regocijo.

«Ese tontaina de hermanito va a saber ahora lo que es bueno...».

Un odio vengativo le empapó el alma.

La mujer alzó hasta los de él sus ojos suplicantes.

—¿Cuento contigo?

—Cuenta.

Sintió contra su cuerpo sus suavísimas durezas elásticas.

—Verás como no lo deploras..., verás, verás.

Mirándole con ingenua dulzura.

—Es tan triste encontrarse sola, sin un gran amor que te vigile y te acompañe durante todo el día... Porque estos hombres que vienen un rato a la caída de la tarde..., y luego se van, aunque te den mucho dinero..., quedas después tan solitaria...; y el verdadero amor es el amor de los que se quedan y se mezclan en la vida de una durante las veinticuatro horas..., aunque no te den nada...

—Tú debías estar hecha a esto..., por tu nombre...

—Pero, te lo confieso, es lo único que no me gusta de mí... He nacido para estarme mirándome en los ojos de un macho todo el redondo día.

—Pues a ver, a ver.

Y la esperó aquella madrugada tras el visillo del bar amaitinando la calle.

Eran las dos y cuarto.

La desembarcó a su puerta y el taxi arrancó con el fulano.

Cruzó la calle Soledad y se sentó con «el Raúl» un rato.

Más tarde subieron a la casa de Soledad.

Estaba puesta con sobriedad y buen gusto..., y ricamente.

—Si no hubieras venido esta madrugada, no sé, me hubiera muerto de miedo...

—Pues aquí estoy para defenderte de todas las asechanzas.

—Tiene que ser tan agradable tener un hombre para siempre y sólo para una y para todas las horas... A ver si tú me sirves —y le miró entre enternecida y guasona.

—Todo es empezar.

—Pero esto nuestro no debe ser un pastel que se acaba en seguida.

—Eso de ti depende.

—Y de ti.

—Bueno..., de los dos.

De repente se oyó un pequeño ruido, como un crujir de tablas.

—¿No oyes?... de no estar en tus brazos me habría muerto de espanto.

—Es el degollador, que probablemente está afilando su cuchilla, y cuando nos durmamos se colará en la habitación, pero al ver mis pantalones y mis zapatos... se irá en puntillas sin hacer ruido para no despertarnos.

—Estando así, en tus brazos, no me da miedo que me hables de asesinos..., me encuentro tan segura.

—Pero esta seguridad, nenita, hay que pagarla...

—Te la pagaré con mis besos y con mi amor..., con mi amor.

—No le basta al hijo de mi madre...

—Te va a molestar, pero te diré que, a pesar de ser aún un buen hombre de cama, no estás ya en edad de pasar el platillo.

Al Raúl se le desarboló todo el entusiasmo.

—Eso déjalo para los chicos jóvenes que empiezan a vivir y se ven en mil apuros.

Se sintió tocado el hombre en lo más hondo.

Amanecía y la rendija de luz que permitían las dos partes de la cortina tajaba las mejillas tersas y frutales de la mujer y se anegó en su goteante frescura.

Soledad le acogió rendida y enamorada...

—Contigo así..., no tengo miedo a nada, a nada.

—¿Y sin mí?

—Sin ti el crujido más nimio me llena de espantosos temores... Desde que murieron mis padres, siendo yo una cría, he vivido en perpetua soledad, con la cabeza poblada de sueños disparatados y temibles..., y las noches mojadas de angustia. Ves

que soy una mujer hecha y derecha, pues las noches solas siguen siendo para mí hervidero de burbujeantes zozobras...

Pidiéndoselo con enorme congoja.

—Vendrás todas las noches..., ¿verdad que vendrás todas, todas las noches?

—Si eres buena, sí.

—¿Y a qué llamas tú ser buena?

—Pues a lo que todo el mundo.

Se perdió en sus fértiles y avasalladores encantos...

—Tenía unas ganas tremendas de encontrar un hombre así, que me gustase y que fuese bueno para mí y que me acompañase y no me dejase sola..., porque siempre he odiado a los hombres que están conmigo un rato... y se marchan..., que siempre, siempre me han dado asco los hombres que se van.

—Calla, chiquilla, que yo no me iré nunca, nunca..., que yo también tengo miedo, pero de mí mismo, no de los otros..., y necesito quien me acompañe.

—Todos necesitamos quien nos acompañe..., todos, todos..., que no hay más soledad soportable que la de dos..., que la de dos...

Y mientras se vestían y ella preparaba los desayunos decidió abandonar a Luisita, la tendera... «¡Basta de sardinas en lata!».

Le sorprende con el pensamiento lueño.

—¿En qué piensas?

—Déjalo.

—Si no vamos a vivir juntos, prefiero no verte más y otra vez a empezar.

Y la jarra de leche le temblaba en la mano..., derramadora, asustadiza.

«ZACA» tenía malas noticias de sus fincas y de sus negocios bolivianos, que eran la parte más importante de su fortuna. Ante las amenazas de pleito, puesto por los sobrinos de la difunta, alarmado, había enviado a La Paz un abogado de Madrid para parar el golpe y ver la manera de defenderse y salvar lo más posible, pues el administrador de los bienes de «Casita» era uno de los sobrinos pleiteantes.

El abogado había vuelto hacía unos días y le traía muy malas noticias.

—No tengo ninguna fe ni confianza en el poder judicial de aquel país..., y mi impresión es que se han puesto de acuerdo con los jueces y van a un reparto entre ellos... Sostienen que es usted un gringo y que bastante se ha beneficiado de la platita de su esposa mientras vivió..., y que en los años de matrimonio bastante dinero se trajo usted a España..., y que no se queje..., que a ver qué quiere...

—Pues, sencillamente, quiero los bienes de mi mujer, que me corresponden por haber testado a mi favor antes de morir.

—Veo difícil saque usted nada, excepto lo que tiene ya aquí.

«Zaca» permaneció en silencio, sin oponer nada.

Al abogado le extrañó tal reacción.

—Usted me dirá qué hacemos.

—Déjeme pensarlo estos días..., y yo le avisaré.

Se retiró a su casa.

Había presentado su dimisión de profesor en la Universidad y no iba por allí desde hacía tres meses.

Últimamente su atracción por Soledad era total y absorbente.

—Esta... seorita me temo que acabe con usted, seor doctor..., y perdone la ingerencia —le soltó un día Apolodoro.

Le había dado por entonces un ataque de celos y andaba con el coche a todas horas espiándola.

A Apolodoro, su fiel mecánico, le apenaba la ruina física y moral en que había venido a parar el señor profesor.

Se lo comunicó a Eulalia, una viuda de Teruel que, desde que se casaron, aceptó «Casita» como ama de llaves. Y ahora, con la muerte de su esposa, quedara de administradora general de la casa.

—El seor marcha barranca abajo con esa pendonseta, y me temo muy mucho que no tengamos hombre pa de aquí a poquito tiempo... No lo olvide la seora gobernanta —le susurró.

La seora gobernanta, como la llamaba Apolodoro, se fue a ver a la hermana del señor, de quien tenía gran aprecio y excelente criterio, y le expuso el caso.

—Su hermano está engorrinao con una furcia, por cierto joven y hermosísima, y una no entiende de estas cosas o acaba con su dinero y con su salud y hunde la casa y el buen nombre y respeto del señor.

—¿Zacarías?

—Su hermano Zacarías; sí, señora.

—¿Y viene de lejos este lío?

—A poco de quedar sin su señora.

—La última vez que comí en su casa..., la verdad es que le encontré alelado y temblón, como si tuviese noventa años, y tiene pocos más de sesenta.

Usted dirá..., no creo que su edad sea la más apropiada para este tipo de devaneos.

—Ni mucho menos.

—Permanecieron contemplándose las dos mujeres.

Eulalia habló.

—Es una pena llevar toda una vida de vigilancia, de estudio y de esfuerzo para acabar luego así.

—¿Pero se ven muy a menudo?

—No sale el señor de casa de ella..., y vuelve el señor de madrugada a la suya *hecho unos zorros...*, y perdone la señora la vulgaridad de la frase.

—Es lastimoso.

—Sólo usted, que tiene autoridad sobre él, podría detener ese libertinaje.

—Le hablaré y veremos lo que se puede hacer; de todas formas, muchas gracias por su oportuna advertencia.

Llamó primero a Raúl.

—Ven mañana a comer, que te necesito —le dijo.

Se presentó un buen rato antes de la comida.

—¿Qué pasa?

—Que a «Zaca» lo ha estampillao una furciales..., y va de mal en peor... ¿Tú no tienes noticias?

—No me trato con él..., tú lo sabes.

Le mira zahoriadora la mujer.

—Con lo torpón que es él..., y a su edad.

—Fíjate, le estará dejando en los puros huesos...

—¿Tú no podías hacer algo?

—Si la conociese a ella..., tal vez..., pero vete a saber quién es en este Madrid de mis pecados.

—Hay que sacarle de las garras de esa mujerzuela..., antes de que le deje sin un clavo..., porque este «Zaca», con la poca experiencia que tiene de esas mujeres, estará haciendo el primo y el ridículo.

—A ver qué vida.

—Y todo menos que una putilla de esas le lleve los cuartos de rositas.

—Eso debemos evitarlo, como hermanos que somos, aunque ya has visto cómo se ha portado conmigo toda la vida.

—Pero el dinero..., este dinero de «Zaca», es un poco de todos, porque muerto él, y Dios quiera que viva muchos años, no tiene otros herederos directos que nosotros.

—Claro, claro..., luego defendemos un poco lo nuestro, evitando que se lo lleve

un zorrón de esos...

Como diciéndoselo en secreto:

—La gobernanta que tiene al frente de la casa, y que ha venido a ponerme en guardia del lío que se trae..., me ha asegurado que cuanto antes tomemos medidas, mejor, porque le encuentra cada día más preocupado, más caído y más hecho papilla.

—Sí, no vayamos a llegar tarde.

—Claro, ¡si tú la conocieras!

—¡Pues no hay mujeres en Madrid que en estos momentos se dediquen al bonito juego de sacarles el dinero a los hombres!

—Siguiéndole a él, después de comer, que es cuando creo que va a casa de ella... Porque dicen que la ha puesto un piso a todo tren..., y de ropas y alhajas de lo bueno lo mejor...

Con ansiedad:

—Tú trata de conocerla sea como sea.

Melancólico:

—Yo veré; ¿qué sacrificios no es capaz de hacer uno por un hermano?

Celia le ojea, desconfiada.

—Pero con las que tú conocerás del gremio.

—Es que en estos momentos se está llenando Madrid de aficionadas incontroladas.

—¿Qué me dices?

—Verdaderas plagas..., hay verdaderas plagas..., pero siguiéndole la pista...

—Es lo que tienes que hacer.

A los pocos días aprovechó que su marido se había ido a Barcelona y se fue a comer a casa de «Zaca». Antes había avisado a su gobernanta.

A las doce, cuando se despertó, le anuncia:

—Su señora hermana doña Celia que viene a comer con usted.

Llevaba más de una hora despierto dándole vueltas en la cabeza la entrevista de la víspera con su abogado.

Todo el dinero que dejó «Casita» en su tierra tendré que darlo por perdido, aceptó después de muchas cavilaciones.

Tenía la boca aceda y una desgana y un displacer hondísimos. Había dormido poco y mal y con sobresaltos...

Durante la cena de la noche anterior, y mientras estuvieron en una sala de fiestas, Soledad había reincidido sobre lo de la torre.

—Ahora que estamos a finales de octubre es el gran momento para que nos hagamos con la torre por menos precio —le decía—, y sabes que todo lo que sea sacarte las cosas lo más baratas posibles ha sido siempre mi norma... Y a principios de invierno las torres y los barcos de vela..., están «tiraos»..., conque prepárate.

—¿Pero es que también quieres un barco de vela?

—Eso más adelante..., el mar te he dicho siempre que me embruja, y un barco de

vela con un buen motor y tres o cuatro camarotes para llevar invitados a los amigos y poder hacer un crucero por el Mediterráneo o hacia el Sol de Medianoche en verano..., me enloquece..., te lo he dicho muchas veces.

—Pero Sole, guapa, no tengo fortuna para esos gastos.

—No te lo creo..., si un velero que esté bien, un velerito de 200 a 250 toneladas..., que es suficiente, se compra a fin de temporada en San Juan de Luz o en Biarritz, o en la Costa Azul, en Montecarlo, de uno de esos americanos o ingleses que se han arruinado a la ruleta y lo tienen que vender para salir de apuros..., por nada, por unas pesetas..., como quien dice, «tiraio».

—Pero por este camino de dispendios me arruinas...

—¿Y le vas a negar ese capricho a tu nenita...?

—¿Qué capricho?

—El de arruinarte por mí... Ésa es la verdadera prueba de que me quieres y entonces no me quedará más remedio que creerlo... Es cuestión de palabras..., porque arruinarse por una mujer ¿qué es, después de todo?... No es más sino que los bienes del hombre pasen de la cuenta de él a la cuenta de ella...; ahora, como la cuenta de ella es la de él y la de él la de ella..., pues lo mismo da... Que el dinero esté en un agujero o en otro, qué importa. Además, ¿qué mejor entorchado puede ostentar un hombre de tu vida y de tu edad que acabar arruinado por una mujer joven y hermosa como yo...?

—Tú lo ves muy sencillo.

—Porque lo es... Después de todo, ¿qué es el dinero?... Un padre de la Iglesia lo compara con el estiércol.

—¡Ja, ja, ja!, —se rió «Zaca».

Soledad empezó a notarle últimamente alteraciones motoras. Se le agarrotaban los músculos, lo que le impedía la agilidad de movimientos. Por la más fútil cosa lloraba o reía... Eran crisis de llanto o de risa espasmódica... Su marcha era cada vez más lenta y a pequeños pasos..., arrastrando los tacones. Se encorbaba y estaba tembloroso y andaba vacilante...

Pero a veces se encontraba mejor.

Era el suyo un estado lacunario.

—Si me arruino será para mí el caos.

—¿Y qué es esa palabra tan fea?

—Pues el comienzo del fin.

—De alguna manera hemos de acabar esta farsa.

Y se abrazó a él, besuqueadora y lampreante...

—Me gustaría morir así, abrazada a ti, y que nos encontrasen luego fundidos en un solo cadáver...

—No, no...; morir, nunca, nunca.

—No sé dónde he leído que el sueño es una porción de muerte que tomamos anticipada.

—Pero la tomamos para recobrar y renovar la vida agotada en el espacio de un día.

Contemplando a la mujer con embeleso:

—*Le sommeil est un emprunt fait à la mort* (El sueño es un préstamo hecho a la muerte). Pero la razón por la que pide prestado a la muerte es precisamente para conservar la vida. O sea, que el sueño es el interés pagado provisionalmente a la muerte...

—Pero la muerte, que llega para todos, es el pago íntegro del capital.

—Sí, pero el reembolso total se hace en un plazo tanto más largo cuanto más elevado es el interés..., y más elevado y más regularmente se paga.

—Pero déjate de tonterías, que llega para todos..., y eso es lo hermoso.

—¡Hermosa, hermosa!...; la muerte nunca puede ser hermosa.

—Sí, llegando para todos, sí. Lo horrendo sería que llegase para unos sí y para otros no..., pero teniendo la seguridad de que llega para todos... es un consuelo..., y, ¿por qué no?, una hermosura.

—Pero morir, nunca, nunca; ése sería el ideal, no morir nunca.

—Esta comedia nuestra hay que desenlazarla de alguna forma; yo que soy actriz te lo digo..., no va a estar una por los siglos de los siglos en el escenario... Todas las comedias se acaban, y a esta nuestra le tiene que llegar la caída del telón.

—Pero que sea lo más tarde posible.

—Tarde o temprano..., lo que hace falta es haber pasado por ella disfrutándola, saboreándola.

—Si mueres en la mañana de la vida no te da tiempo.

—Pero ahora que estamos los dos vivos vamos a poner el remedio.

Y aquella tarde salieron a comprar la torre en la Costa Brava.

Acababa de llegar de Cataluña en un estado de delicuescente descomposición cuando se le presentó Celia en su casa a comer.

—Querido «Zaca», tengo noticias de que llevas una vida que no te corresponde.

—¿Y qué es lo que me corresponde?

—Pues otra vida más decente y más limpia, más de acuerdo con la sana moral y con tu nombre y tu condición de profesor..., y tu clase..., y tu familia.

—De profesor dimití hace unos meses..., casi un año.

—Sé que estás destrozando tu salud y tirando tu fortuna con una mujerzuela.

—A mi edad, irse unos años antes o unos años después es lo mismo...; por lo menos quiero irme sabiendo lo que es la vida..., la buena vida.

—Y esa vida que llevas con esa furcia..., ¿es la buena?

—Por lo menos es a la que aspiran casi todos los mortales durante una larga temporada.

Se levantó, con dificultad, y cerró la puerta del comedor. En seguida volvió a su asiento.

—Guárdame el secreto, pero creo que he hecho «el primo» con la vida que yo he

llevado, trabajando y estudiando como una bestia de carga... Siempre dentro de unas normas de estricta moral para luego perder las oposiciones a la cátedra de la Central, que era el sueño de toda mi vida..., y que me las ganara un señorito ayuno de ciencia y vacuo, pero influyente... Tener luego toda la vida ese torcedor y que supeditarme a ser un auxiliar de él... Y llegar a los sesenta años sin saber lo que eran los goces de la vida...

—Y el encanallarte con una golfilla que está acabando contigo física y económicamente..., ¿ésos son para ti los goces de la vida?

—No cambio la boca fresca y los muslos, duros y fluviales, de Soledad por todo el Derecho Administrativo..., ni por toda la moral..., ni por toda la ciencia, ni...

—Calla y no digas disparates.

Su voz fue perdiendo intensidad y entonación y se hizo aguda y monocorde, sin inflexiones.

—Pero ¿no te das cuenta de que después de una lucha brutal contra tu hermano, durante toda tu vida, ahora, al final, cuando tenías la batalla ganada, resulta que te pasas a su campo y le das la razón?

—«El Raúl», suavizado y con menos cinismo, porque lo peor del «Raúl» es su actitud cínica, frente a las cosas..., créeme que sería el ideal humano.

—¡Pero que esto te lo tenga que oír a ti!

—Te he suplicado que me guardes el secreto y no se lo digas a nadie.

—Calla y no chochees más.

—La vida es una fuerza tan potente y tumultuosa que resulta estúpido intentar meterla en el cuadriculado de una exagerada e hipócrita moral cristiana..., y los españoles, que somos hombres de extremos..., pues nos hemos ido más allá de la raya..., y había que dar un poco marcha atrás si queremos vivir tranquilos y en plenitud y relación con los demás europeos...

—¡Pero que esto te lo tenga que oír a ti!

—¿Qué quieres?, de sabios es el rectificar...; todas las vanidades de la vida: la gloria, el nombre, la riqueza, nada son frente al encanto de una mujer joven, hermosa y comprensiva... Esas vanidades te pueden servir en tanto en cuanto contribuyan a que te sea piadosa su hermosura..., pero como desembocadura final, siempre ellas...

Le cojeaba la voz, tarlanteante, y un aliento triste y crudo humedecía sus palabras.

—Pero esta mujer te ha hecho perder el juicio.

—¿Y para qué lo podía querer, sino para perderlo con ella...?

—Te ha hecho perder la salud.

—A mi edad nunca mejor empleada.

—Te está haciendo perder tu fortuna.

—Para esto me la dejó «Casita», para que la repartiera.

—Pero no con esa putuela.

—¿Con quién mejor?

Hundió la cabeza en el pecho y se dejó ganar por un mansísimo deseo de

lágrimas.

Apenas si comía.

Celia, preocupada, le hizo beber unos huevos batidos con un poco de jerez.

—Los únicos momentos de felicidad y de satisfacción que paso es cuando estoy con ella... Entonces me siento revivir en cuerpo y alma y todo se me hace, en esos momentos, más sensible y como iridiscente.

—Pero debes tener fuerza de voluntad y apartarte de ella y dejarla...

—¿Pero me quieres matar?...; dejarla y no verla más sería firmar mi sentencia de muerte.

—Pues para vivir así, en este vilipendio, más vale que te mueras.

La miró e intentó sonreírla.

—¡Gracias!

—Convéncete, «Zaca», así no puedes seguir ni un día más.

—Mi persona, mi dinero y mi nombre..., y eso que tú llamas mi prestigio..., todo, todo me pertenece..., y sé lo que quiero y adónde voy..., y lo que me espera en plazo corto...

—Pero estás aún a tiempo de evitarlo.

—¿Y para qué?

Tenían sus palabras una angustiosa desolación.

—Pues para ser un hombre de bien.

No replicó nada, pero le vinieron a la memoria los desolados versos de Shakespeare:

La vida...

... it is a tale

Told by an idiot, full of sound and fury,

Signifying nothing.

(La vida es un cuento sin sentido relatado por las palabras furiosas y resonantes de un idiota).

—*Signifying nothing...*, *Signifying nothing* —se repetía.

Se irguió dificultosísimamente.

—Déjame en paz —exigió a la mujer, mirándola despectivo—, que no soy un crío para no saber lo que tengo que hacer.

—Eres peor que un crío, porque estás embrujado e idiotizado, sí, idiotizado..., idiotizado.

Y el pobre hombre sintió una pena enorme al sentirse descubierto, y volvió a refugiarse en las lágrimas.

—Si no fuera más que por ti..., allá tú, pero es por el nombre de la familia y por la pobre «Casita»..., y por todos, por todos.

Cerró los ojos y se sintió licuar como un enorme témpano de hielo...

«Esto mío se va, se va»..., pero no pensó más porque no tenía fuerzas.

—¿No se te ha ocurrido cavilar lo que será de ti el día que esta mujer te deje sin dinero?

—¿Para qué pensarlo..., para qué...?

—Pues para pararte en esta carrera desenfundada a la ruina.

—Me siento tan bien, hasta que llegue el batacazo final, junto a Soledad...; y sobre Soledad..., me encuentro tan bien.

—¡Pues con tu pan te lo comas! —le gritó Celia.

Y se alzó.

—De alguna manera tengo que morir..., de alguna manera, y qué muerte más satisfactoria que en sus brazos, en sus brazos...

—¡Dios mío! Pero ¿a ese extremo has llegado?

—Mas gustosamente, ¡eh!..., gustosamente.

—Adiós —le despidió, y allí quedó el pobre «Zaca», entre las escurrimbres de la comida.

Pidió una copa de coñac y se la incorporó de un trago. Empezó a sentirse por dentro empapelado de fuego, un fuego suave, vivificante. El alcohol le empujaba un poco el alma pasajera, y por eso había empezado a beber desde que se lió de encenagado amor con Soledad.

Poco después se acostó a sestear un rato.

A media tarde se vistió y se encaminó a casa de su amiga.

Pero a los pocos pasos se encontró desinflado y tomó un taxi.

La mujer le recibió con el fingido alborozo de todas las tardes.

—Sólo cuando estoy junto a ti me siento dichosa.

«Zaca» sabía que no podía ser verdad, pero se hubiera sentido defraudado si no se lo dijese todas las tardes.

Se había hecho escritor a su madurísima edad, pero escritor de talones al portador..., y los firmaba cada tarde con peor pulso..., aunque el guarismo en la parte derecha y alta del talón era temblón, pero clarísimo... Y todas las veces le añadía:

—Te los firmo al portador..., no sé por qué..., tal vez prejuicios burgueses, porque a favor de..., o a la orden de..., sería delatarte y delatarme...; pero ojo con que se te extravíe, porque podría ser una catástrofe si el que lo encontrase lo cobrase por ti.

—Descuida.

Y siempre miraba con disimulo por el rabillo del ojo la cantidad escrita.

Se fue emperifollando de lujos y empezó a ser conocidísima en las selectas joyerías y en las peleterías suntuosas y en los modistos a la moda.

Y conforme se sentía más en sus últimas, más hojas arrancaba del árbol de su talonario...

Vendió valores, fincas, terrenos, para poder atender a su desapoderada pasión por aquella mujer.

Y todo le parecía poco e insuficiente.

—Si fuese dueño del mundo lo pondría a tus pies —le manifestó una tarde.

—Todo el mundo, mi pichurrín, me daría demasiado quehacer y muchas preocupaciones... Me basta, frente a la riqueza del mundo..., con la poca que tú tienes.

Y así fue pasando su dinero de las manos de él a las de ella.

Se había olvidado ya de que su mujer dejó una fuerte riqueza en Bolivia y de la que nada recibiría, ya comida por las termitas de los sobrinos...

—Vaya usted a Bolivia a hacer valer sus derechos —le había aconsejado su abogado...

—Pero eso está muy lejos.

—Un avión le dejará en unas horas..., y yo le acompañaré si lo desea.

Pero no conseguía ya salir del agujero que limitaban los brazos en abrazo de su amada.

Hasta aquella mañana en que el director del Banco donde tenía la que había sido pingüedinoso cuenta se sintió moralista y se creyó en la obligación de avisar a su familia del inminente y total deshielo de su firma.

Raúl, al acompañarla en las somnolientas y enamoradas madrugadas, no salía de su estupor y de su asombro.

«Nunca pensé que aquel “loro” boliviano fuera tan desmesuradamente rico», se decía «el Raúl». Pero todo le parecía poco e insuficiente a Soledad. Por lo visto sus glóbulos rojos y blancos, todos, todos eran glóbulos de codicia..., porque «el Raúl» no sacaba de aquella casa y de tal mujer más que caricias... Eso sí, eran caricias maravillosamente instrumentadas y orquestadas.

En la casa de Soledad no había ya sitio ni para los trajes y las pieles ni para las joyas deslumbrantes y suntuosas... Y su robusta cuenta corriente parecía ir a reventar por todas sus suturas...

Hasta aquella mañana en que, sólo desprenderse de sus brazos, se presentó Raúl en casa de Celia.

—Ése hace agua por todas partes..., estoy seguro de que no le queda ya para un billete de metro con la última subida.

—Lo sé..., lo sé.

—¿Por quién?

—Por el director del Banco, que se ha sentido en la obligación moral de avisar a la familia... Y tú, ¿por quién..., por quién lo sabes?

Le miraba zahoriadora, penetrante.

—Lo sé por ella, que da la casualidad que es la mujer de mi vida.

—Todas las mujeres con cuerpo para ganarlo han sido siempre las mujeres de tu vida..., todas, todas...

—Pero ésta es morrocotuda..., tan morrocotuda que estoy loco en sus brazos sin conseguir sacarla ni para el tranvía... Y aguanto y aguantaré dándola amor y compañía de balde..., sí, sí, de balde, de balde.

—Cómo, cómo han debido mellarse tus armas.

—Los años corren para todos..., y es ahora cuando me doy cuenta de eso.

—Pues a ver si aprendes la lección..., y pronto, pronto.

Pero una de aquellas madrugadas, cuando no le quedaba nada que darla, nada que ofrecerla, sino su angustia, le ganó, como otras madrugadas ya solo en su lecho, la descomunal locura de los celos, y se vistió como pudo, y casi arrastrándose llegó a casa de Soledad. Le quedaba la consideración del sereno y el llavín, que era lo único que aún le ataba de verdad a su daifa, y penetró subrepticamente..., y halló a los dos, a Soledad y a Raúl, la una en brazos del otro.

Raúl saltó del lecho y se dispuso a altercar contra su hermano. Era la lucha eterna del espíritu y la materia, porque el hombre es el único ser metalado de espíritu y materia, ya que es el límite fronterizo que separa a las dos mitades contrarias del universo. Raúl era la materia y tenía la batalla ganada, porque «Zaca», el espíritu, se había pasado ya al enemigo. Era un choque brutal entre los dos mundos que se entrecruzan y golpean en un forcejeo que es la sustancia de su angustia y agonía por vivir. Lucha continua y ardorosa que mantiene el hombre consigo mismo, con la que fabrica, cotidiana e ininterrumpidamente, su propia muerte. Y ésta es la enorme pesadumbre de su destino: la carne, que abrumba a su alma..., y la sojuzga.

Parecía en el primer momento iba a vencer «Zaca», el espíritu, por su corpulencia y su grandor y su halo moral... Pero era una ruina física y ya por dentro estaba vencido, y Raúl consiguió ponerle una zancadilla y derribarlo.

Hasta la mujer, Soledad, se puso de parte de la materia y sujetó al espíritu del brazo cuando iba a golpear.

Esta angustia pesante de la carne que gravea sobre el alma es al mismo tiempo la que le permite ser hombre, o sea contradicción. Pero a medida que se civiliza observa que su congoja, que es su vida, su lucha entre las dos partes, no tiene remedio. De ahí su creciente angustia porque su mal aumenta y no se le ve solución...

Entre Raúl y Soledad, ya derribado «Zaca», lo golpearon y patearon hasta que se dio por vencido y quedó como muerto.

Lo sacaron a rastras de la alcoba y lo abandonaron tirado en un rincón de la salita. En seguida se miraron el hombre y la mujer y se abrazaron encanallados y temerosos.

—¡Qué hemos hecho, Dios mío..., qué hemos hecho! —se asustó la mujer.

Y al hombre le ganó un pavor inmenso.

Le tomaron entre los dos y le sentaron en una butaca.

Respiraba dificultosamente. La mujer fue por el coñac y le acercó una copa a los labios...

¿Pero dónde va el hombre en su descomposición y en su locura?... ¿Y qué quiere, qué quiere?...

«No queremos la felicidad, queremos el placer», grita un poeta inglés. Pero el placer desemboca siempre en lo mismo, en el hastío, la locura y el crimen.

El alcohol lo fue reanimando y «Zaca» empezó a abrir sus emplomados ojos.

Antes la mujer le había despedido a su hombre.

—Tú vete ahora lejos de aquí..., que ya hablaremos.

Y el hombre se vistió rápidamente y escapó.

¿Pero qué le pasa al hombre para este empecinamiento en el vicio y en la maldad, para este desarreglo y descomposición de su vida?... ¿Qué le pasa?... ¿Qué?... ¿Qué?...

¿No será que le han quitado a Dios?... Sí, le han arrancado a Dios, y sin Dios nada tiene sentido...

*Sí, le han quitado a Dios,
le han quitado a Dios,
le han quitado a Dios.
Y si Dios no vuelve
no habrá nada que hacer,
nada que hacer
que hacer.*

La mujer quedó tirada a los pies de «Zaca», avergonzada de su fechoría.

Olía a bajorrina y a carne emputecida y a froteo encanallado y a buhedo corrupto...

Se alzó y abrió de par en par el balcón.

Un sol redondo y robusto ponía su pulcritud suave en las cosas.

El hombre la llamó:

—Ven y escúchame.

La mujer se acercó.

—No volveré más por aquí y no quiero saber de ti nunca más..., nunca más.

Se irguió, ayudado por ella, con un gran esfuerzo... y apoyándose en las paredes salió de la casa.

Más tarde se oyó una tempestuosa rodada, escaleras abajo, como de cuerpo muerto que se derrumba.

L o llevaron a su casa y de allí a una clínica y avisaron a Celia que se presentó con su marido en seguida.

No había vuelto aún en sí. Tenía el rostro poblado de tumefacciones y equimosis.

—Si conseguimos que no le falle el corazón —aventuró el médico que le atendía—, porque es un hombre en escombros.

«En escombros», se repitió la hermana.

Más tarde llegó Araceli con su marido.

Puso una cara de asombro y asco al sorprenderle así y exclamó:

—Esto es lo que trae el mucho dinero...

Y el marido acobardadillo repitió:

—El mucho dinero.

—¿Pero qué ha pasado?

—No sé —aventuró la gobernanta—. Lo han traído a casa en este estado y yo me he venido con él y Apolodoro... y aquí estamos.

Celia intentó ponerse al habla con Raúl, pero se lo había tragado la tierra.

—No se rompan la cabeza, está claro que le han sacudido un palizón —bisbiseó la hermanita.

—Una paliza —repite Celia.

—¿Pero quién le ha podido pegar?

—Vaya usted a saber —cerró la monja.

Mas en cuanto consiguieron hacerle volver en sí se tranquilizaron.

A los pocos días, un tanto repuesto, le trasladaron a su casa. Cuando le pasaron la cuenta de la clínica se echó a llorar y confesó que no tenía dinero y que se hallaba arruinado.

Pagó Celia sin oponer nada.

Araceli, su marido y su cuñado la contemplaron estupefactos como diciendo: «¿Qué pasa aquí?».

Raúl seguía sin remanecer.

Soledad, colgada del teléfono, trataba de localizarle.

Al fin surgió en casa de Celia.

—¿Cómo sigue ése? —preguntó sólo entrar.

—Por ti podía haberse muerto... Tú dirás..., porque él se ha cerrado en banda y no hay quien le saque una palabra. Lo único que confiesa es que no tiene un gordo y que está arruinado... Con decirte que he tenido que pagar yo la factura de la clínica..., hasta que se aclare esto...

—Lo que ha pasado es muy sencillo... hasta donde yo sé, muy sencillo. Que ha cometido la estupidez de presentarse en casa de su coima a las cuatro y media de la madrugada... Hace falta ser imbécil... Y se ha presentado por las buenas, sin avisar antes por un golpe de teléfono..., que es lo menos que se hace en esos casos... Y ha sucedido lo que tenía que suceder, que estaba ella en mis brazos... y que «Zaca» se ha molestao... ¡Tiene gracia!

—Mucha.

—Y él que va y se echa sobre mí y yo me he defendido y como soy un caballero he defendido a la mujer... Y lo de siempre, nos hemos enzarzado... Y las cosas como son..., como éramos dos contra uno, él ha llevado la peor parte.

—¿Y le habéis sacudido?

—Un poco... Pero si vierais, yo le creí más fuerte al «Zaca», como es tan grandullón..., pero ha «resultao» un tigre de papel.

—Por lo visto, se ha encargado esa prójima de debilitarle..., pero de debilitarle todo, el bolsillo y el cuerpo..., porque le ha dejado con la llanta en el suelo, a dos velas... y he tenido que sufragar yo los gastos de vuestra paliza.

—Hasta ahí... lo que yo sé... Lo que haya sucedido luego, vosotros diréis.

—Pues según declaraciones de la furciales ésa, cuenta que al salir de su casa ha oído un ruido como de caerse «Zaca» por las escaleras. Se ha asomado a ver qué pasaba y se ha encontrado con que había bajado rodando todos los peldaños hasta el portal... Luego han venido los gritos de ella y el alboroto en la escalera y el escándalo y el llevarle a su casa y de allí a la clínica... y vuelta a casa... Y que el corazón no le marcha bien..., eso es lo grave.

—Para, para de contar —le suplicó «el Raúl», como si el relato le conturbara—. Lo mejor que podía hacer a estas alturas es diñarla —deseó «el Raúl» con todo cinismo—. Menudo engorro si no.

—Que es tu hermano, Raúl; que es tu hermano —le patentiza Araceli.

—Pa mí, como si no lo fuera... No ha hecho más que odiarme y envidiarme los buenos apaños que he tenido.

—Presumido de mierda —le grita Celia.

—¿Es o no verdad? —pregunta «el Raúl», abriéndose de brazos.

—No es verdad. Que «el Zaca», mientras fue «el Zaca», o sea un hombre de bien, estudioso y trabajador, como ninguno, y con un sentido moral y honrado como el que más..., maldito si le importaban «los asuntos» que tú tuvieses..., porque era un hombre muy hombre, como hay ahora pocos.

—Todo eso vamos a dejarlo —propuso «el Raúl», despectivo.

Se retiraron los cuñados y Araceli.

Celia quedó sola con Raúl.

—Tú me dirás.

—¿Qué quieres que te diga?

—Bien que le hayas «pisao» la mujer..., pero la encerrona que le habéis preparado después de dejarle esa puta desorejada sin blanca, no es de personas decentes..., ni mucho menos.

—Pero a quién se le ocurre presentarse en casa de su amiga a las cuatro y media de la madrugada... sin avisar... Vamos, que tiene bemoles... Que si los del gasto son los amos, no deben extrañarse que los del gusto... tengamos nuestras horas..., que yo y la Soledad somos de carne y hueso..., y el «Zaca», que no es tonto, debía hacerse

cargo.

—«Naturaca»..., y os habrá «desvelao» el muy imprudente y hasta puede que os haya sorprendido en el momento culminante..., y eso que tú no estás ya para muchos sacrificios.

—Eso preguntáselo a ella si estoy o no estoy...

—De qué presumes de lo que no tienes... Que lo que vas teniendo tú ya son muchos años, uno encima de otro..., y los años pesan y pasan para todos..., no lo olvides, para todos.

Mirándole con sorna.

—Bueno, que yo tengo mucho que hacer... Aunque no lo mereces, te acercaré donde quieras.

Descendieron y montaron en el coche de Celia.

—¿Dónde te dejo?

—Después de lo sucedido, ¿a dónde puedo ir que no sea a casa de ella?

—A ver si te espabilas, que a veces la vanidad os ciega a los hombres... y por fas o por nefas termináis haciendo el ridículo.

—No empujes, doña Sabiduría..., no empujes.

Se separaron. Pero antes le pidió Celia:

—¿Sabes que me gustaría conocerla?

Se volvió chungón.

—Ten paciencia, mujer, que todo se andará.

Celia fue a su trabajo, pero mentiríamos si dijésemos que vacó a él con toda intensidad. El pensamiento de los dos hermanos y la mujer por medio le debilitó su esfuerzo. Se lo notó Cristina, la empleada de confianza que tenía en la tienda de Rubén Darío.

—¿No se encuentra usted bien, señora?

—¿Por?

—No tiene usted buena cara.

Tenía el talante seco y la expresión lejana y triste.

—No vale la pena... Lo voy a dejar y me iré a que me dé un poquito el aire.

—Sí, nada vale la pena —confesó la muchacha melancólica.

Salió después de hacer a Cristina unas advertencias y se dirigió a casa de su hermano «Zaca».

Le abrió la gobernanta.

—Le encuentro muy mal al señor... Se pasa las horas llorando y temblando y dice que se quiere morir.

—Vaya por Dios.

—A ver si usted que es tan enérgica le aficiona de nuevo a la vida.

Celia se sonrió amargamente.

—Cuando uno pierde la fe en las cosas, de nada sirve el ímpetu y la energía de los demás.

—He intentado darle algo de comer y no quiere nada... A ver si a usted que es su hermana le hace más caso...

Pasó a su alcoba Celia y le apenó su lamentable estado.

Permaneció un rato haciéndole consideraciones de toda laya.

—¿Qué dice el médico? —le preguntó a la gobernanta.

—El corazón parece que le ha respondido a la medicación. Ahora ha dicho que hay que hacerle comer a toda costa.

—¿Oyes, «Zaca», lo que dice doña Eulalia?

—Dejadme en paz, que quiero terminar de una vez.

—Es una cobardía esto que pretendes... ¿Cómo te vamos a abandonar? Morirse es lo último, hombre, lo último... Hay que vivir y tienes que hacer por vivir.

—¿Para qué?

—Para seguir adelante, que es nuestra primera obligación, y vengarte de tus enemigos que es la segunda.

—Y qué puedo hacer sin dinero, sin salud, sin fe, sin entusiasmo y sin ilusión por nada..., por nada.

—La fe y el entusiasmo y la ilusión los irás recobrando poco a poco.

Mormojeó algo ininteligible.

—Y el dinero lo tengo yo, y junto a mí, sin tanta casa y tanto lujo, nunca te faltará nada.

Se le aguaron los ojos de agradecimiento al pobre «Zaca».

—Tráigame un par de huevos batidos con una copa de coñac —le pidió en voz baja a la gobernanta.

Le solivió la cabeza y se los hizo beber a pequeños sorbos.

—¿Cuándo vuelve el médico?

—Hacia las diez ha prometido visitarle.

Volvió Celia antes de cenar y le encontró, dentro del cuadro seudobulbar, un poco más animado.

Ella misma le preparó un poco de merluza frita y se la dio a comer.

El pulso le temblaba paralítico.

Celia se alarmó. La cabeza tampoco le acudía ahora rauda. La voz se le había achicado hasta perderse... A veces se quedaba repitiendo la última sílaba de la frase.

—Ahora a dormir —le animó Celia cariñosa.

Le retiró los trebejos de la comida y le dejó a oscuras y solo.

—Hasta mañana, que vendré antes de comer a verte.

Le dio un beso en la frente.

Se retiró a su casa y se encontró con Raúl que la esperaba.

Estaba muy preocupada Celia.

—¿Cómo sigue ese desgraciado? —le sopló Raúl despectivo.

—Aquí no hay más desgraciado que tú, que eres un tipo repelente —le devolvió

seca.

—Sin ofender, eh..., sin ofender.

—No empieces tú ofendiendo a tu hermano.

Le produjo tal asco la petulancia desabrida y sin caridad de Raúl, que dio media vuelta y salió de la estancia.

Llamó a Araceli que estaba con su marido y le advirtió:

—Dile al granuja de tu hermano que se largue en seguida, porque no quiero en este momento verle.

Araceli cumplió la orden.

«El Raúl» se largó con la cola entre piernas.

Se acostó sin cenar Celia malhumorada y disgustadísima.

Pidió una conferencia con Barcelona para hablar con su marido.

Eran las diez y media.

—Tardará una hora —le comunicaron.

Cuando le pusieron, habló con él un rato.

La conversación con Ismael le alegró y refrescó el alma.

Más tarde se durmió pensando en el problema que se planteaba con «Zaca». «Por lo visto está completamente arruinado y esa lagartona se lo ha llevado todo». Empezó a figurársela cómo sería en lo físico y en lo moral para tal hazaña.

Ardía en deseos de conocerla. «Debe de ser hermosísima». Ésas eran las noticias que tenía...

«Hay que aclarar bien cuál es la situación económica verdad de “Zaca” en estos momentos. Según me dijo en cierta ocasión, atendiendo mis consejos, se había traído de Bolivia unos tres millones de duros. Nadie pensaba entonces en la muerte rápida y precipitada de “Casita”. De otra parte, era muy confiada en cuestiones de intereses y tenía una gran confianza en sus sobrinos.

»—Son unos santitos..., buenos si los hay..., incapaces de ninguna defraudación... Toda la vida, mientras yo “turisteaba”, ellos me llevaron siempre las cuentas de las haciendas... y fueron como administradores delicadísimos...

»—Sí, “Casita”, pero ahora estamos tú y yo casados y yo soy para ellos un poco el gringo que ha venido a apoderarse de lo que ellos esperaban pasase a sus manos, porque ya no creían se casase su tía..., y somos marido y mujer contra su deseo..., aunque lo han disimulado... y los bienes y las riquezas tu amo las vea...

»—Sí, eso sí... Que si yo, por un casual, faltase antes que tú, mi bien..., desearía que todito te quedase bien arregladito.

»Y así fueron trayendo hasta esos tres millones de duros. Claro es que eso en producción, más las rentas que les enviaban lo necesitaban para su tren de vida, que mientras vivió “Casita” fue fastuoso...

»¿Y todo eso se ha podido gastar en la temporada en que vivió “Casita” y en los amores con esta golfilla, que han podido durar unos tres años, que es el tiempo que hace que enviudó “Zaca”? Pero esta pelandusca es una ansiosa irrefrenable... ¿Y qué

encantos secretos posee para embaucar de esa forma al pobre “Zaca”?...».

De haber sabido dónde vivía, en aquel momento se hubiera levantado de la cama para presentarse en su casa a conocerla...

«¡Qué ha hecho de todo el dinero que a manos llenas ha derramado sobre usted mi hermano..., vamos a ver!

»Seguramente que lo tiene en su poder en forma de alhajas y abrigos y trajes y en propiedades y en su cuenta...

»—El piso de Madrid donde vive es suyo y está a su nombre. Y le ha comprado una torre en la Costa Brava. Y para los padres de ella una finquita en un pueblo de la Mancha de donde son —le había soplado “el Raúl”.

»—Pues ha sabido hacerlo con rapidez».

De repente tuvo Celia una idea luminosa. «No hay más que una solución, que “el Raúl” que la enamora se case con ella, y así, todo quedará sin salir de la familia. Como mujer me repele y me da cien patadas la conducta y la psicología de mi hermano. Siempre me ha asqueado este tipo de hombres... y más ahora; pero me es conveniente manejarle para desembocar todo este embrollo en buen fin.

»No tenemos otra salida decorosa», se dijo.

Se alegró y regocijó con su ocurrencia. «He de cambiar lo primero mi trato y actitud con Raúl...».

Durmió tranquila.

Al día siguiente por la mañana se puso directamente al habla con él y empezó dándole una explicación por su duro enfrentamiento de la víspera. Más tarde le invitó a comer a casa.

—Es muy delicado lo que tenemos que tratar —le insinuó.

Aquella mañana Celia estuvo atenta y aconsejadora con don Sergio.

—Esta pobre mujer tuya, Lolita, ha sufrido mucho y has de limar en su trato las pequeñas asperezas inevitables en todos los matrimonios... Procura estar con ella más cariñoso y generoso..., que es buena y te quiere, y lo pasado, pasado, y pelillos a la mar..., que para dos días que vamos a vivir, querido Sergio...

Estas palabras conciliadoras se las endilgó después de darle un balance opíparo de la tienda de Rubén Darío.

Sergio las recibió como semilla después de un riego benéfico.

—Me hago cargo de todo, Celia, y te agradezco en el alma esta predisposición tuya por la buena armonía de mi hogar.

—Yo quiero a Lolita, no en vano hemos sido compañeras de trabajo durante tantos años... Y la verdad es que la veo triste, alicaída y enferma. De otra parte, has de pensar en los chicos y en el ejemplo y en la lección que hay que darles..., que no hay mejor educación para los hijos que el buen comportamiento de sus padres.

Celia se encontraba por dentro contenta y satisfecha del desarrollo que pensaba dar al asunto de su hermano «Zaca».

Sergio había engordado más con el paso del tiempo. Parecía una bolita de sebo.

Los ojos se le habían reducido a la mínima expresión y la piel atirantada del cutis y el pelo canoso le daban un aspecto infantil, a pesar de los años.

—¿Y tú cómo vas en tu matrimonio? —le sonrió el hombre.

—Soy feliz con Ismael y él creo que también lo es conmigo. Precisamente no hace mucho he leído un pensamiento de un escritor francés, Chamfort, que me ha llenado de consuelo y satisfacción, porque veo que no iba en mi vida descaminada.

—¿Qué dice, pues, ese señor?

—Escribe que la felicidad no es cosa fácil; es, por el contrario, muy difícil encontrarla en nosotros, e imposible hallarla fuera.

—Me alegra el pensar que yo siempre he procurado encontrarla dentro de mí y que la que tengo la he alumbrado en mi propio manantial.

Se miran los dos con limpieza y serenidad...

—Si la poca dicha que hay está dentro de uno mismo —reconoce Sergio.

A la hora del cierre se ha vuelto a pie a casa, dando un paseo. Al cruzar la Puerta del Sol observa a la gente vuelta con la vista en lo alto. Una avioneta escribe con humo blanquísimo la fugaz propaganda de una marca industrial... y sigue el deletreo celeste con curiosidad un tanto ingenua.

«¿Cómo será esta mujer? ¿Cómo reaccionará ante las cosas? Debe de ser muy joven y bonita por lo que me ha dicho Raúl. Una mujer es siempre un misterio, y más para las otras mujeres. En este terreno del erotismo reconozco que Zacarías es un niño sin malicia. Lo cual no quiere decir que a la hora de soltar el dinero lo dé a la primera que se lo pida. Pero una mujer que consigue que un hombre hecho y derecho enloquezca y pierda por ella la cabeza..., no es una cualquiera».

El cielo era azul, azul sin mestizaje de otro color. Las gentes caminaban holgadas, las ropas un tanto sueltas, aceptando gustosas les invadiese la suavidad del aire.

Un ciego pregonaba:

—¡Los cuarenta iguales!

En un puesto una mujer tetuda, derramada, corta la cuerda que ata un paquete de «Marca» y empieza a repartir solaz deportivo a una larga fila de hombres que espera con las dos pesetas del precio en la mano...

En casa la esperaba ya «el Raúl».

—Qué hay, hermanita, guapa.

—Hola, buen hombre —y le sonrío.

Ismael, que ha llegado aquella mañana en avión de Barcelona, saluda al cuñado..., después de un aparte en su alcoba con la mujer.

—¿Pero no te han dado nada de aperitivo? —inquire Celia de su hermano.

—Aquí..., no estando tú, se ve que me tienen abandonadito.

—Bueno, yo me voy, que me estará esperando mi marido —les despide Araceli.

—Mujer, no tengas prisa, que es temprano —le sosiega Celia—. A Raúl le gusta el blanco antes de comer... Sácale la botella de Viña Paceta y que se sirva... Mientras, yo echo un vistazo a la cocina.

Araceli le saca el blanco y se va.

Quedan los dos hombres de cháchara.

—¿Cómo van esos perfumes?

—Cada día que pasa hay más demanda. Se ve que va mejorando el tono de vida en toda España, y sobre todo en las grandes ciudades... Esto mío es un síntoma.

—Eso está bien —le acoge «el Raúl»—. Donde hay prosperidad hay orden, y donde hay orden..., pues hay orden, que no es poco.

En seguida se sentaron a comer. Celia había dejado a primera hora, cuando salió de casa, unos callos, lavados, limpios y raspados..., preparados ya para su condimentación.

Era el plato preferido de Raúl. Con mucho picante, como le placían al muy bigardo.

—¿Cómo están? —le preguntó Celia al verle llevárselos a la boca.

—Abrasadores y ofuscantes..., como para poner el paladar del más pintado en gracia de Dios... Esto y después unos tragos buenos de tintorro, mejor de Rioja que manchego... Más tarde un buen cigarro y una chavalita apretada de carnes, al anochecer, después de la digestión...

—Este Raúl es siempre el mismo —comentó el cuñado.

—Déjale, que ahora va a sentar la cabeza —adelantó la hermana.

—No lo toméis al pie de la letra..., es que a mí, como madrileño, me ha gustado siempre generalizar.

—Pero si es que estamos de acuerdo —reconoció Ismael.

—Sobre todo en lo de la chavalita a la caída de la tarde, ¿verdad?

—Valiente par de pellejos... estáis los dos —y se sonrió la mujer.

—Yo no, ¡eh! —exclamó el marido riéndose.

La criadita iba y venía siguiendo con el ojeo la cháchara.

Raúl repitió los callos hasta quedarle los carrillos mareados y como aletargados por el sabrosón picante.

Bebió más de la cuenta para apagar aquel fuego.

Luego *les echó* un lomo de vaca con unas habitas tiernas de contorno.

A los postres estaba locuaz y decidor, los ojos brillantes, con brillos desusados, nuevos.

—Tú lo que debías hacer es casarte —le propuso «Isma».

—Déjale, que de eso ya hablaremos él y yo... —intervino Celia.

—Tú ya andarás con los cuarenta.

—Cerca.

—¿Cómo cerca? —se irguió Celia.

—Del otro lado..., pero cerca —aclaró «el Raúl»—. Después de todo, cada cual tiene la edad de sus venas, y yo las tengo elásticas, como recién estrenadas y puestas a recibir sangre esta mañana.

Y mostró una mano larga, fina, en la que, pudorosa, apenas si dejaba adivinar sus

azules caminos.

Después del café, «Isma» se fue a su trabajo y los dos hermanos permanecieron frente a frente.

—¿Qué me querías? —le dijo sonriéndola.

—Oye, Raúl, supongo que esa moza no sabrá que «Zaca» es tu hermano.

—¿Por quién me has «tomaos»?

—Es que tú a veces, como todos los vanidosos, os vais del pico.

—Pero eso es a veces..., sólo a veces.

Contempla a su hermana con suave recochineo.

—Te veo venir.

—¿Y qué?

—Que «too» esto está muy duro de pelar.

—¿El qué está duro de pelar?

—Este lío del «Zaca». Ella, a toda costa, quiere volver con él...; no es que le quiera..., de dónde..., ni le aprecia..., ni «naa»..., pero lo ha hecho cuestión de amor propio...

—Eso indica que es mujer muy mujer.

—A las mujeres yo no acabo de entenderos...

—Pues es bien sencillo; aunque tarde, se da cuenta de que se ha portado con «Zaca» como una miserable cerda...

—No me irás a decir que tenía la obligación moral de serle fiel..., porque tú eres capaz...

—Pues la tenía y algo más... Cuando un hombre se da en cuerpo y alma a una mujer..., y hasta se deja desvalijar y arruinar por ella..., pues esa mujer, si es mujer y no una zorra tirada..., le debe una serie de consideraciones y respetos..., si no que no se hubiese «embarcao» en la empresa... Y la primera consideración es la de no engañarla y, sobre todo, no llevarle los cabritos a su casa..., que hasta ahí podíamos llegar.

—Yo no soy un cabrito.

—Algo peor..., su chulo.

—¡Qué más quisiera! —replica, cínico.

Echándole sarcasmo.

—Ésa no da ni pa alpiste del pájaro.

—Pues peor que peor.

—Y en cuanto a lo de que soy yo..., yo soy... su enamorado..., porque esta vez te juro por nuestra madre que estoy hasta las cachas...

—No saques el nombre santo de tu madre en vano.

—Por nuestra madre te lo juro, por nuestra madre...

—Raúl, que te has pasado la vida jurando por todos los santos...

—Pero por nuestra madre nunca, hasta ahora.

—Que tú no eres un enamorado, que lo que tú eres y has sido siempre es un

explotador.

—Que esta vez no.

—Pues será la primera vez.

—Pues será.

Mirándola con el deseo de meterle muy dentro lo que le dice.

—Que esta mujer es muy mujer para dejarse explotar..., y que tiene más pasión por el dinero que tú..., que ya es tener.

—Y a mucha honra..., ¿qué pasa?

—Como pasar, poco.

—¿Qué hubiera sido de toda esta familia si yo, desde que tuve uso de razón, no me hubiera preocupado de... dirigirla?

—No sé.

—Pues yo sí..., que se hubiera ido a freír espárragos.

—Lo dices como si nos hubieses pasado todos los meses un sueldo a cada hermano.

—Algo que vale más que eso he hecho yo por vosotros.

—Cuéntamelo, que soy duro de oído y no me he «enterao».

—A lo que vamos, si tan enamorado estás y tanto te quiere esa palomita...

—Pues, ¿qué?...

—Que te cases con ella..., y...

—Y así, todo lo que le ha pispao al «Zaca» quede en la familia..., ¿no es eso lo que tú piensas?

—¡Cabalito!

—Pues eso lo vengo yo rumiando desde que supe que el «Zaca» perdía pie y se iba al fondo.

—Por una vez me alegro coincidir.

Se volvió:

—A ver, una copa de coñac.

—No molestes a la chica, que está comiendo; yo te lo serviré.

Volvió a encender el puro, que se le había apagado mientras Celia se levantó a traerle el coñac.

Se lo sirvió.

—Bueno, ¿y qué hay de eso?

—Está muy emperrada por el cochino amor propio de querer volver con «el Zaca»..., y no creo oportuno proponerle ahora nada... Es más, le he insinuado que por personas que conocen a «Zaca» sé... que se ha arruinado por ella y que no tiene un clavo..., que está a la última pregunta... ¿Y sabes lo que me ha contestado la muy digna...? Pues que ella le mantendrá, «porque si está arruinado, como conmigo y por mí es por quien se ha arruinado..., y lo que tengo es de él..., mejor dicho, era de él hasta hace poco..., pues con quién me lo puedo gastar mejor que con él... Que no son una peseta, ni dos..., sino muchos, muchos millones los que tengo...».

Quedó freída en codicia Celia.

—Pero ¿no oyes lo que se le ocurre a esa loca?, gastárselos con él..., estando yo allí..., y tiene el tupé de decírmelo a mí..., a mí... Y esto después de haberme jurado amor eterno...

Volviéndose iracundo:

—Si a las mujeres no hay Dios que os entienda.

—Pues nos movemos con más lógica que vosotros, los hombres.

—Vamos a «ejarlo»...

Se hace un silencio denso, dinerario, desgarrado, casi canalla.

—Mira que si se liase con otro..., o se casase con otro... Si no lo consigue, que no lo conseguirá..., y no lo puede conseguir, ligar con «el Zaca», porque «el Zaca» está «pa» sopitas y buen vino..., de salir de ésta..., eso en caso de salir de ésta, que no creo que salga...

—Cuando se le pasen los remordimientos por «el Zaca» volverá a mí... ¿No ves que está por mí?... si la tengo en el bote...

—Me irrita tu vanidad de cocota vieja.

Se puso de pie la mujer, ofendida, exasperada, nerviosa.

—Pero si lo que te digo va a misa.

—Pues cállatelo y sé humilde.

Suavizando su encono:

—Bueno..., me voy a ir, que no estoy en disposición de seguir hablando contigo.

—Espera y siéntate..., ¿no me dijiste deseabas conocerla?

Repentinamente cambia la expresión de su semblante.

—¿Cuándo me la puedes presentar?

—Si quieres, ahora..., dentro de media hora.

—¿Podría ser más tarde, antes de cenar?

—Bueno.

—Me vienes a recoger a Serrano y vamos en mi coche; pero avísala, no vaya a ser que a esa hora no haya nadie en su casa...

—No te preocupes.

—¿Te parece que le lleve un perfume?, por ejemplo un *Vol de Nuit*, de Guerlain..., un perfume para pieles, ahora que viene el invierno.

—Sí, te agradecerá esa delicadeza...

Ha olvidado ya la petulancia del hermano y trata de estar amable.

—Dime, ¿cómo es ella? ¿Es alta?

—Sí, es más bien alta.

—Y los ojos, ¿cómo son sus ojos?

—Son grandes y mariscadores..., tirando a verdes.

—¿Y de tipo?... ¿y de cuerpo?

—El mejor que han acariciado estas manos. —Y se mira, sonriente, las palmas vueltas.

—¿Cómo se mueve?... ¿cómo anda?... porque te advierto que andar es lo más difícil en la mujer... Dime cómo anda una mujer y te diré quién es.

—Anda como los ángeles.

—No es decir nada.

—Pues anda sin que se le note que anda, con suavidad, sin esfuerzo, como sin darle importancia, como la cosa más natural.

—Eso es otra cosa.

Celia permanece cavilosa, sin decir nada.

—Tendrá bonita voz.

—Es su toque más subyugador.

—Para coger a «Zaca» y zarandearlo y deshacerlo y arruinarle moral y físicamente seguro de que no es una pelandusca vulgar.

—Ni mucho menos.

—¿Tiene buena salud?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque es el verdadero secreto de la hermosura... Ahí empieza la hermosura, en la salud, que es su cimiento...

Mirando sin mirar.

—De ahí..., en adelante.

Se hace un silencio amable, casi musical.

—Raúl, guapo, escúchame: tienes que obedecerme y hacer lo que yo te aconseje..., promételo.

—Si es para mi bien.

—Es para el de todos.

—Te lo prometo, pero a condición de que me consientas discutir las propuestas.

—Concedido.

—Primera propuesta, que dejes con esta mujer la vanidad a la puerta y que te hagas con ella el tonto..., todo lo que puedas... Que consigas aparentar como original de... ¿Cómo se llama?

—Soledad.

—... como original de Soledad todo lo bueno que se te ocurra a ti. En una palabra, que la consientas brillar en todo su esplendor.

—Veo a dónde vas.

—Pues si lo ves calla y acátalo.

Mirándole con cariñosa simpatía.

—Y ahora vete por ahí a dar una vuelta y a las ocho... pasas a recogerme a Serrano.

A Celia la verdad es que la embebía de satisfacción este maquiavelismo erótico.

A ver si este hermano, con los años y una buena posición, sienta la cabeza.

En cuanto llegó a la tienda tomó de su estantería un frasco cuadrado de vidrio, y en una de las caras, dentro de un círculo, se leía:

Lo metió en su bolso y se puso a responder su correspondencia.

A las ocho no había contestado más de cuatro o cinco cartas.

Entró una de las chicas con un frasco de *Sous le vent* a dirimir una duda de precios.

—Señora, hasta ahora lo cobrábamos a doscientas veinticinco pesetas..., y me parece que dijo usted que en adelante lo cobrábamos a doscientas cincuenta.

—Siempre, en la duda, cobra el precio más alto... No olvides que no hay nada que más moleste a una clienta o cliente de perfumería *chic* que el género barato. Un perfume es bueno si es caro, si no es caro no puede ser bueno... Que no se te olvide esta regla.

—Entonces, los grandes perfumes...

—Si son estrepitosamente caros huelen mucho mejor.

Poco después surgió Raúl preguntando por ella.

—Soy su hermano —le advirtió a la dependienta.

Le pasó a la dirección.

—Tienes unas dependientas muy bonitas y de figura muy distinguida.

—¡Muy bien, eh!, Raúl..., pero no empecemos..., no intentes ni en sueños malearme a ninguna.

—Pueden ser hijas mías..., y eso que la moracha, esa alta, tendrá sus treinta maduros.

—No les pregunto los años.

—Descuida, que no volveré por aquí otra vez si no es con un permiso especial tuyo.

—Andando..., que quiero antes de cenar pasar por casa de «Zaca» a ver cómo le ha encontrado el médico.

Salieron y montaron en el coche.

—¿Tú no sabes conducir?

—No.

—Pues debes ir aprendiendo.

Se ladea y le sonrío:

—No precipitemos los acontecimientos.

—Verás..., si me obedeces todo saldrá bien.

—¡Ladrona!, cómo te gusta mandar... Creo que has equivocado el sexo; tú debías haber nacido hombre.

—Y tú mujer.

—Pues sí...; ahora, yo mujer, hubiera sido espantoso.

—¿Por qué?

—Porque me hubiera ido con todos..., y por capricho.

—Eso es lo que no creo.

—A pesar de ser mi hermana no has acabado de conocerme..., que soy generoso...

—Que no, Raúl..., que no.

Irritado:

—Para; vas a conseguir que riñamos antes de empezar. Como sigas en esa creencia me voy y no me presto a salvar la familia..., porque el que la va a salvar y a dar un cierto viso soy yo..., si no al tiempo.

—No te pongas pesado.

—Tiene gracia, pesado yo..., yo que... las entontezco y adormezco a fuerza de labia.

—Por supuesto.

—Mira, de mí puedes decir esto o lo otro..., todo menos que no soy gracioso y ocurrente y divertido y «salao»..., eso, «salao». Pero si soy de Madrid..., donde se reúne el ingenio y el retrecho y el salero del Norte y del Sur.

—Y del Este y del Oeste —le guasea la hermana.

—Por éstas —besándose el pulgar y el índice en cruz—. En cuanto me case me dejo de tratar contigo, Celia... Y no pienses en cobrarte la tela que te estás gastando con «el Zaca»... que se te quite eso de la cabeza.

—Calla y dime dónde vive ésa.

—Sigue, ya te indicaré, cerca de Quevedo, en esas casas lujosas que han levantado en las antiguas cocheras del tranvía.

Más tarde bajó el cristal de la ventanilla.

—Que te pasas..., aquí, aquí —le gritó.

Paró el coche y saltaron.

—Por favor, Raúl, no intentes estar gracioso..., que no es el momento..., déjanos a las mujeres..., ¿me oyes?... Pon cara de «jilí», que no creo que te cueste mucho.

—No sigas, porque te dejo en el portal.

Subieron en el ascensor.

A la llamada salió ella misma a abrirles.

—Cuánto bueno... —y besó campechana a Celia.

—Me había telefonado Raúl que veníais.

—Ten..., te traigo este perfume de Guerlain.

—Cómo te agradezco esta delicadeza.

Celia la miraba con fruición, goloseándola.

Soledad se mostraba sencilla, sonriente.

Se volvió.

—Hola, Raúl.

Afanosa:

—Sentaos, anda, sentaos.

—¡Eh!..., ¿qué te parece? —pregunta Raúl, como pasando la factura.

—Es bellísima —reconoce Celia.

—Está bien..., ¿no crees?... que me empiezan a salir los colores —y se sonríe.
Abre el tapón del botellín y lo huele y lo aspira.

—Es delicioso —reconoce, entornando los ojos.

—Es un aroma vegetal que recuerda a la vez las maderas exóticas y la acritud de las hojas llenas de savia frotadas en la mano...

—Cuánto sabes...; me ha dicho ya Raúl que tienes tienda de perfumes..., y que eres diplomada de belleza por París.

—Veo que te ha dicho muchas cosas de mí, en cambio ha estado cortísimo en tus elogios..., sin duda por miedo a que yo le dijese que eres demasiado para él..., al fin hombre.

Raúl se alza de hombros y se frota las manos.

—Dirigiéndose a «Sole».

—¿Qué haces que no me defiendes?

—Estás bien defendido.

—¿Por quién?

—Por tu hermana al venir a mi casa.

—Eso está muy bien visto —acoge el hombre.

—A éste no le hagas mucho caso ni le tomes muy en serio —le indica Celia..., y las dos mujeres se miran y se sonríen.

Contemplando con ternura a Raúl.

—Es de buenos sentimientos..., y muy cariñoso.

—Pero mal «educado» —señala Celia.

—¡Una ha tenido que tragarse en su vida tantos hombres mal educados! —suspira la mujer.

Su tronco erguido tiene algo de felino y ornitológico...

Echando una mano al hombro de Raúl...

—Pero yo soy quien menos puede tirar contra él una primera piedra..., ¿verdad?
... —y le contempla embelesada.

—Eres la única que puede tirar contra mí lo que quieras.

Se vuelve Celia, contemplando el *living*.

—Es una monada como lo tienes puesto.

—No me gustan las cosas excesivas, ni los tonos chillones, acaban cansándome los ojos... Está sencillo ¿no?

Se miran las dos mujeres y se sonríen..., pero se sienten un tanto cohibidas.

—¿Es tuyo el piso?

—Sí.

—A este perillán no le has de consentir nada...

—Escucha lo que dice tu hermana.

—Que ya tiene edad de sentar la cabeza.

—Es lo que yo le digo.

—Y que se ocupe en algo serio y trabaje...

—Sí, que ciertas pretensiones, a su edad, no son propias de un hombre fino...

—Veo por dónde vas.

—Pero ¿a qué hemos venido aquí? —pregunta el hombre.

—A hacerte una serie de cargos que hay que hacerte.

—Si lo sé no vengo.

Soledad se sonríe:

—Siéntate y no te pongas nervioso.

—Cuando te conocí te indiqué que era representante de una fábrica de mecedoras.

—Es lo único que un hombre como tú no debe representar —le advierte su hermana.

—Eso mismo le indiqué yo, que buscara una ocupación más seria.

—Pero si es una fábrica de muebles, de Guipúzcoa, importantísima: Hermanos Goldorica.

—Tú, con tus antecedentes, debes buscarte un trabajo que... que no se balancee —le indica Celia.

—Dónde encontrarlo..., si hoy día... todo, todo se balancea —se lamenta Raúl.

—En ti está saberlo encontrar y ceñirte a él —le arguye Celia.

—Comprendo que estas reflexiones le cojan un tanto cansado.

—Sí, lleva tantos años de «manfutismo» y de abandono.

—Pero en él está, si quiere, que le tome en serio.

—Ahora lo has dicho.

El hombre se pone en pie y grita, simulando enfadarse:

—¡Esto es una encerrona!

—¡No, por Dios! —exclama Soledad.

—Pues da la impresión de que os habéis puesto de acuerdo.

—Es una coincidencia por conocimiento mutuo —sonríe Celia.

—Sí..., porque si no cambia en su actitud no habrá nada que hacer —le bromea Soledad.

—A ver si te empapas —le sopla Celia.

Se ladea y contempla a Soledad.

—No traigamos las cosas a este extremo. A mí me ha prometido que cambiará de conducta y de actitud frente a la vida...

Soledad mira picaronamente al hombre.

—Porque sólo así será digno de ti y merecerá llevarte en matrimonio...

—Esto es como una petición de mano de su parte.

—Los padres han muerto ya, y yo... me he constituido en jefa y directora de la familia.

—Pero es muy serio eso que me propones, he de meditarlo mucho.

Volviéndose al hombre.

—¿Tú qué opinas de todo esto?

—Me atengo a tu decisión.

La actitud de Raúl es sumisa, sencilla y aplaciente.

—Esperaremos a ver si de verdad cambia... y es otro.

—Lo veo difícil, pero..., en fin... —acepta Soledad.

La mujer se pone de pie.

—Una vez que me habéis planteado la papeleta que traíais quiero enseñaros la casa.

—Adelante.

Poco después salieron los dos hermanos de casa de Soledad, después de haber tomado un Martini.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunta Raúl.

—Muy guapa y con un gran tipo..., y sabe llevar su aguja de marear. Pero no la dejes de la mano ni un segundo..., y no pienses estar tranquilo y seguro hasta que salgas de la iglesia casado.

—La tengo en el...

Le tapó los labios.

—No seas, una vez más, petulante..., que no es el momento.

—Bueno, Celia, puesto que este es un negocio de los dos..., mejor dicho, de todos..., porque se trata de que vuelva a la familia lo que es de la familia, necesito que te expliques (frotando las yemas de pulgares e índices). Para poder llevar con una cierta elegancia este..., este noviazgo, yo necesito unos gastos de representación..., te harás cargo.

—Claro que me hago cargo.

—Te lo digo porque estoy a la última pregunta y no tengo un gordo...

—Arréglate esta noche como puedas..., y mañana ven por casa y hablaremos.

—¿Por qué no miras en el bolso a ver si llevas algo?

—¿Pero tan desastrosa es tu situación?

—Más.

—Ten ahora, y déjame hasta mañana.

Le dio un billete de cien que Raúl lo cogió sin rechistar.

Se separaron.

Celia tomó un taxi que la dejó en casa de «Zaca».

Le abrió el chófer Apolodoro todo compungido.

—Si adivinara la señora la pena que tenemos..., dióle un soponcio al señor y creímos se nos iba... Hubimos de avisar en seguida al doctor.

—¿A qué hora ha sido?

—La horita de las siete y media.

Penetró en su alcoba.

En aquel momento la viuda gobernanta le recogía las babas.

—Está bajo los efectos de un ataque de parálisis y todos los alimentos se le atragantan.

La parálisis de los labios, la lengua y la faringe es la que ocasionaba el babeo y el atragantamiento de la comida.

—¿Y qué dice el médico?

—Ha quedado en volver a las diez a ver cómo seguía.

Cuando volvió el doctor le preguntó:

—¿Usted es su más próximo pariente?

—Sí, soy su hermana.

—Señora, este hombre está desmedulado y la parálisis le irá progresando hasta su

final, que no será lejano.

—¿Y qué me recomienda?

—Ahora que se echa encima el invierno lo mejor será que lo saquen de aquí y lo lleven al Sur, a Málaga, por ejemplo... Y que se levante y se asome a tomar el sol..., y si anda y se mueve un poco, siempre acompañado, mejor.

—¿Tan mal le encuentra usted?

—No creo que llegue al verano..., es un hombre en sus finales.

Al día siguiente, a primera hora, antes de ir a su trabajo, pasó por casa del enfermo.

Dispuso las cosas de modo que fuesen a dormir a Córdoba.

Acompañaban al enfermo la gobernanta y Apolodoro.

Al día siguiente comían en un hotel de La Caleta.

Cuando estaban ya lejos de Madrid, Celia, más sosegada, empezó a reflexionar.

Volvió a casa del enfermo.

Permaneció un rato recorriendo las habitaciones observándolo todo, palpándolo todo, urdiendo cálculos y posibilidades.

En un principio decidió vender muebles y enseres. Más tarde pensó que la casa podía servir para ella y su marido, con «Zaca», su dueño, hasta que muriese...

Pero ya el tenerlo lejos de Madrid la tranquilizaba. Así, podría desarrollarse mejor el idilio de Raúl con Soledad.

Al anochecer, después de su trabajo, pasó otra vez por casa del enfermo y ya lo pensaba de otra forma.

«Por estas riquezas me van a dar una miseria, a pesar de su suntuosidad y su valor. Por ahora, con el poco dinero que le queda a él en cuenta... y otras cosillas que podemos ir vendiendo, nos defenderemos.

»Habré de despedir a Apolodoro y a la gobernanta e indemnizarlos... y nos desharemos de su coche».

No había sacado muy buena impresión en cuanto a su carácter de la visita a Soledad. «Es muy fría y las caza al vuelo, y no creo que sea mujer que se deje manejar.

»Lo que he de hacer es casarlos en seguida».

Esperaba hablar con Raúl aquella noche.

Cuando volvió a casa, a las diez, la esperaban su marido y Raúl.

—Bueno, ¿qué dice esa novia tuya? —le abordó al hermano.

—No dice nada; se ha quedado en silencio después de marcharte tú... Únicamente, esta mañana, antes de salir, me ha preguntado:

»—Raúl..., ¿eso de casarte es cosa tuya o de tu hermana?

»—Mía, mujer; a mi edad no necesito de nadie que me indique lo que debo hacer.

»—Bien, bien.

»—Además, que a los dos socialmente nos conviene.

»—Eso desde luego.

»—Pues ya lo sabes; por mí, cuanto antes mejor.

»—No nos precipitemos.

—¿Y no te ha dicho nada de mí?

—Que pareces una mujer decidida y enérgica... y que sabes por dónde andas.

—Muy agradecida —recogió Celia.

—Más tarde me ha preguntado si tenías coche y qué tal te iba con el negocio de las tiendas.

—Tú le habrás dicho que nado en la opulencia.

—Por ahí, por ahí.

Después del postre, Ismael se ha retirado despidiéndose de su mujer con un beso.

Queda pensativa Celia.

Contemplando un rato al hombre mientras apura el café y la copa de coñac.

—El sábado invítanos a cenar, en un restaurante, con Soledad, a «Isma» y a mí.

Frotándose las yemas dinerariamente.

—¿Y «conquibus»?

—Yo te los daré.

—Me parece bien el programa. Después yo os invitaré a una sala de fiestas.

—No hagas excesos, que en vísperas de matrimonio no son aconsejables.

—¿El sábado tiene que ser?

—Sí; no olvides que mi marido y yo trabajamos.

—Es verdad, es verdad.

Contemplando zumbón a su hermana.

—¿Dónde nos invitas?... ¿O a qué restaurante quieres que os lleve?

—A uno discreto, ni muy caro ni muy económico... A una de estas semitabernas que han puesto de moda en la parte vieja.

—¿Os hace en «San Quintín»?

—Me parece bien, aunque no he comido en ella, he oído hablar con elogio.

—Dan muy buen pescado; el dueño es asentador en la plaza de la Cebada y va muy buen público —añadió Raúl.

Ismael se había tenido que ir aquella mañana al Norte y cenaron Raúl y su novia y Celia.

Soledad se presentó, acompañada de su novio, muy sencilla, sin alhajas ni exagerados afeites.

Antes habló con Raúl inquiridora:

—¿Convidas tú..., verdad? No consentirás sea tu hermana la que nos invite.

—La duda ofende.

—Te lo advierto, porque no me gustaría que yendo contigo te hubiese ella dado el dinero por adelantado para que pagaras...

—¿Es que me lo quieres dar tú para pagar tú?

—Lo prefiero.

Le tendió la mano en horizontal posición mendicante.

—Menos mal que eres franco.

Mirándole con una enorme zumba.

—¿Pero es que ni para esto te dan las mecedoras?

—Ha habido un incendio en la fábrica y lleva más de un mes cerrada.

—¿Y no te ha quedado nada... de antes del incendio?

—No.

—Comprendo que esto nuestro o nos casamos en seguida o debemos dejarlo.

—Es mejor que nos casemos.

—Para ti, desde luego.

—Y para ti... Verás, soy muy buen administrador.

—No te esfuerces, que de administrar lo que tengo me encargaré yo.

—En ese caso habré de estar mano sobre mano.

—¿Qué es lo que has hecho hasta ahora?

—Como hemos quedado, en que debo empezar a «currélar».

—Pues empieza, pero fuera de casa, y lo que ganes «tráilo» para mejorar la situación del hogar.

Le mira con recochineador embeleso.

—No tienes arreglo... Ten..., pero será la primera y la última vez y es para cumplir con tu hermana y que quedes bien... Pero júrame que devolverás a Celia ese dinero.

—Dalo por devuelto... Además, sé un poco comprensiva porque las tiendas de mi hermana...

—Veo que me vas a decir que son un poco de toda la familia.

—Eso es... Cuando nos casemos serán también un poco tuyas...

—No... Yo exijo la separación de bienes... Cada cual lo suyo...

—Eso allá tú.

Mirándola acobardado.

—Yo me encuentro mejor con todo para todos... Así... No sé cómo decírtelo, pero me siento más... más confortado y más seguro..., menos en peligro.

Le tendió un billete de mil.

—Creo que te bastará.

—Supongo.

—Y con las vueltas...

—No me digas nada sobre lo que he de hacer con lo que sobre.

Llegaron a la tabernita, que ofrecía un aire casero y limpio. Se acomodaron y se pusieron a comer.

A los postres notó Soledad que le pisaban suavemente el pie. Tuvo una intuición y bajó la mano y la metió bajo la mesa. Celia, creyendo había pisado a Raúl, le tendía un billete de mil.

Lo recogió Soledad, lo guardó y nada dijo.

Raúl, cansado de esperar, llamó y pidió la cuenta, después de permanecer un rato

deletreando las facciones de su hermana, como intentando penetrar dentro de ella.

Soledad se hizo la despistada... y miraba sin mirar vagamente las otras mesas.

—Ha estado todo muy bien —le dijo al salir a su novio—. Ahora me permitiréis que haga yo los honores en una sala de fiestas.

—Por Dios, viniendo con tu novio, supongo será para él una ofensa —indica Celia.

—Pues no lo creas.

Soledad, en el secreto de todo, se rió.

—Consiénteme que le ayude.

—No faltaba más.

—Mujer, que lleva más de un mes la fábrica de mecedoras incendiada.

—No, te digo que no.

Discutían ante la taquilla.

—Pues entonces ten —y le tendió a Raúl un billete de mil.

—Son las pesetas que te pasaba tu hermana para pagar la cuenta del restaurante y que he cogido yo.

Celia no pudo menos de echarse a reír.

—Pero entonces, ¿con qué dinero ha pagado?

—Con el mío... Bueno, en parte, con el suyo también..., pues si nos vamos a casar...

—Hacedlo, pues, pronto, para que este pobre hermano mío no tenga que pasar por estas humillaciones y sonrojos.

—No, si a mí esto no me sonroja, si me parece la cosa más agradable... y natural.

Soledad se reía, pero de repente se puso triste.

Entraron en la sala.

Celia le dijo a Raúl:

—¿De modo que has cobrado por las dos bandas?

—Es el ideal tener dos mujeres que se preocupen de la minucia del dinero... Por si falla una, tener otra...

—Y por si acaso una tercera, ¿no crees tú sería ya más seguro y conveniente? —le inquiera Celia.

Pero a Soledad le empapa una enorme desilusión.

—Tres constituirían ya un harén... —dice el hombre.

—Cállate, ¿no ves cómo está Soledad?... Por lo menos cállate y no desnudes tu alma.

Celia le mira iracunda.

—No toda la culpa es de él..., déjale —le disculpa su novia—. Tampoco voy a pretender que mi marido sea joven, apuesto, rico y trabajador..., sería mucho pedir.

—Desde luego, mereces algo mejor que este zascandil de mi hermano.

—No, eso no... Cada una merece lo que tiene... Y mi dinero, hablando con toda franqueza, tampoco es un dinero muy limpio... Pero, como dijo el otro, el dinero no

huele...

—Y una ha de guardar las formas...

Raúl intentó deshelar la tensión y sacó para ello a bailar a su novia.

—Si te dijera que no tengo ganas.

Pero al fin accedió en salir con él a la pista.

Abrazados empezaron a girar.

—Pero ¿por qué eres así?... Raúl, ¿por qué eres así?... Te concedo todo menos que seas cínico... ¿Me oyes?... Menos que seas cínico.

—Bueno, mujer..., bueno.

Acaronó su mejilla a la de ella, cariñosón y pinturero...

—Te exijo esto, te lo exijo que te des cuenta de que lo malo es malo y que bastante desgracia es que tengamos que vivir chapoteando en el deshonor y la suciedad... Pero silencio respetuoso, silencio sobre ella..., porque lo que no te consentiré es hacer befa y risa de esta nuestra vida hedionda y asquerosa.

—Tú como yo sabes cuál es el remedio inmediato a todo esto.

—En eso ya llevas algo de razón.

—Algo no..., toda.

Se volvieron a la mesa. Celia hacía unas notas en un cuadernito.

—No quiero que luego se me olvide y por eso lo apunto.

—¿Qué es? —le pregunta su hermano.

—Un asunto de la tienda.

Se alzó.

—Me vas a permitir ahora que te robe tu novio para bailar con él yo.

—Sí, báilale, báilale —le dice melancólica.

Salieron a la pista.

—¿Pero cómo eres tan cínico?

—No sé..., pero estoy ya cansado de todo este juego...

—Pues tú veras; si se estropea, tú seras el primer perjudicado... Pues no se te ocurrirá pensar que yo te voy a mantener... Y cada día tendrás más dificultades para vivir del tipo...

—Vamos a dejarlo.

—Precisamente ahora es cuando no se puede abandonar. «Zaca» padece una parálisis progresiva y está idiotizado y deshecho. Según el médico es cosa de semanas, de meses... Ten un poco de paciencia.

—¿Para qué?... ¿Para tener que ser, si me caso, un marido en pelotera diaria con la mujer...? Para eso prefiero quedarme libre con el cielo arriba y la tierra abajo.

—Y que te mantenga tu hermana..., ¿verdad? Piensa que se te van mellando tus armas de seducción y que otros hombres más jóvenes, con un brillo duro y fresco en los ojos, vendrán a sustituirlos a los que no os queda más que un oficio gastado y un grito cada día más flojo... Y que a este cuento no acuden ya las nuevas olas de mocitas que se han echado a vivir de su finca y a mercadear con sus encantos... Y

por mucha labia que tengáis os separarán con el zapato. Piensa que no te queda otra salida que casarte con Soledad antes de que otro hombre lleno de brío y juventud te la enamore y retire.

—Pero si la tengo en...

—En el bote, sí... Me lo has dicho ya muchas veces... Pero no te confíes demasiado, que hay un gesto de hastío en su boca, y en sus ojos un deseo de nuevas tierras..., de nuevos horizontes.

—Se ha hecho ya a mí y no habrá quien la trasteo como yo.

—Que todo esto te coge un poco cansado, Raúl..., un poco cansado... Que los años pasan para todos, para todos...

—Soledad es muy suya, ¿sabes?, muy suya, y a la hora del dinero se administra con una frialdad que aterra... y no consiente que en sus asuntos meta nadie baza..., nadie, nadie...; ni a mí, que soy su hombre, me lo consiente... ¿Me oyes? Ni a mí.

—Pues más razón para que te cases, y ya dentro de casa y siendo su marido algo te tocará..., que todo tiene un límite y hasta el dinero de la más tacaña acaba derramándose, que el dinero es como el agua, como el agua..., y la virtud suprema del agua es acabar dándose a todos..., a todos.

—Pero el matrimonio me ahoga y acaba dándome una angustia de pozo... y yo necesito del aire, del aire abierto hasta que me muera.

—Pues anda y que te mantenga el aire, pero no tu hermana... Conque tú verás lo que haces... «Zaca» está en las últimas y yo y mi marido pensamos irnos a vivir a su casa de Serrano para cuidarle y hacerle gratos sus últimos momentos. Conque cástate antes de que Soledad se te vaya de entre las manos, que la mujer es como arena fina... y no tengas que estar luego toda la vida deplorándolo.

—Me sacrificaré por vosotros.

—Pobre, que te has pasado toda la vida sacrificándote por los tuyos... y nadie te lo ha agradecido..., nadie..., nadie.

Se detuvo la mujer en sus mudanzas y giros y le contempló con redomado sarcasmo.

—Vamos a tener la fiesta en paz, Raúl, y hazme caso a lo que te aconsejo, que lo hago por tu bien...

Se volvieron a la mesa que ocupaban.

Soledad no estaba, había salido a bailar con un admirador. La buscaron entre la gente que llenaba la pista, pero no daban con ella.

Celia se preocupó:

—¡Pero esta chica...!

En esto vieron que surgía acompañada de un joven apuesto y sonriente. Venía gozosa la mujer, con una risa fresca colgada de la blancura de su boca. Junto a ella treinta años de un hombre insertados en un cuerpo moreno, enjuto y alto.

Se lo presentó a Celia, luego a Raúl.

—César Castellano, un amigo que creía ya perdido y que ha reaparecido esta

noche.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

Y al despedirse de él le dejó su alma en la mirada.

PERO todo llega, y con las artes sutiles y el buen temple de Celia, consiguió que se realizase la boda.

—Tú verás, pero yo no las tengo todas conmigo —le atemorizó al Raúl.

—Para andar así, lo mejor es que os caséis —le había dicho Celia a Soledad—. Si en algo te aprecias, claro... Porque en estos líos es siempre la mujer la que más pierde... que el hombre... En fin, eso tú verás. Pero lo importante para una mujer llegada a cierta edad es poder andar con la cabeza alta.

Celia y su marido se habían trasladado ya a vivir a la calle Serrano a casa de «Zaca».

Días antes, Celia invitó a Soledad a merendar en el piso. Quedó deslumbrada la mujer ante tanto confort y lujo. Aquello la convenció de que entraba en una familia acomodada... y de que «el Raúl» era el lujo caro y vicioso de la familia.

Raúl caía con frecuencia por allí a cobrar «el barato» de la hermana.

—A ver si os casáis pronto, porque si no me arruinas —le soltó una tarde entre bromas y veras.

Y como todo llega..., se celebró la boda. Se casaron un sábado a la mañana en la Concepción. Entre los testigos firmó «el Botines», que asistió a la boda con Rosarito, su mujer.

Luego les sirvieron una comida a los invitados en Serrano, en la nueva casa de Celia.

Se sentaron a la mesa con los novios: Araceli con su marido y los dos mellizos; Celia e Ismael; don Mamerto el indiano y su mujer doña Aurelia; don Sergio y Lolila, su esposa, y «el Botines» y Rosarito, su cónyuge.

«El Botines» se había embarneado y aseñorado con los años y las buenas ganancias y una petulancia y seguridad conservadora le rezumaba por todos los poros de su cuerpo.

—Pero déjate de tonterías, Raúl; donde no hay paz, pues no hay progreso, ni cultura, ni civilización, ni «naa»... Que te lo digan estos señores... Y gracias a la paz que hemos disfrutado estos años, pues vamos como vamos..., «pa» arriba... Que el tono de vida de los españoles mejora por horas... y eso es debido a la paz y sólo a la paz y tranquilidad que gozamos con el nuevo régimen.

—Pero vienes a convencer a un convencido..., querido «Rafa» —el mote de «Botines» había quedado ya a distancia, sobre todo entre los amigos y conocidos acomodados... Y así le llamaba «el Raúl», «Rafa», apocopando cariñosamente su nombre—. Soy un convencido de que sólo el orden es lo que hace a los pueblos grandes... Porque sólo con el orden, sólo con el orden puede continuar la explotación de unos a los otros..., que esto es el orden... Porque siempre será esto la vida: unos que explotan y otros que padecen y sufren la explotación... Y esta explotación está defendida por las bayonetas de los soldados y los fusiles de la guardia civil y las leyes de los jueces... Y esto es el orden y siempre será así: Unos, los más listos, que explotan a los más tontos..., que son los que tienen que trabajar para los primeros...

Y en cuanto rompas este equilibrio del orden, viene el desorden, o séase el caos en que nadie puede vivir porque todos quieren explotar a todos... Y eso es imposible, porque siempre será necesario para la buena marcha de un país que haya explotadores y explotados... Porque si no hay quién trabaje para unos pocos y esos unos pocos que vivan gozosos de la explotación..., pues no habrá civilización, ni cultura, ni progreso... ni «naa»... Habrá el querer ser todos explotadores, que es el desorden...; es decir, el caos y el fin de la humanidad... Creer que en la vida hay recursos suficientes para que todos vivamos del cuento es necio y debe borrarse de la mente de las gentes... la vida no da de sí más que para que unos pocos..., los menos, vivan explotando a los más... y los menos que son el lujo y el regalo de la sociedad, pues se apiporren de bienes y goces de la tierra y se harten..., mientras los vejados, humillados y pateados... se aguantan.

»Ahora, sin explotación, porque vuelvo a repetir que no hay para que todos vivamos bien... Sin explotación, pues, viviremos en la miseria más baja y abyecta... y todo andará sucio, confuso y en desorden... Tiene que haber gente que trabaje en las faenas duras y ásperas de la vida para que otros podamos vivir dichosos... y sonreír..., que, después de todo, el origen de la historia del proceso dialéctico es la lucha entre el amo y el esclavo, entre el fuerte y el débil, por la afirmación de la conciencia.

—Eso es —gritó «el Botines».

—Todos los males del mundo radican en que todos queremos ser de los explotadores... y eso no puede ser, porque mientras el mundo sea mundo habrá explotados y tienen que jorobarse y amolarse y desempeñar su puesto de explotados con resignación cristiana y buenas maneras..., porque la doctrina capitalista es así y no se ha inventado hasta ahora nada mejor que la sustituya. Mucho capitalismo desenfrenado y mucha religión católica es lo que necesita el pueblo sufriente y paciente para salvar su alma..., que es de lo que se trata de salvar: el alma.

—Eso, eso, el alma, el alma —rugió «el Botines».

—No hables tanto y come —le dijo su mujer a Raúl.

Pero al hombre se le calentó tanto la boca que perdió el hilo. No lo pudo remediar e hizo una carantoña a su mujer, tan satisfecho y gozoso se encontraba.

Al salir de la iglesia, ya casado, notó como un empuje hacia arriba de todo su organismo. Mejor pulso y mejor tensión, más rezumante alegría por poros y ojos y más brillo jugoso en labios y dientes... En fin, una como más encendida fuerza ascensional.

«Si no me agarro a las cosas subiré como un globo», pensó.

Celia y Soledad se miraron, pero no se atrevieron a sostener su mirada y bajaron los ojos.

—Orden, orden, es lo que necesitamos en este país... Orden, orden... Porque el desorden es el caos y el caos no beneficia a nadie —aulló «el Botines».

—Eso, eso..., a nadie, a nadie —aquiesce «el Raúl».

—Paz, paz y buenas costumbres —exigió don Mamerto, el indiano.

Raúl y «el Botines» al oír lo de las buenas costumbres se miraron y se guiñaron un ojo.

—Paz y nada de huelgas ni de subida de sueldos es lo que necesitamos —pidió Sergio.

Celia les oía y a cada instante que pasaba sentía una más abrasadora vergüenza.

«¿Cómo seguirá “Zaca”?», pensó.

Las últimas noticias eran tristísimas y desoladoras. Empezó a tener síntomas de *gatismo* y se orinaba y ensuciaba en la cama... Su cuerpo era una ininteligible y pura baba.

—Oye, «Rafa», a ver cuándo nos llevas a ver tu casa de Torrelozones, que me han dicho que tenéis un palacete con calefacción, refrigeración y piscina —le pidió «el Raúl».

—Cuando volváis del viaje de novios.

—Aceptado.

Se respiraba tranquilidad, sosiego, alegría y seguridad entre los hombres en aquella boda... No así entre las mujeres. El novio, que había bebido bien, estaba fuera de sí de satisfacción y de gozo. La nueva casada se sentía a cada momento más triste y capitidismuida.

Se hizo un hondo y temeroso silencio y Celia, previendo que todo aquello podía terminar mal, tomó su copa de champán y la alzó por la nueva pareja.

—Brindo por los recién casados y por su descendencia y por todos los que estamos aquí... Que todo nos salga al gusto de nuestro deseo.

Al alzar su copa a Soledad le temblaba la mano y se le derramó parte del líquido.

Raúl se puso de pie y con su copa en alto pidió:

—Brindo por nuestra felicidad y por la de todos... —y bebió hasta apurar las escurrimbres.

Todos se pusieron de pie y entrechocaron sus copas.

—No bebas más —le pidió su mujer a Raúl.

Estaba Soledad palidísima y muy triste.

Él se manifestaba alegre, jocundo y gozoso.

Celia se acercó a la pareja y le aconsejó:

—Cuanto antes os vayáis será mejor.

Tenía miedo de la locuacidad alcohólica del Raúl y de «el Botines».

Rosarito tomó a su hombre del brazo y le pidió:

—No me hagas más discursos, que desde que tienes dos cochinas pesetas no hay quien te aguante.

—¡Qué sabéis las mujeres de las ideas, y yo desde que me he dedicado a pensar me muevo en el terreno de las ideas!

—Vamos «pa» casa y déjate del orden y del desorden y de la paz, y de los explotadores y los explotados; que todo eso, si fueseis más listos los hombres, no lo

menearíais..., que huele mal..., ¿me oyes?, muy mal... Que el que tiene dos pesetas como nosotros lo que tiene que hacer es hacérselas perdonar... Y ése, y no hay otro..., es el camino a seguir.

—Pero nada de repartos ¡eh!... Porque tú, Rosarito querida, eres de las del reparto, de las que pedías el reparto.

—Eso era cuando no tenía una perra, hombre..., cuando no tenía una puñetera peseta... Pero ahora lo mío es mío... y lo de los demás que no me lo pongan, por si acaso, muy cerca... Y que se joroben los que no tienen «naa», que lo que tengo, bastante «nos» ha costado a mí ganarlo.

En la puerta, Celia se despidió cariñosa de los nuevos esposos.

—Sé prudente, Raúl; sé prudente y cariñoso con Sole, no vayas a última hora a echarlo todo a rodar.

—¡Vivan los nuevos casados! —gritan los mellizos.

—¡Vivan! —aullaron los demás asistentes.

El auto relinchaba a la puerta de la casa.

Y un gesto de la mano y unos besos confiados al aire rubricaron la despedida.

EN la nueva casa de Serrano todo le caía más cerca para su trabajo a Celia. Araceli, su hermana, le había cedido uno de los chicos mellizos, Ismael, que se llamaba como el tío y padrino, y fue el primero de los dos que se asomó a la vida. Y con el sobrino, jugando a madre, se distraía en los ratos de descanso y en las fiestas.

La ilusión de toda mujer de conocer París, la satisfizo Soledad con motivo de su viaje de novios.

Celia recibió noticias de ellos, de lo bien que lo pasaban en la capital de Francia. Soledad tuvo la gentileza de llamar a su cuñada por teléfono una noche, para preguntarle qué regalo quería que la llevase.

—Mujer, no te preocupes por mi regalo; tu felicidad con Raúl es el mejor obsequio que me podéis dar...

—Adiós, adiós.

—Muchos besos.

A los pocos días la llamaba desde San Sebastián.

Habló Raúl también con ella.

—¿Cómo va ese valor? —le gritó el hermano desde el otro extremo del hilo.

—El mío bien..., ¿y el tuyo?

—Celia, ¿sabes que tenías razón?

—¿En qué?

—En lo del matrimonio estado perfecto, sobre todo ahora en las primeras semanas de uso; no sé lo que será más tarde, pero si consigo que me siga ilusionando como ahora, esto es la gloria.

—Eso hace falta, que sepas conservar y mantener la ilusión... Ahí está el secreto.

—Empiezo a sospechar que no es tan difícil conservarla.

—Eso depende de ti.

—Y de «Sole».

—De los dos; pero más del hombre, porque las mujeres en general somos más humildes y resignadas y ponemos más que vosotros...

—¡Cómo me alegro haberme casado!

—Pues a ser felices.

Luego habló con «Sole».

—Llegaremos el sábado por la mañana —le anunció.

—Venid a casa, que tenéis preparada una habitación y desde aquí podéis con calma disponer vuestras cosas.

Era jueves aquella noche. El viernes por la mañana recibió noticias de Málaga de que «Zaca» iba peor.

«No sale de casa, señora, ni se mueve de la butaca», le escribía la gobernanta en una carta. «Lo poco que traga lo devuelve. Gracias a Apolodoro, que le limpia y atiende con gran cariño, pues todo *se lo hace*, el pobre, como un niño de teta. Le hemos comprado un butacón de ruedas y Apolodoro le saca alguna mañana un rato al sol. Con nadie quiere estar más que con él, y a Apolodoro esta distinción le llega al

alma.

»El pobre señor es un puro gruñido babeante».

Le enterneció a Celia este cariñoso desvelo del negrito. «Zaca» había sido siempre muy cariñoso y cordial con él, precisamente por su color y su actitud ante la vida un poco de bestia apaleada, y ahora el negrito se deshacía por él, cuidándole con desvivida ternura y caridad.

Sole y Raúl volvieron a los pocos días del viaje de novios entusiasmados. Le trajeron a Celia un anillo de oro con un hermoso cabujón de coral.

—Es precioso, no sabes lo que te lo agradezco.

«Sole» lo miraba y contemplaba todo deslumbrada.

—¡Qué casa más hermosa es ésta, y cómo está puesta, con qué lujo!

—Hasta que tengáis la vuestra, podéis disponer de ella... Ya lo sabéis, y sin prisas.

Hablando días después con «Sole» le indicó:

—Yo tengo un piso en las Vistillas, en el que hemos vivido con nuestros padres casi toda la vida; si os gusta os podéis quedar con él..., arreglándolo un poco.

Lo fueron a ver una tarde. A «Sole» le entusiasmó el barrio y las hermosas vistas.

Hicieron una pequeña obra y les quedó la casa confortable y a gusto para ellos.

Pero en seguida se echó encima el verano y hubo que resolver la papeleta de «Zaca» para sacarlo de Málaga...

Lo trajeron a Madrid y por amistad con «el Botines», éste le buscó una habitación en Torrelodones, cerca de la estación del ferrocarril, en donde lo tuvieron atendido por la gobernanta y una sirvienta vieja.

Apolodoro quedó en casa de Celia en Madrid por poco tiempo, pues el enfermo no quería estar con nadie más que con él.

A finales de otoño cuando empezó el frío lo trajeron a la calle de Serrano, que era su casa...

Celia indemnizó y despidió a la viuda por no tener necesidad de sus servicios y dejó a Apolodoro para salir alguna vez con el coche y cuidar al enfermo y sacarlo alguna vez a tomar el sol...

En Madrid le vio un especialista notable, que le dio poquísimo tiempo de vida.

El progreso paralítico de la enfermedad era evidente y degradador.

Le tenían en un cuarto del patio y el negro le hacía juegos y facecias... que cada día le distraían menos.

Pero a veces le daban unos ataques de ira y aullaba y rompía todo lo que pusiesen a su alcance.

«Sole» y su marido se distrajeron unas semanas con el atuendo y adorno de su casa.

—No creí que me haría tanta ilusión el poner la casa —le confesó Raúl.

—Sí, porque la propia casa es algo consustancial con la persona que en ella ha de vivir y es un poco como un traje que uno se quita y se pone al salir y entrar por sus

puertas...

El tono de una alfombra, la calidad de una cortina, el estilo de un mueble y la disposición de un cuadro o la colocación de una porcelana, les encendía en discusiones vacilantes, cambios y miradas y ojeos en perspectivas..., hasta que los dos llegaban a un acuerdo.

Dime cómo vives y te diré quién eres, había leído «Sole» en una revista.

—Me hace mucha ilusión mi casa, nuestra casa —y lo decía la mujer como si hablase de su piel o de su cuerpo y fuese continuidad o término de algo que fuese carne de su carne y propia sustancia.

—Ahora que tengo una casa mía, puesta a nuestro gusto, verás cómo salgo menos de ella —le decía el hombre.

—Y es que los ojos y el gusto necesitan su aplaciente reposo y su estar estando aquietador y sabroso. En esta casa puesta por nosotros a nuestro aire, me encuentro más cómoda, más reposada, más como con un traje flojo y unos zapatos al andar ancho de una... Y la mirada se alimenta con estas cosas usaderas del cuadro en su sitio y a una altura conveniente, y el color suave de una alfombra y con el delicado brillo y dibujo de una porcelana que la vamos a ver de cuando en cuando, donde está colocada hasta que cerremos el ojo o la rompa una criada demasiado diligente.

—En la casa puesta al propio gusto se encuentra uno como en un baño tibio —exclamó el hombre.

—Sí, como en un baño relajador.

Y él y ella empezaron a desconocerse y empezaron a encontrarse.

A veces él, que había sido el más callejero, proponía:

—¿Por qué no vamos a ver esa película de la que hablan tanto?

—Me encuentro tan bien en casa, tan distraída con mis cosas, tan a gusto con todo lo que me rodea en ella y me mira desde sus paredes..., que se me hace tan cuesta arriba el vestirme y prepararme...

Y toda la mujer se hacía como un enorme gesto de flojura y de complaciente compadrazgo con la casa... y un enraizado deseo de «no me muevas de aquí».

Y el marido cedía.

—Bueno, bueno..., nos quedamos al calor.

—Sí... Fíjate si tendremos ocasión de ver películas.

Y era motivo y disculpa para que se acercasen y se besasen y se compenetrasen y fuesen más dos en uno y más en olvido todo lo demás.

—A ver si trabajas, Raúl. Te he dicho mil veces que no me gusta tener un marido vago. Porque, compréndelo, a tu edad, ¿qué haces así mano sobre mano?

—Pues vivir tranquilo, vivir sin preocupaciones... Que el trabajo es la madre y el padre de todas las preocupaciones... y hombre preocupado es hombre perdido.

—Pues prefiero un hombre perdido por trabajar a un marido que no hace nada, a un marido ocioso.

—Además, que como no tengo costumbre... Para cuando me acostumbre y me

haga a ello me llegará la edad del retiro..., que no soy un chaval... y los cincuenta o cincuenta y cinco me caen en seguida.

—Joven pones tú... el retiro.

—Yo no... Son las gentes, que cada vez lo hacen antes y lo dejan antes, sin duda, para poder disfrutar un poco de la vida en buen estado..., pues cada vez son más los que, rondando los sesenta, lo dejan y se retiran y se van a su casa a disfrutar.

—Pero como tú no has hecho otra cosa que disfrutar hasta ahora..., por eso mismo puedes empezar a trabajar con más ímpetu y ahínco los años que te queden de trabajo...

—No lo creas, la inexperiencia es la madre y el padre de todas las calamidades, y yo soy un inexperto... ¿Por dónde empiezo?..., ¿me quieres decir por dónde empiezo?

—Pues empieza por trabajar en lo que sea.

—Ese «en lo que sea» es no decir nada.

—Pon un negocio de algo...

—¿No comprendes que eso sería comprometer tu capital?..., y yo no arriesgo tu capital, porque el día que lo arriesgase..., si lo perdía..., que es lo más probable..., ¿qué?... ¿De qué vivíamos en adelante?

—Pues de tu trabajo, como viven otros matrimonios, del trabajo del marido.

—No me has entendido..., pero si mi trabajo iba a ser la causa de que no pudiésemos seguir viviendo... Mi trabajo, por mi torpeza y mi inexperiencia, sobre todo por mi inexperiencia, es lo que iba a ser la causa de nuestra ruina.

—¿Pero por qué?

—Pues porque no estoy dotado para trabajar.

—Pero para hablar, sí.

—Es que soy un teórico..., y los teóricos no servimos más que para la teoría..., pero nada para la práctica...

—¡Ah!

—Escucha, nosotros con lo tuyo, que es un poco lo mío, tenemos para... para vivir muy ricamente..., luego para qué tentar al demonio ambicionando más... ¿No comprendes que es una temeridad?

—Supongamos que sea una temeridad el que arriesgue mi dinero para ponerte un negocio, porque como no tienes preparación y experiencia lo perderías, según tú..., pero trabaja en otra cosa. Colócate a sueldo en un negocio que no sea tuyo..., en lo que sea... Un asunto en el que estés ocupado ocho de las veinticuatro horas del día...

—¿Pero para qué voy a estar ocupado tanto tiempo, si me he casado para atenderte y estar las más horas posibles contigo?

—En ese caso...

—Y encima no me lo agradeces.

La mujer quedó confusa, vacilante, llena de encontradas emociones.

—Escucha, lo que quiero es que te ocupes en algo, aunque ganes poco.

—Pero dale, ¿y para qué quiero yo ganar, si lo tienes tú ganado?...

—¿Y no te da vergüenza vivir de mí?

—No... ¿Pero por qué me va a dar vergüenza?... ¡Ay qué graciosa! Si no he hecho otra cosa en mi vida que vivir de... de vosotras.

—Sí..., eso sí.

—Pues entonces... Y ahora con todos los derechos de la ley, pues soy tu marido... Y no creo sea el primer marido que vive de su adorada mujer.

Enrabiada:

—¿Pero no me quieres entender?... lo que yo deseo es no verte por casa, mano sobre mano...

—Pues en cuanto me vista me echaré a la calle... descuida...

—Peor que peor..., para que te me enzarces por ahí con algún pendejo...

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—Me vas a volver loca..., no sé.

—Cálmate, fierecilla.

Se acercó a ella y le pasó el brazo, a guisa de cingulo, por la cintura y la atrajo hacia sí y la halagó detrás de la oreja.

—No, no..., ahí no, que sabes que me pones frenética si me besas en el oído.

—¡Que eres una fierecilla!

—¿Pero porque no eres bueno, y me obedeces, y me das gusto y haces algo?, sí, algo..., para no tener que estar así, como un tonto, desocupado sin saber lo que hacer...

—¿Pero por qué me quieres quitar este placer de estar sin saber lo que hacer, que es un placer de dioses..., y el supremo lujo que puede permitirse un hombre?... Di, ¿por qué?

—Porque no me gusta y me parece peligroso, porque un hombre que no hace nada está abocado a toda clase de peligros..., y no quiero verte en ningún peligro, ¿me oyes?... en ninguno..., que bastante he sufrido.

Lloriquea quejumbrosa, reblandecida.

—Porque del hombre que no hace nada salen luego los compromisos y los líos..., y..., porque no me agrada...

—Bueno, mujer..., bueno...

Sole considera sus últimas palabras como una aquiescencia y se enjuga las lágrimas y se sosiega un poco.

—Si sabes, y te lo he dicho, que soy celosa..., y el que andes suelto siempre es una tentación y un peligro...

—Pero si eso que tú llamas el trabajo puede ser una tapadera y un recurso para andar por ahí de picos pardos...; en cambio el no separarme de ti y estar pegado a tu falda..., que tú bien sabes que es lo que a mí me gusta, ¡so negraza!..., es la tranquilidad y la seguridad de que tu hombre es para ti sólo..., y nadie, nadie te lo comparte... y disfruta.

—Sí..., eso me dices tú ahora..., ya veremos si más tarde es verdad.

—Esto que te digo va a misa.

Ojeándola jacarandoso.

—Verás..., más adelante mi programa es éste: A las mañanas me despertaré después de las diez. Eso suponiendo que la noche anterior no hayamos ido al teatro o de cuchipanda. A esa hora el sol, cuando le hay, ha entrado ya en su menester de calentar. Tú sabes que a mí en invierno los catarros me acorralan y me sientan muy mal..., y para eso no hay mejor receta que le den a uno las horas primeras de la mañana bien calentito en el lecho.

»A las diez y media empezaré a darme cuenta del mundo circundante de la habitación. Es el momento para que tú, que estarás ya levantada, me traigas el desayuno a la cama. Sabes que me gusta desayunar de tenedor: unas lonchas de jamón bien curado, un café con leche y fruta..., y un par de pitillotes para postre..., fumados bien despacio... En seguida lectura del periódico..., “na” más “pa” ver qué pasa por el mundo... Lectura reposada y digestiva..., vista un poco temblona entre el humo del tabaco...

»En el reloj que tengo encima de la mesilla serán ya las doce menos minutos. A las doce, arriba. Es una hora respetable y reverente. El sol está en su esplendor y punto más alto. Me visto, me arreglo, me acicalo y a la calle a tomar unos blanquillos con los amigos... Y a ver qué se cuenta... A las tres la comida. Es la hora seria y madrileña de comer. Después de la comida un cabeceo ligero en la butaca. En seguida mi partidita de chamelo con los amigos. Y hacia las siete menos cuarto me pongo a disposición de mi mujercita para que ella disponga del tiempo y de mi persona. ¿Te hace el programa?

—Pero te comes las horas más peligrosas del día.

—¿Cuáles?

—Las de antes y después de cenar.

—Fíjate si soy generoso..., te las regalo para que hagas de ellas lo que quieras.

—¿Pero por qué esa prisa en salir en seguida de comer?

—Mi chamelo es sagrado... Necesito del ruidoso chamelo como del oxígeno... Amo el ruido..., soy un madrileño ruidoso, y si me gusta el chamelo es por el ruido. Yo, después de comer, necesito un café con ruido, con mucho ruido, cuanto más ruido me sabe mejor. Y el chamelo es jactancioso ruido. Ese ruido fanfarrón de la salida, cuando el afortunado poseedor del seis doble lo golpea sobre el mármol de la mesa, es un regalo para los oídos... Y ese golpe, brutal, chascador, vocinglero, a tumba abierta, del afortunado que cierra..., eh..., ¿qué me dices?... Yo, mujercita mía, soy ruidoso y amo el ruido porque sí, porque me gusta, porque me acompaña, porque sin él me encuentro como achicado, como minimizado y empobrecido... Esos idiotas que protestan en los periódicos de los ruidos de Madrid..., ¡pero si lo mejor de Madrid son sus ruidos, sus tabaólicos y expresivos ruidos! Y el ruido del chamelo es el más madrileño..., y el primero... Luego vienen los otros..., los de las motos, los de los

autobuses, los de los camiones, los de los autos... Y los de las gentes. El vocinglearo de las gentes, los alaridos, gritos y aullidos de los madrileños... De los vendedores, de los transeúntes, de los vecinos de las casas. Los vecinos de los barrios bajos de Madrid son los que mejor ululan y gritan... del globo...

»Yo soy madrileño y he nacido en una casa de corredores, perfumada de ruidos, y no sé ya ni puedo vivir sin ellos... Me acarician, me acompañan, me animan, me aconsejan..., y hasta me adulan..., que el ruido, cuando es ruido, ruido de verdad, ruido infernal, ruido fluvial, torrencial y machacante, es un adulón..., ¡si lo sabré yo! ... Viva el ruido y quien lo trujo..., ruido madrileño de verbenas..., de tíosvivos, de organillos... Ruido que se ajusta a la boca del madrileño como un guante.

»Este ruido de Madrid, que llega a solidificarse y amonedarse en grandes bloques, como los que colocan contra el mar en las arduas escolleras... Conque, señores delicados, a no protestar de los ruidos de Madrid, porque qué sería de Madrid sin sus ruidos, sin sus hermosos y robustos ruidos, sin sus ruidos de ruidos y ruidos, sin sus ruidos ruidosos y requeterruidosos y explosivos. Sin sus ruidos cataratescos y desorbitados..., sin sus ruidos redoblantes..., porque el día que le quiten los ruidos a Madrid quedará en tan poquita cosa, tan flaca, tan desmazalada, tan desinflada y desjarciada... que no valdrá la pena ni de mirarla ni de compadecerla... Conque váyanse ustedes lejos, señores que odian los ruidos, y déjennos a los madrileños embutidos en nuestra clámide de ruidos..., mechados en nuestra salsa... Porque, ¿qué soy yo, Raúl Martínez, después de todo..., sino ruido... y bambolla?

—Si tanto te empeñas en vivir remejido y untado de ruidos te consentiré jugar un rato al dominó..., pero has de volver pronto para poder ir al cine.

—¿Te hace a las siete menos cuarto?... pues prometido.

Y sellaron sus mutuas promesas con un abrazo intrincado.

Y no se volvió a hablar más del trabajo.

Cuando hubo de traer a «Zaca» de Torrelodones, Celia, sólo verle en... en su casa, se embebió de remordimientos. Era una pura ruina y un puro quejido paralítico y babeante. No le andaba en absoluto la cabeza y tiraba trozos de vocablos inconexos sin ilación y sin sentido. Las manos le tarleteaban como sacudidas por un maléfico viento. Era un inane vagido que, cuando se irritaba, se convertía en un aullido incandescente...

Apolodoro obraba sobre él a manera de patética lluvia benéfica. Él le limpiaba cuando se hacía sus necesidades, pues no le funcionaban los resortes de la evacuación, y le lavaba y peinaba y le presentaba decente y atildado.

En presencia del hermano, que da la impresión de estar tronchado por un rayo, a Celia le gana una humillante congoja. Piensa en la vida de los dos, en la de Raúl y en la de «Zaca», y siente un asco inmenso. Raúl ha vivido a la buena de Dios, en abandono a sus propias pasiones del momento, embarcado en la nave del goce como si la vida no fuese más que placer y disfrute. «Zaca», desde niño, fue un ser para quien vivir era lo contrario de abandonarse. Le recuerda ahora cuando se sentaba en

una silla, jamás se apoyaba en el respaldo; vivía tenso, vigilante. Para Raúl la vida había sido pura espontaneidad vegetal, como debió de ser la del hombre de la caverna... Y para «Zaca», la vida, desde que tuvo uso de razón, fue un constante reobrar sobre sí, frenando y sujetando lo espontáneo, moldeándose en cierta figura ideal de humanidad. Esto implicaba una constante alerta sobre todo primer movimiento y una crítica vigilante de todo lo usadero y habitual y que se hace porque se hace y porque fluye...

Y pensaba que la humanidad está dividida así: en hombres como Raúl y en hombres como «Zaca»... «Pero ¿por qué quien dirige esta humillante farsa da el premio a aquel para quien la vida ha sido puro abandono al cariz del momento y al arrebató de las pasiones y hunde, castiga y troncha al que siguió en la vida hasta la penúltima hora una línea de rigidez y austeridad moral?... ¿O es que la vida es un sarcasmo y nadie, sino un destino ciego, la dirige?... Y si es así..., ¿no tendrán los pícaros que se colocan ante la vida espontáneamente, según sus pasiones, la razón de su existir?».

Vacilaba Celia y se empapaba de alucinantes dudas.

Le oye quejarse y berrear a «Zaca» y se tapa los oídos, atormentada.

¿Tendrá razón el que se entrega a lo espontáneo y no el que vive según una idea moral? En el caso de sus hermanos la vida daba la razón a Raúl... Y esto es lo que llenaba a Celia de una desolante y desfallecedera desilusión y un profundo asco.

Al ver a Raúl de vuelta del viaje de novios, tan orondo, tan hermoso, tan satisfecho, sano y rico, y al pobre «Zaca» en los puros escombros fisiológicos, le había entrado a Celia un asco y un odio hondísimos por el hermano vencedor..., y un tremendo remordimiento de haber preparado la boda del pícaro dirigiendo tan asquerosa trampa. Pero a pesar del odio y asco por el bigardo y del amor y admiración por el hermano inteligente y laborioso, instintivamente preparó tan sucio amaño como el de la boda, porque el dinero le daba una tranquilidad, una seguridad, un sosiego y un aplaciente bienestar... Y era más fuerte que ella, dominándola y sojuzgándola... Aquel dinero que de «Casita» pasó a «Zaca», su marido, no podía consentir Celia se lo llevase la viciosa y hermosa Soledad... que Dios sabe dónde hubiera ido a parar con ella, y buscó el maridaje de Raúl, a pesar del asco que le tenía, sencillamente para que no escapasen de la familia esos bienes y, así, todo quedase entre ellos... Con «el Raúl», ya que no había otro recurso... y circulando entre los suyos ese dinero, se consideraba Celia más fuerte y cimentada en su vida.

Aquel hermano tan bueno, tan laborioso e inteligente, hecho un sucio y dolorido guiñapo, cuyos gritos y quejas eran una protesta a su conducta, cínica, cobarde y egoísta, la enloquecían...

«¡Porque yo soy la culpable de todo, sí..., yo, yo...!».

Se golpeaba el pecho la mujer.

«Yo..., yo he terminado dándole la razón y la fuerza al canalla de Raúl..., yo..., yo..., yo... Yo he vendido cochínamente por unas pesetas al bueno y esforzado y

sensible de “Zaca”...

»¡Yo..., yo..., yo...!».

Y cuando surgía en su butaca rodante por el pasillo de la casa, erizado de berrinchosas quejas, empujado por el negrito fiel y agradecido, Celia se taponaba los oídos y se escondía en los adentrales de la casa donde no llegasen los ayes, aullidos y quejas del enfermo, que eran una delación y un pedir cuentas a su canallesca conducta.

Pero llegó un momento en que con el tratamiento enérgico del especialista la parálisis pareció regolfarse y detenerse, y el enfermo, hinchado como una bola babeante, empapada de aullidos y de grititos inconexos, daba cada día más lástima y asco...

Celia tenía buen cuidado de que no apareciese cuando les visitaban Raúl y Soledad.

Lo escondía en lo más hondo de la casa con el negrito piadoso y embaucador.

Raúl y «Sole» eran felices. Soledad, mujer elemental en sus pasiones, se enamoró perdidamente de su carne y huesos y de la leyenda de su marido que ya matrimoniada conoció... Y olvidó lo del trabajo y hasta le pareció bien que fuese sustancialmente vago para llevarle un poco cosido a su falda.

Él, hombre cansado, ajetreado y escéptico..., se miraba paroleramente en ella.

La mujer vivía feliz revolviéndole en la cartera y hurgándole en los bolsillos en busca de posibles cartas de probables enamoradas..., para no encontrar nunca nada.

Y vivía dichosa en la zozobra de:

—Llámame cuando llegues al bar..., para que sepa que estás allí chameleando.

Y ese dejándose llevar por él al cine del brazo... Y el ponerle todas las mañanas antes de ir a «chatear» los treinta duros jornaleros.

—Para que no hagas mal papel.

Él se sonreía ufano.

—Quiero saber dónde paras a cualquier hora del día «pa» lo que pudiese pasar.

—Estoy de juerga...; cuando no estoy contigo estoy de farra..., con esos treinta dures que me das de jornal... ¡Cómo te agradezco que a la generosidad de haberme hecho dichoso añadas, para alternar, treinta pavos diarios... Y espectáculos aparte..., que no lo olvido...!

Si Raúl a esta altura le hubiese propuesto: «Quiero trabajar y poner un negocio», le hubiera replicado: «No y no, que así te tengo más mío y más cercano».

Celia perdía los estribos al sentirlos tan felices. El odio al matrimonio se exaltó por el remordimiento que le producía su conducta con «Zaca». Pero este odio acongojante derivó en agonioso asco cuando «Sole» se sintió embarazada y se lo comunicó a su cuñada.

—Voy a ser madre y de un hijo de Raúl, de tu hermano Raúl.

Se producía gozosísima, los ojos centelleantes, los pechos enhiestos y duros, la boca jugosa.

—Ni que fueras la primera mujer que se siente encinta de su marido —le contestó Celia, molesta.

—Desde luego, no soy la primera, pero sí lo soy para mi egoísmo y mi dicha.

—Si fueses prudente podías callártelo para las que no hemos tenido esa suerte.

—Perdona..., te creí más generosa.

«Es el colmo», pensaba Celia, «son felices, tienen dinero y encima Dios..., o quien sea..., les envía un hijo... Y yo, arrastrada por mi codicia, he preparado toda esta felicidad al hombre que más odiaba y más asco me producía su conducta... No sabe una cómo acertar».

Por entonces, el exacerbado encono a la pareja era inmenso.

Se presentaban frecuentemente por Serrano, pegajosos, cariñosos, sonrientes. A Celia se le quemaban las entrañas y el alma tensa se le disparaba con el ímpetu de una arma arrojadiza.

Hasta aquel día en que no pudo más.

—Basta ya de tanta felicidad y sobajeo..., ¡a meteros mano a vuestra casa!

Raúl y Sole permanecieron inmóviles, clavados, como si de piedra fueran.

Pero ¿de qué no será capaz una mujer vengativa?

Celia se perdió en el fondo del pasillo... Poco después surgía empujando el cochecillo del hermano paralítico.

Sólo verle Soledad reconoció a «Zaca»... y se dio rápida cuenta de todo.

Avanzó hacia él sonriente, y después de contemplarle y besarle en la frente le retiró con su pañuelín las babas.

—Señorita Soledad —la saludó el negrito, inclinando reverenda la cabeza.

—«Zaca», «Zaca» —le llamó «Sole», pero su sinrazón no la reconoció.

—Gracias por habérmelo traído —le dijo a Celia—. Doy todo lo que has hecho por bien empleado, ya que fue necesario para nuestra felicidad..., que es lo que vale en fin de cuentas... Y tu codicia puede estar satisfecha..., pues al ser mi marido y mi hombre, a quien adoro, Raúl..., todo, todo ha quedado en casa.

Alicante, enero. Polop de la Marina, agosto 1964.



JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI (Portugalete, Vizcaya, 1900 - Madrid, 1982). Fue un novelista español. Autor de gran fecundidad, su obra se adscribe a un realismo tradicional. Fue miembro de la Real Academia Española desde 1957.